

inédito

JORDI DÍEZ

EL  
PÉNDULO  
DE DIOS

HISTÓRICA



Lectulandia

¿PORQUÉ no existe ninguna prueba física de la existencia de Jesús? Durante siglos, una comunidad nacida de los esenios ha intentado mantener en secreto la única prueba de la vida real de Jesús... hasta ahora. Cècil, un auditor de proyectos humanitarios en el tercer mundo, se ve envuelto en un asunto de tráfico de antigüedades que lo llevará tras los pasos de Azul Benjelali, un antiguo amor experta en lenguas antiguas, y que está a punto de descubrir el secreto que ha permanecido en silencio por miles de años. Con la ayuda de Mars, una misteriosa colombiana, Cècil comienza una carrera contra reloj que lo llevará de una clave a otra tras los pasos de los esenios, los romanos, los templarios, los almogàvers, las tropas borbónicas y los nazis, y que nos mantendrá en vilo desde la primera página en un rompecabezas que deberán resolver si no desean que el secreto caiga en las manos equivocadas que lo han perseguido durante siglos. La eterna lucha del hombre por dominar su tiempo, la ambición y la generosidad, la esperanza y el miedo, las dos caras humanas enfrentadas por el poder a lo largo de dos mil años.

Lectulandia

Jordi Diez

# El péndulo de Dios

ePUB v1.0

NitoStrad 21.05.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *El péndulo de Dios*

Autor: Jordi Diez

Fecha de publicación del original: noviembre de 2012

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

*A mi padre,  
con todo el amor, respeto y gratitud  
que puedo albergar*

---

## Capítulo 1

Por fin, a primera hora de la mañana, estaba todo listo para abrir la subasta. Llegué el primero al Hotel Arts, me identifiqué en el mostrador del *lobby* con un nombre escogido para el momento y subí a la habitación, solo. Habían reservado una *suite* en el mítico hotel para dificultar la identificación en caso de que algo no saliese como estaba previsto.

Comprobé el número de la habitación en la placa junto a la puerta, eché un vistazo a los pasillos y, cuando estuve seguro de que no me había seguido nadie, introduje la tarjeta magnética en la ranura. Tras un suave clic, empujé la pesada puerta y entré. Una fría lámpara de diseño iluminó el pasillo hasta la sala principal, lo crucé y dejé el par de maletines con los equipos en el suelo de madera. Observé la sala, grande, con dos puertas entornadas (supuse que una del baño y la otra del dormitorio), y una gran cristalera frontal cubierta por una cortina opaca. La recorrí, y la visión infinita del mar Mediterráneo, por primera vez en las últimas cuarenta y ocho horas, calmó un poco mis nervios.

Saqué mi ordenador del maletín, lo coloqué en una de las mesas del escritorio y realicé los ajustes requeridos para conectarme a la red inalámbrica del hotel. Tras teclear las claves necesarias, el icono de un candado minúsculo en la pantalla del ordenador me confirmó la conexión segura; entonces, saqué un segundo monitor del otro maletín, lo conecté como periférico a mi ordenador y lo puse sobre una mesa lateral frente a la que situé un par de butacas para que los dos invitados, que me habían prometido que asistirían, pudieran seguir la subasta sin subirse a mis espaldas.

Había necesitado casi toda la noche para vincular las fotografías, los textos y los precios del catálogo a la base de datos que me había dejado franca Martí, pero ahora ya estaba todo listo.

Aproveché que todavía tenía casi dos horas de margen hasta las doce del mediodía, cuando todo comenzaría en serio, y me serví un pequeño desayuno del generoso minibar. Cuando tomaba el último sorbo de zumo, llamaron a la puerta. Abrí, y entraron el padre Carles, que quizá no fuese ni padre ni Carles, y de quien estaba seguro de que utilizaba un nombre falso, el señor Navarro. Les di la bienvenida. Faltaba poco más de una hora para el inicio de la subasta, y la conversación se mantuvo apartada del tema hasta treinta minutos antes de la hora de apertura. Entonces, contesté algunas preguntas en relación con la preparación y les mostré, por encima, cuál sería el procedimiento de los pagos, las pujas y los abandonos, si es que estos últimos se producían. Los productos subastados estaban preparados para que, a medida que se cerraran las pujas y se certificaran los cobros,

se vincularan a un número secreto que recibiría el comprador y que le serviría para reclamar el pedido en algún lugar seguro. Me certificaron que todos los compradores ya estaban avisados.

No era necesaria ninguna clave de seguridad para acceder a la web de la subasta, tal y como les hice saber, porque la dirección IP de la página solo la conocían aquellos a los que les hubiese sido facilitada, y después desaparecería para siempre. El servidor de conexión se había contratado en una empresa de Andorra, y la base de datos estaba alojada en uno canadiense. Un trabajo excelente de Martí. Si se hubiese tratado de algo perpetuo, las medidas de seguridad habrían sido mayores, pero siendo como era algo único y muy breve, no requería de más miramientos. Parecieron convencidos, a la par que nerviosos. Las doce menos diez; en ese momento, deseé desconectar todo y desaparecer de allí, pero ya era tarde, la primera petición de conexión parpadeaba en los monitores. Los tres nos miramos y yo me situé en mi sitio, al teclado. El padre Carles y el señor Navarro se acomodaron frente al otro monitor. Para garantizar la seguridad y el anonimato de los compradores, solo conocíamos su nombre en clave. A la primera petición se añadieron doce más y, a la hora prevista, doce en punto, trece desconocidos comenzaban la puja por los cuarenta y siete objetos robados del pasado. La mayoría eran pergaminos y pequeñas figuras de vírgenes y santos, también alguna pintura de reducido tamaño. Supuse que el contenido de la subasta se había seleccionado más por la facilidad de su transporte que por su posible valor.

Casi todas las pujas quedaron definidas más o menos en su inicio. Imaginé que los coleccionistas, de cuya naturaleza no tenía idea, sabían muy bien qué pieza o qué piezas eran de su interés. De todas formas, había previsto un mecanismo por si algún artículo era objeto de pujas múltiples en los últimos dos minutos de la subasta: que esta se alargase automáticamente en periodos de dos minutos hasta culminar la venta.

Si con suerte esto no ocurría, en apenas cinco minutos certificaría los cobros para que el programa enviara las claves necesarias para retirar la mercancía, y adiós muy buenas. Todo el asunto a la papelera de reciclaje de mi memoria. Me sudaban las manos y no veía el momento de acabar. De pronto, un destello en la pantalla anunció una puja casi simultánea de dos compradores por un mismo objeto, una hoja de pergamino escrita por ambas caras y teñida de color púrpura. La fotografía, reducida a menos de un centímetro en la pantalla, dejaba entrever una hoja antigua con miniaturas dibujadas en los márgenes.

El primer comprador, que se identificó como [Capillus], ofertó cien mil euros de salida por el documento. Miré de reojo a mis dos compañeros de habitación y los vi tensos, aferrados a los brazos de la silla, las puntas de sus dedos blancas por la presión contra la madera acolchada, y sus frentes perladas por pequeñas gotas de sudor. De las otras piezas, la que más valor había alcanzado apenas llegaba a los

quince mil euros, una talla de la Virgen con el Niño hecha en madera policromada, de unos cuarenta centímetros de altura y datada del año 1566. Pero cien mil euros era demasiado. Todavía nos estábamos reponiendo de la cifra cuando el otro, que se había identificado como [Conversum], hizo la puja que al final resultó definitiva, un millón de euros.

Dos minutos más tarde, la página se desconectó y la dirección IP, así como los datos de todos los participantes, se borró automáticamente del servidor. Tan solo la ventana conectada a Suiza permaneció activa, con un saldo parpadeante de un millón trescientos treinta y siete mil euros.

El señor Navarro se levantó, sopló y, antes de salir de la habitación, se enganchó el teléfono móvil a la oreja. La camisa se le había pegado a la espalda por el sudor, y los pantalones le caían de manera ridícula hasta la mitad de los glúteos. El padre lo siguió con la mirada antes de desviarla hacia mí, más sereno que su compañero, y me preguntó si necesitaba ayuda para desconectar y recoger los equipos. Le agradecí el ofrecimiento, pero lo decliné. Lo único que deseaba era que se marcharan lo antes posible. Me dio la mano y salió.

Los rayos de sol que entraban por los amplios ventanales atravesaron impunes la tensión de dos horas y media, acumulada ahora en un monitor frío rematado con una cifra escandalosa.

En ese momento, recordé las tapas rojas y negras del viejo libro de mi padre y comprendí, sin necesidad de más pruebas, que había cometido un grave error al aceptar el trabajo. Uno más que añadir a mi lista vital.

---

## Capítulo 2

*Migdal, Israel, año 5 d. C.*

**M**e habían mandado a recoger los huevos de las gallinas. Tenían que ponerlos en unas cajas de madera que habían hecho entre padre y mi hermano, pero como nunca lo hacían bien, debía recorrer todo el patio para encontrarlos. Hasta que no quedara ninguno, no podía jugar con ellas, ni arrancarles plumas para enredarlas en mi pelo, ni volver a casa.

Esa mañana, padre y mi hermano tampoco habían salido a varear los olivos. Llevaban varios días sin hacerlo, muy calientes, tumbados en el suelo de la casa. Madre los cubría con paños que remojaba en agua del pozo.

Mi hermano se llamaba Josué, como padre.

Todavía estaba en la parte de atrás recogiendo los huevos cuando escuché cómo se acercaba gente a la parte delantera de la casa. No nos venían a visitar muchas personas, solo los viernes porque vendíamos huevos y alguna gallina. Pero hoy no era viernes, era sábado y estaba prohibido por una ley que se recogieran los huevos en sábado. Siempre me decían que si alguien venía en sábado y yo estaba recogiendo huevos, o limpiando la casa, lo dejara todo para que no me llevaran presa. Escondí el canasto y entré muy rápido en la casa por el establo donde guardábamos el borrico.

La casa estaba llena de gente que abrazaba a madre. Una de las señoras, que venía casi cada viernes a buscar huevos, corrió hacia mí con un velo que le cubría la cara y el pelo, y me agarró.

—Pobrecita, pobrecita.

Yo busqué a madre mientras intentaba soltarme de la señora. Alguien había cubierto a padre con una larga sábana blanca que no le dejaba respirar, y nadie parecía darse cuenta. Padre no podría sacársela solo. Llamé a madre a gritos hasta que al final vino y me colgó de su cuello. Quería explicarle lo de la sábana, pero ella me acarició el pelo y me dio un beso que me mojó la cara.

—Ahora lo que importa somos nosotras, y sobre todo Josué —me dijo.

—Seguro que los hermanos de blanco pueden curar a tu hijo, vé tranquila, nosotros cuidaremos de los olivos y de tus animales. ¿Sin un hombre en la casa cómo vas a vivir?

—Pero no tengo con qué pagarles —le contestó madre al señor que le acababa de hablar.

—Son buenos judíos, una amiga de mi cuñada acudió con un dolor terrible en el costado y la curaron sin pedirle nada a cambio.

—Yo una vez vi uno en Nazaret, vestía de blanco y flotaba al caminar —dijo otro

señor.

Todos hablaban y madre asentía mientras, conmigo al cuello, pasaba paños mojados sobre mi hermano. Ya no estaba junto a padre, lo habían apartado a un lado de la casa.

Cuando se hizo de noche, se lo llevaron y madre me explicó que se había muerto y que se reuniría con Dios, y que nosotras debíamos cuidar de Josué para que no se fuera también. La vi recoger algunas cosas de la casa y echarlas en una manta que ató al borrico. Yo la ayudé. Y asimismo metió algunas monedas en una bolsa que ató a su cintura. Después, nos fuimos a acostar.

La luna era tan grande que entraba por las rendijas del techo y no me dejaba dormir. No entendía muy bien lo que me habían explicado, pero madre me dijo que no volvería a ver a padre y que si no cuidábamos de Josué, también él se iría. Me dieron ganas de llorar.

Antes de que saliera el sol, nos levantamos y me explicó que ese día no recogería los huevos de las gallinas.

Los hombres que se llevaron a padre habían hecho un carro para mi hermano, que solo se movía para toser. Estaba muy caliente, y como no teníamos mucha agua, no lo podíamos mojar, y entonces la piel se le ponía amarilla y tosía más. Yo estaba sentada entre sus pies y dejaba colgar los míos mientras madre tiraba del borrico. Una vez, paramos a comer pan e higos.

El camino estaba lleno de polvo, y el sol nos quemaba la cabeza y los brazos. El polvo de las patas del borrico y de las ruedas se me metía en la nariz y no me dejaba respirar. Yo quería caminar, pero me cansaba y tenía que volver a subir al carro. Madre me explicó que teníamos que llegar hasta el río Arnón. Yo nunca había visto un río, y ella me dijo que una vez.

—Y cuando lleguemos al río, iremos hasta el mar. Y lo cruzaremos. Después de unos días, habremos llegado. Ojalá el Todopoderoso nos lo permita.

Y eso es todo lo que pude averiguar. Me aburría mucho y echaba de menos a mis gallinas.

A la mañana siguiente, llegamos al río. Le dije a madre que el pozo de donde venía esa agua debía ser muy grande, pero se rió y me dijo que no venía de un pozo. Le pregunté de dónde venía y me dijo que de la lluvia. Después, fue a hablar con unos hombres que llevaban túnicas cortas y nos subimos a un barco que corría por dentro del río.

El barco estaba lleno de sacos de trigo, y en las dos orillas del río se levantaban palmeras llenas de dátiles. Los hombres de las túnicas cortas me dijeron que cuando hiciese un poco más de frío, los recogerían para venderlos, y ellos los llevarían hasta Jerusalén, Belén y Jericó. El viento hinchaba una vela amarrada a un palo justo en el centro del barco, que rechinaba cada vez que la fuerza variaba. Yo lo imitaba con la

boca. Íbamos muy despacio, como en borrico, pero los hombres me dijeron que a veces el viento era tan fuerte que los hacía volar. Yo no me lo creí.

Cuando llegamos a la orilla, había unos carros para cargar el trigo. Madre los ayudó a descargar los sacos y bajamos. Los hombres bajaron nuestro carro con Josué, y caminamos detrás de ellos hasta un pueblo muy grande. Yo nunca había visto tanta gente ni tantas casas juntas. Los hombres que tiraban de los carros metieron los burros en un establo muy grande y entraron en una casa en la que se oían las risas desde fuera. Nosotros dormimos en el establo, con nuestro borrico. Un señor con el pelo muy blanco nos trajo unas tinas de agua, y madre nos bañó a Josué y a mí antes de acostarnos. Ella llevaba la cabeza tapada con un velo negro desde que salimos de nuestra casa.

Por la mañana, madre habló con un hombre y nos marchamos.

Caminamos todo el día hasta que llegamos a donde curarían a Josué. Madre buscó un lugar para pasar la noche, y por la mañana nos fuimos a buscar a los «hermanos de blanco», como ella me dijo.

---

## Capítulo 3

**E**n la vida es importante saber decir que no, pero siempre he pensado que quien niega muchas veces muere un poco en cada una.

Cuando era niño, mi padre regresó una noche a casa con un libro bajo el brazo, un libro grueso de tapas rojas y negras, con un título enigmático que quedó grabado en mi memoria para siempre, *Aprenda a decir NO*.

Creo que me hubiese ayudado leerlo alguna vez, porque en la mayoría de las ocasiones solo consigo comprender el error cuando ya es demasiado tarde para remediarlo. Justo lo que intuyo, por el título, que enseña a corregir el libro.

Ahora, mientras ocupaba mi asiento en el Airbus 330 que debería llevarme de Lima a Madrid, uno de los pasajeros llevaba el mismo libro bajo el brazo, treinta y tantos años después de haberlo visto por primera vez. No pude evitar una sonrisa y un recuerdo cariñoso hacia mi padre.

Esperé a que el avión se estabilizara y pregunté a la azafata si ya podía utilizar el ordenador portátil. Con un cargado acento portugués, me pidió que aguardara hasta que se apagase la luz indicadora de los cinturones de seguridad. Miré mi reloj, faltaban más de diez horas de vuelo, así que decidí echar una pequeña cabezada aprovechando que el asiento de mi derecha estaba vacío. Cuando abrí los ojos, la luz se había apagado. Enchufé el ordenador al brazo de apoyo y me sumí en la redacción del informe de mi último trabajo por el Altiplano peruano.

Mi función era sencilla, auditar cada euro gastado en lavar las conciencias de las acomodadas y endeudadas familias de Europa en programas de ayuda a lugares que jamás visitarían, y de los que nunca tendrían más noticias que las aparecidas en un periódico o la televisión de turno. Esta vez, el trabajo no había sido muy extenso, tan solo la construcción de unos pozos de agua potable y su canalización hasta los pueblos de Pucuto y Pumaorcco, a unos cuantos kilómetros al sur del Cuzco.

«La contratación de la mano de obra, así como la compra de los materiales, no se habría podido realizar sin la intervención de un traductor local. Sus honorarios figuran en el apartado D, epígrafe 3.7, Gastos en Zona»; me hubiese gustado hablar quechua, pero aquellas gentes de pequeña estatura y piel de dudoso grosor parecían hablar desde las entrañas en una lengua tan antigua como hermosa de escuchar, «la lengua de los hombres» la llamaban.

La misma azafata me preguntó si era yo el pasajero que había solicitado un menú vegetariano, y me sirvió. Antes de que los asistentes de vuelo hubiesen finalizado el reparto de bandejas a los otros pasajeros, yo ya había vuelto a la anotación, esta vez en una hoja de cálculo, de todas las partidas que había apuntado en mi pequeño

dietario de mano. Cada gasto, cada movimiento, cada documento, todo quedaba registrado en ese pequeño cuaderno.

Cuando la voz del sobrecargo anunció el inicio del descenso al Aeropuerto de Barajas, la mayor parte del informe ya estaba redactado.

Llegué a Barcelona en el puente aéreo de las cinco de la tarde. Un empleado de la fundación me esperaba en la puerta de arribos nacionales. Pasamos entre los abrazos de los recién llegados con parientes y amigos, y salimos al *parking*.

—Me alegro de verle, señor Abidal.

—Y yo me alegro de estar en casa.

—¿Desea pasar por ella antes de la reunión?

—¿Qué reunión? No recuerdo que nadie me hubiese citado para hoy.

—El señor Nomis me ha pedido que le lleve lo más rápido posible a la sede.

Me sorprendió. No era la primera vez que me esperaban para algo relacionado con mi viaje, pero siempre en misiones más complejas, de más calado, y por supuesto, con mucho más dinero o donantes de cierta importancia de por medio. Solo pedí tomar un buen café por el camino. El vehículo, un Renault blanco sin distintivos, entró en Barcelona por la Ronda del Litoral. Siempre se me hacía extraña la vuelta a la «civilización» después de un viaje, y tenía la sensación de volver a un mundo vacío, insípido y, en muchos aspectos, despreciable. Aproveché la lentitud del tránsito para observar el interior de los otros vehículos. Personas solas, supuse que de vuelta del trabajo, con rostros tristes, taciturnos y síntomas evidentes de cansancio acumulado bajo sus ojos.

El chofer cogió la salida de Colón, se hizo un hueco en la poblada rotonda, y se desvió Rambla arriba, hacia la sede de Diners Nets, la fundación para la que yo trabajaba. Ocupaba una parte de la última planta del edificio en la calle Rivadeneyra, sede del Arzobispado de Barcelona, en pleno centro de la capital.

Al llegar el ascensor a la planta décima, me recibió un hombre orondo, con los pantalones en curioso equilibrio justo en el centro de su generosa barriga, y unos tirantes kilométricos que los aguantaban así. Alargó los brazos lo más que pudo y me abrazó.

—¡Cómo me alegro de verte, Cècil! Cuéntame, cómo te ha ido, qué tal el vuelo, pero dime algo, hombre —y cuando me soltó sin dejarme articular palabra, me palmeó la espalda, no supe si como saludo o para animarme a caminar en dirección a la sala.

Él era el único sacerdote con acceso a esa planta. Desde que comencé en Diners Nets, el «*bo d'en Pau*», como se le conocía, ya trabajaba, o vivía, allí. Avancé tranquilo entre las mesas, echando un vistazo de reojo a la mía para comprobar la altitud de los papeles en mi bandeja, y, sin detenerme, entré en la sala de juntas delante de él.

La sala en realidad era un estrecho pasillo paralelo a la oficina, como un gran tubo blanco relleno en su interior por una larga mesa de color arena. Al final del tubo se descolgaban una pantalla y, un par de metros más atrás, un proyector que la apuntaba desde el techo. La mesa estaba circundada por una docena de sillas reclinables tapizadas en color azul. El *bo d'en Pau* me despidió con un último empujón de apoyo y cerró la puerta. Sentado al fondo de la mesa estaba mi jefe, Oriol Nomis, el catedrático director de la fundación, acompañado por dos hombres a los que no reconocí.

—Pasa, Cècil, te esperábamos —Oriol Nomis me tendió la mano—. ¿Cómo te ha ido, cansado? No. Bueno, es normal, aún eres joven, espera a que llegues a mi edad, entonces sabrás lo que pesa un viaje de diez horas. Deja que te presente a dos buenos amigos, el padre Carles y el señor Navarro. Ambos pertenecen a la Diócesis de Lleida, y son muy buenos patrocinadores —remarcó la palabra «patrocinadores».

—¿En qué puedo ayudarlos, señores?

—Qué les dije, siempre dispuesto, siempre al grano y de confianza, no queda gente como Cècil, se lo garantizo —les dijo mi jefe al padre Carles y al señor Navarro, mientras con un gesto me invitó a sentarme.

Cuando lo hice, Oriol Nomis accionó un mando a distancia y sobre la pantalla comenzaron a proyectarse imágenes de figuras de santos, vírgenes solas o con el Niño en brazos, cuadros con motivos religiosos, y algunas fotos de pergaminos y libros antiguos. Fue una exposición muy rápida, de apenas un minuto en el que nadie alzó la voz. Rompió el silencio el propio Oriol Nomis.

—¿Sabes qué son? —me preguntó.

—Me han parecido antigüedades y, por nuestros acompañantes, supongo que vinculadas a la Diócesis de Lleida —sentí la incomodidad de los dos extraños, sobre todo del padre Carles.

—En efecto, Cècil, son antigüedades, pero de un extraordinario valor, y sabes lo mejor, no son de nadie porque no están incluidas en ningún registro oficial de la Iglesia —hizo una pausa—. Por eso, te hemos hecho venir con tanta urgencia. Además, supongo que también eres consciente de la discreción necesaria para seguir tratando este asunto.

—Creo que se equivoca de persona si lo que desean es un experto que las tase, yo no tengo ni la más remota idea del valor o de la autenticidad de estas piezas.

Oriol Nomis iba a hablar, pero el señor Navarro se adelantó.

—No queremos que nos diga qué valen, eso ya lo sabemos, queremos venderlas y necesitamos alguien de extrema confianza que nos ayude a hacerlo. Como bien le ha dicho el señor Nomis, la discreción en este asunto es vital.

Me giré hacia mi jefe.

—Mira, Cècil, no es lo que parece. No son piezas robadas, si es lo que te

preocupa —cuando Oriol Nomis dijo esto, el padre Carles se agitó en su silla azul—. Hace bien poco, en una de las iglesias de la Franja, descubrimos por unas obras un pasadizo que había permanecido oculto durante muchos años, unos cuatrocientos si tenemos en cuenta la antigüedad de alguna de las piezas. El padre Carles es el párroco de esa iglesia y el responsable de que hoy nos encontremos aquí. Cuando el cura bajó acompañado del capataz de la obra, para sorpresa de todos, encontró cuatro cofres de madera forrados en plomo que contenían un inventario inverosímil y de un valor incalculable. Las fotos que has visto son solo una parte del inventario, pero para que te hagas una idea, una de las piezas es una silla de madera más antigua que la de San Ramón. El padre Carles tuvo la precaución de cerrar bien el acceso y de hacer prometer al capataz que jamás diría nada del hallazgo bajo pena de excomunión —no pude evitar una sonrisa, pero Oriol Nomis continuó impertérrito a mi ironía—, entonces se puso en contacto con el señor Navarro y con alguna autoridad más que no creo que sea de tu interés.

—¿Y esto sí? —pregunté señalando a la pantalla.

—Tú conoces mejor que nadie nuestros problemas de financiación. La gente no mide su buen corazón por el bolsillo, y cada vez las donaciones que nos llegan son menores. Las malditas ONG están acabando con la Iglesia y, lo que es peor, con los que vivimos por ella, ¿cómo vamos a realizar nuestra labor sin medios?, no se construyen pozos en la Conchinchina sin dinero para pagarlos —me sorprendió su tono—. Y la Iglesia, más preocupada a veces en otras cuestiones, no para de recortar las partidas para obras de caridad. Càritas está tocada, Mans Unides navega en la mendicidad, y estos son los buques insignia, ¿qué crees que pasará con nosotros?, si ellos no gastan, nosotros no auditamos, y lo que es mucho peor, las obras no se realizan. Por eso, el padre Carles solamente declaró haber encontrado tres cofres e hizo lo correcto, porque por ellos, como bien sabrás si has leído los periódicos, se pelean desde entonces las diócesis catalana y aragonesa.

—El inventario del cuarto cofre decidimos dedicarlo íntegro para obras de caridad —apostilló el padre.

—Ahí es donde intervienes tú, Cècil; me gustaría —rectificó ante la aceptación de los otros dos—, nos gustaría que te encargases de seguir la venta y «limpiar» el resultante para que pueda ser utilizado en mejores causas. ¿Qué te parece? Por supuesto, si decides no hacerlo, no hay problema y sabemos que contamos con tu silencio, pero nos gustaría que tu respuesta fuese sí.

Quizás aturdido por el vuelo y la súbita reincorporación al mundo real, accedí, consciente en parte de que lo mejor habría sido negarme y marcharme para casa, pero también de que las palabras de Oriol Nomis no estaban faltas de razón.

—La venta se realizará en tres días mediante subasta por Internet, y los pagos se efectuarán en la forma que decidas. Tienes una habitación reservada en el Hotel Arts

que te garantizará una cierta discreción. Lo dejamos todo en tus manos.

Me despedí, y de camino a casa pensé cómo podría hacerlo. Lo mejor sería recurrir a los métodos tradicionales, una cuenta numerada en Suiza con acceso seguro desde la red; muchas de las organizaciones que auditábamos recibían sus donativos en cuentas numeradas de esas, y transferencias *on-line* para cada pieza. Hasta no tener la confirmación del pago, la pieza no se daría por vendida. Más difícil de digerir que de hacer.

Llegué a mi casa en la Diagonal demasiado tarde para cenar, así que tiré la mochila sobre la alfombra de la única sala del apartamento, y me fui desnudando hasta el baño, dispuesto para resarcirme del cansancio y la mugre acumulados en las últimas semanas. Limpio y relajado, recogí la ropa desperdigada, deshice la mochila y lo eché todo a la lavadora. Después, me hice un vaso de leche con chocolate y conecté el portátil. Sin duda, la mejor opción era Suiza. Tardé una media hora en abrir la cuenta, crear los *passwords* de acceso, solicitar los permisos de transferencias internacionales y pedir el registro de los movimientos al instante. Ya estaba lista la tarea encomendada por Oriol Nomis, y que, si me hubiese parado a pensar por un segundo en ella, era con mucho la más extraña desde que nos habíamos conocido quince años atrás.

Yo era entonces un pésimo estudiante de Economía que deambulaba por las cafeterías y los pasillos de la universidad, y aunque no era alumno de sus famosas clases de Política Internacional, sentía un respeto real por el Cacoca, «cabeza de coca», como se le conocía en los bajos fondos universitarios por el color blanco de su poblada cabellera. Entonces estaba algo más delgado que ahora, pero su cinturón también recorría un buen trecho antes de encontrarse.

Un día que me encontraba frente a una pintada en la que se reclamaba solidaridad con el pueblo saharauí, me golpeó en el hombro y me preguntó cuál era mi opinión.

—Sin dinero están jodidos —le contesté; entonces me apretó con cariño la nuca y se fue. Pocos días después, recibí una citación para acudir a su despacho.

—¿Y si el dinero que se recauda para el pueblo saharauí no llegara a su destino y se utilizase para otros fines, digamos diferentes, qué cree que se debería hacer?

El despacho me sorprendió por su pequeñez, afectada por la gran cantidad de libros, pero su pregunta-saludo no me dio tiempo a más inventario.

—No sé, supongo que alguien debería denunciarlo y hacer que el dinero llegara al fin para el que se ha recaudado.

—No siempre es fácil. A veces, parece que disponer de dinero ajeno produce una excitación especial a la que es difícil resistirse.

—Depende de para qué personas, supongo —contesté.

—¿Le gustaría ser una de esas personas?

—¿De qué personas?

—Pues de las que acompañan al dinero y se aseguran que llegue a buen fin, que llegue de verdad a su destinatario original. ¿Le gustaría? Vamos, no me mire con esa cara, su profesor de Economía me ha dicho que es usted un vago de campeonato, pero que tiene un don para ver lo que los demás ni imaginan, ¿es cierto o me he equivocado de persona? En todo caso, no es necesario que conteste ahora, piense si le gustaría embarcar con destino a Marruecos el lunes próximo y, si se decide, yo hablaría con el doctor Martínez para aplazar sus exámenes hasta su regreso. Muchas gracias, señor Abidal.

Una sonrisa, un libro abierto en el que se enfrascó sin inmutarle mi presencia, y un gesto desinteresado me invitaron a dejarlo tranquilo. Esa misma semana compré unos pantalones de aventurero moderno y me marché al Sahara como ayudante de auditor.

Apagué el ordenador, contento por haber solucionado ya una parte del trabajo, y me eché en la cama donde pensaba permanecer las próximas catorce o quince horas.

«Oriol Nomis tenía razón», pensé, «nada se consigue sin medios», y no creí que cuatro figuras y cuatro libros antiguos menos en el inventario infinito de la Iglesia la hiciesen quebrar, mientras que, para los niños como los que yo había dejado en Pucuto y Pumaorcco, los fondos recaudados de la venta supondrían alargar sus vidas diez o quince años más. Quizás el padre Carles había sido demasiado generoso entregando tres cofres a quien ya poseía millones de ellos.

Cerré los ojos, satisfecho por la iniciativa y feliz por la perspectiva de una larga noche de sueño; sin embargo, lo primero que acudió a mi mente cuando dejé descansar la cabeza en mi almohada limpia fue el recuerdo del libro que mi padre trajo aquel día, *Aprenda a decir NO*.

---

## Capítulo 4

**E**ra muy temprano, apenas unos minutos para las seis de la mañana. Me hubiese gustado dormir más, pero un terrible sueño en el que estaba a punto de ser atrapado por un Pantocrátor armado con porra y chapa de policía me despertó. Ahuyenté al Pantocrátor con agua fría y rellené el mismo vaso de la víspera con más leche con cacao. Mientras rebuscaba por los cajones de la cocina cualquier cosa dulce no caducada, puse en marcha el ordenador. Un suave pitido me avisó de la entrada de un nuevo correo; lo abrí y vi que era de Oriol Nomis, pero no desde su dirección habitual, sino desde una tipo *web mail* de las que se abren *on-line* con cualquier seudónimo grotesco. Pensé que quizás intentaba no vincular a la fundación con ese asunto y que por ello no utilizaba su dirección oficial.

Me comunicaba los datos de la habitación del hotel, y adjuntaba un fichero con el inventario detallado de las antigüedades y sus precios de salida. Guardé el fichero en mi disco duro, imprimí los datos de la habitación del hotel, y borré el correo.

Ahora tan solo tenía que enlazar esos datos a la cuenta bancaria, pero, a pesar de que mis conocimientos informáticos eran bastante correctos, un trabajo como ese se me escapaba. Había meditado mucho sobre cómo controlar los pagos de la subasta; quizás una opción podía ser a través de mensajes por correo electrónico, pero eran poco fiables y su rastro, muy sencillo de seguir, así que la descarté, igual que hacer un seguimiento telefónico utilizando alias para identificar a los interesados, aunque no me pareció muy apropiado a la naturaleza de la transacción, por lo que al final decidí montar un circuito informático seguro que vinculara los productos subastados a la cuenta corriente de los compradores, de forma que, a medida que se cerraran las subastas y se certificaran los cobros, los artículos se vincularan a un número secreto de operación facilitado por el programa, y que serviría para reclamar el pedido en algún lugar seguro. El único problema es que era incapaz de construir ese circuito en solitario, aunque conocía a la persona perfecta para hacerlo. La única duda que albergaba era si querría ayudarme. Lo llamé.

Quedamos en su casa a las diez de la mañana.

Había conocido a Martí cuatro años atrás, en la presentación de un nuevo proyecto de ayuda para Guatemala. Un tipo callado, sentado en un extremo de la mesa, que a la hora del pisco-labis ya había desaparecido. Tardé dos meses en volver a verlo, ya en el barrio de Gerona, en Guatemala. Uno de los epígrafes del proyecto consistía en la instalación de ordenadores en algunos colegios, y él era el encargado de hacerlo. Siempre que me venía a la memoria su cara mientras nos adentrábamos en el barrio, no podía evitar una sonrisa complaciente. Supongo que debió poner la

misma cara de gilipollas y de miedo que pusimos todos la primera vez que nos adentramos en un lugar en el que incluso Amnistía Internacional tenía personal secuestrado. Sin embargo, se repuso, conectó uno a uno el centenar de ordenadores y yo certifiqué con mi firma que así se había hecho. Unas cervezas desengrasantes en un tugurio del centro certificaron nuestra amistad.

Abrió la puerta él mismo y dejó que lo siguiera hasta su despacho. Para romper un poco el hielo, me explicó que acababa de ser padre por segunda vez, y que apenas podía dormir más de tres horas seguidas. Reímos un poco, recordamos los viejos tiempos y le expliqué, sin entrar en demasiados detalles, lo que esperaba que montase en menos de doce horas. Me aseguró que antes de medianoche estaría listo. Se lo agradecí con un fuerte abrazo y me dirigí a la fundación.

Si cumplía su promesa, aún tendría tiempo para atar algunos cabos sueltos, por ejemplo, cómo y dónde se iban a enviar las piezas una vez pagadas. Por el capital no había problema, ya había pensado cómo repartirlo. Lo mejor sería hacerlo mediante donativos anónimos por importes inferiores a tres mil euros. Así, los registros contables de las organizaciones beneficiarias no tendrían la obligación de informar a Hacienda sobre la identidad de los donantes. Cuando llegué, la actividad en la calle Rivadeneyra era frenética, como en cualquier otro día de la semana. Decenas de telefonistas encajonadas en mesas de metro cuarenta atendían llamadas a través de sus auriculares inalámbricos, sin más distracción que alguna mirada furtiva a los separadores sobre los que habían pegado postales familiares de las últimas vacaciones, y sin poder moverse más allá de la máquina de café.

Por suerte, en nuestro despacho la actividad era menor. La mayoría trabajábamos a pie de campo, y el trabajo de oficina consistía en cerrar expedientes o preparar nuevas auditorías. Entré y saludé a mis compañeros, que me recibieron con las frases de rigor, «Sí, todo muy bien», «No, es un país muy seguro», «He comido de fábula», «El vuelo un poco pesado», y así hasta que llegué al despacho de Oriol Nomis. En su puerta, figuraba el cartel de «*Auditor en Cap*». Llamé y entré.

El catedrático estaba sentado de espaldas a la puerta, hablando por teléfono mientras giraba sobre el eje de su sillón. Se había negado a que le instalasen uno de esos pinganillos para la oreja y continuaba con el teléfono de cable rizado de toda la vida, que se enrollaba en el dedo índice de la mano izquierda mientras hablaba. Al escuchar la puerta, se giró, y me invitó a pasar. Su despacho era austero, armarios de persiana, un archivador de cajones, un crucifijo en la pared junto a un cuadro de la Última Cena de Leonardo, un marco en la mesa con la foto de su esposa Marta, y una gran ventana por la que le gustaba observar a la gente en su correteo febril por Barcelona. Pero lo que me fascinaba de su despacho era una antigua bola del mundo que hacía rodar en uno de los extremos de su mesa.

—¿Has descansado? —me preguntó.

—Estoy bien, gracias.

—¿Qué piensas de lo que hablamos ayer? —era un hombre directo.

—Creo que no es muy legal, pero sí lícito, ¿no?

—Yo no lo habría definido mejor, no es muy legal, pero sí lícito —repitió mis palabras en voz baja—. Corren tiempos difíciles, Cècil, todo ha cambiado mucho. Las necesidades de hoy centuplican las de hace solo veinte años, y los recursos son apenas los mismos. Los gobiernos se reúnen en cumbres inútiles mientras los pobres miserables, que no entienden de presiones ni políticas internacionales, simplemente se mueren. Casi desde que tengo uso de razón me he preguntado por qué, y aún no he encontrado la respuesta. Por eso decidí dirigir Diners Nets, Cècil, para que por lo menos las pocas ayudas que se hacen sirvieran de algo. ¿Qué podemos hacer, nos encogemos de hombros mientras el mundo revienta sus recursos en estupideces, o intervenimos? ¿Actores o público? La gran pregunta. En una cena con responsables de Càritas, conocí al que te presenté como señor Navarro, y salió esta misma conversación. Él tenía muy claro que es imposible concienciar a la gente. Al principio, yo no estaba muy de acuerdo, pero sus argumentos me convencieron. Ya no sirven las imágenes de niños muriendo de hambre, ¡por Dios, si las utilizan hasta para promocionar camisetas! Las noticias de hambre, desgracias y desigualdades no valen, no duran en un informativo ni tres segundos, ni aparecen en los periódicos más allá de una columna de breves, como si fuese el preámbulo de sus vidas. La gente tiene tanto ruido en sus cabezas que no escucha, no siente el sufrimiento, ni se inmuta si el que perece no tiene su mismo apellido. ¿Comprendes ahora, Cècil, por qué me ofrecí a ayudarles? Sé bien que no es el mejor camino, pero por lo menos es un camino, y si lo hacemos con cuidado, puede funcionar.

—Si me permite la franqueza, no me gusta. Pone en riesgo nuestra credibilidad profesional, pero puedo comprenderlo. En la mayoría de los lugares que visitamos cuando se potabilizaba agua, faltaban escuelas, si se construían escuelas, faltaban hospitales, y carreteras, y electricidad, y profesionales formados, y una lista tan larga de carencias que dudo de que aun vendiendo todos los bienes de la Iglesia se pudiesen solventar. Sin embargo, no me gusta. Lo haré porque confío plenamente en usted y porque el dinero se gastará de forma honrada, pero esta será la única vez que lo haga. Quería que lo supiese antes de continuar.

Oriol Nomis asintió con la cabeza.

—Te comprendo, yo dije lo mismo. No creo que sea necesario insistir más en este tema, pero antes de continuar con los asuntos más prácticos, ¿me dejas que te haga una pregunta muy personal, Cècil?

—Claro.

—¿Tú crees en Dios?

—¿En cuál Dios? —contesté no sin cierta sorna.

—Vamos, Cècil, hablo en serio. ¿Por qué estás con nosotros, por qué no trabajas para multinacionales en las que ganarías veinte veces más de lo que ganas aquí? —su pregunta me cogió de improviso, y solo alcancé a sacudir los hombros—. Sabes, a veces yo también tengo dudas, pienso en qué hubiese sido de mi vida, y de la de Marta, si hubiese aceptado el cargo de consejero delegado en alguna de las entidades que me lo ofrecieron, o ministro cuando pude; ahora viviría en una mansión, tendría propiedades, promociones inmobiliarias en la costa, y mis herederos legales se estarían frotando las manos. Pero escogí este camino, como tú, ¡y no me arrepiento, porque yo sí lo hice porque creía en Dios! Ahora no sé en qué creer.

—Crea en usted —le dije.

—Los hombres, todos, por nuestra extraña y maravillosa naturaleza, somos vulnerables. No es fácil creer en algo vulnerable. Recuérдалo siempre.

Calló un rato, y cuando lo creí de vuelta, le expliqué cómo pensaba llevar a cabo la subasta. Decidimos limitar las pujas por dos horas, de las doce del mediodía a las dos de la tarde. Pasado ese tiempo, el bien se adjudicaría a la oferta más alta de forma automática. Él se encargaría de hacer saber a los interesados la dirección de Internet de la subasta, y una vez efectuadas las ventas, se enviarían las antigüedades a direcciones postales donde se recogerían contra la contraseña facilitada al realizar el pago. Después, realizaríamos transferencias inferiores a tres mil euros hasta dejar la cuenta en cero, y la anularíamos. Fin de la operación.

A las dos de la mañana, recibí el mensaje de Martí confirmando que había llevado a cabo el trabajo y fui a verlo. Con los ojos enrojecidos, me explicó el funcionamiento completo de la rutina, cómo debían realizarse los pagos, cómo se vincularían las piezas contra los depósitos, cuánto tiempo debía esperar para tener la seguridad de que un pago se había realizado, y cómo la mayor parte se desconectaría y se borraría automáticamente una vez finalizada la subasta. Un trabajo excelente. Debo reconocer que me sorprendió que Martí no hiciese ninguna pregunta, pero lo achaqué a su profesionalidad.

Cuando regresé a casa, envié un correo electrónico a la nueva dirección de mi jefe indicándole la página de Internet que habíamos habilitado para la puja.

Al día siguiente, después de celebrarse la subasta tal y como la habíamos planeado, y apenas unos minutos después del mediodía, en la habitación del Hotel Arts solo quedaba la tensión de dos horas y media de subasta acumuladas en un monitor, ahora inerte, y una gran sorpresa, un saldo de un millón trescientos treinta y siete mil euros parpadeando en la pantalla vinculada a la cuenta en Suiza. ¡Un millón de euros! ¡Alguien había pagado un millón de euros por un trozo de piel de vaca escrita! No podía creerlo. En cuanto los dos observadores abandonaron la habitación del hotel, llamé de inmediato a Oriol Nomis para informarle de la locura que acababa de presenciar, pero su teléfono extrañamente daba señal de apagado, así que decidí ir

a verlo a la oficina, donde me encontré con que su despacho estaba cerrado y él, ausente. Saludé al *bo d'en Pau* y a los pocos que quedaban por la tarde, y, tras un par de llamadas infructuosas, decidí aprovechar la espera contestando algunos informes acumulados en mi ausencia. Me pareció extraño que no se pusiera en contacto conmigo de inmediato al saber acabada la subasta, aunque quizá ya supiera su desenlace..., pero también había otras dudas, incluso más sorprendentes, que me asaltaban desde el último pantallazo, ¿cómo era posible que alguien pagara esa cifra por una hoja de pergamino?, ¿por qué Conversum había realizado una única puja justo después de que Capillus hiciese la suya? Nadie se había interesado en la hoja hasta que Capillus pujó, ¿y por qué no había ofertado cien mil un euros?, ¿quizá sabía el límite de Capillus y de un plumazo lo había barrido? Los últimos minutos habían quedado minimizados en la barra de tareas de mi cerebro, sin respuesta aparente por el momento. Al cabo de un par de horas, llegó Oriol Nomis y, contra lo que hubiese sido normal, no pareció sorprenderse de encontrarme allí, me saludó como cualquier día y se encerró en su despacho. Por supuesto, lo seguí y entré tras él para comentar la increíble resolución de la subasta.

—Pasa, pasa, Cècil —me animó.

—Le he llamado varias veces al móvil —me quejé.

—Lo tenía apagado, estaba comiendo con un par de amigos tuyos —y me guiñó el ojo.

—Así pues supongo que ya estará informado de lo que ha ocurrido, ¿no?

—Me lo han comentado, sí. Hemos tenido suerte, Cècil, podemos estar contentos de la cifra conseguida. ¡Ni en el mejor de los casos habríamos imaginado algo así!

—Disculpe, ¿pero no le extraña que alguien pague un millón de euros por un trozo de piel de vaca de no sé qué siglo?

—No seas cínico —me reprendió—, los coleccionistas son gente particular, muy especial. Muchos de ellos, multimillonarios para los que gastar un millón es como para ti gastar cincuenta euros en una buena botella de vino. Les apetece y lo gastan. Punto.

—Pero de la manera como ha ocurrido, dos minutos antes del fin de la subasta, para contrarrestar la oferta de otro coleccionista...

—Cècil, Cècil —me interrumpió—, esa cabeza tuya siempre maquinando, siempre tras la palada de basura bajo la alfombra. No te preocupes más, seguro que se trata de algún loco excéntrico de esos que se han hecho millonarios de golpe traficando con petróleo, ¿qué de malo ves en gastar más de un millón de euros en ayudar a los más pobres del mundo? Deberías dejar de ver fantasmas y pensar en cómo vas a traer el dinero de Suiza.

—¿Voy a traer? —pregunté más asustado que sorprendido.

—Claro, la idea de hacer transferencias de tres mil en tres mil euros ha sido

destrozada por nuestro mecenas anónimo, así que hemos, perdón, he pensado que sería mucho mejor ir allí y traer el dinero en efectivo. Una vez lo tengamos aquí, será más sencillo desviarlo a los cepillos de las parroquias en pequeñas cantidades —dijo con una mueca de sonrisa en la boca—. Como sabes, los cepillos son algo solamente entre Dios y la Iglesia —la sonrisa se torció del todo.

Me costaba comprender qué me decía mi mentor y jefe. ¿En verdad no veía nada extraño en la forma como se habían producido los hechos? O es que la posibilidad de «gastar» un millón de euros lo hacía tan feliz que le hacía pasar por alto todas esas extrañezas. Oriol Nomis era un hombre inteligente, una de las mentes más privilegiadas que habían enseñado en la universidad, ¿dónde estaba esa capacidad de análisis que lo había convertido en consultor incluso de diferentes gobiernos?

—Perdona, Cècil, con todo este follón de cifras se me ha olvidado lo más importante, felicitarte. El padre Carles y el señor Navarro me han transmitido también sus felicitaciones más sinceras por tu profesionalidad y la excelencia del sistema que has ideado. Ahora, recoge un poco tus cosas y tómate un par de días de fiesta. ¡No te preocupes! Todo ha salido perfecto, las piezas se enviarán mañana de manera confidencial y, antes de finalizar el mes, esos niños que dejaste en Perú tendrán un buen pellizco para saciar un poco sus carencias. Te lo digo con la mano en el corazón, Cècil, gracias y felicidades —y como era costumbre en él, me invitó a dejarlo solo.

Seguí forzado su consejo y me fui a casa, pero la tarea que mi cerebro había minimizado, dijera lo que dijera Oriol Nomis, no se había detenido. Intenté no pensar demasiado en ello, confiar en su palabra, no analizar todas las consecuencias dimanantes, ni menos aún cómo podían afectar a mi carrera, pero me era del todo imposible. ¿Por qué a Oriol Nomis no le había sorprendido ni, por qué no decirlo, asustado el desenlace de la subasta?, y otra pregunta que corría por mi corteza cerebral, ¿qué había comprado Conversum y quién era para haber pagado semejante barbaridad? Algo se me había pasado por alto. Decidí recuperar el texto que me habían dado para la subasta: «Hoja de pergamino teñida en color púrpura datada alrededor del siglo II d. C., de trece por veinte centímetros, perteneciente a un códice romano (del que no había cita) con escritura en latín por ambas caras», lo había leído una docena de veces; sin embargo, caí en la cuenta de que no había prestado demasiada atención a la imagen. La cargué rápidamente con un programa de retoque fotográfico y la aumenté al máximo que me permitió la pantalla. El resultado no pudo ser más inverosímil, la foto del pergamino era en realidad una especie de programa de fiestas vecinal impreso en forma de pergamino, pero con una antigüedad no superior a un par de meses. Cuando pasé las fotos a la base de datos para la subasta, no me di cuenta por su reducido tamaño. Lo cierto era que la miniatura sí parecía un pergamino como esos que aparecen en los libros, o en los documentales de televisión,

pero nada tenía que ver con el texto explicativo, ni mucho menos databa del siglo II. Examiné el resto de las imágenes, y la única que sufría una manipulación evidente tan clara era la del pergamino que había comprado Conversum.

¡Quizás el negocio había sido blanquear un millón de euros! No, no era posible porque Conversum se había deshecho de un millón, pero no lo había blanqueado, lo había gastado, y si no me habían engañado más incluso de lo que yo empezaba a creer, nadie le iba a enviar una factura oficial por un programa de fiestas valorado en un millón.

Consulté en Internet acerca de los pergaminos y supe que su nombre se debía a la ciudad italiana de Pérgamo, donde al parecer hubo una industria floreciente de fabricantes de pergamino. Me enteré también de que desbancó al famoso papiro y que se podían confeccionar con la piel casi de cualquier animal, aunque las vacas eran las preferidas. En las páginas que consulté había muchas fotografías, todas más creíbles que la utilizada en la subasta. Aprendí de pergaminos, pero no aclaré qué podía contener el que había comprado Conversum.

De las tres preguntas, dos no tenían respuesta. No sabía por qué Oriol Nomis no se había inmutado tras la subasta, ni qué aparecía en el pergamino, así que solo me quedaba la tercera, saber quién se escondía tras el nombre en clave, y yo mismo me había asegurado de garantizar su anonimato. La tercera pregunta también sin respuesta. Claro que... Una idea me asaltó. Me vestí de prisa y salí. Tenía que hablar con Martí.

—Necesito encontrar a uno de los que pujaron —le dije nada más verlo.

—Imposible. Tú mismo me pediste que nadie, bajo ningún concepto, pudiese localizar a ninguno de ellos. Por eso, les permitimos entrar con nombres en clave y funcionar contra la cuenta corriente numerada que me diste.

—Lo sé, pero en ese nadie no te incluí a ti, ¿verdad? —su rostro cambió a una mueca. Había dado en el clavo.

—¡Claro que me incluía! Fuiste muy claro en eso.

—Martí —lo interrumpí—, estoy convencido de que puedes recuperar algún dato de los ordenadores que se conectaron, ¿es así o no?

—Quizá, con mucha paciencia y después de varias horas podría encontrar la IP remota de conexión, ¡pero eso no significa conocer quiénes son! —él mismo debía proteger su trabajo.

—Comprendo, esa IP no nos dirá quiénes son, pero sí nos puede acercar mucho al lugar desde el que se conectaron, ¿me equivoco?, ¿y me equivoco también si supongo que has guardado algún registro con esas IP?

—No —aceptó resignado—. ¡Pero no las guardé por nada en especial, solo como seguridad de conexión, por si alguno de ellos se desconectaba, para permitirle entrar de nuevo a la subasta sin abrir una nueva sesión! Lo siento.

—No te disculpes, el trabajo ha sido excelente. ¿Aún guardas esas IP —asintió, y yo seguí—, y crees que podremos rastrearlas?

—Podremos seguirlas hasta el servidor que hayan utilizado; después, dependiendo de la seguridad de ese servidor, podremos acercarnos más o quedarnos allí.

—Bien. Necesito encontrar al que entró con el alias de Conversum. Es importante.

Martí me miró y me pidió que lo siguiera hasta su despacho. Era una sala no muy grande en la que el desorden se apreciaba en los detalles. Conté cuatro monitores y seis teclados. La luz natural, que podría haber entrado por la única ventana exterior, estaba barrada por una cortina metálica de tiras, y toda la iluminación provenía de dos fluorescentes que colgaban de un falso techo. No había plantas y sí miles de CD, libros y carpetas colocados con prisa por las estanterías. De todas las cosas que se mantenían sujetas a la pared con cinta adhesiva, destacaba una hoja con trazos de tiza de colores poco precisos, en la que una cabeza deforme, sin nariz ni orejas, observaba lo que parecía un monitor.

Martí tecleaba y hacía correr el ratón a una velocidad parecida a la de un hombre con seis o siete brazos.

—Ese Conversum es muy listo, o está muy bien asesorado —hablaba sin dejar el teclado y con la vista fija en la pantalla—. Sea quien sea, lo ha hecho muy bien. He conseguido rastrear solo tres de los puentes que utilizó antes de conectarse.

—¿Puentes?

—Mira —me dijo mientras giraba el monitor para que lo pudiese ver con claridad—, el servidor desde el que se conectó a nuestro URL era un servidor canadiense, pero a este se había conectado desde un servidor ucraniano, al que había accedido desde un servidor de Liechtenstein. Ahí le pierdo la pista. Liechtenstein no permite rastrear sus IP ni informa de sus servidores.

—¿Me quieres decir que Conversum, antes de conectarse con nosotros, ya había previsto un circuito imposible de rastrear?

—«Imposible» es una palabra muy dura, pero sí había preparado una buena defensa ante miradas indiscretas.

—¿Podemos seguirlo más allá?

—En una hora, no. Necesitaría bastante más tiempo y no estoy seguro de que me puedas compensar —Martí no escatimaba favores, pero su tarifa no era de las más económicas.

—No te preocupes, si necesito acercarme más, te lo diré.

Ya iba a marcharme, cuando de pronto se me ocurrió una nueva estrategia.

—¿Y Capillus, puedes encontrarme a Capillus?

Me devolvió una mirada comprensiva y se puso de nuevo a teclear. Me explicó

que, como ya tenía todas las rutas abiertas, esta vez sería más rápido, siempre que Capillus no hubiese diseñado también un sistema de antilocalización.

—*Et voilà*, Capillus no ha sido tan previsor! Además, está relativamente cerca.

—¿Cómo de cerca? —pregunté.

—La conexión se realizó desde un cibercafé de la calle Ballesteries, en Girona. Te puedo decir incluso que lo hizo desde el ordenador número siete del café. ¿Alguna pregunta más? —me desafió en tono burlón.

No ubicaba bien las piezas del rompecabezas y supuse que la cara de asombro fue lo que hizo carcajear a Martí. Le di las gracias de nuevo y me marché.

Estaba por irme a casa, pero la curiosidad y la cercanía de Girona me animaron. No había comido, así que podía llegar hasta allí, comer, y luego tomar un café en ese ciber. Quizá descubriría algo o a alguien que me ayudase a seguir con el hilo. Sabía que era una idea sin pies ni cabeza, pero ¿qué lo tenía desde que llegué?

Me costó, como siempre, encontrar aparcamiento en el centro. La calle Ballesteries estaba en la parte más turística y frecuentada de la capital, cerca del Puente de Sant Feliu, un lugar desde el que los visitantes desplegaban sus cámaras para tomar una y otra vez la foto de las casas de colores reflejadas en el río Onyar. Continué el paseo entre las tiendas de libros de viajes, comida dietética y figuras de santos y vírgenes de resina, hasta la misma calle Ballesteries. Mientras buscaba dónde almorzar, había cruzado distraído la Plaza del Correu Vell para llegar justo frente a un local con la fachada pintada de verde fluorescente. En la acera, un cartel en forma de "V" invertida anunciaba las excelencias de la comida cibernética; pizzas ADSL y bebidas reconstituyentes con nombres tan diversos como Root o Directory eran sus ofertas estrella, amén de conexión gratuita a la red siempre que la consumición superara los diez euros. Capillus había realizado su puja desde una de aquellas sillas de aluminio que se adivinaban en el interior del local. Entré.

El cibercafé no era muy grande; conté siete mesas enganchadas a la vidriera con vistas al río, todas individuales, y cuatro más dobles en la parte interior del local. Al fondo, una pequeña barra de servicio y una chica con una camiseta con lemas pro independencia de Catalunya, que supuse sería la camarera. Doce ordenadores, si contaba el suyo. La decoración, a diferencia de la camiseta, necesitaba de más imaginación que tiempo para gozarla. Me senté en la última mesa, la más cercana a la barra, y la activista me sirvió una pizza Google Earth. Éramos cuatro personas obrando el milagro de mantener la bebida, los cubiertos, el plato, el teclado, el ratón y el monitor en la mesa de tres por tres palmos. Mientras arrancaba trozos de pizza con una mano, e intentaba mover el ratón con la otra, estuve tentado de preguntar a la camarera si conocía algún cliente que se conectara desde allí con el sobrenombre de Capillus, o cuál de los once ordenadores era el número siete, pero no lo creí oportuno, así que probé por acceder al servidor de red del local. Por desgracia, ni mis

conocimientos informáticos eran suficientes, ni la seguridad tan deficiente, así que no conseguí nada de nada. Pagué y me marché.

Deshice el camino en dirección al centro y, ya que no había conseguido mi peregrino propósito, decidí aprovechar la tarde visitando el Call, el magnífico barrio judío de Girona. Me encantaban los recodos de sus estrechas calles, las escaleras en penumbra que adivinaban el acceso a lugares secretos, niveles mágicos apenas unos escalones más arriba. Me fascinaban los soportales de las casas burguesas, con sus piedras grabadas con el año de construcción sobre los arcos mudéjares. Muchas de esas casas se habían reconvertido en cafés, chocolaterías, tiendas de antigüedades y librerías esotéricas judías. Raro era el escaparate en donde no hubiera una menorá, el candelabro sagrado judío de siete brazos, o una estrella de David.

Subí hasta la Catedral de Girona por su parte trasera, por los escalones de la Pujada de les Escales, y me senté un rato mientras observaba a los numerosos turistas disfrutar del recién restaurado monumento. Imaginé los números de esta catedral, los cepillos vacíos y las cuentas corrientes llenas. Los turistas no acostumbran a dejar limosnas fuera de sus parroquias. Los observé mientras subían y hacían bromas entre fotos y resbalones simulados. Sería fácil colocar el millón largo de euros en esos cepillos ricos en espacio.

El frío de la tarde me ayudó a levantarme y volver a casa, rendido a la evidencia y dispuesto a dedicar mi tiempo en asuntos más productivos. Ya estaba apenas a doscientos metros de mi coche cuando sentí un escalofrío horrible, como si un alma en pena me hubiese atravesado. Todo el vello de mi cuerpo se erizó. Me paré, giré la cabeza hacia el otro lado del río, y la vi. No había duda. Estuve a punto de tirarme al suelo, recé para que no me hubiese visto y volteé de golpe contra el escaparate de una tienda. Quizás había conseguido que no me viera, pero desde luego no pensaba darme vuelta para averiguarlo. Maldita sea, ¿qué hacía ella allí? ¿Qué hacía Azul en Girona? Hice ver que miraba los escaparates de los comercios vecinos y aceleré el paso hasta casi correr en dirección al coche.

De camino a casa, solo tenía una pregunta en la cabeza, ¿qué hacía Azul allí? Era demasiada casualidad encontrarla de nuevo y justamente frente al café desde el que se había conectado Capillus. Algo olía a podrido y Oriol Nomis tenía que saber el porqué. Activé el manos libres del coche y lo llamé.

—Azul está frente al café desde el que se conectó el gancho en la subasta —fui directamente al grano.

—Lo sé, me acaba de llamar para decirme que ha visto tu coche. Ven a casa, es mejor no hablar de esto por teléfono.

Llegué a la casa de mi jefe a la hora de cenar. Tenía la sensación de haber pisado una mierda del tamaño de un campo de fútbol, o por lo menos, de estar metido en un asunto que apestaba igual.

Oriol Nomis y su esposa Marta vivían en un pequeño pueblo a veinte minutos de Barcelona, en una antigua casa de pagés reconvertida en vivienda. Ella era una mujer muy hermosa, más cercana a mi quinta que a la del catedrático, del que se enamoró siendo su alumna. No era un hecho insólito el *affaire* de un profesor con una alumna, pero que ese profesor fuera el Cacoca revolucionó a la Universitat. Ahora hacía bastante de eso y a nadie parecía extrañarle la desigual pareja. No habían tenido hijos.

Fue la propia Marta quien abrió y me saludó con un par de besos sinceros. Me avisó de que Oriol me esperaba y me acompañó hasta la sala comedor donde, además del propio catedrático, el padre Carles y el señor Navarro parecían haber gozado de una buena cena.

—Pasa, ¿quieres cenar alguna cosa? Marta, por favor, prepara un poco de pan con tomate y queso para Cècil —negué el ofrecimiento—, ¿no?, bueno, comprendo que no tengas mucha hambre, quizá después. Ahora siéntate con nosotros, creo que te debemos una explicación.

—Azul estaba en Girona, frente al café desde el que se conectó el gancho —le dije.

—Lo sabemos, la enviamos nosotros. Ella es Capillus.

—Permítame, deje que sea yo quien le ponga al corriente —intervino el señor Navarro—. Mi nombre real es Antonio Aripas, comisario Antonio Aripas. Como bien puede imaginar, todas las obras de arte y antigüedades están sometidas a un constante acoso por parte de los coleccionistas privados, en especial, aquellas relacionadas con la Iglesia, y aquí nos sobran iglesias —lo dijo sin tono alguno, como la simple constatación de un hecho—. Creemos que no tanto por el componente religioso, sino por la mayor facilidad de hacerse con ellas. Sabe usted muy bien que no disponen de las mismas medidas de seguridad el Museo del Prado y una iglesia románica aragonesa.

—No, yo no sé nada. Maldita sea, me han utilizado y ni siquiera sé para qué.

—Cècil, deja acabar al comisario, por favor —me interrumpió Oriol Nomis.

—Gracias, señor Nomis. Como le decía, señor Abidal, en estos últimos meses nos hemos visto superados por una oleada de robos de antigüedades a gran escala. La prensa ha filtrado algunos de aquellos sobre los que ha tenido conocimiento —recordé el robo del Códice de Liébana—, pero todavía andan lejos del alcance real de lo que está ocurriendo. Muchas iglesias, sobre todo de Catalunya, Aragón y del sur de Francia, están siendo asaltadas para robar pequeñas figuras de santos o vírgenes, pero sobre todo manuscritos antiguos, y códices. Por eso, montamos toda la subasta, queríamos cazar, o por lo menos tener una pista de quién está tras la oleada de robos.

—Sigo sin comprender qué pinto yo en todo esto. ¡Señores, soy un auditor! ¡No un policía!

—Tenemos la sospecha de que alguien muy metido en la jerarquía de la Policía, o

de la Iglesia, es quien facilita la información para realizar esas acciones. Saben qué buscan, y aunque eso no es ningún secreto porque la información se encuentra en los Archivos Generales de Patrimonio, saben con exactitud cómo entrar y salir de los archivos, dónde se encuentran las cámaras y los sensores de alarma, todo el sistema de seguridad les es conocido.

—El comisario Antonio es un viejo amigo y en una comida me comentó lo que estaba ocurriendo. Fue entonces cuando les «ofrecí» tus servicios. Estaba seguro de que no te negarías a echar una mano, aunque fuese de esta forma, en favor de los más pobres. Pensamos simplemente que eras uno de los mejores para montar la subasta, y que después ya continuaríamos nosotros con la búsqueda. No creímos que te lo tomaras tan, no sé cómo decirlo, a la tremenda.

—Pinchamos la red del hotel para tener un control de todos los que interviniesen en la subasta —¡no podía creerlo!—. Sin embargo, la presa mayor se nos ha escapado de nuevo.

—Sí, en Liechtenstein. ¡Me has utilizado como a un imbécil! —señalé a Oriol Nomis.

—No teníamos alternativa, señor Abidal —ahora fue el padre Carles quien intervino—, no sabíamos si podíamos confiar en usted. Sea comprensivo.

—¿Cómo sabe usted lo de Liechtenstein? —preguntó el comisario.

—No me gusta dejar las cosas a medias, y en este asunto hay demasiados cabos sin resolver. El señor Nomis también debería haberlos avisado de eso, puedo ser muy tenaz cuando no comprendo alguna cosa —vi al catedrático esbozar una gran sonrisa.

—Les avisé, Cècil, les avisé.

—¿Y Azul?

—La metimos en esto antes que a ti. Sabes bien de sus cualidades, pensamos que sería un buen gancho. Conoce este mundo.

Yo también conocía ese mundo de Azul, lo había vivido muy de cerca, hasta que la arrestaron.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Usted ya ha cumplido con su cometido. Sentimos profundamente haberle embarcado en esto y esperamos que sea comprensivo. Como usted, nosotros también antepusimos un bien mayor a la opacidad del camino. Además, no debemos olvidar que el millón de euros es real y está dispuesto para que alguien lo recoja y le dé un uso más, digamos, lícito.

—Si me hubiesen advertido, habría dejado alguna puerta para seguir la pista del dinero... —alegué.

—Si le hubiésemos advertido, el millón de euros ahora no estaría en esa cuenta, créame.

—Pero cuando Conversum sepa que el manuscrito es falso, intentará tomar

represalias, buscará al contacto que le dio el aviso.

—No tiene por qué saberlo nunca. Quizá no sea el que él deseaba, pero nadie ha dicho que sea falso —aclaró el padre, que sin duda no conocía la fotografía del programa de fiestas.

—De todas formas, y ustedes lo saben muy bien, si en verdad todo lo que me han contado es cierto, dudo mucho de que una persona capaz de pagar un millón de euros por una pieza robada se quede sentada en su sillón observando un trozo de pergamino que no es el que ha comprado.

—Lo tenemos controlado. Por favor, señor Abidal, solo le vamos a pedir dos cosas más: una, que se olvide de este tema, y otra, que mantenga la discreción adecuada a un caso de este calibre. Le reitero nuestras disculpas, y ahora, si me perdonan, debo regresar a mi unidad. Buenas noches, señores.

El comisario se marchó y Marta lo acompañó hasta la puerta. Aproveché que todavía estaba abierta para marcharme yo también. No sabía qué estaba más, si enfadado, confundido, asustado, o todo a la vez.

De camino a casa, fui incapaz de apartar los ojos de Azul de mi recuerdo.

---

## Capítulo 5

*Secacah, Israel, año 15 d. C.*

**A**unque no me gustaban mucho las lluvias, ahora las echaba de menos. A cada paso se levantaba una pequeña nube de polvo, y todavía faltaban más de dos meses para que viéramos de nuevo el agua rebosar en los pozos. El sol ondulaba la vista y solo los ancianos eran capaces de distinguir en la lejanía.

Cada día llegaban nuevas personas; algunas, como yo, eran el pago por un favor fuera del alcance de los seres humanos corrientes, pero las más eran gentes hastiadas de la vida que buscaban respuestas en las cuevas de la ciudad.

A Yuhana y a mí nos gustaba escondernos en la granja de Jananiah para verlos llegar. La mayoría lo hacían sucios, agotados, con los pies llagados por sandalias deshilachadas que se adherían a su piel como el polvo del camino, hartos de penurias, de los controles militares de los romanos, de insultos, cuando no persecuciones o agresiones, de los fariseos, que los llamaban «farsantes» y hacían lo posible para que no llegaran a la comunidad.

A su llegada se les bañaba y ofrecían túnicas limpias, y se les advertía que a partir de ese momento sus ropajes serían el único bien del que serían poseedores hasta el fin de sus días.

—¿Te acuerdas de la lección de anoche? —me preguntó Yuhana.

—¿La de Hermes?

—Sí, la del ritmo del péndulo. Ya he comprendido qué significa —me aclaró con cierto aire de condescendencia.

—Es muy fácil, yo también la comprendí, todo oscila con la misma fuerza a un lado y al otro.

—¡Como mi puño! —y me pegó un golpe en el hombro que me hizo caer al suelo.

—¡Ven aquí!

Corrí tras él para devolverle el impulso del péndulo, pero apenas podía seguir sus carcajadas entre las palmeras de la granja. Cuando al final lo alcancé, Yuhana había trepado a una palmera y dejaba caer ristras de dátiles al suelo. Bajó y me ofreció una de ellas a modo de disculpa. Sus ojos, del color de la miel de los higos, brillaban por la excitación del ejercicio, y agitaba los párpados con la cara baja como un tonto. Le di un buen empujón y le quité los dátiles. Después, nos tumbamos al amparo de la sombra de las palmeras, con cuidado de no manchar mucho nuestras ropas, y de que Jananiah no nos encontrase.

Yuhana hacía solo dos años que había llegado a Secacah con sus padres; sin

embargo, había demostrado un gran talento para seguir las clases y compartía el mismo espacio que los que llevábamos cinco años en la comunidad. Vivía con sus padres en una cueva para ellos tres, apartados de los que habíamos venido a Secacah solos. Yo vivía en una gran cueva con más hermanos. Era divertido, como una gran familia. Nos levantábamos a la misma hora, realizábamos la meditación en conjunto, almorzábamos juntos, incluso hacíamos los ejercicios de purificación en grupo, pero no había niños de mi edad. El único era Jonás, y apenas tenía cuatro años. Por eso me hice tan amiga de Yuhana en cuanto nos encontramos.

—¿Crees que serán iniciados? —le pregunté con la boca empastada de la miel de los dátiles.

—Si el Señor así lo quiere... Mis padres están trabajando mucho, ya liberaron a los esclavos y renunciaron a todos sus bienes en Gerasa, y mi madre dice que cualquier día los avisarán del consejo.

—Yo casi no recuerdo la cara de mi madre, y la de mi padre tengo que imaginarla bajo la manta que lo tapaba.

—Aquí tienes cientos de padres y madres, y también de hermanos y hermanas.

—¡Y de tontos! —y le devolví el golpe antes de salir a correr en dirección a las cuevas.

Aún no había alcanzado el final de la granja cuando Jananiah, que irrumpió de detrás de una palmera, sacó su brazo como una zarpa y me agarró al vuelo. Yuhana, que venía tras de mí a toda velocidad, nos cayó encima y rodamos los tres por el suelo. Nosotros empezamos a reír, pero la mirada dura de Jananiah nos hizo ponernos en pie, sacudirnos las túnicas y bajar la cabeza. Nunca lo habíamos visto tan enfadado, ni cuando le metíamos briznas de hierba en la nariz mientras dormía.

—Os están buscando, sobre todo a ti —dijo señalando a Yuhana, y nos agarró con fuerza del cuello de nuestras túnicas para que no nos escapásemos.

Jananiah era casi un anciano, solo le quedaba pelo en los costados de su cabeza y la coronilla siempre la llevaba marcada por los arañazos que se hacía al recoger dátiles, pero todavía era el más rápido en subir a las palmeras y el mejor para escoger los dátiles más dulces. Hacía muchos años que Jananiah había sido iniciado, y desde entonces vivía en los límites de la granja, donde recolectaba miel y plantaba la cebada con la que se hacía el pan en la comunidad. Era un hombre dulce, nos regañaba y vigilaba que cumpliésemos con los preceptos de la Ley y de la comunidad, pero siempre que acababa de darnos una reprimenda, metía el párpado entre sus arrugas a modo de guiño y nos dejaba correr por sus campos. Por eso, nos sorprendió la dureza de su expresión.

Nos llevó en volandas hasta la entrada del acueducto.

Frente al depósito de agua, guardaban cola varios hermanos para purificarse antes de entrar en la ciudad. Jananiah les pidió permiso y nos dejaron pasar primero. La

escalera de bajada al depósito estaba dividida por una pequeña pared que separaba a los que bajaban para lavarse de los que ya subían purificados, pues una vez realizado el ritual, no estaba permitido tocarte con nadie. Me arremangué la túnica para lavar a fondo mis pies y después la solté por debajo de mis hombros para hacer lo mismo con la cara, los brazos y, por último, las manos.

Seguimos en dirección al refectorio, y al pasar por la gran plaza, los hermanos bajaron la cabeza en señal de respeto. Cuando llegamos a las puertas de la sala, una docena de hermanas invitaron a Yuhana a entrar. Le pregunté a Jananiah qué ocurría, pero ni siquiera pareció escuchar mi pregunta. Me senté a su lado y cerré los ojos. Rogué a Dios que no ocurriera nada malo y me detuve en el fondo de mi plegaria. Al cabo de poco, salió Yuhana.

Lo acompañaba el Maestro de Justicia. Yo solo lo había visto dos veces, la primera cuando le habló a mi hermano y lo hizo levantar, y la segunda cuando una tormenta espantosa comenzó a arrancar el adobe de las paredes y los techos de las salas, que volaban por el desierto como pájaros; entonces salió con su larga túnica blanca, se situó sobre la torre y empezó a cantar hasta que la tormenta desapareció en una suave brisa. Ahora, llevaba su mano derecha sobre el hombro de Yuhana, y este permanecía más serio aun que Jananiah. El Maestro lo miró a los ojos, le besó en la mejilla y volvió a entrar. Yuhana me miró y me pidió que lo acompañase.

Caminó como en un sueño dócil, en silencio hasta la parte trasera de los hornos en los cuales trabajaban sus padres, fijó la vista por un segundo, y siguió. Cuando estuvimos fuera de la ciudad, le pregunté qué había ocurrido.

—Habían aceptado a mis padres, cinco partes de luz los iluminaban.

—¡Es fantástico! —exclamé.

—Ha habido un accidente en el horno y han muerto esta mañana. El Maestro me ha dicho que ese era su destino, y que debo estar feliz de que se haya cumplido —su voz carecía de emoción.

—Lo siento mucho —acerté a decir.

—Gracias. Ahora ya estamos iguales, podremos vivir en la misma cueva —se levantó y comenzó a caminar de nuevo hacia el interior de la ciudad, pero antes de entrar me hizo una pregunta que todavía hoy me sacude en el recuerdo—. ¿Tú también crees de verdad que todo está predestinado y que incluso nuestra voluntad está en manos de Dios?

—Claro, ¿de quién si no? —me he preguntado miles de veces desde entonces si la respuesta fue la correcta.

Me besó en la mejilla, como antes había hecho el Maestro con él, y entró en los hornos para recoger las sandalias de sus padres, que todavía colgaban de un clavo en la pared del taller.

Tardó diez años en hacer de nuevo esa pregunta. Fue una noche, mientras

tomábamos la cena en el refectorio. Yuhana llevaba varias semanas muy extraño. Permanecía en estado de silencio, más allá incluso de lo impuesto por la Ley, y sus enseñanzas, a las que nos tenía acostumbrados después de los almuerzos, habían desaparecido por completo meses atrás.

Los dos habíamos sido iniciados, habíamos superado con éxito el recuento de la vida pasada y éramos plenos responsables de ella. Nuestras ropas blancas significaban desde entonces la pureza del alma y del conocimiento de la Ley, así como la firme decisión de entrar y permanecer en el sendero de la Luz en el que todo estaba escrito.

Esa noche, Yuhana esperó paciente a que todos terminásemos de cenar. En todo el día no había pronunciado una sola palabra, así que cuando oí su voz, no pude evitar un sobresalto. Pidió permiso para hablar y el Maestro de Justicia se lo concedió.

—Maestro, hermanos, debo pedirlos disculpas por interrumpir este sagrado momento de recogimiento, pero he sentido en mi interior la fuerza necesaria para dirigiros unas palabras de despedida —un siseo flotó en el comedor—. Creo que ha llegado el día en que debo seguir otro camino, un camino en el que nuestro esfuerzo y nuestra dedicación al alma obtengan frutos por sí mismos, un camino en el que nada esté predeterminado, en el que cada hombre labre su futuro según sean su actitud y sus pensamientos —el siseo cambió a un murmullo ensordecedor que la voz del Maestro de Justicia silenció.

—Hermano Yuhana, eres uno de los máximos conocedores de la Ley, sabes a qué y con qué te comprometiste al aceptar los hábitos blancos. Eres un espejo para tus hermanos y sabes muy bien que tus palabras están equivocadas.

—No, no lo están, Maestro. Así me ha sido revelado.

—¿Revelado por quién?

—Por Dios —volvieron los murmullos.

—¿Y qué más te ha sido revelado? —preguntó el Maestro.

—Que debo seguir mi camino y salvar a todos aquellos que a mí se acerquen, perdonando en su nombre las faltas cometidas y haciendo que sean instruidos en el camino de la Luz.

—Yuhana, eres un hombre sabio, no dejes que tu orgullo hable en nombre de lo supremo. Sabes bien que todo está escrito, que todo está presente y que nadie, ningún ser vivo, tiene la capacidad de juzgar o perdonar a otros. Cada uno de nosotros es responsable único y absoluto de su vida y de todo lo que en ella acaece. Nadie tiene la capacidad de borrar lo ocurrido, como nadie tiene la capacidad de ignorar lo que ocurrirá. No te engañes, hermano Yuhana, y no engañes a otros.

—Maestro, llevo meses indagando quién habla en mi interior, si es mi orgullo, mi mente o algún remordimiento no sanado, y puedo aseguraros que no se trata de nada de eso. Estoy convencido de que cualquier hombre puede cambiar su destino si existe

un arrepentimiento real y una nueva vida de enmienda. ¿Cómo, si un hombre que ha hecho mal a un hermano comprende el daño realizado y cambia su vida, dedicándose a ayudar a los demás, puede estar condenado, cómo puede ignorarse el bien realizado después del cambio?

—Son artimañas de tu mente, Yuhana. Escucha en meditación a tu Ser.

—Eso he hecho, Maestro, eso he hecho, hermanos, y por eso mañana dejaré mi cayado en la cueva y me marcharé.

¡Yuhana se marchaba de la comunidad! ¿A dónde? ¿Tan importante era la cuestión del perdón y la predestinación como para abandonar a sus hermanos, a sus amigos, la vida que había conocido hasta el momento, y a mí? Pasé toda la noche en vela. El sentimiento de duelo por la pérdida de Yuhana me arrancaba una y otra vez del estado de paz que necesitaba para evaluar la discusión ocurrida en el refectorio. Imaginé a muchos de mis hermanos en la misma situación. Las palabras de Yuhana tenían sentido, en mi interior resonaba un sentimiento de comprensión y aceptación de su enseñanza, pero por otra parte, ¿para qué dedicar una vida completa a observar la Ley, si bastaba con arrepentirse en el último momento?

Por la mañana, antes de que saliera el sol, ya había tomado una decisión. Frente a la entrada del acueducto, nos reunimos no más de una decena de hermanos influenciados por las palabras de Yuhana, que no tardó en aparecer, y, en absoluto silencio, nos marchamos tras sus pasos. Cuando Yuhana pasó junto a mí, me sonrió.

Fundamos una pequeña comunidad en el territorio de Perea, a orillas del Jordán, con normas muy parecidas a las de Secacah, pero abiertos a la gente. Yuhana comenzó a predicar sus enseñanzas a orillas del río, y poco a poco, ricos y pobres, justos y pecadores, comenzaron a su vez a acercarse cada vez en mayor número para escuchar sus sermones. Yuhana mezclaba las enseñanzas más herméticas con otras brotadas de su interior. Su nombre empezó a extenderse por el desierto de Judea, tanto así que no tardaron en aparecer soldados y espías del tetrarca Herodes Antipas para vigilar sus palabras.

También algunos fariseos se acercaban de tanto en tanto hasta el río para gritar e increpar a Yuhana, pero este se limitaba a ignorarlos. Decía de ellos que eran unos farsantes y que incluso para sus pecados había solución si aceptaban el arrepentimiento e iniciaban una vida austera, entregada y célibe.

A Yuhana se le comenzó a conocer como «el Bautista», porque a todos los que reconocían sus pecados y decidían una conversión personal a Dios los sumergía en el río y los bañaba con sus propias manos, para escenificar el proceso de arrepentimiento y el inicio de una nueva vida limpia de los errores y excesos del pasado. Mucha gente lo consideró también un profeta porque Dios le comunicaba su Palabra.

En todo ese tiempo, permanecí fiel a las enseñanzas y a mi hermano Yuhana.

Dormíamos siempre bajo el mismo techo, pero nunca juntos, porque los dos habíamos tomado el voto de celibato. Sin embargo, para Yuhana no era suficiente. Mucha gente que se arrepentía una y otra vez, al cabo de poco, solicitaba de nuevo el perdón del profeta.

—No consigo que abandonen —me decía.

—Sabes muy bien que no todos estamos en el mismo camino de evolución. Ningún hombre conoce el estado de evolución de otro. No nos ha sido dada la capacidad del cambio ajeno.

Yuhana me miró con un semblante muy serio.

—Nunca te lo he preguntado, Mariam, ¿tú crees en mis enseñanzas, crees que Dios me ha hablado, o piensas, como el Maestro de Justicia, que es mi orgullo el que me inspira?

—Creo en mí, Yuhana. Pero creo también en todos los profetas cuyas enseñanzas leímos, y tú eres uno de ellos. Dios se manifiesta en tus palabras, lo creo y por eso te seguí, aunque debes comprender que solo tienes la capacidad de predicar, de perdonar en su nombre, y no de producir un cambio si no es deseado.

—Lo sé, y he pedido ayuda. Hace dos noches, Dios me habló de nuevo para decirme que me prepare, porque otro vendrá que sí tiene la fuerza para producir ese cambio.

---

## Capítulo **b**

**A**l cabo de unos días, recibí una llamada del comisario Aripas, antiguo señor Navarro, citándome para discutir algunos puntos sobre los que creía que mi ayuda podría serles útil. No pude evitar una sonrisa de autocomplacencia. Me vestí despacio, a pesar de que el comisario había insistido en la urgencia de la entrevista —incluso me había ofrecido un coche patrulla para que viniera a recogerme—, y saboreé la venganza de hacerlo esperar un poco. Cuando llegué a la comisaría de la Via Layetana, una larga de fila de ciudadanos ocupaba la mitad de la acera aguardando turno para renovar o solicitar documentos. A mí, sin embargo, nada más verme, el policía de la puerta me hizo entrar de inmediato. Crucé tras él por un pasillo lateral a la gran sala de atención al ciudadano hasta un ascensor, que funcionaba con llave para marcar los pisos, y subimos a la tercera planta. Cuando la puerta del ascensor se abrió, el comisario Aripas ya esperaba al otro lado.

Su despacho era más bien pequeño. No vi ninguna foto personal, ni ningún portanombres con el suyo o con su cargo. No había cuadros, ni calendarios, ni recuerdos, solo una foto con los terroristas más buscados que se pudría lentamente clavada por tres chinchetas oxidadas en la pared. Antes de sentarse en el sillón que había tras la única mesa, el comisario movió el confidente para que yo lo ocupara.

Aripas recogió el teclado y apartó la pantalla del ordenador de la mesa, sacó una libreta y destapó un bolígrafo que dejó sobre ella.

—Soy de la vieja escuela —me dijo a modo de excusa—. En primer lugar, gracias por haber aceptado la invitación. Si no tiene inconveniente, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Usted dirá.

—¿Cuánto hace que conoce al señor Oriol Nomis?

—Esto ya se lo debe haber explicado él.

—Por supuesto, Oriol y yo somos muy amigos —fue su respuesta. Era la segunda vez que oía esta afirmación, aunque todavía no podía hacerme cargo de qué unía a dos hombres en apariencia tan diferentes—; sin embargo, me interesa escuchar su versión.

—Bien, nos conocimos hace unos quince años, más o menos. Yo era universitario y un día por casualidad me vi al servicio de una de sus causas perdidas —quizá me equivoqué, pero creo que un intento de sonrisa apareció en el rostro del comisario.

—Fue su primer trabajo, ¿verdad?

—Sí, me mandó al Sahara. La Generalitat, organizaciones pro saharauí y personas influyentes donaban grandes cantidades para financiar proyectos allí, y Oriol Nomis

era el encargado de auditar la puesta en marcha sobre el terreno. Me pidió que lo ayudara.

—Pero tengo entendido que en una de esas misiones ocurrió algo que, digamos, le cambió la vida —dejó la frase inacabada para que yo tomara el envite. Comenzaba a temer los siguientes pasos.

—Sí, es cierto. Allí vi niños morir de sed y hambre porque políticos corruptos lo decidían desde sus despachos con aire acondicionado en Rabat. Pero también vi a algunos padres enriquecerse a condición de no alzar la voz. Son cosas que te cambian, se lo aseguro.

—Ya. Una gran tragedia, sin duda —me molestó la supuesta ironía, y Aripas, lejos de darse por aludido, siguió hablando—. Pero yo no me refería tanto a ese aspecto de su viaje. Vamos, sabe muy bien de qué le hablo.

—No, comisario, no sé de qué me habla, y le ruego que si tiene alguna pregunta concreta, la haga y acabemos con la retórica.

—Bien, si lo prefiere así... ¿Qué relación tiene con la señorita Azul Benjelali? —sentir su nombre en boca de ese hombre me molestó.

—Ninguna.

—Pero la tuvo.

—Sí, hace mucho tiempo.

—Sabe que la señorita Azul está metida también en este asunto. Ella ha sido el contacto con los peristas para la colocación de las piezas subastadas.

—Me enteré después, aunque eso ya lo sabe, y no me interesa. Creo que sería mejor que le preguntara a ella.

—Ya me gustaría, pero ha desaparecido. Pensé que podría haberse dirigido a usted.

—¿Por qué iba a hacer eso? Se habrá marchado a su casa, o a otro lugar. Es muy dada a desaparecer.

—Es un asunto importante. El tema ha dado una vuelta de tuerca más, ahora hay un asesinato de por medio y tenemos motivos para creer que la señorita Benjelali está implicada —mi asombro fue suficiente para animarlo a seguir—. Al que usted ha conocido como padre Carles lo enganchamos hace tiempo traficando con hojas arrancadas de libros antiguos y lo reclutamos como confidente. Conocía el ramo, por así decirlo, y junto con Azul y algún otro chorizo de tres al cuarto, fueron los encargados de avisar a los peristas y compradores. Cada uno de ellos activó sus mecanismos. Los coleccionistas no acostumbran a ser personas violentas, solo compran piezas robadas, pero no hacen daño a nadie ni matan. Esta madrugada, el padre Carles, le seguiré llamando así para preservar su memoria, ha aparecido muerto en su casa con un destornillador clavado en la yugular. El destornillador no tenía huellas, si es que lo iba a preguntar, pero en la mitad de los objetos y puertas de la

casa estaban las huellas de su novia Azul. ¿Comprende ahora por qué le he hecho venir? Cualquier información sobre la señorita Benjelali que pueda facilitarnos será de mucha utilidad. El Departamento Criminal también trabaja en el tema. Toda la Policía la busca, por eso pensamos que podría haberse dirigido a usted.

—Pero yo... —intenté protestar, me hubiese gustado decirle a ese policía que Azul no era mi novia.

—Quizá solo se trate de un robo que acabó mal, pero además existe otro problema —hacía ya un rato que se habían acabado las amabilidades y el señor Navarro se había convertido de verdad en el comisario Aripas—, tenemos un millón largo de euros en una cuenta numerada de la que, si no me equivoco, es usted el único conecedor. Ese dinero podría venir muy bien a una pareja de novios idealistas.

—Señor Aripas, lamento profundamente la muerte del padre, al que estoy seguro se sentía usted muy unido —le devolví la ironía—, pero las acusaciones gratuitas no me gustan, son ofensivas y atentan tanto contra mi persona como contra mi trayectoria profesional —retiré el confidente hacia atrás y me levanté. Ya no tenía sentido permanecer allí ni un segundo.

—No es mi intención ofender a nadie, sino descubrir la verdad de los hechos y evitar que se produzcan más. Puede usted marcharse, ya le dije que era una charla amistosa, pero le cojo la palabra de que nos avisará si Azul se pone en contacto con usted.

—Yo no le he dado ninguna palabra.

Nada más salir de la comisaría, llamé a Oriol Nomis, aunque supuse que ya conocería la noticia, pero aun así le informé del desarrollo de mi entrevista. Me pidió perdón por las formas de su amigo y me animó a estar tranquilo. Le pregunté por qué había escogido a Azul, y su respuesta fue tan enigmática como sorprendente, me dijo que hacíamos un buen equipo. De lo único que yo estaba seguro era de que había necesitado cinco largos años para olvidar sus ojos verdes, cinco años de viajes compulsivos para limpiar la memoria, y ahora, de golpe, cuando menos me lo esperaba, se volvía a colar en mi vida por la puerta de atrás, una puerta que yo mismo había descuidado.

Al cabo de un par de días, cuando regresaba de almorzar, encontré la puerta de mi casa forzada. Comprobé que no faltaba nada, pero era indudable que alguien la había registrado y que, fuera quien fuera el sinvergüenza, no se había molestado lo más mínimo en ocultar la evidencia de sus acciones. Sentí un flujo de miedo correr por mi espalda y recordé las palabras del comisario sobre la muerte del padre Carles. Decidí avisar de inmediato y, en menos de media hora, un grupo de policías armados con cámaras de fotos y maletines se presentaron en mi apartamento, con el propio comisario al mando.

—¡Se lo advertí! Debería colaborar, es usted un hombre inteligente y hacer de

héroe no le va a ayudar. Díganos dónde está Azul y le echaremos una mano con este asunto —Antonio Aripas ocupaba todo el marco de la puerta de entrada.

—Comisario, no sé dónde está Azul, ya se lo dije, y no sé qué relación pueda tener con esto —señalé el interior de la casa.

—Señor Abidal, si no quiere ver la relación, usted sabrá, pero los robos, el asesinato del padre y este allanamiento forman parte de lo mismo, estoy seguro, me lo dice esta y nunca se equivoca —se tocó la nariz—. Por favor, si descubre que le falta algo, por insignificante que le pueda parecer, o si recuerda cualquier detalle, le ruego que me avise. Le llamaré en cuanto el laboratorio nos envíe el análisis de las huellas.

Le di la mano y se fue, y tras él, la media docena de hombres que habían dejado mis muebles como la nariz de una cortesana. La sensación de pánico me inundó de nuevo al cerrar la puerta, y no pude evitar pensar en qué me habría ocurrido si hubiera estado en casa. Debía encontrar a Azul.

A ella le encantaban los acertijos, los documentos antiguos, las bibliotecas, los trabajos universitarios, los éxodos históricos, la arqueología, y su tráfico posterior, según descubrí más tarde. Nada de eso me había interesado en su momento, aunque sí hubo algo que me fascinó desde el principio, su amor por las raíces. Era fanática de la poesía, decía que sin ella era imposible pasar de los sentimientos del alma a la razón. A veces, desaparecía por meses enfrascada en cualquier estudio y, cuando lo hacía, la única forma que tenía de contacto era enviar un mensaje a su tío padrastro Luali al Sahara, el único con teléfono móvil en todo su poblado, y la única persona en el mundo que siempre conocía el paradero de Azul. Entonces, le enviaba un verso de algún poeta saharauí y ella sabía que yo la necesitaba más que algo pendiente desde hacía dos mil años.

Abrí mi teléfono y busqué el número de Luali Benjelali, el único de nuestra vida común que no había borrado, y le mandé un fragmento de poesía, «las miserias del mundo yacen olvidadas bajo el escombros de los metalenguajes». El cabo estaba echado, ahora solo debía esperar. Leí hasta el final los amargos versos de Saleh Abdalahe, «el lenguaje con que chillan los intestinos del sur es un enigma en los oídos del norte. El monstruo de la ciudad se comió nuestra inocencia».

De niña, tuvo la fortuna de caer en un programa de acogida para niños saharauíes y fue a parar a una familia con la que pasó tres veranos consecutivos. Al cuarto, se fugó y se quedó en Francia. Esa etapa siempre la mantuvo en secreto, no supe si por vergüenza de cómo lo consiguió o por el miedo al recuerdo, pero, fuera como fuera, la vida de Azul empezaba para todos a partir de los quince años. Vivió en un centro de acogida para niños extranjeros a las afueras de París, donde compartió adolescencia con los hijos de los que le habían robado su país. Quizá fue esa falta de identidad la que la empujó a aprender, a aprovechar al máximo cualquier oportunidad

para salir de ese mundo de piel marrón y pies descalzos en el que su propio aspecto la metía una y otra vez. En la Sorbona, descubrió los valores básicos del hombre y comprendió que esos valores eran machacados una y otra vez por los mismos que se llenaban la boca con ellos. Aprendió que su pueblo había sido víctima de una de las mayores traiciones del siglo XX y que aquellos que pocas décadas antes habían pedido la ayuda internacional para superar el mazo fascista eran los mismos que habían hecho oídos sordos y traicionado a su amada república del Sahara.

Al día siguiente de haber enviado el mensaje a su tío, Azul se puso en contacto. Recibí un mensaje en mi teléfono móvil, «Los pequeños dioses agonizan ante el vacío de los verbos politizados». Esperé varios minutos para proveerme de valor antes de marcar la opción de rellamada.

—Hola, Cècil —me estremecí.

—Hola, Azul. Tendríamos que vernos.

—Lo sé, siento que te metieran en esto. Les dije que no lo hicieran, pero no me escucharon. Junto a la Sagrada Familia hay un restaurante en el que se come fatal, pero que está siempre lleno de turistas, tras el lago. No vengas en coche y trae una bolsa con ropa para un par de días. Nos veremos allí a las dos y media —y colgó.

Miré el reloj del teléfono. Tenía poco más de una hora para preparar la bolsa y salir. No sabía qué sentiría al verla de nuevo, pero escuchar su voz después de tanto tiempo me produjo un efecto contradictorio de temor y tranquilidad. Ni siquiera me paré a cuestionar sus instrucciones. Decidí en el último momento añadir el ordenador a las dos mudas de ropa interior que, junto al neceser y un polar, configuraban todo mi equipaje, y salí. Hasta la calle Mallorca había solo cinco paradas de metro, así que pocos minutos antes de la hora ya deambulaba entre los turistas, la gran mayoría japoneses, que intentaban meter unas torres de cien metros de altura en la pantalla de una cámara de dos pulgadas. Supongo que, como debe pasar en casi todo el mundo, los propios de la ciudad son los únicos que no visitan sus monumentos y, a pesar de que pasaba frente a la Basílica con cierta asiduidad, no me había parado nunca a contemplarla con los ojos del curioso. Me pareció de una belleza escalofriante, casi enfermiza.

Como dijo Azul, en la manzana tras el lago había un restaurante amurallado por largas filas de autocares que se detenían en un estudiado cortejo para dejar y recoger turistas. Las propinas y las comisiones debían ser succulentas en esa esquina. Atravesé los arcos de entrada y el ruido ensordecedor del interior me golpeó con fuerza. Cerca de un centenar de comensales gritaban y reían, sentados en largas mesas agrupadas por turoperador, y bien surtidas de generosas jarras de sangría. Aquí también ganaba la mayoría de japoneses, aunque el follón se hacía más estridente en las mesas de italianos y turcos, que ocupaban en exclusiva uno de los comedores. El único espacio dedicado a los turistas solitarios era el tercer comedor, al fondo del local. Supuse que

Azul estaría allí. No comprendía muy bien el hecho de haber escogido un lugar tan ruidoso para hablar, pero entré un tanto compungido a buscarla. No la vi. Salí, esperé unos minutos y volví a entrar. Las dos y cuarenta. Azul nunca se retrasaba. Paseé la vista por las mesas de los japoneses y después, por el comedor de los mediterráneos, entonces la vi. ¡Allí estaba!, sentada con un grupo de turcos que gritaban y fumaban sin parar. Llegué hasta ella y me senté a su lado. Azul me miró a los ojos y tuve que hacer un esfuerzo para aguantarle la mirada. De golpe, se esfumaron cinco años de mi vida. Sus ojos, enrojecidos por el humo de los cigarrillos otomanos, continuaban hermosos. Vestía una blusa blanca de volantes y un collar de turquesas sin pulir a juego con ellos. Sin mediar palabra, metió una mano en el bolso y sacó un papel. Yo temía ese momento y tampoco sabía qué decir, así que refugié la mirada en sus manos mientras me tendían el papel doblado por la mitad. Las uñas cortadas a ras, sin pintar, en sus manos de bibliotecaria. Cogí el papel y lo desdoblé, solo decía «Soy una ellenjamesiana». No pude evitarlo, comencé a reír como un loco, liberé todos mis miedos en carcajadas a las que se fueron añadiendo los turcos, sin saber muy bien por qué, en una cacofonía que contagió a todo el restaurante, y en pocos segundos, más de cien personas, incluidos los japoneses, reíamos sin motivo a carcajada limpia. Azul me besó en la mejilla y se levantó. De detrás de su silla sacó un gorro de mexicano, de esos típicos en el imaginario turístico de la ciudad, y antes de marcharnos sin comer, me lo echó por encima. Aún mantenía la tensión de la risa en la mandíbula, y las lágrimas asomaban a las comisuras de los ojos, así que acepté la broma con humor y la seguí por las escaleras del subterráneo. Creí que bajábamos al Metro, quizá para ir a comer en algún lugar más tranquilo, pero las escaleras de bajada se bifurcaron apenas al final del primer tramo en dos túneles, uno que se dirigía al Metro y otro que entraba en el *parking* de unos grandes almacenes. Escogió este último, pagó en efectivo el tiquete de aparcamiento y caminamos hasta una furgoneta blanca estacionada entre dos deportivos. Subimos, ella en el lugar del conductor, y salimos del *parking*. Cuando estuvimos fuera, Azul demostró que no era una ellenjamesiana y comenzó a hablar.

—Ha pasado mucho tiempo, pero te veo igual.

—Tú estás —no quise evitar decir la verdad— preciosa. Todavía más hermosa que aquella tarde en El Aaiún.

—Cècil, por favor, no remuevas. ¿Cómo estás?

—Sorprendido. Después de tanto tiempo, tras haber encerrado todos mis cadáveres en el armario, apareces de golpe en medio de una historia inverosímil de robos, mentiras, ¡y hasta un asesinato! Y por cierto me han advertido que tenga cuidado contigo, porque estás involucrada en él.

—¿Y tú qué dices? ¿Crees que maté al cura?

—¡No digas tonterías! Has hecho muchas cosas raras —la vi bajar sensiblemente

la cabeza—, pero eres incapaz de hacer daño «físico» a nadie. Sin embargo, me dijo el comisario que su casa estaba llena de tus huellas.

—Ya hablaremos de eso. Tendremos tiempo. Gracias por no creer que yo le maté, aunque la Policía no sé si piensa igual.

Conducía una furgoneta Mercedes de seis plazas con los cristales traseros tintados y la bancada posterior recogida. La emoción del encuentro y la ocurrencia de la tarjeta no me habían dejado tiempo para pensar a dónde íbamos, pero cuando me fijé, la furgoneta enfilaba la autopista AP-7 dirección norte, la misma que había cogido días atrás para ir a Girona. Se lo pregunté.

—No, vamos a Suiza. A retirar tu millón trescientos mil euros. Es el único camino para saber quién mató al padre y ha destrozado a tu amigo Martí.

—¿Cómo?

—¿No lo sabías? Perdona, no quería ser tan directa, lo han encontrado inconsciente, tirado en la Ronda de Dalt, después de haber sido atropellado. Unos vecinos lo llevaron al Vall d'Hebron, y está en observación en la UVI —¡qué barbaridad me estaba contando!—. Lo siento, de veras, creí que ya lo sabías. Has tenido suerte de que empezaran por los otros.

La sucesión de imágenes y el peso de la culpa me mantuvieron inmóvil hasta la frontera con Francia.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Azul.

—¿Cómo sabes lo de Martí?

—El comisario informó a Oriol Nomis, y él a mí. Me mantiene informada de los movimientos de la Policía. Espero que los hayamos despistado en el restaurante. Te siguen desde que Conversum hizo la transferencia. Creen que tú puedes saber quién es.

—¿Yo? ¡Pero si ellos mismos me obligaron a crear un sistema para mantener el anonimato de los pujantes!

—Ya, pero cuando el padre murió y a mí no me encontraron, comenzaron a desconfiar de todo el mundo. Julio, ese era el nombre del cura, me llamó la noche de la subasta porque estaba aterrorizado. Había prometido dar los datos del paradero del código a su contacto, pero por culpa de tu montaje no lo consiguió. Tenían la red del hotel pinchada.

—Lo sé, pero no les valió de nada —la interrumpí.

—Fui esa noche a su casa para tratar de tranquilizarlo, pero no sirvió de mucho. Desde entonces, escapo de los asesinos y de los hombres del comisario. Me han metido en la lista de la Interpol y supongo que desde hoy tú también estarás en ella.

—¡Pero... si yo no he hecho nada! ¡Y Martí menos!

—Lo sé, mas ellos no. Tú mismo le encargaste que buscara a Conversum, y también fue él quien descubrió desde dónde me conecté a la puja. Además, el único

que sabe dónde y cómo acceder al dinero eres tú.

—Pues no creo que ir al banco a retirar el capital me ayude mucho. Debería volver y explicar la verdad. Quizás el comisario no sea la persona más agradable del mundo, pero no es idiota, y Oriol Nomis seguro que avalaría mi coartada —me enfurecí por utilizar esa palabra, ¡yo no había hecho nada!

—No puedes, Cècil. Confía en mí. Esto es algo muy gordo, más de lo que imaginas, y Oriol Nomis bastante tiene con protegerse a sí mismo. No se trata de un conde alemán o un nuevo rico ruso con ganas de enriquecer sus bibliotecas. Es un asunto más importante, definitivo.

—¿Definitivo? ¿Para quién?

—Para todos. Estamos llegando a Montpellier, pararemos a comer alguna cosa. Confía en mí, por favor.

—No puedo confiar en ti.

No me contestó, se limitó a conducir la furgoneta paralela al río hasta que llegamos frente a una especie de Coliseo romano tomado por una docena de restaurantes de comida rápida entre sus columnas jónicas.

—¿Y tú qué pintas en todo esto? —le pregunté.

—Es una manera de redimirme.

—¡Ja! Vamos, valiente manera de redimirse, meterse en el tráfico de antigüedades, visitar a peristas y escapar de la Policía en una furgoneta, que por lo menos espero que no sea robada.

—No la he robado, tranquilo. Me la ha prestado una amiga.

—No quiero volver a pasar de nuevo por lo mismo.

—Ya no es lo mismo, nada lo es ni lo ha vuelto a ser. Entonces no me creíste y ahora no me importa lo que pienses, solo que colabores mientras sea necesario —su voz sonó fría.

Cambiamos de tema y nos pusimos al corriente sobre los viejos amigos comunes y, sobre todo, hablamos de su tío. Me contó que ya no era el único del poblado con teléfono móvil, pero que ahora tenía un miniordenador de bolsillo que siempre llevaba dentro de una bolsa con cierre de cremallera para protegerlo de la arena, y que ni siquiera se atrevía a digitar sobre la pantalla por miedo a que se estropease. Nos reímos un buen rato a costa del pobre Luali.

---

## Capítulo /

La enorme Estación de Haydarpacha hervía como un caldo turco. La humedad era cercana al ochenta por ciento y la temperatura había subido hasta los treinta y cinco grados. Los miles de pasajeros que se agolpaban contra los mostradores y los andenes lucían sus ropas pegadas como una segunda piel. El ruido hacía que el calor fuese todavía más intenso.

La condesa Stewart descansaba sobre una de sus maletas inglesas en el andén mientras esperaba el tren que la llevaría a Ankara, la segunda etapa de su circuito por la Capadocia. En la agencia le habían aconsejado ese *tour* y, tras mostrarle algunas fotos, unas peñas acabadas en forma de pezuña llamaron su atención. El resto le pareció viejo, no antiguo o clásico, sino viejo, desvencijado y abandonado de las manos restauradoras del hombre. Su impresión no solo no había variado en los dos días que llevaba en Estambul, sino que se había reafirmado.

—Marie, este es nuestro tren —la avisó Mars.

Un monstruo metálico pifó en la vía siete mientras esperaba el acostumbrado cambio de invitados en sus entrañas. Subieron las dos al vagón cama de cola. Los últimos vagones correspondían a la primera clase, y la condesa había alquilado el camarote completo. Mars depositó el equipaje sobre la mesa que dividía la estancia, justo entre las dos literas. En un rincón se adivinaba una puerta de plástico, con la parte superior cubierta por un cristal opaco, que daba al minilavabo, y justo enfrente, a modo de espejo del baño, un pequeño armario. Deshizo cuidadosamente el equipaje y repartió con sabida experiencia los vestidos de la condesa y los suyos propios. El grueso lo dejó en las maletas.

Todavía no había acabado de acomodar el equipaje cuando un revisor llamó a la puerta. Mars le entregó los dos billetes y al poco sintieron chirriar las ruedas sobre los raíles. La condesa confió en que dejarían atrás el odioso encanto de Estambul y que, tal como le habían prometido en la agencia, el olor de las especias flotaría en el aire en sustitución al olor del sudor que la había acompañado desde su llegada.

Eran más de las diez de la noche y el tren, por supuesto, había salido con retraso, por lo que todo el ritmo del convoy se ajustaba con esmero turco al nuevo horario. El mismo revisor que había comprobado sus billetes ahora las avisaba de que la cena se serviría en el vagón restaurante. Les advirtió que sus billetes, si bien daban derecho a la cena, no contemplaban las bebidas.

Ocuparon una mesa junto a la ventanilla, y la condesa se situó de cara a la marcha del tren.

—Nos han engañado, Mars.

—Ya contábamos con ello.

—Montaron un buen sistema de seguridad, ¿cómo íbamos a saber que ellos estaban detrás también esta vez? Temo que nos hayamos precipitado, Mars, deberíamos haber esperado un poco. Quizá nos hemos delatado sin necesidad.

—Confiemos en que no.

Mars había conocido a Marie Stewart en la población española de Vitoria del Bierzo. La encontró sentada en la iglesia templaria, rezando o descansando del duro camino. Ella también andaba la famosa ruta iniciática hacia Santiago de Compostela. Se acercó y se sentó a su lado. Congeniaron de inmediato y realizaron juntas el resto del camino hasta la Catedral del Apóstol. De eso hacía más de diez años y desde entonces no se habían separado. Mantenían las formas de jefa y asistente ante la gente, en lo que se había convertido en un jueguito que les divertía a ambas por igual, pero en verdad eran amigas íntimas. Mars era colombiana y había trabajado como vicepresidenta financiera para Bancolombia, donde se convirtió en una espectacular promesa con menos de veinte años. Un día, comprendió que hacer crecer cuentas bancarias no era importante y lo dejó. Soltera y sin hijos, como la condesa, pensó que no había mejor momento para hacerlo. Caminó durante dos meses por el famoso camino y cambió de vida.

—¿Y qué crees que podemos hacer? —preguntó la condesa—. ¿O qué debemos hacer?

—Lo primero, averiguar si nuestro contacto ha sido víctima de la trampa, o la propia trampa, y ser cuidadosas. También deberíamos averiguar realmente si ellos están detrás o no.

—¿Conoces a alguien más capaz de pagar un millón de euros por un código sin investigar ni siquiera su autenticidad? —preguntó Marie Stewart, y siguieron con la cena mientras dejaban el Bósforo y su cuerno en la memoria.

---

## Capítulo 8

*Betania de Perea, Israel, año 28 d. C.*

**E**l río Jordán cortaba la extrema aridez del desierto de Judea y espesaba la vegetación en sus riberas. Más allá, a lado y lado, se extendía el terrible desierto. Hacía un par de años que habíamos abandonado las verdes riberas de Jericó para establecernos en Betania, y como cada cambio de la vida, este dejó atrás a quienes prefirieron quedarse en Jericó. De la docena de hermanos que nos unimos a Yuhana aquella lejana mañana, solo tres seguíamos junto a él.

Sin embargo, la fama del Bautista se había extendido más allá incluso de las tierras elegidas por los hijos de Abraham, y había atraído gente suficiente para formar una nueva comunidad. Peregrinos de toda procedencia que acudían a ser bautizados por el profeta, a ser marcados con el sello que les daría el perdón eterno ante el Juicio Supremo.

Su mensaje se había endurecido en Betania, y ya no perdonaba en nombre de Dios, sino que advertía de la llegada inminente de un Juicio Final.

En esos días, Yuhana había ido a visitar a Bannus, un eremita del desierto que, al igual que nosotros, comía únicamente lo que la tierra le proporcionaba, vegetales, langostas y miel, y vestía con ropas que él mismo confeccionaba con restos de plantas, mientras que nosotros lo hacíamos con bastas túnicas de piel de camello atadas al cuerpo con cinturones de lana. Su sabiduría, sin embargo, era mítica y a él acudían gentes de todas partes en busca de consejo. Por eso había ido a visitarlo Yuhana, quería compartir con él la llegada del Juicio Final y la actitud, que no comprendía, de la gente ante un hecho de tanta trascendencia. Quería ver cómo se preparaba el eremita para el acontecimiento.

Pero cuando Yuhana se ausentaba, la gente que esperaba su bautismo se agolpaba en gran número y los poco más de veinte hermanos de la comunidad teníamos dificultades para alimentar y servirlos a todos. Aprovechábamos para explicarles que el bautismo al que serían sometidos significaba el inicio de una vida dedicada al seguimiento estricto de la Ley, indispensable para obtener el perdón que Yuhana prometía en el momento del Juicio. Algunos se reían de nosotros, de nuestras vestiduras, del hecho de que no lleváramos el manto sacerdotal, y dudaban de nuestra capacidad para prometer el perdón para nadie. Otros incluso no tenían ni siquiera la paciencia de esperar para ver a Yuhana y pedían el indulto inmediato, como si se tratase de una orden militar.

—¿Qué perdón podemos esperar de un rebaño de cabras malolientes?

—¡Imaginad cómo será el pastor! —nos gritaban cuando les negábamos una

fórmula mágica apartada del reconocimiento de la culpa.

Y se reían y mofaban de nosotros, aunque a ninguno nos importara en realidad. Era parte de nuestra enseñanza, la humildad, la austeridad y la entrega. Muchas veces, las mofas las iniciaba algún hombre enviado de los fariseos para provocar el desánimo de la comunidad; sin embargo, los que comprendían que el perdón era un bien a ganar y no un regalo permanecían con nosotros hasta que el profeta llegaba y los bautizaba.

Yuhana llevaba casi dos meses fuera cuando lo vimos llegar en una pequeña barcaza. Estaba sucio y despeinado, erosionado por su estancia en el desierto. Nos besó y nos abrazó a todos, y yo me alegré en lo más profundo de verlo de nuevo, pero su aspecto propició una sarta de ataques más virulentos de lo habitual.

Esa noche, habían dormido en Betania cerca de doscientas personas que esperaban a Yuhana, y cuando lo vieron aparecer de esa forma, comenzaron a insultarlo y a tirarle piedras. Yuhana corrió hasta nuestra cabaña, pero los infiltrados fariseos aprovecharon el momento para atacarlo con dureza, azuzando a la gente para que también lo hiciera. Él estaba acostumbrado a su trato, mas ese día no quiso, o no pudo, aguantarlo y salió. Nosotros corrimos tras él para protegerlo de la muchedumbre, pero frente a la exaltación irracional de la masa, que tantas veces he vuelto a ver, Yuhana nos detuvo y se adentró con paso firme en ella. Quizá fue su actitud desafiante vestido con las ropas más humildes de todos, quizá la fuerza que destilaba o el humor de varios días de desierto, pero su presencia acalló los gritos y pidió que lo siguieran. Fue hasta el río donde acostumbraba a bautizar, y buscó un lugar en el que sentarse. Entonces, comenzó a hablar.

—¿Para qué habéis venido hasta nuestra casa, a insultarnos, a tirarnos las piedras de vuestra vergüenza? ¿Para eso habéis venido? No lo creo, estáis aquí porque sabéis que el momento final se acerca, que el día del Juicio Supremo os alcanzará sin piedad, y lo teméis. Pero yo os digo: no temáis, aprovechad esa fuerza para cambiar, para retomar las riendas de vuestras vidas, para entregarlas en plenitud a Dios. ¡Arrepentíos y cambiad!

—¿Y quién eres tú? ¿Eres acaso un sacerdote? ¡No veo tus ropajes de oficiar! —gritó un fariseo.

—Para sentir la Verdad de Dios y manifestarla no son necesarias ropas especiales.

—¿Te atreves a negar la necesidad del rito? —preguntó otro fariseo.

—El rito no es más que una escenificación si no se acompaña de la esencia, la entrega absoluta a Dios, y no conozco a ninguno de vosotros que lo haya hecho. Os escudáis tras vuestros petos de piedras y vuestras ropas finas para decir a los demás cómo han de actuar, pero no cómo han de vivir, ni cómo han de sentir a Dios, ¡porque vosotros jamás lo habéis sentido!

—¡Blasfemo! ¡Es la Ley de Moisés la que ordena cómo servir a Dios! ¡Fue Él

quien describió los ropajes y ritos sacerdotales! ¿Cómo te atreves a negar la Ley de Moisés?

—Dios explicó cómo escenificar la entrega, y vosotros os quedasteis en eso. Vuestras vidas son como el árbol que no da fruto, prescindibles —las palabras de Yuhana originaron un griterío absoluto y una lluvia de piedras sobre su cabeza—, ¡y serán arrancadas de raíz!

—¡Blasfemo! ¡Herejía! ¡Tú serás quien reciba castigo por tus palabras!

—Callándome a mí no acallaréis vuestros corazones enfermos, pero tenéis razón en una cosa, ¡yo no soy nadie! —la gente calló—, aunque debo advertiros que ya ha llegado el que sí es digno.

—¿Quién ha llegado? —gritó uno de los presentes—. ¿No eres tú el profeta?

—Ha llegado el que será reconocido, aquel a quien yo no seré digno tan siquiera de acercarle sus sandalias. Ese ha llegado. ¡Convertíos, porque así me ha sido revelado!

Yuhana se levantó y se metió en la pequeña balsa que formaba el torrente, y tras él se lanzaron al agua muchos hombres y mujeres, ellos en calzones y ellas con sus túnicas, todos gritando sus pecados y golpeándose el pecho con los puños. Yuhana comenzó el bautismo mayor que yo recordaba. Los que no se atrevieron a meterse en el agua se callaron y se fueron en silencio. Yo me postré golpeada por su verdad, aunque me pregunté quién sería ese al que Yuhana no era siquiera digno de ponerle las sandalias.

La noticia del bautismo en masa corrió de Fenicia a Nabatea y grupos de fieles de todas partes se organizaron para ser absueltos por el Bautista. Incluso el gobernador Antipas se vio obligado a proteger los accesos a Betania y dejar un pequeño destacamento de soldados a las afueras de la comunidad.

Esta crecía a un ritmo que apenas nos permitía adaptar las cabañas para acoger a los nuevos hermanos. En menos de un mes, fueron más de cien los llegados de Judea, Perea, Galilea, Nabatea, e incluso gentes nacidas más allá de las tierras de Abraham, que decidieron quedarse para seguir las enseñanzas espirituales de Yuhana.

Un día, llegó una familia de más de veinte galileos, y uno de ellos preguntó a Yuhana si lo reconocía. Yuhana lo miró extrañado y le contestó que no, y entonces, el nazareno lo miró y le dijo que su madre, Mariam, y la madre de Yuhana, Elisabeth, eran parientes, así que ellos dos también lo eran; después, lo abrazó y se dejó bautizar.

Pasaron varios días hasta que conocí al pariente de Yuhana. Se había retirado al desierto después de su bautizo, y cuando lo vi por primera vez, sentí un escalofrío. Era alto. Lucía una larga melena castaña, y los días en el desierto habían endurecido sus pómulos, que sobresalían del rostro envueltos en una dura barba. Sin embargo, sus ojos eran dulces, de rasgos suaves, como el resto de su rostro. Caminaba con el

apoyo de un bastón.

—Tú debes ser Mariam. Me han hablado mucho de ti. Dicen que eres un ser excepcional. Mi nombre es Yehoixua, aunque todos me llaman Yeixú —abrió sus flacos brazos y me abrazó.

—¿Te ayudo, Yeixú? —le pregunté.

—Me vendría bien un poco de agua.

Y así fue como conocí al nazareno.

A mediados de la primavera, ya se había convertido en una figura importante para la comunidad y, como ya me había anticipado Yuhana, era poseedor de la sabiduría de los iniciados.

Una noche de principios de verano, Yeixú vino a vernos. Entró en nuestra cabaña y nos anunció que al día siguiente se marcharía, nos besó y salió. Yuhana comunicó la decisión del nazareno al resto de la comunidad, y todo pareció continuar con normalidad. Incluso, los miembros de su familia se quedaron con nosotros. Hasta que, al cabo de cuarenta días, los gritos de un hermano nos alertaron de su regreso. Todos corrimos a su encuentro, pero nada de lo que vimos nos recordó al amado Yeixú.

Su aspecto era el de un cadáver. La piel pegada como una túnica mojada a su esqueleto, y el rostro oculto por una barba descuidada y sucia. Ni siquiera tuvo fuerzas para llegar hasta la comunidad y se desplomó de agotamiento justo a la entrada. Yuhana se arrodilló junto a él y lo abrazó. Comprendió entonces que aquel hombre había alcanzado un estado al que él jamás llegaría. Ese que estaba agotado, sucio, hambriento, y quizás enfermo, había vencido la batalla más terrible que alguien pueda enfrentar. Se había vencido a sí mismo para convertirse en el ser más puro que jamás podría conocer.

—¿Eres tú? —escuché que le preguntaba en un susurro.

Tardó más de una semana en recuperarse. Toda la comunidad hicimos turnos para cuidarle, lo bañamos, le cortamos el pelo y la barba, y le dimos agua con miel hasta que poco a poco se fue recuperando. Volvió a ser el de siempre y sus ojos comenzaron a brillar con fuerza.

—Nazareno —lo llamó Yuhana una mañana en que yo era su cuidadora—, ¿cómo estás? —le preguntó antes de abrazarlo.

—Casi como en las manos del Padre —contestó con una gran sonrisa a la que nos sumamos los dos.

—Quería hablar contigo —siguió Yuhana.

—Lo sé, yo también tengo algo que decirte y si me permites, me adelantaré a tus palabras. Quiero agradeceros —me miró— el amor que me habéis brindado, y tus enseñanzas —dijo esta vez mirando a los ojos a Yuhana—. Era imprescindible para mi camino formar parte de tu comunidad y haber sido bautizado por el profeta que

anuncia el perdón de Dios, pero ahora debo ir solo y seguir los pasos que el Padre dicta en mi alma.

—No tenías de qué arrepentirte, nada por lo que pedir perdón, ¿por qué viniste a bautizarte?

Yeixú sonrió a la pregunta de Yuhana.

—Lo que tengo por hacer necesitaba de preparación, y ser bautizado por el profeta sucesor de Elías era el camino. Tu bautismo es el final de la vida de hombre y el principio de la entrega a Dios, todo el mundo lo sabe. Tú me has perdonado en su nombre y autorizado ante los ojos de los demás para hablar de Él, ¿lo entiendes ahora, Yuhana?

—¿Qué viste en el desierto?, dímelo, Yeixú, por favor. ¿Te fue revelado el momento del Juicio?

—Tú proclamas un final cercano, pero antes ha de venir el Reino de Dios. Él no está preocupado por destruir y juzgar al mundo, sino por salvarlo a través de mí.

El nazareno se levantó, me besó y se fundió en un abrazo interminable con Yuhana. Al día siguiente, se marchó. Algunos hermanos se fueron con él, casi todos los galileos y su familia. También Nataniel, y Simón, y su hermano Andraos, Filipos el griego, Yuhana el hijo de Zebedeo, y algunos otros. Supimos al cabo del tiempo que se había establecido en Judea, donde había comenzado a hablar del Reino de los Cielos y bautizaba emulando a Yuhana a través de sus discípulos. Su mensaje de frases sencillas caló rápido y empezaron a llamarle «rabino».

Sin embargo, en esos días sobrevino una desgracia que nada tenía que ver con el Reino de los Cielos apuntado por Yeixú.

---

## Capítulo 9

**N**i Azul ni yo habíamos estado nunca en Ginebra, así que cuando llegamos, seguimos las indicaciones de una guía de carreteras que Azul llevaba en la guantera de la furgoneta. El banco en donde yo había abierto la cuenta estaba en la Rue du Rhône, frente al lago Léman, según las indicaciones de la misma guía. Buscamos hotel en el centro. La ciudad era toda muy similar, edificios de tres o cuatro plantas, con ventanas de cristales dobles y rejas bajas de hierro que las asemejaban a pequeños balcones. Avenidas anchas y un suelo brillante, fruto del chaparrón que acababa de amainar. Al final, encontramos habitación en un hotel de la Place de la Fusterie, a poco menos de cien metros de la propia Rue du Rhône. Azul dominaba a la perfección el francés y se encargó de los trámites. Enseguida, un botones nos acompañó hasta nuestras habitaciones, abrió la de Azul, después la mía, y esperó hasta que le dimos una pequeña propina. Quedamos en vernos por la mañana para desayunar.

La habitación era más que correcta, a juego con el lujo que habíamos visto en toda la ciudad. Junto a la cama estaba el teléfono, y mi primera intención fue llamar a Martí para saber cómo estaba y qué había pasado, pero, si era cierto lo que me había contado Azul, una llamada mía solamente agravaría el problema, así que lo descarté. Después de tantos viajes, estaba acostumbrado a dormir en todas las circunstancias y sobre cualquier superficie, pero esa noche me costó una barbaridad conseguirlo, y al final, solo tuve pesadillas.

Cuando Azul me saludó en el restaurante por la mañana, ya había decidido qué hacer con el tema del dinero. Tenía claro que no iba a reintegrar ni un euro, pero necesitaba saber qué pretendía, así que decidí seguir su plan mientras fuera posible, y sobre la marcha ya decidiría qué hacer. Salimos; yo albergaba la idea de que antes de llegar a la oficina del banco ocurriría algo, no sabía muy bien el qué, alguna cosa que parara la transacción, una explicación de Azul quizá, pero nada de eso ocurrió. Llegamos en silencio hasta la puerta de la sucursal del Bordier & Co. Banquiers, situada en la Rue du Rhône, muy cerca de las azules aguas del lago. La entrada ocupaba los bajos de un edificio neoclásico de cuatro plantas. Subimos los tres escalones de la entrada, y la puerta de cristal cedió a las órdenes de la célula fotoeléctrica. La oficina se abría en varios escritorios y despachos dispuestos en forma circular. Al frente, un mostrador rodeado de todo tipo de publicidad y llamadas al crédito fácil invitaba a acercarse. Lo hicimos, pero antes de que Azul desplegara su francés con la empleada, me adelanté y le acerqué una pequeña nota en inglés con las únicas palabras «*Private account*». La señorita aceptó con una sonrisa y marcó una

extensión en su teléfono. Al instante, apareció un chico joven que, también en inglés, nos invitó a seguirlo.

Bajamos por unas escaleras hasta la planta inferior de la sucursal; desde allí, partía un pasillo con paredes de color crema y puertas a cada lado, todas iguales y cerradas. El joven nos guió hasta una de ellas, más o menos a mitad del pasillo, y la abrió. Cuando tocó el pomo de la puerta, un preciso chasquido liberó la cerradura. Supuse que alguien nos controlaba desde alguna habitación llena de monitores. El joven me preguntó si necesitaba ayuda, pero le dije que no sería necesaria, y le agradecí la atención.

Entramos en un despacho pequeño, apenas de dos por dos metros. En el centro, había una mesa con dos sillas, sin ventanas ni cuadros en las paredes, y sobre la mesa, un teléfono, una pantalla táctil y una máquina de contar billetes. El procedimiento era sencillo, en la pantalla se iluminaban tres secciones en diferentes colores, cada una de ellas con un texto brillante en su interior: consulta, reintegro e ingreso. Miré a Azul, que me invitó a pulsar sobre la franja verde correspondiente a reintegro. Lo hice. La imagen de la pantalla se descompuso y en su lugar aparecieron un teclado numérico y doce casillas en blanco, a modo de las letras del juego del ahorcado, donde debía introducir los doce dígitos correspondientes al número de la cuenta. Volví a mirar a Azul, que, con un rápido movimiento de sus ojos, me invitó a teclear mi secreto en la pantalla. Parecía tranquila, como si acudir a retirar un millón de euros fuese un hecho más de su cotidianidad.

Teclé los números de la cuenta y se iluminaron doce celdas más para que escribiera en ellas la clave secreta. Comencé a digitar, la sabía de memoria porque siempre utilizaba la misma secuencia en todas mis claves. Correspondía a una secuencia numérica de una novela de éxito que leí en la adolescencia, y de la que, según la longitud necesaria, utilizaba más o menos números de esa secuencia secreta. En cada dígito miraba a Azul, las emociones se me agolpaban como la escala de notas de la Reina de la Noche en *La flauta mágica*. Quería convencerme de que antes de fijar el último número de la clave ocurriría algo porque no podía acabar así, como un simple atraco o el timo de la estampita en plan profesional, con un muerto y todo. Solo faltaban dos números, y por primera vez desde que me encontré con Azul en Barcelona, la vi nerviosa. Era mi momento. Me giré y la invité a ocupar una de las dos sillas del escritorio, yo me senté en la otra. Azul hizo un gesto de desaprobación, pero aceptó. Entonces, sonó el teléfono y la voz del mismo joven que nos había acompañado hasta el despacho me preguntó si tenía algún problema. Le dije que no, que solo necesitaría un poco de tiempo antes de continuar, y se ofreció a bajarnos algo de beber, pero decliné la invitación. Azul me miraba con una sonrisa ante mi inglés macarrónico, lo que aligeró un poco la tensión del momento.

—Te ruego que empieces por el principio —le dije.

—No puedo hacerlo, además no te va a gustar, ni creo que lo vayas a entender.

—¡Muchas gracias por la confianza! —me quejé—. Para meterme en un lío inmenso, engañarme haciéndome creer que íbamos a recaudar fondos para una buena labor, atropellar a mi amigo, y hacerme cómplice del blanqueo de un millón de euros, para todo eso sí que valgo, pero para conocer la verdad de este asqueroso embrollo, eso no lo sabré entender. ¡No me jodas, Azul!

—No seas niño, no te va. Sabes de sobra que nadie está blanqueando nada, ya te lo dije, se trata de algo muy importante, algo que puede cambiar muchas cosas.

—Sí, la vida de dos niños que ven cómo su padre está lleno de tubos por la ventana de un hospital.

—Cècil, por favor, confía en mí. Solo por esta vez, te lo suplico —su voz había bajado hasta el tono en que comenzaba mi vulnerabilidad.

—Está bien.

Me levanté, toqué el monitor sobre la opción de cancelar, y salí. Azul no se movió. Apenas había cruzado la puerta cuando apareció el asistente y me preguntó si tenía algún problema. Ya iba a contestarle que nos marchábamos cuando Azul me pidió que entrara, así que me excusé en mi inglés deplorable y volví al despacho. Confié en que me hubiese entendido, porque el tema era muy delicado y los bancos no se andan con tonterías. Si volvíamos a dudar, avisarían a la Gendarmerie, o nos echarían del edificio, si no las dos cosas.

—Azul, no voy a digitar la clave para rescatar el dinero si no me explicas de qué va todo esto.

—Sé que entraron en tu casa.

—¿Cómo sabes tú eso? —pregunté.

—Ya te dije que había hablado con Oriol Nomis. ¿Qué te faltó?

—Nada, ya se lo dije a tu amigo el comisario, pero qué tiene que ver eso con este asunto. ¡Azul, no me lées!

—Tiene mucho que ver, ¿tenías tu ordenador en casa?

—Supongo, no acostumbro a salir de paseo con él a cuestas.

—Te puedes ahorrar la bromita. ¿Cuánto hace que no lo enciendes?

—Pues creo que dos o tres días.

—Vamos a hacer una cosa, regresamos al hotel y lo pruebas. Si en realidad la última conexión del ordenador es esa que dices, te vuelves a Barcelona y dispones del dinero como deseas, pero si no es así, confiarás en mí y sacarás el dinero como te pido. ¿Aceptas?

—No, no acepto semejante estupidez, Azul. ¿Qué tiene que ver mi ordenador con esto? Basta de tonterías, o me explicas de qué va o me marcho y punto.

—Por favor, Cècil, es la tercera vez que te pido que confíes en mí, cuántas veces más deberé suplicártelo —su tono me desarmó y acabé por aceptar su proposición.

Improvisé una nueva excusa al empleado del banco y fuimos al hotel. Bajé el ordenador al café de la recepción y lo encendí. Tal y como Azul había sugerido, la fecha de última conexión coincidía no con la que yo pensaba, sino con la fecha de la tarde en que habían entrado en mi apartamento. ¡No se habían llevado nada y se lo habían llevado todo! Consulté el registro de sucesos de ese día y comprobé que alguien había hecho una copia de mi disco duro contra un soporte magnético.

—¿Qué buscaban? —pregunté a Azul.

—Información, lo mismo que intentaron sacarle al padre y por el mismo motivo que atropellaron a Martí. Pero no te preocupes, no encontrarán nada de lo que les interesa, ni siquiera en tu ordenador, solo quieren saber quién es Capillus.

—Eras tú, ¿verdad?

—Sí, por eso nos buscan. Creen que les he dado una pista falsa y que les queremos robar su dinero.

—¿Queremos? Yo no tengo nada que ver, y no somos niños, sabías el riesgo que corrías metiéndote en algo así, ¿por qué diablos lo hiciste de nuevo?

Bajó la cabeza y su mirada se ensombreció, pero cuando levantó el rostro, sus ojos eran de nuevo desafiantes.

—Debía montar un cebo para ayudar a la Policía, y a cambio de mi ayuda limpiarían mi expediente y desaparecerían los cargos que ya sabes —se paró y cambió el tono de voz—. Cècil, nunca hice nada de lo que deba arrepentirme, y aquella denuncia y todo lo que vino después fue una mentira, no tuve más remedio que aceptar las cosas como vinieron, no estaba en mi mano cambiar eso —recuperó su tono normal y continuó—. Bien, como te decía, acepté el encargo. Supongo que Oriol Nomis hizo la oferta al comisario y este aceptó. Pero por su parte decidí colocar algún otro cebo, por eso participó también el padre Julio. Yo me dediqué a dar un par de avisos por ahí, nada importante; si bien me atraía la perspectiva de que cada vez que alguien digitara mi DNI en una pantalla no apareciera información «añadida», tampoco tenía muchas ganas de complicarme la vida. Mi función era hacer de Capillus, de cebo para dar importancia a la subasta, y en concreto, a esa pieza. Ellos se tragaron el anzuelo y, cuando vieron la oferta de Capillus, creyeron en la autenticidad del código y pujaron por él antes de que lo hiciese otro.

—Ellos, ¿qué ellos, los conoces?

—Sí, son los que asesinaron al padre y atropellaron a tu amigo.

—¡Joder, Azul! ¿Pero cómo es que te buscan a ti?

—¡Cècil, es muy sencillo! Si yo pujé por el código es porque era verdadero y podía conseguirlo. Eso es lo que les prometió el padre Julio y, como no pudo cumplir, lo mataron. Sin embargo, parece que antes de morir le sacaron mi nombre, y por eso me buscan.

—¿Y no pensaste que algo así podía ocurrir cuando te metiste en todo este

montaje?

—Ni siquiera sabía que ese código estaba en la lista. Fue la Policía quien se encargó de los artículos, fotos, precios, y todo lo demás. El código se añadió al final, justo cuando me pidieron que pujara con él. Mi función hasta entonces solo había consistido en dar cuatro avisos de la subasta, nada más.

—¡Pero ahora todo el mundo sabe que es falso menos ellos! —comenzaba a hablar de «ellos» como si supiese quiénes eran o ya diese por hecho que existían esos «ellos».

—Ellos no lo saben, aunque deben intuirlo, pero el asunto es tan importante que no se pueden permitir el lujo de arriesgarse a que sea verdadero y pierdan su pista.

—Ya, pero... —iba a preguntar qué demonios tenía el código para ser tan atractivo, pero me interrumpió.

—¡Joder, Cècil, despierta! Esos tipos ya han matado a un hombre y casi lo hacen con tu amigo, ¿qué más quieres saber para devolverles su dinero? Te he contestado a más de lo que debes saber. Por favor, necesito que me devuelvas ese dinero, por lo menos el millón de euros, el resto te lo puedes quedar para tus parroquias. Ellos solo me dejarán en paz si encuentran el código o si saben que se ha anulado la operación, por favor.

La miré a los ojos. Nunca me cansaría de verme en ellos. Eran hermosos y cálidos, misteriosos como los de un gato, imposible que albergaran toda la retahíla de extrañezas que acababa de escuchar. No podía negarles tanto, no era tan fuerte. Azul se me acercó y me besó en la mejilla, al borde de la comisura de los labios.

Para ganar tiempo, decidimos dejar el hotel antes de ir al banco y metimos las maletas en la furgoneta. Le pedí a Azul que me esperara en la parte principal de la oficina, no quería más sorpresas de última hora, y como no tuvo más remedio, aceptó.

El mismo empleado fue el encargado de abrirme otra sala exactamente igual a la primera. Toqué la pantalla táctil y comencé a digitar la secuencia de doce números. Después, introduje la cantidad que deseaba retirar; marqué un uno y seis ceros, y confirmé. Cuando las operaciones de efectivo, sobre todo los reintegros, superan la cifra de diez mil euros, el banco necesita asegurarse, así que antes de abrir el cajón automático situado justo al lado de la máquina de contar billetes, la pantalla solicitó de nuevo el número de cuenta y la clave de seguridad. Todavía fue necesario que la digitase una tercera vez para escoger el tipo de billetes que deseaba. Por fin, el mecanismo interno de contar billetes se activó y se abrió un cajón con una gran cantidad de billetes de quinientos euros en su interior. Cogí todo el paquete y lo metí en la máquina de contar. La cantidad exacta. El mismo cajón que contenía el dinero hizo un nuevo recorrido y me ofreció un surtido de sobres para que guardase en ellos mi efímera fortuna. Dividí los billetes en dos sobres que introduje en una de las bolsas de la lavandería del hotel, y salí.

Frente a la oficina estaba Azul, me miró y le guiñé un ojo a modo de confirmación. Estaba contenta.

## Capítulo

**E**l tren no estaba resultando lo más incómodo del viaje. Marie Stewart se había cansado de Turquía nada más llegar a Estambul y lo único que deseaba era volver a su París querido; sin embargo, Mars aprovechaba cualquier momento para retratar paisajes y rostros de niños, sus motivos favoritos, aunque los acontecimientos no fueran los más favorables. Su teléfono móvil no había parado de recibir y enviar instrucciones en todo el viaje. A las tareas habituales de administrar la fortuna de Marie Stewart se había añadido el extraño asunto del código. Un par de veces habían estado a punto de dejar el *tour* y volver a París, pero su contacto aseguraba tener la situación bajo control y para no levantar sospechas habían decidido continuar. El teléfono de Mars recibió un mensaje.

—Es ella. Dice que ya ha recuperado el dinero —dijo Mars con alivio.

—Gracias a Dios. Ahora solo debo conocer la dirección de entrega del manuscrito y el código. Cuando lo tengan, suspenderán la búsqueda.

—¿Como la otra vez?

—No, creo que esta ocasión ha sido diferente —argumentó la condesa.

—¿Estás segura?, ha habido un asesinato, no lo olvides. Ojalá esté equivocada, pero si creen que han encontrado de nuevo el hilo, no lo soltarán.

—Creo que deberíamos finalizar este maldito viaje y volver a Francia. Temo por ella. No sería justo que pagara dos veces por nuestra culpa.

—¿Por qué crees que Azul pujó por ese manuscrito?

—En Francia lo discutiremos, por eso tengo ganas de volver. Creo que los hechos se desbordan y que el momento de tomar una decisión ha llegado.

Mars hizo un gesto de aprobación y se volvió al guía, que esperaba con dos camellos deseosos de ver sus huesos maltratados una vuelta más por el peso de las dos mujeres. Con la mano girada al frente, le pidió un par de minutos. Debía contestar a su contacto. Cuando finalizó, ayudó a la condesa a encaramarse a su camello y se dispuso a hacer lo propio con el suyo.

—¡Qué maldito calor hace en este país!

Pero Mars solamente contestó con una sonrisa, acababa de subirse al animal y ya se preparaba para desenfundar su Nikon. Sabía que Marie se quejaba solo en apariencia y que en el fondo estaba encantada de agitarse al ritmo cansino del camélido. Aunque fuera por una hora, las dos debían calmarse y confiar en que todo funcionaría a la perfección. Una vez más.

Desde lo alto del camello, llamó al guía y le pidió que sonriera. Su dentadura troceada quedó grabada en la tarjeta de memoria de su cámara.

## Capítulo

*Enón de Decápolis, Israel, año 28 d. C.*

**P**or esos días, el verano había llegado a la tierra de Perea, y Yuhana decidió abandonarla para continuar sus bautismos cerca de la población de Enón, al sur de la ciudad de Escitópolis. La decisión nos cogió a todos por sorpresa, pero así era Yuhana, cuando creía que su labor en un lugar había finalizado, recogía y se iba a otro. Y nosotros, tras él.

Mientras, no paraban de llegar noticias de Yeixú. Supimos que había iniciado el peregrinaje que nos había anunciado y que mucha gente se agolpaba para escucharlo y pedir su sanación. Había quien decía que era capaz de sanar a leprosos, hacer que los ciegos recuperaran la vista y que los sordos oyesen. Yuhana y yo sabíamos que el Maestro de Justicia podía llegar a realizar actos similares al final de su vida, pero nunca lo escuchamos de nadie tan joven.

Una tarde, llegó a nuestro nuevo emplazamiento un enviado de los fariseos y preguntó sobre la Ley de Moisés y el gobernante Herodes Antipas. Yuhana interrumpió su prédica y lo miró.

—¿Cómo voy a explicaros el significado de la Ley, si jamás la habéis observado más allá de vuestros ritos vacíos? —esa era la forma habitual con la que Yuhana se deshacía de sus preguntas, pero ese día no se detuvo—. Sin embargo, sabéis bien qué preguntáis, ya que el tetrarca ha ido más allá, ha escupido en la Ley, ha vomitado sobre ella, la ha desobedecido y no es digno de ser llamado un hombre sabio, ni gobernador de hombres.

Un murmullo de aprobación y temor se apoderó de los presentes. Hacía tiempo que la actitud de Herodes Antipas era contraria a la Ley, y así lo había denunciado muchas veces Yuhana, pero nunca de esa forma.

—El Levítico es claro: no tengas relaciones con tu cuñada, es la mujer de tu hermano. Y él no solo las ha tenido, sino que se ha casado con ella —la sensación de vacío comenzó a calar en la tarde—. Pero esa a la que llama su esposa le ha desobedecido doblemente, porque no solo se ha casado con su cuñado, sino que lo ha hecho en vida de su verdadero esposo, el hermano de Antipas. Esa unión nunca será válida a los ojos de Dios y será castigada. Tampoco su actitud ante sus súbditos lo es. Herodes Antipas es un hombre presuntuoso, lujurioso y ávido de poder, y, al igual que Dios arrasó Sodoma, su reinado será barrido por las llamas divinas.

El sol de la tarde apenas calentaba a esa hora, pero sus palabras encendieron a la multitud como el calor del mediodía, que poco a poco comenzó a inflamar con gritos las palabras de Yuhana. Los soldados de Herodes Antipas tuvieron que desenvainar

sus armas. Yo miraba a Yuhana y me preguntaba por qué había avivado a la multitud de esa forma, pero su rostro expresaba el mismo sentimiento que vestía desde que se marchó Yeixú.

Las palabras del nazareno aquella noche en nuestra estancia no paraban de dar vueltas en el corazón de Yuhana. «Dios no está preocupado por destruir y juzgar al mundo, sino por salvarlo a través de mí». Yuhana se preguntaba desde entonces si no sería realmente el nazareno el enviado.

La guarnición de soldados deshizo la multitud, pero al día siguiente se volvió a producir la misma situación, con la diferencia de que había corrido la voz y eran el doble los asistentes, y también los soldados. Yuhana repitió el mismo discurso y los soldados intervinieron con fuerza, golpeando y lastimando a la gente que gritaba liberada contra la tiranía del gobernador.

Cuando nos retiramos a nuestra cabaña, le pregunté por qué actuaba así. Se levantó y me abrazó, y, por primera y última vez en mi vida, lo vi llorar. Sollozó contra mi pecho durante largos minutos que a mí me destrozaron el alma. No sabía qué hacer, me senté en el suelo y lo abracé como imaginé que una madre abrazaría a su pequeño. Le mesé el pelo, igual que muchos años atrás mi madre había hecho conmigo, pero Yuhana sollozaba palabras ininteligibles y me pedía perdón. Al final, se apartó y me besó en la mejilla.

—Mañana vé a buscar a Yeixú, vuelve y explícame qué has visto, pero sobre todo, qué ha sentido tu alma al reencontrarse con él.

Por la mañana, antes de que saliese el sol, me marché en busca de Yeixú. Las últimas noticias que teníamos de él eran que había vuelto a Galilea tras una breve estancia en Jerusalén y que se había instalado en Cafarnaún, en casa de los hermanos Simón y Andraos.

Caminé por la ribera del río hasta el puerto de Escitópolis, donde embarqué hacia el norte, en dirección a Tiberíades. El viaje fue rápido e incómodo. A mi llegada, toda la ciudad de Escitópolis estaba en obras. Herodes Antipas había ordenado su reconstrucción para convertirla en la nueva capital de Galilea. Las calles estaban levantadas y en una gran plaza se adivinaba lo que sería un fastuoso palacio para él y su corte. Un lugar que ya antes de construirse hedía a soberbia y lujuria. Me dejé guiar y en pocas horas alcancé los campos de la explanada de Genesaret. Era época de siega y la gran planicie se dejaba mecer por profundas olas de espigas de trigo dorado.

Allí me alcanzó la noche y dormí al auxilio de una cabaña en la que se guardaban hoces y herramientas de siega. Al amanecer, caminé hasta la playa de Cafarnaún, una pequeña población de pescadores a la ribera del lago. No fue necesario buscar a Simón, lo encontré sentado en la playa junto a su hermano y otros hombres que, armados con largas agujas de hueso, reparaban sus redes para la pesca del día

siguiente.

—¡Mariam! ¡Es Mariam! —un muchacho se levantó y comenzó a correr descalzo por la arena en mi dirección. Era Nataniel.

A él se unieron los demás y todos corrieron en mi busca. Nos abrazamos como si nunca nos hubiésemos separado.

—¿Qué le ha pasado a Yuhana? —preguntó Simón. Él era el hermano mayor de Andraos. En cierta forma, me recordaba a veces al bueno de Jananiah. El sol había curtido su piel y estaba más gordo que la última vez que lo vi. Su pelo comenzaba a blanquear en las sienes, pero sus ojos, ahora preocupados por la respuesta, brillaban como siempre.

—No ocurre nada, Simón. Solo he venido a ver a mis hermanos, y a ver a Yeixú —le aclaré para su tranquilidad.

—No está, se ha ido al norte, a Corazín —me explicó Nataniel. Él también había engordado desde que dejó Betsaida. Parecía evidente que en Cafarnaún no se practicaba el ayuno.

Después de la emoción inicial, y de ser presentada al resto de los pescadores, me senté con ellos sobre la arena. Simón ordenó a sus hombres que antes de marcharse finalizasen el cosido de las redes. También pidió a su esposa que encendiera un gran fuego para asar pescado. Le recordé que yo no comía pescado, y una brizna de tristeza apagó su mirada.

—¿Qué ocurre, Mariam, por qué has venido hasta aquí sola? —preguntó de nuevo Simón.

—Me ha enviado Yuhana, quiere saber si es Yeixú el enviado —le dije sin más rodeos.

—Yuhana es un hombre sabio, es el profeta Elías, pero Yeixú es el que esperábamos.

—¿Estás seguro, Simón, de tus palabras? —pregunté.

—Hace cosas increíbles —intervino Andraos—. ¡Sana a los leprosos y devuelve la vista a los ciegos con solo pasar sus manos sobre ellos! A los que están poseídos por los espíritus les canta y les habla en una extraña lengua, y al instante despiertan como de un mal sueño, ¡felices y sanados!

—Eso no es tan extraordinario como crees, Andraos —lo corregí.

—Sí lo es, nunca he visto a nadie que lo hiciese —interrumpió Nataniel.

—Es en verdad él, Mariam. Sé que amas a Yuhana como nadie en el mundo, pero debes creernos, Yeixú es especial, sus palabras encierran una gran sabiduría, propugna el amor y la felicidad como camino a la salvación. Allí donde va, las gentes lo esperan, lo invitan a comer y a beber, conversa con ellos y muchos lo siguen para continuar con sus enseñanzas.

—¿Es por eso, Simón, es porque su camino es más fácil que hablas así?

—No, Mariam, su camino no es más fácil, es diferente. Es cierto que no hacemos ayunos ni permanecemos largas horas en oración, pero Yeixú dice que debemos amar incluso a nuestros enemigos, ¿crees que eso es fácil? Aunque no debes preocuparte porque podrás juzgarlo por ti misma. Vayamos a comer, Yeixú llegará antes de la noche, entonces lo sabrás.

Acepté con una sonrisa la propuesta de Simón y nos fuimos a comer. Me costó aceptar que mis hermanos ahora comieran pescado y bebieran vino, y que rieran y hablaran al comer. Yo me limité a un trozo de pan con aceitunas que consumí en absoluto silencio. Después del almuerzo, les expliqué lo ocurrido en los últimos días, y cómo Yuhana había desafiado a Herodes Antipas. Se preocuparon y me pidieron que intentara cuidar de él.

Al caer la noche, oímos llegar un grupo de gente; Simón me avisó de que era Yeixú quien venía, y salí a esperarlo. Lo vi reír en la distancia, vestido con una túnica blanca hasta los pies que la luz de la luna hacía más blanca todavía, y sus dientes encenderse en cada carcajada. Lo observé en silencio, flanqueada por Simón y Andraos. Caminaba todo el grupo por la arena de la playa intentando mantener un silencio que rompían al ritmo de las olas en risas y bromas. De pronto, Yeixú reparó en mi presencia y se paró. La espuma de las olas mojaba los bajos de su túnica. Nos separaban apenas veinte o treinta pasos cuando Yeixú abrió sus brazos y yo corrí a cobijarme en ellos.

Me abrazó y me besó. Su cuerpo era más fuerte, más completo. La delgadez y la debilidad del desierto habían desaparecido, y sus largos brazos me cubrían como un manto. Hundí la cabeza en su pecho y una alegría infinita me invadió. Sus seguidores hicieron un pequeño círculo a nuestro alrededor y Yeixú, sin dejar de abrazarme, comenzó a susurrar una canción en mi oído. Cuando las pulsaciones de mi cuerpo se adaptaron a la paz de su canto, brotó una luz blanca que nos envolvió a los dos. Tuve la sensación de que levitaba, que me fundía en una inmensidad incapaz de acoger en mi alma. Al cabo de unos minutos, fue rebajando la intensidad de su canto y comencé a sentir de nuevo cómo mis pies se humedecían al contacto con el agua del mar. Todo el mundo estaba en absoluto silencio. Algunos hombres se habían postrado a la fuerza de Yeixú, y entonces tuve la certeza de que él era Él.

Sin soltarme del brazo, comenzamos a caminar de nuevo hasta la cabaña de Andraos y Simón, y tras abrazarlos, entramos. La multitud se tumbó en la arena de la playa dispuesta a pasar la noche al raso para seguir al día siguiente a su maestro.

Cuando Yeixú se quitó su túnica, pude ver que bajo ella vestía un manto de cuyas puntas colgaban cuatro borlas de hilos anudados, al modo del maestro Akenatón o de los rabinos del Templo.

—¿Cómo está mi amado Yuhana? ¿Por eso has venido, no es cierto? —me preguntó sin más preámbulos.

—Sí, él me ha enviado. Necesitaba conocer la respuesta a la gran pregunta.

—¿Y ya la tienes? —asentí ruborizada a sus palabras y él siguió—, pues te ruego que cuando vuelvas con Yuhana, se la hagas saber. Mariam, Yuhana corre un gran peligro, él lo sabe y lo ha escogido, pero debo advertirte para que estés preparada. Herodes Antipas no es un ser de luz, es un hombre que se ha dejado pervertir por las más bajas energías y ha sucumbido a sus encantos, convirtiéndose en su instrumento, y como todo en el universo, su oscuridad se hace más patente ante la luz de Yuhana, lo que lo convierte en su enemigo, como pronto lo seré yo.

—También he venido para pedirte que le ayudes.

—Mariam, conoces muy bien el principio del ritmo y nada escapa de él. La luz de Yuhana será ocultada por la maldad de Herodes Antipas y, a su vez, su oscuridad será barrida por mi llegada. Así está escrito.

—Pero Yuhana todavía no ha finalizado su labor, son muchas las gentes que esperan la salvación de su bautismo —alegué.

—Amada Mariam, la salvación tiene muchos caminos, y el de Yuhana es solo uno más. No te preocupes por eso. Su bautismo ha dado pie a un nuevo orden, a un nuevo grupo de hermanos —movió sus brazos señalando a Simón y a Andraos, a Nataniel, y a Yuhana y Iaqob, los hijos de Zebedeo, que se habían despertado con la llegada de Yeixú y se habían unido a nosotros—, un grupo de hombres y mujeres iniciados, poseedores de una gran verdad y voluntarios para difundir la Palabra cuando sean sabedores de ella. Esa ha sido su gran labor, estriar, según sus propias palabras, el grano de la paja, y aquí está el grano. Aquellos que tenían que escuchar ya lo han hecho. Su labor ha concluido.

No pude reprimir la pena y un enorme vacío comenzó a adueñarse de mis sentimientos. Yeixú me abrazó, y después se retiró.

De madrugada, Yeixú me pidió que lo acompañara hasta Genesaret. Todos allí conocían al rabino y le brindaban bebida y comida, tanto a él como a la comitiva que parecía acompañarlo siempre. Genesaret era un pueblo de casas blancas con puertas astilladas por las que apenas entraba el ganado. Las calles olían a excrementos, y la gente caminaba encorvada contra las paredes para aprovechar las pocas sombras del pueblo. Era como si un halo de cansancio se hubiese apropiado del centro de las calzadas. De repente, Yeixú pidió a sus seguidores que lo esperaran fuera y entramos en la casa de un barbero.

—¿No querrás que inicie así mi camino, verdad? —me miró y se agarró la melena con ambas manos, levantándola como una corona. Negué y nos echamos los dos a reír.

El barbero, que nos miraba sin entender nada, también se echó a reír. Yeixú me pidió que le cortara el pelo una vez más, y el dueño de los utensilios nos los prestó encantado. Rebajé la lana del cordero, como yo misma lo bauticé, y salimos. Sin

embargo, antes de cruzar la cortina de la puerta de la barbería, Yeixú me llamó, cogió del suelo un mechón de su cabello y lo anudó con una de las cuerdas que extrajo de su manto; después, me lo entregó. Simón, que había asistido al corte desde la puerta de la barbería, entró y recogió él también un mechón recién cortado de Yeixú, pero este lo reprendió y lo obligó a salir; luego, me abrazó, me besó y salió, y todo el grupo se fue tras él hacia una de las explanadas en las que solía congregarse a sus seguidores, incluido Simón, que lo hizo con la cabeza gacha.

Mantuve la vista fija en ellos hasta que desaparecieron por completo en el horizonte. Luego, me marché. Una carreta de bueyes me llevó hasta Magdala, desde donde continué a pie hasta Tiberíades y, después de hacer noche a cubierto tras el velamen recogido de una barcaza, abordé una nave que me llevó de nuevo a Escitópolis. Llegué a Enón bien caída la noche, con el mechón de pelo de Yeixú colgado en mi cuello con la misma cuerda que me dio, y con el alma cargada de experiencias que explicar a Yuhana.

Pero a mi llegada, el único recibimiento fue un silencio desgarrador. Mis pisadas resonaban entre las cabañas como golpes de tambor. Me asusté. Corrí hasta la nuestra y la encontré vacía, como el resto. No quedaba nadie en la comunidad. ¡Yuhana se había ido y toda la comunidad con él! De repente, alguien gritó mi nombre y me volví. Era Iaqob, uno de los hermanos de la comunidad. Entre lágrimas y borbotones, me dijo que Yuhana había sido apresado por los soldados de Herodes Antipas y que se lo habían llevado a la Fortaleza de Maqueronte.

## Capítulo

Cuando salimos del banco, Azul estaba feliz. Yo sabía que había, por decirlo de una forma suave, deshonrado el código del Colegio de Auditores de Cuentas, pero verla sonreír de aquella manera mitigaba en parte mi vergüenza. No sabía en qué se había metido Azul, aunque ya hacía tiempo que me había dado cuenta de que era algo importante, y por primera vez desde que nos encontramos en el restaurante de Barcelona, la veía relajada. Desde luego, fuese quien fuese el que había puesto el millón de euros, parecía tener la capacidad de turbar la mente de Azul, y eso no era tarea fácil.

Siempre había sido una persona muy independiente, gozaba de una paz interior, de una fuerza envidiable que la hacía estar serena incluso en los peores momentos. A veces, desaparecía durante meses y yo no tenía más remedio que aceptar la situación tal y como venía, aunque nunca me gustó. Por aquel entonces, yo no podía comprender el atractivo que tiene la soledad para esas personas que se aman y respetan tanto como para gozar de sí mismas sin precisar de mucho más. Me había educado en un ambiente en el que la pareja era una única cosa, pero Azul no era así. Ella mantenía su vida profesional al margen de nuestra relación, y a veces, muy pocas, comentaba retazos de sus viajes, de visitas a unos archivos en busca de algún documento extraviado, o de algún inventario en una recóndita biblioteca.

Mientras andaba en uno de esos viajes, recibí una llamada de la Policía. La habían detenido por un supuesto tráfico de obras de arte robadas en Israel. No podía creerlo, ¡Azul una delincuente!, fue un golpe terrible, más que querer a una persona que necesitaba más de su espacio que de mi amor. Fui varias veces a visitarla a la prisión gaditana de Botafuego después de ser extraditada, incluso estuve a punto de mudarme allí, pero en una de mis visitas me pidió que no fuese a verla nunca más, y lo acepté. Al cabo del tiempo, me enteré por un amigo común de que Azul había salido de prisión; sin embargo, a pesar de mis intentos por encontrarla, no volvió a ponerse en contacto conmigo nunca más. Jamás me dio ninguna explicación, nada, solo me pidió que confiase en su inocencia en contra de las pruebas que presentaron el fiscal y la Policía de Patrimonio Nacional, su nombre, las fechas de su pasaporte francés de entrada y salida de Tel Aviv, dinero ingresado en su cuenta corriente del que no pudo aportar ni un solo documento exculpativo, y otro buen número de pruebas que decían lo contrario a lo que Azul me pedía.

Ahora, después de tanto tiempo, la veía sonreír con libertad en mi presencia, estaba alegre y feliz, y quise pensar que también lo estaba porque yo había creído en ella al fin. Mientras subía a la furgoneta, todo aquello había quedado en el olvido, en

ese lugar que con tanta sabiduría la mente utiliza para guardar la basura que apesta nuestra vida. Me sentía perdonado.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —le pregunté.

—A ti te llevaré a Barcelona, había pensado en que volvieras en *auto-stop* —se rió—, pero creo que mereces un trato más favorable.

—¿Y tú?

—Iré a devolver el dinero a su dueño.

—Voy contigo.

—Cècil, sabes muy bien que no puedes venir.

—No te lo pido —me jugué mi farol, no tendría muchas más oportunidades de estar en una posición como la que gozaba en ese momento— porque soy yo quien tiene el dinero, y yo seré el único que lo devuelva a su dueño.

—¡Vamos, hombre! ¡Sigues sin fiarte de mí!

—En absoluto, solo que no quiero que vayas por ahí con semejante fortuna encima, ya sabes que hay mucha mala gente —intenté bromear—, y además quiero llegar hasta el final. Vosotros me metisteis en esto y no pienso salir sin saber qué diantre ocurre. Te lo digo en serio, Azul.

—No puedo hacerlo.

—Bien, pues regreso al banco y hago de nuevo el ingreso, y hablo muy en serio.

Pareció meditarlo durante unos instantes y al final me dijo que debía consultar el cambio de planes. Salió del coche con su teléfono y regresó al cabo de unos minutos. Entonces me dijo que podía acompañarla, pero con condiciones. Una vez allí, solo ella acudiría a la cita. Acepté.

—No más trampas, Cècil, ¿lo prometes?

—Lo mismo te digo.

Y cerramos un pacto que, de haber sabido dónde me llevaría, no habría aceptado jamás.

## Capítulo

**E**n el *lobby* del lujoso Hotel Casino Royal Caribbean, sonaba de fondo «Burbujas de amor», de Juan Luis Guerra, acompañada por el ronroneo de los ventiladores dorados del techo. Algunos clientes apuraban sus últimos tragos en la barra o en los suntuosos sillones de mimbre de la sala. Las lámparas del techo, disimuladas en el centro de los ventiladores, y las vigas de madera que sostenían el entramado de listones se reflejaban en el suelo de mármol, encerado como un espejo. Lucas Joswiack estaba sentado en uno de esos butacones de mimbre con tres hombres más, mientras a su alrededor un grupo de guardaespaldas controlaba que nada extraño ocurriese. Hizo un gesto con su mano derecha y la música cesó de golpe.

—¡Coño! Estoy harto de esa música —se acercó el jefe de sala, y Lucas le pidió que sonara Frank Sinatra.

Al cabo de pocos segundos, los primeros acordes de «The summer wind» rebotaban por los lujosos brillos del café. El señor Joswiack se había reunido con sus socios, tres hombres de negocios que aprobaron con una sonrisa la elección del improvisado pinchadiscos.

—Joder, es que no se puede hablar con esa mariconada de fondo.

Santanusanna, el más veterano de los cuatro, recién entrado en los sesenta, y el más elegante con distancia, le dedicó una mirada reprobatoria. El calor en la punta este de la República Dominicana era asfixiante, incluso el personal del hotel estaba rebajado de utilizar americana, pero Marco Santanusanna vestía camisa, corbata y americana de Versace impecable, a juego con los tonos cálidos del *lobby* y su media melena de color blanco marfil. La imagen a caballo entre un terrateniente tabaquero y un galán maduro de Hollywood.

En la mesa había dos hombres más, Mateo Montalbán, un industrial vasco propietario de las acerías del norte de España, y de la mitad del acero de los nuevos países europeos del este, y Juan de la Vega, un californiano de familia tan antigua como su propia fortuna. Los cuatro eran los propietarios de un *holding* de empresas conocido en los *parquets* internacionales como «el clan de los jinetes». El nombre provenía del logotipo de sus sociedades, un caballo encerrado en un pentágono. Sin embargo, esa noche no se reunieron para hablar de negocios, aunque casi con toda seguridad el asunto saldría en un momento u otro de la conversación. Lucas Joswiack los había invitado por otro motivo muy diferente.

Fue Mateo Montalbán el que inició la conversación.

—El millón de euros ha sido retirado de la cuenta y no hemos recibido nada.

—Como temíamos —intervino Marco Santanusanna.

—Es evidente que se trata de un señuelo —dijo De la Vega.

—O un timo —apuntó el italiano.

—¡No jodas, que hemos pagado un millón por nada! —gritó Joswiack.

—Lucas, contrólate —lo reprendió Juan de la Vega—, ¿qué posibilidades hay de que recibamos el código en los próximos días?

—No hay código —volvió a la carga Marco Santasusanna—. Creedme, las brujas están detrás, seguro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Montalbán, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—Yo intervendría de una vez —apuntó Lucas Joswiack.

—¿Como con el cura?

—Pues gracias a él, sabemos por lo menos quién era el otro capullo que pujó por el código —afirmó Lucas.

—Y por el maestro, que nos llevó hasta el cura y nos describió a la chica —señaló Montalbán.

—Sí, pero ahora la Policía está más interesada en el asunto de lo que estaba antes de nuestra «intervención» —recordó Marco Santasusanna.

—Señores, no creo que un muerto de hambre como ese cura nos deba preocupar —dijo De la Vega—. Si tu hombre hizo bien su trabajo, no debemos tener ningún problema.

—Mi hombre trabajó bien —se excusó Lucas Joswiack—, y deberíamos dejarlo actuar con libertad. Que traiga el código o el dinero, pero acabamos de una vez con esta tontería que no nos lleva a ningún sitio.

—No estoy de acuerdo, Lucas, creo que debemos seguir la operación sin intervenir hasta que estemos seguros de si realmente el código está en su poder, o no.

—Yo opino como Marco, no es bueno sembrar el camino de más problemas —De la Vega miró a Lucas, que se agitaba nervioso en el butacón—, ¿qué dices tú, Montalbán?

—Yo pienso como Lucas, que deberíamos acabar ya con esto. Si es el código que buscamos, bien, y si no, pues ya sabemos que en esa dirección no debemos buscar más, pero tanta estrategia y tanta precaución me parece una tontería si tenemos en cuenta de quién hablamos, un cura miserable y una ladronzuela de vasos etruscos. Además, os recuerdo que el maestro nos dijo que este era el momento de actuar.

—Es cierto, pero también nos aconsejó prudencia, aunque si es así como lo queréis, adelante, no seré yo quien me oponga. Sin embargo, creo que es un error menospreciar sus contactos de esa forma. Si nos acercamos a la chica y la neutralizamos —Marco era muy cuidadoso con el lenguaje—, quizá perdamos la única pista que hemos tenido en mucho tiempo. No creo que nos convenga eso.

—¡Claro que no nos conviene!, pero joder, ya estoy harto de jugar al gato y al

ratón —dijo Lucas—. ¿Qué dices tú, De la Vega?

—En parte estoy contigo, Marco, pero ya me he cansado también de este juego. Pienso que deberíamos intervenir.

—Sea —cedió el italiano—. Antes, debemos comunicárselo al maestro. Yo mismo lo haré.

Marco Santasusanna se separó de los otros tres hombres y marcó con su teléfono móvil. Al cabo de unos minutos, regresó y confirmó que la estrategia había sido autorizada por el maestro. Entonces, Lucas Joswiack llamó al jefe de sus guardaespaldas y le susurró unas palabras al oído.

—*Alea jataes* —dijo Joswiack.

—*Alea jacta est* —lo corrigió Marco Santasusanna, y sus carcajadas inundaron el lobby, ya despojado de clientes.

Continuaron la conversación por temas livianos, como el precio del acero y otras materias primas que vender a los chinos.

—Jodíos chinos —sentenció Joswiack.

La orden de Lucas Joswiack corrió por la línea segura del teléfono satélite de su guardaespaldas. Confirmó el gigantesco cubano que la «paloma», como la llamó, se encontraba todavía en territorio imparcial, y le pidió a su contacto en Europa que no actuara hasta salir de Suiza. Los hombres del clan del caballo tenían demasiados intereses en ese país como para cometer cualquier torpeza allí. El Negro era un cubano medalla olímpica en decatión. ¡Todo un héroe de la Revolución! Lucas Joswiack lo había reclutado para que le ayudara a solucionar algunos pequeños contratiempos en su deseo por hacerse con algunos miles de metros en las costas de la Isla. El Negro, además de una personalidad con numerosos contactos en el partido, sabía muy bien dónde apretar para conseguir lo que le habían encargado. Su labor fue premiada por Joswiack, que lo adoptó como hombre de confianza para todos aquellos asuntos que un buen cheque era incapaz de solucionar.

Desde hacía varios años, se encargaba también de la seguridad personal de su jefe y de algunos asuntos del grupo, paralelos a la explotación empresarial.

A la pregunta de su contacto, un antiguo soldado bosnio, sobre hasta dónde podía llegar, la respuesta del Negro fue contundente, «Hasta el final». Y cortó una comunicación a la que no era necesario añadir más texto.

El bosnio era Nicos Nothos, de madre bosnia y padre griego. Había combatido en la Guerra de los Balcanes, a sueldo un tiempo para Bosnia y otro para Serbia. Ahora se había convertido en un profesional de los que sobran en Europa y había preferido actuar por su cuenta en lugar de desvalijar *chalets* de lujo en España o el sur de Italia. Cuando recibió la llamada del Negro, ya estaba listo. Había seguido a la «paloma» desde que salió de Barcelona, tal y como le habían ordenado que hiciera. Al principio, le costó saber quién era el contacto porque lo habían ocultado bastante

bien, pero tal y como había aprendido de su sargento en la milicia bosnia, el problema siempre radica en saber dónde hacer presión para conseguir algo, así que, con la ayuda de un destornillador, supo presionar hasta que el cura soltó el nombre de la chica.

Sacó un palillo del bolsillo de su camisa y se hurgó los dientes, feliz por las excelentes perspectivas que le brindaba la tarde. Solo le preocupaba que había cometido un pequeño fraude ocultándole al Negro que la «paloma» iba acompañada de un tipo, el maromo que se la cepillaba. Ya le había hecho una visita a su apartamento por si acaso, pero por el precio de la operación estaba dispuesto a hacer un trabajo extra con él.

Cuando acabó de hablar con el Negro, hacía apenas unos minutos que los había visto salir del banco contentos, señal inequívoca, junto a la bolsa de él, de que habían retirado el dinero. Ahora, los seguía por la autopista en dirección a Francia. La primera idea de Nothos fue abordarlos en plena autopista, cuando ningún otro coche circulara en ese tramo, y sacarlos de la vía, pero el exceso de celo de las autoridades de tránsito europeas, que habían sembrado de cámaras hasta el último kilómetro de asfalto, le disuadió de hacerlo. Ya llegaría el momento, siempre llegaba.

La furgoneta había salido de Suiza apenas hacía una hora y subía por la autopista A-40 en dirección a París. No quería perder el contacto visual y la seguía a una distancia prudencial. Aprovechó una parada a la altura de Mâcon para comprobar el estado de sus herramientas de trabajo. Escogió una de sus favoritas, una Beretta corta de nueve milímetros, y le introdujo en el vientre un cargador con ocho balas. Suficiente para intimidar a alguien en una distancia de hasta ocho o diez metros. No pensaba estar demasiado más alejado de su objetivo cuando llegara el momento. Había planeado subir a la furgoneta y forzar a la pareja a abandonar el camino. Sería mucho más fácil si conseguía apartarlos hasta algún lugar deshabitado. Después de repostar, entraron en el área de servicio y decidió ir tras ellos como cualquier otro viajero en busca de café. En la sala había quince personas, aparte de él, y en la tienda al lado de la cafetería, veintitrés. Dejó que se le adelantaran frente a la máquina expendedora de brebajes calientes y los examinó con detenimiento. Fue el maromo quien sacó dos cafés con leche mientras la «paloma» lo esperaba en una de las mesas circulares del establecimiento. Nothos metió un par de euros, sacó lo que equivalía al primer botón de la máquina, y se colocó en la mesa contigua. Él no parecía muy fuerte, ni tampoco muy rápido. Estaba convencido de que, cuando viera la pistola, suplicaría como un niño, ya lo había visto muchas veces. Ella le preocupaba más, desconocía el estado de entrenamiento de la chica. Podía saber artes marciales e incluso ir armada. El Negro no le había advertido de nada de eso. Era más bien alta, sobre todo para ser mujer, de piel oscura y el cabello negro recogido en una cola no muy larga. También vio sus ojos, le gustaron. Quizás en otra ocasión, o si trabajara

para otro cliente, se habría cobrado una tarifa más elevada, pero con el Negro convenía no jugar demasiado, así que se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y abortó con un fuerte apretón la erección que comenzaba a ser inminente.

Tiró su vaso de cartón a la papelera y salió, se metió en su Toyota todoterreno y encendió el motor. Sentía que el momento se aproximaba.

## Capítulo

**A**zul se había mostrado esquiva a mis preguntas acerca de lo que contenía el famoso códice para atraer tanta codicia. Me dijo que no formaba parte del pacto y no conseguí sacarle nada más, así que, una vez que me di por vencido en ese asunto, intenté disfrutar de su compañía. Lo único que me adelantó fue que el contacto para la entrega del dinero se haría en París.

Ya en Francia, aprovechamos para echar gasolina, ir al baño y tomar un par de cafés inmundos en un área de servicio de la autopista para matar el gusanillo. También cambiamos de conductor, y yo me senté al volante de la Mercedes.

—Para, entremos en Baune, conozco un restaurante de carnes..., perdona, es broma, solo tenía ganas de ver qué cara ponías. Es un restaurante hindú muy bueno, de verdad —me dijo de repente al ver un cartel que anunciaba la población de Baune a pocos kilómetros.

—¿Y tú cómo sabes que en ese pueblo hay un restaurante hindú? —me sorprendió el conocimiento de la zona que tenía Azul.

—Todos tenemos un pasado, querido Cècil —y se rió. Me encantaba verla reír.

Entramos en Baune y cerca de la plaza de la iglesia, como había dicho Azul, había un restaurante hindú. Aparcamos y nos fuimos a pie. Me preocupaba dejar en la furgoneta el dinero, así que lo metí todo en mi mochila y la cargué. Era una precaución idiota, porque si a alguien se le ocurría atracarnos, se iba a llevar la alegría de su vida. Sin embargo, yo tenía la sensación de que, al igual que Azul, el dinero estaba más seguro conmigo.

La figura de un elefante a lomos de un ratón nos recibió en la entrada, parecía un lugar acogedor.

—Ganesh —dijo Azul.

—¿Qué?

—Ganesh, la figura del elefante a lomos del ratón se llama Ganesh.

Azul saludó y cruzó todo el restaurante hasta la parte de atrás, donde se abría una bonita terraza. Comimos allí. El suelo era de grava y había una pequeña fuente de piedra en una de las esquinas. Sobre ella, brillaban ocho o diez velas de color naranja en las que se quemaba un incienso de olor dulzón. Azul me explicó que lo hacían para honrar a los cinco elementos, y que incluso por ese motivo la terraza era un cuadrado perfecto. Le pregunté cuáles eran esos cinco elementos y me enumeró los cuatro que ya conocía, tierra, aire, agua y fuego, y agregó el éter, que al parecer estaba en todas partes. Si ella lo decía...

Cuando acabamos de comer, dimos un pequeño paseo por las calles cercanas a la

iglesia. Yo necesitaba amortiguar el picor que me abrasaba la lengua, así que, después de comprar una botella de agua en una panadería repleta de bollos y pastas de hojaldre, y beberla de un trago, reemprendimos el camino. Recordé que tenía un CD en mi ordenador y lo metí en el reproductor de la furgoneta. Sonó «El meu país és tan petit», de Lluís Llach, y arranqué.

No había finalizado todavía la canción cuando noté una especie de pinchazo frío en el cuello. Fue como si alguien me estuviese presionando con un dedo en la nuca. Rápidamente busqué a Azul con la mirada y, al ver su expresión de pánico, giré la cabeza, ¡un hombre empuñaba una pistola contra mi cuello!

—¡Tú, mira hacia delante y no te detengas!

Azul se cubrió la cara con sus manos. ¡Nos estaban atracando! Intenté mantener la calma y le pedí al desconocido que estuviese tranquilo, pero como única respuesta apartó la pistola de mi nuca y me golpeó en la cabeza con ella. Casi nos salimos de la carretera y un dolor agudo me inundó la razón. Azul gritó, y el hombre repitió lo mismo contra su cara.

—¡Hijo de puta! —grité.

—¡Silencio! Baje la velocidad y cuando le diga, apártese del camino.

—Está bien, tranquilo, no es necesario que utilice la violencia. No gritaremos más, ¿verdad, Azul? —ella me miró y asintió. Sangraba por la brecha que le había causado el golpe.

Sentí rabia, una rabia intensa y dolorosa. Tal y como me dijo, aminoré la velocidad de la furgoneta y me mantuve alerta a sus instrucciones. De pronto, se abrió un camino de tierra a nuestra derecha, seguramente la senda hacia alguna finca de campo, y el hombre me ordenó que la cogiera. Comprendí que si me apartaba de la carretera principal, estaríamos perdidos por completo. El golpe que me había dado retumbaba todavía en mi cabeza cuando recordé algo, una situación parecida en una calle de los suburbios de Lima, cuando un atracador intentó reducir al taxista que me llevaba al hotel. Miré de reojo a Azul, que sangraba por la ceja aunque no parecía muy grave. Analicé la situación, el cañón de la pistola continuaba clavado contra mi nuca y Azul llevaba su cinturón de seguridad atado, yo nunca lo hacía. La senda era estrecha y en su margen izquierdo, apenas a un metro por debajo del camino, corría un pequeño canal de riego. Ahora o nunca. Pisé el acelerador de golpe y, sin apretar el embrague, metí la marcha atrás de la furgoneta. El vehículo hizo un ruido ensordecedor y pegó un salto brusco hacia atrás, entonces giré el volante a la izquierda y me agaché. La furgoneta perdió adherencia y se precipitó contra el canal. El primer disparo destrozó el cristal delantero de la Mercedes. Solté los mandos y me tiré atrás, contra el hombre que había perdido el equilibrio y chocaba contra las paredes de la caja.

—¡Salta Azul, salta!

Vi cómo Azul se soltaba el cinturón y abría su puerta para lanzarse fuera. Entonces sonó un nuevo disparo y, antes de que el atracador tuviese tiempo de levantarse para disparar otra vez, agarré la mochila y lo golpeé con todas mis fuerzas. Escuché un ruido metálico y continué golpeando como un loco sobre la cabeza del hombre. Al quinto o sexto golpe, no lo supe, dejó de moverse.

Las paredes metálicas del interior del vehículo estaban manchadas de sangre, como mi cara y mis manos. La sentía caliente contra mis sienes, me asusté, no sabía si era mía. Me puse de rodillas y miré al hombre; estaba inmóvil, tirado sobre el suelo de la furgoneta, con el cráneo aplastado por los golpes de mi ordenador.

—¡Azul! —abrí la portezuela trasera y salí. El vehículo estaba volcado y tenía el morro metido en el canal.

Corrí a buscar a Azul, ella había saltado antes del impacto contra el suelo, así que recorrí el surco que había dejado la furgoneta en su caída, pero no la vi. Mis rodillas eran incapaces de aguantar la tensión y caí varias veces rodando por el terraplén. No podía verla. Subí al camino y grité su nombre. No la veía. Bajé otra vez a la furgoneta y entonces la divisé entre la maleza del margen del camino. Cuando me acerqué, una enorme mancha violácea se extendía por su espalda.

¡El maldito la había alcanzado con el segundo disparo! Me arrodillé a su lado y la volteé con cuidado. No sabía qué hacer. Me hubiese gustado abrazarla, aplastarla contra mí, sentía también deseos de volver a la furgoneta y destrozar lo que quedaba de ese desgraciado. Azul estaba muerta, ¿cómo era posible? Grité su nombre contra su cara y Azul hizo una mueca en un intento de sonreír. ¡Estaba viva!

Me fijé mejor y vi que el disparo había entrado por el hombro izquierdo y había salido por su pecho. Perdía mucha sangre. Rompí mi camiseta y presioné la herida por ambos lados con fuerza. Debía encontrar auxilio con urgencia si no quería que se desangrara. La furgoneta estaba inutilizada, así que la cogí en brazos, salí al camino, corrí hasta la carretera y me planté frente al primer coche que pasó. El conductor hizo un intento de acelerar y pasar de largo, supongo que se asustó, pero conseguí ponerme en medio y hacerlo parar. Abrí la puerta de atrás y dejé a Azul, después me senté a su lado. El hombre, de unos cincuenta años, nos miraba aterrorizado.

—¡Al hospital, al hospital! ¡Maldita sea, no me oye, al hospital! —parecía no entenderme, pero al final arrancó el Citroën rojo y dio la vuelta.

—*À l'abbaye, à l'abbaye* —murmuró Azul—, dile que vaya a la abadía, al hospital no, a la abadía.

—*À l'Abbaye de Cîteaux?* —preguntó el conductor.

—*Oui* —contestó Azul y perdió el conocimiento.

Giró de nuevo el hombre y aceleró por la carretera hasta la Abadía de Cîteaux. La abadía era un gigantesco edificio de piedra a pocos minutos de donde había ocurrido el desastre. El hombre metió su coche dentro del patio empedrado, frente a la gran

iglesia, y derrapó antes de frenar el vehículo justo en la puerta principal. Una larga fila de turistas gritó y se apartó al ver llegar el vehículo a toda velocidad. Salí de él y cogí a Azul en brazos. Cuando la gente nos vio, comenzó a gritar y a correr. ¡Azul se desangraba y, en lugar de ir a un hospital, estábamos en medio de una atracción turística!

Yo giraba con ella en brazos, buscaba un lugar al que acudir, alguien que me quisiera socorrer, pero estaba perdido, ¿cómo había hecho semejante estupidez?, entonces vi que alguien corría hacia mí. Eran los guardias de seguridad que perseguían al coche desde que se saltó el alto en la entrada del recinto. Con ellos, venía también un cura. ¡Joder!

Uno de los guardias me quería arrebatarme a Azul de los brazos, mientras los otros gritaban y me amenazaban para que la dejara. Entonces, el monje los apartó y les pidió calma, miró a Azul y se santiguó. Sacó un teléfono móvil de debajo de su hábito y dijo algo muy corto que no entendí. Me pidió que lo siguiera y en menos de dos minutos llegaron dos curas corriendo con una camilla de ruedas; dejé a Azul con cuidado en ella y los seguí hasta el interior de la abadía.

El suelo empedrado hacía saltar la camilla hasta que uno de los monjes abrió una puerta lateral al pasillo principal y nos metimos en un ascensor. Los guardias se quedaron fuera intentando que los turistas volvieran a la visita por la que habían pagado. En el ascensor, más bien un montacargas por sus dimensiones, bajamos los tres monjes, Azul inconsciente y yo. El ascensor se abrió y dio paso a un nuevo pasillo, largo y luminoso. Corrieron los monjes con la camilla por él, y yo tras ellos, pero entonces el mismo monje que había sacado el teléfono móvil me agarró por el hombro y me pidió, en castellano, que me tranquilizara, que Azul estaba en buenas manos y que lo acompañara hasta una pequeña capilla.

—Aquí estamos preparados para atenderla, si es que todavía el Señor desea que permanezca entre nosotros. Por favor, antes de ir a ver al abad, le ruego que me explique qué ha ocurrido con la hermana, por favor —repitió en español arrastrando las erres.

Su tono de voz me tranquilizó. Quizá solo necesitaba que alguien me dijera que todo saldría bien, pero lo cierto es que confié en él y le expliqué, en un relato atropellado, todo lo que nos había pasado desde que salimos del restaurante. Mantuve por lo menos la lucidez necesaria para callar el tema del dinero. El monje, de nombre Benet según me dijo, esperó paciente el final de mi relato, y al terminar, solo me preguntó dónde estaban la furgoneta y el hombre al que creía haber matado. Se lo expliqué y nos fuimos hasta el lugar. Allí estaba la furgoneta, despeñada contra el canal, con las ruedas de atrás en el aire y la portezuela trasera abierta. Yo no me atreví a bajar, pero el hermano Benet, con otro hermano más, sí lo hizo. Subieron de nuevo al camino y me entregaron la mochila ensangrentada, después el hermano Benet me

hizo la señal de la Santa Cruz y llamó por su teléfono móvil. A los pocos minutos, llegó una grúa que sacó la furgoneta del canal y la llevó a la abadía. Los monjes habían cerrado el portón con el cuerpo del atracador todavía dentro.

Seguimos a la grúa hasta una rampa de cemento situada en la parte trasera de la abadía, donde se abrió la puerta de un garaje subterráneo y entramos. Allí nos esperaba un grupo de monjes que se hizo cargo de la furgoneta inmediatamente, mientras el hermano Benet me pidió que lo acompañara y lo seguí. Antes de dejar el *parking*, vi cómo los otros monjes, vestidos con sus hábitos blancos, bajaban la furgoneta de la grúa.

—¿Cómo está Azul? —le pregunté.

—Eso es lo que vamos a ver ahora.

Seguimos un pequeño pasillo hasta una puerta metálica con dos ventanucos que daba a una especie de repartidor, del que salían otros pasillos y escaleras. Subimos por una de ellas hasta una nueva habitación; mi guía me indicó que se trataba de la cocina y que al otro lado estaba el comedor. Continuamos por el pasillo hasta el ascensor que ya conocía, y el hermano me pidió que lo esperara allí. No tardó en regresar acompañado de otro monje, con el que atravesamos una puerta batiente y entramos en una especie de dormitorio. Al fondo, entre las muchas camas, había una con una columna metálica de la que colgaba una bolsa de suero; el hermano Benet me la señaló con el dedo, y yo corrí hasta ella.

Azul estaba sedada, me explicaron que había perdido mucha sangre, pero que su vida ya no corría peligro. La bala había entrado por la espalda y había salido limpia por su pecho sin dañar ningún órgano vital. Necesitaba descanso y cuidado, y ellos se lo darían. Entonces, el monje me señaló una nueva puerta y salimos. Parecía una especie de laberinto de puertas y pasillos con luz de fluorescentes. Me acompañó hasta un baño y me lavé. No recordaba que tenía toda la cara llena de sangre y me asusté al reconocer el líquido vital mezclado con el agua y jabón en el lavabo. En la puerta estaban los dos monjes, Benet y el otro que permanecía en silencio. Cuando estuve listo, me pidieron que los siguiera.

Subimos hasta un despacho en la parte antigua de la iglesia por un pasillo lateral. El hermano Benet me facilitó una silla, y el otro monje se sentó al frente del escritorio que dominaba la estancia. Desde sus ventanas, se veían el altar y las enormes columnas que soportaban el techo de la iglesia. Era un despacho grande, luminoso, abarrotado de libros antiguos que descansaban tras estanterías protegidas por un cristal. En la pared principal, colgaban un gran crucifijo de madera oscura, desprovisto de cualquier figura, y una representación en tela de dos monjes sosteniendo una gran "V". El hermano Benet alcanzó una silla y se sentó junto a mí.

—¿Quién es usted, señor? —me preguntó en un castellano con marcado acento francés.

—Mi nombre es Cècil Abidal.

Los dos monjes se miraron.

—¿Y cuál es su relación con la hermana, señor Abidalí?

—¿Con Azul? —pregunté, y asintieron—. Somos amigos.

—Deben serlo, sí, para que la hermana haya confiado su gran secreto en su persona.

—¿Su gran secreto! ¿Qué secreto? ¡Por Dios, señores, un hombre le ha disparado y yo lo he matado! ¿Qué me cuentan de secretos?

—No debe usted utilizar el nombre del Señor de esa forma, señor Abidalí.

—Abidal, me llamo Abidal, sin la "i" final, y no creo que esta conversación esté teniendo lugar. ¡Deben avisar ustedes a la Policía!

—Señor Abidal —se esforzó por no terminar mi apellido en "i"—, no creemos que la Policía nos sea de mucha ayuda en estos momentos. Por favor, confíe en nosotros y explíquenos cuál es su verdadera relación con la hermana y qué ha ocurrido para un desenlace tan terrible.

—¿Por qué ha venido usted a la abadía y no al hospital, o a la Policía? —preguntó el hermano Benet.

—Ya les he dicho que Azul y yo somos amigos, buenos amigos. Volvíamos de pasar unos días de viaje cuando un hombre entró en la furgoneta y nos intentó atracar. Nos golpeó y me asusté, entonces perdí el control y le pegué con la mochila sin recordar que llevaba un ordenador dentro. Eso es lo que ha ocurrido.

—Señor Abidal, ¿por qué ha venido usted a la abadía? Es imposible que usted supiese el tipo de instalaciones que tenemos aquí —dijo el hermano Benet.

—Vamos, no ponga usted esa cara, ya le hemos dicho, y demostrado creo, que puede confiar en nosotros. La hermana María, Azul como usted la llama, es también amiga nuestra. Ella fue quien le dijo que viniera aquí, ¿verdad? Si el hermano Benet no hubiese reconocido a la hermana María, ella habría muerto.

—Comprendemos su desconcierto, pero le damos nuestra palabra de que ni yo ni el abad repetiremos lo que comparta con nosotros en este despacho —ese monje era el abad, ¿pero por qué llamaba a Azul «hermana María»?

—¡Nos han disparado y he matado a un hombre!

—Que Dios lo acoja en su seno —se santiguó el hermano Benet—, pero cada uno es responsable de sus actos ante Dios, y ese hombre tendrá mucho que explicar. Por favor, señor Abidal, si no nos ayuda, no podremos ayudarle a usted. Sea comprensivo —su tono de voz era todo el tiempo suave, sin un ápice de emoción o vehemencia. Cedí.

—Mi nombre es Cècil Abidal, y soy auditor de cuentas. Trabajo para una fundación relacionada con la Diócesis de Barcelona, me dedico a controlar el dinero que gastan las organizaciones de la Iglesia en sus obras de caridad —quise añadir que

jamás había escuchado hablar de instalaciones como las que ocultaban los sótanos de esta—. Hace unas semanas, me pidieron que diese cobertura a una subasta de obras de arte provenientes de la Iglesia. Azul estaba metida también. Después de la subasta, todo se precipitó de una manera extraña hasta ahora mismo, en que la tragedia se ha apoderado de lo que solo era un pequeño fraude con fines altruistas.

Les expliqué toda la historia, ¿qué más podía hacer? Fue Azul quien me hizo venir allí, y sentí que confiar en ellos era como haberlo hecho en ella misma; además, no tenía más remedio. Había matado a un hombre, y los únicos testigos no se cansaban de repetirme que no avisarían a la Policía. No obvié casi ningún detalle, les relaté cómo preparé la subasta, cómo encontré a Azul en Girona, y cómo decidimos pasar unos días de viaje como buenos amigos. Los dos monjes cistercienses me miraban en silencio, y asentían a mis explicaciones, a veces se miraban entre ellos y, cuando yo paraba, me invitaban a seguir. Permanecieron en estado de escucha hasta el final.

—Gracias por su sinceridad, señor Abidal. Pero no nos ha dicho una de las cosas más importantes —intervino el abad.

—¡Les he explicado todo!

El abad era un hombre mayor, de pelo blanco cortado a navaja a ras. Su cara, al contrario de la del hermano Benet, no era de rasgos flácidos y carnosos, sino de pómulos marcados y labios finos, como un general del ejército. Era también más alto y no lucía la famosa curva de la felicidad. Sus ojos eran desiguales, al hablar abría mucho más el ojo izquierdo que el derecho, y no supe si para enfatizar sus frases o porque tenía un problema visual. Los hábitos tampoco conseguían disimular su ancha espalda.

—No, señor Abidal, no nos ha dicho qué relación le une con la hermana María.

—No sé por qué la llama «hermana María», ella y yo somos amigos de juventud, ya se lo he dicho. La conocí en París, cuando estudiábamos en la universidad —mentí—, y nos hicimos amigos. Desde entonces, nuestra amistad ha permanecido en el tiempo. Fue una casualidad encontrarnos en este asunto, pero también una alegría, lo reconozco —no sé por qué lo hice, pero sentí que no debía explicarles la verdad.

—Está bien —asintió el abad.

—Es usted ahora el que no ha respondido a mi pregunta.

—¿Cuál pregunta?

—¿Por qué llaman «hermana María» a Azul?

—Me sorprende que sean ustedes tan amigos y no sepa eso, señor Abidal —intervino el hermano Benet.

—La llamamos así porque ese es el nombre que ella escogió al ingresar en la orden. Hermana María de la Luz, de la Orden del Císter.

## Capítulo

**E**l Negro estaba preocupado, hacía más de una semana que Nothos no daba señales de vida. Pensaba en eso asomado a la terraza de su habitación del Hotel Nicolás de Ovando, en Santo Domingo. La brisa nocturna secaba el sudor de sus enormes miembros, todavía impregnados del olor de las dos rusas que escuchaba reír tumbadas en la cama.

Una vez, Lucas Joswiack lo vio con una morena a la que visitaba cuando iban a Kingston y le advirtió de que jamás lo volviera a ver en su presencia con ninguna mujer. Su jefe no estaba casado, ni le había conocido mujer alguna en los años que llevaba a su servicio, pero ahora no estaba allí. El presentimiento de que algo no había salido bien lo tenía preocupado, debía habérselo dicho a su jefe, advertirle de que no tenía noticias de Nothos ni de la «paloma» antes de que él se lo preguntara.

—*Pazhalusta, yisho ras* —lo requirió la más alta de las dos desde la cama.

—*Krasiva* —contestó el Negro.

Hablaba bien el ruso desde su etapa en los campos de entrenamiento para deportistas de Moscú. Sonrió a la chica de carnes blancas y saltó a la cama entre gritos de las dos; por la mañana ya vería cómo se lo diría a su jefe, pero ahora tenía algo más urgente entre manos que no quería dejar escapar.

Lucas Joswiack se levantaba temprano, a las seis de la mañana, pero no abandonaba nunca su habitación hasta las nueve, cuando el Negro debía esperarlo para iniciar una nueva jornada. A pesar de no haber dormido más que un par de horas, acompañó con puntualidad a su jefe hasta el *buffet*, comprobó que tuviese dispuestos sobre su mesa el abanico de periódicos habituales, y se sentó en la mesa contigua a devorar un par de guineos con un café doble. Cuando Lucas Joswiack terminó de leer el listín deportivo se lo pasó, hizo lo mismo con el *Times*, el cual el Negro ni siquiera desplegó, y después le tiró el francés *Le Monde*. El Negro lo agarró al vuelo. Mientras pasaba las hojas de política y sucesos locales, una foto lo hizo detenerse. En la página catorce del periódico galo, había una noticia que lo sobresaltó, un breve en la columna lateral con una pequeña foto de archivo que él conocía muy bien, ¡Nicos Nothos! El artículo explicaba que un antiguo combatiente bosnio, buscado por la Interpol, había aparecido muerto en un descampado a las afueras de París, con evidentes signos de violencia. El Negro suspiró, agarró el periódico y se lo enseñó a su jefe.

El comisario Aripas, a más de seis mil kilómetros de distancia, llegaba en ese momento a uno de los mejores restaurantes de la Ciudad Condal, donde un empleado ataviado con sombrero de copa y chaqué de época le abría la puerta. Se quitó la

americana, la estrujó bajo el brazo y entró. Al fondo, en una mesa rodeada por dos pequeños biombos, lo aguardaba su amigo. Sin esperar a ser acomodado, agarró la única silla libre en esa mesa, y se sentó. Oriol Nomis era uno de los pocos amigos que tenía, y casi con toda seguridad, el único que no era policía o que no le repetía una y otra vez lo peligroso de serlo. Se habían conocido años atrás, cuando Aripas era apenas un prometedor inspector de la Policía Nacional envuelto en unas falsas acusaciones por blanqueo de dinero proveniente de la venta de cocaína, y Oriol Nomis, el abogado que el cuerpo destinó en su defensa. El caso le valió el ascenso a inspector jefe, y siempre se sintió en deuda con el catedrático.

—Hola, Antonio, qué gusto verte —lo saludó Oriol Nomis.

—Lo mismo digo, Oriol, siento no tener más tiempo para dejar que me invites más veces a lugares tan poco apropiados como este para un policía, pero vamos de culo.

—Nada de trabajo, recuerdas —le interrumpió Oriol Nomis.

—Lo sé, pero me cuesta no pensar en todas las fullerías que habrán hecho la mitad de estos —mover los brazos en círculo señalando el comedor de la marisquería — para tener tanta pasta que les permita comer aquí.

—Vamos, hombre, ¿y nosotros?

—¡Nosotros somos la otra mitad!

Recordaron viejos conocidos y se rieron con los mismos chistes que se contaban desde hacía más de quince años, mientras el comisario daba buena cuenta de una plancha de gambas de Palamós, dos sepias y media docena de langostinos más rojos que sus mejillas. Un camarero se acercó y tomó nota de los postres.

—Oriol, ¿ya sabes algo de tu empleado, o de la chica? —preguntó el comisario.

—La verdad es que no, ni Cècil ni Azul se han puesto en contacto conmigo ni han respondido a mis mensajes.

El comisario se limpió los dedos en una servilleta con aroma a limón, y miró a los ojos a Oriol Nomis.

—Tu muchacho nos la ha hecho buena.

—Antonio, no sé a qué venía tanta prisa, vosotros mismos lo asustasteis sin necesidad. Cècil es un buen muchacho, incapaz de hacer daño a nadie.

—Sí, y su novia tampoco. Vamos, Oriol, tengo la sensación de que sabes más de lo que me quieres dar a entender y solo te voy a pedir un favor por la amistad que nos une: no te metas en nada sucio. Hay un cura muerto de por medio y eso no es como vender vasos de cobre del año de la catapún en el Mercado de Sant Antoni, esto es mucho más grave. No se deja pudrir un caso como este sin cortar alguna cabeza, y no va a ser la mía, te lo aseguro.

—Me conoces bien, Antonio. ¿Crees que dejaría que alguien de mi confianza matase gente por ahí y además lo encubriría?, ¿de verdad crees que haría una cosa

así? —Oriol Nomis sintió que los ojos que lo escrutaban ya no eran los de su amigo Antonio, sino los de un hombre acostumbrado a ver la verdad allí donde los demás la escondían, y se estremeció.

—No, claro que no.

La charla se suavizó en el postre, y al llegar al café ya habían cambiado por completo de tema, pero antes de subir al coche patrulla que lo vino a recoger, el comisario Aripas le pidió a su amigo que si recibía cualquier noticia de Cècil Abidal o Azul Benjelali, lo avisase de inmediato. Se despidió y entró en el vehículo policial, agarró su teléfono móvil y llamó a la oficina del juez de primera instancia para solicitar una orden de escucha telefónica. Desde ese momento, cada palabra que se transmitiera por los teléfonos de Diners Nets, de la casa, o por el móvil de Oriol Nomis quedaría registrada por la División de Escuchas de la Policía Nacional. Aripas era perro viejo, tenía tanto de uno como de otro, y le daba en su olfato que había algo sucio. Sabía que traicionaba la confianza y la amistad que lo unía al auditor, pero también que su amigo le escondía algo.

Llegó a su despacho de la Via Layetana casi a media tarde, satisfecho del almuerzo, pero cabreado por las horas que le había hecho perder. Recordó además que llevaba todo el día sin revisar sus correos, y el solo pensamiento de la lista que tendría en la bandeja de entrada lo encendió todavía más. Maldita burocracia. Conectó su ordenador y comenzó a comprobar todos los mensajes. Uno de ellos era una petición de la Gendarmerie francesa. Habían hallado el cadáver de un sicario bosnio, conocido como Nicos Nothos, alias el Griego, alias Caín, alias Cárpatos y alguno más, destrozado en el interior de una furgoneta. Al parecer, al tipo le habían encontrado, además de una pistola a la que le faltaban dos balas, una cartera llena de billetes y un trozo de papel con una dirección de Barcelona escrita a mano. Aripas miró fijamente la pantalla y leyó de nuevo la dirección que la Policía francesa le pedía investigar, resopló un par de veces y soltó alguna maldición. La dirección correspondía a la vivienda del cura asesinado. Imprimió el correo y lo leyó con detenimiento.

El informe afirmaba también que no había testigos y que el cadáver presentaba un cuadro clínico *post mortem* de traumatismo craneo-encefálico múltiple producido por algún tipo de bate o barra metálica forrada de tela. No había pistas, ni huellas de ningún tipo. La nota, con una dirección de Barcelona, y la furgoneta con matrícula española eran el motivo de la petición de información y colaboración por parte de la Gendarmerie. Antonio Aripas terminó de leer el resto del informe y cruzó los brazos sobre su cabeza mientras se reclinaba en su ajado sillón. No había nada relacionado con la venta ni con el tráfico de obras de arte o antigüedades en la ficha de Nothos. Parecía evidente que alguien lo había contratado para que le diera pasaporte al cura. ¡Joder, cada vez se complicaba más la puta historia! Llamó de nuevo a su asistente, el

inspector Rojas, un andaluz cachondo que se esforzaba por hablar catalán sin perder su acento, y le pidió que redactara inmediatamente un informe sobre la muerte de Julio Canals López, «el cura del destornillador», le aclaró.

## Capítulo

*Secacah, Israel, año 68 d. C.*

**E**l Maestro de Justicia había impartido la orden de prepararnos para la batalla final contra los quitim. Hacía varios días que llegaban hombres de todas partes a la comunidad, hermética hasta entonces para el resto del mundo, con la intención de alistarse en la gran y última batalla. Acudían atraídos por la proclama que había hecho el Maestro de Justicia, «de nuestra comunidad partirá el que encabezará el ejército de sacerdotes, levitas y hermanos, convertidos en soldados que aplastarán al ejército de los enemigos de Dios, al rey de los quitim y a todo su ejército de Belial».

Yo había vuelto a Secacah después del apresamiento y ejecución de Yuhana en la Fortaleza de Maquerunt y la dispersión de nuestra comunidad. El entonces Maestro de Justicia tuvo clemencia y me permitió ocupar una de las cuevas más distantes, con la condición de que me mantuviese alejada del resto de los hermanos y de que ninguno de ellos se acercara a mi persona o a mi cueva. Nadie que hubiese abandonado la comunidad podía ser readmitido. Las condiciones fueron sencillas, recoger el pan en los hornos por la noche y no podía entrar en el refectorio, ni en el escritorio, pero Secacah era lo más parecido a un hogar.

Mi cueva era una de las más altas y apartadas de la comunidad. Estaba cavada en la pared que daba a los acantilados y disponía de una escalera de palos propia para subir desde las grandes cuevas, que quedaban un par de niveles por debajo, y en las que había vivido de niña. En el interior de mi estancia tenía un jergón, una pequeña lámpara de aceite, que rellenaba de madrugada con los restos de otras lámparas, una lente de aumento para leer los rollos y las escrituras sagradas, y mi azadilla para cavar los hoyos en que satisfacía mis necesidades. A veces, pasaban días sin que bajase ni siquiera a buscar mi pan, y me alimentaba del agua que recogía en la madrugada y de alguna raíz cercana a la boca de la cueva.

Una tarde, poco antes de ponerse el sol, de repente el cielo se tornó negro y un crujido infinito cruzó la tierra. Fue el día que Yeixú murió. Yo lo supe de inmediato y recordé sus palabras, «la luz de Yuhana hace más patente la oscuridad de Herodes», eso mismo había sufrido él, su luz hacía más oscuras las almas de sus enemigos.

Pero de todo eso hacía ya más de treinta años. Ahora los mismos quitim que asesinaron a Yeixú marchaban contra Secacah. Un destacamento de la legión romana Décima Fretensis que acababa de arrasarse Jericó se abalanzaba contra la comunidad. Los hermanos de blanco, hasta entonces alejados del mundo en la contemplación, la meditación y el estudio de la Ley, se ceñían cintos con espadas y flechas dispuestas

para matar en nombre de Dios, tal y como les dictaba el actual Maestro de Justicia, un hermano que carecía de los conocimientos exigidos para el desarrollo de tan alto estado. Desde su designación, la comunidad se había transformado y los hermanos tomaban parte en cuestiones hasta entonces prohibidas, como la política, o la liberación del estado de Israel.

Ahora los veía correr por la explanada gritando órdenes y proclamas contra los romanos, «los hijos de las Tinieblas», como los llamaban. Los que hasta entonces habían sido hermanos de la Luz se disponían a luchar contra los hijos de la oscuridad en la gran batalla final que instauraría la Verdad de Dios para que cada hombre caminara en su conocimiento perfecto. ¡Cómo podían creer en semejante estupidez hombres tan sabios!

La primera noche de sitio pasó con cierta calma. Ayudados por los hombres que habían venido a unirse a las fuerzas del Maestro de Justicia, habíamos construido un pequeño muro en la entrada del acueducto que nos infundió una falsa seguridad, pero con los primeros rayos de la mañana, el muro fue destrozado y las hordas de soldados entraron en la ciudad.

Yo nunca había visto hombres como aquellos. Se asemejaban en verdad a los hijos del Diablo. Vestían corazas de cuero y cascos de metal. Sus ojos estaban vacíos de color y su piel era casi transparente, de un blanco tibio sobre el que caían largas trenzas de pelo de color rojo y amarillo. Nuestros hombres apenas les llegaban a la altura del pecho, y cada uno de ellos tenía la fuerza de diez hermanos. No fue la batalla que anunció el Maestro de Justicia, ni mucho menos tuvo el final soñado por él. El rollo de la guerra, como todos los rollos de la guerra en la historia, estaba equivocado porque, por mucho que los hombres se esfuercen en hacerlo firmar por la mano de Dios, solo los humanos escriben manifiestos para justificar la muerte de sus semejantes. Fue una masacre.

Los quitim entraron por la puerta del acueducto y asesinaron a todos los que les salieron al paso. Segaban sus gargantas como si cosecharan espigas de trigo. Un ejército organizado, bien armado, entrenado para matar, contra hombres de estudio, ascetas que jamás en su vida habían agarrado un arma, ¿cómo iban a defenderse? A mi cueva llegaban sus gritos pidiendo clemencia y veía correr la sangre por el canal que hasta ese día había sido purificador. Las corazas de los quitim resistían los ataques sin daño, ni siquiera los campesinos que se habían unido a la comunidad, algo más fuertes, eran rivales para ellos. La carnicería duró dos horas, lo necesario para exterminar hasta el último de los hermanos.

Cuando se aseguraron de que no quedaba nadie con vida, se reunieron frente a la estancia de los bancos y comenzaron a gritar como poseídos por el mismísimo Diablo.

Fue en ese momento cuando uno de ellos nos vio.

En las cuevas superiores nos habíamos refugiado las mujeres y los niños, yo apartada en la mía, y el resto en las dos cuevas mayores.

El terror había barrido la sabiduría y la paz en Secacah, dejando en su lugar un amasijo de cuerpos mutilados, una balsa de sangre en la que flotaban vísceras y miembros seccionados por la acción brutal de una espada. Eso era lo que habían hecho con los hombres, así que me temblaron las piernas solo de imaginar qué harían con nosotras. Abandoné mi cueva y corrí a refugiarme con el resto de las mujeres, que gritaban enloquecidas ante la amenaza cada vez más cercana de los quitim. Tuve la serenidad de tirar al vacío las escaleras de acceso a la cueva mayor, pero no sirvió de nada. Aquellos seres trepaban como bestias poseídas por una fuerza maligna que los hacía invencibles y terroríficos. Algunas mujeres prefirieron despeñarse por los acantilados antes que caer en sus manos. Los vimos alcanzar la primera cueva y entrar con las espadas en alto. Escuchamos el ruido húmedo de sus armas contra la carne de nuestras hermanas, pero no tuvimos más tiempo para ver el horrible espectáculo. También llegaron a nuestra cueva. Sus cuerpos manchados por la sangre de sus víctimas, los ojos sanguinolentos, y sus piernas descubiertas, fuertes como las de un caballo. Empuñaban lanzas y espadas cortas que mataban en tajos precisos contra el cuello o las piernas. Algunos se entretenían violando cadáveres, mientras el resto continuaba con la matanza. Corrimos al fondo de la cueva, pero esos hijos del Diablo nos siguieron, entraron con nosotras y con los pocos niños que quedaban. Nos encajonaron entre la pared del fondo y sus espadas. Primero mataron a los niños, se los pasaban hasta que uno le clavaba la espada y lo levantaba en el aire para comprobar la resistencia de su cuerpo. El olor a orines se unió al terror, la sangre y los gritos. No quedaríamos más de diez hermanas cuando guardaron sus espadas. Escogieron entonces a una de nosotras y comenzaron a violarla mientras el resto nos miraba haciendo cábalas de cuál sería la siguiente.

Nos abrazamos para protegernos, como si el pánico compartido pudiese mellar su barbarie, pero no sirvió de nada. Solo para que dejaran su macabro juego y nos acuchillaran en grupo como a un solo cuerpo. Sentí cómo una espada me atravesaba la pierna derecha y caí al suelo. Vi mi propia sangre manar a borbotones y unirse con la de mis otras hermanas que ya habían perecido. En el suelo, un quitim me clavó su espada en el pecho y la giró en un movimiento de muñeca. Todo se oscureció y ya no supe cuánto más estuvieron violando, matando, ni cuánto tardaron en marcharse, solo supe que había muerto igual que mis hermanas.

Pero a diferencia de ellas, al cabo de un tiempo desperté.

Lo hice en un lugar oscuro que desprendía un hedor terrible. No veía nada. Mi cuerpo yacía mezclado con otros cuerpos sin vida que se apelotonaban contra el mío. Grité de terror cuando sentí el tacto húmedo de la carne muerta. En un gesto instintivo, empecé a agitarme y revolverme, pero no podía respirar y el hedor se

clavaba como antes lo había hecho aquella espada. Todavía me parecía sentirla, podía ver la cara ensangrentada de la bestia que me mató. Seguí agitándome hasta que conseguí ponerme en cuclillas sobre la superficie blanda de la carne y empecé a empujar con todas las fuerzas con que fui capaz hasta que pude salir y respirar todo el aire que me había faltado.

Busqué la herida de la espada que me había destrozado las entrañas y no encontré ni tan solo una cicatriz. La única prueba de lo que había ocurrido era la amalgama de cuerpos mutilados y descompuestos de los que acababa de liberarme, y el estado de mi túnica, rajada y ensangrentada a la altura del pecho. De manera instintiva, me eché la mano al cuello, ¡todavía llevaba colgado el mechón de pelo de Yeixú!

Comprendí entonces por qué no había envejecido en todos aquellos años.

Me froté los brazos, las piernas, y todo el cuerpo. Me agarré la cabeza y me sobé el pelo. Quería asegurarme de que en verdad estaba viva, pero la alegría de mi resurrección se hundía bajo un olor persistente de podredumbre y carne quemada. Los quitim habían arrasado la tierra de los hijos de Abraham, y las columnas macabras de humo negro que veía en la lejanía eran el único recuerdo que pensaban dejar. Me derrumbé sobre mis rodillas y lloré.

Así me encontró un soldado quitim. Alargó la punta de su *pilum*, me golpeó con ella y, tras asegurarse de que estaba viva, me preguntó de dónde salía. Yo conocía un poco su idioma, por los peregrinos que lo hablaban, y por algunos escritos. Sin contestarle, le señalé el agujero de la fosa común. El soldado, mayor de edad que los que nos habían asaltado y más menudo, se acercó al agujero y comenzó a vomitar sobre los cuerpos enterrados.

Sacó de su atillo un poco de agua y bebió, después me ofreció y me pidió que lo acompañara. Caminé tras él hasta la entrada del acueducto, o lo que quedaba de ella. Los soldados habían prendido fuego al refectorio, a la asamblea, a la cocina, todo Secacah se había consumido por las llamas.

Mi captor me pidió que lo esperara allí y al cabo de poco tiempo volvió con otro que supuse de mayor rango.

—¿Sabes hablar, comprendes mi lengua? —me preguntó, asentí con la cabeza y continuó hablando con el romano viejo—. Si es una prisionera de guerra, debe ser arrestada y conducida a Jerusalén para que decidan allí, conoces el reglamento.

—Plinio, llevamos veinte años juntos, ¿me vas a hacer ir con ella hasta Jerusalén para que me pase tres semanas más en este miserable desierto? Me quedan dos días para mi retiro.

—Sí, tú te vas, pero yo no quiero tener problemas por los caprichos de un veterano.

—¡Vamos, Plinio!, ¿a quién le va a importar que un viejo soldado se quede con una muchacha hermosa?

—¿Cuándo regresas a Roma? —preguntó el jefe.

—Mañana de madrugada.

—¿Te ha visto alguien con ella?

—Solo tú.

—Está bien, tómate un buen vino a mi salud cuando llegues —y Plinio se marchó arrastrando los pies en un suspiro de aprobación.

—Cuando llegue a Roma, cobraré el Aerarium Militaris y me retiraré a vivir con mi esposa y mis hijas. ¿Sabes leer, verdad? Claro que sabes leer, todos los hermanos de blanco son sabios. Tú serás la maestra de mis hijas. Doy gracias a los dioses por este regalo. ¿Cuál es tu nombre? Vamos, dime cómo debo llamarte.

¡A Roma! Sabía de esa ciudad por los escritos, pero jamás imaginé que llegase a conocerla. Después de treinta años de vivir en Secacah en el más absoluto silencio, había resucitado para conocer una de las mayores ciudades de la humanidad.

—Mariam —contesté con una voz que casi no recordaba.

## Capítulo

**A**zul se despertó al cabo de dos días gracias a los cuidados de los monjes, a las bolsas de suero que le metieron por una llave de paso clavada en su muñeca y a los antibióticos. Por fortuna, su vida ya no corría peligro, si bien los monjes me advirtieron de que le quedaría una horrible cicatriz por la evidente imposibilidad de acudir a un cirujano plástico.

Una vez, un chamán me explicó que la mente era como un perro fiel al servicio de su amo, pero que cuando el perro era quien dominaba al amo, se abrían los infiernos. Eso era lo que me ocurría, un sentimiento de culpa por la situación y por la muerte de aquel miserable que no me dejaba descansar ni un segundo. Los monjes creyeron que fue la vela de Azul lo que me mantuvo insomne esos dos días, pero en realidad fueron los miles de escenarios que inventé para no sentirme un asesino, ni el responsable del deplorable estado de Azul. No había dejado de observarla en todo ese tiempo. De su piel había desaparecido el tono oscuro que te situaba en una aventura solo con mirarlo, los labios estaban amoratados, y sus hermosos ojos, engullidos por unas ojeras espantosas. Toda su frente estaba cubierta por una gran mancha de yodo, y un fuerte vendaje la mantenía inmovilizada de la cintura para arriba. A veces, la oía murmurar entre sueños, decía nombres, y en alguna ocasión intentaba gritar, entonces la cogía de la mano y le susurraba que estuviese tranquila, que yo estaba allí y que nadie le volvería a hacer daño. De lo poco que comprendía en sus frases nocturnas, repetía con cierta asiduidad un nombre, Vitelio, que no logré identificar, y el de su tío Luali.

—Hola —me saludó con una voz apenas superior a un susurro.

—Hola, Azul, ¿cómo estás?

—¿Has avisado a mi tío? —contestó con un intento de mueca.

—No, ¿quieres que lo haga?

—No, no quiero que se preocupe.

—¿Cómo estás?

—Me cuesta respirar y me duele mucho el pecho, ¿y tú?

—Yo estoy bien. Los monjes me han dicho que en pocos días tú también lo estarás y nos podremos ir a casa, ahora no te esfuerces, intenta descansar.

—Diles que la avisen —y cerró de nuevo los ojos, víctima de un profundo agotamiento.

Corrí a decirle al monje enfermero que Azul había recuperado el conocimiento y que había hablado un poco con ella. Se alegró y fue a verla, lo que yo aproveché para hablar con el abad. Hacía tres días que vivía en la Abadía de Cîteaux, en un camastro

del antiguo dormitorio de los monjes. El abad Constantine de Roux me dejó muy claro que no debía salir de la abadía, ni dejarme ver por los turistas. También me dijo que no debía temer por el secreto de la furgoneta, de la que se habían deshecho con discreción y seguridad. Cuando me vio frente a su despacho, se apresuró en dejarme entrar.

—Señor Abidal, sabe usted que no debe salir del dormitorio —me saludó.

—Azul se ha despertado hace unos minutos. El hermano se ha hecho cargo.

—Esa noticia llena mi alma de alegría, el Señor está con la hermana. ¿Cómo se encuentra, le ha reconocido?

—Está bajo el efecto de los sedantes, pero aun así me ha reconocido y me ha pedido algo, que la avisaran.

—¿Que avisemos a quién, señor Abidal?

—No lo sé, quizá desvariaba.

—Repítame sus palabras exactas, por favor —me pidió el abad.

—«Diles que la avisen», esas han sido sus palabras.

—Comprendo —masticó el abad antes de invitarme a que saliera.

Yo no comprendí nada, pero ya me había resignado a vivir en un mundo paralelo del que no conseguiría salir hasta que Azul estuviera recuperada, así que me fui de nuevo al dormitorio para estar con ella. Lo cierto es que eran muchas las incógnitas a despejar cuando estuviese bien. Lo que más me sorprendía era su pertenencia a la orden. En el tiempo que estuvimos juntos, jamás lo mencionó, y por la reacción y el interés de los monjes en mi persona, creo que tampoco me mencionó a ellos, o a quienes fuese. ¿Pero cómo había vivido todo ese tiempo una doble vida tan diferente? No podía creer que ese cuerpo, que me enloquecía hasta no desear nada más en la vida que entrar en él, pudiese ser el de una monja. Los hábitos explicaban ahora en parte sus largas ausencias, pero cómo explicaría ella los periodos en que vivíamos juntos. Además, estaba lo de su ingreso en prisión, algo que comenzaba a creer que andaba ligado con todo el asunto. Preferí recurrir a los recuerdos agradables, aunque ya no supiera si eran verdaderos o no, y recordar el primer día que la vi. Yo estaba sentado en el bar del Hotel Nagjir, en el centro de la ciudad ocupada de El Aaiún. Justo había finalizado mi informe sobre los fondos repartidos en Esmara, Bucraa y Tifariti, cuando bajé a tomar un café al bar del hotel y la vi, de pie, impresionante, junto a un hombre que, a pesar de doblarle la edad, imaginé que sería su marido. Acababa de llegar del aeropuerto y no tenía dirhams, así que intentaba cambiar francos franceses en la recepción del hotel. Me ofrecí a ayudarlos, pero, aun a riesgo de recibir un buen golpe, no pude resistir y le pedí su teléfono en un descuido de su marido. Me dijo que ella no tenía teléfono, pero que su tío sí, y me dio el número del bueno de Luali con una sonrisa. La llamé a los dos minutos de habernos visto y la invité a cenar. Me quedé en El Aaiún un par de meses, hasta que al final le pedí que

viniera conmigo a Barcelona, y accedió. Ahora estaba tumbada en una cama extraña, rodeada de extraños, y en un estado deplorable. Le cogí la mano y la besé. ¡Cómo había amado a esa mujer!

Al día siguiente, me avisaron de que el abad me esperaba en su despacho; busqué a uno de los hermanos para que se hiciera cargo de Azul, y subí a verlo.

—¿Me ha hecho llamar, abad? —pregunté.

—Parece que tiene usted algo que nos pertenece.

No fue el abad quien me dio la bienvenida. Sentadas en un par butacones, vi a dos mujeres. La más joven vestía un traje chaqueta excesivo para el tiempo que hacía, de cuadros ingleses sobre una tela gruesa de color marrón, y botas de tacón alto que se dejaban entrever hasta media pantorrilla. Su pelo era negro y lo llevaba corto, la nariz y la boca eran pequeñas, y su voz marcaba un fuerte acento latino que no identifiqué. Fue ella quien habló.

—Pues lo dudo, ¿señora...? —le dejé espacio para que se identificara, pero no lo hizo.

—Creemos que sí, y que sabe muy bien de qué le hablo.

—Quizá sí sepa de qué me habla, pero no de que le pertenezca. No sé quién es usted, ni qué pretende.

—Señor Abidal, facilite usted las cosas, estamos seguros de que sabe para qué le he pedido que subiera, y qué quieren las señoras —intervino el abad.

—Señor Abidal, ¿Cècil es su nombre, verdad?, Azul nos ha hablado mucho de usted, dice que es una persona en la que se puede confiar, y yo también tengo la misma sensación —intervino la otra mujer, que no había dejado de mirarme a los ojos desde que entré en el despacho.

—Condesa —la reprendió la más joven.

—Déjame, Mars, el señor Abidal no es un enemigo, es un buen amigo de Azul, por lo que debemos considerarlo también amigo nuestro, ¿no es así, señor Abidal, o me permite llamarlo Cècil?

La mujer que hacía el papel de poli bueno era algo mayor que su compañera, quizás unos ocho o diez años más. Sus modos eran suaves y su voz, tranquila, si bien me pareció algo cansada. Vestía más informal que la otra, aunque estaba claro que en la jerarquía entre ambas era la que ocupaba el escalafón más alto. Llevaba sandalias de tiras y un vestido largo de color crema que le llegaba más abajo de las rodillas. Sin ser elegantes, se notaba que a las dos les gustaba frecuentar *boutiques* de ropa cara.

—Puede usted llamarme Cècil; en efecto, ese es mi nombre, pero me parece muy poco, cómo lo diría...

—¿Educado? —me interrumpió.

—Correcto, gracias. Me parece poco educado no saber ni siquiera con quién hablo.

—Abad, nuestro amigo Cècil tiene razón, nadie ha hecho las presentaciones oportunas —se giró hacia mí—, permita que yo misma las haga, Cècil. Ella es Mars, mi asistente y miles de cosas más, no es tan dura como parece, solo lo hace para protegerme, y yo soy Marie, Marie Stewart —dijo.

—Señoras —saludé.

—Bien, una vez hechas las presentaciones, dígame, ¿cómo está Azul? El abad Constantine ya nos ha explicado la situación, de hecho es él quien nos ha avisado para que viniésemos, pero me gustaría saber por usted cómo la siente.

—Parece que se recupera.

—Puede usted ser más explícito, señor Cècil, no debe preocuparse, su secreto está a salvo con nosotras. De todas formas, y a pesar de la desgracia, me alegra que sea usted quien esté con ella.

—Condesa —la avisó de nuevo Mars.

—¡Ah, sí, el dinero! Señor Cècil, no podemos permanecer mucho tiempo en la abadía y nos gustaría que usted nos entregara el dinero que retiró. Ya que ustedes en realidad no vendieron nada, no creo que sea un buen trato haber pagado tanto por ello, ¿no cree?

¿Qué podía decir? ¿A eso se refería Azul con que la avisara? La realidad era que esa mujer podía tener razón, pero cómo iba a entregar un euro a nadie sin saber ni siquiera quién era. No había escuchado nunca el nombre de Marie Stewart, ni sabía nada de ninguna condesa. Miré al abad, se le veía deseoso de que saliésemos de su despacho, supuse que también se alegraría si nos fuésemos todos de su abadía, pero no tomaba partido en la conversación, apenas asentía a alguna frase de Marie Stewart con un movimiento de cabeza, o alzaba las cejas como si le sorprendiera alguna palabra en un momento dado. Era cierto que el dinero no era mío, pero también lo era que si entregaba ese dinero sin una confirmación (no me atrevería a pedir un recibo), podía venir cualquiera, como aquel desgraciado que le disparó a Azul, y reclamarlo. Decidí ir al grano.

—Tiene usted razón, pero no puedo entregarles el dinero. No sin que antes las identifique Azul y de su visto bueno. La verdad es que estoy deseoso de soltar ese dinero que tantos problemas nos ha traído.

—Me parece una buena idea —intervino Mars—. Vamos a ver a Azul y después nos olvidamos todos de este asunto, ¿verdad, señor Abidal? —la pregunta tenía un cierto tono de amenaza que no me gustó, y Marie Stewart lo notó.

—No debemos preocuparnos por el señor Cècil, ya te he dicho que es muy amigo de Azul —remarcó el «muy amigo»—, y jamás haría nada que la pudiese perjudicar, lo sabes bien, Mars —esa mujer parecía saber más de nuestra relación de lo que había mostrado en un inicio.

—¿Cómo sabe usted que Azul y yo somos «tan amigos»? —le pregunté.

—Porque casi renunció a nosotras por usted.

—¿Qué?

—Lo siento, señor Cècil, así es. Por eso Azul pasó un tiempo en prisión, fue la manera de «matar dos pájaros de un tiro», como dicen ustedes. Fue la forma de que se separara definitivamente de usted y además cerró un camino que se tornaba peligroso para nosotras. Azul es una mujer muy valiente.

—¡Ustedes la metieron en eso! —grité. La conversación tomaba un cariz que no habría imaginado.

—Señor Cècil, quizá deberíamos seguir esta conversación en un lugar más cómodo, y disculpe usted abad por el comentario, pero es que aquí estamos demasiado estrechas para tratar temas de tanta importancia. ¿Le apetece un café, señor Cècil? —y Marie Stewart se levantó, me ofreció el brazo como si quisiese bailar conmigo, y salimos del despacho del abad agarrados como una pareja de novios de los años veinte—. ¡Ah, se me olvidaba!, muchas gracias, abad Constantine, por su hospitalidad, volveremos en un par de horas. Si Azul se despierta, dígame que no tardaremos. Le dejamos que se ocupe usted de asuntos más importantes.

Salimos por la puerta principal de la abadía, la misma que utilizaban los turistas en sus visitas. Mars se adelantó y abrió a distancia un Renault monovolumen de color granate. Me pareció un vehículo extraño para la imagen de las dos mujeres, pero no hice ningún comentario y me senté en la parte de atrás, con Marie Stewart que, nada más entrar, me agarró de nuevo del brazo.

Fuimos hasta el centro de Dijon, la población más cercana a la abadía. En lo poco que mi cabeza daba de margen para la distracción, no pude evitar fijarme en la belleza de la ciudad. El centro estaba impoluto, las fachadas se veían limpias, las casas eran bajas y los carteles de los comercios estaban pintados de manera artística sobre los frontones de madera que colgaban envueltos en tiestos con flores. Entramos en una pequeña cafetería que se anunciaba con una humeante taza de café sobre un fondo verdoso. Mars se adelantó hasta una de las mesas cercanas a la puerta, sacó una silla para Marie Stewart y se sentó. Yo hice lo mismo tras cogerme mi propia silla.

—Señora Stewart.

—Llámeme Marie, por favor, señor Cècil.

—Está bien, Marie, creo que usted es la pieza que le falta a mi *puzzle*, así que le propondré un trato, usted encaja esa pieza, y yo le devuelvo su dinero.

—¿En cuanto Azul pueda identificarme?

—Claro, no hasta entonces. ¿Le parece bien?

—¿Tú qué opinas, Mars, aceptamos el trato del señor Cècil, o recogemos nuestro dinero sin más? —su tono era burlón, pero firme.

—No sé qué hacemos aquí, deberíamos agarrar lo nuestro y aconsejar al señor Abidal que regrese a su vida normal —la ¿venezolana? era mucho más expeditiva.

—Señor Cècil, no nos mire así. Le repito que si Azul ha confiado en usted, también lo haremos nosotras, pero no intente jugar ni nos ponga condiciones. Ese no es el comportamiento que se le supone a un caballero. Mientras degustamos el exquisito café que sirven aquí, los monjes están revisando sus cosas para encontrar el dinero, así que ni eso nos puede ofrecer. Con respecto a la Policía, no creo que le interese a usted, ni a nadie, que participe en nuestro secreto, por lo que solo queda un valor en juego, nuestra confianza. Debe usted confiar en nosotras si desea ser correspondido.

—Señora Stewart —sonreí.

—Marie, por favor.

—Marie, usted misma ha reconocido que por su culpa Azul ingresó en la cárcel, además de hacerme perder a la persona que más he amado en mi vida, así que creo que merezco esa confianza. Y el dinero, por mucho que busquen los hermanos, dudo de que lo encuentren. No me tomen por idiota a mí tampoco —fue un buen tanto a mi favor porque noté, por primera vez, un deje de nerviosismo entre ellas. Era un farol, y malo, porque el dinero lo había escondido en el falso techo del dormitorio, así que en realidad solo era cuestión de tiempo que diesen con él.

—Es usted muy listo, Cècil —había eliminado lo de «señor»—. ¿Qué quiere saber? No le prometo que le pueda contestar a todo, porque además tampoco estoy, estamos —rectificó— en posesión de toda la verdad, pero haré lo que pueda.

—¿Por qué fue Azul a prisión?

—Para contestar a esa pregunta, debo retroceder un poco en el tiempo. Azul llegó a mis manos cuando apenas era una niña recién salida del instituto. Dotaba una beca para alumnas especiales y Azul la ganó. Esa beca comprendía, ahora ya no la administro yo —puntualizó con un deje de tristeza—, vivir conmigo en París y estudiar en los mejores colegios, hasta la misma Sorbona. Azul enseguida nos deslumbró a todos con sus estudios de Lingüística, Epigrafía y Fonética Histórica. Sus conocimientos de árabe, de español y de francés le abrieron las puertas a otras lenguas que la fascinaron, y así se convirtió en su primer año de universidad en una estudiosa del latín, del griego, del arameo y del hebreo —no podía creer lo que escuchaba—. Su tesis versó en la evolución fonética de las lenguas, o algo así, no me haga usted mucho caso porque me pierdo un poco con tantos tecnicismos, pero su pasión por los escritos antiguos la llevaron a visitar algunas de las mayores bibliotecas de Europa y de Oriente Medio. No tardó en utilizar sus habilidades en causas mayores que el simple placer del conocimiento. Se encontraba enfrascada en plena búsqueda de un documento de nuestro interés cuando hubo un robo en la biblioteca del Monasterio de San Marcos de Jerusalén, y la acusaron. Por supuesto que no estaba implicada, claro, pero por motivos que no puedo desvelarle sirvió para que nuestros enemigos nos apartaran de la búsqueda. Nos costó mucho sacarla del

país. Israel no es un lugar sencillo, se lo aseguro, ni siquiera con dinero se consiguen las cosas. Obtuvimos para ella un pasaporte diplomático como agregada cultural francesa y regresó. No fue suficiente, el estado de Israel interpuso una denuncia internacional contra Azul y así fue como ella, por no desenmascaramos, cargó con la penitencia y pasó los peores momentos de su vida. Sé que no le consolará en absoluto, pero le aseguro que mientras estuvo privada de libertad, nos encargamos de que su vida fuese lo más cómoda posible, y también de que su pena se rebajara al mínimo que pudimos comprar —Marie Stewart descansó un momento y tomó un sorbo de su café. Yo aproveché para intervenir.

—No puedo creerlo. Yo sabía que Azul realizaba trabajos para bibliotecas en otros países, y también que organizaba catálogos y temas por el estilo, pero jamás me explicó con exactitud cuál era su trabajo ni cuáles, sus estudios. Sin embargo, sigo sin entender por qué debían apartarla de mí, por qué debía escoger entre ustedes y yo, creo que no soy incompatible con escritos de otras épocas.

—Cècil, la mayoría de los textos antiguos del mundo se encuentran en las bibliotecas de Europa y Oriente Medio, y a su vez, la mayoría de estas pertenecen a instituciones religiosas. La Iglesia, como sabe, es la mayor poseedora de documentos antiguos del mundo. Durante más de mil años, los únicos concedores del arte de la escritura fueron los monjes, ellos fueron los redactores de los periódicos publicados desde el siglo I hasta nuestros días, así que si usted desea conocer una noticia del año 800, por ejemplo, solo puede acudir a los escritos de los monjes de ese tiempo. Lo mismo ocurre con el orbe musulmán, o con los escritos hebreos, que están en posesión de las autoridades religiosas árabes o israelíes. Por eso, los grandes archivos continúan vetados para la gran mayoría de los eruditos, ¿lo comprende?

—El abad me dijo que Azul pertenece a la Orden del Císter, pero no lo creí... —realmente estaba sorprendido.

—Es cierto, Cècil. Azul pertenece a la Orden del Císter en su rama femenina, pero no fue derribada del caballo como San Pablo por una ráfaga de fe, ella lo hizo por dos motivos: porque yo se lo pedí y para acceder a una sabiduría secreta al alcance de muy pocas personas en la historia de la humanidad. Cuando ingresó en prisión, fui a verla y le pedí que escogiera. No podíamos esconder por más tiempo su relación con usted, no es compatible pertenecer a una orden religiosa y tener relaciones carnales con un hombre. Entonces, tomó la decisión más difícil de su vida y le pidió que no fuese a verla nunca más. Yo estaba allí, entró en una depresión muy profunda que le costó varios meses de recuperación. Cuando supo que usted estaba implicado en el asunto de la subasta, se negó a participar, pero Oriol Nomis nos convenció de que era lo mejor y accedimos. Yo confiaba en que no se encontraran, aunque ahora me alegro porque, sin su protección, Azul ya estaría muerta.

—¿Muerta?

—Como el cura al que le clavaron un destornillador —hizo una mueca de horror que Mars imitó a menor escala.

—¿Quién querría matar a Azul?

—Eso no se lo podemos explicar —intervino Mars. Marie Stewart asintió con un movimiento de cabeza.

Imaginé mi cerebro como una gran partida de Scrabble, miles de palabras que flotaban en materia gris en busca de un lugar donde acomodarse. Me sentía perdido, ni siquiera sabía qué preguntar. Solo me quedaba el código, y probé.

—Solamente una cosa más.

—Usted dirá —me invitó Marie Stewart.

—Bueno, serán dos. Primero, ¿por qué lo de «condesa»?

—Es sencillo, soy condesa. Todas estas tierras que ve pertenecieron a mis antepasados, al condado de Beaune. No me mire así, nada de esto me pertenece ya, pero el título es vitalicio. Yo lo heredé de mi padre y quizá se extinga conmigo, quién sabe. ¿Y la segunda?

—¿Qué contiene ese código para que haya gente dispuesta a pagar un millón de euros por él, sin hacer comprobaciones, y gente dispuesta a matar sin preguntar?

—Eso, querido Cècil, es secreto de confesionario. ¿Qué le parece si vamos a ver si Azul está despierta? Creo que hemos contestado a casi todas sus dudas.

Mars, antes ni siquiera de que yo tuviese tiempo a contestar a la condesa, se levantó y pagó los tres cafés. Salimos. Al llegar a la abadía, la cara del abad De Roux lo decía todo. No pude evitar una sonrisa de autocomplacencia. No habían encontrado el dinero. Marie Stewart y Mars me miraron, y yo levanté los hombros exculpándome porque no hubiesen dado con él. Bajamos por el ascensor que daba al dormitorio donde estaba Azul. Cuando llegamos, le estaban cambiando los vendajes, y el monje enfermero nos pidió que esperásemos fuera. Desde la puerta nos alcanzaban los aullidos de dolor de Azul, y no pudimos evitar una sensación de terror que se dibujó en nuestros rostros. Al cabo de unos quince minutos, el mismo monje salió y nos explicó que la herida sanaba bien, que reaccionaba con prontitud al tratamiento, pero también nos dijo que la había sedado para que el dolor fuese soportable y que no permanecería mucho tiempo despierta. Le dimos las gracias y entramos.

Cuando Azul vio a la condesa, se emocionó, e intentó abrazarla sin éxito por su estado. Marie Stewart sí se acercó hasta ella y la besó. Mars también lo hizo. Yo me quedé unos pasos atrás, como el amigo feo al que siempre presentan el último, pero Azul susurró mi nombre y me uní a ellas. La condesa intentó tranquilizarla, le explicó que se veía muy guapa y que no debía sufrir por la herida porque en cuanto estuviese recuperada, acudiría a los mejores especialistas y la dejarían mejor que nunca. La animó con palabras de aliento y le agradeció todo lo que había hecho. Intentó contarle que habían hablado conmigo y que yo no les quería dar el dinero sin que ella las

identificase; también le dijeron que me habían explicado lo de su pertenencia a la orden. No hablaba, supongo que por el efecto del sedante, pero en sus ojos hundidos se podían leer todas las respuestas. A la consulta que hizo la condesa sobre el dinero, Azul movió la cabeza afirmativamente, pero Marie Stewart le hizo una nueva pregunta que me sorprendió, le preguntó si el autor del disparo había pedido en algún momento el código o si ya sabía que era un señuelo. Azul movió de lado a lado la cabeza y el mismo esfuerzo la dejó dormida.

—¡Eso es lo que buscaba el asesino! ¡No quería el dinero, quizá ni siquiera supiera que lo teníamos, quería el código! ¡Qué idiota he sido! —grité.

—Cècil, por favor, ya ha visto que Azul le ha dado el consentimiento que alegaba para entregarnos el dinero. No lo alargue más, no es de su incumbencia. No le interesa. Denos el dinero y dejémonos de tantas historias, por favor —me atacó Mars, que parecía haberme tomado un cariño especial.

—No les daré ni un céntimo si no me explican de qué va todo esto —miré a la condesa con la intención de que creyera en mis palabras.

—Cècil, no le conviene este juego, Mars tiene razón, por favor, entréguenoslo y vuelva a Barcelona, regrese con Oriol Nomis, él le tiene en gran estima y sé que le necesita para nuevos proyectos. Déjenos a nosotras con nuestras historias.

—¡Sus historias! —no conseguía evitar gritar, aun a pesar de tener a Azul a pocos metros—. ¿Qué historias, esta historia? —señalé a Azul—. ¿Cree de veras que Azul no es mi historia? Escúchenme bien las dos, no pienso dejar a Azul hasta que se recupere, no pienso entregarles nada hasta que sepa de qué va todo esto, pero de qué va de verdad, y no pienso apartarme del lado de Azul hasta que ella me lo pida. ¿Lo comprenden? Ya me he cansado del juego de los secretitos, aquí te disparan, y si alguien lo intenta conmigo, me gustaría saber por lo menos por qué.

—Vamos arriba, Azul necesita descansar —era lo más sensato que había escuchado de la condesa desde que la conocí.

Subimos en el ascensor hasta la planta principal, y Marie Stewart, que le había cogido gusto a mi brazo, se agarró de nuevo hasta el atrio. El gran patio estaba circundado por una barrera de arcos de doble columna que lo recorrían en un rectángulo perfecto. En uno de los lados se alzaba la iglesia, coronada por una larga torre en forma de cucurucho con una cruz en la punta. La iglesia era el edificio más alto de la abadía, soportada por los grandes arcos de medio punto a los que daba la oficina del abad. En medio del atrio había una fuente sencilla, como una piscina circular que se alzaba a la altura de la cintura, en cuyo centro se levantaba una pequeña réplica de la que brotaba, entre grandes capas de musgo, el chorro de agua que llenaba los dos recipientes. Todo el atrio era un jardín de árboles y flores alineados con extrema precisión en los parterres que tenían prohibido pisar los turistas.

Pasamos junto a un grupo que se maravillaba de que en el siglo XII los monjes ya se lavaran las manos antes de comer, y Marie aprovechó para sentarse en el muro del patio, bajo uno de los arcos de doble columna, y me invitó a hacer lo mismo. Mars, que venía detrás de nosotros, se sentó en otro de los huecos entre arco y arco, y quedamos los tres como en una partida ganada del tres en raya. Las columnas que soportaban los arcos, así como casi toda la abadía, estaban restauradas dándole al conjunto ese aspecto de nuevo tan extraño en una obra antigua. Me fijé que los capiteles carecían de motivos, apenas un pequeño aro de piedra entre la columna y el capitel. La condesa me sacó de mi observación cuando descubrí el único que tenía un motivo, uno con un grupo de monjes que andaban encorvados.

—Cècil, como ya le he dicho varias veces en nuestra corta relación, este no es un tema sencillo. Puede imaginar que si se tratara de tráfico de obras de arte, o de algo por el estilo, no habría sido necesario que Azul tomara los hábitos, ni que nosotras la encubriéramos en sus escauceos con usted, ni muchas otras cosas que están fuera de toda lógica.

—¿Cómo podía saber el atracador lo del código?

—Déjeme explicarle. Cuando uno llega a una edad —me pregunté a qué edad se refería—, comprende que muchas de las cosas que le han explicado y que ha dado por ciertas no lo son tanto, y que coexisten con otras de las que nadie le habló jamás. Me refiero a cosas importantes, secretos que no están al alcance de todo el mundo y a los que solo unos pocos iniciados tienen acceso. Azul es una de esas personas, como Mars y como yo. Somos poseedoras de ciertas sapiencias que no deben ser expuestas ante cualquiera. Uno de esos secretos es el contenido del código que buscamos.

—Comprendo su escepticismo, o su incredulidad. Yo era como usted, hasta que comprendí que la vida no es un libro de cuentas en el que la felicidad o la verdad se calculan según la diferencia entre el debe y el haber —intervino Mars. Yo seguía sin comprender nada.

—Igual que nosotras poseemos ciertos secretos que deben seguir siéndolo, existen otras personas que también conocen los misterios, y que no tienen intención de utilizarlos en la purificación de sus almas.

—¿Me hablan de fórmulas mágicas secretas para transformar el plomo en oro? —tenía ganas de levantarme y mandarlas a un lugar poco decoroso.

—No debe burlarse, Cècil. Los sordos tratan de locos a los que bailan, solo porque ellos no oyen la música —dijo Mars.

—Perdón, pero no consigo comprender qué tiene que ver todo esto con que un tipo armado entrara en nuestra furgoneta y nos disparase.

—Se lo estamos diciendo, quería nuestro conocimiento. Quería el código —me dijo la condesa.

—¿Qué código? ¡Si es falso!

—¡El de la subasta sí, pero el de verdad no! Ellos creen que nosotras lo tenemos porque Azul seguía su pista en la biblioteca del Monasterio de San Marcos de Jerusalén y se enteraron. Desde entonces, nos persiguen.

—Azul también me habló de ellos. Pensé que era una mentira para que le devolviera el dinero.

—¿Qué más le dijo? —preguntó Mars.

—No mucho más, que ellos harían cualquier cosa por conseguir el códice y que solo cuando les devolviera el dinero, nos dejarían en paz. También me habló de Vitelio —sus caras cambiaron en el acto.

—¿De dónde ha sacado ese nombre?

—Azul me lo dijo.

—¡Imposible! —gritó Mars.

—Justo me iba a hablar de él cuando nos atracaron —me jugué un nuevo farol.

—Eso es mentira —Mars miró a la condesa.

—Cècil, estoy segura de que tan solo ha juntado dos palabras que le rondaban en la cabeza y, sin quererlo, ha dado con un nombre que no le dice nada, pero le voy a hacer un gran favor si es que aprecia en algo la vida de Azul, nunca, bajo ningún concepto, debe volver a repetir ese nombre, ¿comprende? —ante la gravedad del tono de la condesa, asentí—. Ahora le ruego que nos explique con exactitud qué sabe y qué se ha inventado.

No supe si hice bien, pero les expliqué que solo había oído ese nombre en las pesadillas de Azul, nada más, y que, como bien decía la condesa, había hecho un dos más dos para enlazar una cosa con otra. También les aclaré que Azul jamás me había hablado de códices ni de nada por el estilo. Algo más tranquilas, me pidieron que les entregara el dinero, y lo hice.

## Capítulo

**E**l reloj de la pantalla principal del Aeropuerto Internacional Charles de Gaulle marcaba las siete de la mañana. El tránsito de personas era intenso, la mayoría, hombres de terno y corbata que corrían pegados a sus teléfonos móviles mientras saltaban sobre los equipajes de otros viajeros, cansados de esperar por horas un embarque que parecía no llegar nunca. Los altavoces recordaban la normativa europea que prohibía fumar en todo el aeropuerto a excepción de las zonas señalizadas, y el Negro examinaba con precisión felina a cada mujer que se cruzaba en su camino.

Había llegado con apenas unos minutos de retraso sobre el horario previsto y, tras mostrar en el control de inmigración un pasaporte francés, abandonó el aeropuerto con una pequeña bolsa para el transporte de ordenadores portátiles como único equipaje. Llevaba puestas sus gafas de sol opacas, y un traje de lino blanco impecable aun a pesar de las nueve horas de vuelo.

Entró a la ciudad de París a bordo de un todoterreno alquilado por Internet en dirección a la Rue de Saint Antoine, y buscó su hotel. Desde la habitación, veía sobresalir la punta de la Torre Eiffel por encima de los edificios parisinos. Cerró la puerta del estrecho balcón y corrió las cortinas, después se aseguró de que la puerta de la habitación estuviera bien cerrada y abrió la mochila donde guardaba su ordenador. Desatornilló con cuidado la tapa bajo la que se suponía que debía estar situada la batería, y extrajo su pequeño secreto. Siempre utilizaba su automática de cerámica cuando debía volar, una verdadera joya valorada que le había costado una fortuna. Comprobó el estado del cargador (solo cabían cuatro balas más una en la recámara), fijó el seguro del arma y se la metió a presión en la parte trasera de sus pantalones. Se miró en el espejo para verificar que la americana la tapara por completo y salió. Había pensado comenzar con una visita por la zona en donde la Gendarmerie había encontrado la furgoneta de Nothos, el Bois de Boulogne. Lo conocía bien y sabía que el lugar, apenas caía el sol, se infestaba de putas. Estaba acostumbrado a hablar con las putas. Miró su reloj, las nueve y media de la mañana. Demasiado pronto para acceder a un lugar que no cobraba vida hasta las diez o las once de la noche.

Decidió matar el tiempo por los Jardines de Luxemburgo, en pleno Barrio Latino. Le encantaba aquel lugar. Lo único que le disgustaba era la proliferación de locales *gays* en sus calles. Si en sus manos hubiese estado, les habría metido fuego a todos. En el interior de los jardines había un pequeño lago en el que los niños hacían flotar sus barcos de juguete, y en el que una atractiva pelirroja alquilaba naves teledirigidas,

por tres euros la media hora. Después de estudiarla durante un rato, se acercó y la invitó a comer, sería un buen entretenimiento hasta las diez de la noche.

Despidió a la pelirroja con tiempo suficiente para cenar en un pequeño café de la Porte Maillot, frente al que comenzaban a pasar las mujeres que empezaban turno a esas horas. No estaba seguro de qué conseguiría averiguar allí, pero era la única pista de que disponía. Se echó al colete de un trago una taza de café y se levantó. Estaba listo.

Su entrada en la calle principal del Bois de Boulogne significó una pequeña revolución. Lo hizo montado en su coche, con las ventanillas bajadas y las luces interiores encendidas. El blanco de su traje se tornaba amarillento y su rostro casi desaparecía en la tenue claridad de la luz de emergencia, pero fue suficiente para que en un segundo se arremolinaran a su alrededor unas ocho o diez mujeres. La mayoría eran sudamericanas y «nuevo europeas», algunas se sobaban los pechos a modo de oferta, y otras directamente se levantaban sus ridículas minifaldas hasta el ombligo para mostrar la ausencia de ropa interior y las excelencias del producto. El Negro sacó un fajo de billetes de su bolsillo y sonrió. Las chicas comenzaron a golpearse e insultarse para ser ellas las elegidas. Al final, escogió a dos latinas y una rusa. Para lo que necesitaba de ellas, era imprescindible que se pudiese comunicar con facilidad, el resto no le era importante. Escogió a una mayor, demasiado vieja para ejercer ya esa profesión, pero que le aseguró le haría un trabajo que no olvidaría en la vida. Era cubana.

Arrancó con las tres hasta bordear el *camping* que ocupaba la mayor parte del Bois de Boulogne, y pasó al otro lado a pesar de las protestas de las putas, que le pedían que se parara en su zona habitual de trabajo. El Negro las ignoró y condujo hasta una arboleda a la que apenas llegaba la claridad de las farolas. Encendió de nuevo la luz interior del vehículo, y la rusa, sin perder tiempo y ante la perspectiva del fajo de billetes, le desabrochó los pantalones. Ciertamente le producían una mezcla de asco y pena esas mujeres, pero dejó que la caucasiana le limpiara los restos de la pelirroja, y se dejó hacer. Aprovechó que la rusa tenía la boca ocupada para preguntar en español a las otras dos por la furgoneta que había encontrado la Policía con un hombre muerto dentro. La más joven aseguró no saber a qué se refería y acercó su boca para compartir el trabajo de la rusa, mas el Negro la apartó de un empujón que la estrelló contra el asiento de atrás. La vieja también le dijo que no sabía nada, pero que no se preocupara, que ella no le iba a chupar nada. Dejó que la rusa acabara y se limpiara la boca con un paquete de pañuelos arrugados que se sacó del sujetador, le dio cincuenta euros a ella y otro tanto a la joven, y las mandó bajar del vehículo. Las dos protestaron porque estaban a más de media hora de su lugar de trabajo, pero la visión de la culata de la pistola que el Negro dejó entrever las convenció y saltaron del todoterreno al instante. La cubana aprovechó que sus

colegas bajaban por las puertas de la derecha y abrió la trasera izquierda para salir, era zorra vieja y sabía cuándo se avecinaban problemas, pero el Negro la agarró por sus pelos grasientos y la metió de nuevo en el vehículo de un tirón. Las otras dos echaron a correr bosque a través.

—¿Dónde te crees que vas? A ti no te he pagado todavía, y si no recuerdo mal, me has prometido un trabajo como el que jamás me han hecho.

—Vete a la mierda —le contestó la puta. El Negro saltó al asiento de atrás y la agarró de nuevo por el pelo. Sudaba y eso le ponía de mal humor. Sin soltarla, la golpeó contra la ventanilla tintada del todoterreno.

—Mira, zorra, nadie va a echarte en falta si te meto esta por el culo y la hago funcionar —sacó su pistola para que la cubana la viese sin dificultad—, así que qué te parece si me explicas lo que quiero saber, te pago un buen fajo de billetes y te dejo marchar a que se la chupes a cualquier desgraciado.

Los ojos de la mujer estaban enrojecidos de miedo. En su larga carrera había lidiado con alguna situación complicada, pero nunca se había sentido tan desprotegida como ahora. Sus dos colegas quizás avisarían a la Policía de que un negro loco tenía una pistola, pero era demasiado vieja para creer que la Policía se movilizaría para salvar a una puta inmigrante ilegal.

—Sabes lo que busco, ¿verdad, mamita? —gritó él—. ¡Habla, coño!

—Si el hijo de puta que había dentro de la van era tu amigo, merecía que lo matasen como un perro.

El Negro sonrió y guardó la pistola.

—Compañera de Revolución, ¿eh?

—Negro de mierda, hijo de puta.

—¡Ja, ja, ja, sabes reconocer los frutos de tus entrañas a pesar del tiempo, mamita!

—Jodido cabrón, si querías saber algo, solo tenías que pedirlo bien. No hace falta que saques esa pistola conmigo, prefiero que me muestres la otra.

—Suelta lo que sepas de esa furgoneta y del tipo que encontraron dentro, si no, ya sabes cuál de las dos es la que verás.

—Cerca de donde nos recogiste había una van blanca con matrícula extranjera que llevaba varios días sin moverse, y tú sabes que este no es un buen lugar para parquear —rió y le enseñó al Negro un *piercing* oxidado del que no se había percatado antes—, así que un día decidimos entrar a echar un vistazo por si había algo que pudiese ayudarnos a soportar mejor el destierro.

—¿Entraste en la furgoneta? —la cubana se echó para atrás en prevención del golpe que esperaba recibir, y el Negro prosiguió—, tranquila, ya te he dicho que no te haré nada si eres buena conmigo. Antes de explicarme qué encontraste, dices que la furgoneta tenía matrícula extranjera, ¿de dónde?

—Y yo qué coño sé, pregúntale a un guardia —su propia ocurrencia la hizo reír de nuevo, pero esta vez sí se llevó una bofetada del Negro—. Española, era matrícula española.

—¿No te acordarás del número?

—No, no, te lo juro —la cubana se había hecho un ovillo lo más alejada posible del Negro.

—Bien, ¿qué encontraste dentro?

—Nada, solo un desgraciao que apestaba a podrido, y ya.

—¿Nada? ¿Ni dinero, ni una maleta, nada?

—Solo el hijoputa ese tumbado en la parte de atrás con la cabeza reventada —hizo un gesto como para recordar mejor—, y una pistola. Mi amigo y yo revisamos sus bolsillos por si había algo, pero nada. Ya te digo, esa van había sido limpiada.

—¿Limpiada? ¿Por quién, por la Policía?

—No, la Policía llegó más tarde. Los que limpiaron la van tenían cuentas con tu amigo y se las cobraron ese día.

El Negro se apretó la frente con el puño. Estaba rabioso, primero con él, por no prever que alguien pudiese devolverle alguna cuenta pendiente al Griego, pero también lo estaba con la propia muerte de Nothos. ¡Su maldita inoportunidad le iba a costar un problema!

—¿Qué más? —preguntó de nuevo a la cubana.

—¿Qué más de qué? Ya te he dicho todo lo que sé. Ahora págame y déjame marchar.

—¿Y ese trabajo?

—Que te lo haga tu madre.

El Negro se rió de nuevo y le entregó un paquete de billetes de cincuenta euros. A fin de cuentas, se los había ganado. Antes de dejarla bajar, le hizo la última pregunta.

—Solo una cosa más, ¿sabes a dónde llevaron la furgoneta?

—Yo qué coño sé, al depósito la llevarían, como todos los carros que roban las grúas del Ayuntamiento —se metió los billetes entre las dos tetas que el sujetador ya no podía aguantar y saltó afuera con una agilidad impropia de su edad. En menos de un segundo, no quedaba ni rastro de la vieja.

—Mañana lavaré el carro, apesta —se dijo el Negro para sí mismo y arrancó.

Cuando llegó al hotel, se dio una buena ducha, se estiró en la cama y se quedó dormido con una sonrisa. Las cosas habían salido mucho mejor de lo esperaba y ya había decidido cuál sería el siguiente paso. Justo a la entrada del parque del Bois de Boulogne había una parada de autobús, la única antes de llegar al *camping*, a pocos metros de donde la puta le había avisado que encontró la furgoneta. Aparcó el todoterreno en medio de la parada y se bajó. Ahora solo debía esperar.

El primer bus evitó al vehículo y recogió a sus pasajeros en plena calzada. Los

que bajaron dedicaron miradas incendiarias al todoterreno y desaparecieron. A los pocos minutos, llegó un nuevo bus. El conductor, después de golpear con rabia el volante de su vehículo, sacó la radio para avisar de que algún capullo había bloqueado la parada con su coche de lujo. En menos de diez minutos, apareció una grúa municipal y se llevó el 4 × 4. El Negro esperó unos instantes antes de acercarse y desenganchar del asfalto el adhesivo fluorescente que le avisaba que el vehículo había sido retirado y en qué lugar podía recuperarlo.

Cuando llegó al depósito de vehículos, lo recibió una larga fila de franceses cabreados. Se colocó al final de la cola y esperó paciente su turno.

—*Bonjour, monsieur* —le saludó el funcionario.

—*Bonjour, tu est Latin?* —preguntó el Negro, y una sonrisa de complacencia iluminó el rostro del moreno que atendía detrás del cristal de seguridad—. *Tu est Caribéen, du Cartagena?*

—Casi hermano, de Puerto Rico —había tenido suerte y recibió el saludo del boricua puño contra puño, como se saluda en el Caribe—, ¿te ha llevado el carro la grúa?

—Estoy salao, hermano, me estaba tomando un café y la guagua me lleva el carro, coño, pero lo que me jode es que hace unas semanas tuve un *crash* con una van blanca que me jaló el paragolpes delantero, y solo pude ver que tenía matrícula española.

—¿De dónde eres tú? —le preguntó el funcionario.

—¡De San Andrés, hermano! Colombianos pa'lante —y le chocó de nuevo el puño—. ¡Cabrón de español! Oye *brother*, una pregunta, ¿tú no puedes hacer nada con esta multa?

—¡Qué va! El otro día llegó la grúa con el carro de mi hermana y na, pero ¿cuándo dices que te golpearon el carro? —preguntó el puertorriqueño.

—Hace como tres semanas.

—Mira, hace poco me trajeron un marrón, una van blanca con un tíguere muerto.

—No seas loco. ¿Un tipo con el pelo claro?

—No lo sé, no lo vi, pero la van sí, está aquí, ¿quieres verla por si es la que te golpeó el carro?

—Claro, aunque el tipo esté en el cajón, la van tendrá seguro.

El funcionario cubrió su ventana con una persiana interior y salió por la puerta lateral a su garita. Ante los gritos de los franceses que reclamaban su turno, les dijo, en francés, que un asunto policial requería su atención, y en claro español los mandó a la mierda. El Negro lo siguió hasta un *parking* interior en el que se apiñaban varias decenas de vehículos, y los pasaron hasta otro grupo de apenas una docena de ellos. El funcionario le aclaró que esos eran los que estaban en proceso judicial y que podía enseñarle la furgoneta, «la van», como él la llamaba, solo por fuera, sin tocar nada ni

mucho menos entrar. El Negro asintió y se acercó, hizo ver que revisaba el vehículo y tomó nota de la matrícula; después, le pidió disculpas por haberle hecho perder su tiempo y le aseguró que no era esa la furgoneta que buscaba. Tuvo que escuchar, como pago al favor, que el boricua había llegado a Francia hacía cuatro años y que la vida era muy dura para los latinos, pero que se había casado con una francesa, y varias cosas más que el Negro olvidó en el mismo instante en que pagó su multa.

Desde el interior de su vehículo recién recuperado, hizo un par de llamadas. No tardaría en saber de quién era esa furgoneta.

## Capítulo

*Pompeya, Imperio Romano, año 75 d. C.*

**E**l horror tiene bastantes características que lo definen. Una de ellas es que no es inherente a la condición humana, aunque los humanos son los únicos capaces de crearlo por puro entretenimiento. Y otra es que, a pesar de ocupar un lugar difuso en la memoria, queda grabado con fuego eternamente en el alma.

Después de nuestra marcha de Secacah, Vitelio, como se hacía llamar mi dueño, y yo emprendimos el camino hacia la ciudad de Roma. A pesar de que mi condición fue desde entonces la de una esclava, pude admirar maravillas que había conocido solamente por los escritos. Atravesamos Egipto, donde vi las tres grandes pirámides brillar a un sol todavía más potente que el nuestro, y comprendí que esa fuera tierra de grandes sabios.

El viaje duró cerca de un año, casi lo mismo que tardó el general quitim en llegar a Roma tras nuestros pasos. Me explicó Vitelio que, mientras el general Vespasiano derrotaba a los hijos de Abraham en Judea, en la capital del Imperio se habían levantado conjuras y un golpe de Estado que lo obligó a dejar las tropas que arrasaron Secacah, y toda Judea, en manos de su hijo, un sanguinario joven que ordenó la destrucción del Templo. Pocos meses después de nuestro arribo a la ciudad, llegó para proclamarse emperador de Roma.

Para ese entonces, Vitelio se pudo casar de manera oficial gracias a su condición de veterano, y me declaró tutora de sus dos hijas, Aelia y Publia. Roma era una ciudad inmensa, mucho más de lo que podía haber soñado jamás. Miles de personas se agolpaban cada día frente a los comercios en que se podía comprar cualquier tipo de comida imaginable, o realizar los trueques más inverosímiles. Sin embargo, los tiempos eran difíciles y Vitelio no paraba de repetir que ese no era el sueño que lo había llevado a servir durante veinte años, así que un día, de repente, nos comunicó que nos trasladábamos a un lugar más tranquilo para aprovechar lo que le quedaba de su *Aerarium Militaris*.

Me alegré porque la vida en Roma casi consiguió desquiciarme. Roma era lo contrario, la parte donde el péndulo oscilaba de vuelta. Si bien mi vida era bastante tranquila, la locura de la urbe nos envolvía como una tormenta de arena en el desierto de Perea. En cada esquina de esa ciudad se elevaba un templo de oración a un dios diferente, aunque en realidad eran más parecidos a comercios que a lugares de culto. Así, las mujeres que deseaban quedar encinta depositaban panes bañados en leche frente a la figura de una mujer desnuda, y existía toda una sarta de ritos vacuos según cada petición. Alguna vez, y a pesar de la gravedad del comportamiento de esos

hombres y mujeres, no podía evitar una sonrisa al imaginar qué habría pensado Yuhana si los hubiese visto, aunque esa sonrisa caía en tristeza con la sola evocación de su presencia.

Por las mañanas, daba clases de arameo y latín a las niñas. Les enseñaba también los pensamientos de los grandes maestros, y las instruía de igual manera en Matemáticas, Historia, Astronomía y Filosofía. Tuve la gran fortuna de contar con una excelente biblioteca que compró Vitelio con una parte de su paga de veterano para la formación de sus hijas. La primera en devorar todos esos volúmenes fui yo misma. De algunos de ellos tenía referencias por los viejos rollos de Secacah, pero me fascinó leer a Platón, Aristóteles, Homero, Cicerón y algunos sabios más. Gracias a todos estos escritos, pude combinar sus enseñanzas con mi iniciación anterior e instruir a las hijas de mi dueño.

El lugar escogido por Vitelio para iniciar una nueva vida fue Pompeya. Llegamos allí por la Via Apia, después de cruzar más de media península con todas las pertenencias de la familia en dos carretas tiradas por bueyes. Vitelio compró, con lo que le quedaba de la paga de veterano, una pequeña casa cerca de la ribera del río Sarno y de la Thermopolium, y montó un modesto negocio de vasijas de cerámica al que dio el nombre de Numiana en honor del dinero que pensaba ganar. Desde ese momento, toda la familia de Vitelio pasó a conocerse como «los numianos».

Pompeya era una ciudad magnífica, mucho más cómoda que la capital, y aunque sus gentes eran un poco alocadas y concupiscentes, la belleza de la urbe era impactante. Como un gran árbol, tras la ciudad se levantaba una majestuosa montaña a la que llamaban Vesubio y en cuyas cumbres acostumbraban a reposar las nubes mientras vigilaban el valle fértil en frutales, vides y olivos.

Las calles de la ciudad eran rectas, a diferencia de los peligrosos callejones de Roma, y pavimentadas, y a cada banda de ellas se abrían comercios, restaurantes, baños y casas, la mayoría, de recreo para grandes personalidades del Imperio que solo permanecían en ellas durante los meses de estío. En todas partes se alzaban estatuas que representaban figuras humanas y animales como si fuesen de carne, y cuadros y mosaicos tan perfectos que se podía reconocer a las personas representadas en ellos. Las gentes no vestían túnicas gruesas como en Judea, ni mucho menos como las que vestíamos los hermanos de la comunidad de Yuhana. Spuria, la esposa de Vitelio, me obligaba a vestir finas túnicas de hilo casi transparente que llamaban «togas». También me obligaron a llevar una *fascia pectoralis* que me aplastaba los senos y los marcaba sin pudor contra la toga. Una de las mayores preocupaciones de Spuria era visitar tiendas de telas para comprar vestidos para ella y las niñas, lo que molestaba a Vitelio, que quedaba solo con los clientes que visitaban la Numiana.

Vitelio intentó comprar otra esclava para que realizase las tareas del hogar y ayudara en el comercio, pero Spuria, sobre todo después de ver las candidatas que le

presentó su marido, se negó y lo convenció de que yo sola debía bastarme para ejercer de preceptora y sirvienta. La realidad es que nunca me molestó servir a Vitelio y su familia. Desde mi nacimiento, había comprendido que la única sabiduría se consigue con la entrega, pero no entendía cómo esos hombres, que se jactaban de pertenecer a un pueblo superior, no aceptaban la esencia primigenia de la existencia y se creían dueños de otras personas a las que sometían por la fuerza o el miedo al castigo. Nunca comprendí por qué el simple hecho de haber aparecido en aquel terrible instante ante los ojos del soldado me convirtió en un bien de su propiedad. Tampoco tuve jamás la intención de hacerle comprender lo errado de su actitud, pues nadie puede ser dueño de otro ser si este no lo acepta en su interior. Así podían obligarme a bañarlos, a lavar sus ropas, a cocinar y mantener la casa limpia, pero jamás lograrían ser mis dueños, porque nadie pertenece a otro ser, fuera de sí mismo y de Dios. Por exigencias de Spuria me vi obligada a realizar mis interiorizaciones a escondidas de la familia y los amigos, hasta que me fueron dejando lugar a mis propios espacios, satisfechos con la formación que daba a las niñas.

Aelia y Publia se convirtieron poco a poco en mi mayor dedicación. Aelia era un par de años mayor que Publia, que contaba apenas con diez años. Ambas eran dos niñas despiertas que se entusiasmaban ante cualquier indicio de historia nueva que les pudiese relatar. Nunca había tratado con niños, ni menos aún había sentido el peso de la influencia. Cada palabra, cada consejo, cada enseñanza que les daba se escribía en sus rollos apenas vírgenes a esas alturas. De una correcta educación aparecerían dos seres abiertos y entregados a la Ley. Sin embargo, tanto Plinio como Spuria me habían prohibido con absoluta rotundidad cualquier enseñanza de las que ellos llamaban «judías». Alguna vez, intenté hacerles comprender la importancia de la observancia de la Ley, pero en realidad ni yo misma estaba ya convencida de su verdadera esencia. Yuhana cambió la forma de entenderla según lo hacían los hermanos de Secacah, y después Yeixú volvió a variar todas las enseñanzas de Yuhana ignorando no la Ley de Moisés, sino todas las leyes escritas. Además, ahora tenía acceso a las enseñanzas de grandes hombres en las que ninguno hacía siquiera mención a ella.

Sí que les hablé de Yeixú, y de Yuhana, y de su concepción diferente de la vida, pero jamás les hablé de su ofrenda, ni a ellas ni a nadie. Les entusiasmaban sus historias, me hacían repetir una y otra vez cómo había caminado por el lago, o cómo convirtió en un banquete apenas dos mendrugos de pan y un par de pescados. Les encantaban las historias de cómo sanaba enfermos, aunque olvidaban todas sus enseñanzas ante la promesa de una nueva tela por parte de Spuria. Al convivir con personas que no pertenecían a ninguna comunidad, comprendí otras muchas cosas, una de ellas, el significado de la competencia por el cariño y la aceptación de los demás. Spuria competía conmigo constantemente. Quizá se sentía inferior por su nula

formación intelectual o espiritual, aunque yo jamás la contemplé así, ni a ella ni a nadie, pero sabedora como era de mis conocimientos, apartaba a las niñas en plena explicación para ungir las de perfumes y ungüentos, o para llevarlas a los baños y a probarse vestidos que pagaba el pobre Vitelio con horas y horas de trabajo tras la mesa del taller.

Nunca comprendió Spuria que el amor no se almacena en vasijas, sino que la única manera de hacerlo crecer es a base de desprenderte de él en lugar de acapararlo. Mi trato con ella siempre fue correcto, la trataba como le gustaba y, en todas las ocasiones que salíamos a la vía pública, caminaba dos pasos tras ella. Pero sus quejas a su marido, sobre todo al principio, mientras vivimos en Roma, fueron constantes. Vitelio, sin embargo, intentaba llevar la situación como mejor podía. A escondidas de sus tres mujeres, aprendió de mis manos a leer y escribir con un candil de sebo, en el lugar donde guardábamos los bueyes. Creo que esa experiencia fue de las más felices de su vida. Él amaba a sus hijas y respetaba a su mujer, pero el brillo de Vitelio cuando veía a sus dos hijas recitar a Homero no era comparable a ninguna otra faceta de su existencia.

Poco a poco, la Numiana comenzó a tener fama entre los comerciantes de aceite, vino, especias y granos que hacían escala en la ciudad, y la familia de Vitelio empezó a gozar de un mejor estatus social. A la casa inicial pronto se le unieron las dos vecinas. Trasladó el almacén a la más cercana a la desembocadura del río Sarno y entonces transformó las dos viviendas colindantes en una sola. Hizo construir un hermoso patio con una fuente en el interior, y adornó las salas con suntuosas telas y mosaicos en los que se leían frases como «*Salve, lucrum*». También hizo pintar la pared principal del triclinio con un fresco de sus dos hijas. Las representó tocadas con dos diademas de oro en sus cabellos, a Publia con una túnica de color morado, a Aelia con otra de color blanco, y a ambas con un rollo en una mano y una pluma en la otra. Era una pintura hermosa, de una belleza tal que me hacía incomprensible que ese mismo pueblo fuese el que arrasó Judea. También hizo grabar en la puerta principal de la casa una inscripción que avisaba a los esclavos de que serían castigados con cien bastonazos si se atrevían a cruzarla sin el permiso de sus amos.

Yo, que hasta entonces había ocupado un modesto jergón en el almacén de las vasijas para que no las robaran, me vi recompensada con una pequeña separación en el mismo almacén y que sirvió, además de mi propio dormitorio, de biblioteca familiar.

El éxito de la Numiana trajo la llegada de más esclavos, y poco a poco me fui librando de las tareas de limpieza, cocina y servidumbre, para ser mi única función la de cuidar en todo momento a las dos niñas.

A pocas casas de la Numiana se levantaba la Thermopolium, una gran taberna en la que remojaban sus gargantas la mayoría de los hombres de la ciudad y los

marineros que fondeaban en el puerto. Era un lugar peligroso, sobre todo de noche, aunque de allí llegaban la mayoría de los clientes de Vitelio, que cada vez con más frecuencia se veía envuelto en asuntos de la ciudad. Habían constituido una asociación de comerciantes y querían que Vitelio fuese el presidente, cargo que alegraba más la vida de Spuria que la de él mismo, pues sabía que a ese nombramiento le sucedería toda una serie de gastos y patrocinios de los nuevos edificios que se comenzaban a construir por toda la ciudad. Pompeya no estaba gobernada por un rey, como Judea, sino que eran los propios ciudadanos quienes escogían entre sus miembros de más renombre a aquellos que deseaban para regir los destinos de la urbe, y como bien le recordaba Spuria a cada momento, estaban a punto de iniciarse las carreras para presentarse a tales cargos, por lo que le convenía aceptar la presidencia de la asociación y comenzar con la construcción de algún edificio, unas termas, o cualquier otra cosa que alegrase la vida de los convecinos.

Yo me mantenía al margen de todos esos movimientos, aunque en el fondo me divertían por la enorme complejidad de que se pompeaban asuntos del todo triviales. Un día Aelia, que ya contaba con dieciséis años, me pidió que la acompañara hasta la Thermopolium para ver llegar los marineros. Me sorprendió su petición y la advertí de que jamás permitiría algo así y que, si seguía con tan absurda demanda, no tendría más remedio que comunicárselo a sus padres, pero al final su insistencia, y quizá mi propia curiosidad, acabó por convencerme. También era cierto que, ante los ojos ciegos de todos nosotros, Aelia se había convertido en toda una mujer. Después de mucho pensar en cómo hacerlo, una noche que Vitelio salió a una de sus reuniones, y cuando estuvimos seguras de que Publia dormía, nos levantamos y fuimos hasta la taberna.

Por el camino, nos cruzamos con gentes que venían del Foro y que se unieron a nosotras en dirección a la Thermopolium. Yo temía vernos reconocidas a cada paso que dábamos, imaginaba en las formas oscuras de los transeúntes al propio Vitelio que venía en nuestra busca o a cualquier otro que en la mañana corriera a la Numiana a relatar nuestra escapada, así que vestíamos nuestras túnicas sobre la cabeza para ocultarnos. Caminamos en silencio hasta la puerta de la taberna y, tras mirarnos la una a la otra, Aelia empujó la puerta de madera prohibida.

El ruido en el interior era ensordecedor. Un grupo de bardos cantaba canciones obscenas en uno de los extremos de la taberna. El hedor a vino agrio, que alcanzaba incluso a veces hasta nuestra casa, nos golpeó como la bofetada de un gigante. En las paredes había pinturas de hombres y mujeres desnudos, formando grupos de hombres con hombres, hombres con mujeres, y mujeres con hombres y mujeres. Creo que la escena me impactó más a mí, aun a pesar de mis largos setenta y tantos años, que a la joven Aelia. Quizás ella había tenido la ocasión de comentar esos juegos con su madre o con sus amigas, pero yo nunca había visto nada semejante. Sin embargo, las

pinturas no eran más que una pequeña evidencia de lo que ocurría en el interior de la taberna. Al lado contrario del que ocupaban los músicos, un grupo de personas ponía en práctica los dibujos de la pared en ajados divanes separados del grueso de la sala por una simple cortina de tiras de cáñamo.

Aelia me indicó una mesa que acababan de desalojar unos marineros y me llevó hasta ella, frente a los músicos, y por suerte para ambas, de espaldas al otro extremo de la taberna. Casi todos los clientes de la Thermopolium eran hombres, y las escasas mujeres que había, sin contar las de detrás de la cortina, en absoluto vestían como nosotras. Pensé que nuestro aspecto nos delataría y que alguien correría a despertar a Vitelio para denunciar que su hija y su esclava estaban allí, pero lo único que ocurrió fue que una gruesa mujer, con un deplorable delantal sobre su túnica sucia, nos enseñó las pinturas de la pared para que escogiésemos el menú. Aparecían pintados, a diferencia del otro lado, platos de ganso, pato, cerdo, carnes y pescados delineados con extrema perfección y elegancia para avivar el gusto de los clientes, coloreados con pinturas fuertes para acentuar la succulencia que se les suponía. Aelia pidió a la mujer frutos secos y olivas de *prima*, y pescado con manzanas de *secunda*, y dos vasos de *mulsum*, un vino de bienvenida mezclado con agua y miel que yo conocía muy bien por servirlo a diario a los clientes del padre de Aelia.

Poco a poco, me relajé en ese ambiente tan distinto y que me había golpeado casi con la misma fuerza que las enseñanzas de los maestros. Todavía era temprano cuando nosotras llegamos, y mientras Aelia devoraba las manzanas de su plato, la taberna acabó de llenarse. El ruido era tan intenso que me obligaba a gritar. Junto a nosotras se sentó un grupo de marineros llegados desde Tiro, en las tierras de Fenicia, cargados con granos que cambiarían por aceite para venderlo en la provincia de Tarraco. Imaginé que muchos de ellos vendrían al día siguiente a la Numiana para comprar vasijas. A medida que entraba gente en la taberna, los espacios se hacían más angostos y, poco a poco, los marineros se nos acercaron hasta sentarse casi sobre nuestras rodillas. Yo hacía gestos a Aelia para que terminase su cena y nos pudiésemos marchar, aunque la chiquilla parecía encantada siendo el centro de atención de todas las miradas. Debo reconocer que también yo sentí una sensación nueva para mí al verme observada con los ojos de esos hombres, pero justo es reconocer, quizá porque mi actitud así lo promovió, que la atención mayor la levantaba la joven Aelia.

Al volver a casa, nos prometimos que jamás en la vida le explicaríamos a nadie nuestra visita de esa noche. Aelia me dijo por primera vez que me amaba y me abrazó antes de entrar con cuidado de no despertar a nadie. Yo necesité varios minutos para superar esas palabras que me envolvieron como una soga.

En efecto, en la mañana siguiente, a excepción de un dolor de cabeza que preocupó a Spuria, no había rastro de nuestra escapada nocturna. Yo, como todos los

días, después de desayunar, me llevé a las dos hermanas a la trastienda de la Numiana y comenzamos las clases en el punto que las habíamos dejado la jornada anterior. Mandé a Publia que leyese en voz alta un fragmento de Zenón de Elea. En ese fragmento, Zenón exponía un problema a sus alumnos, como yo hacía ahora con ellas.

—En una carrera entre Aquiles y una tortuga, ¿quién creéis que ganaría? —les pregunté.

—¡Aquiles! —respondieron al unísono las dos.

Justo estaba a punto de ordenar el inicio de la lectura, cuando escuché la voz de un cliente que se había colado hasta nuestra pequeña aula sin que nos diésemos cuenta de su presencia.

—Imaginaos al gran Aquiles —dijo— sobre una roca observando en la distancia a una tortuga. La ve caminar con lentitud, sacar la lengua mientras arrastra con dificultad su caparazón, y decide correr hasta el lugar en donde se encuentra la tortuga. ¿Creéis que lo alcanzará? —preguntó el hombre.

—¡Pues claro! —respondieron las dos.

—Creo que no, señoritas, y creo que eso mismo os iba a aclarar vuestra tutora, ¿no es así? —me miró y asentí. Vestía la toga de procurador anudada sobre su hombro izquierdo. Le pedí que continuara la enseñanza por mí—. Pues bien, atended, si Aquiles salta de su piedra y corre tras la tortuga, cuando llegue al lugar en donde estaba la tortuga, esta habrá caminado un poco, ¿verdad? —les preguntó, y las dos asintieron—. Entonces no la habrá alcanzado.

—Pues que camine un par de pasos más y ya lo habrá hecho —argumentó Publia.

—Si hace lo que dices, cuando llegue, la tortuga habrá avanzado otro poco y ya no estará en el lugar en donde la vio Aquiles —la contradijo Aelia.

Yo sonreí. Me sentía orgullosa de las mentes de esas mujercitas.

—En efecto, es como dice la joven, Aquiles nunca podrá alcanzar a la tortuga porque siempre que intente llegar al lugar en donde estaba, esta se habrá movido, por lo que podemos deducir que la tortuga es más rápida que Aquiles, ¿no es cierto? —y la pregunta flotó entre los libros que se apilaban en la biblioteca del aula.

Las niñas me miraron, como esperando que fuese yo quien le quitase la razón al recién llegado, pero me limité a sonreír y dejar que debatiesen durante un rato, observadas con agrado también por el procurador, hasta que diesen con la respuesta.

—Aquiles nunca debió pensar en alcanzar a la tortuga, sino en adelantarla —sentenció Aelia.

—¡Bravo! —aplaudió el procurador—. La felicito por estas dos alumnas tan brillantes.

—Muchas gracias —respondí.

En parte, Zenón tenía razón con sus paradojas, pero su enseñanza era más

profunda de lo que nuestro invitado había hecho notar. Zenón quería demostrar con sus ejemplos imposibles que la razón no siempre es la respuesta a las preguntas de la vida, ni siquiera es la respuesta para analizar los hechos más cotidianos y sencillos de nuestra existencia. Sin el conocimiento de las leyes universales, o de la Ley, la mente se puede perder en miles de trucos y callejones sin salida que la hacen contradecirse una y otra vez. Pero estaba contenta porque las dos niñas habían sido capaces de pensar con inteligencia hasta dar con una respuesta razonable.

—¿Quién es usted? —me atreví a preguntar—. Sabe mucho de Zenón por lo que veo.

—Mi nombre es Cayo Plinio Segundo, pero casi todo el mundo me llama Plinio el Viejo por culpa del nacimiento de otro Plinio en la familia. Ya se sabe, nada tiene edad ni medida si no es comparado con otra magnitud, ¿no es cierto? —asentí y le di pie a que se sentara con nosotras. Me pareció una buena compañía para mis discípulas.

Esperaba que uno de los esclavos de Vitelio cargara un pedido de ánforas para su mansión de Misenum, al otro lado de la bahía, de donde había sido prefecto de la flota del emperador Vespasiano, y, al escucharme hablar de Zenón, se había atrevido a intervenir en nuestra clase. Nos preguntó también si conocíamos a Homero y Cicerón, y se sintió feliz cuando Aelia recitó uno de los versos de Homero. A esa primera visita siguieron otras, y entre ambos, una esclava y uno de los maestros, como después supe que era, más grandes del Imperio Romano, nació una hermosa amistad. Cayo Plinio tenía la virtud del trabajo, me explicó que de cada libro que leía hacía un resumen porque «no existía un solo escrito, por malo que fuese, que no contuviera algún valor». Discutimos, en sus siguientes visitas al comercio de vasijas, sobre la existencia de Dios.

Cayo Plinio me dejó leer alguno de sus trabajos; así conocí el arte de la retórica descrito en su *Studiosus*, y una parte de su gran trabajo vital, *Naturalis Historia*, más de ciento cincuenta libros con un resumen de toda la sabiduría de una vida entregada a la observación de la naturaleza, y a la lectura y comprensión de los escritos de los maestros. Decía no tener la certeza de la existencia de Dios, si bien loaba que la gente creyera en Él porque consideraba que el miedo al castigo por el pecado ennoblecía a la ciudadanía. Cuando tuvimos más confianza, le hablé de las ideas de Yuhana, que pareció compartir en algunos aspectos, sobre todo en la comprensión de la vida desde el ascetismo y el rechazo al lujo y la soberbia, aunque no compartiera su aceptación de la Ley, ni de Dios, ni del final que tanto había profetizado. Sí se interesó sin embargo acerca de nuestras costumbres, tanto en la comunidad de Yuhana como en la de Secacah. Lo vi tomar notas en pequeños pergaminos que siempre llevaba protegidos entre los pliegues de su capa.

Vitelio y Spuria no solo permitían las visitas del joven anciano, sino que las

esperaban e invitaban a sus amigos y clientes para que lo vieran entrar o salir de la tienda. Spuria decía, mientras hacía restallar sus brazaletes de oro, que ese era el empujón que necesitaba su marido para ocupar un cargo público. En una de esas visitas, que comenzaban con la presencia de las niñas, pero que acababan a la hora de la cena en un diálogo solitario entre nosotros dos, se produjo un hecho insólito y terrorífico, un temblor de tierra como nunca antes habíamos sentido. Pompeya rugió de rabia, y la casa reventó como las vasijas de arcilla defectuosas. En pocos minutos, el pánico se apoderó de la ciudad, que salió a la calle envuelta en gritos de horror. Mucha gente todavía guardaba en su memoria los terremotos que casi habían destruido a la urbe apenas quince años atrás. Nosotros también dejamos como pudimos el almacén y salimos a la calle. Cayo Plinio me hizo ver que, aunque la tierra había callado, los pájaros habían dejado de piar y no se veía ninguno en el cielo.

Cuando todavía no nos habíamos repuesto del primero, un nuevo temblor, superior al que hacía pocos minutos nos había hecho correr al exterior de las casas, conmovió la tierra en un rugido intenso. El suelo se agitó como si alguien tirase del otro lado del mundo produciendo un terrible estruendo. Al retumbo de la sacudida, muchas casas de ambos lados de la calzada se abrieron por la mitad. Algunas cayeron en un estrépito que quedó apagado por el grito de la tierra al abrirse. Los adoquines de la calzada saltaban impulsados por el aire, y una profunda grieta atravesó la Via Causa ante nuestros incrédulos y aterrorizados ojos.

Todo pasó muy deprisa, demasiado para el espantoso horror que nos había helado los corazones. Poco a poco, los más osados comenzaron a observar atónitos el desastre. Se escuchaban gritos ahogados en toda la ciudad, que aparte de los alaridos de sus habitantes, había recuperado un macabro silencio. Los hombres sollozaban ante sus viviendas destrozadas, y las mujeres buscaban con desconsuelo a sus hijos. Se oían voces de fondo solicitando la intervención del ejército, y algunos se afanaban en arrancar a los suyos de debajo de los escombros en que se habían convertido las paredes de sus casas.

Cayo Plinio también había caído, su voz parecía haberlo abandonado y tenía los ojos inyectados en sangre, tan abiertos que daba la sensación de que se le iban a salir de las cuencas mientras solo podía señalar hacia el Vesubio. Después de ayudarlo a levantarse, me giré y vi cómo la montaña parecía hervir de rabia. Despedía chorros de nubes en su cumbre, pero no tuve tiempo de ver mucho más porque de repente un grito cercano me hizo volver la vista a la Numiana. La pared exterior del almacén seguía intacta, pero la de la vivienda se había desmoronado como tantas otras. Al principio, no reaccioné; el impacto de las dos sacudidas, la grieta que se abría a nuestros pies y el desconcierto de ver a mi nuevo amigo tirado en el suelo me hicieron olvidar por un segundo a las niñas, pero el grito que llegó desde el interior de

la Numiana me golpeó con su dureza. Era Vitelio quien gritaba junto a Spuria. Dejé a Cayo Plinio y crucé por los escombros que habían deshecho la puerta interior. El patio había desaparecido, anegado por las piedras de las paredes que habían caído sobre él, y del triclinio solo quedaba en pie la pared con la pintura de las niñas. El resto de la construcción se había precipitado al interior del comedor de la casa.

Spuria yacía de rodillas frente a las ruinas y lloraba mientras se arrancaba mechones de pelo a tirones. Vitelio gritaba «Mis niñas, mis niñas», y sacaba piedras de la pila de escombros. No sabía qué hacer; me acerqué a Spuria, que parecía haber entrado en trance y gritaba en una voz mezclada con lágrimas y escupitajos, así que comencé a arrancar piedras de la pila. Pronto, entró gente atraída por los gritos de Spuria y, con la ayuda de los otros esclavos, comenzamos a desenterrar los cuerpos de Publia y Aelia que habían quedado atrapados por el desprendimiento. Cayo Plinio también entró, y la presencia de los cadáveres de las niñas semienterrados en lo que había sido una hermosa mansión lo destrozó. Vitelio alzó el cuerpo de Aelia, y Cayo Plinio se recompuso para hacer lo mismo con Publia. Yo despejé el almacén, en donde no había quedado ni una sola vasija entera, ni un solo códice en su estantería. Con un par de mantas, improvisé un pequeño lecho en el suelo y tumbaron los cuerpos de las dos niñas. Mi tristeza era enorme. Me giré para ver a Spuria, que no se había movido del antiguo comedor y continuaba gimoteando tumbada en el suelo, vencida por la tristeza y el horror de la pérdida. Vitelio abrazaba a sus niñas sin que estas obedeciesen las súplicas de su padre. La tristeza se apoderó de mi interior y no pude evitar añadirme a un llanto profundo mientras abrazaba a Vitelio y las niñas.

Entonces, comprendí algo que parecía haber olvidado en lo más hondo de mi memoria, que Yuhana tenía razón en sus avisos apocalípticos y que yo también había muerto un día. Dejé a Vitelio y a Spuria que velaran los cuerpos difuntos de sus hijas, que los lavaran una vez hubiesen recobrado un poco de calma y les buscasen un mejor acomodo. Salí de nuevo a la calle. La noche era oscura, y solo la gran montaña se había encendido en su cima con una fuerte luz roja que bañaba la desgracia de tonos ocres y un fuerte olor a salitre. El desorden era absoluto. Busqué un lugar tranquilo y me desaté del cuello la bolsa de piel con los cabellos de Yeixú.

La puse con sumo cuidado sobre mi mano izquierda y, poco a poco, retiré el envoltorio. Entonces, cerré los puños y miré en mi interior. La sonrisa de Yeixú me aclaró el siguiente paso. Volví a la casa y entré en el almacén. Vitelio y Spuria estaban sentados en el suelo. Ni siquiera se habían atrevido a mover a las niñas. Me acerqué a Vitelio y le pedí que me dejaran un instante con ellas. En un principio, ninguno de los dos aceptó, pero alegué el amor que les tenía, más incluso que si hubiesen sido mis propias hijas, y accedieron. Me senté primero junto a Publia y la abracé. Estaba fría y su piel, golpeada por los cascotes que le habían costado la vida, comenzaba a tomar un color violáceo; miré a Aelia y vi que, bajo sus cabellos rubios

y sus múltiples golpes y heridas, empezaba a adquirir el mismo color que su hermana. Quizá lo que iba a hacer no era lo más correcto, quizás el camino de esas dos niñas debería haber finalizado allí, pero en lo más profundo de mi corazón sentía una tristeza infinita y la necesidad de mitigarla. Me tomé un último momento para comprender que lo que estaba a punto de acometer no lo hacía por interés propio, ni por mi necesidad de amarlas o de que ellas me amasen, sino porque las amaba de verdad. Entonces, cogí la mano izquierda de Publia y la abrí. Estaba agarrotada, pero con cuidado de no quebrar ninguno de sus jóvenes huesos, conseguí desanudar su palma, coloqué un cabello de Yeixú en ella y la cerré. Una luz blanca brotó del puño y en un instante cubrió todo el cuerpo de la niña, que se incorporó con la pereza de quien despierta de muchas horas de sueño. Realicé el mismo ritual con su hermana, y en pocos instantes, las dos niñas estaban abrazadas a mi cuello.

Cuando quise avisar a Vitelio, lo vi apoyado en el umbral del almacén, con los ojos abiertos como el cuello de una de sus famosas vasijas, y, aunque lo único que hizo fue correr a abrazar a sus hijas mientras llamaba a gritos a su mujer, supe de inmediato que jamás debería haber dejado que nadie conociese el secreto. Sus gritos atrajeron a los vecinos y en menos de un minuto se congregó, en lo que quedaba de la Numiana, una multitud. También Cayo Plinio volvió sobre sus pasos atraído por la algarabía y lo vi conversar con Vitelio, por cuyos gestos supe que le narraba lo que había sucedido. Antes de marchar, Plinio me llamó a gritos por toda la calle, pero yo había buscado un lugar tranquilo donde ocultarme y aceptar lo que había ocurrido.

Con las primeras luces de la mañana, intenté acercarme hasta la Numiana, cubierta para no ser reconocida, mas la encontré desierta. Después, supe que el bueno de Cayo Plinio había enviado a toda la familia a su residencia de Misenum, al otro lado de la bahía. La mañana sirvió para hacer recuento de daños y celebrar las exequias por las muertes nocturnas, pero no había alcanzado el sol el mediodía cuando el Vesubio, que resoplaba nubes desde la noche anterior, comenzó a rugir de nuevo. El estruendo de la montaña creció de golpe hasta contagiar a la tierra, que se sumó a su ira y empezó a temblar. La gente se levantó y corrió despavorida en busca de refugio, aterrorizada por el recuerdo de la última noche, pero no existía lugar de cobijo, no contra esa fuerza que comenzaba a desatarse.

Una terrorífica explosión reventó la montaña y nos destrozó los oídos. La onda de la detonación nos lanzó a varios metros, y una gigantesca columna de humo negro se elevó desde la cima de la montaña, abierta por la mitad, en forma de hongo macabro premonitor de lo que se avecinaba. Empezaron a llover pedazos de tierra, piedras y cascotes, y se levantó un polvo negro tan espeso que cubrió el sol envolviéndonos a todos en una profunda oscuridad que acabó por enloquecernos. El aire se estancó y de la cumbre reventada del Vesubio emergió un mar encendido, el aliento de un Dios vengativo y cansado de que sus hijos ignorasen sus mandatos una y otra vez. Ya no

quedaban oportunidades y Yeixú se había equivocado. Era el fin de todo. Recordé los escritos sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra, pero en Pompeya no se salvarían ni aquellos puros de corazón que tuviesen el valor de no mirar atrás.

La gente aprovechó un segundo de paz después de la primera explosión y corrió en dirección al puerto: si existía alguna posibilidad de salvación, quizá fuese el mar. Las madres abrazaban a sus hijos en un intento vano por protegerlos, y los esclavos corrían liberados de sus dueños, que procuraban cobijarse en la falsa seguridad de sus casas. No se movía ni una pizca de aire, y las brasas que vomitaba el Vesubio caían a peso sobre la ciudad en forma de cenizas ardientes. Los barcos se incendiaban con los pocos atrevidos que habían conseguido encaramarse a sus cubiertas, y los techos de los edificios cedían al impacto de las piedras para dejar paso franco a las cenizas que se colaban por todas partes. De tanto en tanto, las llamaradas que brotaban de la montaña iluminaban la ciudad por unos segundos, y después desaparecían escupiendo más y más cenizas y piedras ardientes.

Un aire denso y envenenado de azufre hizo el resto. Los que no murieron por el impacto directo de alguna roca, estallaban por dentro al respirar ese aliento ardiente, o caían envenenados a pesar de sus intentos por cubrirse la cara con telas y paños. Los ancianos tuvieron la fortuna de morir primero, al igual que los niños, incapaces de almacenar tanto terror en sus pulmones. Pero solo fue cuestión de tiempo que cayeran todos los demás. En pocas horas, las cenizas alcanzaron más de un metro de altura, y los que habíamos conseguido sobrevivir a las primeras embestidas, incluidos los perros que jadeaban encadenados a las argollas de sus amos, dejamos nuestras vidas enterrados en una capa de fuego divino convertida en polvo maldito.

## Capítulo

**H**abía llegado el día.

Hacía más de una semana que el abad nos había avisado del traslado de Azul a una clínica privada, supuse que arreglado por la condesa.

Lo cierto es que se había recuperado bastante bien. Ya conseguía incorporarse, no sin cierta dificultad, y también era capaz de llegar al baño con ayuda, aunque se negaba a contestar ninguna de mis preguntas acerca de su vinculación con la orden. Cada vez que le preguntaba, se limitaba a no responder o se sumía en una depresión que me hacía sentir culpable por mi insistencia, así que, después de varios días de comprender que no avanzaría en ese camino, mi moral fue resquebrajándose hasta la nula preocupación. Sería justo reconocer que la alegría por el encuentro y la esperanza de reflotar viejos barcos hundidos se habían evaporado en apenas unas semanas. El tiempo que pasamos separados y, sobre todo, las últimas revelaciones me apartaron de la ensoñación de una época mejor y de la esperanza de la repetición. Por eso, casi esperaba con más alegría el día de la marcha yo que la propia Azul.

Ella misma me había pedido que no llamara a Oriol Nomis, y yo no veía el momento de volver a mi vida, a mis viajes, encerrar de nuevo todos los cadáveres en el viejo armario y echar la llave al fondo del mar, como en la canción.

—¿Quieres que te guarde algo más? —le pregunté.

—No, Cècil, muchas gracias.

Se había vestido con una falda ancha hasta los pies y una blusa de color café que disimulaba sus vendajes. Mientras cerraba la pequeña maleta que habíamos preparado para su marcha, comprendí lo realmente hermosa que era, pero también que no me pertenecería jamás. Desvié la mirada al techo, casi toda la luz que me había tocado en esas semanas procedía de aquellos fluorescentes.

—¿Está lista, hermana? —preguntó el hermano Jacques, el máximo responsable de que Azul todavía estuviese con vida.

Ella asintió y a la orden del hermano trajeron una camilla con ruedas altas, de esas que se pliegan al entrar en una ambulancia. Ayudamos entre los dos a Azul a cambiar por la camilla la cama en donde había pasado algunos de los peores momentos de su vida, y la condujimos afuera.

—Cècil, prefiero ir sola. Muchas gracias por haber estado conmigo, sé que nunca podré devolvértelo, pero te prometo que te llamaré en cuanto pueda y hablaremos en otras condiciones.

—Claro, te comprendo. No te preocupes, solo recupérate bien y cuando estés fuerte me llamas —¿qué más podía decir?, allí se acabaron todos los sueños por

meterme en su cama o en su vida de nuevo.

—Por cierto, ¿sabes por qué Ganesh monta un ratón? —me preguntó.

—¿El elefante? —pregunté yo, y ella asintió.

—Dice la leyenda que Ganesh es hijo de Shiva y dios de la sabiduría. Parece que, un día, Shiva encargó a sus dos hijos que montasen en sus cabalgaduras y diesen una vuelta completa al universo. El hermano de Ganesh, no recuerdo ahora su nombre, que montaba un pavo real alado, partió volando sobre él para dar la vuelta al universo. Cuando regresó al punto de partida, Ganesh ya estaba allí. Simplemente había dado la vuelta sobre sus padres y él mismo. Ese era todo su universo. Desde entonces se le conoce como «el dios de los que andan tras de sí mismos». Que él también te dé su bendición —me besó en la mejilla y se fue.

La pena se mezclaba con la alegría de que todo hubiese acabado de una vez. Estaba tan triste como amargado, amén de sorprendido y deseoso de largarme de allí, así que me senté en la cama, recogí lo poco que tenía, sin contar con el dinero, que por supuesto ya había entregado, y esperé unos minutos. No tenía ningunas ganas de salir y encontrarme con la ambulancia, o lo que fuera, ni con todos los curas hablando en francés y llamando «hermana» a Azul. Basta, si ella quería ser monja, pues muy bien, pero yo no tenía vocación de San José, ni de mártir, ni de nada por el estilo. Sabía que era bueno en mi trabajo y solo deseaba regresar a él, aunque jamás volviera a ser como antes. Una persona no puede caminar hasta la esquina de una calle para ver un accidente de tránsito y regresar atrás como si no hubiese visto nada. Lo que se vive queda grabado y no se puede ignorar, pero a pesar de ese conocimiento interno de que los cambios no se habían detenido, necesitaba creer que podría regresar a mi apartamento de Barcelona y a mis viajes por el mundo cargados de buenas intenciones.

Quise despedirme del abad antes de salir, pero el hermano Benet fue la única cara conocida que encontré. Supuse que mi visita a la abadía había roto la regla del «*Ora et labora*» y que todos los hermanos estaban, si cabe, todavía más deseosos que yo de que me largara. El propio hermano Benet me acompañó hasta el aparcamiento trasero a recoger mi vehículo, un utilitario rojo cereza alquilado que me recordó a la boca del Infierno, más por el calor que se había acumulado en su interior que por otra cosa. No sabía muy bien cómo despedirme del hermano, así que me acerqué y le di un abrazo, él me besó en las mejillas y me fui.

Llegué a Barcelona cerca de la medianoche, reventado, con los ojos inflados y la cabeza tan confusa que casi añoraba las noches frente a la cama de Azul. Es curioso cómo la mente acostumbra a refugiarse en los recuerdos cuando la situación es nueva, aunque estos fuesen horribles en su momento, es como si llevásemos grabado en serie aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Pero lo cierto era que así me sentía cuando entré en mi apartamento, solo, cansado y hambriento. Comencé a deshacer el

equipaje y encontré mi ordenador. No sabía si funcionaba, pero en él había quedado grabada para siempre la imagen de la cabeza de aquel tipo estampada contra la chapa de la furgoneta. ¿Era en realidad posible que yo hubiese matado a un hombre? Otro cadáver más que añadir a mi repleto armario.

Tiré el poco equipaje al cesto de la ropa sucia, junto a la ropa que llevaba, y me quedé desnudo y descalzo. Los pies sudados dejaban las huellas del cansancio en el *parquet* y se evaporaban al cabo de unos segundos. Tenía ganas de ducharme, y también la pereza de hacerlo, así que primero decidí recuperar alguno de mis hábitos normales y mientras encendía el ordenador, metí un vaso con leche en el microondas. Abrí el bote del chocolate en polvo y metí la punta de la lengua, después diluí tres cucharadas soperas en la leche y volví a la sala. El ordenador no había arrancado y una rabia incontrolable me invadió. Solo atiné a pegarle un puñetazo a la pantalla inerte.

No fue esa una noche fácil, ni las siguientes. Tardé una semana en acudir de nuevo a la fundación Diners Nets, aunque ya había llamado la misma mañana de mi llegada a Oriol Nomis para decirle que había vuelto a Barcelona. Le dije que ya hablaríamos, pero que yo sí estaba bien, y así quedó la cosa hasta que fui a la oficina.

Me esperaba, y no solo él, sino todos mis compañeros y el *bo d'en Pau*, que me dio un abrazo que me obligó a doblarme para seguir la curva de su panzota. Desconozco qué sabían o qué imaginaban, pero parecía muy bien que volviese de la guerra o que hubiese salido de un coma por la alegría de todos al verme. Saludos, abrazos, palabras de ánimo, mi mesa limpia, y en el fondo, con las manos en los bolsillos y apoyado en el marco de su despacho, Oriol Nomis mirándolo todo con una media sonrisa que acentuaba su edad y su inteligencia. Cuando por fin conseguí llegar hasta él y entrar en su despacho, me dio un abrazo fuertísimo y me besó. En ese momento, me derrumbé y comencé a hablar como si me hubiesen dado cuerda. No recuerdo muy bien qué expliqué y qué obvié, pero a grandes trazos le hablé del dinero, de Suiza, del tipo que nos atracó, de cómo lo maté a golpes, de la herida que sufrió Azul y de cómo nos habían ayudado en la Abadía de Cîteaux. También le hablé de la condesa. Debía sacármelo de dentro, y era él o cualquier otro con quien me hubiese cruzado en ese momento. Lo que más pareció dolerle fue la herida de Azul, pero aguantó la compostura y me escuchó hasta el final.

—¿Cómo estás ahora, Cècil? —preguntó por fin.

—Confundido, pero después de haber vaciado toda la basura, algo más tranquilo.

—Te prometo que si hubiese sabido qué iba a pasar, jamás habría organizado esa subasta.

—¿Sabe lo que más me ha dolido? —yo mismo me contesté—. Que todo el mundo supiese mis sentimientos por Azul y al mismo tiempo todos se esforzaran en que la dejase, incluido usted, porque ni siquiera ha pestañeado cuando le he dicho que

Azul es en realidad la hermana María de no sé qué de la Orden del Císter.

—Lo siento, Cècil. Solo lo supe cuando me llamaron para preguntarme quién eras tú.

—¿Quién le llamó, la loca esa que se llama «condesa»? No es necesario que me lo diga, casi prefiero no saberlo. Es increíble que un montón de gente a quien yo no había visto jamás supiese más de mí que yo mismo.

—A veces, las cosas son complejas.

—Pues necesito que sean otra vez sencillas —le dije.

—Me temo que todavía no lo puedan ser, no de golpe, el comisario anda tras de ti y Azul. Seguro que cuando se entere de que has vuelto a Barcelona te invita para hacerte unas preguntas.

—Bueno, quizá merezca un castigo por lo que hice.

—¡Ni se te ocurra volver a mencionar eso en la vida!

—¿Como lo del Códice de Vitelio? —sonreí con ironía a una nueva advertencia de lo que podía o no podía contar, pero la cara de Oriol Nomis no se hizo eco de mi gracia, más bien al contrario, vi cómo intentaba mantener una compostura que casi lo desencajó—. No se preocupe, si me encuentro con el comisario, no le haré una lectura tan fidedigna como a usted. Lo que sí quería pedirle es que me asigne alguna auditoría lo más rápido posible. Necesito volver a la normalidad.

—Claro, Cècil —intentó controlar la voz que emergía temblorosa—; sin embargo, creo que deberías ir tú mismo a ver al comisario. ¿Qué te parece?

—Quizá tenga razón y esta misma tarde me pase a verlo.

—Me alegro de que estés bien —me dijo en un tono algo más repuesto y que sentí sincero.

—Gracias, yo también de estarlo. Solo una pregunta más.

—Dime.

—¿Cómo está Martí?

—¿El programador?

—Sí —contesté. No tenía muy claro si sería bueno para él que lo fuese a saludar, pero en todo caso necesitaba tranquilizar mi conciencia.

—Pues no estoy muy seguro porque solo me enteré de su accidente, pero creo que ya está en casa. ¿Quieres llamarlo desde aquí?

—No, gracias, necesitaba comprar un nuevo ordenador y había pensado en él. Por favor, no se olvide de ponerme en marcha lo más pronto que pueda, ya estoy preparado —y salí de su despacho. Ni siquiera había jugado con la bola del mundo.

—Por cierto, ¿llegaron a averiguar algo sobre el código?

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Por nada, Cècil, era solo curiosidad, no te preocupes. Te haré una llamada en cuanto tenga algo, ahora vé y estate tranquilo.

No fue necesario acudir en busca del comisario, justo en la puerta de la diócesis estaba estacionado un vehículo blanco con la sirena en intermitencia. Al tiempo que yo traspasaba la puerta de cristal reforzado del edificio se abrían las del coche patrulla y, sin que nadie tuviese que decirme nada, me encaminé tranquilo en busca de la pareja de policías que me acomodaron en la parte trasera del vehículo.

—¡Cuánto tiempo sin verle, señor Abidal! —me saludó el comisario. No había cambiado nada en su despacho. Es curioso cómo la vida tiene diferentes tiempos para cada uno; mientras que a mí me había sacudido en pocas semanas como a una manta vieja, al despacho del comisario Aripas parecía haberle caído encima otra que lo había dejado en el siglo pasado.

—Pues ya ve, comisario, de vacaciones.

—Con su amiga, supongo.

—No —mentí—, en absoluta soledad.

—Vamos, señor Abidal, le hemos seguido, sabemos que estuvo con ella de vacaciones.

—Pues si ya lo sabe, no sé qué hago aquí —contesté. El comisario permaneció unos segundos en silencio, como calibrando qué podía y qué no decirme.

—¿Es usted consciente de que ha salido del país con una sospechosa de asesinato y que incluso usted mismo podría ser sospechoso de evasión de impuestos, fraude y estafa por venta de antigüedades ilegales?

—¡Vamos, hombre! ¡Si fueron ustedes mismos quienes me metieron en esto!

—De eso no hay ninguna prueba, y de que usted abrió una cuenta en Suiza sí. Y también de que habrá realizado ya algún egreso con su querida amiga. ¿Me equivoco?

El comisario no se equivocaba, más bien todo lo contrario. Acababa de ver cuán estúpido había sido de colaborar en todo este asunto. No solo me había trastocado emocionalmente, había perdido una gran cantidad de tiempo y, lo peor, había matado a un hombre, sino que encima ahora corría el riesgo de ser acusado de venta ilegal y estafa si no accedía a colaborar con él. Pero sus palabras fallaron en algo vital. Si el comisario especulaba sobre la posibilidad de que Azul y yo hubiésemos retirado fondos de Suiza era porque no sabía si realmente eso se había producido, y lo más importante, no me amenazaría con el tema de la subasta si supiese que había matado a un hombre. El comisario jugaba duro, pero no tenía ni idea de la realidad.

—Pues no se equivoca usted, señor comisario. Creo que estoy en sus manos, así que dígame qué desea saber y acabemos cuanto antes.

—Solo dónde está su novia y dónde, el dinero.

—Lo primero no lo sé, y el dinero se encuentra donde siempre ha estado, en una cuenta numerada de un banco de Suiza.

Aripas descargó todo su peso contra el respaldo del sillón, que cedió con un

crujido, y suspiró largo, no supe si de cansancio o como preparación del siguiente e inevitable paso. Cuando se frotó con dureza los ojos con sus puños, supe que suspiraba de puro agotamiento.

—Señor Abidal, le ruego esté localizable. Puede marcharse.

Me sorprendió, sinceramente, pero me levanté, estreché su mano tendida sin ánimo y me fui a casa, aunque antes pasé por un bazar de productos informáticos y me compré un nuevo portátil. Todo lo que había sacado de esa aventura era tiempo malgastado, sentimientos doloridos y dinero perdido.

Por la mañana, recibí una llamada de Oriol Nomis en la que me preguntaba si ya estaba listo para una nueva auditoría en el extranjero, le contesté que sí y me envió un correo electrónico con los datos de mi pasaje, la empresa, las causas y el destino de mi nuevo trabajo. Había recobrado la normalidad.

No se trataba en realidad de una auditoría al uso como las que se ocupaba de realizar la fundación, más bien parecía un trabajo para una consultoría de gestión financiera. Tenía la función de optimizar los recursos de una unidad que el Hospital de Sant Pau de Barcelona tenía en Mozambique y que, por un par de intoxicaciones inoportunas, se había quedado sin técnicos economistas. El pago por un par de meses no era lo que podríamos decir atractivo, pero la tarea se preveía apasionante. Comenzaba a sentir esa angustia previa a cada viaje, la presión de armar una maleta con todo lo necesario para algo desconocido. Pasaporte, menos mal que el comisario Aripas no me lo había retirado como pensé que haría, dólares y dos o tres meses en una realidad tan lejana como verdadera, apartado de las mentiras expuestas en vallas de publicidad y de mis últimos recuerdos.

Todavía no habían pasado dos semanas desde que me separé de Azul y ya me veía con los ojos del estúpido que había sido. Con aquellas dos locas y un grupo de monjes viviendo en la Edad Media a ras de suelo y en el siglo XXI dos plantas más abajo. Quizás en Mozambique consiguiera apartar de mis sueños la cabeza ensangrentada de aquel hombre, que en la distancia ya comenzaba a distorsionarse en una buena persona y me obligaba a esforzarme por recordar la pistola con la que nos atacó a Azul y a mí. Imprimí la carta que había enviado un doctor a Oriol Nomis y que había desencadenado su ofrecimiento de ayuda en mi persona. Después de leerla, empecé a montar el equipaje, no más de una mochila de acampada y otra pequeña para echar la cámara y algunos trastos. La carta era terrible, de una dureza que hacía volver al mundo al más soñador. Explicaba, entre muchas penurias, que le era imposible palpar las barrigas de sus pacientes, casi todas mujeres, porque estaban tan deshidratadas, desnutridas, doloridas y huesudas que solo las tocaba para que aquellas pobres desgraciadas sintieran un momento de paz al mirar las manos del médico blanco en busca de la misteriosa enfermedad que las mataba. Decía también en su carta que no sabía cómo luchar contra la gran ignorancia sobre el sida y que

todas las ayudas que recibían desde Europa resultaban inútiles. Me sorprendió saber que después de las campañas de sensibilización se veían cientos, miles, de condones tirados por el suelo porque los consideraban inútiles en la prevención de la enfermedad, causada eso sí por un mal de ojo o por la presencia de un animal maldito en la zona. Se preguntaba el doctor cómo luchar contra eso, y él mismo daba algunas claves sobre las que yo debería trabajar para hacerlas posibles.

En la unidad, trabajaban tres médicos enviados por el hospital y dos enfermeras que, a pesar de su mucho esfuerzo y de los conocimientos que impartían a voluntarios y doctores locales, se veían desbordados por todas las bandas. Mi tarea consistiría en echarles una mano con los informes y la organización de las ayudas. También me comentaba Oriol Nomis que la tarea de mayor importancia era traspasar toda aquella miseria y muerte a datos económicos sencillos de leer, con la finalidad de presentarlos al Gobierno mozambiqueño para que comprendiese la importancia de invertir en sanidad y prevención. Algo así como trabajador muerto igual a cero producción, mientras que trabajador vivo y sano igual a equis divisas si emigra o equis dólares si produce para el país. Al parecer, esas políticas de concienciación, no sociales ni humanitarias, sino económicas, habían dado muy buenos resultados en otros lugares de África, y deseaban que yo les echase una mano para ponerlas en práctica en el sur del Continente Negro. ¿Porqué no? La sencillez de soportar nuestras miserias desde la contemplación de otras infinitamente mayores se me ponía de nuevo delante, ¡cómo iba a desperdiciarla!

Reconozco que las palabras del doctor jefe de la unidad me tuvieron buena parte del día ensimismado. Yo había visitado lugares terribles, las propias tierras ocupadas de Azul lo eran, pero no conocía el África Negra. Algunos compañeros que habían realizado sus informes allí, y que también conocían Latinoamérica, me decían que ese lugar era en realidad el Infierno donde se reencarnaban los que San Pedro rechazaba, y yo iba a visitarlo sin hablar ni una sola palabra de changana.

Saldría en tres semanas. Lo mínimo para conseguir los visados necesarios. El vuelo era largo, no lo habría imaginado nunca, más incluso que cruzar el océano Atlántico, y venía precedido de una escala técnica en Ámsterdam. Conocía ese aeropuerto de nombre impronunciable, un buen lugar para pasar un par de horas, buena cerveza, buen ambiente y gente de todo el centro de Europa estresándose por sus corredores.

Pasé esos días en visitas a viejos amigos, de paseo entre las calles de la Ciudad Condal que tanto añoraba cuando estaba fuera, y que no soportaba cuando volvía a casa. Ya tenía toda mi ropa preparada, doblada en una esquina del comedor, presta para ser embutida en el interior de mi mochila de setenta y cinco litros, reforzada en la espalda y mil cosas más que me había soltado el vendedor varios años atrás, y que en realidad habían resultado ciertas por el excelente estado en que se encontraba a

pesar de la mala vida que le había dado. Algunas veces me entraban ganas de llamar al tío Luali, para saber algo más de Azul, que había desaparecido como otras veces después de un nuevo artificio, aunque en esta ocasión la cosa fuese diferente. Me costaba dormir por las noches, no había conseguido apartar de mi memoria la cara hundida de Azul, sus vendajes, sus muecas de dolor en cada simple cambio de postura, las palabras a veces sabias del abad, aquel secreto oculto bajo la abadía, el pecho de Azul destrozado por el disparo de un miserable al que yo mismo había matado. Demasiadas cosas para reconciliar el sueño en tan poco tiempo. De tanto en tanto, miraba la mochila que llenaría con mi equipaje, estaba vacía, aunque refregada y maltrecha por tantos viajes. Así me quería ver yo, no podría evitar el desgaste del roce con la vida, pero por lo menos debía conseguir vaciar mi mente de todo aquello para poder cargar nuevas experiencias.

También había hablado un par de veces con Oriol Nomis y había acudido a las oficinas de la fundación para preparar la parte más técnica de mi trabajo. Me había comunicado de igual manera en varias ocasiones con la unidad del Hospital de Sant Pau destinada en el país, y con sus responsables en Barcelona. Ya tenía listos el programa de contabilidad y gestión, los documentos de la fundación, listas, tablas barométricas del país, y todos los protocolos fiscales, leyes y acuerdos internacionales mozambiqueños que había podido conseguir descargados en mi ordenador. Todo, o casi todo, listo para embarcar al día siguiente desde Barcelona hacia Ámsterdam. Alisté de nuevo el equipaje y llamé a la fundación para despedirme de mis compañeros y de mi jefe. También hablé con Pau para que me dispusiera un transporte a las siete de la mañana frente a mi apartamento, que me llevara al aeropuerto. Un anuncio de televisión me avivó la necesidad de escuchar algo de ópera antes de acostarme y lo hice con *Carmen* de fondo. Cuando había llegado al final del primer acto, sonó mi teléfono móvil. Al principio me costó, pero en apenas dos palabras reconocí el acento y el timbre de voz.

—Señor Abidal, necesito hablar con usted.

—Dígame.

—Por teléfono no. Me gustaría verlo en persona, mañana mismo si puede ser.

—Lamento desilusionarla, pero mañana marcho para Ámsterdam a primera hora, así que tendrá usted que esperar a mi vuelta si tanto desea verme —no tenía muchas ganas de seguir con esa llamada.

—Cècil, escúchame con atención, mañana no puedes ir a ningún lugar —había cambiado el tratamiento y el tono, que se había vuelto mucho más serio y trascendente.

—¿Y se puede saber por qué no voy a poder hacer mi vida mañana?

—Porque han raptado a la condesa y a Azul, y solo puedo confiar en ti. Coge mañana ese avión, yo te esperaré en el aeropuerto —y Mars colgó.

¿Cuándo acabaría esta pesadilla?

## Capítulo

Desde la puerta de seguridad del lujoso edificio que ocupaba Lunna Co. en la Via Condotti de Roma, avisaron a la secretaria del señor Santasusanna por línea interna. El jefe de seguridad confirmaba la llegada de los invitados del presidente de la compañía, y con su llamada ponía en marcha todo el sistema de seguridad del edificio. Desde sus ocho plantas forradas en acero y cristal, se controlaba el mercado internacional de la moda. Más de las dos mil marcas de ropa y complementos que se podían encontrar en los bulevares de la mayoría de las ciudades del mundo, centros comerciales, aeropuertos y lugares de moda se gestionaban desde allí. Controlaba, mediante una compleja arquitectura económica, la mayoría de la distribución de ropa *prêt-à-porter* en Europa, América y, desde hacía unos años atrás, Asia. Fue en ese momento de lanzamiento a los nuevos ricos de ojos rasgados cuando el señor Marco tuvo la opción de aliarse con sus nuevos socios. Él, el último en entrar al clan, y también el mayor en edad de los cuatro, obtuvo la ayuda necesaria para superar un momento de dificultad en su imperio. Coincidió su interés por el mercado asiático con el crecimiento de la competencia. Diseñadores y empresas norteamericanas ávidas de vestir a los habitantes de la metrópoli, y un nuevo grupo empresarial español que atentaba contra la primacía de las hasta entonces marcas de siempre. ¿Cómo luchar en todos los frentes al mismo tiempo?

No se arrepentía de haber aceptado la ayuda de aquel grupo en el que había ocupado el lugar de un recién fallecido. Cuatro hombres que siempre debían llamarse igual y que solo eran reemplazados por otro del mismo nombre, esa era la consigna. Al principio, le pareció de un ridículo infinito, un motivo increíble y burdo en la toma de decisiones económicas de tal calado. Hombres que movían centenares de millones de dólares por los *parquets* internacionales, que controlaban cualquier ramo en el que decidiesen invertir, se juntaban por la coincidencia de sus nombres de pila y nunca en más de cuatro al mismo tiempo. También era indispensable no haber estado casado ni tener hijos. Era, en la mejor de las definiciones, surrealista, y claro que conocía de su existencia antes de ser él uno de ellos, pero jamás pensó que fuese a ser uno de sus integrantes, ni que tuviese relación con semejante tontería; sin embargo, ahora que estaba metido hasta los tuétanos en el grupo, lo comprendía perfectamente. Cuatro hombres en busca de un único fin, no solo de ellos, sino de toda la humanidad, y él tenía la posibilidad de conseguirlo. Los negocios, hasta entonces motor de su vida, se habían convertido en la herramienta y no en el fin.

Durante muchos años, diferentes hombres habían muerto en la persecución de ese sueño y ahora ellos, quizá los cuatro más afortunados de la historia, tenían la opción

real de conseguirlo. La fortuna es caprichosa, como acostumbran a decir los que creen en ella, porque iba a sonreír a los más torpes y desmerecidos de toda la saga, pero si él era capaz de mover bien sus fichas y convencer a los otros de la importancia de la prudencia, lo conseguirían.

Recordaba las primeras reuniones entre sus asesores y abogados con los homónimos del «clan de los jinetes». Números y datos que solo sirvieron para conocer si era una persona de fiar o no, hasta que un día fue invitado a la mansión californiana de Juan de la Vega y le fue confiado el secreto de su coalición empresarial. Aquel que deseara formar parte del grupo debía superar unas pruebas de confianza por parte de los otros. Así lo había hecho cada uno de ellos y así lo harían todos los que desearan entrar, y por tanto, beneficiarse de la ayuda de cientos de millones de dólares. ¡Qué estúpida hilaridad o qué broma era aquella! Una persona pragmática, con miles de cosas por hacer cada día, no disponía de tiempo para perder en esas ridiculeces, ni mucho menos para realizar retiros e historias más cercanas a las sectas satánicas y a las novelas de conspiraciones históricas al uso que a prácticas económicas propias de un hombre de negocios. Pero algo en su interior lo animó a continuar, algo que le decía, como cuando con apenas veinte años escogió el mejor lugar para abrir una tienda de abrigos, que eso era bueno, que tras esas paredes de inconfesables prácticas se escondía un tesoro de verdad, y accedió.

Pasó un mes recluido en el interior de una cueva del desierto de Judea y después realizó, con sus nuevos compañeros, el camino de Santiago durante otro mes más. Él era un hombre religioso, como todos los italianos, pero aquella experiencia le abrió una puerta en su interior que debía mantener así por el resto de su vida. Una jornada antes de llegar a la capital del apóstol, conoció al quinto hombre, aquel al que llamaban «maestro» o Pedro. Fue la última noche antes de llegar a Santiago, los cuatro hombres se purificaron en el hostel, se lavaron y vistieron con unas largas túnicas, y caminaron en la oscuridad hasta el antiguo Monasterio de San Salvador de Vilar de Donas, a pocos kilómetros de Palas del Rey. Los otros tres permanecieron fuera y él accedió al interior de una pequeña capilla junto al claustro del monasterio. Allí lo esperaba el quinto hombre, protegido por la oscuridad del lugar. Toda la conversación fue en latín. Se interesó por su iniciación, por las sensaciones que había experimentado en la soledad del desierto, y le preguntó sin descanso sobre aspectos que jamás había sentido hasta entonces. Fue la última prueba antes de hacerlo partícipe del gran secreto que debería defender con su vida si se viese en la necesidad.

Pedro le explicó que la fortuna no existía y que todo, incluso sus famosas intuiciones, eran fruto de una conexión profunda con la esencia de la vida, le hizo comprender el funcionamiento del gran círculo, de la corriente que circula invisible para unir todos los átomos de la materia, una corriente en la que grandes hombres se

habían sumergido hasta hacerse parte de ella, de la que otros se habían aprovechado, muchas veces sin saberlo, para hacerse poderosos o ricos, una corriente en la que magos, brujas, científicos, hombres de fe, millonarios, pobres, ascetas, sabios e imbéciles profundos habían sumergido sus conciencias con el fin de aceptarla, usarla o simplemente convencerse de su existencia. Le transmitió la sabiduría necesaria para comprender que esa corriente escoge a los que arrastrará con ella y que nada pasa fuera de su cauce. Algunos la llaman Dios cuando les favorece, y otros, Diablo, Mal o centenares de nombres diferentes, cuando les parece esquiva, sin comprender la realidad de su esencia, que todos no somos más que un instrumento de la corriente.

Aquel hombre, desde la penumbra de la capilla de piedra, también le explicó que solo una vez se había vencido esa corriente, le habló de un gran maestro que fue capaz de modificarla y moldearla a su voluntad. Pero que también tuvo que aceptar al final y pagar por su osadía. Ese hombre existió de veras, no fue una leyenda ni una invención, y la función del llamado «clan de los jinetes» desde su creación había sido la búsqueda de la única prueba que dejó, la única muestra real de su soberbia, la confirmación definitiva de que esa corriente podía invertirse y utilizarse en beneficio propio. La consecución de un nuevo orden en el que ellos serían los beneficiarios.

Antes de salir el sol, sus compañeros entraron a buscarlo; incomprensiblemente, estaba tumbado en el primer banco de la capilla, dormido. No le dijeron nada, todos comprendían y él ya había sido aceptado.

Ahora hacía un par de días que aquel mismo hombre lo había puesto al corriente de la situación actual, y había ordenado una reunión con los cuatro hombres.

Fue su secretaria personal quien lo sacó de sus pensamientos. Lo encontró asomado a la ventana de su despacho, en la última planta del edificio, desde el que se gozaba de una extraordinaria vista sobre el caos de Roma.

—Sus invitados están subiendo por el ascensor —le dijo.

—Gracias, hazlos pasar en cuanto se abran las puertas. ¿Está todo listo?

La mujer asintió y salió. Marco Santasusanna se acercó a la puerta para recibirlos. Su despacho era grande, no tanto como se supondría en un hombre de negocios de esa índole, pero sí espacioso y sobre todo muy luminoso. Dos cuadros del artista catalán más escueto de la historia adornaban sus paredes, le gustaban aquellas líneas coloreadas entre aspas que simulaban estrellas y espirales que representaban el bastón de un pastor. Junto a ellas, un óleo regalo de Lucas Joswiack realizado por un artista dominicano, y en el centro del despacho, una mesa redonda de cristal veneciano sobre la que su fiel asistente ya había colocado una botella de Gramona, reserva del noventa y nueve, a enfriar en un cubo de plata, y una bandeja de chocolates traídos expresamente de la pastelería de Pierre Hermé, en París. Alrededor de la mesa, cuatro equipos de audioconferencia esperaban para ser utilizados. Fijó su vista en un Infiniment Vanille justo antes de abrir la puerta a sus tres compañeros de negocios.

—¡Siempre tan elegante y con todas tus mariconadas a punto! —entró Joswiack el primero y se dirigió directo a la bandeja de chocolates después de apretar con fuerza la mano tendida de Santasusanna—. ¡Eres un *gentleman*!

—Hola, Marco —lo abrazó Juan de la Vega.

—Un placer verte de nuevo en persona y no a través de esas cámaras que nos hacen a todos más gordos —lo saludó Mateo Montalbán.

—Gracias a todos, pasad por favor, mi secretaria nos ha preparado una de esas mariconadas que tanto le gustan a Joswiack y que a mí me parecen las pequeñas delicias de la vida, pero todos sabemos que contra gustos... —y dejó la frase a medias para que los tres se fijaran en las comisuras manchadas de chocolate de Joswiack, que aceptó la insinuación con una sonrisa.

Era un buen inicio. La reunión que les había apartado de sus obligaciones para traerlos con urgencia hasta las oficinas de Santasusanna no iba a ser sencilla, y comenzar con una sonrisa sin duda facilitaría las cosas y aclararía a todos la mente. Marco Santasusanna avisó a su secretaria para que sellara la sala y bloqueara los accesos a la planta; después de que los cuatro ocuparon sus asientos, la voz de Pedro tronó por el artilugio.

—¿No crees que se te ha ido la mano? —preguntó directamente a Joswiack.

—No lo creo, maestro. Es la vez que estamos más cerca de la fuente desde hace años.

—Es cierto, pero debemos evitar lo que ocurrió con vuestros predecesores, que cuando creían que ya lo tenían todo hecho, resultó siempre una falsa pista o un error de cálculo —contestó desde la distancia.

—¿Estás seguro de que se trata de la fuente que dices? —preguntó Santasusanna a Joswiack.

—Convencido. Esa es la chica que hemos buscado, la que encontró las últimas alusiones al manuscrito en el Monasterio de San Marcos de Jerusalén. El Negro la encontró. Ellas la sacaron cuando estábamos a punto de localizarla en Israel y la escondieron en una cárcel española con nombre falso, pero estoy seguro de que es ella.

—Sí, eso es lo que nos dijiste, ¿pero cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Pedro.

—Porque el hombre que contrató el Negro para seguir al contacto de la subasta apareció muerto en el interior de una furgoneta alquilada con nombre falso por ella —los cuatro guardaron silencio, ninguno de ellos había informado de la actuación, pero la voz no apareció y Joswiack continuó—. Además, tiene una herida de bala en el pecho, y es monja. ¡Una monja herida por un disparo! Aunque lo mejor de todo es que la monja no estaba sola, cuando el Negro la encontró en un hospital de París estaba acompañada por una mujer que no conocíamos, pero que en su poder tenía la

tarjeta de crédito con la que se pagaron el alquiler de la furgoneta y todos los gastos de esa clínica —la cara de asombro de sus compañeros le dio pie a seguir—. Os dije que era algo grande, ¿o no?

—Pero ¿sabemos quién es? —preguntó Mateo Montalbán.

—No, llevaba varias identificaciones que estamos investigando y de momento no ha querido decir cuál de ellas es la correcta —contestó Joswiack—. Ah, y un teléfono móvil en el que no figura ningún número en la agenda ni en las llamadas efectuadas o recibidas. Un móvil limpio y sin contrato alguno.

—Yo sé quiénes son, ¿dónde están ahora? —preguntó de nuevo la voz del maestro.

—A salvo, protegidas en uno de nuestros almacenes de Rumanía —contestó Marco Santasusanna, que se pasaba nervioso las manos por su blanca melena.

—Id allá para ver qué saben. Que tu hombre de momento no haga nada con ellas, solo que vele por la seguridad de nuestras invitadas y que esté preparado para vuestra visita. Nada más —dijo Pedro.

—No sé, es todo un poco confuso. De golpe, después de un montón de años sin saber nada del manuscrito ni de las fuerzas que persiguen lo mismo que nosotros, aparece casi en forma de anuncio su presencia y sin esfuerzo, no quiero restar méritos a tu hombre, Lucas, pero es así, localizamos y retenemos a dos personas que parecen tener información al respecto. Es extraño, muy extraño —argumentó Montalbán.

—Quizá tengas razón, pero igual que para nosotros es difícil, en este mundo de descrédito total, llevar una vida de meditación y búsqueda de la famosa prueba, es posible que para ellas la dificultad sea igual o mayor. No se guardan los mismos valores que en épocas anteriores, ni tampoco los medios son los mismos. Si cien años atrás alguien hubiese pagado un carro de caballos a quinientos kilómetros de nosotros, jamás habríamos dado con la pista; sin embargo, hoy en día todo es diferente, y nosotros lo sabemos, lo utilizamos cada día en nuestra vida, en nuestros negocios. Quizás han cometido un error por falta de personas preparadas o por una estructura inadecuada. ¿Quién de nosotros puede afirmar que nuestros departamentos, de lo que sea, no están llenos de inútiles que nos hacen perder cientos de miles de dólares a diario, aun a pesar de superar decenas de controles y exámenes de aptitud? Pues de la misma forma entre ellas puede haber torpes —contestó Juan de la Vega.

—Estoy seguro de que hemos dado con la pista buena —dijo Joswiack antes de echarse al colete de un trago una copa de cava helado. El interfono guardaba silencio ante las exposiciones de los cuatro hombres.

—Insisto, sé que pensáis que a veces no soy suficientemente osado, pero creo que debemos actuar con extrema prudencia. Si lo que buscamos ha estado oculto por miles de años y ninguno de nuestros predecesores ha sido capaz de dar con ello, no creo que se deba solo a nuestra mayor inteligencia o preparación, ni siquiera a la

fortuna, como bien sabéis, que a nosotros se nos dé tan fácil.

Las palabras del italiano fueron aplaudidas por sus socios antes de sumirse en un profundo silencio. Quizá después de todo, y si Joswiack tenía razón, estaban cerca de completar una búsqueda que había durado largo tiempo, demasiado a contar por la cantidad de gente que había intervenido.

—Os felicito. Marchad a interrogar a esas mujeres y mantenedme informado.

Un chasquido en el aparato de audioconferencia dio por finalizada la reunión. Tenían las manos libres para actuar y eso era algo que les agradaba. Se hicieron subir algo ligero para almorzar y acordaron marchar a las afueras de Sibiu, en la profunda Rumanía, para tener una charla con aquellas dos mujeres que la gran corriente ponía ahora frente a ellos.

—Mi avión está listo. Si lo deseáis, podemos partir hoy mismo, después de la ceremonia —invitó el anfitrión, y los demás asintieron antes de desnudarse para sumirse en un profundo ritual.

---

## Capítulo

Las palabras de Mars habían resultado destructoras. Yo estaba a punto de volver a la vida normal, a olvidar la locura sin sentido de las últimas semanas cuando me volvió a meter de pleno en esa historia sin pies ni cabeza.

El comandante del avión anunciaba por megafonía que en menos de veinte minutos aterrizaríamos en el Aeropuerto de Ámsterdam-Schiphol, y mi corazón palpitaba con tal fuerza que temía interferir en los aparatos de a bordo de la nave. Si la loca esa no me había mentido, me esperaba en el aeropuerto para explicarme lo ocurrido. La verdad era que su voz resultaba aterradoramente convincente, y también era cierto que sus palabras no eran menos extrañas que lo sucedido en las últimas semanas, así que el motivo de mi pánico era la posibilidad real de bajar del avión y encontrármela. El crujido de la panza del avión al liberar el tren de aterrizaje me devolvió a la realidad, y el descenso del morro hacia tierra, al miedo por lo que en ella me esperaba.

Cuando entré por el *finger* en el aeropuerto, lo primero que hice fue buscarla, pero no la vi. Supuse que quizá no tendría acceso a la zona de embarque y eso me tranquilizó. Caminé entre comercios que vendían quesos envasados al vacío, cebollas de tulipanes metidos en zuecos de colores, y cafés de a euro el vaso. Paré en uno de estos y, cuando salí, la vi. Estaba apenas a un par de metros de mí, distraída como si hojeara una revista, pero sus ojos me pidieron que la siguiera hasta la barra de una de las cervecerías del aeropuerto. Sus *jeans* ajustados me hicieron de guía.

—¿Qué historia es esa de que han secuestrado a Azul y a la condesa? —pregunté sin más preámbulos. Mars pidió un par de cervezas sin preguntarme si me apetecía una, la rechacé—. Mi avión a Maputo parte en menos de dos horas, así que explícame esa historia antes de que me llamen a embarcar.

—Tengo en mi bolsillo dos billetes para París. Si me ayudas con esto, te explicaré hasta donde yo sé.

—Lo siento, Mars, no más juegos. Si no me explicas de qué va todo esto ahora, y dónde están Azul y la condesa, me marchó y os quedáis con vuestras historias y con vuestras mentiras.

—Cècil, no tenemos tiempo ahora, nuestro avión sale en veinte minutos.

Empujé con violencia la cerveza, me eché de nuevo la mochila a la espalda y me levanté. Ya estaba harto de tantas tonterías.

—Por favor —me agarró por la manga del *jersey* como si me marchara sin pagar —, necesito que me ayudes, no puedo confiar en nadie más. Debes creerme, Azul y la condesa corren peligro si no conseguimos encontrarlas. Estoy segura de que las han

raptado ellos.

—¡Otra vez ellos! Mars, por favor, no comprendes que todo esto suena a paranoia.

—Tienes razón, pero no lo es. Ven conmigo a París y te explicaré todo lo que sé, te doy mi palabra.

En realidad, parecía sincera, su tono altivo había desaparecido por completo tras su dulce acento latino. La creí. Nadie que no estuviese del todo loca o desesperada acudiría a un aeropuerto de esa forma.

—Está bien. Debo enviar un mensaje para informar de que no viajo a Mozambique y nos vamos.

—¡No! Deja que todo el mundo piense que vuelas para allá. Tendremos diez u once horas para trabajar sin que nadie sospeche de ti.

Hubiese protestado, ¿pero de qué habría servido? Mars pagó las cervezas y nos fuimos. Ya había comprado dos billetes en la oficina de Air France correspondientes a dos asientos de ventana y pasillo en última fila del avión. Si nadie usaba el baño, la confidencialidad del lugar parecía la más idónea para que me explicase de qué iba todo esto.

—¿Dónde están Azul y la condesa? —pregunté.

—Ellos las han raptado. La condesa Stewart fue a visitar a Azul a la clínica y todavía no ha regresado ni dado noticias. De eso hace tres días. Azul tampoco está en su habitación de la clínica.

—Pero eso no es motivo para pensar que nadie las haya raptado, quizás han trasladado a Azul a otra clínica y la condesa ha decidido acompañarla —argumenté con poca convicción.

—Marie nunca se aleja sin avisarme de dónde está, créeme. Por algún motivo que desconozco, ellos la han encontrado y se la han llevado.

—¿Quiénes son ellos? —pregunté—. ¿Los que buscan el código?

—Sí, y ahora creen haber encontrado una pista segura que los llevará hasta él. Por eso han raptado a Azul y a la condesa, para que les digan dónde está el código.

—¿Qué contiene ese famoso código? —pregunté.

—Antes debes realizar un juramento. Debes jurar que jamás revelarás a nadie nada de lo que te voy a explicar ni de lo que puedas averiguar en estos días, ¿juras?

—¿Qué es esto? ¿Somos niños?, porque yo no he jurado desde entonces.

—Pon la mano en el corazón y di «Lo juro» —insistió.

—Lo juro —en el momento de hacerlo, sentí un escalofrío que me recorrió de los pies a la cabeza, y Mars pareció darse cuenta.

—Creemos que contiene la prueba definitiva de que Jesús existió —dijo.

—¡Vamos, hombre! —exclamé—. ¡Y a quién coño le importa eso! Si el mundo ya se divide entre los que están seguros y a los que les importa un pimiento, los

primeros no necesitan pruebas y a los otros, ya les pueden poner delante el *Titanic* emergiendo, qué tanto les daría.

—¿Eres creyente? ¿Puedes imaginar por un momento qué supondría poseer algo, una prueba física o algún elemento que hubiese estado en contacto o pertenecido a Dios? ¡Tener en tus propias manos una evidencia directa del Creador!

—¿Algo así como la Sábana Santa de Turín y esas cosas?

—No, no como «esas cosas».

—Como otro trozo más de la Vera Cruz —si no hubiese estado de tan poco ánimo, yo mismo habría reído la ironía, pero la cara de Mars no invitaba a ello—. Perdón, y qué es esa prueba tan importante, si se puede saber.

—Yo solo sé que desde hace cientos de años un grupo de personas intentamos protegerla, y otro grupo, recuperarla.

—Me estás diciendo que no tienes certeza de qué se trata, ¿y aun así os jugáis la vida por eso? —pregunté con más sorna que sorpresa.

—Así es, sí. No sé de qué se trata, pero sí sé que existe y es importante.

—¿Y cómo lo sabes?, ¿cómo puedes estar segura de que existe ese famoso código, o lo que sea, y lo que dice en él?

—Bernardo de Claraval hace referencia a él en la carta de creación de la logia —dijo Mars; supongo que mi cara le dio pie a la pregunta de inmediato—. ¿Sabes quién es Bernardo de Claraval?

—No —contesté avergonzado. Para ser sinceros, me sonaba ese nombre, pero no tenía mucha idea de quién era.

—Bernardo de Claraval fue una autoridad en el siglo XI, entre muchas cosas fue el impulsor de la Orden del Císter, y también quien redactó la Regla de los Caballeros del Temple, gracias a la cual se aprobó la orden de los sacerdotes guerreros. ¿Comprendes la importancia que puede tener una carta escrita por él? Fue quizás el mayor conocedor del mundo en ese momento. Él recibía influencias y tenía amistad personal con los primeros hombres que llegaron a Jerusalén tras setecientos años de dominio musulmán.

—Para, para, para, ¡ahora los templarios, no! Esto es peor que una película de serie B. ¿Me quieres hacer creer que todo este follón es por una carta escrita hace mil años y que todavía hay gente dispuesta a todo por conseguirla? —Mars asintió y un escozor me recorrió la garganta. De repente, una azafata armada con una bandeja llena de caramelos interrumpió la conversación. ¿Dónde me estaba metiendo?

—Del año 1145 para ser exactos, justo un año antes de predicar por la Segunda Cruzada —continuó Mars royendo su caramelo.

—¿Y se puede saber cómo sabes tú todo eso?

—Ya te lo dijimos, he sido iniciada, como Azul, como la condesa, y como algunas más. Azul descubrió algo referente al código cuando estuvo en el Monasterio

de San Marcos de Jerusalén. Después de ser apresada, enviamos a otras para continuar con su investigación, y sus pistas nos llevaron hasta el lugar que conoces tan bien, la Abadía de Cîteaux. Por eso Azul sabía de sus secretos, porque investigó allí el secreto del código. Lo dejó cuando se os ocurrió la estupenda idea de montar una subasta para cazar a cuatro peristas de turno.

La voz del comandante, primero en francés, y después en un inglés ininteligible, nos avisó de que estábamos a punto de tomar tierra en el Aeropuerto de Orly. Dejamos la conversación y nos preparamos para el aterrizaje. Mi cabeza era una olla a presión, cada acontecimiento nuevo dejaba al anterior en poco menos que una anécdota. Ahora bien, si todo lo que había escuchado era cierto, me encontraba entre dos grupos de dementes tras un código del que no tenían constancia real más que por una carta del siglo XI, pero por el que estaban dispuestos a disparar o raptar a quien les causase molestias. Aunque todo parecía una gran broma, decidí tomármelo en serio, por lo menos tanto como los que habían hecho desaparecer a Azul. Mientras abandonábamos la terminal del aeropuerto y nos introducíamos en un taxi repugnante, Mars me explicó que lo primero que haríamos sería visitar a una de las últimas personas con quienes se entrevistó Azul después de sus investigaciones en Cîteaux.

—¿Has intentado contactar con la condesa? Quizá demos por sentado algo que tiene una explicación mucho más sencilla.

—Llamé a su móvil pero no respondió nadie, desde entonces aparece como apagado.

—¿Y no te han devuelto la llamada?

—No pueden, nuestros números siempre están ocultos.

—¿Por qué no pruebas ahora? —le dije.

—Tengo miedo de que puedan localizarnos.

—Vamos, si hablas solo unos segundos no te pueden localizar, y por lo menos saldremos de dudas.

—Esto no es una película, Cècil, aquí una sola señal de emisión basta para saber con exactitud desde dónde se ha realizado. Incluso si alguien supiese mi número, me tendría localizada solo con la conexión del teléfono al repetidor —me explicó haciéndome sentir ridículo.

—Lo siento, tienes razón, pero ahora vamos en un coche al que no creo que le interese capturar a nadie —por primera vez, la vi sonreír.

Sacó de sus pantalones un teléfono extraplano y marcó. Su cara perdió la sonrisa a medida que los tonos de llamada sonaban en el auricular. Por fin, pareció que alguien contestaba al otro lado. «No sé de qué me habla, de veras, creo que usted ha cometido un error, mi amiga y mi hermana no tienen nada que ver con eso que explica, me gustaría hablar con ellas», al final un «comprendo, le mantendré

informado, pero por favor, no les haga daño», y colgó.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté. Su cara se había tornado macilenta, y el color tostado, aclarado por muchos años de estar en Europa, había desaparecido por completo.

—Ha contestado un hombre. Dice que si no le entregamos el códice en cuarenta y ocho horas, harán desaparecer a Marie y a Azul. He intentado hacerle creer que no sabía de qué me hablaba, pero quién sea, sabe muy bien de qué va todo esto —no pudo seguir y sus palabras se ahogaron en su garganta.

El taxista miró por el retrovisor y exhaló un suspiro de reprobación.

Nuestro destino, desconocido hasta entonces para mí, era la Rue de Saint Ouen, y por lo que pude reconocer mientras el Renault subía empinadas cuestas de casas centenarias, deduje que estábamos en Montmartre. Al final, el conductor paró justo tras el cementerio del mismo nombre y nos avisó de que ya habíamos llegado. Mars pagó y bajamos. Mientras yo me sacudía los pantalones sucios como si me hubiese sentado en un pajar y no en el asiento trasero de un taxi, Mars sacó de su pequeño bolso un papel doblado —me pareció que era una servilleta o un pañuelo de papel—, y lo desplegó. Miró la puerta de la casa frente a la que nos había dejado el taxi y asintió con un movimiento de cabeza. Me explicó que en realidad no sabía a quién íbamos a encontrarnos allí, pero que Azul había confiado a la enfermera una nota con esa dirección. Me pasé la mano por la cara absolutamente desconcertado, mas en lugar de agua fresca solo encontré la polución de la capital francesa.

—Mars, ¿no sabes a dónde vamos?

—No —la miré con desespero, pero ella ignoró mi súplica y continuó—. Cécil, yo no sé nada de esto porque nunca fue mi función. Yo conozco a algunas de las personas que trabajan con nosotras, finanzas, lugares, datos, propiedades y otros secretos, pero solo soy la financiera, por así decirlo, y amiga de Marie Stewart, nada más. Reconozco que al principio a mí también me resultó extraño, como uno de esos cuadros que se tienen en casa pertenecientes a un antepasado al que sabes que le debes tu fortuna, pero al que, a pesar de respetarlo, en realidad no lo conoces de nada. ¿Me comprendes? —asentí. Estuve a punto de preguntarle a cuento de qué venían entonces todos esos humos cuando nos conocimos, como si ella fuera la dueña de la abadía, pero me contuve—. Esto también es extraño para mí, por eso decidí confiar en ti, porque no sé quién está implicado, ni si han encontrado a Azul y a la condesa por una traición, no sé nada, solo tengo esta nota y los lugares y conversaciones que he mantenido con la condesa.

La agarré de los hombros y la estreché contra mí, desde luego no era el momento de más reproches. Era menuda, mucho más incluso de lo que se adivinaba bajo sus ropas, pero su cuerpo era duro y su espalda, al igual que sus pechos, grande.

—Está bien, probemos con la nota. Tenemos cuarenta y ocho horas para encontrar

a quien tiene retenidas a Azul y a la condesa, y no vamos a desaprovecharlas.

El número trece escrito en la nota correspondía a una casa con más aspecto de palacete venido a menos que de *chalet* especulativo a las afueras de la ciudad. Me eché un par de pasos atrás para observar el segundo piso, y miré también a lo largo de la calle, que desaparecía montaña abajo. Todas las casas eran similares, una verja metálica que daba paso a un pequeño jardín, en algunos casos verdaderos bosques tropicales, tras el cual se levantaban dos plantas de obra con un cierto deje neoclásico. En la planta superior se adivinaba un amplio salón con vistas al balcón que colgaba sobre la estructura, aguantado por unos contrafuertes en forma de ondas. La reja de la puerta, pintada muchos años atrás de color verde, descansaba en sus goznes contra un pilón en el que había un pequeño timbre protegido por una tapita de plástico. La levanté y pulsé con fuerza el botón.

Al cabo de unos minutos, que pusieron a prueba nuestra paciencia, la puerta interior se abrió y apareció una anciana de cabello blanco y rizado, a juego con la casa. Desde el umbral de la puerta nos examinó con detenimiento antes de cruzar, con paso demasiado firme para la imagen que transmitía, los cinco o seis metros de jardín que nos separaban. Aún desde el lado interior de la verja, nos repasó de nuevo.

—¿Mars? —preguntó por fin.

Y antes de que Mars respondiera, introdujo en la cerradura una llave que sacó de su delantal y nos dejó entrar. Allí mismo abrazó a Mars, le propinó un par de sonoros besos y nos guió hasta el interior de la casa. Una vez dentro, dejamos atrás el recibidor y nos encontramos de pleno en una gran sala, lo que debería haber sido el comedor, pero que en realidad se había convertido en una enorme biblioteca. Cientos, miles de libros se apilaban en estanterías que ocupaban todo el espacio, de pared a pared y del suelo al techo, montados sobre estantes móviles que rodaban para dar paso a más libros tras ellos. Una gran escalera colgaba para facilitar el acceso a los niveles superiores. En una de las esquinas de la sala, había una puerta medio escondida. La cruzamos y entramos en la cocina. No era muy grande, pero se apreciaba que allí era donde hacía su vida nuestra anfitriona. A un lado se apretaba una pequeña mesa con una silla, que la señora cedió a Mars antes de desaparecer para volver al cabo de unos segundos con dos taburetes plegables, que dispuso también alrededor de la mesa.

—Seguro estarán cansados, ¿les apetece un café?

Nos habló en español, con un cierto acento francés, pero de perfecta pronunciación. Ambos aceptamos el ofrecimiento. Supuse que alguien vendría a ayudar a la señora en la limpieza de semejante casa. Nos sirvió el café, al que ella se apuntó, en tres vasos de té árabes.

—Dígame, Mars, ¿qué ha ocurrido? Vamos, no se sorprenda de que la conozca, también usted me conoce.

—¿De veras?

—Claro, soy la señora Bouvier, hemos hablado cientos de veces por teléfono. Usted siempre me contesta antes de ponerme con Marie Stewart.

—¡Señora Bouvier! —y Mars se levantó para besar y abrazar a la señora, que parecía más abrumada que feliz por semejante demostración de cariño tardío. A mí también me sorprendió ver a Mars en esa actitud, pero me mantuve en silencio hasta que me presentaron.

—¿Y su amigo es?

—Señora Bouvier, perdone la descortesía. Él es Cècil, un buen amigo de la hermana María. Puede confiar en él.

—Azul, ¿cómo está ella?

Mars explicó que ambas habían desaparecido dejando como única pista una servilleta con su dirección escrita de manera precipitada por la propia Azul, y se la pasó para que la viera. No hizo comentario de la conversación con sus captores, y yo tampoco saqué el tema. La señora ocultó su estado tras un arrugado pañuelo.

—Señora Bouvier, ¿tiene idea de por qué Azul nos envió a usted? —pregunté. La anciana miró a Mars buscando su aprobación.

—Por favor, hable sin tapujos, es un buen amigo de la hermana María y está aquí para ayudarnos. También la condesa confió en él, por eso lo he hecho yo —aclaró Mars en una nueva confidencia.

—No, niños, no sé muy bien por qué la hermana María, Azul, escribió esa nota con mi dirección, pero supongo que tendrá relación con sus últimas investigaciones.

—Necesitamos que nos explique cualquier cosa que nos pueda ayudar en su búsqueda —le pedí.

—¿Conoce usted a Plinio el Viejo, jovencito? —otra bofetada de incultura a la que tuve que responder con una negativa—, ¿y a Roberto de Molesmes?

—Tampoco —contesté con poca voz.

—Roberto de Molesmes fue el fundador de la Orden del Císter —me aclaró Mars.

—¡Exacto! —aplaudió la señora Bouvier—. Roberto de Molesmes aparece en un momento de la historia en el que el hombre había perdido su rumbo, su camino espiritual, e intenta crear un sendero para que lo recupere. Para ello funda una nueva orden, similar a la de los benedictinos, pero mucho más severa y seria, lejos de lo que consideraba una vida de lujo tras las paredes de Cluny. Él lo sabía bien porque era uno de los monjes cluniacenses que vivían en la abadía y que, junto a veinte hermanos más, decidió marchar para retornar a la observancia estricta de la primitiva Regla de San Benito de Nursia. Esos veintiún monjes erigieron una nueva abadía y tomaron, como prueba de su pureza espiritual, los hábitos blancos.

—A diferencia de los benedictinos de Cluny, que visten de negro —aclaró Mars.

—Estos monjes fundaron su abadía en Cîteaux, de donde tomaron el nombre de la

orden, Císter, en 1098, apenas siete años después del nacimiento de Bernardo de Fontaine, que, con quince años, decidió ingresar en la abadía de la que a la postre fue abad. Para que se haga una idea de lo que le digo, estos monjes fundaron la abadía solo tres años después de que el papa Urbano II proclamara la Primera Cruzada y seis antes de que Hugo de Champagne entrara por primera vez en Jerusalén.

—¿Qué nos quiere decir con todo esto? —yo estaba perdido.

—No sea impaciente y escuche. ¿Cómo voy a explicarle tras lo que andaba Azul si no sabe nada de los preámbulos? —Mars sonrió y la señora siguió—. ¿Me ha dicho que tampoco conoce a Plinio el Viejo?

—Ya le he dicho que no, me suena a historiador o filósofo romano, pero nada más.

—Bueno, parece que alguna cosa sí sabe —sonrió doña Bouvier y guiñó un ojo a Mars antes de tomar un sorbo de café para preparar una nueva clase de historia rápida—. En efecto, fue un historiador romano, pero también fue muchas más cosas. Cayo Plinio Segundo, conocido como Plinio el Viejo, nació en la Antigua Roma en el año 23 d. C. y murió el día 24 de agosto del año 79, ¿tampoco le suena esta fecha, cierto?

—No, tampoco —¿qué lío me estaban metiendo en la cabeza!

—Fue el día que el Vesubio arrasó la ciudad de Pompeya. Como le decía, Cayo Plinio fue militar, comandante de caballería para ser más exactos, antes de dedicarse al estudio y al cultivo de las letras. Escribió cientos de crónicas y varios tratados, entre ellos una enciclopedia, de las primeras de la historia, en la que recogió todos sus conocimientos de Botánica, Medicina, Mineralogía, Zoología, y los avances técnicos de la época. Muchas de sus crónicas no han llegado hasta nuestros días, pero sí tenemos constancia de la última que realizó. Lo hizo en forma de carta a su sobrino, Plinio el Joven, en la que describió con detalle la erupción del Vesubio, que a la postre fue la causa de su muerte. Entre los escritos de Plinio y el nacimiento de la Orden del Císter hay mil años de diferencia, y usted se preguntará por qué le he explicado todo esto, ¿me equivoco?

—Pues no se equivoca, la verdad —no podía mentirle. La anciana miró de nuevo a Mars, cómo preguntándole de dónde había salido yo, pero una sonrisa complaciente de ella la animó a seguir.

—En la Edad Media, los trabajos de Plinio fueron tenidos en gran estima. Como sabrá, en esa época de oscurantismo y prohibiciones, los únicos conocimientos médicos y, por decirlo de alguna forma, científicos provenían de la Antigüedad, y estos estaban en manos absolutas de la Iglesia, y más en concreto, de los monasterios y abadías que copiaban incunables en exclusividad. Por ejemplo, uno de estos manuscritos de Plinio, el Códice Vesontinus, sabemos que estuvo en el siglo XI en la Abadía de Besançon, pero después fue separado en tres partes que aparecieron una en Roma, otra en París y la última en Leiden.

—¡El Códice de Vitelio está escrito por Cayo el Viejo! —por fin veía algo claro.

—¡Bravo! Pero es Plinio el Viejo, no Cayo.

—¿Y se puede saber qué hay en él para que haya gente dispuesta a matar por conseguirlo, y qué tiene que ver con los monjes de Cîteaux? —pregunté.

—No lo sabemos. Azul tenía la teoría, que yo comparto, de que en algún momento de la historia el códice estuvo en manos de Bernardo de Claraval, quien hace referencia a él en una carta. Desde entonces, un grupo de personas iniciadas tuvieron la obligación de cuidarlo —hizo una pausa para tomar aire—; sin embargo, en un momento de la historia, su pista se perdió, y las mismas personas que debíamos velar por su cuidado lo buscamos desde entonces. Azul, tras muchos estudios en los archivos del Vaticano, en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles y, por fin, en el Monasterio de San Marcos de Jerusalén, creía haber dado, si no con él, sí con una pista buena.

—La prueba de la existencia física de Dios —dijo Mars.

—Quizá sí o quizá no, quién sabe, Mars —replicó la señora Bouvier—, pero en todo caso algo de una importancia vital en la evolución del hombre, algo lo bastante importante para que el propio Bernardo (que ingresó, como le dije, en la orden con quince años), después de conocer su contenido, utilizara sus influencias con los soldados del Temple para comprobar su certeza. Azul creía que quizá fue Roberto de Molesmes quien presentó el códice al Papa, varios años antes de que llegara a manos de Bernardo de Claraval, y que incluso fue el contenido del códice lo que impulsó al papa Urbano II a ordenar la Primera Cruzada, pero eso es solo otra hipótesis más. En lo que sí estuvimos de acuerdo Azul y yo, después de que me explicara sus hallazgos, fue en que el códice estuvo en la Abadía de Cîteaux en vida de Bernardo de Claraval, antes de —hizo una pausa— desaparecer.

—Entonces, ¿qué contiene el códice? —pregunté.

—No lo sabemos con exactitud, parece ser que Cayo Plinio habla en boca de un personaje, un tal Vitelio, que tuvo acceso a una reliquia en propiedad de una esclava judía. Esa esclava afirmó ante Vitelio, o lo que es lo mismo, ante Cayo Plinio, que su origen era divino. Quizás el mismo Plinio el Viejo consiguió la reliquia y la escondió, dejando las pistas para hallarla en el códice que buscamos. Esa es una de las hipótesis.

—¿Y las otras?

—Hay varias, pero la más cercana a lo que creemos real es que Vitelio solamente hace referencia en el códice a un encuentro con esa reliquia, aunque jamás consiguió hacerse con ella.

—Sea lo que sea, debemos encontrar el códice si queremos ver de nuevo a Azul y a la condesa —intervino Mars.

La anciana se levantó y enjuagó los tres vasos de café. El sonido del agua en el

fregadero devolvió un poco de realidad a la conversación.

—No es sencillo, la otra hipótesis es que el código no existe, y que solo fue una historia inventada por Plinio el Viejo para hacer ver a sus coetáneos la estupidez de tales creencias —dijo la señora Bouvier mientras se secaba con un paño estampado de flores.

Estuve a punto de gritar un bravo por el inteligente Plinio, aunque mantuve mi silencio inquebrantable.

—Pero si lo fuera, si fuera real, ¿por dónde deberíamos buscar?, por favor, señora Bouvier, usted sabe como yo que llevamos muchos años tras él, es imposible que se trate de una invención —continuó Mars.

—Jovencita, cuando llegues a mi edad, comprenderás que nada es posible ni imposible de antemano, y también verás cómo, y espero que no sea tu caso, todo lo que has aceptado como una verdad absoluta se diluye como un azucarillo en un café cuando le ves las orejas al lobo, como dicen ustedes.

—Señora, si existe, debemos encontrarlo, y si no existe, probar que es una invención, pero debemos comenzar ya, necesitamos un inicio, un lugar por el que arrancar. La gente que tiene a Azul ya intentó matarnos una vez, sin éxito, y no creo que ahora tenga la intención de fallar de nuevo —dije.

—Por favor, sabe que la condesa... —comenzó a argumentar Mars.

—¡Marie nunca permitiría que se antepusieran intereses personales en esto! —la cortó—. ¡Ya he dicho mucho más de lo que debería por mi juramento! ¡No me digas qué pensaría o no la condesa!

—¡Así pues es cierto! ¡Usted cree en la leyenda del código! —casi grité—. Le ruego nos ayude, por favor.

—Señora Bouvier, se lo ruego —intercedió Mars.

—Está bien, dudo de que donde Azul no tuvo éxito lo tengáis vosotros, que no sabéis ni qué buscar, pero como os dije al principio, Azul había llegado a la conclusión de que Roberto de Molesmes dejó las pistas del código en la Abadía de Cîteaux, y que su sucesor, Bernardo de Claraval, las continuó fuera de ella.

—¡Como en un juego de pistas! —exclamó Mars.

—Algo así, sí. Un juego de pistas en el que cada persona encargada de velar por él añadió una complicación más, hasta el punto de que, en un momento de la historia, el ovillo se enredó tanto que se perdieron los cabos.

—La mejor manera de desenredar un ovillo es comenzar a tirar del principio, y si ese principio está en la abadía, creo que deberíamos ir allí —me dijo Mars.

Ella y la anciana se besaron antes de marchar.

—Mars, ten cuidado hija mía, ten mucho cuidado. Toma mi tarjeta, en ella está mi dirección de correo electrónico, a veces es el camino más seguro —y antes de que pudiésemos contestar, cerró la verja y se metió en el interior de su pequeño

monasterio.

Yo sabía que la mejor manera de desenredar un ovillo era cortarlo con unas tijeras, pero no dije nada. Un taxi nos llevó hasta el centro de París, a un garaje del que Mars sacó un pequeño Citroën negro que nos llevaría de vuelta a Cîteaux. No creía que el abad se alegrara mucho de vernos...

## Capítulo

*Mont Saint Michel, Francia, año 1090 d. C.*

Hacía frío, demasiado para continuar por más tiempo encorvado sobre el *scriptorium*. Ya hacía más de dos horas que le habían avisado de la llegada del nuncio del Papa, justo antes de que el monte se convirtiera en isla. Había ordenado a los hermanos que lo acompañaran a sus aposentos para aprovechar hasta el último segundo que le regalara la Divina Providencia.

A pesar de contar con poco más de sesenta años, Roberto de Molesmes todavía se sentía joven y Dios no le había concedido el don de la ceguera. Siempre se había admirado de los hermanos bibliotecarios que, mucho después de haber perdido por completo la visión, repasaban sus volúmenes y los archivaban como si vieran con la misma claridad de siempre. Tenía noticias de que también los grandes calígrafos e ilustradores del Sultán infiel eran aquejados del mismo don al llegar al final de sus días. La grandeza de Dios era infinita y a ellos los bendecía con la paz de los recuerdos.

Uno de los monjes subió hasta la torre para comunicarle que el nuncio había abandonado sus aposentos y comenzaba a impacientarse por su ausencia. Roberto de Molesmes suspiró con un largo siseo y cerró el volumen que todavía se repetía en su memoria para no cometer ningún error. En la extraordinaria biblioteca del monasterio se guardaba la mejor conservada de todas las copias de los escritos de Plinio el Viejo, pero allí tampoco había encontrado ninguna referencia. ¿Sería un engaño lo que había caído en sus manos apenas cinco años atrás? No podía serlo, lo había estudiado con absoluta dedicación y método para haberse equivocado, pero ¿y si era solo su orgullo lo que lo impulsaba a creerse con la razón?

Esas y otras dudas lo asaltaban desde que tenía conciencia de memoria. Siempre las dudas y el orgullo, un orgullo tan impropio en un hombre de Dios que le impedía doblar la cerviz cuando sabía que tenía razón, y ahora era uno de esos momentos, solo que si erraba lo pagaría con su vida o con el destierro. No importaba, sabía que estaba en lo cierto. Y el papa Urbano II también, ¿por qué si no lo había enviado a todos los lugares en donde se conocían copias de los escritos del romano?

Hacía quince años que había fundado la Abadía de Molesmes en las tierras cedidas por su familia, y por el bueno de Tescelino el Rojo, que como único pago había exigido que su futuro hijo fuera admitido en la orden. «Tescelino, todo un personaje», rió el abad de Molesmes al recuerdo de su amigo, y comenzó a bajar las escaleras que le llevarían ante el nuncio del Sumo Pontífice. ¡Cómo echaba de menos sus años de ermitaño, entonces todo era mucho más sencillo!

El nuncio lo esperaba en la sala capitular, atusándose el manto frente al fuego que calentaba la estancia. El baile de las llamas convertía su rostro en un espectro que a Roberto le erizó la piel. Era un hombre gordo y de carnes blancas, el extremo opuesto a sus hermanos ermitaños del bosque de Colán, con los que había vivido en total observancia del Evangelio. Vestía finas y caras ropas, de tonos rojizos que evadían todavía más cualquier evocación a la sacralidad del cargo que ocupaba. Junto a él lo esperaban el abad Roger de Saint Michel, un excelente abad según tenía entendido, y varios miembros de la escolta del nuncio. Roberto pidió permiso y se acercó hasta el cardenal Celletti, que como único saludo le extendió un rubí del tamaño de una nuez para que lo besara.

—Su Santidad le envía saludos en Dios.

—Que Él lo ilumine en su camino —contestó Roberto.

El nuncio Celletti se sentó de nuevo en el sillón, frente al fuego, y se acomodó como mejor pudo entre los cojines. El abad de Saint Michel permaneció en pie.

—Abad Roger, las palabras de Su Santidad solo deben ser oídas por nuestro hermano Roberto.

El abad se persignó y aceptó, no sin cierto aire de disgusto, abandonar la sala tras los hombres del miembro de la curia. No le gustaban aquellas intromisiones en su abadía, y menos que fueran secretas incluso para él. Hacía varios meses que había recibido la orden de dejar al abad de Molesmes libertad absoluta en su biblioteca, algo que estaba negado para cualquier hermano, fuera de él mismo y del bibliotecario, pero la orden había venido directamente con el sello del Papa, y no tuvo más remedio que abrir las puertas de todos sus secretos al abad Roberto, a quien no tenía nada que objetar salvo el hecho de que fuera un extraño. Decidió no hacerse mala sangre y los dejó.

—Su Santidad está impaciente por conocer vuestras opiniones, hermano Roberto —estiró la palabra «opiniones».

El abad de Molesmes miró de nuevo al enviado. No le gustaba. Sus modales prepotentes no eran los propios de un seguidor del Mesías, que, como Él mismo había predicado con sus actos, había escogido nacer en un pesebre. No podía imaginar ni por un momento a aquel hombre, cargado con un collar de piedras preciosas y un manto escarlata de la más pura lana virgen, sentado en un establo. De nuevo, un intento por reír de su ocurrencia casi le transfiguró el rostro. Pero ese era el hombre que el Papa había enviado, e incluso su posible sucesor si jugaba bien sus opciones en Roma, así que se armó de prudencia y contestó.

—No, no he encontrado ninguna otra referencia, eminencia —sintió la incomodidad del nuncio y no quiso ni pensar que pudiera ser por no caber bien en el sillón.

—¿Y sigue creyendo el abad de Molesmes en la autenticidad del escrito? —

preguntó el cardenal Celletti.

—Sí —contestó breve Roberto.

—Como bien debéis saber, desconozco a qué escrito os referís, pero Su Santidad me pidió que os preguntara de esta forma y de igual manera me ordenó que si vuestras palabras eran las que acabáis de proferir, me acompañaseis a Roma inmediatamente.

—Como su eminencia ordene —aceptó Roberto, y se retiró.

El viaje a Roma sería largo, lo que le concedería un poco más de tiempo para preparar su alegato ante el Papa. Recordó entonces el inicio de su obsesión, y del mayor descubrimiento de su vida.

Hacía cinco años que un pescador dijo haber encontrado un rollo antiguo, «de mucho valor» según las palabras que escuchó en confesión. Todavía podía verlo, un hombre pequeño y duro como las raíces de un roble, con la piel quemada por largos años de cruzar el Mediterráneo, y el habla confundida de tantos acentos como lugares había vivido. «Se lo traje a usted para que me perdone por mis pecados», eso le había dicho antes de abandonar el rollo frente al confesionario de su pequeño Monasterio de Tonnerre. Supuso que sería algún hijo de la zona que creía purgar pecados lejanos con aquel gesto extraño, así que el entonces abad, Roberto de Tonnerre, aceptó el regalo con escepticismo y otorgó la dispensa al marinero.

Cuando salió del confesionario y agarró el rollo, sintió su longeva edad y se emocionó. Subió corriendo a la pequeña sala que ejercía de biblioteca y lo examinó a la luz de los candelabros. La firma le hizo comprender la importancia del hallazgo, Cayo Plinio, prefecto de Misenum. El escrito lo cautivó de inmediato. Pasó muchas horas a partir de entonces en el estudio del rollo. Medía cuatro palmos de largo con referencias escritas en los márgenes, y su texto estaba caligrafiado con letra minúscula de excelente factura. Una de las anotaciones marginales, «*Naturalis Historia*, V, XV», lo convenció de su autenticidad. La anotación correspondía con exactitud al lugar que debería haber ocupado en uno de los códices que conformaban la famosa enciclopedia del sabio romano.

Pero lo que de verdad lo mantuvo en alerta de vigilia todas aquellas noches fue la lectura del texto: «Al oeste, los esenios se mantienen apartados de la orilla para evitar sus efectos perniciosos. Son una raza solitaria, la más sorprendente del mundo, sin comercio sexual, sin dinero y sin más compañía que las palmeras. Su grupo conserva un número constante de miembros, aunque el tiempo pase, porque reciben a muchos hombres cansados de la existencia a cuyo modo de vida empuja el oleaje de la fortuna. Así, en el transcurso de siglos, el número de dichas gentes permanece constante a pesar de que nadie sea concebido, tan prolífico es para ellos el arrepentimiento de los demás hombres. Al sur estaba la ciudad de 'En Gedí, a la que solo supera Jericó en fertilidad y palmerales, convertida en la actualidad en otro

monumento de muertos. Desde allí a Masada, fortaleza erigida en la roca, que tampoco dista mucho de Asfalto», y así continuaba con la narración de la existencia de un grupo de sacerdotes y «hombres sabios y santos conocidos como 'los hermanos de blanco'», que vivían en comunidad y estricta observancia de la Ley de Moisés. El hallazgo lo tuvo sin comer ni dormir hasta que cayó enfermo, e incluso postrado leía una y otra vez el texto, maravillado de la existencia de esa raza y sobre todo de su modo de vida. ¿Pero quiénes eran esos hombres santos que vivían en comunidad, de los que la Biblia no hacía la menor mención y con los que, sin haber tenido constancia hasta el momento, se sentía como si él fuese uno de ellos?

A la salida del sol, se arrepintió por enésima vez de haber comunicado al Papa, más pendiente de las luchas con el Emperador que de su labor pastoral, el extraordinario hallazgo. Pero qué más podría haber hecho si, sin el consentimiento del sucesor de Pedro, nadie tenía acceso ni siquiera a una sola página de un códice. La necesidad de ese permiso papal fue definitiva para tomar la decisión, y no tuvo más remedio que enviar un mensajero a Roma con sus deducciones. El propio Papa lo hizo llamar a la capital de inmediato al leer su misiva y le obsequió con un salvoconducto que le permitió visitar cualquier biblioteca del mundo cristiano. La única condición fue volver para ratificar o desmentir la existencia de tal grupo de hombres santos. Ese momento había llegado, y Roberto de Molesmes sabía bien que si aseveraba en la existencia real de los esenios sin un aval de peso, su vida valdría lo que tardaran en encender una pira.

Por suerte, el abad guardaba un último secreto, un descubrimiento asombroso que el Papa desconocía por completo, y del que no había encontrado ninguna referencia en los años de búsqueda tras la pista del códice. Un secreto que lo mantendría con vida o le costaría el destierro.

Pero este descubrimiento que esperaba no tener que compartir, en realidad, se había producido por casualidad. Una de las noches que se encontraba enfrascado en el estudio del rollo, lo acercó en demasía al velón para examinar uno de los márgenes y, ante sus asombrados ojos, se dibujó en el dorso del pergamino un texto oculto por la propia mano de Plinio el Viejo, y que el calor del velón había devuelto a la vida.

Consiguió descifrar el nuevo escrito preso de una excitación tal que le hizo desatender incluso sus labores y deberes de abad. Las recién encontradas palabras se mezclaban con las letras escritas a tinta bajo ellas, y su tenue sombra lo obligó a desenredar letra a letra el texto secreto, hasta que al fin consiguió transcribirlo todo a un nuevo pergamino para obtener un resultado que lo dejó al borde del éxtasis.

El texto narraba un episodio en Pompeya, donde el sabio romano había conocido personalmente a uno de los esenios de sus escritos, en concreto, a «*un ser de luz blanca y sabiduría propia del más avezado filósofo, aunque vistiera ropas de esclava*», y que servía a un viejo soldado, un tal Vitelio. Relataba en el texto algunas

de las conversaciones con la esclava, interpretaciones de los escritos de Zenón de Elea y Homero, entre otras, pero también le fueron reveladas al romano las visiones que Yeixú y Yuhana tenían de Dios. ¡Esa esclava había conocido a San Juan Bautista y a Jesús de Nazaret! La emoción le dobló las rodillas y cayó preso de un terror y una excitación como no había sentido en toda su vida. La esenia también explicó que Yeixú era poseedor de los más grandes secretos solo permitidos a los grandes Maestros de Justicia.

Pero no fue hasta el final del relato que el abad Roberto comprendió por qué Cayo Plinio había decidido ocultar la historia mientras meditaba si hacerla pública o no. La mujer, a quien por fin llamaba por su nombre, Mariam, hizo algo tan sorprendente que jamás lo habría creído si no lo hubiese visto con sus propios ojos, *«dejándose vencer por un sentimiento de caridad, desenredó algo en sus manos y devolvió la vida a los cuerpos inertes de sus alumnas, ante el alborozo y sorpresa de su padre, que presenciaba absorto la escena en los restos de la Numiana»*, un objeto que él no llegó a ver, pero que imaginó sería un regalo de ese maestro al que ella llamaba Yeixú.

—¿Estáis listo, abad Roberto? —la voz del nuncio lo devolvió a la realidad. El gordo cardenal lo esperaba a los pies del carruaje que los llevaría hasta Roma.

El camino se tornó pesado por las continuas quejas del cardenal, que era incapaz de encontrar una postura en la que permanecer más de una hora sin solicitar una parada, comida, bebida o desahogo. La llegada a Roma no mejoró el ánimo de Roberto de Molesmes. Esa ciudad hedía. Apestaban sus esquinas a estiércol, animales, orines y gentes, que se hacinaban en calles infestas de ratas.

A medida que subían el monte de San Pedro, el olor iba quedando en el llano, víctima de su propio peso y que le impedía elevarse más allá de aquellas inmundas calles.

A su llegada, fue conducido de inmediato ante el Papa, que lo esperaba sentado al fondo de una estancia con la única decoración de una cruz de madera sobre un hogar que ardía en crepitantes crujidos. A pesar de ser mediodía, unos gruesos cortinajes morados cubrían los ventanales y dejaban la estancia iluminada solo por el fuego y unos cuantos candelabros que se sustentaban con dorados en las paredes. Su Santidad estiró la mano y dio a besar el anillo al abad, que se arrodilló frente a él y lo besó, después se levantó y permaneció de pie. Solamente había un sillón en la estancia.

—Decidme, abad Roberto, ¿qué habéis averiguado en vuestras investigaciones?

—Nada —respondió el abad.

—¿Nada? ¿Afirmáis pues que vuestras anteriores palabras fueron una falsedad?

—Solo digo, Santidad, que no haber encontrado otras referencias al texto es justamente lo que lo hace digno de veracidad.

El Papa se reclinó en su sillón.

—Hermano Roberto, mi vida no será tan longeva como para andar con ardides de bibliotecario, contestad llanamente al heredero de Pedro, ¿os ratificáis en la existencia de un grupo de hombres santos, coetáneos del Mesías, y de los que las Sagradas Escrituras no mienten?

—Sí, Santidad —esa era la pregunta que lo podía llevar directo a una pira, pero el abad de Molesmes contestó con suma paz de su alma.

—¿Sois consciente de las consecuencias de vuestra afirmación? —Roberto de Molesmes inclinó la cabeza en señal de sumisión—. ¿Sabéis que en Vienne y Toulouse han sido ejecutados unos herejes que se denominan a sí mismos «puros y perfectos», y que visten de blanco en comunidades gobernadas por Satanás, muy parecidos a esos esenios vuestros? —dijo el Papa tras santiguarse.

El abad asintió, conocía la historia de esos cristianos que se asentaban en las tierras del Languedoc con el nombre de Bons Hommes.

—Solo nuestro Señor Jesucristo es puro y perfecto —contestó Roberto de Molesmes.

—Es cierto, muy cierto, ¿así que cómo pretendéis que crea esa historia?

—Santidad, no soy yo quien la escribe, sino quien ha tenido la dicha de hallarla.

—¿Y cómo os explicáis que esos hombres a los que llamáis «santos» no reconocieran ni adoraran la llegada del Hijo de Dios?

—Ningún judío lo hizo, Santidad.

Cada pregunta del Papa estaba dirigida a enterrar su descubrimiento bajo el miedo y la ignorancia. No podía permitirlo, se sentía responsable de la memoria de aquellos hombres que mil años atrás habían sentido la misma llamada de Dios que él.

—Hay algo más que debo confesaros, Santidad —debía intentarlo todo para salvarlos, para salvarse.

—¿Confesarme?, ¿acaso habéis cometido pecado, hermano Roberto? —sonrió satisfecho Urbano II.

—No, Padre, pero deseo que esta audiencia tome el rango de confesión a partir de este momento. Si no lo creéis conveniente, me retiraré y aceptaré la penitencia que deseéis imponerme.

¡Cómo se atrevía a poner condiciones al Papa un simple abad de campo! Urbano II se agitó de rabia en su butacón, pero no era un idiota que hubiese llegado hasta allí por precipitarse en sus decisiones. Quedaba claro que el abad no pensaba continuar si no era en esa condición, y nada arriesgaba por escuchar al anciano abad, así que asintió y recitó la fórmula sagrada.

—Dominus sit in corde tuo, ut animo contrito confitearis peccata tua —dijo el Santo Padre.

Roberto de Molesmes se arrodilló a su lado y le besó de nuevo la mano.

—*Tu omnia nosti, Tu scis quia amo te.* Santidad, sí conocieron la llegada del

Mesías —y comenzó a narrarle lo que había descubierto en el escrito oculto de Plinio el Viejo.

El Papa mantuvo un silencio sepulcral hasta que Roberto de Molesmes desahogó su última palabra, y lo absolvió.

—Domine Iesu, Fili Dei, miserere mei, peccatoris.

Ahora comprendía por qué el astuto abad había utilizado el secreto de confesión. Intentaba agotar las pocas posibilidades que le quedaban para salvarse de la acusación de herejía que planeaba sobre todo el asunto, desde la primera palabra del misterioso rollo hasta la última que acababa de escuchar tan sorprendido como asustado. Pero ¿y si existiese realmente un objeto relacionado con el propio de Jesús de Nazaret y capaz de devolver a la vida a quien lo poseyera? Sintió sus manos mojadas, víctimas del sudor frío que recorría su corta espina dorsal. Miró a Roberto de Molesmes, no era ningún estúpido, más bien al contrario, era uno de los grandes eruditos de la orden benedictina, y su expresión denotaba con absoluta claridad que no se trataba de ninguna broma, ¿entonces qué hacer?, si organizaba una búsqueda hasta Jerusalén y resultaba ser falso, perdería toda su credibilidad, pero si era verdadero, si realmente existía lo que acababa de oír de boca del abad, si realmente podía vencer a la muerte, ¿cómo no intentarlo!

—Lo que me habéis relatado es —buscó la palabra correcta— increíble, hermano Roberto. ¿Cómo podéis estar seguro de vuestras palabras?

—Lo que os he narrado es la reproducción exacta del texto descubierto, pero nadie puede afirmar que el romano no mintiera, aunque no veo motivo para contar una mentira y luego esconderla —las palabras del abad estaban cargadas de razón.

—¿Habéis traído el escrito a Roma? Desearía verlo con mis propios ojos.

—No, Santo Padre, el escrito se encuentra a salvo —los ojos del Papa se encendieron de ira—, temí que pudiésemos ser víctimas de algún robo o ataque en el viaje y preferí dejarlo seguro.

—Debo estudiar con detenimiento todo el asunto. Dejadme, abad Roberto, volved a Molesmes y esperad nuevas instrucciones —a pesar de las palabras del Papa, el abad no se movió de su sitio—. ¿Hay algo más?

—Solo el beneplácito de Su Santidad para crear una orden a la imagen de esos hombres y retirarme a la vida entregada a Dios y a nuestro Señor Jesucristo. Sabéis que mis palabras son valedoras de vuestra bondad.

Cuando el abad cerró la puerta tras él, Urbano II ya había tomado una decisión. Rastrearía hasta el último rincón de Tierra Santa si era necesario hasta encontrar esa reliquia, aunque para ello tuviese que derrotar a los musulmanes uno a uno con sus propias manos. Rió de su ocurrencia y poco a poco le fueron apareciendo en la memoria nombres más apropiados para esa labor que él mismo. ¡Iba a necesitar incluso un ejército!

## Capítulo

**E**l sonido intermitente de los árboles inundaba el coche como en una especie de mantra que nos tenía a ambos meditabundos y más preocupados en ordenar nuestros pensamientos que en mantener una animada conversación.

La lección de historia de la anciana me había dejado la cabeza hecha un lío, y después de consultar con mi ordenador portátil todas las enciclopedias virtuales que pude, no me aclaré mucho más. Lo que más me sorprendió de toda la información que conseguí recopilar, sentado en el asiento del copiloto del coche de Mars, fue que en menos de veinte años ocurrieron más cosas que en los setecientos anteriores. Entre la última decena del siglo XI y la primera del XII, nacieron órdenes religiosas, se crearon los Caballeros Templarios, se fundó el Císter, quemaron a los cátaros y se organizó la Primera Cruzada cristiana para recuperar Tierra Santa, más Hermanos Hospitalarios y no sé cuántas cosas más. Aunque era bien cierto que todavía me continuaba sonando a chifladura sectaria, o a *thriller* histórico barato, cada vez me sentía más atraído por ese momento tan particular de la historia.

—¿Has averiguado algo más? —me preguntó de improviso Mars.

—No mucho, la verdad. Tengo la cabeza llena de nombres, de fechas y de sorpresas históricas. Solo que en menos de veinte años ocurrieron más cosas que en setecientos. Pensaba que si las comunicaciones entonces eran complicadas, todo el mundo tuvo que correr mucho para hacer tanto en tan poco tiempo.

—Podrías consultar alguna web que hablara de Cîteaux, quizá nos pueda ayudar.

—También podemos pedir esa ayuda a tu amigo el abad.

—No creo que esté mucho por la labor, ya hizo un exceso ayudándonos con la primera visita de Azul y su posterior convalecencia.

—Está bien, buscaré a ver qué encuentro.

Mars se había soltado el pelo, pero lo había cubierto con una gorra que le sombreaba la cara. También lucía unas enormes gafas de sol que me recordaron un poco a las cantantes de música española, aunque no le dije nada. Aun con la cara medio oculta entre penumbras, tenía algo que me hacía espiarla cuando no prestaba atención.

Conducía ella y se notaba que estaba acostumbrada a hacerlo. Ya me había aguantado un par de veces la pregunta y ahora sentí que era un buen momento para hacerla, así que sin pensarlo me atreví.

—Mars, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, todo lo que se te ocurra que pueda ayudar creo que debemos hablarlo.

—En realidad, quería preguntarte por qué estás metida en todo esto. Tú pareces

una chica normal.

—¿Cómo?

—Perdona, no me malinterpretes, me refiero a que eres —titubeé— una mujer hermosa, inteligente, financiera según tú misma me has dicho, no sé cómo explicarme, yo también soy financiero, y antes de creer en nada debo verlo, sentirlo, olerlo y, si puedo, contarlo. Y tengo la sensación de que tú también eres así, por eso me cuesta comprender qué haces metida en una cosa como esta.

—Muchas gracias por el halago. Insinúas que la gente que cree en algo más que un libro de balances no está centrada. ¿Crees que Azul no está centrada?

La referencia a Azul me dolió. Marcaba de repente una distancia que yo me esforzaba, sin darme cuenta, en limar.

—Claro que Azul está centrada, o eso creía yo, porque después de lo visto, ya no sé qué pensar.

—Pues piensa que es un ser extraordinario del que tuviste la suerte de gozar.

No seguí por ese camino. No comprendí muy bien por qué me dolió su insinuación, ya que además era del todo cierta, pero la realidad fue que escuchar esa frase de su boca me bajó un poco el ánimo. Sin contestar, abrí la tapa de mi ordenador portátil y me conecté de nuevo a la red a través de la tarjeta inalámbrica. Como bien había dicho Mars, sería de utilidad todo lo que pudiese encontrar de Cîteaux, aunque pronto comprendí que no avanzaríamos mucho, ya que en ninguna de las páginas que abrí ni siquiera se hacía mención al complejo que los monjes tenían bajo tierra. Aparecieron más de medio millón de páginas con información de Cîteaux por las que bucear en busca de la historia de la abadía. Al parecer, había sido fundada en el año 1098 por Roberto de Molesmes, junto a dos monjes más, Alberico y Esteban Harding, que habían dejado el monasterio cluniacense de Molesmes, de donde el tal Roberto era abad, porque deseaban seguir al pie de la letra la máxima benedictina de «*Ora et labora*». Caminaron hasta que encontraron un lugar donde alzar un nuevo monasterio y decidieron hacerlo en la antigua Cistercium romana, la actual Cîteaux, de ahí el nombre de la nueva orden. Pero al parecer no fue hasta el año 1115 que un recién llegado, Bernardo de Fontaine, comenzó su expansión por toda Francia, Catalunya, Italia y España. Uno de los primeros monasterios y abadías que fundaron fue Clairvaux, Claraval en español, de donde tomó Bernardo su nombre posterior, Bernardo de Claraval.

La expansión de la orden fue muy rápida y en menos de cuarenta años ya contaban con más de trescientos cuarenta monasterios, disputándose la supremacía con el poderoso Cluny. Lo que más me sorprendió fue la vinculación entre los nuevos monjes de blanco, que vivían en una estricta observancia de pobreza, contemplación y vida de trabajo, y la recién creada, también por aquellas fechas, Orden de los Caballeros Templarios; pero todavía fue más sorprendente averiguar que el tal

Bernardo de Claraval fue quien redactó los estatutos de los famosos Caballeros del Temple, y que también fue él quien los presentó al Papa de entonces para que aprobara la orden. Incluso Bernardo de Claraval, supuse que entre inauguración e inauguración de monasterio, proclamó y predicó por la Segunda Cruzada.

Casi sin darme cuenta, nos había cogido la tarde sin ni siquiera parar a comer. Se lo comenté a Mars y me dijo que no tenía hambre, igual que yo, pero la convencí para hacer una parada y tomar aunque fuera un par de sándwiches. Mientras masticábamos un pan blanco con lechuga y queso, le expuse lo poco que había averiguado de la abadía. No dijo nada, por lo que supuse que toda esa información ya la conocía. Se me hacía difícil moverme en ese terreno, en el que nadie parecía saber nada, y en el que en realidad el único que no tenía ni idea era yo.

—¿Cómo crees que pudo marcar una pista Roberto de Molesmes? —le pregunté.

—No lo sé, tendremos que llegar a la abadía para verlo. Aunque, como bien dijo la señora Bouvier, no será fácil. Azul ya estuvo allí y no consiguió encontrar nada. Después de tanto tiempo será difícil diferenciar qué corresponde a lo original y qué ha sido restaurado. La abadía es ahora un centro turístico de primer orden, miles de personas entran y salen cada mes de ese lugar sagrado, y por eso los monjes viven bajo tierra.

—Pues se han montado un buen chiringuito —contesté—. En Internet no he encontrado ninguna característica especial en la abadía. Hay bastantes referencias sobre los monjes, que si vestían de blanco, que si trabajaban un montón de horas, rezaban otro tanto y apenas descansaban, pero no dice casi nada de la propia abadía. Creo que si Roberto realmente escondió una pista, como dice Azul, debió hacerlo en la propia abadía. ¡Espero que no se le ocurriera enganchar un Post-it a una columna!

—¡No seas tonto!

—No, de verdad. Si Roberto dejó una pista para el tal Bernardo, quizá se lo dijo de palabra, o le entregó un papel, un pergamino, o vaya a saberse qué. Tú debes saber más cosas que yo, vamos, piensa. ¿Dónde os dejáis los mensajes entre vosotras? ¿Cómo lo hacíais antes de tener teléfonos móviles y correo electrónico? ¿Marcas en las piedras, cuadros, pinturas, estatuas, grandes equis pintadas en el suelo?

—La arquitectura de la Orden del Císter es muy simple. No creo que haya nada en las piedras, y pinturas no había. De hecho, no había nada. Solo iglesias con planta de cruz y un gran crucifijo en el altar mayor. En algunas de ellas, las figuras están representadas solo por tres ventanales que representan el misterio de la Santísima Trinidad o la Sagrada Familia, pero no había ni una sola representación, ni estatuas, nada. No es ahí donde debemos buscar.

—Los templarios tenían su propio código en la construcción de sus iglesias. Quizás haya algo de esto aquí también —argumenté.

—Podría ser, aunque no lo creo, porque por lo que he aprendido en estos años,

todas las iglesias cistercienses están encaradas al nacimiento del sol, de modo que con los primeros rayos ya se pudiese utilizar la capilla para orar. No hay iglesias de ocho caras, ni pentágonos, ni construcciones de ese estilo. Aquí todo es mucho más simple, no hay significados ocultos que puedan perjudicar la claridad de la palabra de San Benito.

—No va a ser fácil, la verdad es que no.

Después de casi cuatro horas de camino, el Citroën dejó la autopista y se metió a la izquierda, por esa carretera en la que casi nos matan a Azul y a mí. Un sentimiento de angustia me tuvo paralizado hasta que vimos, todavía a una cierta distancia, la torre de la iglesia de la Abadía de Cîteaux. Mars propuso aprovechar las últimas horas de sol de la tarde y yo estuve de acuerdo. Después, encontrásemos la pista o no, iríamos a Dijon en busca de un hotel en el que pasar la noche. Esa idea me pareció mucho más acertada que dormir de nuevo entre aquellas paredes.

Cuando dejamos el coche en el *parking* de turistas y entramos, lo hicimos en silencio con el último grupo que visitaba la abadía esa tarde, como un par de novios caídos de la nada en busca de un poco de cultura medieval. Mars no se desprendió de su gorra ni de las gafas, a pesar de que el sol ya no era ninguna molestia. Cuando me dio otra gorra para mí, comprendí que su intención era pasar inadvertidos tanto como fuese posible. Tampoco debía resultar muy difícil, pues los monjes, de no haber problemas, jamás se mezclaban con los turistas, solo alguno de ellos que bajaba de manera furtiva para dejarse fotografiar con los muros medievales de fondo. El guía era un chaval que haría muy poco que tendría permiso legal para conducir o votar. «Algún estudiante de Arte», me dijo en un susurro Mars, «no creo que le podamos preguntar nada», a lo que yo asentí.

Entramos por la puerta principal y el joven, que se presentó como Tintín asegurando que ese era su verdadero nombre, comenzó el recorrido de la antigua abadía. El comedor, la iglesia, la biblioteca, la cocina..., Mars y yo mirábamos todo con precisión de orfebre y de tanto en tanto nos echábamos una ojeada entre nosotros por si alguno había descubierto algo, pero nada de nada. Además, todo aquello estaba más reconstruido que un parque temático. ¡Aunque Roberto de Molesmes hubiese dejado una pista, sería imposible encontrarla! Continuamos en silencio el resto de la visita, cada vez más abatidos, hasta que después de visitar los antiguos dormitorios, o mejor dicho, el lugar donde estuvieron los antiguos dormitorios, bajamos al atrio. La última lección de Tintín consistió en explicar la situación de la abadía sobre el territorio. Cogió una rama del suelo y dibujó una cruz ancha y un sol en una esquina. Como bien había dicho Mars, el sol salía justo por la parte trasera de la iglesia, para que sus primeros rayos la iluminaran a primera hora de la mañana, y se ponía justo por el umbral de la puerta principal, para aprovechar todo el recorrido del astro. Al parecer esto era habitual en las iglesias de la orden. También explicó que la hermosa

fuente del atrio en realidad era un lavamanos. Yo sabía que cuando llegaba a esa fase de la explicación, la visita se daba por finalizada.

Mars me agarró del brazo y, como el resto de los turistas, comenzamos a deambular por el atrio.

—Allí nos sentamos cuando nos conocimos, ¿recuerdas? —me dijo—. Parecemos abuelitos recordando nuestros tiempos de novios. Ven, aprovechemos para repetir los viejos tiempos —esbozó una sonrisa.

Y nos fuimos los dos caminando despacio, pero con la urgencia y la frustración de quien debe entregar un trabajo y no solo no lo ha comenzado, sino que ni sabe sobre qué va a versar. Yo me senté bajo el mismo arco que la primera vez, y ella lo hizo a mi lado. Me hubiese gustado fumar en un momento así. El tabaco es una buena coartada cuando no tienes de qué hablar ni qué hacer, pero yo no fumaba, así que empecé a mover la cabeza a un lado y a otro, como en un pequeño ataque de autismo. Entonces lo recordé.

—Mars, me dijiste que los monjes cistercienses no decoraban sus iglesias, ¿verdad?

—Así es —respondió.

—¿Y sus atrios?

—Tampoco, bueno, no lo sé muy cierto. Supongo que si no decoraban los interiores, tampoco lo harían con el exterior, pero ¿a qué viene esa pregunta?

—Mira —y señalé el capitel que recordaba, el único que tenía un motivo en lugar de las terminaciones insulsas del resto.

—¿Crees que pueda tener relación con el códice? —me preguntó.

—Pues no lo sé, claro, pero es la única cosa que se sale de guión en toda la abadía, por lo menos en la parte que yo conozco.

Nos acercamos a mirarlo más de cerca y, mientras Mars vigilaba que no me viera nadie, me encaramé al muro y me puse de pie para observar el capitel. A diferencia de todos los demás, este estaba grabado con un grupo de tres monjes que caminaban encorvados, cargados con algo parecido a balas de paja, mientras que otro, totalmente erguido, señalaba en dirección contraria. El sol comenzaba a ocultarse por la parte norte de la abadía y el capitel quedaba a la sombra, un poco en penumbra, así que encendí la luz de mi teléfono móvil para examinarlo mejor. Al chorro de luz blanca del ingenio electrónico, vi algo que me sorprendió. No comprendí la señal en ese momento, pero supe que era buena y bajé.

—Esta es la clave —le dije a Mars.

—¿Cómo lo sabes? Quizás ese grabado sea posterior a la época de Roberto de Molesmes. Deberíamos consultarlo con alguno de los monjes conservadores.

—No creo que sea necesario, te digo que es la pista que buscábamos. Ven, caminemos —y Mars me siguió bastante confusa ante mi rotundidad.

—¿Te has convertido de golpe en un experto arqueólogo o historiador? —me preguntó.

—No, claro que no. ¿Qué os contó Azul sobre sus investigaciones en la abadía?

—Ya te lo dije, no pudo finalizarlas porque el jueguito de la subasta las interrumpió.

—Pues creo que os mintió.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, Mars. Creo que Azul os mintió. Ven, vamos hasta el patio —y la guíé hasta el mismo lugar donde el guía había dibujado apenas unos minutos antes el plano base de la iglesia. Entonces cogí un palo y dibujé yo—. ¿Conoces este signo?

—No. Parece una especie de "L".

—Sí, algo así. Es la "L" de Luali, ¿sabes qué es?

—No.

—Es la firma de Azul.

—¿Y qué tiene que ver esa firma con esto? —preguntó Mars.

—El dedo del monje del capitel tiene esta letra escrita a lápiz. Azul firmó en él.

—¡Vaya! ¡Eso sí que es una sorpresa!, no tenía ni idea de que hubiese descubierto algo.

—Quizá no estaba segura —me encogí de hombros— y quería hacer alguna comprobación más antes de comunicaros la noticia. Pero no tenemos nada más, y tengo la corazonada de que vamos bien. Ahora solo debemos descifrarlo. ¿Tienes idea de por qué Azul pudo marcar ese capitel o qué significa?

—No, no tengo ninguna idea. La verdad es que estoy bastante desconcertada. ¿Qué pueden significar tres monjes trabajando y uno que no lo hace?

—Lo normal sería que los cuatro trabajaran, ¿no? —pensé en voz alta.

—Sí, esa es la máxima de la orden, «*Ora et labora*», si no trabajas debes estar en oración, no con el dedo señalando hacia cualquier sitio.

—¡Repíte eso! —grité.

—Pues que si no trabajas debes orar, «*Ora et labora*» —repitió Mars.

—No, no, eso no, lo otro, lo de señalar.

—¿Qué, que no es normal que un monje señale a cualquier sitio?

—¡En efecto! Dame las llaves del coche y espérame aquí.

Y me fui corriendo hacia el coche. Al cabo de un par de minutos, regresé. Si no estaba equivocado, era posible que hubiésemos descifrado la primera pista.

—¿Qué es eso? —me preguntó Mars.

—¡La guía de carreteras! El monje no señala a cualquier sitio, señala al sitio. Señala a la siguiente pista, por eso Azul marcó el índice. Si eso no fuera lo más importante del capitel, habría marcado otro lugar, o ninguno, o habría hecho una marca en la columna, pero no, firmó con su logo secreto de adolescencia en el dedo

índice del monje. Ayúdame —le dije, abriendo la guía de carreteras por la página en que se encontraba Dijon—, déjame un bolígrafo.

Y con la ayuda de Mars, partimos la página en cuatro partes, trazando dos líneas de derecha a izquierda y de arriba abajo para dividirla en una cuadrícula. Después, conseguimos dibujar la abadía en el mapa orientándola como realmente estaba construida. Seguimos con un poco de cálculo mental e intuición y dibujamos en qué lugar de la abadía se encontraba el capitel, para lanzar una línea imaginaria que saliera del dedo índice del monje. La línea se levantaba en el mapa en un ángulo de unos quince grados hacia la izquierda de la perpendicular que habíamos dibujado al inicio.

—¡Aquí está! —gritó Mars.

—¿El qué? —pregunté.

—No es exacto, pero nuestro dibujo tampoco, así que seguro que esto es lo que señala el monje —y trazó un círculo con el bolígrafo sobre un pueblo al que casi traspasaba nuestra línea imaginaria—, ¡Bar-sur-Aube! ¡Aquí es donde Bernardo de Claraval fundó su abadía! ¡Esto es Claraval!

—¿Dónde? —todavía no veía nada de eso en el mapa.

—¡Clairvaux! Esta es la forma francesa de Claraval.

—Llegaremos de noche —le dije.

—¿Y eso es acaso importante? —contestó—. ¡Corre, no podemos perder tiempo!

La cada vez más escasa luz del sol nos obligó a encender las luces del vehículo a los pocos kilómetros, pero todavía era suficiente para observar el majestuoso paisaje por el que nos adentrábamos en nuestra búsqueda a contrarreloj. Bar-sur-Aube era la población más cercana a Claraval, y Mars decidió hacer noche allí. Era una pequeña ciudad en la región de Champagne, lo que era recordado casi en cada cruce con avisos y señales plagados de iconos de tapones de corcho y copas entrechocándose en brindis imaginarios y perpetuos. Durante todo el camino, había puestos de venta ambulante, recogidos ya a esas horas bajo lonas de color azul, y restaurantes en los que degustar el vino acompañado de los platos típicos de la zona era poco más que una obligación.

Cuando por fin llegamos a Bar-sur-Aube, comprendí el significado de su nombre. La población estaba afincada sobre el río Aube, que la cruzaba como un navajazo. El centro del pueblo era muy parecido al de todos los pueblos franceses. Precioso. De una pulcritud y una conservación perfectas. A cada lado de la calle principal se levantaban antiguos palacetes y casas del siglo pasado, pintadas de blanco con hermosos carteles que anunciaban los productos o servicios que allí se ofrecían, pero con el agravante de que el río las reflejaba para mayor goce del viajero. En cada esquina colgaban de las farolas grandes jardineras con flores multicolores, y las rotondas estaban decoradas con figuras de césped y flores. Me hubiese encantado

llegar de día para verlo mejor, pero la realidad es que ya era casi noche cerrada y si no conseguíamos pronto un lugar en el que cenar, nos quedaríamos sin hacerlo. Por más hermoso que fuera ese pueblo, a las ocho de la noche se cerraba hasta el último comercio.

Encontramos un hotel a escasos minutos del centro que nos aseguró que su cocina era de las mejores de la zona, así que, contentos como estábamos por nuestro osado descubrimiento, aceptamos las condiciones y nos quedamos allí. Como nos había asegurado el orondo recepcionista, la cena fue excelente y el *champagne*, que solo bebí yo, también. Aprovechamos la cena para poner un poco de orden a la locura de ese día, que había comenzado en Ámsterdam y que estaba a punto de concluir en el corazón de Francia. Después de relatar todo lo acontecido, me atreví a preguntar a Mars.

—¿Por qué crees que Azul no os dijo que había encontrado la pista?

—No lo sé, Cècil, le doy vueltas a eso desde que me lo dijiste, y no encuentro la respuesta. Se me ocurre que quizá se lo dijo a la condesa, pero me extrañaría porque algo así lo habría compartido conmigo. A lo mejor no con el detalle exacto del descubrimiento, pero sí que había hallado algo. Quizás Azul no había comprendido el significado del capitel.

—No lo creo, Mars. Si así fuese, no habría firmado el dedo índice.

—Quizá descubrió que señalaba algo, pero no supo qué —argumentó Mars.

—A nosotros nos ha costado un segundo averiguarlo, y no disponíamos más que de una guía de carreteras y un bolígrafo. No creo que Azul sea más idiota que nosotros.

—No, tienes razón. No sé por qué guardó silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —cambié de tema—. Cuando te conocí, pensé que eras venezolana o algo así, pero no estoy seguro.

—Soy colombiana, aunque en realidad ya no soy de ningún lugar. Junto a la condesa y las hermanas, comprendí que nunca se es de ningún lugar concreto, sino de todos, porque todos los lugares son el mismo. Las separaciones las hemos hecho los hombres y las mujeres para aislarnos de los demás. El Dalai Lama dice que por más que se esfuerza en buscarlas, jamás ve desde los aviones las líneas de las fronteras entre países.

—El Dalai Lama lucha por recuperar el país del Tíbet —le dije.

—Bueno, solo uno fue perfecto, el resto debemos conformarnos con ser humanos.

—Creo que esta conversación es demasiado densa para mi estado de cansancio. ¿Qué te parece si hacemos un plan de trabajo para mañana y nos vamos a dormir? —además, las sillas del restaurante, que eran muy bonitas y apropiadas a la decoración rústica del hotel, me estaban destrozando la espalda ya maltrecha por tanto trote.

—Está bien. He cogido este folleto en la recepción. Yo conozco bien Cîteaux y

algunas otras, pero Clairvaux no la he visitado nunca.

Y me enseñó un tríptico de la Abadía de Clairvaux, o de lo que quedaba de ella, porque nuestro ánimo se desinfló a medida que leíamos las cuatro referencias que allí se publicaban. Al parecer, la abadía había sido fundada en el año 1115 por Bernardo de Fontaine que, como ya sabíamos, cambió su nombre después de ser abad de Clairvaux, o Claraval. Todo un héroe local. Pero lo que nos dejó abatidos fue saber que de la iglesia originaria apenas quedaban restos de uno de sus muros. Si allí había existido alguna vez una pista, esta habría desaparecido hacía varios siglos.

Por la mañana, nos levantamos temprano y, después de tomar un par de *croissants* recién sacados del horno, nos fuimos a la Abadía de Claraval. Pocas esperanzas teníamos de encontrar algo, y la desesperación se leía en la cara de Mars, que lucía unas ojeras terribles.

—¿Has vuelto a llamar al número de la condesa? —le pregunté mientras subíamos al coche.

—No, lo he pensado durante toda la noche, pero no me he atrevido.

—Está bien, creo que así es mejor. Si les llamamos, pensarán que estamos asustados o perdidos.

—¿Y no lo estamos?

—Claro que sí, pero creo que es mejor que ellos no lo sepan. Me parece mucho mejor avanzar en lo que podamos y, hasta que no estemos del todo perdidos, no acudir. He estado pensando y no creo que les vayan a hacer ningún daño. Si lo que quieren es el código y atacan de esta forma es porque no tienen ni idea de dónde buscar, así que solo nos meten miedo para que nosotros hagamos el trabajo sucio. Por eso creo que no se atreverán a hacerles daño a Azul ni a la condesa hasta que tengan lo que quieren. Estate tranquila —le dije, dándome a mí mismo una confianza que pocos minutos antes yo tampoco tenía.

—Cècil, ¿crees que Azul averiguó algo más?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que sí avanzó más allá de Cîteaux. Si encontró esa pista y no dijo nada, quizá también encontró alguna más, ¿no?

—Puede que sí. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Unos seis meses, creo.

—¡Seis meses! —exclamé—. Nosotros, que no sabíamos ni qué buscábamos, encontramos la primera pista en un santiamén, imagina qué puede haber encontrado ella que es experta.

—Es todo un poco extraño —me dijo justo antes de bostezar.

El Citroën sorteaba los campos de vides como en una película de Louis de Funès. La Abadía de Clairvaux no era tan extensa como la de Cîteaux, pero en absoluto era un monasterio abandonado en lo alto de una loma. Era una construcción enorme,

rodeada de campos de cultivo que, según decía el folleto del hotel, habían pertenecido a la abadía. El mismo río Baune la cruzaba de norte a sur, y sus grandes edificios se habían reconvertido en una prisión desde el año 1808. Decía también el folleto que estaba permitida la visita a algunos lugares, incluido un pabellón de la prisión. La iglesia primigenia, de origen romano, había sido demolida a principios del siglo XIX, pero todavía se podían visitar algunos muros del primer Clairvaux, ya que al parecer la abadía había sufrido después de su fundación dos grandes ampliaciones: una primera en el año 1135, de la que quedaba solo el edificio de los conversos, y otra más tardía de estilo renacentista, de la que se conservaba el gran claustro. No eran datos muy halagüeños, la verdad.

Cuando llegamos, apenas eran las nueve de la mañana, pero tuvimos suerte de hacerlo justo para la primera de las tres únicas visitas que estaban permitidas al día. En el gran patio frente a la abadía se había congregado un grupo de turistas, casi todos jubilados franceses y un par de familias con niños en edad de molestar. Compramos dos boletos en la taquilla y nos unimos al grupo de curiosos como un par más. La parte de la prisión estaba bien separada por una valla metálica vigilada por la Policía, que indicaba con claridad que esa zona no formaba parte de la visita turística. La guía, una mujer embutida en unos *jeans* dos tallas más pequeños, preguntó si todo el mundo entendía bien el francés. Yo le dije que si tenía la posibilidad de hacer la visita también en español le estaríamos muy agradecidos y, ante la perspectiva de una buena propina, ella nos saludó con un «Buenos días y bienvenidos a la Abadía de Claraval» en perfecto castellano.

La visita no fue muy extensa, apenas nos mostraron un claustro que nada tenía que ver con el de Cîteaux, mucho más moderno y de clara construcción posterior a la Edad Media, y el dormitorio de los conversos, lo único que quedaba del siglo XII. Nos explicó la guía también que en su pleno apogeo la abadía contaba con una cuarentena de establecimientos agrícolas, vitícolas, forestales e industriales. El dormitorio que visitamos era el ocupado por los conversos, seglares a la orden de los monjes. Mientras estos se dedicaban a las tareas cotidianas, los monjes se especializaban en la copia de manuscritos. Cuando comentó este aspecto, Mars y yo nos miramos, pero enseguida nos aclaró que nada de eso quedaba ya allí. La visita también contaba con un par de graneros reconstruidos de la época que nosotros preferimos ignorar.

—Aquí no queda nada —le dije a Mars un poco desolado.

—Han pasado muchos años, era normal que en un momento u otro la cadena se rompiera. Por eso es tan difícil encontrar el código.

—¿Les ha gustado la visita? No acudieron a ver los graneros, son muy interesantes —nos abordó la voz con fuerte acento francés de la guía, que sin duda vendría a recoger la prometida propina.

—Sí, es muy interesante, pero nosotros buscábamos algo en concreto y creo que hemos equivocado el lugar, o mejor dicho, el tiempo para buscarlo.

—Vaya, ¿y se puede saber qué es eso que buscan? —nos preguntó ella.

—Algo originario de la época de la fundación, del propio Bernardo, o de su época.

—¿Manuscritos? —preguntó de nuevo.

—Bueno, quizá sí —respondió esta vez Mars.

—La biblioteca de Claraval fue llevada a Troyes y aquí no quedó nada.

—Parece que la vida de la abadía no ha sido fácil a lo largo de los años —argumenté.

—No, no lo ha sido. Después de la Revolución, fue vendida por partes y albergó una papelera, una fábrica de cerveza y una vidriera. Negocios muy apropiados para este lugar.

—¿Apropiados? —pregunté.

—Sí, porque la abadía está asentada sobre canales de agua provenientes del Baune, y en esos tres negocios el agua es necesaria.

—¿Canales naturales? —preguntó Mars.

—Algunos sí, otros fueron tallados por los monjes al inicio de la construcción para llevar agua a los molinos, las habitaciones, el comedor, y a algunas dependencias más de la abadía hoy desaparecidas. Los monjes del Císter necesitaban constantemente del agua.

—¿Y estos canales se pueden visitar? ¿Queda alguno todavía en condiciones? —preguntó de nuevo Mars.

—Se conocen unos cuantos. El principal, y que se encuentra en mejores condiciones, es el que se cree que llegaba incluso hasta las habitaciones que ocupó el propio Bernardo, pero está cerrado por el peligro de desprendimientos.

—Comprendo, sería terrible que un grupo de turistas quedara atrapado allí. Sin embargo, ustedes, los maestros de arte, los historiadores y amantes del lugar —se encendieron las retinas de la guía—, sí que deben haberlo visitado —continuó Mars por un camino cuyo final yo comenzaba a ver.

—Claro. En nuestra graduación, hicimos un viaje completo por ellos. No son muy interesantes, solo un par de cruces y algún escudo grabados en la pared del final de ese corredor que les decía y nada más. El resto, humedad, polvo y oscuridad.

—¡Pues a mí me parecen fascinantes esos canales secretos! —intervine—. ¿Y desde dónde se accede a esos canales? ¿Desde muy lejos?

—No, en absoluto, desde el claustro renacentista. Saben, es curiosa esta conversación, hace pocos meses una chica que parecía ser estudiante de Arte Medieval también se interesó por esos subterráneos. Supongo que tanta novela trufada de mentiras sobre los mitos de la Edad Media está causando sensación —la

miramos los dos sorprendidos.

—Bueno, ya sabe usted, la juventud, la ignorancia —dijo Mars como si nosotros no hubiésemos hecho exactamente lo mismo—. Le agradecemos mucho su atención, es un lugar hermoso y fascinante —y le deslizó un billete de cincuenta euros que la guía guardó de manera increíble en el bolsillo de sus pantalones.

Seguí a Mars hacia fuera.

—¿Cómo sabías lo de los subterráneos? —le pregunté mientras bajábamos a toda velocidad hacia Dijon.

—Me llegó una factura de equipos de espeleología hace apenas unos meses, justo cuando Azul estaba aquí —me miró y, por segunda vez, me sonrió.

## Capítulo

**M**ateo Montalbán odiaba los países del este de Europa, en especial su espantoso clima de extremos. Ahora hacía calor, un calor que lo golpeó sin piedad al bajar del avión de Marco Santasusanna en el Aeropuerto Internacional de Sibiu, donde ya los esperaba una limusina del grupo. A través de Rumanía distribuían toda la ropa, el acero y los bienes de servicio que cruzaban de la Europa del Este a la Europa occidental. Era un país sencillo de manejar a nivel político, y esa situación favorable había hecho de la antigua colonia romana un núcleo de distribución importante para sus empresas. A través de su aeropuerto y sus carreteras, pasaba más de un billón de dólares del grupo en productos terminados y materias primas. Por allí llegaba el acero de Turquía y de Rusia, y tenían una de las mayores plantas de ropa *prêt-à-porter* de toda Europa. También Juan de la Vega distribuía desde allí su tabaco a todos los nuevos fumadores, ávidos de parecerse a los anuncios de televisión.

El reactor se escondió entre rugidos en el hangar privado, mientras la limusina con los cuatro hombres corría por la carretera parcheada en busca de las afueras de la reconstruida ciudad. Tras su vehículo blindado, corría otro enviado por el Negro con hombres de su confianza y que debían velar por la seguridad de sus jefes.

El almacén de Lunna Co. estaba a pocos kilómetros del aeropuerto antes de llegar a la ciudad, por lo que en solo unos minutos se encontraron con la figura imponente del Negro, que a pesar del calor reinante, vestía como un esquimal. Su exceso de ropa magnificaba todavía más su impresionante presencia.

—Por aquí —les indicó, y los cuatro hombres lo siguieron en silencio.

El Negro atravesó la planta repleta de mujeres vestidas con batas azules que cortaban, planchaban y cosían a destajo las prendas que poco después se venderían en las mejores tiendas de las capitales mundiales. Tras él, iban Lucas Joswiack, Juan de la Vega, Marco Santasusanna y Mateo Montalbán, protegidos por dos hombres armados que cerraban la comitiva. Bajaron por unas escaleras laterales a la fábrica y entraron en una nueva nave que ejercía las funciones de almacén distribuidor. Lo cruzaron para acceder a un nuevo edificio situado unos metros debajo del suelo, el cuarto de ordenadores y luces, donde un fuerte zumbido les obligó a acelerar su paso hasta una habitación custodiada al fondo del pasillo.

Sentado en una silla de plástico blanca, los esperaba un hombre que de inmediato se levantó y les abrió. Los dos hombres armados se quedaron fuera. La sala, que se utilizaba de estudio fotográfico para catalogar las novedades de la fábrica, era de interior sencillo, apenas una mesa y seis sillas de plástico como las del vigilante, dos

fluorescentes en el techo y un ventilador que crujía en cada vuelta de sus aspas. Al fondo se apilaban un par de focos y varios rollos de telas de colores apoyados contra un gran espejo, tras el que se podía seguir lo que acontecía en el estudio. Marco Santasusanna miró a su alrededor asqueado por tanta fealdad, pero no dijo nada. No había ventanas, ni más salidas que la puerta por la que acababan de entrar. El Negro apartó una silla para cada uno y se quedó de pie con las manos cruzadas tras su poderosa espalda.

—¿Han dicho algo? —preguntó Mateo Montalbán.

—No, señor.

—¿Están bien? —fue ahora Santasusanna el que se interesó.

—Han sido tratadas como me dijeron.

—Muy bien. Por favor, explícales tú mismo cómo diste con ellas —le pidió Lucas Joswiack, y el Negro les relató cómo había hallado la furgoneta, seguido la matrícula hasta una casa de alquiler y, desde allí, el rastro de la tarjeta de crédito que lo había llevado hasta la clínica en donde encontró a Azul y a la condesa.

—¿Han vuelto a llamar? —preguntó de nuevo Montalbán.

—No, repetí sus instrucciones tal como me ordenaron, y el teléfono —señaló a una esquina en la que se encontraba un pequeño móvil enchufado a la corriente— no ha vuelto a sonar.

—Bien. ¿Ordenaste que localizaran las llamadas que se recibieran? —preguntó Joswiack.

—La compañía Romtelecom ha sido advertida de nuestro interés. La próxima llamada se grabará y localizará al instante.

—Bueno, creo que todo está como queríamos, ¿no? —dijo De la Vega en su primera intervención—. Quizá deberíamos salir y esperar a que nuestras invitadas nos sean presentadas.

—Vamos allá —pidió Joswiack.

Los cuatro hombres pasaron al otro lado del espejo armados con una silla cada uno. Estaban impacientes por conocerlas, por verlas, por escuchar lo que tenían que decir, y nerviosos por si la colaboración debían forzarla, algo que, especialmente a Marco Santasusanna, les repugnaba.

No tardaron mucho en ver satisfecha su curiosidad. A los pocos minutos, entraron en el estudio dos mujeres de un empujón y, tras sentarlas en sus sillas, el Negro cerró la puerta. Ambas llevaban una especie de saco sobre la cabeza. A Juan de la Vega le recordaron a dos rapaces cubiertas antes de la cacería, solo que esta vez las presas eran ellas. Empezó el Negro por destapar la cabeza de la más joven, treinta y pocos años, que andaba con un brazo en cabestrillo. Los cuatro hombres se miraron, no tenían ni idea de quién era. Después le tocó el turno a la otra mujer, y Juan de la Vega no pudo evitar un grito al reconocer aquella cara.

—¿La conoces? —casi preguntaron los otros tres al unísono.

—¡Es Marie!

Todos conocían a Marie por boca de su compañero, aunque no la habían visto nunca. Ella fue el precio que tuvo que pagar el californiano por pertenecer al clan. Juan de la Vega había entrado cuando apenas era un chaval de veintitantos años y una adolescente Marie era entonces, por decirlo de alguna forma, su novia. Él nunca lo reconoció, pero los primeros meses de pertenecer al grupo siguieron viéndose a escondidas de sus socios, hasta que al final tuvo que decidir por uno u otro camino en la vida y escogió el que ahora se encontraba al otro lado del espejo. Un torbellino de recuerdos y emociones lo agitaron en aquel cuarto claustrofóbico en el que jamás hubiese pensado hallarla.

El Negro, ajeno a los sentimientos del otro lado del espejo, apartó con tranquilidad su silla y se sentó frente a las dos mujeres. Seguramente sería un día largo, así que lo mejor era tomárselo con calma.

—¿Dónde estamos? —preguntó la condesa.

—Soy yo quien hace las preguntas, señora.

—Ningún matón me habla así —le recriminó Marie Stewart.

El Negro se giró hacia el espejo. Si alguno de aquellos hombres tenía algo que decir, golpearía desde el otro lado, pero no fue así en ese momento, así que el Negro se levantó con ademanes cansados de su silla y se plantó frente a la condesa.

—No se equivoque, mamita, aquí usted está de más y si es un poco *smart* colaborará —Marie Stewart escupió a la cara del hombre e intentó abofetearlo, pero el Negro la agarró por el pelo y estrelló su rostro contra la mesa de plástico.

—¡Qué haces, salvaje! —gritó entonces la otra.

—No te preocupes, que también habrá para ti —le contestó el Negro sin inmutarse y volvió a su silla—. Está bien, ¿quién de las dos mandó matar a Nothos?

Las dos mujeres se miraron. Marie Stewart sangraba por la nariz del golpe y sentía el gusto caliente y dulzón entrando en su paladar por las comisuras de la boca. Ninguna de las dos sabía que aquel bastardo se llamara Nothos, pero sabían muy bien de quién hablaba aquel animal que apenas cabía en la silla.

—Señoras, de ustedes depende que esto sea rápido y sencillo, o lento y doloroso.

—Mis amigos saben que estoy aquí y no pararán hasta dar con tus huesos en el mismo hoyo que ese bastardo —lo amenazó la condesa.

Cuando el Negro se levantó de nuevo, Juan de la Vega sudaba, sudaba el dolor que le iban a infligir a ella; la agarró por el pelo y echó con fuerza su cabeza hacia atrás. La condesa intentó zafarse agarrándose a los brazos del gigante e incluso consiguió alcanzarle con un par de patadas que él apenas pareció sentir. Casi no tocaba el suelo de la fuerza con la que el Negro la tenía agarrada. Intentó golpearlo de nuevo, pero entonces sintió un golpe en su oído que la lanzó contra el suelo presa de

un dolor agudo como jamás había sentido. Hasta ese momento no había tenido miedo, mas entonces lo sintió como un roedor mordiendo cada célula de su cuerpo. Azul corrió hacia ella y el Negro, antes de que se acercara, la golpeó con una patada que la mandó a un par de metros del cuerpo de la condesa.

—¡Hijo de puta, está convaleciente! —gritó Marie Stewart, que consiguió llegar hasta Azul de rodillas.

Las dos mujeres se abrazaron en un ovillo de pánico mientras el Negro se sentaba de nuevo en su silla a esperar que ellas hicieran lo mismo.

—¿No te parece un poco bestia? —dijo un tanto asqueado Santasusanna. De la Vega estaba blanco y tenso como la piel de un tambor.

—Bueno, solo está acostumbrado a tratar a las mujeres de dos formas, y creo que esta es la que más le gusta.

—Dile que no las golpee más —dijo Juan de la Vega con un hilo de voz.

—Estoy de acuerdo, es capaz de matarlas y no sacaremos nada —lo secundó Montalbán.

—Está bien —y Lucas Joswiack golpeó un par de veces el cristal para que el Negro se acercara—. Suavito —le ordenó.

Se acercó de nuevo a las dos mujeres que, en previsión de un nuevo golpe, recularon hacia la pared arrastrándose por el suelo, pero el Negro las cogió y las sentó de nuevo en sus sillas.

—Volvamos al principio, ¿quién de las dos mató a Nothos? —preguntó otra vez el Negro.

Un par de golpes en el espejo lo llamaron de nuevo.

—Déjate de pendejadas y pregúntales por el código, ¿qué coño nos importa a nosotros esa vaina? —le ordenó Joswiack.

—Está bien, volveremos al tema de Nothos más tarde. ¿Dónde está el código?

—¿Por qué no les dice a sus amigos que salgan y nos lo pregunten ellos? —lo desafió Marie Stewart.

—Mamita... —el Negro resopló.

—No soy su madre, no creo ni que usted sepa quién es.

—Mamita, colabore, piense que nuestros invitados pronto se marcharán y ustedes se quedarán aquí conmigo, así que díganme lo que deseo saber de una puta vez.

—No lo sabemos —contestó Azul.

—¡Claro que lo saben, ustedes quisieron comprar esa mierda!

—Ja, ja, ja —rió la condesa—, veo que sus fuentes son todavía peores que sus modales. Todo fue un montaje de la Policía, que seguro estaría encantada de saber de su interés.

—La Policía, mamita, no está ni siquiera en el país.

—Es cierto —dijo Azul con una voz que apenas alcanzaba a salir de su boca—.

No existe ese códice, pueden comprobarlo —sintió cómo la mirada del Negro la desnudaba una vez más. Desde que se las llevó, lo sentía cada vez que sus ojos se cruzaban con aquellas dos manchas aguadas de color marrón.

—Monjita, vamos a empezar por el principio. ¿Cuál es su nombre, y qué averiguó en Israel?

—¿Sabe que soy monja y no sabe mi nombre? —preguntó Azul.

—¡Ya les he dicho que las preguntas las hago yo! —gritó de nuevo el Negro que, a pesar de las indicaciones de su jefe, estaba a punto de perder la paciencia por completo.

—Mi nombre es María de la Luz del Císter, y toda mi comunidad se preguntará en estos momentos por qué no he acudido al monasterio.

—Que se lo pregunten a Dios —rió el Negro—, ¿y tú?

—Yo no tengo nombre.

El Negro se levantó harto de las insolencias de la mujer, que al verlo venir sintió el dolor del oído más intenso todavía, pero el mastodonte se detuvo y volvió a su silla.

—Dígame cómo se llama —ordenó.

—Lucía, Lucía de la Piedra.

Los cuatro hombres se miraron. Sabían que Marie mentía, pero por lo menos había contestado al Negro.

—Lucía, sabe muy bien de qué hablamos, no me haga perder más el tiempo.

Unos nuevos golpes en el cristal llamaron al Negro.

—Sepáralas —ordenó Santasusanna.

Y el Negro mandó que se llevaran a la condesa al cuartucho en el que habían dormido desde que las llevaron a Rumanía. Azul se estremeció de terror. La condesa era la viga sobre la que ella se apoyaba para mostrar un valor del que en esos momentos carecía. Su vida había sido difícil, estaba acostumbrada a pelear con chicos mayores y más fuertes que ella, pero ahora estaba herida, en un lugar que no conocía y con un enemigo de dimensiones goliáticas. No sentía que pudiese armar ninguna honda con la que derribarlo. La invadió un sentimiento de abandono infinito. Cuando el Negro volvió a la sala, le pasó una mano por el pelo que acabó en una caricia en sus mejillas; entonces Azul no resistió el terror y se orinó encima.

—Bueno, ahora la mamita ya está más tranquila en su habitación —rió el Negro —, y solo estamos tú y yo, linda. ¿No es eso lo que querías, puta, desde que me viste? Ahora tienes la ocasión de probar algo que jamás has sentido —y se apretó sus testículos ante la mirada aterrorizada de Azul.

—No sé nada del códice, lo juro —sollozó.

—Eso lo decidiré yo. Empezaremos por la subasta, ¿quién te vendió el códice? ¡Habla de una vez, estoy cansado de esta vaina!

—Ya se lo he dicho, no existió tal venta. Era un señuelo de la Policía para cazar a unos cuantos peristas. Mi amiga Lucía —le costó decir ese nombre— es una persona muy interesada en la literatura antigua y, junto con ella, pujamos para hacernos con lo que creíamos que era una pieza original, pero alguien pujó más fuerte y lo compró. No sabemos nada más. Le digo la verdad.

Tras el cristal, los cuatro hombres sudaban a mares. Sus camisas de mil euros estaban empapadas en un sudor extraño, mitad caliente, fruto del calor, y mitad frío, helado por la tensión.

—No me hagas perder la paciencia —gritó el Negro dando un golpe a la mesa de plástico que la rajó por la mitad.

—Por favor, por favor, no sé de qué me habla. Soy experta en libros antiguos, quizá si me dicen qué buscan pueda ayudarles a encontrarlo, pero no sé de qué me hablan —insistía una y otra vez Azul, convenciéndose a sí misma de su mentira.

El Negro miró al espejo. Comenzaba a dudar de la declaración de la monja. Intuyó que lo llamaban y, mientras se levantaba, agarró lo que quedaba de la mesa y la lanzó contra una de las paredes haciéndola añicos. El Negro también sudaba bajo toda su ropa de abrigo y se la sacó hasta quedarse únicamente con una camiseta de manga corta que mostraba unos brazos perlados de sudor del tamaño de las piernas de un hombre.

—Miente —dijo sin inmutarse Marco Santasusanna.

—Dile que busquemos el Códice de Vitelio, igual que ella, y que por eso pujó en la subasta —propuso Montalbán.

Los cuatro multimillonarios se miraron y accedieron. Que el Negro le preguntara directamente por el Códice de Vitelio. Ahora ya no había mesa y el Negro se sentó en su silla apenas a un palmo de Azul, que temblaba de terror ante aquel hombre. Olía mal, agrio, y de su boca saltaban escupitajos cada vez que le gritaba. No sabía cuánto más podría aguantar aquella situación. Pensó en su tío Luali, estaba enfermo, por eso no había querido avisarlo de todo lo que le había pasado. Era la primera vez en su vida que le ocultaba algo a su tío, pero sabía que un disgusto como ese lo mataría, así que debería ser fuerte, por él, por la única persona que de verdad la había cuidado en su vida, hasta conocer a Marie Stewart.

—¡Dime dónde está el código! —insistió el Negro.

—No sé, no sé de qué código me habla, por el amor de Dios, ya se lo he dicho.

—Claro que sabes de qué código te hablo, tus putas lágrimas no me ablandan, no soy una de esas monjas putas amigas tuyas, ¿comprendes?, te estoy preguntando por el Códice de Vitelio. ¿Me lo vas a decir o tengo que preguntar de otra manera?

—Pero —balbuceó Azul—... el Códice de Vitelio no existe. Es una quimera, una invención, como la Vera Cruz y esas cosas, ¿cómo voy a saber dónde está?

—Así no avanzaremos —dijo Juan de la Vega—, deberíamos preguntar nosotros.

—¡No debemos ser vistos! —advirtió Montalbán.

—No, claro que no. Si ninguno de nosotros la había visto hasta hoy, tampoco ella sabrá quiénes somos, no si solo oye nuestras voces, ¿qué decís? —preguntó De la Vega.

—Creo que es una buena idea, el Negro no puede seguir si cada momento tiene que venir a consultarnos. Por mí, adelante —dijo Marco Santasusanna.

Llamaron al Negro y le pidieron que se sentara en una de las esquinas de la sala, lo suficientemente cerca para que la chica oliera su presencia, pero algo apartado para dejarla contestar con tranquilidad, y abrieron la puerta para que ella pudiese escuchar sus voces sin necesidad de gritar. El calor era intenso y la luz del fluorescente parecía incrementarlo en cada vuelta del asqueroso ventilador.

—Señorita, sabe usted muy bien que el código sí existe. Y lo sabe porque usted lo busca, como nosotros. Incluso cayó en la misma trampa que nosotros y pujó por él, ¿me equivoco? Vamos, sabemos quién es usted, y tenemos certezas sobre la valía de sus hallazgos. Solo queremos saber si lo ha encontrado ya, o si ha dado con alguna pista que nos acerque a él. Colabore y le prometo que dejaremos a su amiga y a usted sanas en algún lugar para que puedan regresar a sus cómodas vidas —la voz escondida de De la Vega sorprendió a Azul.

Nunca había estado tan cerca de ellos, sabía de su existencia por todas las advertencias recibidas en su iniciación, pero jamás llegó a pensar que se encontraría con alguno en persona. Sabía que llevaban setecientos años tras el código que había pertenecido a Roberto de Molesmes y a Bernardo de Claraval, pero nunca los había oído, ni visto, ni sentido. Ahora por primera vez en su vida se enfrentaba cara a cara con ellos, y solo de pensarlo se estremeció. Sin embargo, no podía ser débil, no debía darles una sola pista de sus descubrimientos. Se lo debía a Marie Stewart, a sus hermanas, y se lo debía sobre todo a su tío. Buscó con su mirada el origen de aquella voz ligeramente amexicanada, y sintió cómo el Negro la estudiaba con la paciencia de un felino, pero no podía ceder, ahora no. ¡Había estado tan cerca!

—Señor, me gustaría verle la cara para saber con quién hablo, pero debo decirle que el código no existe.

—Es usted muy ingenua, y muy valiente, aunque no sé cuánto le durará ese valor cuando nos vayamos de aquí y la dejemos sola con nuestro amigo —Azul sintió un escalofrío—, pero por ese motivo, porque sé que es usted leal y valiente, le daré una nueva oportunidad. No intente jugar conmigo, no creo que le valga la pena. Conteste a una pregunta, ¿por qué la Orden del Císter, y por qué el nombre de María?

Ese hombre sabía de qué hablaba. Estaba perdida. Si no les daba algo a lo que hincar el diente, la dejarían allí a merced de esa bestia. Tenía que pensar algo rápido, pero el terror paralizaba cualquier intento por inventar.

—La Orden del Císter porque la fe me llamó en la forma más primigenia, como la

detalló San Benito, y María en veneración de la Madre de Dios, pero no creo que esta respuesta le dé la serenidad que ansía —intentó contestar como una verdadera monja. Conocía bien ese lenguaje y quizá con él conseguiría salir.

—Señorita, fíjese bien que en ningún momento la he llamado «hermana». Usted se hizo monja del Císter por el mismo motivo que las otras, para formar parte de la logia del código. ¡No ve que su propio nombre la delata! Se lo voy a decir por última vez y le prometo que así será si no colabora, cerraré esta puerta y disfrutaré del espectáculo. ¿Me ha comprendido, verdad?

El tono de Juan de la Vega la espantó. Ese hombre decía la verdad. ¡La iba a dejar a merced de su captor!

—No, por favor. No haga eso —imploró Azul.

—No depende de mí, ya se lo he dicho. Comience por el principio, dónde está el código, y la dejaré marchar. Le doy mi palabra.

—No lo sé. Esa es la verdad —debía darles algo o moriría en brazos de aquella bestia. Pensó en Marie Stewart, no la iba a traicionar, pero tenía que darles algo—. La pista se perdió en el año 1200. Lo único que sé es que Roberto de Molesmes lo tuvo en su poder y creo que se lo mostró al papa Urbano II, que mandó ir en su busca a Jerusalén.

—No me crea imbécil. Eso también lo sé yo, ¿qué descubrió en San Marcos de Jerusalén? —era el momento de jugar fuerte para conocer hasta dónde sabía.

—Lo que le acabo de decir, la prueba de que Roberto de Molesmes lo escondió en la Abadía de Cîteaux, y que es allí donde hay que empezar a buscar. Yo era la encargada de esa búsqueda cuando la Policía utilizó como señuelo un código que parecía el de Vitelio. Entonces dejé de buscar y pujé el código.

—Creo que sabe usted más de lo que dice —insistió Juan de la Vega.

—No, no. Le juro que es todo lo que sé.

Había jugado fuerte, pero sabía que a pesar de haber hablado, en realidad no había dicho nada, porque ninguno de ellos podría acercarse con impunidad a examinar la abadía sin despertar sospechas.

—Está bien. Llévatela con la otra —ordenó De la Vega.

Y el Negro se llevó a Azul tras taponarle la cabeza con la bolsa. En la oscuridad de su capucha, Azul se orinó de nuevo.

Los cuatro hombres abandonaron su escondrijo apenas salió Azul con el Negro. No habían parado de sudar y sus rostros estaban contritos por la tensión acumulada. Marco Santasusanna intentó sentir la frescura seca de su cava preferido, pero lo único que le cayó al colete fueron las gotas de sudor que resbalaban de su afilada nariz.

## Capítulo

**E**l corazón me latía a mil. Llevábamos ocultos en el atrio de la abadía más de tres horas, lo necesario para que los últimos turistas se marcharan y la oscuridad favoreciera lo que estábamos a punto de acometer. No era un experto en el Código Penal francés, pero estaba seguro de que el castigo por ir vestido de negro, con la cara pintada de negro, y armados con sogas y linternas de explorador en los límites de una prisión, no consistiría en una banal multa. Aun así, Mars acababa de abandonar nuestro refugio entre los arbustos en los que nos habíamos ocultado y caminaba encorvada hacia el centro del atrio.

Durante la tarde, apenas habíamos paseado por el atrio, para no ser reconocidos, pero en nuestra breve exploración descubrimos un pequeño problema, la losa que daba acceso al túnel. Era una losa de verdad, de las de antes. Medía un metro y medio de largo por unos setenta centímetros de ancho, y daba la sensación de tener como unos quince centímetros de grosor, con una argolla de hierro oxidado en uno de los extremos. Demasiado para un auditor y una colombiana excéntrica. Cuando Mars llegó, me hizo una señal y me levanté. Me dolían todas las articulaciones y el frío, mezclado con el temor, se había colado por todos los poros de mi piel. Aun así, arranqué en cuclillas cargado con una bolsa de *nylon* negra en la que habíamos metido todo el equipo adquirido para nuestra excursión nocturna, el mismo que Azul compró en Dijon. Mars se identificó como la pagadora de la factura en la tienda de artículos de montaña y escalada, y pidió que repitieran de nuevo todo el pedido. El mostrador de la tienda se llenó con toda clase de artilugios en pocos minutos. Veinte metros de cuerda de escalada, dos linternas, fósforos antihumedad, un arnés, mosquetones y clavos, un par de navajas suizas y un emisor satélite, que llevaba en mi mochila, además de la ropa con que nos habíamos disfrazado apenas unas horas antes, pantalones de *nylon* negros, camisetas térmicas del mismo color y botas de travesía. Imaginé que si alguien alcanzara a vernos pensaría que éramos dos albanokosovares dispuestos a reventar cualquier joyería del centro de Barcelona.

—Venga, no tenemos toda la noche —me apuró Mars.

—Para qué correr si no vamos a poder mover la losa —protesté.

—Debe ser sencillo, estoy segura de que Azul ya lo hizo.

—Eso no lo sabemos —me quejé de nuevo. No vi marcas de que nadie hubiese movido la losa, aunque el césped que la rodeaba podía haber crecido de nuevo tapando cualquier evidencia.

—Mientras esperábamos, tuve una idea. Dame la cuerda —me dijo Mars.

Hice lo que me pedía y vi cómo pasaba la cuerda a través de la argolla de hierro

de la losa; después, con mucha prudencia, se arrastró hasta una de las papeleras colocadas para que los turistas se deshicieran de su basura, y les dio un par de vueltas a las patas clavadas en el cemento.

—Ayúdame —me ordenó.

Y los dos comenzamos a tirar de la cuerda con que Mars había improvisado una polea. Al principio, todos nuestros intentos fueron baldíos. No era sencillo hacer fuerza acucillados, pero tras cambiar mi posición y aferrarme bien, sentado en el suelo con las botas contra el borde de la papelera, poco a poco la losa fue girando hasta que al final, empapados en sudor, conseguimos abrir una boca de unos cuarenta centímetros.

Desenrollamos la cuerda, que guardé de nuevo en la mochila, y nos arrastramos hasta el hueco que habíamos desenterrado del tiempo. Mars encendió una de las linternas Maglite y su potente foco dejó al descubierto la entrada. Unos escalones que se perdían en un pasillo profundo no invitaban precisamente a adentrarnos. Miré a Mars, que temblaba ante lo que ella misma iluminaba, y la besé. No sé muy bien por qué lo hice, quizá por emular a Luke Skywalker cuando besó a la princesa Leia antes de lanzarse al vacío en la Estrella de la Muerte, pero la realidad es que lo hice y me sentí bien, fuerte y lleno de vida, como hacía mucho que no experimentaba. Encendí la mía y comencé a bajar. Mars ni siquiera había reaccionado, pero al cabo de tres o cuatro escalones sentí cómo sus pisadas me seguían.

Confiamos en que la losa no fuese descubierta por nadie antes de nuestro regreso, y la dejamos abierta. Tampoco había forma de cerrarla por dentro. Los escalones de piedra del principio fueron cambiando a otros de tierra aplastada más rudimentarios. Bajamos como unos treinta. El olor a humedad se hizo intenso, tanto que me costaba respirar. El haz de luz rebotaba contra las paredes, y el polvo que caía del techo del túnel formaba extrañas figuras que se mezclaban con mi sombra proyectada por el foco de Mars. Me giré para verla, su rostro estaba perlado de sudor, y le di la mano. La agarró con fuerza. Al final de los escalones se abrió un estrecho pasillo de tierra de menos de un metro de ancho.

—Mira —me avisó Mars, e iluminó con su haz el suelo del pasadizo.

A unos cinco o seis pasos frente a nosotros, había unas marcas. Nos acercamos con prudencia y nos arrodillamos sobre ellas. Las huellas de unas suelas de goma, casi con toda seguridad de unas zapatillas deportivas.

—Alguien estuvo aquí hace poco, y no fue un monje.

—¡Azul!

Yo asentí y continuamos. El corazón me latía deprisa, forzado por la falta de oxígeno, el peso de la mochila y el pánico a ser descubiertos allá dentro, pero algo en mi interior me obligaba a seguir. Quizá demostrar mi valor a Mars.

Al cabo de unos diez minutos de caminar, el túnel se estrechó todavía más, el

techo quedó a escasos setenta centímetros de altura, y una de las paredes, que tenía claros síntomas de haber sufrido un derrumbe, taponaba uno de los laterales. El suelo estaba mojado, y las paredes habían cambiado a un marrón más intenso víctimas de la extraordinaria humedad del pasadizo. No tenía ni idea de dónde estábamos. Miré el receptor satélite, marcaba una posición en forma de números digitales; la fijé. Dejé la mochila en el suelo y me apoyé en la pared más entera para enfocar con mi linterna al fondo del pasadizo. Pocos metros más adelante, el suelo desaparecía en un negro intenso.

—Mira, es como un pozo —le dije a Mars—. La guía no habló de ningún pozo.

—Debe haberse formado tras el derrumbe, ¿pero qué es esto? —Mars acababa de recorrer el interior del pozo con su luz y a unos pocos centímetros había dos argollas metálicas clavadas contra la pared de tierra sobre la que estábamos asomados. La siguió con la luz, y a un par de metros de profundidad arrancó el destello de otra argolla. Al retirarnos apenas, vimos que también había otra clavada en el suelo, justo en el lugar donde nos habíamos apoyado para mirar al abismo. Alguien se había asegurado bien antes de descolgarse al vacío—. Hay que bajar.

Saqué la cuerda de la mochila y la até a la argolla del suelo, después hice pasar un cabo por las dos de la pared y retrocedí. Me puse el arnés que habíamos comprado y lo aseguré con la ayuda de unos mosquetones a la cuerda. Mars me miraba en silencio, aliviada en parte por mi gesto que la eximía de bajar. Di un par de tirones de seguridad a la cuerda, cambiamos las linternas de mano por las frontales y me metí en el hueco. Mars se había atado el extremo sobrante de la cuerda a su cintura y me iluminaba colgada con medio cuerpo en el abismo. Por el hueco apenas cabía una persona, y la luz de mi linterna rebotaba contra la pared que me engullía. La tierra que caía por el agujero se me metía en los ojos y la nariz, dificultando mi visión y respiración, pero con paciencia conseguí descender hasta que la luz de mi linterna dejó de rebotar contra la pared, y se perdió en un nuevo vacío.

—Aquí hay una entrada —grité a Mars.

—Mira si hay marcas —me contestó desde lo que me parecieron cientos de metros de distancia.

Cerré el freno del descenso y me asenté con los pies contra la pared, entonces comencé a buscar con calma. En uno de los laterales de la entrada había marcas inequívocas de que algo se había arrastrado por allí no hacía mucho tiempo.

—Es aquí, la pared está rascada —volví a gritar a Mars.

Sin soltarme de la cuerda, metí mis piernas en el hueco y luego, con mucha prudencia, me encorvé hasta que posé todo mi cuerpo sobre el nuevo suelo. La luz de mi cabeza me abrió un nuevo pasillo, similar al que habíamos recorrido varios metros por encima, pero en mucho mejor estado. El ruido de agua no había cesado en todo el descenso. El nuevo pasillo era algo más ancho, y su suelo, cubierto por cientos de

años de abandono y polvo, estaba formado por losas de piedra. A los pocos minutos, tuve que soltar la cuerda, que ya no daba más metraje, y continué. Me di un tremendo susto cuando descubrí marcadas en el polvo las mismas huellas de las suelas de goma.

Quise avisar a Mars, pero el pozo había quedado demasiado atrás, así que caminé en silencio tras las pisadas. El pasillo se abrió de repente en dos pasadizos, como en una «Y». Las gotas de sudor que caían de mi rostro golpeaban el suelo levantando pequeñas nubes de polvo. ¿Qué iba a hacer? Eso no estaba previsto, si me adentraba en alguno de los pasadizos y este se bifurcaba de nuevo, corría el riesgo evidente de perderme y no encontrar la salida jamás. El pánico me recorrió como un rayo en múltiples escalofríos. Debía calmarme, pero la sensación de ahogo y claustrofobia que hasta entonces me había respetado se abalanzó sobre mí. Me entraron ganas de arrancar a correr y salir. De pronto, necesitaba con urgencia respirar aire limpio, ver algo más allá de mis narices, y sobre todo sentirme libre. El haz de luz se perdía en una y otra entrada a medida que yo giraba mi cabeza. No conseguía calmarme. Llevaba una eternidad dentro de ese maldito pozo y todos los miedos saltaron de golpe para meterse en mis entrañas. Me dolía la cabeza, y el estómago amenazaba con aflojarse de terror en ese túnel. Solo escuchaba mis sollozos y el jadeo horrible de mi respiración. El olor a humedad se colaba por mi nariz, la boca mascaba tierra y los ojos enrojecidos los sentí llenos de barro. ¡Iba a morir allí dentro! Debía calmarme como fuera. Probé a sentarme y respirar profundamente para intentar recuperar un ritmo normal en los latidos de mi corazón. Sabía que si conseguía respirar con tranquilidad, todo el cuerpo se haría con ese ritmo y podría recuperar algo de calma. Quizá la necesaria para salir de allí con vida. Empecé a repetir un mantra que años atrás me enseñó un sacerdote peruano y esperé. »*Notan chá, notan chá*" al ritmo de mi respiración, que poco a poco pasó de jadeos desesperados a lentas aspiraciones de tierra y polvo. Cuando por fin sentí algo de calma, me levanté y comencé a examinar las dos entradas.

En ambas, descubrí pisadas de entrada y de salida. Quien fuera había entrado y salido por las dos. Supuse que primero habría probado con una y, tras no descubrir nada, lo habría hecho con la otra. Continué el examen con calma hasta que descubrí algo que me llenó de excitación. En la pared interna del pasillo que se abría a mi derecha, había una losa de la pared limpia. Alguien había entrado y había limpiado esa losa para dejar una marca. La "L" de Luali, bien marcada entre refregones con un rotulador negro. ¡Azul había estado allí, ya no había duda, y había salido con vida!

Me adentré con paso decidido. El tiempo y la corrosión habían hecho mella en un pasadizo que había gozado de épocas mejores. En la pared había argollas oxidadas, quizás utilizadas para soportar antorchas, y en el techo todavía se aguantaban algunas losas. El pasillo hacía curvas a derecha e izquierda, pero no se bifurcó más. De

repente, se abrió ante mí una sala, quizás una antigua cueva, no muy grande, de unos dos por dos metros, aunque a mí me pareció una explanada infinita. El pasillo parecía acabar allí. La sala, de cuatro paredes, no ofrecía ningún otro hueco, ni el suelo tampoco, aunque su techo quedaba bastante por encima de la altura del pasillo. No había restos de muebles, si es que alguna vez los hubo, ni de nada. Me saqué la linterna de la cabeza y comencé a utilizarla como una de mano. Entonces descubrí algo. En una de las esquinas, colgado de la pared y bien pegado al techo, había un féretro apoyado sobre dos enormes brazos de roca. Me alcé de puntillas para verlo mejor y comprobé que alguien lo había limpiado. No pude dejar de imaginar a Azul en esa tesitura, pero a pesar de todas las evidencias, se me hacía tan extraño que no podía creerlo. De hecho, tampoco podía creer que yo lo estuviera haciendo.

El sepulcro era una gran caja de piedra. La parte donde imaginé reposaría la cabeza del cadáver estaba contra la pared, al igual que uno de los laterales, mientras que el otro estaba grabado con ondas y lo que me parecieron flores. Me fijé bien en la parte correspondiente a los pies del muerto y vi que los artesanos se habían esmerado más en esa zona. Pero no solo ellos, sino que Azul también se había dedicado más a esa parte limpiando con cuidado una especie de símbolo grabado en la roca, algo parecido a un escudo con un círculo cruzado en su interior. Como el sepulcro era imposible de abrir sin bajarlo, lo único que se me ocurrió fue sacar mi teléfono móvil y fotografiar la tumba desde todos los ángulos que fui capaz, con la esperanza de que Mars tuviera alguna idea más precisa sobre el hallazgo. Después, salí.

Deshacer el camino se me hizo mucho más rápido y en pocos minutos encontré el cabo de la cuerda tirado donde lo dejé. Lo até de nuevo a mi arnés y seguí hasta el hueco del pozo.

—¡Mars! —grité.

—¡Cécil! ¡Estaba muy asustada! ¿Estás bien?

—Sí. Ayúdame a subir, ya te explicaré.

Y con la ayuda de Mars, que utilizó las argollas a modo de polea para hacer fuerza, conseguí remontar los cinco metros de caída hasta llegar a ella. Entonces la abracé con fuerza, como si fuésemos viejos amigos que hacía siglos que no se veían, y la besé de nuevo. Esta vez no se asustó ni se sorprendió. Sus labios reseco se humedecieron con mi saliva, y la tierra de ambos se entremezcló en un beso largo, profundo y caliente. Mis manos buscaron rápidas su cuerpo, pero Mars me apartó con ternura, y me miró a los ojos. No dije nada, solo acaricié su mejilla con el dorso de mi mano y comenzamos a recoger todo el equipo.

Debíamos salir pronto de allí. El emisor satélite marcaba coordenadas indescifrables y el reloj indicaba que en poco menos de cuarenta minutos el sol iluminaría Francia con nosotros allí metidos.

Utilizamos el mismo sistema para colocar la losa en su sitio y salimos de la

abadía tan rápido como discretos fuimos capaces. De camino al hotel, le expliqué a Mars todo lo que había visto en el pasillo subterráneo y le enseñé las fotos del teléfono. Ella tampoco reconocía ese escudo o símbolo, o lo que fuera, pero por lo menos teníamos algo. Antes de llegar al hotel, guardamos nuestros ropajes negros en la bolsa y nos vestimos con las mismas prendas con que habíamos salido la tarde anterior.

Después de una buena ducha, descargué las fotografías del teléfono en mi ordenador y nos reunimos para ver mejor las fotos. Mars también se había bañado, pero los síntomas de la tensión y de haber pasado la noche en blanco eran evidentes.

—Esta es la foto en que mejor se aprecia el sepulcro.

Era una de las últimas fotos, una que le había tomado con los brazos extendidos y desde la parte inferior del sarcófago. El golpe de la linterna había quemado una de las aristas de la caja de piedra, pero el escudo se veía nítido. Con la herramienta de retoque, hice la imagen lo más grande posible en la pantalla y nos quedamos los dos mirando un buen rato. Ninguno parecía tener idea de lo que era. Tenía el aspecto de un escudo familiar, como esos de los que los historiadores saben, con solo echar un vistazo, a qué familias pertenecen. Estaba formado por un círculo con una cruz en su interior, y a su alrededor parecía leerse algo como TRUS REX, o algo similar. Desde luego, nuestros conocimientos de heráldica no daban para mucho más.

—¿No te suena de nada? —le pregunté con poca convicción.

—No, nunca había visto este escudo. Jamás.

—¿Otro callejón sin salida? —me pregunté en voz alta.

—Para nosotros sí, pero creo que conocemos a alguien que podría ayudarnos.

—¡El abad de Clairvaux! —espeté.

—No seas tonto, *madame* Bouvier.

¡Claro! A mí no se me había ocurrido, pero era una buena idea.

—Quizá deberíamos dormir un poco antes de marchar —propuse.

—Cécil, tengo la sensación de que la aventura de esta noche te ha hecho olvidar que la vida de la condesa Stewart y de Azul depende de nuestra capacidad para encontrar el código, y ya casi se ha cumplido el plazo. Si tienes sueño, duerme en el coche mientras yo conduzco de vuelta a París.

Su voz, de repente, se había tornado dura y quizá yo me tenía merecido, por lo que no dije nada. Acabé de rellenar mi mochila, preparada para un viaje a África que no sabía si llegaría a realizar jamás, y salimos en dirección a París. El sol golpeaba con fuerza la parte trasera del coche y mi mente no paraba de dar vueltas. Mars no hablaba, hacía un buen rato que enfilábamos por autopista de vuelta a París y desde entonces no había abierto la boca. Protegido por mis gafas de sol, me dediqué a mirarla. No sabía qué me pasaba, pero cada vez la veía más hermosa y frágil, aun a pesar de la coraza con que se esforzaba en recubrirse. Esa mujer me enfilaba hacia

túneles mucho más profundos y peligrosos que los que me había arrastrado esa noche. El gusto de su boca, las formas de su cuerpo, la ternura infinita de su mirada cuando me apartó después de besarla... Debía quitarme esa idea de la cabeza cuanto antes y centrarme de nuevo en Azul y la condesa. Decidí pensar en algo más útil, como en qué explicarle a la señora Bouvier cuando le mostrásemos las fotos. No estaba dispuesto a admitir, ni aun ante esa señora, que me había metido bajo una abadía del siglo XI y paseado con total impunidad por sus pasadizos prohibidos.

—¿Qué le vamos a explicar a la señora cuando le mostremos las fotos? —mi pregunta pareció devolverla de algún lugar en el que solo ella tenía permiso de residencia.

—Perdona, estaba distraída —se excusó—. Yo había pensado decirle la verdad.

—Ni hablar —objeté—. No tengo ninguna intención de que nadie sepa lo que hemos hecho esta noche.

—No debes preocuparte, la señora Bouvier es de total confianza. Pero si te sientes más tranquilo, solo le diremos lo que necesite para llegar a alguna conclusión.

Asentí y continuamos camino a París. La monotonía de la autopista me venció, y cuando desperté ya subía el Citroën las cuestas de Montmartre.

—¿Llamamos ahora o cuando salgamos de ver a *madame* Bouvier? —pregunté a Mars.

—Pensaba en eso, teníamos que haber llamado al mediodía. Ojalá no sea demasiado tarde, pero yo esperaría a hablar con la señora —me contestó.

Tenía razón. Yo también creía que era mejor llamar a aquellos extraños después de hablar con la señora, no solo porque ganaríamos un tiempo precioso, sino porque quizá tendríamos algo que decirles. Aunque el hallazgo de los túneles había sido todo un éxito, en realidad no habíamos encontrado nada, ni teníamos nada sobre lo que poder seguir alguna pista, más allá del escudo del sarcófago. Yo solo esperaba que la señora Bouvier no nos obligase a volver para ver qué o quién había dentro de él.

Cuando *madame* nos vio, corrió a nuestro encuentro y nos acompañó por el jardín selvático hasta el interior de su casa. Dejamos la extraordinaria biblioteca y nos refugiamos de nuevo en su cocina. Pareciese que nunca habíamos salido de ella, y entre las dos visitas habían transcurrido dos días de una intensidad espantosa.

—Señora Bouvier, encontramos las pistas de Azul —comenzó a explicar Mars.

Y le detalló a la señora cómo Azul había marcado el dedo índice del monje en el capitel, cómo habíamos seguido la pista hasta Clairvaux, y cómo allí habíamos encontrado un féretro, también descubierto por Azul, con un escudo y diversos grabados en él. No le dijo nada de los túneles ni de cómo habíamos llegado al sepulcro. Tampoco la señora preguntó. Saqué mi ordenador y le mostramos las fotos.

—¡No es posible!, ese escudo me es conocido. Sin embargo..., si no estoy equivocada..., creo que... ¡Esperadme aquí! —y corrió hacia la biblioteca. Yo no le

hice caso y la seguí.

Como si tuviese en su cabeza una base de datos ordenada de los miles de volúmenes que se almacenaban en aquellos estantes, la señora Bouvier agarró la escalera y trepó por ella hasta una vitrina. La abrió y, sin bajar, consultó un libro grueso de tapas rojizas, después lo cerró y corrió, todavía desde lo alto de la escalera, hasta otra vitrina. Entonces arrancó del olvido otro volumen y bajó con él.

—¡Aquí está, os lo decía!

Apartó de un manotazo todo lo que había sobre la mesa de la cocina y lo abrió sobre ella. Con suma delicadeza comenzó a pasar las hojas, amarilleadas ya en el siglo pasado, hasta que dio con una serie de grabados a plumilla. Deslizó su dedo índice por ellos hasta dar con el que buscaba, un dibujo exacto al grabado a los pies del sepulcro que habíamos encontrado en Clairvaux.

—¡Petrus Rex, lo sabía, lo sabía! —comenzó a gritar. Nosotros estábamos desconcertados.

—Perdone, *madame* Bouvier, ¿quién es Petrus Rex, y qué tiene que ver con el códice? —preguntó Mars.

—Pequeña niña, seguro que nuestro amigo catalán sí que habrá oído hablar de Petrus Rex, o como era más conocido, Pedro III —negué, en mi vida había oído hablar de él—. ¿Y de Pere el Gran, hijo de Jaume I el Conqueridor?

—¡Del Conqueridor por supuesto! —me justifiqué—, y de Pere el Gran algo me suena —mentí—, pero no mucho.

—¡Hemos dado un salto de casi doscientos años! Pere II, como le conocen ustedes los catalanes, fue rey de Aragón, Valencia y Catalunya, pero no de Mallorca ni del resto de los reinos conquistados por su padre, que pasaron a manos de su hermano Jaume. Sin embargo, lo bueno de la historia es que ocurrió algo en su vida personal que lo hizo diferente —hizo una pausa para ayudarnos a reflexionar, o a dudar, y siguió—. Pere II el Gran fue excomulgado, además su padre fue un claro defensor y aliado de los templarios.

—¿Pero qué tiene que ver este rey con el códice? —preguntó de nuevo Mars—. Yo no había oído hablar nunca de él, ni a Marie Stewart ni a nadie.

—Más de lo que les parece, pero no comprendo qué hace allí ese ataúd de piedra con su escudo —admitió la señora Bouvier.

—Una cosa sí me parece segura, si Azul llegó hasta él y tuvo la paciencia de limpiar el sepulcro es porque alguna relación guarda.

—¿Qué más sabe del rey? —preguntó Mars.

—De memoria no mucho, pero si me permitís un momento... —y la señora volvió a su biblioteca para encaramarse un par de veces más por los estantes antes de regresar con tres extraordinarios volúmenes encuadernados vaya a saberse qué año—. Veamos, según dice este volumen de historia, el rey Pere II nació en el año 1239 en

Valencia, hijo de Jaume I, como ya os he dicho, y de su segunda mujer, Violante de Hungría. Es nombrado gobernador de Catalunya en 1257 y rey de Aragón y Valencia años más tarde, tras la muerte de su padre. Tuvo que hacer frente a varios alzamientos de la nobleza catalana —no pude evitar una sonrisa al imaginarlo, «seguro que fue por dinero», pensé— y aragonesa. También luchó contra las revueltas moras en Valencia. Pero lo más destacado de su vida fue que consiguió la paz con Castilla, acuerdos con Portugal e Inglaterra, y tuvo una relación de odio con el rey de Francia, con los sucesivos reyes de Francia, de hecho. Al parecer, después de un levantamiento siciliano en contra de los reyes de Francia, le fue ofertado el trono de la isla. Lo aceptó, pero tuvo que conseguirlo por las armas contra la Corona francesa, por lo que lejos de contentarse con la derrota, el entonces rey de Francia, Carlos de Anjou, se alió con el papa Urbano IV y levantaron un ejército conjunto contra Sicilia. Aquí aparece una nueva figura, Roger de Llúria, un general a las órdenes del rey valenciano que mantuvo a raya a las tropas francesas en Sicilia, pero que no pudo hacer nada contra el ejército del nuevo rey francés, Felipe III, aliado con el papa de entonces, Martín IV, y que atacaron Catalunya e invadieron toda la parte norte, lo que hoy es el sur de Francia —nos aclaró—. Incluso llegaron a sitiar la ciudad de Girona durante tres meses. Pero lo más increíble es que su propio hermano, Jaume II de Mallorca, luchó brazo con brazo con el rey francés para derrocar y conseguir los reinos que su hermano había heredado y conquistado. Aquí viene lo que os había adelantado, el papa Martín IV lo excomulgó por no ceder el Reino de Sicilia. En esa batalla, el rey francés Felipe III fue herido en el Coll de Panissars y murió en Perpinyà poco después. Pere II, una vez vencido el ejército francés en su propia casa, mandó una flota contra su hermano Jaume, a quien le confiscó el Reino de Mallorca, aunque jamás llegó a verlo porque murió pocos días después de enviar la flota fratricida. Quizá con el reinado de este rey, Catalunya vivió sus años más gloriosos en la historia medieval; de él vienen las famosas Corts de Barcelona y las de Valencia, y también la base del constitucionalismo catalán, sin precedentes en la época. De hecho, Dante, Boccaccio y Shakespeare lo nombran en sus escritos y lo elevan a la categoría de modelo de caballero medieval.

—Sigo sin ver qué buscamos ni qué relación tiene todo esto con ese dichoso códice —al hablar, la señora había refrescado antiguas clases de historia, pero nada más.

—¿Qué más sabe de este rey, *madame* Bouvier? —preguntó Mars, que ignoró por completo mi queja.

—No mucho más, que como os he dicho murió pocos días después de enviar la flota contra su hermano en Mallorca, el 2 de noviembre de 1285, ¡y que está enterrado cerca de Barcelona, en el monasterio cisterciense de Santes Creus!

—¡Otra vez el Císter! —exclamé—. Conozco bien el lugar, el Monasterio de

Santes Creus está cerca de Tarragona. A todos los niños catalanes nos han llevado alguna vez de excursión allí.

—Pero ¿quién puede estar enterrado con ese escudo a los pies de su tumba, y por qué bajo los suelos de Clairvaux? —preguntó Mars, ganándose una reprobación en mi mirada.

—¿Bajo los suelos? —preguntó a su vez *madame*—. ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Bajo la Abadía de Clairvaux hay algunos pasadizos pertenecientes a la primera época. Allí encontramos el sepulcro —me adelanté a explicar para evitar que Mars fuese más prolífica en su detalle.

—Increíble. Pues no lo sé, hija, no sé quién puede estar enterrado allí. Quizá puedan volver y averiguarlo.

—¡Imposible! —grité. No estaba dispuesto a meterme de nuevo en esa ratonera—. Creo que lo que debemos hacer es buscar a qué hace referencia el escudo, y no prepararnos para un examen de Historia Medieval.

—Hay algo más —miró a Mars—. El rey Pere II fue el padre de Santa Elisabeth —Mars la miró y yo no comprendí su código de mensajes.

—Deberíamos seguir la pista de ese escudo y ver a dónde nos conduce —Mars intervino en mi favor, lo que le valió una sonrisa de disculpa por mi parte.

—Veamos —la señora agarró el primer libro y lo abrió por los grabados—, veamos qué dice aquí, «escudo utilizado por Pere II en la moneda acuñada en Barcelona entre los años 1276 y 1285».

—Usted dijo que este rey lo fue de varios reinos, ¿no? —tenía una idea.

—Sí —asintió la anciana.

—¿Y cada uno de esos reinos acuñó su propia moneda? —volví a preguntar.

—Claro, era un signo de distinción y soberanía. Incluso muchas veces varias ciudades en un mismo reino acuñaban monedas diferentes.

—Bien, pues si es así, lo que nos indica el escudo limpiado por Azul es que la siguiente pista se encuentra en Barcelona, o como mínimo, en Catalunya —las dos asintieron a mis suposiciones—, y usted misma ha dicho que el rey está enterrado en otro monasterio del Císter. Como hasta ahora todas las pistas se mueven entre esa orden, creo bastante probable que el siguiente paso pueda estar en Santes Creus, ¿no?

Mars miró a la señora. Ellas sabían más de lo que me decían, en sus miradas se leían códigos y secretos que no debían ser desvelados en mi presencia. Aun así, Mars asintió. Dijo que en efecto la historia que ella conocía del código estaba estrechamente ligada al Císter, así que mi suposición tenía muchos visos de cierta.

A pesar del cansancio, haber podido hilvanar cuatro datos a partir del escudo de un féretro subterráneo me hizo recobrar una cierta alegría que Mars se encargó de defenestrar enseñándome el teléfono móvil que acababa de sacar de su bolsillo.

—Espera, si llamamos ahora vendrán aquí —le advertí—. Creo que sería mucho mejor emprender el camino a Santes Creus y parar en cualquier lugar para hacer esa llamada.

Estuvo de acuerdo y nos despedimos de la señora, que nos instó a llamarla ante cualquier duda o novedad. Subimos al Citroën negro y enfilamos camino al sur, de vuelta a casa.

## Capítulo

*Valencia, Reino de Valencia, finales de junio, año 1276*

**E**l calor comenzaba a hacer mella, y el capitán Miquel de Pontroig sentía aumentar la temperatura de sus armas mientras guardaba la tienda del rey. La derrota con los moros en Llutxent había agravado su salud, deteriorada también por los casi setenta años que se le contaban. El capitán *almogàver* hacía veinticinco que lo servía siguiendo los pasos de su padre, Roger de Pontroig. Había luchado brazo con brazo con el monarca en la conquista de Murcia, y fue uno de los elegidos para las Cruzadas a Tierra Santa, su gran fracaso y el inicio de todas sus dolencias. Nadie hablaba de ello en presencia del rey, pero el capitán todavía seguía preguntándose cómo un ejército formado por Maestres del Temple, Hermanos Hospitalarios y los mejores hombres de la infantería *almogàver* fueron derrotados antes incluso de abandonar Occitania por culpa de una gran tempestad.

Mientras recordaba de nuevo aquella maldita empresa, los físicos entraban y salían de la tienda del rey, que todavía tenía redaños para amenazarlos de muerte cada vez que los veía acudir con la bacinilla de babosas. El único por quien el hombre más poderoso del mundo, Jaume I de Aragón, rey de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgell, y señor de Montpellier, se dejaba examinar era por un judío flaco de Murcia que había reclutado diez años atrás, y que acababa de salir de la tienda para pedir que buscaran al infante Pere. El judío apenas exhaló un suspiro y se arrastró de nuevo al interior de la estancia real. Pocos, o nadie, lo habían visto jamás fuera de la órbita de su señor. También advirtió al capitán de que no le quedaba demasiado tiempo.

Cuando llegó el infante Pere, el judío administró un bebedizo al rey para permitirle una última charla con su hijo, y salió.

—Sabéis que vuestro hermano Alfonso era el escogido para heredar todo mi linaje —no era una pregunta—, pero el Señor se lo llevó, como pronto hará conmigo, así que atended porque vos seréis el portador de mi carga. Habéis demostrado como Procurador General de Catalunya hábiles maneras diplomáticas, que siempre me faltaron, grandes dotes en el uso de la maza y la caza, y sobre todo un amor por las letras que hace sentirme orgulloso de vos.

—No digáis eso, padre, el Señor todavía debe conservaros muchos años.

—No digáis vos tamañas tonterías —lo reprendió el rey—. De todos mis hijos, solo quedáis vos mismo, vuestra hermana Violante y vuestro hermano Jaume. Sabéis que carezco de vuestra retórica, así que no perdamos este tiempo tan preciado. Debéis comprender el peso que recaerá sobre vuestras espaldas con urgencia.

—Lo siento, padre, pero me apena veros postrado.

—Y os creéis que a mí me agrada. Si tuviera un ápice de fuerza, me levantaría y echaría a esos malditos moros al mar uno tras otro, pero la muerte no distingue entre nobles y vasallos, y ahora siento cómo la bestia me ha mordido en las entrañas..., pero no me agotéis con una charla que vos y yo sabemos infértil. Atendedme, Pere, porque lo que debo explicaros es de vital importancia y solo en vos puedo confiar.

El infante Pere se arrodilló a los pies de su padre y le besó la mano. No recordaba que jamás le hubiese hablado así. En verdad, el viejo monarca sentía cómo la vida se le escapaba en cada palabra que sus ancianos pulmones conseguían arrancar.

—Antes de detallaros el hecho por el que os he mandado llamar, debéis saber que he decidido dividir el reino en dos; aun a pesar de ser vos el mejor heredero que hubiese podido desear, recibiréis solo una parte y otra para vuestro hermano, el infante Jaume —el infante Pere se removi6 inquieto—. Aragón, Valencia y Barcelona respetarán vuestro mando, y el Reino de Mallorca y las tierras occitanas serán para vuestro hermano.

—Será como decís, padre. No ansiaré las tierras que con justicia legáis al infante Jaume, y defenderé las mías contra cualquier invasor, sea de la sangre que sea —respondió Pere.

Esas eran las informaciones que sus espías le habían anticipado, pero aun a pesar de conocerlas, no le agradaba la idea de dejar las posesiones de las islas a su hermano. Él pretendía el trono robado a su esposa, doña Constanza de Hohenstaufen, por el bastardo francés Carlos de Anjou, y no tener las islas bajo su dominio complicaba el asalto que imaginaba a Sicilia. Había calculado incluso las naves y los hombres necesarios para el éxito de la campaña, y esa partición ideada por su padre no hacía más que complicársela.

—Dejad vuestros pensamientos para cuando haya muerto y atended a lo que debo deciros. Sabéis de mi vida, antes incluso de vuestro nacimiento, por mis escritos, que espero sepáis cuidar, y también por la información de vuestros espías —el infante le mantuvo la mirada—. Pero hay algo que jamás escribí ni conté, algo que por primera vez en mi vida os relataré y que jamás volveré a detallar, como no deberéis hacer vos jamás, ¿lo juráis? —el infante Pere miró a su padre, extrañado. La voz del rey temblaba, no supo si por emoción o por la cercanía de la muerte, pero todo aquello se asemejaba a una última locura, otra fantasía como la de iniciar una cruzada a Tierra Santa con sesenta años. Sin embargo, juró.

—Juro, padre —susurró el infante.

—¡No me tengáis en tal menosprecio, todavía podría levantarme y abofetearos! —gritó el monarca, que parecía leer en la mente de su hijo.

—Lo siento, padre, pero os adentráis en un sendero del que no reconozco salida.

El rey suspiró. Tras la muerte de su esposa Violante de Hungría, dejó a su hijo en

manos de dos fieles vasallos, Jazberto y Guillem de Castellnou, que, como buenos catalanes, eran escépticos y desconfiados, y de quienes su hijo había heredado tales actitudes. No sería sencillo convencer al infante Pere de nada que no pudiese contrastar con sus propios ojos. Capaz de sobrevivir cual *almogàver* con una sola camisilla, tal fuera en las naves valencianas como en los riscos nevados, era portador de la misma decisión y arrojo que él mismo recordaba haber tenido.

—Atended. Sabéis que me crié de niño tras las paredes sagradas del Temple —el infante asintió. El rey Jaume I había sido entregado a los Caballeros del Temple de Monzón tras la derrota de su padre en Muret, quien enterró las ambiciones catalanas en una estúpida batalla.

—Sí, padre, vuestro mentor fue el valeroso Maestre Guillaume de Mont-rodon —aclaró el infante Pere.

—Sé que conocéis la historia, pero no está completa, hay algo que no sabéis ni vos ni nadie, el Maestre Guillaume me confió un secreto que he mantenido hasta ahora, y que os recuerdo habéis jurado mantener vos. Hace doscientos años, el santo Roberto de Molesmes fue depositario de un manuscrito antiguo, un escrito poseedor de un gran secreto y en el que se inspiró para fundar la Santa Orden del Císter, pero que también ponía en duda la credibilidad misma de la *Sagrada Biblia* —el infante se santiguó. Ninguno de los dos era un gran creyente, pero ambos conocían los castigos de la blasfemia—. No os preocupéis, pecados mayores he cometido y peores los cometeréis vos. Os decía que el entonces abad Roberto confió el gran secreto hallado en el manuscrito al papa Urbano, quien, loco de codicia al conocerlo, inició la Primera Cruzada a Tierra Santa para hacerse con lo que el anciano abad le había confiado. ¡Pero no lo halló!

—¿Esas fueron vuestras verdaderas intenciones al organizar vuestra cruzada? —preguntó el infante.

—¡No me interrumpáis! —gritó el rey—, y esperad al final de mi relato. Roberto de Molesmes, poco antes de morir, confió el manuscrito a su discípulo, el joven Bernardo de Claraval, quien como sabéis expandió la Orden del Císter por todo el mundo, con la finalidad escondida de llegar donde no había podido su mentor y cumplir así las órdenes recibidas directamente del anciano Roberto, pero sus planes se vieron frustrados por la negativa del Papa a dejarle evangelizar fuera de los reinos cristianos. Desesperado por no poder encontrar el gran secreto, se vio forzado a depositar sus esperanzas en alguien de confianza y que sí pudiese viajar a Tierra Santa sin levantar sospechas. Y ese fue su tío, André de Montbard, uno de los fundadores de la Orden del Temple y posterior Gran Maestre Templario. En sus viajes, el caballero de Montbard aprovechó para indagar en secreto si las palabras llegadas de la Antigüedad eran o no ciertas, y se lo hizo saber al santo Bernardo.

—Padre, me cuesta seguiros. ¿El secreto que descubrió Roberto de Molesmes fue

la causa de las Cruzadas a Tierra Santa, y la creación de las órdenes del Císter y de los Caballeros del Temple? —el rey asintió en silencio. El infante comenzaba a comprender la importancia de las revelaciones de su padre.

—Así es, hijo. Aunque la Orden de los Caballeros del Temple se hubiese creado de igual forma, siempre ha estado hermanada con la Orden del Císter. Recordad que Bernardo de Claraval fue quien redactó las maneras de la Orden del Temple, y que fue gracias a él que el Papa la aprobó. Fijaos también en los monjes y los caballeros, las mismas vestimentas, solo les diferencia la espada y la cruz en el pecho, ¿quién creéis si no que ha protegido la expansión de los monjes?

—Disculpadme, padre, lo que me contáis es increíble.

—Lo sé, por eso debéis guardarme atención. Os decía que el Maestre del Temple, André de Montbard, sí fue a Tierra Santa para indagar los secretos del escrito y al parecer dio con la verdad, una verdad tan poderosa que su solo conocimiento nos haría ser excomulgados y quizá muertos. Cuando el caballero de Montbard volvió a Francia, le entregó sus conclusiones en dos rollos al abad Bernardo de Claraval, que los guardó en secreto tal que hasta hoy no han sido hallados.

—Perdonadme de nuevo, padre, ¿cómo sabéis vos de la existencia de esos rollos si no fueron hallados?

—El caballero, impresionado por sus descubrimientos, los confió a su hijo, Robert de Montbard, que murió tras los muros de la ciudad santa de San Juan de Acre sin haber conseguido hallar nada de lo que le relató su padre. Fue entonces cuando Robert de Montbard, el hijo del Gran Maestre de la Orden del Temple, atravesado por una gumía mora en los muros de la fortaleza, decidió pasar su gran secreto a otro hermano templario, el caballero Guillaume de Mont-rodon.

—¡Vuestro tutor! —gritó el infante Pere.

—En efecto, mi tutor. Él me lo relató tras la conquista de Valencia, en su lecho de muerte, como yo a vos en este momento.

El rey detuvo la confesión, preso de una fuerte tos que lo sorprendió de repente. El físico judío entró corriendo en la tienda y aconsejó al futuro rey de Valencia y Aragón que dejara descansar a su padre.

—Hijo —apenas un hilo de voz lo alcanzó en la puerta—, debéis encontrar esos escritos y vivirlos. El caballero de Mont-rodon lo supo en Claraval, seguid sus pasos.

—Os prometo que los hallaré —fue lo único que atinó a decirle en aquel momento, una promesa que no pensaba incumplir por más que el Cielo le conminase a lo contrario.

Cuando el infante Pere abandonó la tienda, entraron su hermana Violante y su otro hermano varón, el infante Jaume. Ambos se miraron frente a la tienda de su padre con más respeto que recelo, pero Pere notó en el alma cómo la envidia recorría la sangre de su hermano.

El rey murió apenas unos días más tarde, lejos, muy lejos de su deseo de morir tras los muros del monasterio cisterciense de Poblet, aunque sus hijos cuidaron respetar la última voluntad del rey y celebraron allí sus exequias. El mundo entero fue recorrido de la noticia y su muerte se lloró incluso entre los reinos moros, donde Jaume I era tenido por un enemigo leal y valiente. Ese día, sus hijos, la historia, y aquellos que habían sido sus súbditos, lo conocieron como Jaume I el Conqueridor.

Las relaciones del nuevo rey Pere III de Aragón, I de Valencia y II de Catalunya con su hermano no fueron buenas a partir de entonces. Él había aceptado la partición hecha por su padre, pero exigió al rey Jaume II de Mallorca que su trono le rindiera pleitesía, a lo que este se negó. Por otro lado, los nobles aragoneses insistieron tras su coronación en que reafirmase los fueros y privilegios conseguidos con su padre, y el rey Pere se opuso porque deseaba un sometimiento total a la Corona y no un pacto.

Además, apenas tres meses después de la muerte de su padre, se alzaron los moros en Valencia y el nuevo rey no tuvo más remedio que encabezar en persona su ejército de *almogàvers* para rendir el Castillo de Montesa y algunos otros. Su fama de guerrero se extendió entonces por todos los rincones del reino, y se hizo famosa su resistencia a los avatares del clima y de la guerra entre aquellos hombres que vestían como único uniforme una camisilla corta y unas calzas de cuero, fuera tiempo de siega o de planta. Comenzó a llevar, como ellos, el famoso *coltell* colgado de su cinturón de cuero, lo que le valió una fidelidad por parte de la infantería a prueba de sangre.

Tardó poco menos de un año en doblegar los últimos reductos moros en Valencia, pero los gastos de la guerra levantaron a los nobles catalanes que, cansados de pagar el impuesto de bovaje, encabezaron una revuelta que necesitó de dos años más para ser sofocada tras sitiar a los rebeldes en el condado de Balaguer.

Fueron años difíciles, y a todo esto se añadió la rotura de relaciones con Castilla cuando el infante Sancho reclamó la herencia del trono a su padre Alfonso X, en contra de su hermana doña Violante, y tuvo que rehacer todos los pactos conseguidos con el rey de Castilla prometiéndole sus ejércitos en la conquista de Navarra, que, por suerte para él, nunca se realizó.

También su hermano Jaume, rey de Mallorca, no conforme con el sometimiento al que le había impuesto, lo obligó a rehacer sus alianzas con el rey Felipe III de Francia y lo enemistó para siempre con su hijo, el rey de Sicilia Carlos de Anjou, al que juró en su fuero interno que degollaría con sus propias manos en cuanto tuviera ocasión. Pero a pesar de todo, el rey Pere supo mantener un frágil equilibrio cuajado en matrimonios de conveniencia y en la fuerza de su poderoso ejército, y, tras cuatro largos años, conseguir un reino sometido, estable y fiel, y dispuesto a apoyarlo en cualquier empresa que decidiese iniciar.

Había pensado muchas veces desde aquel lejano año de 1276 cómo acometer el

último deseo de su padre, y otras tantas había comprendido que no sería una empresa fácil. Las relaciones con el trono de Francia no eran buenas, y los escritos se hallaban en un monasterio en tierras francesas, lo que complicaba su recuperación. Pero no fue hasta que reparó un día en su esposa mientras se confesaba cuando comenzó a cuajar el plan que estaba a punto de acometer. Pidió entonces, en virtud de sus importantes donaciones y de las realizadas por su padre, que le fuera enviado un monje del Monasterio de Poblet para encargarse de los asuntos religiosos de su esposa y de sus hijos, y era en las espaldas de aquel monje en las que pensaba descansar la promesa realizada a los pies de su difunto padre. El hermano de blanco se había convertido en ese tiempo en un miembro más de su corte y en una persona de confianza para su esposa.

Lo mandó llamar. El monje pasaba por ser un buen confesor, jamás le había causado ningún problema con la imposición de sus penitencias y sabía mantener la boca cerrada; además, guardaba una fidelidad a su familia que él se había encargado de afianzar dando tierras a la familia del monje, y la promesa de una baronía en las tierras conquistadas como pago a su labor. Era un hombre silencioso, de pasos cautos y piel transparente. Inteligente como un físico y sibilino como una culebra. El hombre adecuado si era capaz de hacerle entender la importancia de su misión.

—¿Me habéis hecho llamar? —preguntó Joan de Benet.

El rey lo miró. Vestía de blanco impoluto y sus pies estaban calzados por unas sandalias de cuero basto.

—En efecto, monje, sentaos. Os he mandado llamar porque, como bien sabéis, la situación parece haberse normalizado en el reino.

—Por la gracia de Dios —afirmó el monje, a lo que el rey no pudo evitar una gran sonrisa.

—Sí, por eso también. Mi esposa está encantada con vuestros consejos.

—Gracias, Majestad, el Padre me ilumina.

—Y creo que ha llegado el momento de saldar una vieja deuda con vos —contestó el rey, haciendo caso omiso de las palabras del monje.

—Nada me debéis, señor.

—No seáis modesto, hermano Joan, sabéis bien que nos habéis servido con lealtad y que un rey no podría denominarse tal si no cumpliera sus promesas. Pero hay algo que debo pediraros antes de acceder a nombrar al señor de Benet, barón de Morella —los ojos del monje brillaron ante la perspectiva de la promesa, y el rey supo que tenía la batalla ganada.

—Decidme, señor, haré todo lo que esté en mi mano por complaceros, pero debo recordaros que soy un simple pecador, un monje que nada tiene ni nada pretende más allá de respetar los preceptos de la orden.

—Lo sé, eso os honra, buen monje, y por eso he acudido a vos. Aunque estoy

seguro de que nada pretendéis, no afirmaréis que ver a vuestra familia en tal porte os desagrada.

—Claro que no, todo lo contrario, es solo que no me creo valedor de vuestra bondad.

—Pues lo sois, y ya os he dicho que mi esposa la reina Constanza de Hohenstaufen, heredera del trono de Sicilia, os tiene en gran estima. Sin embargo, antes de realizar mi petición, debo solicitaros que esta sea en secreto de confesión.

El monje se sorprendió. En todo el tiempo que llevaba como confesor de la reina, jamás había tenido el honor de confesar al rey, y ahora era él mismo quien se lo solicitaba.

—La piedad del Señor es infinita. Vayamos a la capilla si lo deseáis.

—No, me confesaréis aquí.

Cuando el rey acabó su confesión, al hermano Joan de Benet le temblaban las piernas. Era una verdadera locura, pero sabía que si se negaba a la petición que acababa de escuchar en secreto de confesión, el rey sería implacable con su familia. No quiso ni imaginar a sus padres, ni a sus hermanas, que tan buen matrimonio estaban por conseguir, arrodilladas de nuevo en el campo, sin más futuro que esperar la muerte tras una vida de sufrimiento y trabajo. ¿Cómo podría soportar tal vergüenza? Se preguntó si su fe sería suficiente para aguantarlo, y las lágrimas que no pudo contener le sirvieron como respuesta. Jamás podría resistir ver a sus hermanas tomadas por cualquier campesino zafio, ni a sus padres recoger la mierda de los cerdos solo porque él no fuera capaz de cumplir lo que le ordenaba su propio rey.

—Lo que me pedís, señor, va en contra de todas mis creencias —balbuceó entre sollozos.

—¿Insinuáis acaso que soy injusto? —gritó el rey—. ¿Insinuáis que mi oferta no vale bien de vuestros servicios? ¿O acaso pertenecéis a una familia de cobardes merecedores del destierro? —sabía que lo tenía y no estaba dispuesto a dejarlo marchar.

—No, señor, sois justo y bien sabéis que no soy ningún cobarde. A los hermanos no nos asusta la muerte ni el castigo, pero lo que me pedís..., lo que me pedís es una traición —consiguió decir Joan de Benet.

—¡Una traición servir a vuestro soberano! —gritó con más rabia el rey Pere.

Pasaron unos segundos que al fraile se le hicieron infinitos, en los que supo secarse las lágrimas y mirar al monarca por primera vez en su vida a los ojos.

—Lo haré, y que Dios se apiade de mi alma en su infinita misericordia.

Lo había conseguido. Casi le entraron ganas de abrazar a aquel desgraciado, pero la irrupción de uno de sus capitanes con noticias de la isla de Sicilia apartó tal idea de su mente. Los nobles catalanes habían accedido a financiar su ejército para conquistar las tierras africanas desde las que iniciar el asalto definitivo al trono de Sicilia

expropiado a su mujer. Se dijo que había sido un buen día, y despidió al monje tras recordarle que solo a él podría reportar y que su secreto les pertenecía únicamente a ellos dos y a Dios, como cualquier otro revelado en confesión.

—Hermano —lo llamó el rey antes de salir—, partid inmediatamente. Uno de mis mejores soldados os acompañará para velar por vuestra vida.

El hermano Joan de Benet se despidió con un saludo de sumisión y salió. Ese había sido el peor día de su vida.

Por la mañana, lo fue a encontrar un capitán de la guardia del rey, un hombre de brazos tan poderosos como la espalda del monje.

—Soy el capitán Pere de Besalú, yo os acompañaré.

Joan de Benet lo miró y no pudo evitar un escalofrío ante la imponencia del soldado. Vestía como todos los *almogàvers*, una camisilla y unas calzas de cuero, cinturón con la espada corta, el *coltell* colgado a la cintura y dos dardos. Ese era todo el armamento que necesitaba para que los peligros del camino se limitaran al cansancio por la larga ruta.

—¿Estáis presto? —le preguntó, a lo que el monje accedió—. ¿Sabéis montar? —preguntó de nuevo.

Un sol brillante los despidió de Valencia y ambos cabalgaron sin más tregua que las obligadas hasta Francia. El camino fue agotador, pero el hermano Joan de Benet apenas si cruzó palabra con el soldado, más pendiente de cualquier movimiento extraño que de iniciar conversaciones con su forzado compañero de aventuras.

Tardaron poco más de dos semanas en llegar a los imponentes muros de la iglesia de Clairvaux. El hermano Joan llevaba una carta firmada por el rey y el abad de Poblet, en la que solicitaba que permitiesen el acceso al monasterio francés al hermano y a su acompañante. Decía la misiva que el monje andaba tras la recopilación de datos para la confección de un volumen dedicado a la vida del santo Bernardo de Claraval que se exhibiría en el aniversario de la muerte del rey Jaume I el Conqueridor, en el Monasterio de Poblet, junto a su tumba, para que todos los peregrinos que acudiesen a honrar al difunto rey supiesen de su devoción por la orden.

Llegaron de mañana acompañados por un sol brillante que se derramaba sobre las tierras francesas. Si no hubiese sentido el terror en su alma, habría gozado del extraordinario paisaje que se levantaba a su alrededor. Los monjes habían roturado el terreno próximo a la abadía y, desde lo alto de la loma en donde el capitán se había detenido, aparecían los campos como bordados en un tapiz, perfectos, de tantos marrones como colores tiene la tierra del Señor, y verdes y azules según los vistiese la arboleda o el río. Un paisaje imaginado solo por la magnificencia de un Dios al que estaba a punto de mancillar por sus debilidades de hombre. Recordó frente a las puertas de Clairvaux el día en que su padre, un campesino propiedad de su señor, lo

entregó a aquellos hombres santos que vestían de blanco y trabajaban hasta agotar incluso a los animales de carga. Sufrió durante semanas la separación de su familia, de su madre, a la que adoraba, y de sus hermanas, tres hermosas niñas cuya risa con solo recordarla lo transportaba al Cielo. Lo haría por ellas.

El abad Gilles de Exupéry salió a recibirlos y mandó a uno de los hermanos a que los acompañara hasta sus dormitorios.

Joan de Benet compartiría los horarios y las labores con el resto de los hermanos, viviría en el dormitorio situado en el segundo piso de la sacristía, mientras que el capitán debería compartir su cama con el resto de los conversos que ayudaban en las labores de la abadía. Se le permitiría utilizar la iglesia, pero tenía vetada la entrada a todas las otras dependencias, a excepción del refectorio y en las horas convenidas. El hermano Joan se alegró de separarse por fin de aquel hombre fabricado en roca y que no le había dejado ni un segundo desde que partieron de Valencia. Desde el dormitorio se alcanzaba a oír el gorgoteo de la fuente del claustro, como en su amado Poblet, un lugar en el que los pájaros eran el único acompañamiento musical y en el que la paz de sus paredes pareció acallarle la angustia que le roía las entrañas. Incluso pareció recuperar algo de peso en apenas los tres o cuatro primeros días de estancia.

Cuando finalizaba su jornada, recababa reseñas sobre la vida del santo Bernardo, olvidado y aliviado de su verdadera misión, hasta que una de las noches, mientras subía por la escalera que comunicaba la iglesia con el dormitorio, lo agarraron unas manos duras, capaces de aplastarlo como una nuez con solo habérselo propuesto.

—Monje, ¿cómo van vuestras pesquisas? —el capitán Pere de Besalú lo miraba sin soltar sus hábitos blancos.

—¡Estáis loco! Si os descubren aquí, nos expulsarán a los dos de la abadía y nada podré averiguar —el hermano Joan de Benet temblaba en la oscuridad de la escalera.

—No os demoréis, monje, no soy un hombre de paciencia, recordadlo.

Y desapareció en las sombras de la noche con la misma premura con que había aparecido. Cuando el hermano Joan se acostó en su jergón, le temblaba todo el cuerpo, se tapó y no dejó de llorar hasta el amanecer.

Esa mañana dejó de escribir sobre la vida del santo y comenzó a anotar en sus hojas los avances de su investigación. Dejó de comer y no consiguió conciliar de nuevo el sueño. El resto de los hermanos lo ayudaban en las tareas más duras al ver que su salud le impedía apenas levantar la azada. Él mismo notaba cómo sus hábitos le caían encima y se los pisaba al caminar. Ninguno de ellos pareció extrañarse de las continuas preguntas del monje catalán, y creían ayudarlo explicándole las hazañas del santo Bernardo, y cómo, gracias a la fuerza divina que anidaba en su interior, había sido capaz de fundar casi un centenar de monasterios. Joan de Benet tomaba notas con extrema precaución y hacía ver que todo lo que le relataban lo transcribía a aquellos volúmenes ajados, pero ninguno de los hermanos tenía respuesta cuando

indagaba sobre los escritos del santo. Pasaron varios días hasta que se atrevió a solicitar una entrevista con el abad Gilles de Exupéry.

—Abad, me gustaría examinar los documentos que guardáis del santo —pidió por fin el hermano Joan tras informar al religioso de sus avances. El rostro del abad se ensombreció de repente.

—Lo que me pedís es imposible, hermano. Nadie puede acceder a ellos sin un permiso expreso del Papa —contestó De Exupéry con un desagrado que no quiso ocultar.

—Lo comprendo, abad, pero si solo me permitieseis echar un vistazo a sus aposentos, quizá con eso podría acabar la obra que se me ha encomendado y estoy seguro de que el rey Pere os sabría compensar como bien merecéis. Imaginad la cantidad de peregrinos que acuden a Poblet ante la tumba del rey Jaume y que podrán consultar en la obra los milagros y la fuerza de nuestro santo.

—No es posible. Lo que me pedís está fuera de mis atribuciones. Debéis saber que aparte de la limpieza mensual de su celda, ninguno de nosotros accede jamás a ella. Forma parte de nuestra vida, del alma de la abadía y por ningún motivo, ni aun los loables que me exponéis, debe ser profanada.

—Estoy seguro de que el rey os sabrá recompensar —insistió de nuevo el monje, sabedor de que sin esa consulta a los documentos del santo jamás daría con los escritos.

—Lo siento, hermano, estoy convencido de la generosidad de vuestro rey, pero ya hemos hecho suficiente permitiéndoos la entrada en nuestra vida y alojando a ese soldado que os acompaña. Y ahora, con vuestro permiso, debo continuar con mis oraciones.

Y el abad lo despidió. Cuando el hermano Joan de Benet abandonó el auditorio, supo que ardería eternamente en el fuego del Infierno, pero ya no tenía más remedio. Al caer la noche, esperó a que todos sus hermanos estuviesen dormidos y salió del dormitorio por la escalera que daba a la iglesia. Como todas las iglesias de la orden, la de Clairvaux también estaba construida en la forma indicada por San Bernardo, una simple cruz latina con tres naves principales. Pero a pesar de su extremada sencillez, la iglesia era poseedora de una belleza que paralizaba el aliento. Pasó frente a los pilares que soportaban el núcleo cruciforme y se santiguó al atravesar el altar que quedaba en su centro. La nave que ejercía de travesaño estaba vestida por ocho altares, de los cuales los dos más orientales estaban dedicados al fundador Bernardo de Claraval.

Sentía las suelas de sus sandalias como golpes en un inmenso tambor, seguro de que lo delatarían en el silencio sepulcral de la iglesia. Faltaban poco menos de tres horas para que el resto de los hermanos bajaran a rezar y ese era todo el tiempo de que dispondría si no quería ser descubierto. Se acercó al altar de piedra blanca, sin

ninguna figura o pintura que lo relacionara con San Bernardo. Movi6 su linterna y esparci6 un haz de luz amarillenta mancillando la sacralidad del lugar. Sintió un escalofrío que lo oblig6 a santiguarse varias veces seguidas hasta que consigui6 controlar el terror y la culpa que le aflojaban el est6mago y las rodillas. All6 no había nada. Ya había visitado ese mismo altar durante el día y tampoco le había parecido notar nada extraño en él, pero no sabía por d6nde continuar la búsqueda. Ni siquiera había conseguido saber d6nde se encontraba la celda que utilizaba el santo en sus recogimientos, «oraba con el resto de los hermanos» le habían dicho todos, pero estaba convencido de que debía disponer de un lugar seguro en el que resguardarse.

Continu6 moviendo la linterna para llegar a todos los rincones del altar, pero su temblor la hacía bailar en un juego de sombras aterradorante. Pens6 en retroceder unos pasos para tomar algo de distancia cuando se enred6 con los bajos de su hábito y cay6. El pánico se apoder6 entonces de su corazón, seguro de que el estruendo lo delataría, y se acurruc6 contra la base del altar a la espera de ver las linternas de sus hermanos entrar en la iglesia para echarlo a patadas de all6, pero pasaron minutos que se le hicieron eternos y nadie, aparte de él, profan6 el silencio de la noche. Agarr6 entonces su linterna, a la que por suerte no se le había derramado el aceite, con el convencimiento de que todo aquello era inútil y con la cerviz doblegada al seguro castigo que recibiría del rey. No podía más, él solamente quería servir a Dios en el silencio y el trabajo, y su familia debería comprender que así debía ser. No habían nacido nobles y no morirían como tales. Ese era el destino y así había sido por cientos de años, ¡qué ingenuo creerse capaz de cambiarlo! ¡Qué cretino miserable desmerecedor del perd6n divino! Correría al rey a decirle que abandonaba, que se buscara a otro traidor para esa misi6n. Pero mientras se apoyaba en la roca que ejercía de base del altar para recuperar el equilibrio, vio algo extraño, como un pequeño brillo a la luz de la linterna. Se enrosc6 y descubri6 una especie de argolla escondida tras la pata interior del altar. Una argolla unida a la losa de piedra sobre la que estaba el altar, y que comprendió que jamás sería capaz de mover él solo. Se santigu6 por centésima vez en la noche, se alis6 el hábito y volvi6 al dormitorio. Debía explicarle al capitán su hallazgo y quizá, con su ayuda, serían capaces de mover aquella piedra que el instinto y el miedo le decían que ocultaba un gran secreto.

Pasaron algunos días antes de que el capitán lo encontrara en la viña. Estaba agachado, vencido por el sol y la extrema delgadez que lo había devastado desde que le encomendaron la misi6n. Incluso la tarea que le habían dejado sus hermanos, podar las vides con unas tijeras, se le dificultaba de gran manera. Lo agarr6 por el brazo y lo arrastr6 como a un guijarro hasta el borde del campo.

—No hacéis buena cara, monje.

—No os preocupéis por mí. Necesito de vuestra ayuda, hoy, a la medianoche

frente al claustro. Permaneced oculto al abrigo de la arboleda hasta que os haga tres señales con mi linterna. Entonces entraréis conmigo en la iglesia, y que Dios nos perdone —se santiguó y un sudor frío le recorrió el espinazo, marcado en la piel como las punzadas de una tela.

Aguardó a que sus hermanos durmieran, y los envidió. Roncaban con las conciencias tranquilas y agotadas por el duro trabajo, mientras que él no era ni siquiera capaz de caminar erguido y su conciencia vagaba por los Infiernos descritos en el Apocalipsis de San Juan. Esperó a encender la mecha de la lámpara con la luz del sagrario y salió al atrio para avisar al capitán. Apenas hizo la señal convenida, un gigante vestido con una camisilla salió de entre los arbustos y lo siguió. El capitán había envuelto sus armas en tela para no romper el silencio, y el hermano se preguntó cuántas veces no habría asesinado a sus víctimas utilizando la misma técnica.

Entraron en la iglesia y los dos se santiguaron al pasar frente al altar central. Cuando el monje cisterciense llegó hasta la argolla que había descubierto noches atrás, el capitán lo miró.

—Movedla —le ordenó Joan de Benet en un susurro.

El *almogàver* se desprendió de su camisa, la ató a la argolla, aseguró sus pies contra la roca del altar y tensó toda su musculatura. El monje lo miraba en estado de semiinconsciencia. Ese hombre poseía más fuerza en cualquiera de sus músculos que él en todo su cuerpo. A pesar del esfuerzo del soldado, la roca ni siquiera se movió, y el capitán sudaba como un borrico arrastrando un arado.

—Dadme vuestra lámpara —le pidió el *almogàver*, y sin darle tiempo apenas al hermano Joan de Benet, se la arrancó de las manos.

Tiró un poco de aceite en las juntas de la losa y comenzó a tirar de nuevo. Esta vez, la piedra sí cedió, fruto de su poderoso esfuerzo, y consiguió abrir un hueco suficiente por el que colarse los dos.

El capitán fue el primero en bajar, desenvainó el *coltell* y se adentró por los escalones que partían del hueco. Parecía una especie de túnel cavado durante la construcción de la iglesia, y también parecía evidente que desde mucho tiempo atrás nadie pasaba por él. Sintió tras de sí los pasos temblorosos del monje blanco, pero siguió por el túnel sin mirar atrás. Debía caminar encorvado, aunque el lugar era lo bastante ancho para no toparse con las paredes. Caminaron unos cien pies, calculó que en dirección al sur, hacia donde estaba el pozo del claustro, pero, aunque le parecía escuchar el gorgoteo del agua de fondo, no tenía forma de estar seguro. Entonces encontraron un nuevo pasillo que cruzaba el túnel por el que ellos avanzaban, y que se perdía en la profundidad. El capitán se volvió al monje para preguntarle hacia dónde debían continuar.

—Devolvedme la lámpara —pidió Joan de Benet y se adentró con precaución varios pasos en cada pasadizo—. Por aquí, fijaos, el suelo de este pasillo está limpio.

Recordó las palabras del abad en las cuales le explicaba que una vez al mes se encargaban de limpiar la celda del santo, y si no estaban errados, aquel era el camino por el que los hermanos entraban a realizar su labor. Giraron cuarenta y cinco grados hacia el este, alejándose del claustro. El capitán intentaba visualizar en su memoria el mismo recorrido por la superficie, pero el negror del túnel y la excitación que le producía caminar por él nublaban un poco su capacidad de orientación. Al cabo de unos minutos, el pasillo finalizó contra una puerta. El capitán la abrió y Joan de Benet se adentró. Encendió dos linternas que reposaban en sendas argollas clavadas en la pared y la luz dejó al descubierto una habitación cuadrada, de paredes y techo revestidos en piedra, con un pequeño jergón en uno de los laterales y un escritorio en el otro. La pared que se abría justo frente a ellos estaba forrada por una estantería de madera en la que reposaban docenas de volúmenes y rollos atados por cintas de cuero. El monje se arrodilló y lloró, lloró hasta que una tos profunda, arrancada de su infierno particular, lo dobló por la mitad y lo hizo caer ante la habitación del santo al que había amado toda su vida.

—Levantaos, tenéis poco tiempo para encontrar lo que habéis venido a buscar — le dijo el capitán, que lo alzó como a un niño.

Joan de Benet miró al gigante. Todavía estaba descompuesto por la tos y el pánico por lo que debía hacer, pero durante unos segundos fue feliz. La presencia de aquellos volúmenes lo devolvió a un mundo del que jamás debería haberse separado. Nunca debió aceptar la invitación de su abad para servir al rey, su ego lo había castigado, aunque en esos segundos de observar la sabiduría almacenada en la celda del santo, se olvidó de su castigo y gozó. Pasó los dedos por los volúmenes de Cicerón, Homero, Platón, las *Confesiones* de San Agustín, decenas de códices alineados por temas, Filosofía, Naturaleza, Cosmología, la biblioteca de un sabio abierta para él.

—No perdáis más tiempo, monje, pronto notarán la losa en la iglesia.

La voz del capitán lo devolvió al mundo real en donde él era un traidor, y comenzó a buscar entre los volúmenes, entre los rollos de la biblioteca, sin éxito. Suspiró por que el santo no los hubiese escondido entre las páginas de algún códice, o peor aún, los hubiese encuadernado con nombre falso, o destruido. En el fondo ansiaba no encontrarlos, podría volver ante el rey y decirle que esos escritos no se hallaban en la abadía, que el capitán era testigo de su intento, que incluso habían conseguido acceder a la celda del santo y que ni allí los había encontrado, pero siguió con la búsqueda, arrastrando la luz burlona por los lomos de los códices. Cuando estuvo seguro de haber repasado la gran mayoría, se dirigió al escritorio. Todavía estaba la péndola del santo sobre la mesa, dispuesta junto al tintero que él mismo había utilizado. Joan de Benet corrió los dedos por el borde de la pluma y se estremeció. Con aquella herramienta había escrito el mismísimo San Bernardo. Le entraron ganas de echarse al suelo y quedarse allí, desaparecer, enterrarse en la

habitación del santo, pagar sus miserias entre aquellas paredes benditas, pero un grito del capitán lo obligó a continuar con la búsqueda. De repente vio algo, un rollo atado con una cinta diferente al resto, marcada con una extraña palabra, «*Vitellius*». Lo abrió con sumo cuidado sobre el escritorio y empezó a leerlo. La letra misma lo delataba, no era una letra ulfilana como la que utilizaban los monjes en sus copias, sino mucho más antigua. Comprobó la firma, «Cayo Plinio, prefecto de Misenum», y el texto, escrito en un latín ya olvidado, que comenzaba con la narración de una comunidad de hombres santos. ¡Era ese el escrito que buscaba el rey! ¡Lo había encontrado!

—Este es —dijo a Pere de Besalú, mostrándole el rollo.

—¿Estáis seguro? —preguntó el capitán.

—Sí, pero el rey me habló de dos escritos, y este es solo el primero.

No tardó en dar con el segundo escrito que el rey le había desvelado. Estaba junto al primer rollo de Cayo Plinio y en su escritura se apreciaban los trazos de una persona culta, pero exenta de la dedicación y pulcritud de un monje. Leyó la firma, «André de Montbard», bajo un sello lacrado con la cruz patada del Temple, y escrito en francés. Miró al capitán.

—¿Es todo? —preguntó el *almogàver*.

—Sí, estos son los dos rollos que me encargó el rey.

—Habéis cumplido, monje, ahora debo cumplir yo. ¡*Desperta ferro!*

Y el capitán presionó el frágil cuello de Joan de Benet hasta que su cuerpo dejó de agitarse. Arrojó junto al cadáver una bolsa de monedas de plata acuñadas por el rey y salió. Si cabalgaba toda la noche, en poco menos de una semana podría partir con el resto de sus hombres a luchar contra las tribus de África.

## Capítulo

**E**chaba de menos a las latinas, las palmeras, los zumos, el calor, la música de su idioma, la salsa que salía por las puertas, siempre abiertas, de las casas, estaba harto de esa maldita fábrica en que su única distracción era escoger a una de aquellas trabajadoras rubias de mono azul y marcar sus manos en carne blanca. Pero ni eso le satisfacía ya, las rumanas eran igual que las rusas, frías, como tirarse una nevera con calculadora. Todas esperaban de él que les subiera la categoría, o el sueldo, o cualquier favor relacionado con el dinero, y pocas, muy pocas, lo habían hecho por el puro placer de probar un bocado tan exquisito como el Negro. Ahora las miraba desde la cristalera que separaba las oficinas del taller cuando sintió cómo el bolsillo izquierdo de sus pantalones se agitaba furioso.

—Sí, comprendo. No cuelgue, tengo instrucciones de grabar la llamada —el Negro manipuló el teléfono móvil para que la conversación quedase almacenada en la tarjeta de memoria—. Las dos están vivas... No, no puedo garantizarle nada ni puede hablar con ellas, usted conocía muy bien las instrucciones, el código por sus vidas... No me venga con vainas, yo solo cumplo con lo que me mandan.

Y colgó.

Después, agarró su teléfono y llamó a Lucas Joswiack. Cuando este le informó desde el otro lado que podía hablar, le relató la llamada y le pasó la grabación, y también le comunicó que tan pronto como Romtelecom localizara la llamada, se lo haría saber.

—¿Qué hago? —preguntó el Negro.

—No las toques —colgó y marcó de nuevo—. ¿Santanusanna? Joder, pareces un muerto, ¿has pasado mala noche? Escucha, ya se han puesto en contacto. Sí, el Negro ha grabado la conversación. Nada importante, solo que están tras la pista. No, todavía no tenemos localizada la llamada, en cuanto nos avisen te informo —esperó un momento a que el italiano continuase—. No me parece una buena idea.

Lucas estaba nervioso, Marco Santanusanna le acababa de informar de su intención de ir a Cîteaux para ver qué podía averiguar. Sonó su teléfono, era el Negro.

—Ya han localizado la llamada —le dijo—, desde un área de servicio de la autopista, a pocos kilómetros al sur de París.

—Muy bien, tú sigue ahí, que esas zorras no se escapen.

Debía avisar a Santanusanna de inmediato. Buscó las últimas llamadas y remarcó.

—La llamada ha sido localizada en una autopista, a pocos kilómetros al sur de París.

—Muy bien, escucha Joswiack, he hablado con De la Vega y Montalbán, y los

dos están de acuerdo. Ahora mismo voy a tomar mi avión para venir a buscar a la chica, ella me acompañará a la abadía. Yo solo no encontraré nada, y menos si no sé qué buscar.

—Es muy arriesgado —lo advirtió Joswiack.

—Lo sabemos, pero es ahora o nunca, siento que estamos muy cerca —alegó Marco Santasusanna.

—Está bien, le diré al Negro que la tenga lista.

La carrera se aceleraba.

## Capítulo

Qué te han dicho? —le pregunté.

—Que están vivas.

—¿No te ha dejado hablar con ellas?

—No, además me ha hecho esperar para grabar la llamada, tengo miedo por ellas, Cècil —me contestó.

—Tranquila, creo que ha sido buena idea llamar desde aquí —afirmé para darle ánimos—. Aunque localicen la llamada, no les será fácil ligar los cabos.

—Pero temo por ellas, la voz de ese hombre transmite mal. Debemos darles algo rápido o...

Mars no pudo acabar la frase. Estaba en verdad asustada. No es que yo, mientras la abrazaba, fuese más valiente, al contrario, estaba aterrorizado, pero si una cosa tenía clara era que aquello no era un juego y que Mars me necesitaba para salvar a la condesa y a Azul. Quizá tanto o más de lo que yo comenzaba a buscar su compañía. Aprovechamos la parada para llenar el tanque del Citroën y continuamos en dirección a Barcelona, donde llegamos bien entrada la noche.

Cuando Mars se levantó, yo ya llevaba un par de horas despierto, consultando los correos recibidos en mi ausencia. Casi todos eran de Mozambique, dirigidos a mí y a Oriol Nomis, rogando que tan pronto como fuera posible, alguien diera razones. El viejo auditor ofreció un sustituto que ocuparía mi lugar en menos de cuarenta y ocho horas. Me dolió verme fuera de mi vida. Aquellos correos cruzados, en los que yo solamente aparecía como copia adjunta, eran la prueba definitiva, el acta de defunción de mi carrera de auditor.

—Buenos días —me saludó Mars—, ¿has podido dormir?

—Como un tronco —no le mentí. Por lo menos así me sentía, duro como un trozo de madera muerta—. Tu toalla está sobre la silla.

Mars me miró y me sonrió antes de coger la toalla y encerrarse en el baño. Llevaba la misma ropa de la noche anterior, pero su cabello estaba más despeinado y sus ojos, hinchados. Cuando salió del baño, ya la esperaba para marcharnos a Santes Creus. No quise contestar ninguno de los correos.

Santes Creus quedaba a un par de horas al sudoeste de Barcelona. Llevábamos poco menos de una hora de camino cuando un indicador me devolvió por un segundo a mi niñez. Una señal avisaba de la cercanía a la población costera de Altafulla, donde había pasado la mayor parte de mis veranos junto a mis padres, y no pude evitar un suspiro al pensar en ellos. Mars me miró y respondió con una sonrisa. Así llegamos al desvío de Santes Creus.

Frente a nosotros se abría el Camp de Tarragona y, mientras seguíamos el curso del río Gaià, recordé que apenas teníamos datos de la Abadía de Santes Creus. Pedí a Mars que condujera y me conecté a la red en busca de documentación, más de ciento cincuenta mil enlaces tenían como base Santes Creus. La mayoría de ellos hablaban de la historia de la abadía, pero uno de esos enlaces contenía el plano de la Abadía de Santes Creus, y lo descargué al disco duro. Era un calco del de Clairvaux.

Arribamos al *parking* poco antes del mediodía, justo a punto para iniciar la última visita guiada. Ya comenzaba a vivir en un gran *déjà-vu*: un patio tomado por un grupo de turistas, todos con su correspondiente tiquete en la mano, algún monje perdido en espera de las fotos de turno, y el guía que amablemente nos anunciaba el inicio de la visita. En Santes Creus por lo menos nos ahorraríamos la foto del monje, ya que hacía años que no había ninguno, aunque bien hubiera podido haberlos porque el estado de conservación de la abadía era excelente. La visita comenzó por las murallas exteriores y siguió por los tres recintos medievales que quedaban en pie, en los que, a pesar del tiempo, todavía conservaban restos originales. Del primer recinto quedaban una puerta y una capilla, la de Santa Llúcia; del segundo, una gran fuente dedicada al abad Sant Bernat Calvó, confesor de Jaume I el Conqueridor, y el actual Ayuntamiento; y en el tercer recinto se encontraba la joya de la Corona, la iglesia, de planta de cruz como todas las de la orden.

Visitamos el claustro, con el ya consabido lavamanos, el comedor y la cocina, y después el dormitorio del piso superior, que nos sorprendió con unos extraordinarios arcos ojivales, y que todavía se utilizaba como sala de conciertos. Mars me miraba con angustia. Todo estaba perfectamente remodelado, reconstruido desde el modelo original, pero ni una sola de sus paredes guardaba una losa sin restaurar. ¡No encontraríamos nada! Pregunté al guía si bajo la iglesia se habían hallado habitaciones, catacumbas o algo parecido; nada de eso había existido nunca en Santes Creus.

La visita terminaba en la iglesia, donde entramos todo el grupo tras el guía. Frente al altar mayor, había un retablo barroco que me pareció una patada en los riñones cistercienses, pero que todo el mundo alabó por su asombrosa factura y refinamiento, y justo en el centro de la iglesia, la tumba del rey Pere II.

—Observen la extraordinaria tumba del monarca. Lo que ven es una fabulosa bañera fabricada en pórfido —comenzó a explicar el guía—, como la columna que les mostré anteriormente frente a la habitación para principales. Es una de las tumbas más atípicas conocidas de un monarca.

Era en efecto extraño, una gran bañera rojiza, con dos argollas laterales grabadas en la roca y sellada con una especie de urna de piedra. El curioso conjunto estaba embutido entre columnas que lo circundaban.

—Perdone, ¿qué tiene de especial el pórfido? —preguntó un hombre con

pantalones de chándal y zapatos mocasines.

—En Catalunya no existe el pòrfido. La bañera que hace las funciones de sarcófago se fabricó en el siglo I en algún lugar de Oriente Medio. Se cree que llegó desde Sicilia traída por su hijo Jaume. No existen pruebas documentales de ello, pero es la explicación más aparente.

A Mars se le abrieron los ojos como dos naranjas.

—Además, esta tumba tiene la peculiaridad de que nunca ha sido profanada. Como bien saben —comenzó el guía con la frase típica precedente a una explicación de la que ninguno de nosotros tenía ni idea—, durante la secularización de 1835 llevada a cabo por Mendizábal todos los monasterios fueron profanados. Por ejemplo, la tumba de Jaume I el Conqueridor, que se encuentra a pocos kilómetros de aquí, en el Monasterio de Poblet, fue saqueada y sus restos esparcidos por el monasterio. Santes Creus también fue devastada, y su gran biblioteca, la que hemos visto antes, fue desvalijada al igual que el resto de las dependencias. Sin embargo, el sepulcro del rey permaneció intacto. Solo tenemos constancia de un golpe en la parte superior durante la Guerra del Francés, que los propios monjes se encargaron de restaurar sin abrir la tumba en su momento. Justamente hace apenas unos meses, miembros del Museu d'Història de Catalunya certificaron todo esto que les estoy explicando mediante una endoscopia a todo el monumento funerario. Les aseguro que mantener el respeto por una tumba durante ochocientos años no es nada habitual, y eso es algo de lo que nos sentimos muy orgullosos en Santes Creus.

—Oye, ¿y qué hay en la tumba? —le preguntó un abuelo de visita con sus nietos.

—En el acta del Museu figura que la tumba estaba sellada y su interior en perfecto estado, pero además puede usted comprobarlo por sí mismo, ya que se grabó un video del interior.

—¿Se puede consultar ese video? —preguntó Mars con un grito, para sorpresa del grupo.

—Supongo que estará en la web del Museu.

—Si hay algo, solo puede estar en el sarcófago —me susurró Mars a la salida con entusiasmo.

Nos sentamos en la cafetería a tomar algo y conecté mi ordenador. Fue sencillo dar con el video de la tumba del rey Pere. Duraba apenas un minuto, y en él pudimos apreciar la imagen tridimensional de un cadáver prácticamente fosilizado, y en bastante mal estado. Un cráneo unido a un tronco cilíndrico sin formas. Pensamos que seguramente en el momento de su entierro debieron cubrir el cuerpo con alguna especie de manto que con el tiempo se había unido al propio cuerpo. Desde luego, en las imágenes no aparecían ni escritos ni códigos, y si alguna vez habían estado allí, los ácidos de la descomposición los habrían podrido como habían hecho con el resto de los objetos. Decidimos no caer en el desánimo y aprovechar las últimas horas de

sol para pasear por el claustro en busca de alguna pista. No encontramos nada, pero nos dimos la oportunidad de continuar al día siguiente. Quizá lo que buscábamos estuviese protegido en algún estuche bajo el cuerpo del monarca...

Dormimos en un pequeño hotel que emulaba las celdas de los antiguos monjes y regresamos por la mañana, bastante más temprano de la hora prevista para la primera visita guiada. Nos hicimos pasar por dos peregrinos en la ruta del Císter, y una buena propina nos abrió las puertas.

Acudimos directos a la tumba del rey. La luz entraba por el gran rosetón del altar, orientado, como ya sabía por tantas explicaciones, al este para aprovechar la luz de la mañana. El retablo barroco restaba el esplendor que imaginé en los primeros tiempos de la vida monacal, pero no pude evitar sentir un escalofrío ante la imponente y austeridad de la nave.

Mars no parecía comulgar de mi emoción y recorría una y otra vez la tumba del rey Pere.

Era en efecto un sepulcro extraño. Entre toda la piedra blancuzca destacaba esa bañera rojiza que para nada casaba con el resto, no solo de la tumba, sino de todo el conjunto histórico. Estaba apoyada sobre cuatro perros de mármol que la sostenían en sus esquinas. Su estructura era la de cualquier bañera convencional, en forma cóncava, y estaba decorada con la cabeza de un león a cada lado. En sus extremos aparecían cuatro argollas talladas en la piedra, y la cerraba una roca labrada en forma de tejado, con monjes y santos pintados en ocre, rojos y azules, bajo arcos grabados en sus lados. Alrededor de todo el sepulcro, nueve columnas de piedra hasta el techo con capiteles policromados parecían proteger el descanso centenario del rey.

—Es extraño —me dijo Mars.

—Sí, todo este conjunto, los capiteles dorados, la representación de santos pintados con esos colores estridentes...

—... tan poco comunes en la orden —continuó mi frase Mars.

—Quizá deberíamos fijarnos en las figuras —y dimos un par de vueltas más al sepulcro.

—No hay ninguna que señale nada.

—¿Conoces la iconografía de los santos? —pregunté.

—Sí, de algunos, ese por ejemplo de las llaves, San Pedro, aquel parece San Juan, pero tampoco tenemos la seguridad de que todos sean santos.

—¡No, santos no! ¿Cuántos hay? —¡ya sabía lo que eran!

—¡Seis a cada lado! ¡Son los doce apóstoles! —contestó Mars.

—¡Es cierto!

—Veamos, ninguno señala nada. Ninguno escribe nada —iba diciendo mientras recorría de nuevo el conjunto mortuorio—, todos miran al frente...

—La bandera catalana pintada en el tejado de la casita del muerto... —imité su

acento y el tono de maestra de su última reflexión.

—¡Cècil! —me reprendió Mars, aunque mientras daba vueltas a las columnas, vi cómo sonreía.

—Bueno, los apóstoles no hacen nada —admití.

—Quizá la pista no esté aquí —me dijo Mars—. A lo mejor, deberíamos mirar en otro lugar.

—No. La pista está aquí, estoy seguro. Sigamos. Si los apóstoles no miran, ni señalan, ni hacen nada, ¿qué más nos queda? —pregunté en voz alta.

—Los arcos bajo los que están los apóstoles son todos iguales, también me he fijado.

—Sí, todos pintados en color rojo, como las columnas que los separan —afirmé.

—¡Columnas! Cècil, fíjate, los doce apóstoles están metidos en doce arcos, pero no son iguales.

—A mí me parecen iguales... —no veía dónde quería ir a parar.

—Sí, los arcos sí, pero fíjate en las columnas. Son todas rojas.

—¿Y?

—Cècil, mira las columnas. El primero y el último arco de la serie carecen de columna, salen de la piedra, como si la serie de arcos comenzara y acabara contra una pared.

En efecto, los apóstoles, separados seis a cada cara de la urna de piedra, estaban cada uno de ellos bajo un arco sostenido en la columna de la que surgía el siguiente arco. Pero el primero y el último estaban, por decirlo de alguna forma, apoyados en una pared ficticia.

—Cinco columnas a cada lado hacen diez columnas, ¿no? —me preguntó, y asentí—. ¿Y cuántas columnas protegen la tumba del rey? —preguntó eufórica.

—¡Nueve! —grité.

—Así pues, falta una columna, y si hacemos caso de la escultura, debería ser roja.

—¡La columna de pórfido de la otra sala!

La columna que buscábamos estaba justo al otro lado del claustro. Corrimos hasta lo que debió ser una sala un tanto especial, pero cuya explicación nos había pasado inadvertida pendientes como estábamos únicamente de la tumba del rey. Frente a una gran puerta cerrada de madera se levantaba un arco apoyado en una columna de pórfido rojo, el mismo material de la tumba, y descansaba contra la pared lateral de la sala, como en la representación del sarcófago real. El capitel de la columna también estaba decorado con el mismo diseño con que habían labrado los artesanos la tumba del rey. No había duda de la relación entre ambos lugares.

—Aquí es —me dijo Mars.

La puerta de la sala era imposible de abrir sin la llave o material de derribo, así que nos centramos en la columna. Además, en los bajorrelieves no había puertas, sino

columnas y arcos. Comenzamos a circundarla, la tocamos, la acariciamos y la golpeamos por si estaba hueca. Pero tras varios intentos comprendimos que, aunque estábamos más cerca, nos encontrábamos perdidos de nuevo.

—¡Maldita sea! ¿Y ahora qué? —pregunté. Era un juego maldito, euforia, pesadumbre, rabia, miedo, euforia..., una y otra vez, la misma combinación.

Mars me pidió las llaves del coche y comenzó a golpear la columna desde la base hasta donde alcanzó su estatura. Era totalmente maciza. Miró al arco, pero su altura era demasiada para alcanzarlo sin la ayuda de una escalerilla, o un taburete. Quizás allí alguien hubiese podido habilitar un escondrijo, ¡pero cómo alcanzarlo! El pedestal era algo más ancho que la columna y quizá, si era capaz de auparme desde allí, podría alcanzar al arco. Me abracé a la columna y me subí sobre el pedestal, di un pequeño salto y golpeé con los nudillos la roca. Un golpe sordo nos indicó que allí tampoco parecía haber nada. Al caer, pisé con fuerza el borde del pedestal.

—¡Cècil, el pedestal! —la miré extrañado—. Ha sonado a hueco.

Mars me ayudó a levantarme y después lo golpeó con las llaves del coche. El golpe sonó como un tambor. ¡La base de la columna estaba hueca!

Buscamos algo con que golpear el pedestal. En apenas unos minutos, el guardia abriría las puertas al primer grupo de turistas y un montón de gente nos robaría la intimidad necesaria para nuestro propósito. Teníamos muy poco tiempo. Mars me llamó. Frente a las escaleras que daban acceso al piso superior había un expositor metálico con el plano del monasterio, uno con patas de hierro colado para dar sensación de antiguo.

Agarramos el cartel y comencé a golpear el pedestal de la columna. Los golpes resonaban con dureza, pero confiamos en que la distancia hasta la puerta de la iglesia, con el claustro de por medio y la puerta exterior cerrada, los amortiguara. Al cuarto o quinto golpe, la piedra se deshizo en una esquina. Mars intentó rascar con las manos, pero fue incapaz de hacer mayor el hueco, así que golpeé un par de veces más hasta que la piedra se rajó y dejó al descubierto su secreto, el secreto de un rey.

Mars se agachó y sacó un pequeño cofre de madera, sucio de cascotes blancos, y que me clavó en el estómago mientras me besaba en uno de los mejores momentos de mi vida.

¡Lo teníamos!

## Capítulo

**M**arco Santasusanna la miraba. Aquella muchacha tenía unos ojos hermosos, aunque ahora estuvieran ocultos tras unos párpados demasiado hinchados. Los lamentos desgarrados de *Tosca* amortiguaban el sonido de los motores del avión que trazaba una estela transgresora del pacífico azul celeste.

—Señorita, esté tranquila. Si colabora, no volverá a ver a ese hombre en la vida, se lo aseguro.

Pero Azul no contestó. Sabía que tras aquellos modales refinados se escondía un ser despreciable, el mismo que había consentido que aquel salvaje la golpeará sin piedad. Miraba por la ventana del avión. «Todo en la distancia era hermoso», pensó, «solo la cercanía nos da la visión de la realidad, solo entonces se sufre o se vive, lo demás es simplemente una ilusión», como cuando era niña y aquellos niños franceses la dejaban mirar mientras ellos jugaban con sus trenes eléctricos. Así veía ahora el mundo, en una maqueta lejana llena de muñequitos de plástico y árboles de fibra.

—¿Me oye, señorita?

Un camarero le preguntó si deseaba tomar algo durante el trayecto. Negó con la cabeza.

—Señorita, no confunda mis formas. No estoy acostumbrado a que se me ignore, me cuesta un movimiento de mano hacer que este avión dé la vuelta y la reúna con su amiga para hacer un hermoso trío. ¿Me comprende? Mientras usted colabore, mantendremos a su amiga apartada de él, incluso a usted, pero si continúa con esta actitud, no dudaré ni un segundo en cambiar de táctica.

—¿Qué desea? —preguntó Azul.

—Ya sabe qué deseamos, lo mismo que usted, solo que parece que nos lleva algo de ventaja. De sus palabras hemos destilado que tiene algo más de información que nosotros, incluso estamos seguros de que sabe cómo seguir desde Cîteaux, ¿me equivoco?

Azul no se dejó impresionar por las palabras del italiano. Su acento era dulce, pero su voz sonaba fría, como el filo de un cuchillo japonés, y bastante más afilada.

—Ya les dije todo lo que sé, que el código, en caso de haber existido, estuvo en manos de Bernardo de Claraval, heredado de Roberto de Molesmes, pero desconozco si eso fue así o no.

—Bien, ahora lo investigaremos juntos. ¿Empezaremos por Cîteaux, verdad?

¡Cîteaux! Esa era la solución, los hermanos la descubrirían de inmediato y avisarían a la Policía, quizá después de todo quedaba alguna esperanza. Marco Santasusanna vio el brillo de esperanza en los ojos de Azul.

—Hermana, sé que tiene la ilusión de que sus amiguitos, o quienes sean, la reconozcan y la rescaten cual Sant Jordi de las garras del dragón, pero debo advertirle algo, este dragón no está solo, está en contacto constante con el resto de la manada, y si algo no sale como está previsto, la otra princesa no se salva. Vamos, no ponga esa cara, no me creará imbécil, ¿verdad?

No, Azul no lo creía imbécil.

—Entonces no podemos ir a Cîteaux, allí me conoce toda la comunidad.

—Ya he pensado en eso, acudiremos como un par de turistas.

—No creo que mi aspecto nos lo permita, además en Cîteaux ya no queda nada.

Los ojos del italiano se abrieron como trufas.

—Explíquese —se limitó a decir.

—Encontré la pista que dejó el santo en Cîteaux, ¡no el código! —se apresuró a decir—, pero sí una pista que creo nos puede llevar a él. Sin embargo, debe prometerme algo, sin su palabra no seguiré adelante. Usted mismo me ha asegurado que tiene valor.

—No creo que esté en condiciones de hacer muchas peticiones.

—Esta sí —lo desafió Azul.

—Hable.

—Si les ayudo, dejarán en libertad a mi amiga.

—Señorita, lo que sí le puedo garantizar es que si se trata de una nueva estratagema, ¿ustedes también utilizan esta palabra para el arte de la mentira, verdad? —nadie contestó a su pregunta—, las dos desearán no haber nacido. Hable.

—No me ha dado su palabra —insistió Azul con una fuerza que parecía imposible arrancar de aquel menudo cuerpo.

—Veré qué puedo hacer, ahora no me haga perder más tiempo, hable de una vez.

—Encontré un escrito —le dijo Azul— que hablaba del código, con las pistas para encontrar dónde lo ocultó el santo.

—¿Y dónde está ese escrito? —preguntó Marco Santasusanna, que no consiguió ocultar la emoción en el tono de su voz.

—En Barcelona, lo dejé en casa de un amigo.

Marco se levantó y se dirigió a la parte trasera del avión, Azul vio cómo cerraba una mampara que aislaba su despacho del resto de la cabina.

—¿De la Vega?, atiende. La chica dice que sabe cómo llegar hasta el código, que el santo dejó testimonio del escondite en un escrito —esperó a que su socio se tranquilizase y prosiguió—. Parece ser que lo dejó en casa de un amigo, en Barcelona. Sí, ya había pensado hacer eso. No, no creo que se trate de ninguna trampa, sabe que si nos engaña, su amiga morirá. No te preocupes, ya me conoces, no me gusta hacer las cosas sin tener en cuenta los posibles riesgos. Sí, comunícate con los demás. Te mantendré informado.

Cuando Marco Santasusanna abrió de nuevo la mampara, pasó por delante de Azul sin ni siquiera parar a mirarla. Entró como un rayo en la cabina del piloto y le ordenó un cambio de ruta. Aterrizarían en el Aeropuerto de Sabadell en menos de una hora.

—Quiero que nos esperen con un vehículo cerrado —fue todo lo que Azul escuchó antes de dejarse vencer por un sueño entre fingido y real que la mantuvo segura por una hora más de vida.

## Capítulo

**E**n poco menos de una hora, llegaríamos a Barcelona. Habíamos decidido escondernos en mi casa hasta resolver lo que escondía nuestro hallazgo, y después llamar a aquellos locos que tenían secuestradas a Azul y a la condesa.

Mars no había parado de dar vueltas al pequeño cofre en todo el camino. Era un estuche de madera de unos cuarenta centímetros de largo por unos doce de diámetro, cerrado con una extraña cerradura en forma de pez, en uno de los extremos. Me recordó a un tubo portaplanos como los que utilizan los arquitectos. No existían marcas de unión entre las láminas de la madera, por lo que supusimos que lo habían fabricado de una sola pieza. Solo la tapa en un extremo delataba que algo se escondía en su interior.

Llegamos a casa cerca del mediodía. Después de examinar con más cuidado el tubo de madera, comprendimos que sería imposible forzar la cerradura. Ni Mars ni yo teníamos idea de cómo hacer una cosa así, incluso aunque hubiésemos dispuesto de las herramientas necesarias. Solo quedaba una opción. Abrí mi pequeño cajón de sastre y saqué una antigua sierra de calar que había sido de mi padre, además de dos «sargentos», dos pinzas metálicas que asegurarían el tubo mientras yo aplicaba la sierra contra la tapa.

Incliné un poco el estuche al sujetarlo contra la mesa, por si había algún líquido en su interior, y decidí serrar a medio centímetro del extremo en donde estaba el pez grabado. El ruido y el serrín ocuparon todo el salón, hasta que cayó al suelo un anillo de cinco milímetros de grosor.

Mars corrió a ver el interior del estuche, como yo, pero la tapa resultó más gruesa que el medio centímetro, y tuve que cortar de nuevo. Agarré la sierra y corté a cinco milímetros del primer corte. Otro disco de madera perfecto cayó sobre el *parquet* sin descubrir todavía el interior. Fueron necesarios dos cortes más hasta que descubrimos una bolsa de tela color púrpura que Mars me ayudó a sacar con extremo cuidado.

—¿Tienes guantes? —me preguntó.

—¿Guantes?

—Sí, de látex sería perfecto, pero si no, de cualquier tela. No quiero dañar el interior.

—Espera... —recordé que un amigo que trabajaba en un almacén de componentes electrónicos utilizaba una especie de guantes blancos de tela fina, y que me había regalado algunos para una función de mimos en Bolivia. Los busqué y se los enseñé a Mars—. ¿Estos te irían bien?

—Perfectos —asintió—. Cierra las ventanas y apaga las luces.

Seguí sus instrucciones y dejamos como única iluminación el brillo de la pantalla del ordenador portátil. Mars se enfundó las manos, abrió el lazo que sellaba la bolsa y extrajo unos rollos de pergamino. Estaba a punto de finalizar una búsqueda que había durado cientos de años, o por lo menos eso me habían hecho creer.

—Es maravilloso —con extremo cuidado, estiró uno a uno los rollos sobre la mesa—. Hay siete hojas —su voz denotaba sorpresa.

—¿Cuántas esperabas?

—La condesa siempre habló de dos.

—¿Ella las había visto?

—Cécil, es evidente que no.

—Si el pergamino original es del siglo I, es posible que en el transcurso del tiempo alguien más haya dejado sus opiniones.

—Podría ser, sí, es una buena explicación —me dio la razón Mars.

—¿Crees que serías capaz de leerlas? Si uno de esos rollos es el Códice de Vitelio, deberíamos hacer una copia y avisar que ya lo hemos encontrado para realizar el canje.

—No soy experta en lenguas antiguas. Pero tampoco podemos encender las luces para leerlos, eso podría dañarlos de forma irreparable.

—Les podríamos hacer una fotografía y leerla en el ordenador.

—El *flash* sería peor que la luz.

Desde luego, era complicado. La mejor solución habría sido llevar aquellas hojas enrolladas a algún lugar con equipos y personas preparados en ese tipo de escritos, y preguntarles qué decía en ellos, pero también habría supuesto nuestro ingreso inmediato en la cárcel.

—¡Un segundo! ¿Y si los escaneamos? Tengo un escáner de cuando no existía la fotografía digital. Es especial para documentos sensibles a la luz —Mars me miraba sin comprender—. Escanea mediante una luz ultravioleta para no dañar los negativos.

Busqué el escáner y lo conecté al ordenador. Ya no cabían más aparatos en la mesa, así que no tuve más remedio que colocarlo en el suelo. Los rollos eran bastante más amplios que una hoja convencional, lo que me obligó a escanearlos en diferentes partes. A medida que la lámpara recorría el documento, su imagen se proyectaba en la pantalla del ordenador. Mars y yo estábamos en silencio absoluto, concentrados en cada nueva línea de píxeles que el ingenio nos mostraba. Por lo poco de mis conocimientos, comprendí que las dos primeras hojas de los rollos correspondían a un tipo de escritura, dos a otra y las tres restantes a otra, aunque estas últimas en verdad parecían hojas de periódico antiguo, sobre todo por su textura, por lo que dedujimos que en efecto alguien había añadido, de su puño y letra, nuevo material al código original.

Cuando el último de los fragmentos quedó grabado en el ordenador, Mars me

preguntó si tenía papel de aluminio. Le di un rollo con el que envolvió cada una de las hojas antes de encender la luz. El impacto nos dejó unos segundos cegados, pero después de parpadear un par de veces, vi cómo Mars metía en la bolsa solo las dos hojas que creímos más antiguas.

—Este es el código, estoy segura.

—¿Tú crees que lo podemos descifrar? —Mars me miró.

—No lo creo —pareció reflexionar unos segundos—, pero tampoco sé si debemos hacerlo.

—¿Cómo? ¿Después de todo esto no quieres saber qué dice el maldito código?

—No es importante si quiero o no, lo que de verdad importa es si debo. Cècil, nosotros no estamos preparados para el código, nuestra iniciación es mínima en mi caso y nula en el tuyo. No somos nosotros...

—¿Y se puede saber dónde está toda esa gente digna? ¡Lo hemos encontrado nosotros!, ¿es que eso no significa nada?

—Quizá sí, pero no puedo decidirlo ahora. Deberíamos llamar.

—¡Desde mi piso, no! Cogemos el coche, nos marchamos de nuevo a Francia y llamamos desde allí. No quiero locos cerca de mi casa. Cuando acabe todo esto, deseo dormir en paz —era increíble, después de todo lo que había pasado, tenía que conformarme con nada.

—Tienes razón, pero no te enfades.

—¿Dónde quieres meter las otras cinco hojas? —no pensaba alargar más la conversación.

En ese momento, sonó un crujido en la cerradura del apartamento.

—¿Esperas a alguien? —susurró Mars.

—No, y que yo sepa, nadie tiene llave de mi casa. Debe ser alguien confundido de puerta. Cuando vea que no abre, se irá.

Sin embargo, el chasquido de la cerradura liberó las bisagras de seguridad, y la puerta se abrió. Mars reaccionó como un relámpago y metió las cinco hojas envueltas en papel de aluminio debajo de los cojines del sofá, y yo, algo más lento, conseguí pulsar el botón de apagado del ordenador justo antes de que Azul apareciera en la puerta del comedor de mi apartamento.

—Hola, Cècil —ella también parecía sorprendida de vernos allí, pero su aspecto era tan deplorable que quizá solo fue una apreciación mía.

Abrí los brazos y la recogí del empujón que alguien le dio por detrás. Azul no había venido sola. Tras ella aparecieron dos tipos, uno armado y otro vestido como un *dandy*. El segundo entró en la sala con la impunidad del dueño, y se paseó alrededor de la mesa y de nosotros. Mars me miraba aterrorizada, y yo, con Azul sollozando entre mis brazos, lo dejé acabar su examen.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí? —hice la pregunta más ridícula del

mundo.

—Calla —me apuntó el tipejo de la pistola.

Mientras el *dandy*, un cincuentón con una melena plateada cortada a bisturí, recogía del suelo los pedazos del estuche, nos miró con una mueca de satisfacción grabada en su rostro. Su sonrisa nos heló.

—Bien, veo que han estado practicando *bricolage* —dijo con un fuerte acento italiano.

—¿Qué le habéis hecho? ¿Y dónde está la condesa? —pregunté. Hacer preguntas idiotas en situaciones extremas es a veces la única manera de sentir que el tiempo todavía te da alguna chance.

—¿Me permite, *signorina*? —y agarró la funda de tela que Mars todavía tenía en la mano—. Esto es mucho mejor de lo que esperaba —dijo mirando a Azul.

—No lo abra, la luz lo dañaría —le advirtió Mars.

—¿Es el código? —preguntó el italiano.

Azul miró a Mars, esperando con más ansiedad incluso la respuesta que ese hombre.

—No lo sabemos, no hemos podido examinarlo, pero creemos que sí —dijo de nuevo Mars—. Ahora ya lo tienen, ya pueden liberarlas a ella y a la condesa.

—¿Condesa? Vaya, vaya, ¿y el nombre de tal celebridad? —preguntó de nuevo, mientras el otro no bajaba el arma.

—Su nombre es Lucía, Lucía de la Piedra —contestó Azul—. ¿Es el código? —preguntó ahora mirando a Mars, que afirmó con un movimiento de cabeza—. ¡Está todo perdido!

—Ja, ja, ja. Mereces un castigo y un premio a la vez. Eres tan idiota como valiente. Bravo. Pero de todas formas, no importa su nombre, ni el vuestro. Tantos años detrás de esto —dijo el italiano moviendo la bolsa—, y ahora por fin hemos dado con él. Hoy es un gran día. Llévatelos, ya sabes qué hacer con ellos.

Sentí un escalofrío de terror que me recorrió todo el cuerpo.

—No tardéis —le dijo por último al que nos apuntaba, y se marchó con el maldito código.

—Vamos —nos ordenó el pistolero—. Si intentáis algo, *kaputt* —y simuló un disparo con aquella pistola de color gris muerte.

Bajamos las escaleras despacio hasta la calle; entonces, escondió el arma y nos metió en un todoterreno. Azul, Mars, el matón y yo nos sentamos en los asientos de atrás. Otro tipo, con pinta de mafioso de los años cuarenta, esperaba al volante.

—He pensado que un buen lugar para dejaros es en el campo del Barça. ¿Qué opináis vosotros? No decís nada, bueno, ¿no seréis del Real Madrid? —preguntó el chofer.

Y sus risas golpearon todos los cristales tintados del vehículo. ¡No podía ser! Así

no podía llegar el final de mi vida. Mars miraba por la ventana, quizá poniendo en orden alguno de sus últimos recuerdos, y Azul parecía evadida del lugar. ¿Es que no tenían miedo? Pensé en todas las posibilidades, pero era imposible atacar al tipo de la pistola porque la tenía clavada en los riñones de Azul, y cualquier acto hubiese supuesto una desgracia. Quería hablar, buscar el canje que nos salvara, decir una frase brillante que hiciera temblar al villano, pero de mi boca no salía más que un terror indómito, un temblor interno que había cerrado cualquier posibilidad de habla. ¡Nos iban a matar!

El coche enfiló Diagonal arriba, en dirección al Camp Nou, como había dicho aquel tipo. Serían poco más de las siete de la tarde, y la oscuridad comenzaba a tomar la Ciudad Condal. Cerca del campo del Barça se reúnen las prostitutas y los travestís de Barcelona para ofrecer sus servicios en pequeños descampados, que se utilizan como aparcamiento los días de partido, y que entre semana servían de lugar de trabajo para toda aquella fauna nocturna. El miserable tenía razón, era el sitio ideal para meternos un tiro y dejarnos allí tirados. Vi desde el coche la torre del Hotel Princesa Sofía. En dos minutos, mi vida habría acabado.

Me imaginé lanzándome sobre el asesino, arrancándole su arma y disparándole a bocajarro, pero no me moví del asiento.

—No tardes —le pidió el conductor.

Había aparcado contra un pequeño montículo que impedía que otro coche se pusiera a nuestro lado.

—Hacia allá —nos dijo.

Solo se me ocurrió abrazar a Mars y a Azul, y besarlas en la cabeza. Dimos unos cuantos pasos, y el maldito disparó. El ruido fue tan terrorífico como la muerte misma. En un principio, no supe a quién de los tres había elegido para iniciar su trabajo y esperé oír dos disparos más, que se produjeron casi de inmediato.

Contra lo que esperaba en un momento así, no sentí dolor ni caí al suelo como imaginaba. Ellas incomprensiblemente también estaban en pie. Miré a nuestro asesino y vi que se doblaba herido de muerte frente a los faros del vehículo, reflejando el rostro de un idiota tan sorprendido como aterrorizado.

—¡Quietos, Policía!

Escuché gritar a alguien, y de repente un par de coches de la Policía rodearon al todoterreno cerrándole el paso. En un segundo, nos apartaron contra los coches, lo mismo que al conductor del todoterreno, que ya no reía tanto.

El comisario Aripas corría hacia nosotros con su pistola en la mano.

—¿Están bien? —preguntó sin esperar respuesta—. ¡Rápido, avisen a una ambulancia y llévense a ese otro!

En un momento, la pequeña explanada se llenó de luces parpadeantes que impregnaron de mayor patetismo el lugar. Al principio, las prostitutas desaparecieron,

mas a medida que tuvieron claro que el montaje no iba por ellas, comenzaron a aparecer y continuaron con su trabajo. Algunas, o algunos, se acercaron a chismosear, pero los agentes les aconsejaron que se alejaran. Conté cuatro coches de la Policía y un furgón en el que se llevaron al conductor.

A nuestro asesino no pudieron llevárselo, aun a pesar de llegar la ambulancia pedida por el comisario, porque había fallecido por los disparos. Sentí mucha pena, no solo por él, sino por todo, por el mundo tan extraño en que nos ha tocado vivir. Pero lo más importante era que estábamos vivos. Todavía no comprendía por qué ni de dónde había salido la Policía, pero su llegada fue providencial. El comisario nos pidió que lo acompañáramos a la comisaría para tomarnos declaración, y nos fuimos con él. Cuando llegamos, comprendí que a pesar de estar literalmente agotado, mi vida comenzaba de nuevo en aquel edificio.

—Bien, antes de tomarles declaración, debo advertirles de algo. Ustedes dos pasarán a disposición judicial después de declarar —nos dijo a Mars y a mí—, y usted —agregó dirigiéndose a Azul— será atendida en el hospital antes de que también la impute.

—Pero comisario... —no podía creerlo, casi nos asesinan a sangre fría y aquel hombre, que primero nos había salvado, ahora nos comunicaba nuestra detención.

—Se lo advertí y no atendió a razones. Era usted el más listillo, el que todo lo sabía, pues ya ve a dónde le ha llevado su estupidez, a dejarse grabar por todas las cámaras de un monasterio reventando a golpes una columna del siglo catapún. Pero no me haga hablar, después es a esto a lo que se agarran abogados sin escrúpulos para que mucha gentuza esté allí —señaló a la calle— en lugar de aquí dentro.

—Disculpe, nosotros somos las víctimas y no los culpables. Mi amiga Azul ha sido raptada y casi nos matan a tiros —intervino Mars.

—Señora, no creo que usted esté tampoco en disposición de hablar muy alto.

—¿Pero de qué nos acusa? —preguntó Mars. Azul permanecía callada.

—¿Todavía se atreve a preguntarlo? Expolio del patrimonio nacional, venta ilegal de obras de arte, tráfico ilegal de divisas, y después de lo visto hoy, posiblemente pertenencia a banda armada. Y en el caso de ella —miró a Azul—, cómplice de asesinato. Les aconsejo que llamen a un buen abogado.

—Comisario, todo tiene una explicación —le dije.

—Claro, claro. ¿Y usted me la va a dar, verdad?

Miré a Mars.

—No queríamos robar nada. En la columna se escondía un secreto por el que nos iban a pagar muy bien —el comisario se reclinó en su silla y me dejó continuar—, el precio de ese secreto era muy alto, demasiado para negarnos a conseguirlo: la vida de Azul y de otra persona más que todavía está en peligro. Si no llega a ser por usted mismo, nosotros ya no estaríamos vivos.

—¿Quiénes eran esos hombres? ¿Los dueños del millón de euros? —preguntó el comisario.

—¡No! —maldita sea, yo ya no me acordaba del millón—. Se lo acabo de decir, esos dos, y otro que se escapó en sus propias narices, tenían secuestradas a Azul y a Marie Stewart, y nos amenazaron con la muerte de ambas si no les conseguíamos eso.

—No creo ni una palabra, les aconsejo que presten declaración, avisen a un abogado, y cuando el juez de turno levante acta, veremos si se van a casa o se quedan unos días entre nosotros.

—Comisario, por favor, debe creernos —insistí—. Mire a Azul, mire qué han hecho con ella.

Azul no había abierto la boca desde que el italiano se llevó el código. Ni siquiera nos había explicado por qué se presentó en mi casa de esa forma.

—El italiano habló de un avión, por favor, comprueben eso.

—¿Que compruebe el qué? Que un tipo del que no tengo ninguna constancia se ha marchado en un avión, ¿sabe usted cuántos aviones salen cada día del Prat?

—No está en el Prat, aterrizamos con un *jet* privado en el Aeropuerto de Sabadell. Eso sí podrá comprobarlo —le dijo Azul.

El comisario la miró. Había algo extraño, algo que se nos escapaba y que él sabía.

—Vigíalos —ordenó a uno de los guardias de la puerta, y salió. Entonces, Mars aprovechó para preguntar a Azul.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está la condesa?

—Yo estoy bien, viva, y la condesa también lo estaba cuando me llevaron con ese tipo. Son ellos, Mars, los *designati*, nos han encontrado, y si ahora tienen el código, está todo perdido.

En mi cabeza se agolpaban las preguntas. Me vinieron en tropel, ¿por qué Azul no había comunicado sus hallazgos en Cîteaux y Clairvaux?, ¿por qué había venido a mi casa?, ¿quiénes eran esos *designati*?, ¿y qué decía el maldito código?

—¿Por qué viniste a casa? —le pregunté.

—No lo sé, querían llevarme a Cîteaux, pero me amenazaron con ordenar la muerte de la condesa si nos descubrían. No podía ir allí, ¿comprendes? No sabía qué hacer. Recordé que tenía una llave de tu casa y vine —se calló. Mars me miró y en su mirada imaginé las mismas preguntas que yo me acababa de hacer. Pero no tuvimos tiempo para más charla cuando regresó el comisario Aripas.

—Voy a confesarles algo: desde que esta mañana recibí el aviso de robo en Santes Creus y me enviaron el video, puse su casa bajo vigilancia. Sabía que no había acudido a Mozambique por las llamadas capturadas a Oriol Nomis, el cual espero que no sepa en qué están metidos ustedes. Pero no pensé jamás que fuese tan imbécil de volver a su apartamento, y sin embargo me ha demostrado que sí lo es. También me han confirmado mis hombres que, antes de ustedes, salió de la casa un hombre de

unos cincuenta años —consultó su libreta—, canoso, bien vestido, de un metro ochenta aproximadamente, y además me han confirmado desde el Aeropuerto de Sabadell que un *jet* privado ha partido con un hombre que responde a esta descripción. Por favor, ¡empiecen a hablar o les meto un puto puro a todos, que no van a volver a ver la luz del día hasta después de la Tercera Guerra Mundial!

—Ya le hemos dicho... —comenzó Mars.

—¡No me han dicho nada, cojones! ¿Qué han robado en Santes Creus? —gritó el comisario.

—Un código —dije yo.

—¿Un código de qué? —volvió a preguntar Aripas.

—¿Recuerda el famoso código por el que pagaron un millón de euros y que no era más que un señuelo?, bueno, pues no existía en la subasta, pero sí en la realidad. Ese es el código que se escondía bajo la columna del monasterio y que se ha llevado el italiano del avión.

El comisario se frotó la cara como si se la limpiase con arena.

—¿Quién es usted? —preguntó a Mars.

—Mi nombre es Mars González Pereira.

—¿Y qué hace metida en esto?

—Yo también busco el código —Azul la miró con cara de pocos amigos.

—¿Y ese puto código es...? —el comisario dejó la pregunta en el aire.

—No lo sé —contesté—, pero hay gente dispuesta a matar por él.

—¿Y ustedes saben qué es? —preguntó Aripas a las dos chicas, mas no obtuvo respuesta—. Está bien. ¡Rojas! Que les tomen declaración y los suelten. Quiero que los vigilen las veinticuatro horas al día, y que les retiren los pasaportes —se dirigió de nuevo a nosotros—. No pueden salir del país y deberán presentarse en la comisaría cada dos días.

—¿No van a hacer nada para rescatar a la otra persona? —preguntó Mars.

—Señora, no creo ni que exista esa otra persona.

Tal como nos dijo, nos tomaron declaración y sobre las dos de la mañana dejamos la comisaría, acusados de un delito de expolio del patrimonio nacional y de tráfico ilegal de obras de arte. Yo estaba cansado, muy cansado.

—¿Sabes dónde está la condesa? —preguntó Mars a Azul, que mientras nos tomaban declaración había perdido el conocimiento un par de veces.

—No, quizás en algún país del este por las voces que oíamos, pero no tengo ni idea de dónde nos tenían retenidas.

—Nos prometieron que cuando tuvieran el código las liberarían —dije yo, hastiado.

—No lo creo —respondió Mars, y después de acomodar a Azul en la ambulancia que se la llevó al hospital, nos fuimos a casa.

El aire fresco de la madrugada me espabiló un poco. Había demasiados cabos sueltos, y todos me llevaban al mismo lugar. El maldito código. Debía averiguar qué decía o esa pesadilla no acabaría jamás, y creía saber cómo hacerlo.

## Capítulo

La mañana se levantaba nublada en París. Como muchas otras, pero esa le pareció a Rouse-Marie Bouvier especial. Sentía el frío colarse por debajo de su bata estampada. Recordaba cuando ella misma se reía de su madre por vestir batas como esa, y ahora, mientras se peinaba frente al espejo, la veía a ella.

Atravesó su biblioteca, el mejor lugar del mundo. Allí tenía todo lo que podía desear, todo lo que alguien pudiese soñar, todos los viajes imaginables, las sensaciones y emociones de miles de vidas estaban plasmadas en aquellos volúmenes que amaba con pasión. Allí podía ser quien quisiera. Amaba el olor rancio de la sabiduría. Como todas las mañanas, se dirigió al termostato que controlaba la temperatura y la humedad de la biblioteca. Perfecto, como siempre.

Pensó que primero desayunaría y después saldría a realizar las compras diarias. No le gustaba mucho salir, no por miedo o pereza, sino porque sufría el estar alejada de sus libros. Ella, una de las mejores bibliotecarias del mundo, lo había dejado todo para ser la bibliotecaria de su mundo, del único que le interesaba. Atrás habían quedado años de dedicación en los archivos vaticanos, en la Sorbona, conferencias por medio mundo intentando transmitir su amor por la sabiduría, su amor por la razón última y única de vivir, el único camino que hacía libre a una persona, el amor y el respeto infinitos a Dios. Se consideraba heredera del espíritu primigenio de los ascetas, solo que ella había realizado su retiro entre esas paredes. Había cerrado su cerebro, su memoria y su alma a todo lo que no estuviera almacenado en aquellos volúmenes.

Solamente se permitía una pequeña licencia, algo sin importancia, pero que la ayudaba a soportar algunos momentos de su existencia. Era una jugadora extraordinaria de *bridge* y, gracias a Internet, había encontrado cómo mantener su afición oculta sin abandonar su infinito mundo.

Calentó un poco de leche en un cazo de aluminio y encendió su ordenador. Antes de salir, podría echar una partida con algún rival digno en cualquier parte del mundo. Cuando vio que la leche subía, corrió a apagar el fuego. Le echó un par de cucharadas de cereales en polvo y volvió frente a la pantalla. «Solo una partida», pensó. Abrió el enlace de la página en que estaba dada de alta con un seudónimo y, antes de que le fuesen solicitadas las claves de acceso, vio que había recibido nuevo correo electrónico.

«Más basura», pensó, pero aun así pinchó sobre el icono del sobrecito cerrado y brillante. Como esperaba, se abrió una nueva pantalla. Ya tenía su dedo índice sobre la tecla de suprimir para no perder mucho tiempo y poder dedicarse a su partida, que

en la otra ventana la reclamaba con un «pinche aquí para empezar». Empezó a ponerse nerviosa, fuera quien fuera el que le había enviado un mensaje lo había hecho a lo grande, porque tardaba siglos en descargarse. Al final, lo vio aparecer. Era un mensaje con varios documentos adjuntos. Lo abrió.

Necesitó leerlo varias veces sin conseguir comprender cómo podía parpadear eso en su pantalla. Encendió la impresora, puso papel suficiente y pulsó el botón de imprimir. Iba a necesitar varios días de trabajo hasta traducir, como le pedía aquel catalán, todos los fragmentos de esos escritos.

Sintió vivir uno de los momentos más importantes de su existencia. La emoción le recorría sus cansadas venas con una fuerza como no había sentido en años. Cada pasada de la impresora por el papel en blanco, desentrañando un secreto oculto por cientos de años, le hizo sentir una pasión que la tambaleó como a una borracha.

Por fin, lo habían encontrado.

---

## Capítulo

*Barcelona, Catalunya, enero del año 1282*

Señor, un emisario del Papa pide veros.

El rey Pere levantó la cabeza y vio un soldado temblando de frío bajo su capelina empapada por la nieve. Esperaba la visita de ese emisario desde hacía más de un año, cuando solicitó una bula de cruzada al papa Martín. Ahora comprendía a su padre, lo que se le había asemejado la locura de un anciano cobraba una nueva identidad después de leer los escritos del sabio romano, pero sobre todo tras leer los del Maestre del Temple, André de Montbard. No había exagerado en cuanto al peligro que en ellos se encerraba.

—Acompañadlo hasta la sala de audiencias. Que me espere allí —pidió el rey.

—No ha venido solo, señor, tres hombres más lo acompañan.

—Pues que vayan los cuatro, y haced que nos traigan vino para que entren en calor.

Cuando el rey Pere entró, cuatro hombres se levantaron para saludarlo en una reverencia. El rey les correspondió y, desde su trono, los examinó uno por uno. Le habían avisado que el papa Martín por fin había tomado una decisión, pero no pensó que fuesen necesarios cuatro hombres para hacérsela saber, ni tanto tiempo. Los cuatro vestían igual, una especie de vestimentas asemejadas a las cardenalcias, pero de tonos morados en lugar de los rojizos habituales. También estaban faltos de las barrigas condescendientes de la curia, por lo que el rey Pere no supo muy bien cómo ubicarlos dentro de la jerarquía romana. El mayor de ellos no pasaría de los cuarenta años, y sus modos eran más militares que seculares.

—Creo que tienen noticias para mí —les dijo sin más preámbulos.

—El Papa nos envía, rey Pere —habló uno de ellos.

—Sed pues bienvenidos en mi reino.

—A pesar de vuestras palabras de bienvenida, habéis de saber que Su Santidad el papa Martín IV no está precisamente honrado con vuestra actuación tras los muros de Clairvaux —habló el que parecía mayor.

—Vaya, esto sí que es diplomacia —rió el rey—. Tengo la ligera sospecha de que no me traéis buenas nuevas.

—Ambos somos hombres que valoramos el tiempo, y sería un insulto hacérselo perder. El Papa nos envía para que le sean repuestos los bienes que robasteis de Clairvaux.

—Ni siquiera sé con quién estoy hablando, y os permitís venir a mi casa a llamarme ladrón.

Los cuatro hombres se miraron. Sabían que no iba a ser fácil tratar con el monarca. No en vano era poseedor del mejor ejército del mundo, quizás el hombre más poderoso de la tierra en esos momentos, pero tenían órdenes muy claras, ir directo al asunto y rescatar los escritos que el monarca había robado del monasterio francés.

—Mi nombre es Marcos, uno de los *designati*.

—Yo esperaba el beneplácito para una nueva cruzada, y el Papa me envía cuatro hombres a insultarme en mi propia cara. ¿Sabéis con quién estáis hablando? —gritó el rey.

—Lo sabemos, señor —habló Marcos—, pero permitidnos haceros sabedor del mensaje completo de Su Santidad.

Parecía que entre ellos había una cierta jerarquía, o por lo menos un reparto de papeles que hasta el momento escenificaban como en una obra de juglares.

—Su Santidad os envía una propuesta. Entregadnos los escritos y obtendréis el apoyo de la Santa Iglesia de Roma en la conquista de Sicilia.

¡Así que era eso! El Papa había esperado todo ese tiempo para gozar de la única carta que podía interesar al rey. ¡Sicilia! Un pacto sencillo, aquellos escritos o la alianza con el rey francés para que la isla no fuese anexionada a su reino. ¡No podía más que descubrirse ante la inteligencia del Sumo Pontífice! Estuvo a punto de preguntar cómo podía saber de sus intenciones de atacar la isla, pero casi se rió por su arrebatado de inocencia.

—Debéis saber —continuó el mismo hombre— que la Corona francesa considera un acto de guerra vuestro atentado en Clairvaux, y que ha sido el mismo Papa quien ha aconsejado prudencia en este caso.

—¡Y vos debéis saber que mi ejército puede aplastar a toda Francia! —amenazó el rey.

—Lo sabemos, señor, pero podríais hacerlo permanente sin los apoyos necesarios de Roma. Esos escritos no os pertenecen, y vuestro Papa en persona nos envía para recuperarlos con una oferta justa —la angustia timbraba sus palabras.

—¿Y si me niego?

—Seréis excomulgado y tendréis por siempre a Roma como enemiga en todo aquello que iniciéis.

—Bien, si así ha de ser, sea —se levantó—. Quizá vuestro Papa debería haberos informado de la pena que reciben los que se atreven a insultarme en mi propia casa. Que los ejecuten y envíen sus restos a Roma.

No habría cruzada y sí un nuevo enemigo, quizás el más grande al que se pudiese enfrentar un rey. Un enemigo invisible capaz de armar cualquier ejército en su contra si así se lo proponía. Bastaba una palabra de Roma para hacer temblar los muros de la mayor fortaleza. Su propio abuelo lo había experimentado junto al conde de Toulouse

en la batalla de Muret que le costó la vida. Pero las cosas ahora eran diferentes. Su infantería era la mayor del Mediterráneo, y su flota, invencible. Y mucho más si conseguía Sicilia, entonces ni siquiera el Papa se atrevería a plantarle cara.

Subió a su cuarto y se encerró. Desenrolló los escritos de André de Montbard y decidió protegerlos para siempre. Si la Providencia le era propicia, podría desvelarlos como su padre había hecho con él en el último momento, y si no, que Dios se apiadara de su alma, allí se quedarían.

*Amado sobrino y abad de Clairvaux,*

*Hoy, en el día 13 de octubre del año del Señor de 1152, hace tres que partí a Tierra Santa con vuestras palabras todavía frescas en mi memoria. Vos, que me encargasteis que averiguara la verdad sobre los hombres santos que tanto os han inspirado, habéis de saber que eso he intentado con la ayuda de Dios desde entonces. Cumplí mi palabra y la doy para jurar que todo cuanto en estos escritos detallo es lo que averigüé mientras cumplía con la sagrada encomienda de la orden a la que pertenezco, la Pauperes Commilitones Christi Templique Solomonici, o como se nos conoce y teme en el mundo entero, los Caballeros Templarios.*

*Como bien sabéis, partí hacia Tiro para incorporarme a las órdenes del Maestre Gualdim Pais, designado por mi buen amigo y Gran Maestre Evrard des Barrés, para lo que debía ser una de las más grandes batallas libradas contra los infieles desde la toma de Jerusalén. No ha mucho que el valeroso Maestre había salvado la vida del rey Luis en el monte de Kadmos y su influencia en la corte era por bien tenida, por lo que nuestra misión había sido encomendada ante Dios y era gozosa de todos los parabienes.*

*Siempre sospeché que mi buen amigo había nacido más para acompañaros a vos que a nosotros, y me siento feliz de que, mientras leéis mis escritos, su alma repose en los muros de vuestra abadía.*

*No deseo cansaros con la vida cuya existencia tanto os molesta admitir, pero para que tengáis una idea de lo que aconteció en la batalla de Gaza, debo deciros que partimos unos cincuenta hermanos bajo el mando del bravo Maestre portugués Gualdim Pais y que solo doce conseguimos entrar en la ciudad. Quiero haceros saber que la misma fuerza que a nosotros nos da la fe en Cristo, a los infieles parece invadirlos la suya en el profeta.*

*Pasaron varios meses hasta que la situación en la fortaleza se tranquilizó y pude obtener el permiso necesario para retomar la búsqueda de los hombres santos que el sabio llama 'esenios'. Como bien sabéis, mi conocimiento de las lenguas de los infieles es amplio y en algunas ocasiones he logrado sobrevivir en estas tierras inhóspitas haciéndome pasar por uno de ellos. La espada no siempre es la mejor solución y para la misión que vos me encomendasteis, y que os agradeceré hasta el*

último hálito de mi existencia, pensé mejor en hacerme invisible entre los fieles a Nuruddín. La tierra que el romano detalla está fuera de la protección de la orden, y más allá de Jerusalén, por lo que la peligrosidad de ser descubierto como hermano cristiano habría hecho imposible esta carta.

Debéis saber que después de despedirnos mi piel ha tornado oscura como la de los infieles y que durante estos meses en Gaza aproveché para perfeccionar mis conocimientos sobre su lengua. Tomé un alazán al modo árabe y me vestí con ropas rescatadas de los prisioneros. Os ruego interfiráis por mí ante Dios para que perdone todos mis pecados, y este también. Tenía poco más de un par de meses antes de regresar a la fortaleza para participar en la toma de Escalón, así que una vez comprobadas mis alforjas marché hacia el este, en busca de la ciudad que Cayo Plinio llamó Secacah.

Ya os advierto que tal ciudad no existe en nuestros días. Quizá fuese un nombre oculto para proteger a los que allí vivieron. Me guié entonces por las indicaciones de los escritos y bajé siguiendo la orilla del Mar Muerto hasta la ciudad de Masada, y me bañé en el maravilloso oasis de 'En Gedí, donde busqué sin éxito durante semanas restos de la vida de los esenios. En la misma medida que el tiempo pasaba, mi angustia crecía y mi desánimo hacía preguntarme cada noche en mis oraciones qué hacía allí, con lengua y costumbres de infiel, y desposeído de la cruz rosada de mi manto sagrado. Debo reconocer que incluso en más de una ocasión me vi obligado a rezar según lo hacen los musulmanes por temor a ser descubierto y no poder regresar. Os ruego, querido ahijado, que seáis clemente con mi persona, pero mi obligación de buen cristiano era regresar para combatir en nombre de la fe verdadera. Os soy franco y os prometo que pregunté en cada aldea y en cada choza por los hombres santos que vivieron allí sin que nadie me diera razón, así que por fin decidí, con gran tristeza en mi alma, sobre todo por vos, partir de nuevo a Jerusalén donde me esperaban mis hombres para devolver las tierras de Cristo a sus hijos.

Marché como os digo deshaciendo mis pasos, hacia el norte, hacia las tierras verdes de Jericó para marchar desde allí a la fortaleza principal de la orden en la Ciudad Santa. Fue esa una de las jornadas que Dios nos brinda para poner a prueba nuestra fe. Todo lo que os relato a continuación lo haré en un nuevo pergamino para garantizar vuestra seguridad, y la de nuestros descendientes".

El rey sabía por qué el valiente templario había actuado de esa forma. Él mismo seguramente lo habría hecho de igual manera. Enrolló con sumo cuidado el primer rollo manuscrito de André de Montbard y comenzó a desplegar el segundo.

Antes de continuar, querido Bernardo, debo advertiros de que la situación del lugar que os describiré no me atrevo a relatárosla en esta misiva, ni aun al saber que solo vos la leeréis. Si algún día sois libre de vagar por estas tierras, yo mismo os conduciré hasta allí.

*Al caer la noche de mi último día antes de regresar a Jerusalén, decidí gozar de la poca paz que alumbraría mis días a partir de entonces. Debéis saber que los planes de la orden eran tomar todos los lugares de Tierra Santa y, por lo que pude ver durante mis días de infiel, esta no sería labor mengua. Una vez cambiara mis vestimentas por mi amado manto con la cruz, no volvería a gozar de una noche solitaria bajo las mismas estrellas que contempló, quizás alguna vez desde allí mismo, nuestro Señor Jesucristo. Me deshice de la chilaba que cubría mi cuerpo y me tumbé protegido por unas rocas a contemplar el cielo. Sé que jamás habéis estado en estas tierras y se me hace difícil explicaros el sentimiento que en ellas se tiene. Aquí no existen aldeas ni campos ricos en verduras y vegetales como en nuestra amada Champagne, ni vides ni árboles frutales. Todo en esta tierra es árido y seco, las rocas son calientes en el día y frías al caer la noche. No hay más vida que algún solitario rebaño de cabras ni arboleda más poblada que por dos o tres árboles. Es una tierra golpeada inmisericorde por el viento, y que al respirar produce un lento ahogo de arena y polvo. Los pastores deben hacer largas distancias antes de encontrar un lugar donde saciar su hambre y la de sus rebaños. Incluso en la leche creo sentir a veces este gusto de tierra. Pero no creáis, amado Bernardo, que no es un lugar hermoso, porque lo es.*

*No solo es hermoso porque naciera en él nuestro Salvador, sino porque en esta aridez del terreno encontramos la aridez del alma. Y si es hermoso en el día, su belleza se intensifica en la noche, cuando las estrellas aparecen como jamás las veréis en Clairvaux. Aquí vuestro amado mentor Roberto sería feliz. Yo sentía esa noche cómo la fuerza de Dios me atravesaba como un cuchillo ardiente. Sentí la voz del amado Creador hablando en mi interior como si vos mismo estuvieseis sentado junto a mí recitando un Salmo. Tanto así que no sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí un agudo dolor que se me coló hasta paralizarme por completo. Creo que fue un escorpión quien mordió mi carne, o una de las muchas culebras que andan por esos lares, pero fuera lo que fuera me dejó sin sentido envuelto en un dolor tal que ni siquiera me permitió gritar. Os juro que me sentí feliz de haber puesto mi alma en paz antes de morir.*

*Sin embargo, cuando desperté al cabo de no supe cuánto tiempo, no lo hice en el Paraíso, ni en el merecido Infierno, sino en un lugar que habría permanecido oculto para mí a no ser porque fui llevado sin sentido hasta él.*

*Me desperté de nuevo de noche, en un lecho que me recordó a los de vuestras celdas, junto a las brasas de un hogar encendido y una pequeña tina de agua fresca. Me costó reconocer que estaba en las entrañas de la tierra, en una especie de cueva cavada en la piedra, y poco más pude averiguar porque volví a caer preso de las fiebres. En ese estado pasé un largo tiempo, días quizás, en el que sin yo saberlo fui curado y cuidado por unos seres increíbles.*

*Cuando por fin resucité de lo que habría sido mi segura muerte, me encontré rodeado de una docena de ellos. Os juro, querido ahijado, que creí estar entre los muros de nuestro amado Clairvaux si no hubiese sido porque entre ellos había mujeres. Todos vestían de blanco, con unos hábitos gruesos y rudos que les cubrían hasta los pies. Me dieron sopa y cambiaron, como habían hecho durante todo el tiempo, unos apósitos en mi tobillo para curar la infección de la mordedura de la bestia. No hablaban, al principio creí que habían hecho voto de silencio, pero la realidad es que entre ellos parecíase que leían en sus mentes. Tuve la certeza de esto que os cuento cuando una mañana entró en la cueva la que supe primera de todos ellos.*

*Era una mujer, sí, amado Bernardo, leéis bien en mis palabras. Era una mujer la que parecía estar al mando de aquel grupo de seres que muy bien comenzaba a creer eran los que el mismísimo sabio romano había llamado 'esenios'. Debéis saber, antes de que os detalle lo que me aconteció con la hermana, a la que todos llamaban Maestra, que el resto de la comunidad realizaba largas horas de oración y una paz interior parecíase que los alcanzara cuales monjes hermanos de vuestra orden. Sin embargo todo en ellos era blasfemo, no adoraban la Santísima Cruz, incluso llegaron a aseverar que no la conocían. Sus ropajes, al igual que los vuestros, eran del todo blancos. Tampoco rezaban por nuestro Señor Jesucristo, ni al infiel Mahoma, sino a un Dios que me pareció fuese el mismo que el de los inquinas judíos, pero no puedo asegurároslo.*

*Sin embargo, sí debo aclararos que a pesar de su vida blasfema parecíase que estuviésemos en un monasterio, encerrados en cuevas de las que no pude ver más que la que me sirvió de albergue, y las que crucé mientras me despedía de los hermanos.*

*Como os decía antes de mi interrupción, una mañana fui visitado por la Maestra. Se presentó ante mí cuando ya casi sentía fuerzas para caminar y se quedó a unos pasos de mi lecho. Al cabo de unos instantes, me dijo que debía marcharme. Extrañado, y debo reconoceros que un tanto furioso, le respondí que yo era libre de ir a donde el Señor me llevara, y me contestó que una persona capaz de matar en nombre de algo tan sagrado como Dios no merecía reposo entre ellos. Amado Bernardo, no solo la blasfemia se adueñaba de todos los actos de aquellos seres, sino que, y he de reconoceros de nuevo como vos muchas veces me habéis intentado convencer, me hizo saber que Dios no necesita más que de nuestros corazones, y no de nuestras espadas. No me dejó explicar, ni siquiera pude hacerle saber el trato del que nuestros peregrinos eran receptores en su camino a Tierra Santa. Me dijo que ya había leído en mí suficiente. Me gustaría haceros el relato con la exactitud que vuestra atención merece, pero a medida que yo pensaba una pregunta, ella la respondía y el resto de los hermanos continuaban en total silencio y asentían como si*

entre ellos se hubiese originado un debate misterioso, por lo que muchas de las frases que debería escribir en estas hojas ni siquiera se llegaron a pronunciar.

Sí recuerdo la furia que sentí al verme apartado de aquellas cuevas, fue, como se aventuró a anticiparme, un reconocimiento de mis actos pecadores e indignos. Sabéis de sobra, estimado abad Bernardo, que siempre he sido un hombre piadoso y temeroso de Dios, pero a la Maestra no pareció importarle. Desde esa furia cambié a una paz que me duró hasta el mismo momento en que entré en combate de nuevo, y que casi me cuesta la vida por no decidirme a rebanar el gajate a un infiel que no pareciera tener tantas dudas como yo.

A mi pregunta sobre quiénes eran y qué hacían, me respondió que eran una comunidad de Dios y, con poco detalle, que vivían en paz en el conocimiento de los siete grandes secretos del Todo. Le pedí que me enumerara esos siete secretos y tan solo se limitó a sonreírme.

Una tarde, por fin salí de mi cueva. A vos puedo confiaros la verdad de que ya tenía fuerzas suficientes varios días atrás para emprender mi marcha, pero no quería hacerlo. Salí como os decía preso de la curiosidad. Ningún sonido se escuchaba. A vos que no habéis estado en estas tierras os diré que es difícil ver pájaros y que uno de los sonidos más maravillosos del mundo es volver a escucharlos de vuelta a casa. Esa tarde tampoco su trino apareció. Caminé por unos corredores cavados en la piedra hasta una cueva mayor, en la que los vi reunidos. Debéis creerme si os digo que estaban sentados como si estuviesen en cómodos tronos, pero que en realidad no había nada. No serían más de una docena y estaban, como os digo, en círculo, flotando en la luz oscilante de las antorchas. En el centro de ellos había una roca atada a una pequeña bolsa de cuero de la que emanaba una luz violácea que iluminaba sus caras y sus blancos vestidos. Todos tenían sus manos vueltas hacia la roca, incluso la Maestra que pareciera una más. En el tiempo que allí estuve, y cuya duración no alcanzo a calibrar, sobre aquella roca se originaron tempestades, viento, lluvia y sol, que pareciera podían dominar a su gusto. Sé que os extrañará lo que os digo, y yo mismo, aun habiéndolo visto con mis propios ojos, dudo de si fue cierto o solo una más de mis fiebres, pero allí comprendí.

Cuando al cabo de dos días ya no pude disimular más mi mal, aun a pesar de ser día claro, unas nubes ensombrecieron la tierra y me acompañaron en plena oscuridad hasta la entrada de las cuevas para despedirme allí mismo.

Nunca más he vuelto a saber de los hermanos de blanco, y solo pido a Dios que me dé vida suficiente para volver algún día y hacerme digno a sus ojos de conocer los siete grandes secretos de los que ellos parecían sabedores.

Todavía recuerdo sus pasos y su presencia, silenciosos, e incluso en las noches de vigilia me parece sentir los pensamientos de la Maestra campando cuales caballos salvajes por mi mente. Si de verdad he sentido la fuerza de Dios en algún lugar fue

*en aquel, y si tuviese que aseguráros que la persona a quien conocí era la que el sabio romano describía como poseedora de la capacidad de dar vida, sin duda esa era la Maestra.*

*Antes de dejar descansar vuestros agotados ojos, debo confesaros una cosa más de la que no tengo voluntad de arrepentirme: marqué en secreto aquellas cuevas por si algún día podía regresar. Sé que jamás concederéis vuestro perdón a alguien que no lo merece, pero eso es lo que os pido, amado abad, y sobrino, Bernardo de Clairvaux.*

*En Jerusalén, en el día 13 de octubre del año de nuestro Señor de 1152.*

Como sabía el rey Pere II, el quinto Gran Maestre de la Orden del Temple jamás tuvo la oportunidad de volver. Ahora debía encontrar un lugar donde esconder los escritos y confiar en Dios la oportunidad que tanto le pedía al destino. Aquellos cuatro hombres a los que había ordenado enviar en paquetes a Roma le habían inquietado más de lo que él mismo se atrevía a confesar, y sabía que más pronto que tarde recibiría otras visitas con el mismo fin.

Comprendía muy bien el poder de esos rollos y sabía que la misma inquina con que la Iglesia mandó arrasar a los Bons Hommes de Occitania no dudaría en utilizarla para barrer al poseedor de tales rollos. Solo podía confiar en una persona, su hija Elisabeth. Pensó el rey que quizá sería una buena recompensa por el daño que las cuestiones de la Corona le obligaban a infligirle.

La joven Elisabeth acudió a ver a su padre con la actitud que siempre había demostrado desde el día de su nacimiento, sumisa y con una sonrisa que iluminaba la vida a todos aquellos que tenían el honor de contemplarla. El rey Pere le habló.

—Desde vuestro nacimiento, habéis demostrado un corazón de santa, os he visto pasar vuestro tiempo con enfermos, viejos y mendigos —doña Elisabeth se sonrojó—, y debo reconocer que no me parece apropiado para una futura reina. También os he visto confeccionar vestidos con vuestras propias manos y para nadie es un secreto vuestra relación con las Hermanas Clarisas y del Císter.

—Lo siento, padre.

—No os disculpéis, sois un ejemplo y por eso debo confiaros un secreto, un gran secreto que deberéis mantener contra riesgo de vuestra propia vida. Un secreto que jamás desvelaréis a nadie y que guardaréis en un lugar seguro hasta el momento de mi muerte. Entonces os aseguraréis de que quede bajo custodio y de que jamás, entendéis mis palabras, jamás caiga en ningunas otras manos.

—Me asustáis, padre.

Y el rey explicó a su hija todo lo que acababa de leer antes de entregarle los rollos que, ni aun siendo el monarca más poderoso del mundo, se habría atrevido a recitar en voz alta jamás, de no haber sabido cercano su fin.

## Capítulo

**E**l comisario Aripas abrió el cajón de su descuidada mesa y sacó un paquete de cigarrillos sin boquilla. Hacía tiempo que se había prometido dejarlo, y casi era fiel a su promesa, a no ser por momentos como ese en los que su mente necesitaba el mareo dulce de la nicotina para centrarse.

Había algo en todo ese asunto que se le escapaba. Su olfato, que ahora degustaba el olor rancio del tabaco, se lo decía. Si la chica tenía razón, podía cometer el descuido de dejar como visto un caso en el que parecía que había más implicaciones de las que él mismo se había atrevido a contemplar. Había hecho investigar al hombre que salió del apartamento antes de que sus hombres intervinieran, y lo que había averiguado no le gustaba en absoluto.

Marco Santasusanna Ravaioli, de nacionalidad italiana, cincuenta y dos años según la copia del pasaporte que tenía en su escritorio. Dueño de una de las mayores industrias de moda del mundo. Propietario del veinticinco por ciento de un *holding* de empresas que controlaban casi en exclusiva la distribución de bienes tan dispares como materias primas, tabacos, licores, moda, compañías aéreas, incluso inmobiliarias. Soltero, sin hijos ni relaciones conocidas. Un expediente limpio que le habían facilitado los Carabinieri, no sin antes poner mil y una pegas.

No era ese un tipo al que se le pudiera poner escucha o hacerle un seguimiento sin meterse en un lío del carajo. Pero ¿y si tenía relación con el intento de asesinato que él mismo había frustrado? ¿Y si realmente, como le había dicho la novia de aquel tonto, la había tenido secuestrada junto con Marie Stewart?

También había hecho investigar a la señora Stewart. Otro expediente increíble. Una condesa de padre francés y madre inglesa, de la que adoptó el apellido al morir su padre, con títulos nobiliarios en España, Francia e Inglaterra. Propietaria de más tierras de las que él visitaría en toda su vida. Filántropa y coleccionista de obras de arte, reconocida por sus donaciones en docenas de buenas causas, y vinculada estrechamente a la Orden del Císter, de la cual incluso llegó a formar parte en su juventud, y a la que financiaba con grandes cantidades de dinero. Había pedido un informe a la Gendarmerie francesa que ahora leía todavía caliente por el paso reciente de la impresora. Al parecer, la condesa Stewart hacía varios días que estaba en paradero desconocido, pero nadie había presentado ninguna denuncia de desaparición, ni estaba en busca y captura. Tampoco eso era nada extraño, pues según detallaba el mismo informe, la condesa de marras viajaba más que Marco Polo. Nada, ni siquiera una multa de tránsito. Otro expediente en el que poner un dedo encima podría suponerle un destierro a vigilar las arcas de un monasterio en la Conchinchina.

La chica había declarado que habían estado secuestradas en algún país del este, por lo poco que había podido relacionar en su cautiverio, y suponiendo que tuviese razón, el expediente del italiano detallaba que tenía empresas en Polonia, Bulgaria y Rumanía. Pensó el comisario que tampoco haría ningún daño, ni se jugaría el puesto, por hacer un par de llamadas. Además, los tres países estaban en vías de entrar a la maldita Comunidad Europea y un poco de colaboración tampoco les haría daño.

Solo le quedaba una duda más que se extinguía con el humo del cigarrillo que ya había apestado toda su oficina, no sabía si pedir la ayuda de su amigo Oriol Nomis. Quizá no estaría de más contar con la mente siempre despierta del auditor.

---

## Capítulo

**E**n un lujoso ático de San Sebastián, cuatro hombres se habían desnudado y lavado con esmero. Ahora, uno de ellos ungía con aceite los pies a sus tres compañeros. Las luces estaban apagadas y las cortinas que daban a la lujosa bahía de la Concha, corridas. Cada uno de los cuatro ocupaba un trono tallado en una sola pieza de madera de roble, con un grabado en su respaldo y dispuestos en cruz. Cinco velones mantenían la sala en un estado de media penumbra.

El hombre que ungía los pies ocupaba el trono cincelado con un toro embolado, en el ábside norte de la cruz. Al este, un león con las patas hundidas en agua, y frente a él, un águila que surcaba los aires imaginarios de la madera. Al sur, el trono grabado con un hombre enterrado hasta la cintura. Los cuatro elementos, dominados por cada uno de los evangelistas. Lucas el Toro, Marco el León, Juan el Águila y Mateo el Hombre, tal y como los soñó en su revelación apocalíptica San Juan.

Cinco columnas formaban un pentágono enfocado al norte, presidido por el toro, y entre ellas, cuatro velos dispuestos para ser rasgados en el mismo orden en que lo fueron casi dos mil años atrás, cuando se produjo la muerte física de aquel a quien llamaron «el Cristo». Cada columna tenía una inicial grabada en su base, «Valor, Confianza, Determinación, Prudencia y Equilibrio». Los valores que los habían llevado día tras día hasta el momento que estaban a punto de vivir. Uno para cada uno de ellos, y el Equilibrio para el maestro ausente.

Cuando Lucas Joswiack acabó de ungir los pies de sus hermanos, se sentó. Juan de la Vega se levantó entonces para elevar la bolsa púrpura que contenía el manuscrito. Había llegado el gran día, setecientos veinticinco años después de que los cuatro primeros *designati* fueran ajusticiados. 725, los tres números mágicos necesarios para alcanzar el final, el dos, representante de la dualidad, de lo femenino y lo masculino, del bien y del mal, de la vida y la muerte; el cinco, representación del hombre, del infinito, los cinco lados del pentágono y sus valores principales; y el siete, el número mágico desde el principio de los tiempos, los siete colores, los siete principios, los siete arcanos, los siete sellos del Libro Sagrado, las siete trompetas y las siete profecías que anuncian el final. Sumados, catorce, el uno por el Único, y el cuatro por los cuatro lados de la cruz, por los cuatro elementos, por los cuatro vivientes, por los cuatro caminos de la rosa de los vientos, por los cuatro hombres que debían cambiar la historia e instaurar un nuevo orden: ellos. Simplemente perfecto. Juan de la Vega se estremeció al levantar la bolsa que apenas unos días atrás había conseguido Marco Santasusanna. Sin duda, todo parecía encajar de la manera más misteriosa e increíble en el gran rompecabezas del tiempo.

Sus rostros permanecían ocultos por las capuchas de sus purpúreas vestimentas, pero el brillo de sus ojos rivalizaba con la luz de los cinco velones que quemaban al pie de cada columna. Los cuatro habían pensado que el maestro desvelaría el secreto junto a ellos, pero una cámara en una de las esquinas de la sala sería todo el contacto que tendrían con él por el momento.

Juan de la Vega alzó la bolsa en dirección a cada una de las columnas, símbolos del universo infinito, y después lo hizo frente a cada uno de sus hermanos. Por último, la elevó ante la cámara y la dejó en manos del anfitrión, Mateo Montalbán. Él sería el elegido para leer el manuscrito que les daría la clave ansiada.

Sacó con extremo cuidado las dos hojas enrolladas y escritas por Cayo Plinio apenas dos mil años atrás, se aclaró la voz, tomada por la emoción que sentía en ese momento, y comenzó a leer en la lengua del romano todos los caracteres que habían resistido con tenacidad el paso del tiempo.

Cuando finalizó el relato, sus tres compañeros lo miraron extrañados.

—Sigue, por favor —lo invitó Marco Santasusanna.

—Es todo —dijo con un hilo de voz.

—¿Cómo, no hay más? ¡Es imposible! —respondió Santasusanna retirándose la capucha de su rostro.

—¿Por esto, que cualquiera conoce desde que se encontraron los rollos del Mar Muerto, llevamos tantos años de búsqueda? —el fuego de Lucas Joswiack se encendió.

—Montalbán, mira bien, debe haber algo más, quizás entre líneas u oculto en una primera lectura. Joswiack tiene razón, todo el mundo conoce a los esenios, eso no es ningún secreto, ni el código encierra ninguna enseñanza oculta. La ciudad es Qumrán, todo el mundo sabría eso.

—Toma, léelo tú mismo —dijo Montalbán, y cedió el rollo a su compañero De la Vega.

Este lo leyó con sumo cuidado, no se atrevían a encender las luces para examinarlo mejor por miedo a dañarlo, pero como muy bien había leído Mateo Montalbán, allí no se encerraba ningún misterio ni ninguna enseñanza oculta. ¿Qué sentido tenía su búsqueda? ¿Para qué tanto secreto, si no se desvelaba nada?

—Señores, una de dos, o bien todo esto es una gran mentira, que podría ser, o bien nos han engañado y el código no está completo —intervino Marco Santasusanna, que se había levantado de su silla de agua y miraba el código junto a los otros *designati*.

—¡Eso es lo que pasa! ¡Te has traído la mitad, joder! —gritó Lucas Joswiack.

—¡Joswiack! —lo reprendió De la Vega.

—No, déjale, quizá tenga razón. Pero regresar en busca de la chica es difícil, y más desde que aquellos estúpidos se dejaron cazar por la Policía. Sabéis que incluso

han hecho averiguaciones de mi persona a través de los Carabinieri.

—Debemos estar tranquilos, no perdamos la calma. Estamos más cerca de lo que nuestros antecesores lo estuvieron jamás, así que intentemos manejar con prudencia nuestra ventaja —dijo De la Vega mirando a la cámara.

—De la Vega tiene razón. Quizá podríamos solicitar la colaboración de su amiga —dijo Montalbán mientras lo señalaba.

—Yo pienso igual, esa bruja seguro que sabe algo y si dejáis que mi hombre nos ayude, colaborará, seguro que colaborará.

—Tu hombre es una bestia —lo acusó De la Vega—. Dejadme que hable con ella.

—No —casi gritaron los otros tres.

—La conozco, y estoy seguro de que esa sería la única forma de que colaborara. De momento, dejemos esa opción en la mesa y recojamos todo esto. Creo que ya no tiene mucho sentido.

Ni siquiera el Castello di Am de su Toscana natal hacía mella en el ánimo de Marco Santasusanna. La frustración se leía en la cara de los cuatro hombres que, sentados a la mesa reservada para la celebración del día más importante, no solo de sus vidas, sino de las de todos sus antecesores, todavía no comprendían qué podía haber fallado.

—Perdón, señor, ¿no le apetece su lubina, prefiere que se la cambiemos por cualquier otro plato?

La voz del *maître* del Akelarre los devolvió por un segundo a este mundo.

—No, no, está perfecta, como siempre. Por favor, felicita a Subijana de mi parte —contestó Montalbán.

—No puede ser. Algo ha debido fallar, nos falta una parte, o el escrito esconde algo que no hemos sabido encontrar —intervino De la Vega—. Deberíamos avisar al maestro.

—Ya está al corriente y no ha intervenido. Apoya nuestras acciones y creo que deberíamos presionar un poco a nuestra invitada.

—Yo ya os lo dije, una llamada y la vieja cantará todo lo que sepa —apoyó Joswiack la idea de Montalbán, ante la mirada ansiosa de Juan de la Vega.

—No me gusta, estamos rozando terreno muy peligroso. Somos hombres de negocios respetados y temidos, no podemos cometer una estupidez que echara abajo nuestras carreras. Nos salvamos de la muerte del cura, y también de la muerte del amigo del Negro, incluso parece que hemos esquivado la retención de las dos mujeres, pero si cometemos un solo error, nos caerá toda la Policía encima, ya sabéis que han hecho algunas averiguaciones a través de los Carabinieri —volvió a recordar Santasusanna.

—Os avisé que era una temeridad ir con la chica. ¿Qué propones tú? —le preguntó Lucas Joswiack.

El italiano se echó un nuevo trago del vino toscano.

—Propongo que examinemos el manuscrito en los laboratorios de Lunna Co. Allí disponemos de la última tecnología para diseñar y reconocer tejidos. Quizás encontremos algo.

—¡Bravo! —gritó De la Vega—. Esa sí me parece una brillante idea.

Su grito sorprendió a los otros tres, pero todos estuvieron de acuerdo. Incluso el *ertzaina* que los observaba desde la sala de espera del restaurante se sobresaltó con el grito del californiano.

## Capítulo

**E**l régimen de visitas que nos había impuesto el comisario se había disminuido a una vez por semana en lugar de cada dos días. Quizá comprendió que no teníamos ninguna intención de escapar, o quizá simplemente se cansó de vernos por allí después de tomarnos declaración en varias ocasiones y no creer ni una palabra de lo que le explicamos.

Azul estaba internada en el Hospital del Mar, donde parecía recuperarse en parte. Había caído víctima de una tristeza impropia en ella, y ni Mars ni yo sabíamos a qué achacarla. Todos estábamos preocupados por Marie Stewart. Mars, sobre todo, pues según me había explicado en un arranque por vaciar algo de la tensión que acumulaba, era mucho más que su jefa o su amiga. Menos su amante, que en algún momento temí que lo fuera, era todo lo demás. Pero su abatimiento era casi alegría en comparación al que sufría Azul. Pasaba largas horas sedada, momentos en que su cuerpo reaccionaba y cicatrizaba de la operación a la que se había sometido en París, pero cuando recuperaba la conciencia, una pesadumbre infinita parecía caer sobre ella y no dejaba de culpar a Mars por la pérdida del código.

Habíamos llamado varias veces al teléfono móvil de la condesa con la esperanza de vernos «pagados» por nuestra entrega imprevista e involuntaria del código, pero todos los intentos de comunicación habían sido baldíos. La verdad era que, aunque en muchos momentos de aquellos días solamente deseé que Mars se fuera de mi apartamento, y ella misma en alguna ocasión insinuó mudarse a un hotel, en el fondo me alegraba de que estuviera allí. Al principio, creí que era yo quien la retenía, pero poco a poco fui comprendiendo que lo único que la mantenía en mi casa era la necesidad de sentirse acompañada y el miedo a ser víctima de algún ataque.

Mi situación no era mucho mejor. Oriol Nomis me había llamado a casa y habíamos quedado un día para comer. Por supuesto me había despedido, y no le podía culpar. Sin embargo, me dijo que no me preocupara porque un talento imprevisible como el mío siempre encontraría un lugar en el que desplegar. Si era algún tipo de insinuación, no quise cogerla, y me quedé con la cortesía de quien no se atreve a enviarte a algún lugar impío y apestoso con palabras gruesas. Pensé varias veces en explicarle una parte de lo que nos había acontecido, pero él parecía saber también mucho de esa historia, tanto así que, en la corta conversación telefónica que mantuvimos, me dijo que si pensaba en algo que él pudiera hacer algo por liberar a su amiga Marie, no dudara en decírselo. Me sorprendió porque en ningún momento llegué a confesarle nada, pero el buen auditor tenía oídos en muchos lugares, incluida la comisaría de la Policía, así que seguramente a través de alguno de ellos se había

enterado. También estaba seguro de que sabría que estaba acusado de robo y expolio al patrimonio nacional, además de daños a un conjunto histórico, y varias cosas más, pero su inmaculada cortesía le impidió hablar de algo así por teléfono, y supuse que sacaría el tema en el almuerzo que teníamos pendiente, algo que yo intentaba atrasar lo máximo posible.

Otra de las cosas que me preocupaba, además del estado de Azul, la tristeza de Mars y mis muchos crímenes cometidos, era no recibir noticias de la señora Bouvier. Habían pasado casi dos semanas y ni siquiera recibí un correo más allá del inicial en donde me confirmaba la recepción de mi envío y me decía que trabajaría en él.

La situación sin duda era pésima. Quizá pasara años en prisión, como Azul soportó en su día, quizá jamás volvería a levantar la cabeza después del lío en que me había metido. Yo amaba mi trabajo, ese pedestal desde el que observaba la raza humana cual científico que anota las idas y venidas de un ratón por un tubo de metacrilato. Un auditor de cuentas en realidad ni siquiera cuenta, solo vigila lo que otro contó, y yo me había permitido el lujo de anotar en mi libreta lo que muchos otros hacían, lo que gentes de buen corazón, algunos de ellos movidos por una fe que yo achacaba a la cultura o la tradición, y otros simplemente portadores del gen de la justicia, llevaban a cabo. Gentes que se mojaban, que metían sus manos en la harina asquerosa de la inmoralidad humana e intentaban rescatar algo de ese estercolero. Gentes a las que yo admiraba y respetaba como mi única creencia y, casi con toda seguridad, el único motivo por el que continuaba trabajando para una fundación dependiente de la Iglesia. Personas movidas por una fe a quienes no tendría oportunidad de acercarme de nuevo con mis guantes de látex en forma de lápiz anotador. No, ahora corría el riesgo real de acabar entre rejas, metido en algún lugar del que no se podía salir sin pase y del que desconocía el precio de esos pases. Un lugar en el que todas mis historias y anécdotas no servirían ni para conseguir un par de sábanas limpias. ¿Y todo por qué? ¿Por crearme una especie de Indiana Jones en busca del código maldito? ¿Cómo había sido tan estúpido? ¿Dónde había dejado mis guantes de látex y mi traje de neopreno que tan bien me habían protegido estos últimos años?

La realidad golpeaba duro con el mazo de la evidencia. Azul ingresada, Marie Stewart en paradero desconocido, Mars abatida y confusa, y como yo, con visos más que probables de pasar algún tiempo encerrada. La vida de Indiana Jones había tocado a su fin y las consecuencias eran desastrosas.

Una tarde en que Mars se dedicó, como en la mayoría, a llamar a todos sus contactos en busca de noticias de la condesa, yo me acerqué hasta el Hospital del Mar. Azul estaba despierta y me senté a su lado. Al principio, ninguno de los dos dijo nada, hasta que al final ella me pidió perdón. Le dije que nada tenía que perdonarle, es más, ni siquiera sabía muy bien por qué me lo decía cuando estaba claro que había

sido yo quien no supo comprenderla, ni a ella ni la situación que vivió.

—Me siento feliz de haber compartido una parte de mi vida contigo, Azul —le dije.

—Debería haber sido sincera contigo, pero no podía, no sabía qué hacer. Me debía a la orden, a la condesa, aunque también te amaba, ¿lo comprendes?

—Tú misma lo dijiste cuando nos vimos en el restaurante, no vale la pena remover el pasado, y tenías razón. Lo nuestro quedó en un buen lugar de la memoria, pero no existe desde entonces más allá de la interpretación que hagamos de esos recuerdos.

—Te amaba, Cècil, quiero que lo sepas.

Sus palabras, tardías, me helaron el corazón. Yo también la había amado, y aunque nuestro reencuentro me había aclarado por fin que ya no era así, mi deuda con ella era infinita. Azul era sin duda la persona a la que más había querido en mi vida, y por desgracia, a la que más había fallado.

—Yo también te amaba. Y te amaré siempre, no, no me mires así, amaré siempre a aquella Azul, a la que vivió conmigo y me hizo ver el mundo diferente. Ahora sé que esa solo era una parte de la gran desconocida que eres para mí. La parte de una persona especial, pero solo eso, una parte del crisol que atesoras.

—¿Podrás perdonarme?

—Ya te he dicho que no hay nada que perdonar, la misma pregunta debería hacerte yo a ti.

Hizo una mueca que interpreté como una sonrisa, y la besé en la frente.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Serás sincera? —le dije.

—Depende —repitió la mueca.

—¿Por qué estás tan abatida? No creo que sea solo por la condesa. Tú sabes en qué condiciones está, ¿tan terribles son?, ¿tanto temes por ella? —mi pregunta arrancó más lágrimas de aquellos castigados ojos.

—Sí, Cècil. Temo por ella, temo porque mientras nosotros estamos aquí, a ella pueden estar haciéndole quién sabe qué. Son malos, Cècil, son gente mala y el que nos vigilaba era el peor de todos, una bestia capaz de cualquier cosa.

—¿Y qué tiene que ver con que reproches a Mars la pérdida del manuscrito? Ella no tuvo la culpa —dije, y ella guardó unos segundos de silencio. Pensé que no me respondería o que se dormiría de nuevo, pero al final me contestó.

—¿Sabes qué contiene el Códice de Vitelio?

—No —respondí.

—Antes de explicártelo, debes prometerme que jamás revelarás mis palabras. ¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

—En el código se explica cómo acceder a lo sagrado, a las fuerzas del más allá,

llegar directamente a Dios. ¿Comprendes?

Sus palabras me dejaron atónito. Imaginé una especie de recetario culinario mágico, pero no era eso lo que me había explicado la señora Bouvier, y en lo poco que había entendido, por no decir nada, de los fragmentos escaneados en mi disco duro tampoco me parecía comprender que fuera en esa línea, pero la dejé continuar.

—¿Una especie de código para conectarse con algo? —pregunté sin saber muy bien cómo explicarme sin caer en el ridículo.

—Algo así.

Me costaba creerla.

—¿Y por qué estás tan molesta con Mars?

—Ella lo perdió y yo lo necesitaba —sentí cómo esto último le había dolido dejarlo escapar.

—¿Tú lo necesitabas? ¿Para qué? —le pregunté. Volvió el silencio.

—Mi tío se muere, Cècil, hace dos años le diagnosticaron un cáncer que lo está matando. Necesitaba el código para salvar la vida de mi amado tío Luali. Tuve que escoger, la vida de mi tío o la lealtad a la condesa —y se echó a llorar.

Aquello era increíble. Donde la medicina no llegaba, pensaba hacer una invocación, o qué sé yo qué, para salvarlo. Si no hubiera sido por la gravedad del momento, me habría echado a reír.

—Lo siento, Azul. No lo sabía. Tu tío es una persona excelente.

—Prometí que lo salvaría, ¿comprendes ahora cómo me siento, sin saber si volveré a ver jamás a ninguna de las dos personas que más quiero en el mundo?

—Te comprendo, Azul, ¿pero qué esperabas encontrar en ese código, una fórmula mágica, un hechizo —no sabía cómo expresarlo—, el qué para pensar que podría salvar a tu tío?

—Ya te lo he dicho. Si no me crees, prefiero no seguir hablando de esto. Te ruego que mantengas tu promesa, que seas firme donde yo no lo fui.

—Claro que la mantendré. Y no sé si creerte, la verdad, en estas últimas semanas han pasado cosas tan extrañas que nada me sorprende ya. ¿Cómo supiste de la existencia del código?

—La condesa me inició.

—La condesa... —repetí.

—Sí, ella. Me fue transmitido también que los conocimientos que se atesoran en el alma suponen una pesada carga de responsabilidad. Pero además un duro castigo si no se está a la altura, ¡debes creerme!, ¿me crees, verdad?

—Sí —respondí.

—Cècil, el castigo por intentar aprovechar los conocimientos más profundos no solo lo sufre quien infringe la ley, sino todo aquel que está en contacto. Por mi culpa no solo he sido castigada yo, sino las dos personas que más amo en el mundo, ¿lo

comprendes?

—Sí —asentí a sus desvaríos—, ¿y Mars?

—Cada una tiene una función. Ella puede acceder a datos que yo desconozco. Según como actúe, recibirá —me dijo con frialdad.

—Sé que estás muy cansada, y me alegro de que hayas hablado conmigo. Te aseguro que jamás repetiré esta conversación, pero hay algo más, tengo una última pregunta y una petición.

—Adelante.

—¿Cómo conseguiste mover la losa de Clairvaux?

—Con un gato hidráulico —y por primera vez en mucho tiempo, la vi sonreír. Esa sí era la Azul que yo conocía—. ¿Y la petición?

—Que te sanes, que no te hundas y que te levantes de esa cama para poner al mundo en su sitio, como siempre has hecho, ¿me lo prometes?

Como respuesta, cerró los ojos en una doble intención de descansar y de que la dejara tranquila. La noticia de la enfermedad de su tío me había afectado, y comprendí que ella hubiese buscado cualquier resquicio por el que colar una esperanza, pero ese...

Con sus últimas palabras, me marché a casa. Mars apenas salía de ella y había convertido mi pequeño apartamento en una especie de campamento base desde el que llamaba y hacía las gestiones para conocer algo del paradero de Marie Stewart. Ella y Azul habían tenido una larga conversación en la que supuse se habrían puesto al día de todos los descubrimientos que cada una de ellas había hecho, y también imaginé que Azul le habría informado de todos los detalles que creyó oportunos para que Mars ayudase a la Policía a encontrar a la condesa. Pero todo esto eran suposiciones porque, si bien Mars no utilizaba una actitud de secreto con mi persona, no me tenía informado de apenas nada de lo que hacía.

—Hola —la saludé cuando llegué a casa—. ¿Sabemos algo?

—No —fue la escueta respuesta.

—He hablado con Azul, sobre el código.

—¿Y se puede saber qué te ha dicho? —me preguntó con un cierto tono de enfado. A veces parecía que era yo el causante de todo el lío. Y se lo dije—. Tienes razón, lo siento, pero todo esto es demasiado. Hace demasiado que no sabemos nada de la condesa y estoy muy preocupada por ella.

—¿Y por eso no duermes ni comes y te pasas horas al teléfono?

—Me hace creer que soy útil.

—Debemos confiar en la Policía —le dije.

—Ellos no harán nada. No me creyeron ni una palabra. Solo podemos confiar en que alguna de las hermanas de la orden, o de las otras órdenes que también han recibido instrucciones, nos dé una pista a la que agarrarnos. Pero bueno, eso no es

cosa nuestra. ¿Qué te ha explicado Azul?

—No sé si puedo decírtelo.

—Por favor, te ruego que me lo expliques, por lo menos romperá un poco la tensión de la espera y tendré otro foco con el que pelear —me sonrió.

—Bueno, casi me das miedo. Me ha explicado que es una conexión con lo sagrado, pero si te soy sincero, no lo he entendido. También me ha dicho que sentía haberte culpado de su pérdida —mentí un poco y obvié lo del tío Luali.

—En parte, tiene razón. Debíamos haber sido más cuidadosos, haber guardado todo y esperar.

—Vamos, Mars, hicimos lo que teníamos que hacer, ¿o ya no recuerdas por qué iniciamos la búsqueda, no recuerdas el pacto de cambiar el código por la condesa y Azul? Deja de culparte por algo de lo que no tienes ninguna responsabilidad.

—Quizá tengas razón —me dijo.

—Claro que la tengo, tú sabes que sí, pero sentirte mal ahora es una manera de unirse al sufrimiento que intuyes en tu amiga.

—Vaya, ¿desde cuándo un auditor ha cursado Psicología? —me preguntó con un tono de burla evidente.

—Lo hice por Internet —le dije—, y por cierto, ahora mismo voy a continuar con las clases. Voy a ver si he recibido algún correo de mi maestro. Y no me mires así, ya te prometí que no miraría el código.

—Está bien, *sensei*, creo que voy a intentar descansar un poco —y se fue a la que había sido siempre mi habitación.

Tal como le había dicho, conecté el ordenador, pero no para recibir las valoraciones de un curso que jamás habría hecho, sino para ver si la doña francesa se había decidido a enviar alguna información. Por fin, el nombre de la señora apareció en la bandeja de entrada. Un temblor interno se apoderó de mi mano hasta el punto de necesitar varios intentos para clicar en el icono del sobrecito. Lo abrí, solo tres palabras, «Necesito verles urgentemente». Lo temía. Ya no había más remedio que explicarle a Mars que yo había enviado las imágenes a la señora Bouvier. Llamé a su puerta y entré. En contra de lo que había creído por su silencio, no dormía. En la mesilla de noche descansaban el bloc en donde apuntaba todas las gestiones que hacía en busca de la condesa, y un par de teléfonos, su móvil y el inalámbrico de mi casa.

—Mars, he hablado...

—¡Shist! —no me dejó continuar. Puso su dedo índice como aquellas fotos de enfermeras de mi niñez y me hizo callar.

—Pero es que es importante, debemos...

—¿Sabes? —me volvió a interrumpir—, en lo que me has dicho antes tenías toda la razón, tú no tienes ninguna culpa y quería disculparme por no haberte agradecido todavía tu ayuda. Sin ti, jamás habríamos dado con el código, ¿crees que podrás

perdonarme? —y tal como acabó su frase, apartó la sábana que cubría su cuerpo.

—No debes hacer nada de esto —le dije con el menor convencimiento del que fui capaz.

—Yo no soy una hermana, si es lo que insinúas, y hace demasiado tiempo que lo parezco. Ven, por favor.

No fueron necesarios más argumentos para que la tensión acumulada se deshiciera bajo unas sábanas que, durante demasiado tiempo, habían hecho las funciones de mortaja. La prudencia sucumbió a un amor violento, al choque inevitable de dos personas que se necesitaban más de lo que cualquiera de los dos hubiese imaginado apenas unas semanas atrás, y más de lo que ambos estábamos dispuestos a aceptar. Poco a poco, la necesidad contenida fue remitiendo para dejar paso a un largo y cálido conocimiento. Horas en las que rellenamos susurros con besos y caricias, enroscados como fabricados el uno con el molde opuesto del otro. Nuestras estaturas dispares unidas en una sola pieza de dimensiones perfectas.

Horas mágicas en las que yo, abrazado a aquella colombiana de piel ardiente, me sentí adulto, feliz y pleno por primera vez en los últimos años. Purificado como una playa que tras un violento huracán se recupera con cada envite de la nueva marea y que, dejándose lamer en sus rincones más íntimos por ella, recupera el brillo natural de sus miles de granos de arena.

No fue hasta bien entrada la madrugada cuando volví al mundo real y me atreví a confesarle que había enviado las copias a la señora Bouvier, y su respuesta. En contra de lo que habría ocurrido apenas unas horas atrás, y seguramente debido a nuestra nueva y extraordinaria complicidad, convinimos en que mi decisión había sido la más acertada y que debíamos partir con urgencia. Pensamos que sería una buena oportunidad de averiguar algo lo suficientemente importante como para canjearlo por la libertad de Marie Stewart, y ambos nos vimos invadidos de una euforia ilógica, desmesurada, como si con esa única decisión hubiésemos conseguido resolver todos nuestros problemas. Una descarga de energía que nos sacudió el alma desde lo más profundo y que nos hizo explotar en largas y sinceras carcajadas.

Le comunicamos nuestra marcha a Azul a primeras horas de la mañana, con una breve llamada que nos incomodó por igual a ambos, y nos preparamos para regresar de nuevo a París.

Cargamos todo el material que habíamos comprado para nuestra excursión nocturna en Cîteaux, además de algo de ropa nueva y el teléfono de contacto para llamar a los secuestradores de Marie Stewart, o para que lo hicieran ellos con nosotros, y enfilamos de nuevo hacia París. Por suerte, no era necesario el pasaporte para viajar por los países de la Comunidad Europea.

Mars me miraba divertida desde su asiento de copiloto y su vista, clavada en mí, lejos de incomodarme, me hizo sentir la excitación propia de un adolescente.

Llegamos a casa de la señora Bouvier con los primeros rayos matutinos y, sin mucho preámbulo, acabamos los tres en su cocina. La biblioteca, hasta entonces un ejemplo de pulcritud, estaba revuelta con decenas de libros abiertos por doquier. Imaginé que se debía al esfuerzo por descifrar las letras manuscritas en las imágenes digitales que le había enviado. No supe si ella se percató de la nueva situación que había entre Mars y yo, pero si lo hizo, su discreción fue ejemplar.

—¿Desean tomar café o té? —nos preguntó.

—Yo tomaré un café, gracias —le dije.

—¿Ha podido descifrar el código? —preguntó Mars.

—Sí, hija mía —le dijo, y me miró—, la verdad es que he conseguido descifrar los tres escritos. Esperad un momento, será mejor que imprima las traducciones para que las podáis leer con tranquilidad —salió tras el sonido del carro de una impresora que parecía provenir de la biblioteca—. Tomad —y nos entregó tres hojas a cada uno.

Mars acarició las hojas impresas con el título *Código de Vitelio* como si fueran un bebé recién nacido, y yo comencé a leer de inmediato.

—Somos los primeros seres humanos que leen el contenido de este código desde hace aproximadamente mil años —me dijo Mars.

—No esté tan segura de eso, hija —la corrigió la señora Bouvier, y ambos comenzamos a leer la traducción que la señora había hecho, en español perfecto, del primer escrito.

Al cabo de pocos minutos acabé de leer el código, casi al mismo tiempo en que Mars levantaba los ojos de su papel y nos miraba con sorpresa.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Más o menos —contestó la señora Bouvier.

—¿Qué quiere decir «más o menos»? —pregunté yo.

—Sí, no parece que el código contenga ningún secreto —dijo Mars—. Aquí habla de un grupo de personas santas, que vivían en comunidad y respetaban la Ley de Dios, los esenios, pero ese no es ningún secreto. Todo el mundo sabe de ellos desde que se encontraron los rollos Q en Qumrán.

—En efecto, niña, en efecto, aunque si situas este escrito antes del descubrimiento de los rollos del Mar Muerto, su valor es extraordinario.

—Señora Bouvier, ¿qué son los otros escritos y por qué ha dicho que no éramos los primeros en leerlos, es que acaso hay más? Sí, claro, seguro que hay algo más.

—Tranquilos. Señor Abidal, no sé cómo lo hizo usted, pero en la imagen que me envió del documento había algo más de lo que se puede leer a simple vista.

—¡Lo sabía! —apuntó Mars.

—Espera, niña, como decía, desconozco cómo consiguió usted enviar esa imagen, pero entre las letras escritas en el documento, vengan aquí —nos enseñó la pantalla de su ordenador—, ven, entre las letras originales hay una nueva escritura

superpuesta. Me costó mucho trabajo conseguir descifrar los signos correctos, pero ven, entre estas palabras, ¿lo ven?, hay otro texto.

Lo que la señora nos enseñaba en su monitor era la imagen digitalizada del documento que escaneamos con Mars en Barcelona y entre las letras se adivinaban otras en un color mucho más tenue, como un amarillo que casi se perdía en el color del papel.

—¡La imagen ultravioleta! —grité yo.

—¿Cómo? —preguntó Mars.

—Claro, cuando lo escaneamos lo hice con el escáner de ultravioleta, ¿lo recuerdas?

—Pues dio usted en el clavo, jovencito. El verdadero secreto del código no es lo que ustedes han leído, y que corresponde con total exactitud a las memorias de Cayo Plinio en su enciclopedia *Naturalis Historia*, incluso si miran en el margen de la imagen verán las anotaciones «V, XV», que corresponden al lugar exacto que ocupa el detalle del pueblo esenio en la enciclopedia. Cayo Plinio escribió con tinta invisible su gran secreto y después, quizá por miedo a que alguien lo descubriera, reescribió su historia de los esenios en un nuevo escrito que encuadernó su sobrino en la *Naturalis Historia*, manteniéndose este que ustedes encontraron en el más profundo de los secretos.

—¿Y qué dice en ese texto, *madame*? —preguntó Mars.

—Aquí lo tienen —y nos extendió un par de páginas nuevas que comenzamos a leer en el silencio de la madrugada parisina—. Por eso les dije que no eran los primeros en leer este código, aunque sí en conocer su secreto. Yo creo que el santo Roberto de Molesmes lo descubrió, no sé cómo, pero estoy convencida de que lo hizo, y por eso fue consciente de la importancia del hallazgo, tanto como para decidir escondérselo en el último momento incluso al mismísimo Papa.

Cuando terminé de leer la traducción que nos había pasado la señora, me quedé por unos instantes en blanco. Acababa de acceder a un secreto mantenido desde el año 79 d. C. En él explicaba el romano que una mujer, de nombre Mariam, había devuelto la vida a dos niñas muertas utilizando un objeto mágico, posiblemente perteneciente a Yeixú, Jesús de Nazaret, como había puesto entre paréntesis la señora Bouvier. Era incapaz de asimilar que aquella información fuese cierta. Pero si en verdad lo era, y parecía que había demasiadas personas dispuestas a creer que sí, comprendí las ansias por encontrar el código de esas gentes, incluso Azul había traicionado por su causa. Lo único que no se nombraba en el relato era dónde conseguir ese objeto sagrado capaz de devolver la vida.

—¡Es increíble! —dijo Mars, que se dejó caer de rodillas en el suelo de la cocina.

Respeté su silencio y esperé un poco antes de ayudarla a sentarse de nuevo.

—Lo es, niña, lo es. Un objeto que perteneció a nuestro Señor Jesucristo hallado

en las manos de una esenia casi cien años después de la muerte del Salvador.

—Pero si existiese ese objeto, por llamarlo de alguna forma, ¿no debería aparecer alguna referencia a él, o a la tal Mariam, en la *Biblia*? —pregunté un poco confundido.

—Jovencito, no me decepcione. A pesar de sus impertinencias, lo considero una persona inteligente, ¿sería usted capaz de decirme con detalle qué ropa llevaba o qué almorzó el martes de la semana pasada?, y es más, ¿sería capaz de recordarlo si, en lugar de haberlo vivido usted, alguien se lo hubiese contado?

—La verdad es que no —reconocí.

—Pues de los cuatro Evangelios que la Iglesia cristiana dio por buenos, el más antiguo, y por lo tanto, el más cercano a la vida de Jesús, se escribió setenta años después de la muerte del Mesías. ¿Todavía los cree fiables?

Y eso que, según ella misma había reconocido, había sido monja.

—¿Qué debemos hacer con esto? —preguntó un poco más repuesta Mars.

—Si creemos en la palabra de Cayo Plinio, que reconozco es impresionante, también pienso que es del todo inútil porque, aunque dice que vio algo capaz de devolver la vida, no explica qué era ni qué pasó con ello —opiné.

—No tuvo tiempo, Cayo Plinio murió tras la erupción del Vesubio —aclaró la señora Bouvier.

—Por eso mismo, qué importa lo que hagamos con el código, además ellos ya lo tienen.

—¿Ellos lo tienen? —se asustó la señora.

—Sí, nos lo robaron justo después de que lo escaneáramos —le expliqué.

—Fue mi culpa —dijo apesadumbrada Mars. Me dieron ganas de abrazarla.

—¿Solo ese o todos los escritos? —preguntó *madame* Bouvier.

—Solo las hojas del escrito de Plinio el Viejo. El resto está a salvo —contesté.

—No te preocupes, niña, si es como dice tu amiguito, aunque consiguiesen encontrar el escrito secreto en el código, tampoco sabrán qué pasó con el objeto sagrado.

—Ni nosotros —le aclaré.

—Bueno, quizá nosotros sí —dijo la señora con una sonrisa en la cara.

—¿Nosotros sí? —pregunté.

—El escrito de Cayo Plinio no es el único que me envió, señor Abidal.

Y la señora regresó con un nuevo juego de hojas sorpresa. Mars me miraba en estado casi de *shock*, y yo comenzaba a creer que esa historia era lo mejor que me había pasado en la vida.

—Además del Código de Vitelio, parece que alguien más quiso pasar a la posteridad añadiendo su modesta aportación. Gracias a sus descubrimientos —nos señaló—, la aparición en la historia del rey Pere II fue vital. Debo reconocerles que

cuando vi su sello en la tumba bajo la Abadía de Clairvaux, comprendí que estábamos en el camino correcto. A sus manos llegaron los escritos, ahora sé que por vía de los Caballeros del Temple, y su hija Elisabeth, Santa Elisabeth, fue la encargada de protegerlos después de la muerte del monarca. Pero hay algo que ninguno de los dos sabéis —y miró en especial a Mars—. Nuestra sagrada misión de velar por la seguridad del código la implantó la santa, ella fue la primera que dio instrucciones a sus hermanas más cercanas de protegerlo hasta nuestros días. Nosotras somos las descendientes de esas hermanas; si bien es cierto que hasta ahora la historia parecía solo una leyenda, podemos garantizar su certeza desde este mismo momento. Este nuevo escrito que os cedo son las memorias que un caballero templario escribió con destino a San Bernardo de Claraval. Como veréis, se trata de una misiva enviada al santo en la que relata sus descubrimientos.

Mars y yo comenzamos a leer el nuevo *dossier* que nos acababa de facilitar la señora. Cuando finalizamos, Mars fue la primera en hablar.

—¿Creéis que la Maestra es la Mariam de la que habla Cayo Plinio?

—¿Quién si no podría ser? —contestó la señora.

—Pero el escrito del templario es del siglo XII, no puede ser la misma persona —dije yo.

—Sí, si todavía conservaba el regalo de Jesús —sentenció *madame* Bouvier.

Era increíble. Esa señora, que nos había atendido en bata de flores, nos quería hacer creer que una mujer había permanecido viva por más de mil años, y lo más sorprendente era que, a pesar de las dudas, yo la creía.

—Si el objeto que detalla Cayo Plinio existe todavía y cayera en malas manos, sería terrible —dijo Mars.

—En efecto, hija. Un regalo como ese, en malas manos, pondría en peligro. Por eso, debéis partir inmediatamente en su busca —nos indicó la señora.

—Pero es imposible encontrar algo así después de más de mil años de estar perdido. Incluso el propio caballero templario desconoce su paradero en el año 1150, ¿cómo vamos a encontrarlo nosotros? —dije más asustado que sorprendido.

—Siguiendo las instrucciones del último escrito que encontrasteis en el Monasterio de Santes Creus.

Y nos dio un último fajo de hojas, también traducidas a un español perfecto, con una sonrisa de victoria que nos deslumbró aun a pesar de las arrugas de su rostro.

---

## Capítulo

*Reus, España, año 1849*

**R**ecuerdo el frío intenso de las noches de aquel lejano año de 1809, tanto como el odio que aquellos campesinos nos profesaban. Desde que dejamos nuestras posiciones en Perpignan, ni siquiera nos atrevíamos a pedir algo caliente porque, tras la sumisión con que nos daban de comer, se escondían cazos de sopa y vasos de vino envenenados. Hacía poco menos de un año que el emperador Bonaparte había decidido enviar a sus tropas para castigar a los malditos portugueses por su negativa a bloquear el tránsito a Inglaterra, pero la misión conllevaba colonizar el pueblo de bárbaros que vivía bajo los Pirineos.

Yo servía entonces a las órdenes del general Duhesme, en la División Lechi de la Grande Armée, el salvador de aquellos ignorantes que nos odiaban más que al mismísimo Diablo. Años más tarde, mucho después de aquella madrugada, comprendí. Pero en ese momento, mientras escupía fuego por mi fusil a las puertas de la ciudad de Reus, aquello era mi vida.

Junto a mí, clavados en una zanja maloliente, varios soldados supervivientes de la batalla del Bruc escupíamos maldiciones contra los catalanes. Decían que un ejército de catalanes, suizos y desertores había causado más de trescientas bajas en Manresa y no teníamos ganas de sufrir otra masacre como aquella. Los estampidos de los cañones tronaban en el cielo y nos mantenían en un estado de alerta y terror que mitigábamos disparando contra las casas del pueblo, que a su vez nos cruzaban tiros envenenados. En los silencios entre las cargas de los cañones y los estruendos de sus proyectiles, escuchábamos los gritos de los heridos por las armas de los campesinos. Entonces tenía solo veintidós años y el sol comenzaba a derretir la escarcha de la noche, que se había pegado a nuestros uniformes como la mugre y el olor de la muerte.

—Allez! —gritó nuestro cabo.

Y un grupo de jóvenes, sucios, cansados y hambrientos, corrimos a clavarnos en aquella ciudad como una daga en el cadáver de un perro. Había agotado la munición de mi fusil, por otra parte imposible de cargar en plena carrera, así que fui de los primeros en llegar a la Plaça del Mercadal con vida, y con mi bayoneta, de la que todavía colgaban trozos de carne, de las más ensangrentadas en la toma de Reus.

Al caer la noche, se ajustició a los rebeldes y se hizo el recuento de bajas. En nuestra línea perecieron algo más de un centenar de valientes, que fueron enterrados con honores a las puertas de la ciudad, mientras que, por parte de los campesinos, el capitán Gabriele Pepe, un italiano de mostachos excesivos, nos ordenó cavar una gran

fosa en el Tomb de Ravals y echar a todos aquellos desgraciados dentro bajo unas cuantas paladas de cal.

Aquella noche, dormí junto a la Fuente de Neptuno, acompañado por los gritos de las mujeres que pedían clemencia después de haber matado con más fiereza incluso que sus maridos, pero el mariscal había prometido recompensa y en justicia que nuestros hombres se la estaban cobrando.

En las semanas posteriores a la toma, fue habitual que la mayoría de las patrullas de reconocimiento fuesen víctimas de ataques o emboscadas que causaban más bajas incluso que el enfrentamiento contra un ejército valiente. Pero aquellos catalanes no eran un ejército, eran serpientes venenosas que al más pequeño descuido abandonaban la madriguera para morder sin piedad.

Una mañana, mi compañero Philippe, un ciudadano libre de la Champagne, y yo, junto con otros ocho hombres más, fuimos requeridos para llenar las despensas de capitanía de un vino que se producía en unas viñas cercanas a la ciudad. Armados como si fuésemos a tomar la Bastilla, y bajo las órdenes de un capitán, nos encaminamos al pueblo de Montblanc, en el que se encontraba la bodega. Todos los que conocían el pueblo hablaban maravillas de él, así que me alegró romper la rutina con una misión tan poco común. Quizás aquellos hombres y mujeres, sucios, incultos, zafios y medio salvajes, tuviesen algo de lo que sentirse orgullosos después de todo.

Desde que dejamos Barcelona, los paisajes no habían dejado de recordarme a mi Languedoc natal, por lo que la caminata a Montblanc fue un regalo inesperado. Incluso bromeamos durante el camino. La tensión de las armas y el olor de la sangre habían cedido al romero de aquellas lomas envejecidas por el tiempo. Llegamos al pueblo y nos dirigimos a una antigua bodega en la que nos esperaban dos carros de mulas cargados con cuatro botas de vino dulzón, y que tuvimos la oportunidad de probar. Alegres por la cata y el éxito de la peculiar misión, comenzamos a desandar el camino de regreso a Reus.

Mientras cruzábamos un riachuelo, una de las mulas patinó y desequilibró el carro. El capitán desensilló y nos ordenó empujar para salvar la carga. Nuestros músculos hacían el trabajo que no habían sido capaces de llevar a cabo los animales, cuando de repente una piedra se estrelló en la frente de uno de los nuestros, que cayó inconsciente al río con una brecha en la cabeza.

—¡Nos atacan! ¡A los fusiles! —gritó el capitán, que fue el único en reaccionar.

Pero sus órdenes quedaron ahogadas por una salva de disparos. Yo sentí un horrible pellizco bajo mi rodilla y caí al riachuelo, tintado ya de la sangre de mis conciudadanos. Philippe fue el único que no cayó herido y me agarró de las trinchas hasta llevarme a la otra orilla. Caminé tras él en dirección a la loma que se levantaba al otro lado del río, y que parecía el único camino esperanzador. Philippe corría y tiraba de mí mientras nuestros atacantes se felicitaban en su lengua, semejante a la

nuestra, por su éxito y lanzaban tiros al aire. No parecían haberse percatado de nuestra huida, pero de repente los tiros acallaron y un grito denunció nuestra marcha. Philippe se dio cuenta y comenzó a tirar de mí con más fuerza; sin embargo, el dolor de mi pierna no me permitía correr a su ritmo. Si seguíamos así, nos matarían a los dos.

—Corre, Philippe, corre. Llega hasta el cuartel y regresa a por nuestros cuerpos —le grité—. ¡Vénganos!

Pero mi buen compañero se negó y continuó arrastrándome hasta que un disparo le reventó la cabeza. Con toda la cara salpicada de sus sesos, comprendí que era cuestión de segundos que yo siguiera su misma suerte. Sin embargo, la Providencia no me había reservado ese día para el final y conseguí llegar hasta un saliente desde el que vi correr el río en un recodo a unos quince o veinte metros más abajo y, sin pensarlo, salté. Prefería morir despeñado que capturado por aquellos salvajes asesinos.

En lugar de estrellarme contra las rocas del fondo, caí en una poza de agua helada que me devolvió a un nuevo estado de lucidez. ¡Estaba vivo! Permanecí bajo las aguas todo lo que mis pulmones me permitieron, buceando hasta que no pude más y saqué la cabeza. Un soplo de aire me llenó de vida y volví a sumergirme. Asustado por una cacería que preveía inminente, no volví a emerger aun a riesgo de morir ahogado, pero los campesinos se limitaron a disparar desde el saliente y a gritar cosas que no entendí. Seguí el cauce hasta una pequeña ensenada de aguas menos profundas y me arrastré hasta la orilla. La herida de la pierna no paraba de sangrar y, con la ayuda de una rama y un trozo de mi camisola, conseguí hacerme un torniquete que me ató al salir del agua. No sabía dónde, pero sí que estaba vivo.

El miedo a ser apresado por aquellos hombres de costumbres primitivas era más fuerte que el dolor de la herida, lo que me permitió avanzar a buen paso durante un par de horas. La misma loma a la que me intentó llevar Philippe se levantaba frente a mí, y me pareció que era también la misma que ascendimos de camino a Montblanc, así que atacué su pendiente hasta que el torniquete se abrió y comencé a perder mucha sangre. Conseguí rehacerlo y caminar unos minutos más, pero caí sin fuerzas a pocos metros de la cima. Tenía la boca seca, y la sangre de la herida, que se había mezclado con la tierra y el polvo, era una gran gelatina repleta de moscas; sin embargo, sabía que debía cruzar esa loma si quería seguir con vida, así que me armé de valor y me arrastré hasta la parte más alta donde constaté mi grave error. Desde aquella maldita loma no se veía Reus por ninguna parte.

Volví a sacar la cabeza para comprender realmente que allí moriría, cuando vi algo que me había pasado inadvertido en mi primera ojeada. Por un momento, olvidé incluso dónde estaba y recordé mi amada Narbonne, en parte tan parecida a las tierras en donde me pudriría por el resto de la eternidad, y como en ella, como si la

mismísima Abadía de Fontfroide se hubiese levantado para darme la extremaunción, una abadía de igual belleza se adivinaba en la planicie. Comprendí que la única posibilidad de sobrevivir, si todavía existía alguna, era llegar hasta ella.

No podía dejarme sorprender por ningún campesino con mis vestimentas de soldado, así que me despojé del uniforme y me quedé en calzones, sin decoro, herido, asustado, desangrado y muerto de frío, pero aproveché la pendiente para dejarme caer, y aunque me golpeé y arañé con las piedras y los arbustos, conseguí llegar al valle. Tuve la fortuna de caer en una pequeña viña en la que trabajaban unos monjes, y me desmayé.

Cuando desperté, sin saber cuánto tiempo hacía que estaba en una humilde celda, vi que mi pierna había sido vendada y que aquellos hombres habían cuidado de mí. Al verme despierto, un monje vestido con un hábito blanco corrió en busca de sus hermanos, que al cabo aparecieron en mi celda. Me hablaban en esa lengua extraña y dulce tan parecida a la mía, y que, a pesar de comprender la esencia de la conversación, no me atreví a contestar por miedo a ser reconocido. No supe si ya sabían de mi pertenencia a la Grande Armée, pero en cualquier caso me dejaron permanecer con ellos hasta recuperarme.

Poco a poco, mi pierna comenzó a coger la fuerza necesaria para acometer huidizos pasos hasta el atrio de la abadía. La herida no había sido profunda, y las cataplasmas de menta, grasa de cerdo, cera de abeja, cola de caballo, calabaza, y otros remedios que no pude identificar, la habían hecho cicatrizar con rapidez. Durante esa breve estancia, llegué a olvidarme incluso de quién era, y me dediqué a observar cómo los monjes preparaban las infusiones y las pomadas con que me trataban, sus estrictos horarios de oración, trabajo y almuerzo, y a contemplar la vida desde una paz olvidada en las trincheras. Pero una tarde, toda esa tranquilidad irreal fue violada. Hasta el dormitorio llegaron los ecos de una discusión en el atrio. Escuché a los monjes blancos defenderse de hombres de voz gruesa, que la alzaban en su contra sin respetar sus hábitos. Comprendí por sus gritos que era a mí a quien buscaban y salí de la celda con rapidez. Llegué hasta unas escaleras oscuras, en las que me agazapé justo cuando unos diez hombres, armados con útiles camperos y arcabuces, entraron en la celda. Al encontrarla vacía, comenzaron a gritar a los monjes y a correr en mi busca. Ninguno de ellos pareció fijarse en la puerta entornada tras la cual mi corazón palpitaba con tanta fuerza que cualquiera que hubiese estado atento lo habría podido escuchar.

Seguí por aquellas escaleras y llegué hasta la iglesia. Era magnífica; incluso en mis penosas circunstancias, la luz que entraba por los ventanales del fondo me sobrecogió. Busqué con rapidez algún lugar en el que esconderme de aquellos hombres y esperar la caída de la noche para huir. En el centro de la nave principal, frente al altar mayor, se levantaba una especie de sepulcro cubierto por una gran roca

grabada con escenas bíblicas que, sin ni siquiera intentarlo, comprendí que no podría mover. Frente al sepulcro principal se erigía otro que también me pareció invulnerable sin más herramientas que mis manos. Mi vista recorrió todos los rincones del altar, los bancos, las paredes, hasta que di con una losa de piedra en el suelo, justo entre los dos sepulcros principales, de la que sobresalía una gran argolla de hierro. ¡Esa era la única posibilidad! Con todas las fuerzas de que fui capaz, aparté la losa para dejar un hueco por el que colarme y me metí. Al entrar, sentí cómo los huesos que reposaban tranquilos crujían, y un fuerte olor me removió el estómago y me hizo vomitar. El frío del muerto se metió en mi alma con la misma intensidad que el agrio calor de mis vómitos. Busqué con urgencia algo con que cerrar la losa y al tacto encontré un objeto metálico. Lo agarré tumbado boca arriba y tiré de él. Resultó ser un puñal, o una daga, que atravesé en la abertura de la roca como tope y, haciendo fuerza con la espalda sobre los restos del cadáver, conseguí girar la losa hasta enterrarme junto a alguien que, a juzgar por el olor y el crujir constante de sus huesos podridos, llevaba muchos años allí metido.

En ese mismo instante, escuché chirriar las puertas de la iglesia y unos pasos nerviosos rompieron el recién instaurado silencio. Mis perseguidores gritaban y golpeaban con palos, o quizá fusiles, el suelo de piedra. Las arcadas de asco y miedo se sobrevenían una y otra vez, pero ni siquiera quedaba espacio en la tumba para cubrirme la cara con mis manos, así que el líquido viscoso de mis entrañas entraba y salía de mi garganta en un fluir despreciable de terror. Los pensamientos se me agolparon en tropel, avasallándome, seguro de que alguien vería la punta del puñal asomar por la rendija. Estaba convencido de que sellarían la losa y moriría asfixiado en la peor muerte imaginable. Escuché sus pasos a poca distancia, y las voces iracundas rebotar contra las paredes sacrosantas, hasta que al cabo de un corto tiempo desistieron de la tarea y se marcharon de la iglesia. Cuando escuché que la puerta se cerraba en un crujir metálico de su cerradura, me entraron ganas de gritar. Debía salir de ese agujero espantoso o moriría allí dentro, pero recordé entonces que los monjes bajaban a rezar al caer la noche, y no me quedó más remedio que quedarme y esperar.

Al cabo de un largo tiempo, en el que deseé haber muerto en varios pensamientos, una puerta cercana se abrió. Sentí cómo por la rendija de mi ataúd entraba una claridad apenas visible que achaqué a las linternas de los hermanos, y después los oí recitar sus oraciones. Por fin, se marcharon y dejaron la iglesia a merced de un silencio que resucitó todos mis terrores. Esperé un poco más y empujé la losa hasta que una bocanada de aire fresco y limpio me inundó.

Salí con mucho esfuerzo y el cuerpo dolorido, pero vivo. Agarré la daga y una espada del cuerpo de la tumba, y me acurruqué contra las columnas que circundaban el sepulcro principal. Quizás aquellas dos herrumbres me sirvieran de arma en mi camino de regreso, como seguro habían servido en otro tiempo al cuerpo profanado.

Poco a poco, mi vista se acostumbró a la escasa claridad blanquecina que entraba por los ventanales, y las formas de la iglesia se convirtieron en fantasmales sombras carentes de movimiento.

Me acerqué hasta la puerta principal e intenté abrirla. No pude. Un gran cerrojo en la parte exterior mantenía segura la iglesia. No quise utilizar la espada para golpear los batientes por miedo a despertar a alguien, y decidí intentarlo con la otra puerta. También estaba cerrada. Los monjes cerraban la iglesia por fuera para que los espíritus nocturnos no pudiesen escapar. ¡Estaba atrapado de nuevo! Por la mañana me encontrarían y me entregarían sin oposición, pagaría con mi cuerpo el engaño que les había infligido. Tanto sufrimiento no habría servido de nada. Loco de ira, levanté la espada y golpeé el gran sepulcro que coronaba la nave. Lancé mis últimas fuerzas contra la roca ornamentada que lo cubría. Ya no me importaba que el estruendo despertara a los monjes, los primeros que tuviesen la desgracia de bajar acabarían como la urna, rajados por la espada del muerto al que en breve volvería a visitar, pero en el Infierno. Golpeé varias veces, con todas mis fuerzas, y sentí cómo la piedra se deshacía en pequeñas esquirlas que saltaban con cada envite. Seguí atacando como un demente, quizás incluso con la intención de que todo aquello acabara de una maldita vez, hasta que caí al suelo víctima del cansancio, la desesperación y el pánico.

Sin embargo, no bajó nadie. Las paredes, diseñadas para que los ecos de las plegarías alcanzaran cualquier resquicio de la iglesia, no dejaron escapar ni un solo sonido al exterior. La luz de la luna que entraba por el ventanal principal iluminaba con clemencia el desastre que había causado en la tumba, pero no vino nadie. Cuando recuperé un poco de aliento, me levanté, y comprendí que si nadie había acudido ante aquel estruendo, podría emprenderla sin miedo con la puerta y salir de allí. Me sentí mal por haber atacado aquel sepulcro y me acerqué para pedir perdón a un sueño infinito que jamás debí perturbar. Entonces lo vi.

Los golpes habían dejado al descubierto un hueco en la mampostería adornada. Impulsado por el Diablo, metí la mano y saqué una bolsa de cuero atada con una cinta. Me la metí en el interior de la camisa y me fui hasta la puerta principal. Con la daga, comencé a hurgar entre el hierro de la cerradura y la madera hasta que conseguí desprenderla y abrir. ¡Lo había conseguido!

Nadie me vio salir de la abadía. Caminé escondiéndome, armado con la espada y la daga, que todavía conservo, el resto de la noche. Al salir el sol, esperé acurrucado en el margen de un camino con mis hierros prestos para defenderme, pero la fortuna me sonrió con un destacamento de soldados que iban de patrulla, y me uní a ellos. Al llegar a Reus, expliqué el ataque que habíamos sufrido y una parte de mi aventura. El capitán ordenó los ajusticiamientos arbitrarios de rutina y yo me reincorporé a mi amada División Lechi. Jamás hasta hoy expliqué a nadie lo que ocurrió aquella noche en la iglesia, ni mucho menos, lo que encontré en la tumba de quien, después supe,

fue un gran rey incluso en las tierras de mis antepasados.

Todavía en el momento de escribir estas líneas, no comprendo por qué me sentí atraído al agujero que hice en los adornos de la tumba del rey, pero la realidad fue que en mis manos cayeron unos escritos que me cambiaron la vida desde el mismo instante en que los leí. Tardé varios días en encontrar un momento de paz para hacerlo. Fue en la Iglesia Prioral de San Pere, a la que acudí con un permiso como muchos de mis compañeros, que lo hacían para poner en paz su alma con Dios antes de salir de patrulla, o antes de enfrentarse al ejército que con la ayuda inglesa se formaba en las tierras catalanas. Me senté en uno de los bancos traseros y abrí por primera vez la bolsa de cuero que había robado de la tumba.

Mis nociones de latín, aprendidas del tutor con quien me dejó mi padre antes de morir en la guillotina, fueron insuficientes para entender el primer escrito, datado por un romano en el siglo I. Sin embargo, la carta enviada por un caballero templario al abad de Claraval, escrita en francés antiguo, me iluminó para llegar al final de mis días con la obsesión de encontrar a aquellos hermanos de blanco poseedores de secretos y milagros vetados al resto de los hombres.

Muchas fueron las veces que temí por los escritos, pues ni una sola de las tantas misiones en que participé me desprendí de ellos, y siempre tuve el miedo de caer herido, o muerto, con los rollos atados a mi torso. Nunca ocurrió y a finales del año 1814, cuando las últimas unidades del ejército francés cruzábamos la frontera de los Pirineos, rendidos, diezmados, hambrientos, asustados y odiados por toda una nación en la que habíamos violado y asesinado a más seres humanos de los que mi humilde memoria pueda recordar, fuimos requeridos para formar parte de la última gran misión del emperador, la que debatía su futuro en las lejanas tierras de la vasta Rusia.

El lugar de alistamiento para los supervivientes de la guerra ibérica fue Carcassone, a donde llegamos tras duras jornadas de caminatas interminables y allí, sin ni siquiera cambiar de uniforme ni armamento, se nos aguardaba para luchar en el frente ruso, que se deshacía como un bloque de hielo al sol. Mientras esperaba bajo el puente medieval mi nueva asignación, llegó hasta mis oídos la noticia de que se armaba una nueva legión para defender las últimas posiciones francesas en Egipto. No dudé ni un momento y me ofrecí como voluntario.

Llegué a la ciudad de El Cairo en el verano del año 1815, coincidiendo con la retirada de nuestras tropas, vencidas por los infieles y los malditos ingleses. Rendidos antes de comenzar, y el sueño del Imperio acabado. No tuve más opción y deserté. Sentí que si perdía aquella oportunidad, no tendría ocasión en mi pobre vida de llegar hasta esas tierras de nuevo, y desde allí hasta las que relataba el caballero templario en su escrito, que me sabía de memoria, apenas distaban unos meses de camino, así que me deshice de mis ropajes de soldado y me convertí en un peregrino más en busca de la salvación del alma en la ciudad santa de Jerusalén.

Aquellos escritos, y la túnica roída con que sustituí mi antiguo uniforme, me hicieron libre de la capacidad de matar. Cambié el fusil por un cayado y las polainas por unas sandalias que me destrozaron los pies y me abrieron el alma.

Me crucé con familias enteras, algunas que habían comenzado el camino huyendo de las tropas francesas, y que explicaban para mi vergüenza las barbaridades cometidas en sus pueblos. Vi de cerca algo olvidado, o quizá desconocido en mi vida, el amor por los demás, vi gentes que no poseían más que una bota de piel rellena por cientos de veces de agua prestarla a los sedientos, y utilizar sus ropas como vendajes para aquellos a quienes el camino les había causado heridas. Con poco menos de treinta años, los vi amar a lo que llamaban Dios y que veían en cada resquicio de vida con el que se topaban. Recordé muchas veces el olor a menta de los vendajes con que me curaron aquellos monjes de blanco, aun a pesar de ser un invasor y enemigo de su tierra, y no pude dejar de imaginar ni un solo día cómo serían aquellos hermanos de los escritos que cada noche releía en secreto a la luz de cualquier antorcha.

La llegada a Jerusalén fue uno de esos momentos que la vida reserva para grabar con fuego en las páginas de nuestra historia. La cúpula dorada de la Mezquita de la Roca nos guió en los últimos pasos como un faro para los corazones que buscaban en esa ciudad la medicina de sus almas. Entramos por la puerta llamada 'de Damasco'. Una abertura en el muro que circundaba una gran parte de la ciudad, más propia de un castillo medieval que de una urbe, con pequeñas almenas que hacían las veces de garitas de vigía y que me recordaron a las de Carcassone. Ya en el interior de Jerusalén, vi esa estructura repetirse en diversos lugares, mezclada con pequeñas casas mudéjares y covachas frente a las que permanecían sentados hombres vestidos con largas túnicas hasta los pies. El ruido era ensordecedor, tanto que me recordó a la única vez en mi vida que atravesé París. Cientos de personas ocupaban sus estrechas callejuelas, tomadas por rebaños de ovejas, cabras y camellos, que arrodillaban en cualquier rincón para exponer las mercancías cargadas en sus jorobados lomos. La ropa extendida en los ventanucos coloreaba los aromas que se mezclaban con las decenas de lenguas que inundaban las callejas, como si en aquel lugar hubiese un habitante de cada parte del mundo.

Nos alojamos en una antigua hospedería que había sido cuartel de los Caballeros del Temple, y de los que no quedaban más que unas cruces mal grabadas en el atrio de la puerta. Visitamos el monte Moria y los restos del sagrado Templo de Salomón, destruido por dos veces y nunca reconstruido de nuevo. La cúpula dorada de la gran mezquita dominaba como una estrella toda la ciudad, y su brillo se colaba por las ventanas de la hospedería sin más protección que unas cortinas raídas, cuyo color habían perdido muchos años atrás.

Nunca tuve una formación religiosa más allá de mis propios sentimientos y de las

enseñanzas de mi matrona, pues el tutor que me instruyó hasta los doce años nunca me habló de ello. Sin embargo, en esos días de camino, y sobre todo desde la llegada a la Ciudad Santa, fui imbuido de mágicas historias sobre aquel a quien llamaban 'el Mesías' y por el que comenzaba a sentir un extraño sentimiento de respeto y admiración.

Esos conocimientos de esperanza y renacimiento recién adquiridos, sin tener una conexión evidente con el fin de mi viaje, me hicieron valorar con más profundidad los escritos rescatados de la tumba del rey, y me animaron a emprender el último tramo de mi expedición. La epístola del caballero de Montbard hablaba de una ciudad llamada 'En Gedí, que, para mi alborozo interior, todavía existía. Cuando por fin abandoné Jerusalén, no me costó llegar hasta ella. La ciudad resultó ser un maravilloso oasis a pocas jornadas de la Ciudad Santa. Viví un tiempo bajo las palmeras del lugar, degustando platos de cordero asado con tortas de harina y aceitunas, y sintiendo la emoción del que se sabe a escasa distancia de su hogar y decide ralentizar el paso para no perder detalle del placer de los últimos momentos de soledad.

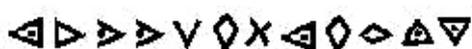
Debido a mi poco conocimiento del latín, me dejé guiar por los escritos del caballero André de Montbard, que tan solo apuntaba su partida desde 'En Gedí en dirección a Jericó. Entre ambos lugares debía estar la morada de los esenios. A veces me parecía oírlos en sus cánticos que imaginaba como los que había escuchado en Santes Creus. Hombres de corazón puro como aquellos, armados con un hábito blanco y la fuerza de la comunidad, pero la realidad fue muy diferente. Vagué varios días sin rumbo por las tierras áridas de Israel sin encontrar ni rastro de esa comunidad. Poco a poco, perdí el miedo a ser descubierto y pregunté a los lugareños por ellos, pero no comprendían mi lengua ni yo la suya, así que me fue imposible hallar razón alguna. El ánimo, hasta entonces halagüeño por la concatenación de sucesos que me acercaban a mi meta, se desvaneció como el calor de aquellas piedras al caer la noche. Permanecí por espacio de veintiocho días sin tomar más alimento que agua y tortas que mendigaba en las cabañas que encontraba. Me sentaba al caer la noche en las afueras de cualquier pequeña aldea y miraba el cielo, cada vez más convencido de mi fracaso. ¿Qué había pretendido con aquel viaje sin razón? ¿Qué buscaba en realidad, vivir entre hombres y mujeres que jamás me habrían aceptado? Si ni un valeroso caballero templario, monje y guerrero, educado para servir a Dios había sido aceptado, ¿qué me había impulsado a crearme más digno que él? ¿Ser un hombre moderno, hijo de la revolución? Cuán estúpido había sido y cuán prepotente. Veía en mi interior el mismo afán que había llevado al emperador a arrancar la corona de las manos del Papa para colocársela él mismo. Otras noches permanecía simplemente en silencio, mezclándome con el crepitar silencioso de las estrellas, y entraba en lugares de mi alma de cuya existencia jamás había sabido. La túnica

holgaba cada vez más en mi cuerpo, y mi rostro se arrugaba por las largas horas expuesto al sol en un caminar tras la utopía de mi vida.

Pensé muchas otras veces en lastimarme y permanecer al amparo de la Providencia que había salvado al caballero, pero en unas ocasiones por falta de valor, y en otras por el convencimiento de que no habría servido de nada, no lo hice.

Un día, llegué hasta una nueva aldea desconocida e hice lo que ya se había convertido en una rutina, comí de la generosidad de sus habitantes y esperé el caer de la noche sobre mi cuerpo desnutrido. Pero esa noche sentí un peso en el corazón tan enorme que me postró sin respiración y me tuvo preso de un llanto que duró horas. Al amanecer, un grupo de chiquillos me pinchaba con palos para saber si todavía estaba vivo y comprendí que no. Esa noche había muerto el hombre que había sido hasta entonces y me sentí poseedor de una liviandad desconocida. Me levanté entre las risas de los niños, que se burlaban de mi deplorable aspecto, y comencé a caminar. Uno de ellos, en lugar de continuar los juegos con sus amigos, me siguió. Intenté varias veces espantarlo, obligarlo a volver a su aldea, con sus padres, pero el niño, desgreñado y con una nariz más grande que sus ojos de color miel, se limitaba a sonreír y seguirme unos pasos atrás, hasta que se atrevió y me cogió de la mano. Lo dejé, creí quizá que ese pequeño hombre andaba tan perdido como yo mismo. El niño, que no había hablado hasta el momento, sonrió y dijo algo que no comprendí, y entonces comenzó a guiarme por un sendero que se dirigía a una loma no muy lejana. Los dos caminamos en silencio, de la mano, hasta el final de la loma, y continuamos descendiendo un barranco de piedras puntiagudas y desprendidas que a punto estuvieron de hacernos dar con nuestros huesos al fondo del barranco. Nos sorprendió la noche y dormimos dándonos un calor que la vida parecía habernos negado a ambos, o por lo menos así lo sentí yo.

Al despertar, me encontré solo. Me levanté y comencé a buscar a mi pequeño amigo, pero había desaparecido y en su lugar hallé unas cuevas en la pared del otro lado del barranco. Sentí una emoción inmensa que me colmó de esperanza. Desaté los escritos de mi cuello y releí una vez más la descripción del lugar que había hecho el caballero, y entonces supe que estaba frente a las cuevas de los hermanos. Comencé a caminar hacia ellas y entré en tantas como pude, pero no encontré a nadie. Estuve en el lugar por espacio de varios días en los que no hallé rastro alguno de ser vivo, aunque sentía la certeza de que aquellos agujeros habían estado habitados alguna vez. Cuando comprendí que allí no encontraría a nadie y el hambre se hizo insoportable, decidí marchar. Quise permanecer una noche más al amparo de aquellas cuevas y fue en la última de ellas donde hallé, grabados con algún utensilio metálico, quizás un cuchillo, unos signos en la pared de la entrada.



Sentí que aquellos signos eran la clave para continuar con la búsqueda de los hermanos de blanco y regresé a París, a una ciudad devastada por la escasez y la miseria de la posguerra, y con más hambre, piojos y ratas que habitantes. Busqué en la Sorbona y recorrí en aquellos lejanos años, que me colmaron de alegrías, muchas ciudades tras la ayuda de sabios y estudiosos que no consiguieron jamás descifrar aquellos maravillosos signos. No fue hasta al cabo de los años que comprendí el gran regalo que aquellos hermanos me habían hecho sin ni siquiera prestarse a aparecer. Me habían regalado la vida. El hombre que murió en la aridez del desierto judío vio nacer al hombre que he sido hasta hoy, un hombre finito, ignorante sabedor de todo lo que desconoce, que ha viajado por las urbes europeas con el único afán de saber y comprender no solo qué decían aquellos misteriosos rasguños en la roca de la cueva, sino quién era yo y por qué caminaba sin cesar. Comprendí entonces que la búsqueda siempre fue mejor que el hallazgo y que hoy, con mis huesos cansados por tanto andar, mis ojos siguen buscando la mirada experimentada del anciano y la sabiduría de la inocencia de un infante. Renuncié a un amor para vivir cientos, aprendí lenguas extrañas, entre ellas latín, y comprendí las dos maneras de vivir, con angustia o esperanza, de la que siempre me acompañé. Comprendí que el mundo se rehacía de sí mismo como el Fénix de las leyendas y que todos, absolutamente todos, siempre son poseedores de razón. Aprendí a desconfiar de los dueños de la verdad y me acerqué con emoción a los que me explicaban que todo era posible. Leí sin tregua y me aparté de aquellos libros con la verdad impresa ya en su primera página. Nunca abandoné la lectura de los escritos, que llegué a comprender y recordar mucho mejor que si yo mismo los hubiese redactado, y me esforcé, desde el día que abandoné las cuevas, en parecerme lo más posible a aquellos seres quiméricos que mi imaginación representó en mil rostros diferentes.

Una idea se fue fraguando en mi mente durante aquellos años, hasta que un día sentí que había llegado el momento de llevarla a cabo. Nunca volví a las tierras de Israel, porque las supe yermas de mi búsqueda, pero sí volví a donde todo se inició. Sabía que no podía morir sin devolver a la tumba del rey lo que un día robé, y de lo que no solo no me he arrepentido jamás, sino que he dado gracias cada amanecer de haberlo hecho. Debía regresar al Monasterio de Santes Creus para devolver los escritos que guardaba en un cofre de madera comprado años atrás a un mercader en la hermosa Venecia. No sabía muy bien cómo lo haría, y me pregunté en muchas ocasiones si debería entregarlos al abad para que este los restaurase al monarca, o intentar hacerlo yo.

Llegué a Santes Creus cuarenta años después de aquella lejana noche, pero mi vista reconoció cada rincón del camino, cada recodo que me hizo volver a una juventud perdida y añorada, en la que una loma solo suponía una carrera que ahora mis viejas piernas eran incapaces de acometer. Paseé por la ciudad de Reus, en donde

una lejana madrugada maté hombres como yo, obedeciendo unas órdenes que ya no alcanzaba a comprender. Y dormí en sus calles, como un peregrino al que las gentes del lugar alimentaron sin saber nunca que yo asesiné a sus padres y vecinos. Tuve mucho tiempo para arrepentirme y perdonarme por lo que hice, pero al volver a caminar por aquellas calles, el sentimiento de culpa me atrapó y supe que solo devolviendo los escritos conseguiría acallar los gritos de mi conciencia. Una de las mañanas que visité el monasterio con la intención de hallar el modo de reparar la vieja herida, además de comprobar que la tumba del rey había sido restaurada sin dejar rastro, me encontré con cuatro hombres que llamaron mi atención. Al principio, los saludé como al resto de las personas que se cruzaron esos años en mi camino, pero más tarde los volví a encontrar en Reus y todavía un par de veces más cerca de Santes Creus, hasta que se atrevieron a abordarme con una pregunta que siempre temí.

Eran cuatro, de edades disparejas, pero de mirada hermana. Amenazantes, escrutaron en mi vida más allá de lo que cualquier curiosidad humana se atreve sin un motivo oculto, hasta que uno de ellos, el que me pareció mayor, me preguntó directamente por qué iba al monasterio y qué buscaba allí. Al principio, pensé que pudiesen ser guardianes de su patrimonio, pero después comprendí que no lo eran y les temí. Dejé de acudir a la Abadía de Santes Creus, mas ellos no dejaron de seguirme y, en otra ocasión, frente a la misma Fuente de Neptuno en que dormí aquella noche infame de 1809, me preguntaron si sabía algo de unos escritos a los que ellos les seguían la pista, perdida entonces, hasta la tumba del viejo rey. Intenté con toda mi alma que mi mirada no me delatara, y no sé si lo conseguí, pero a sus preguntas las sentí acompañadas de una amenaza velada y evidente. Nunca supe cómo dieron conmigo, quizás algún monje me reconoció después de tantos años y los puso tras mi pista. Ni tampoco temí por mi vida, ya largamente saciada, sino por el dolor de que los escritos cayeran en sus manos. Esa misma noche, decidí entrar en el monasterio y esconder los textos antiguos, a los que añadí estos con la esperanza de que la misma Providencia que a mí me los entregó tuviese la generosidad de hacerlo con algún otro. En las visitas previas a la iglesia abacial, ya había decidido dónde y cómo lo haría. Ojalá el tiempo sea benévolo y me permita cerrar el círculo.

Debo, antes de finalizar estas líneas, advertir que no he revelado mi nombre para proteger, no mi memoria, sino la de los escritos, indignos de haber caído en mis manos.

Soy todavía desconocedor de cómo podré cerrar la herida, pero sé que debo hacerlo porque mi tiempo se ha acabado.

En Reus, a 28 de febrero del año de 1849".

## Capítulo

**M**arco Santasusanna recibió la llamada que esperaba. Todavía era muy temprano, apenas el sol comenzaba a despuntar por encima del monte Igueldo cuando sonó su teléfono en el apartamento de Mateo Montalbán. No se habían movido de él desde la lectura descorazonadora del Códice de Vitelio. Juan de la Vega era el único ausente, había salido a correr por la magnífica playa de la Concha, que a esas horas mostraba sus largos kilómetros de arena por donde los donostiarras paseaban, corrían, hacían gimnasia o se recogían de alguna noche de amor húmeda y fría. Montalbán miró a Santasusanna mientras este contestaba la llamada.

—Eran del laboratorio —le aclaró el italiano.

—¿Qué han dicho? —el acerero no podía disimular la ansiedad por las noticias.

—Han encontrado algo más —suspiró Santasusanna—. Una especie de imagen invisible a primera vista. Al parecer, el señor Cayo Plinio la ocultó mediante una tinta visible solo al calor o a los rayos ultravioletas.

—¡Lo sabía! ¡Bravo! —gritó Montalbán y se abrazó a su socio con la sensación de que la carrera, parada hasta entonces, continuaba.

—¿Qué coño hacéis? —preguntó Joswiack desde el umbral de la sala. Su cuerpo, cubierto apenas por una toalla atada a la cintura, todavía exhalaba el vapor de una ducha regeneradora.

—El laboratorio ha encontrado un nuevo mensaje —aclaró Mateo Montalbán.

—¿Hago traer a la mujer? —preguntó de nuevo Lucas Joswiack con una sonrisa que dejó al descubierto sus afilados dientes.

—No todavía. Esperaremos a De la Vega y leeremos juntos el mensaje. Mejor vístete.

Al cabo de unos minutos, entró el californiano empapado en sudor. Le hicieron partícipe de la noticia y corrió a ducharse. Cuando apareció con un suéter deportivo y unos pantalones de algodón, todavía con el cabello húmedo, Marco Santasusanna abrió el correo e imprimió lo que los laboratorios de Lunna Co. habían descubierto. El correo adjuntaba tres pesadas imágenes con trazados escritos con tinta invisible y que el rastreo del lector ultravioleta había dejado a la vista. Las imágenes estaban cortadas y en negativo, como trozos del carrete de una vieja cámara.

Marco Santasusanna miraba la pantalla mientras sus socios se agolpaban tras él. Junto a las imágenes había un texto explicativo de cómo hacerlas encajar para que formaran entre las tres una copia fidedigna del documento escaneado. Con la ayuda de un programa de edición de imágenes, las fue girando hasta colocarlas en el orden

correcto según las indicaciones que los técnicos de Lunna Co. le habían facilitado.

Cuando lo creyó listo, volteó la imagen de forma horizontal, como si hubiese colocado un espejo virtual frente a ella, y en la pantalla del ordenador apareció un texto difuso, borroso, mezclado con la textura del pergamino, pero casi entendible para sus conocimientos de latín, mejores por su procedencia que los de sus socios.

Lo imprimió y comenzó a leerlo despacio. Primero solo para él, con la intención de realizar una transcripción comprensible, y después en voz alta para que sus compañeros participasen de las deducciones que había extraído. Cuando por fin convinieron en que el resultado que tenían, ahora en un documento de texto con letra Arial, era el definitivo, imprimió cuatro copias.

Habían necesitado todo un día para descifrar el secreto del código, una nimiedad comparada con los setecientos años que llevaban tras él.

Fue de nuevo Mateo Montalbán el encargado de leer el documento, aunque esta vez decidieron por unanimidad dejar el protocolo para cuando tuvieran la seguridad de estar sobre la pista correcta, y definitiva. Leyó en voz alta para todos mientras traducía directamente del latín:

Un ser de luz blanca y sabiduría propia del más avezado filósofo, aunque vistiera ropas de esclava, había sido rescatado de la ciudad de Secacah por el veterano Vitelio. Una mujer sabia, instruida en los conocimientos de los sabios, entre ellos Homero, el maestro Zenón de Elea, y de una ley que parecía cumplir como si la vida le fuera en ello. Con ella compartí varias de mis tardes en Pompeya. En la trastienda del comercio de ánforas me explicó de su vida en el desierto con los esenios, y cómo se había marchado tras la revelación de un profeta que aventuraba el fin inminente y un castigo perpetuo para todo aquel que no hubiese aceptado la Ley y hecho acto sincero de arrepentimiento. Me explicó también que un nuevo maestro, el mayor que conociese en vida, revelaba una idea diferente de esperanza y bienaventuranza, en la que no era importante el estudio de la Ley, sino el seguimiento de sus enseñanzas. Me participó que este había vencido la esclavitud de la materia y otros prodigios que jamás creí. Aun sin ser ella ni sus palabras poseedoras de la estupidez con que otros profetizan historias semejantes por las calles de Roma, la creí víctima de la ignorancia y la superstición histórica judía. Ni siquiera su corta edad permitía la certeza de tales afirmaciones. A cambio, le mostré mis investigaciones en zoología y botánica, y juntos las transmitimos a sus dos alumnas. Mariam era la tutora de las dos hijas del comerciante de ánforas y las educaba con extrema pulcritud. Seguía los escritos de los sabios de la modernidad, entre los que tuve el privilegio de ser incluido. Pasaron varias jornadas de conocimiento y acercamiento mutuos que me hicieron conocer a la judía y apreciar su sabiduría, aunque jamás llegué a compartir sus historias fantásticas sobre sus profetas.

Una tarde, mientras conversaba con Mariam, la ciudad de Pompeya se abrió. La

tierra se agitó, las casas se desplomaron y el Vesubio se incendió como una tea empapada en aceite. El terror empujó a los ciudadanos a la calle, asustados; también yo, que caí al suelo y me golpeé en la cabeza, salí para ver cuál era la causa del suceso. La ira de la tierra había hecho caer en pedazos varias casas, entre ellas el interior de la casa de ánforas, destrozando sus hermosas paredes y aplastando con una de ellas a las dos niñas que instruía Mariam. Su dueño, Vitelio el veterano, lloró la muerte de sus hijas. Mi escolta esperaba una orden para devolverme a mi morada de Misenum donde me aguardaban mi familia y mi sobrino recién llegado de Roma, pero preferí quedarme para compartir la tristeza de aquellas gentes y ofrecer mi inútil ayuda. Cuando los restos de la casa fueron limpiados y los cuerpos de las niñas rescatados de los escombros, ocurrió algo tan increíble para un científico como yo, que me ha obligado a esconder este relato incluso de mis propios pensamientos, y anotarlos para que la memoria racional no borre lo que mis ojos vieron. La judía pidió que la dejaran con las dos pequeñas, y entonces desenredó algo en sus manos y devolvió la vida a los cuerpos inertes de sus alumnas, ante el alborozo y el miedo de sus padres, que presenciaron absortos la escena. Ninguno de nosotros llegó a ver qué desenredó, pero en ese momento creí todas las historias de ese a quien llamaba Yeixú y que de alguna forma la había hecho heredera de su magia. La noche se abatió sobre la ciudad, y mi escolta marchó a Misenum con la familia del comerciante de ánforas, mientras yo busqué a Mariam hasta que entró la madrugada. Es ahora, mientras escribo en los primeros albores del día, que me alegro de haberlo hecho, porque ya la mente empieza a cuestionar lo que vi.

Mateo Montalbán concluyó el relato.

—Esta es la prueba que estábamos buscando —intervino Juan de la Vega, que fue el primero en romper el silencio de la sala.

—Las revelaciones del papa Urbano II son ciertas —murmuró Montalbán, que todavía no daba crédito a lo que él mismo acababa de traducir—. Esto lo cambia todo, los Evangelios, la historia que se transmitió, todo...

—¿Es que alguna vez lo habías puesto en duda? —lo increpó De la Vega.

—No, es solo que esto se escribió hace dos mil años y, como el mismo romano dice, no me hago a la idea de que pudiese ser real.

—Pues lo es, joder, ya lo has visto, aunque no dice ni una palabra de dónde está ni qué se hizo con la tal Mariam —intervino Lucas Joswiack.

—Lucas tiene razón —contestó Montalbán—, estamos tan perdidos como al principio.

—Señores, calma. Tenemos la prueba, la gran prueba que hemos buscado durante todo este tiempo, la constatación de que la resurrección de la carne es posible. Si la esenia estaba viva el 24 de agosto del año 79 y había conocido al Bautista, e incluso a Jesús, debería tener por lo menos cien años, y como bien dice, la esclava no era

entonces una anciana, «*ni siquiera su corta edad permitía la certeza de tales afirmaciones*» —releyó Marco Santasusanna—. También conocemos por los descubrimientos de los rollos Q del Mar Muerto que los romanos arrasaron la ciudad y no dejaron supervivientes, por lo que podemos tener la constancia de que Mariam sobrevivió a ese ataque. Asimismo, que resucitó a dos cuerpos, sin duda por el regalo que Jesús le hizo y que debemos encontrar —las voces de los otros tres hombres hicieron coro para constatar el razonamiento del italiano, que continuó—. Sabemos además que alguien ha protegido el emplazamiento de ese regalo hasta nuestros días y que lo ha mantenido en secreto, y esa persona solo puede ser una.

—¡La condesa! —gritó Montalbán.

—Así lo creo yo, y también creo que ha llegado el momento de que tengamos una charla amistosa con ella.

—Voy a llamar al Negro ahora mismo. Por fin alguien me hace caso —se alegró Lucas Joswiack.

Marco Santasusanna se preguntó hasta qué punto tendría conocimiento aquella mujer de lo que acababan de descubrir, pero algo en su interior le decía que el camino pasaba por ella. Y si ellos, los últimos cuatro *designati*, eran capaces de llegar hasta la esenia, obtendrían algo tan valioso que les hacía temblar solo al pensar en ello. La inmortalidad. El sueño de cualquier hombre desde el principio de los tiempos. Cuatro hombres elegidos entre todos los habitantes de la historia para ser inmortales. Ya no sería necesario el reclutamiento de nuevos sucesores para mantener esa élite de la que él formaba parte, ahora había llegado el momento de que la cadena se mantuviese intacta, de que ellos, los cuatro privilegiados, gobernarán por encima del peor enemigo del hombre, el tiempo.

Llamó al maestro y le hizo partícipe del descubrimiento. Le explicó el secreto oculto del código y motivo de su fracaso en la ceremonia. Pudo sentir en los silencios de aquel hombre la emoción que lo sobrecogía, y, para su sorpresa, les anunció que por fin el momento había llegado y que él mismo vendría a San Sebastián para interrogar a la mujer. Les advirtió que la quería encontrar viva y colgó. El silencio al otro lado del teléfono erizó todos los vellos de su cuerpo, ¡estaban a punto de conseguirlo! Miró de soslayo a sus compañeros y los tres estaban tan absortos en sus pensamientos como él mismo. Solo los ojos de Lucas Joswiack brillaban con la fuerza encendida del fuego, la mirada de un toro que lo hizo estremecer.

## Capítulo

**E**l llit de fusta negra i foradada, i els teus llençols tan nets, i l'arribar suau d'una matinada que et desperta més vell<sup>[1]</sup>. Los rayos de sol, colados a traición por la ventana huérfana de persianas, me trajeron al recuerdo una vieja canción de Joan Manuel Serrat. Qué hábil es el selector de la memoria humana, porque en verdad así me encontraba yo, errante y cada vez más viejo, pero envuelto en una aventura tan grande que me hacía estremecer. «*Omplir el pit i cantar una tonada si el fred de fora et fa tremolar*»<sup>[2]</sup>. Por mi mente pasó la canción completa, como si una vieja Jukebox la hubiese hecho sonar en el salón de mis pensamientos, y al llegar a la última estrofa no pude evitar una sonrisa que me levantó de la cama de un salto. «*Me'n vaig a peu, el camí fa pujada, i a les vores hi ha flors*»<sup>[3]</sup>, a ver si a mí también se me aparecían margaritas y violetas en los márgenes del camino, que seguro iba a ser de subida.

Habían sido demasiadas horas sin dormir desde que salimos de Barcelona, y demasiadas emociones para haber resistido tanto tiempo en vigilia, por lo que la señora Bouvier nos preparó un par de habitaciones en la planta superior y allí descansamos nuestros agotados cuerpos Mars y yo. La lectura de las confesiones del soldado francés había acabado por consumir hasta nuestro último julio de energía. Una vida extraña la de aquel hombre del que apenas me separaban dos siglos y a quien el hallazgo de los rollos le había cambiado la vida, como a mí en pleno siglo XXI. Me había convertido en el depositario de su secreto y de los secretos desvelados por su espada, en aquel a quien deseaba que la Providencia guiara como había hecho con él doscientos años atrás. Y como ocurrió entonces, el peso del descubrimiento me llevaba hasta un lugar desconocido. Ese hombre, que se consideraba moderno e ilustrado, lo había dejado todo para seguir una quimera tras la que caminaba yo ahora, una quimera que, según reconocía, le había revelado el secreto de la vida. No sabríamos nunca qué ocurrió aquella noche, ni cómo consiguió meter los escritos bajo la columna que Mars y yo reventamos, ni siquiera si lo hizo solo o alguien le ayudó, pero la verdad es que de una forma u otra tuvo la iniciativa y la inteligencia para hacerlo. Recordaba con poca precisión un sueño que la ducha había borrado, un sueño en el que un soldado francés, ataviado con un uniforme de pantalones azules, casaca roja y sombrero napoleónico forrado de plumas, tapiaba con paleta y yeso el pedestal de una columna tras la que escondía su gran secreto, mientras cuatro sombras lo esperaban en la puerta de la abadía para clavarlo en sus bayonetas. Sin embargo, y a pesar del descubrimiento, el escrito no proporcionaba mayor información de la que ya teníamos, solo que alguien estuvo allí y no encontró nada,

aparte de un grafiti arcaico en una de las paredes de las cuevas, y que no teníamos ni idea de qué significaba.

Salí del baño después de una ducha larga, tanto como agua caliente tenía el viejo calentador, hasta que un último chorro de agua helada me devolvió a la realidad. Me vestí y bajé a la cocina donde ya me esperaban las dos mujeres. Mars tenía mejor aspecto, de hecho estaba radiante. Las horas de sueño habían borrado de su rostro el miedo y la preocupación de los últimos días. Supuse que en la soledad de la noche llegó a algún tipo de pacto con ella misma para liberarse de tanta carga, quizá la esperanza de conseguir algo con que negociar. Yo también tuve que hacer un pacto conmigo mismo para no saltar de habitación y colarme de nuevo junto al cuerpo que cada vez necesitaba con más urgencia.

La blancura de su camiseta recién planchada contrastaba con la bata de flores arrugada de la señora, que parecía haber recogido el testigo de nuestro cansancio.

—Aquí está nuestra bella durmiente —me saludó *madame* Bouvier al tiempo que guiñaba un ojo pícaro a Mars—. Póngale al corriente mientras me cambio y nos vamos.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A la Biblioteca Nacional. La señora Bouvier ha estado haciendo llamadas y nos esperan.

—¿A la Biblioteca Nacional, para qué?

—¿Recuerdas el escrito del soldado francés, o estás demasiado dormido?

—Mujer, no me vendría mal un café, pero claro que me acuerdo del soldado «matacatalanes» —no supe por qué lo denominé así.

—Pues la señora Bouvier tiene una teoría sobre los signos que encontró en la cueva de Qumrán y vamos a ir hasta la biblioteca para comprobarlo. Cree que puede ser alguna especie de pista —me contestó Mars mientras me alcanzaba una taza de café que me supo a gloria.

—¿Están listos? —la señora Bouvier había cambiado su bata de flores por un vestido de la misma época, aunque algo más apropiado para salir a la calle.

—Señoras —las invité, y ambas se acogieron a mis brazos en jarra. De momento, el camino no hacía subida, a ver cuánto duraba la suerte.

Decidimos coger un taxi. Durante el camino, la señora Bouvier nos dio una pequeña clase de historia sobre la Biblioteca Nacional, de la que ambos percibimos que se sentía muy orgullosa. Había sido fundada en París en el siglo XIII por el rey Carlos V de Francia, el acérrimo enemigo de nuestro rey Pere II el Gran, si bien el grueso de su emplazamiento actual databa del año 1996, después de que el entonces presidente, François Mitterrand, anunciase la construcción de una de las más grandes y modernas bibliotecas del mundo. La señora Bouvier exhalaba orgullo en cada una de sus palabras. También nos explicó que el proyecto arquitectónico que albergaba la

flamante biblioteca simbolizaba cuatro libros abiertos formados por torres de vidrio y acero de ochenta metros de altura cada una, situadas en la ribera izquierda del río Sena, en el nuevo barrio de Tolbiac, para conmemorar que la antigua biblioteca había estado en el viejo barrio del mismo nombre.

Después del traslado masivo a los nuevos edificios, la antigua biblioteca de la Rue de Richelieu quedó como sede exclusiva para la consulta y archivo de los viejos códices y manuscritos, y allí era a donde nos dirigíamos. Miré por la ventanilla del taxi el transcurrir de los edificios de la capital francesa y leí distraído en una de sus perfectas esquinas el nombre de la avenida, la Rue des Petits Champs; después me volví hacia Mars, y ella me sonrió. La Sede Richelieu de la BnF, como se conocía popularmente a la Biblioteca Nacional de Francia, era un edificio que ocupaba toda una manzana. El taxi giró por la Rue Vivienne y se detuvo en la esquina.

La señora Bouvier fue la primera en atravesar los enormes portales de vidrio.

—Este es el Salón Luis XV, y allí queda el Museo de Monedas. Por aquí —nos indicó.

Mars y yo nos miramos, sin duda no era la primera vez que *madame* entraba en aquel edificio. La seguimos por unos prolongados pasillos a los que se abrían salas, escaleras que subían y bajaban, y enormes puertas que ella pasaba de largo, caminando poseída por una energía mágica que seguro recogía de los millares de libros allí almacenados.

—Tras esta puerta se encuentra la Sala Oval, uno de los lugares más importantes del mundo —sus palabras temblaron de emoción—. Vamos —y empujó con fuerza una puerta de doble batiente de madera y cristal.

Entramos en una sala de dimensiones espectaculares y, como nos acababa de anticipar, de diseño oval. Una gran cúpula a unos ocho o nueve metros de altura, rodeada de pequeños rosetones por los que se colaba una luz violácea, coronaba el techo de la sala, sustentada en juegos de columnas dobles unidas por arcos de medio punto. En el centro de la estancia se abrían docenas de mesas alargadas con lámparas de lectura y monitores Macintosh. Sin embargo, lo más impresionante de la Sala Oval no eran las mesas de lectura, ni la gran cúpula que recordaba el sepulcro del emperador Bonaparte, ni siquiera la belleza de sus rosetones: la riqueza de aquella sala estaba en sus paredes. Organizadas en cuatro plantas de altura, se alzaban estanterías que forraban las paredes hasta casi el techo de la sala. Cientos de miles de libros mostraban orgullosos sus lomos en aquel despliegue brutal de conocimiento. Por un momento, olvidé qué había ido a hacer allí y me planté en el centro de la sala, ante la mirada curiosa de las poco más de treinta personas que allí se encontraban, y comencé a girar en redondo, paseando mi vista sobre aquellas paredes que me sobrecogieron. Nunca antes había visto algo parecido, jamás creí que una sala así existiese más allá de la imaginación de un guionista de películas infantiles. La señora

Bouvier me sonrió, segura de que aquella visión no podía dejar inmune a nadie. Mars había sido más prudente que yo y miraba absorta las paredes forradas de la historia humana, de la inteligencia del hombre, con la boca abierta desde la misma entrada por la que habíamos accedido. Fue una mujer algo más joven que *madame* Bouvier la que rompió el embrujo.

—Madame, bienvenue à la maison —saludó a la señora.

—Bonjour, Cathaline.

Y las dos mujeres se dieron un abrazo y un par de besos sin llegar a rozar sus labios en la mejilla ajena. Después, *madame* Bouvier nos pidió que la esperáramos en una de las mesas y permaneció un rato con la señora Cathaline.

—Es una antigua compañera. Yo trabajé aquí muchos años —nos confesó cuando volvió—, y cada vez que vuelvo siento que la vieja que ha absorbido a mi persona desaparece, pero bueno, eso es algo que a ustedes no les interesa. Nuestra visita aquí no es para resucitar viejos fantasmas, o por lo menos no los de una anciana amante de los libros. ¿Recuerdan el escrito del soldado de Bonaparte?

—Sí, el que fue a Qumrán y no encontró nada —confirmé. Mars también asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien, desde que usted me pasó las imágenes de los rollos, he estado pensando dónde había visto símbolos parecidos. Busqué en mi pequeña biblioteca textos arameos, sánscritos, griegos, hebreos, incluso árabes, pero esos signos no se corresponden a ningún alfabeto conocido, son, por decirlo de alguna forma, ocultos. Después de dar muchas vueltas, me vino a la cabeza el final del escrito del caballero de Montbard, y eso me llevó de nuevo a los templarios.

—Siga, por favor —la animó Mars.

—Como ya saben, los Caballeros del Temple fueron grandes maestros de la iconografía oculta, simbología vital para ellos y que debía permanecer en secreto para el resto de la humanidad. Todas sus iglesias, sus escritos, sus propiedades, su legado completo está lleno de misterio y de significados escondidos que solo pueden ser descubiertos si se poseen los conocimientos necesarios. Le he pedido a *madame* Cathaline que me busque un antiguo documento que creo recordar de mi estancia entre estas paredes. Los templarios, además de sus iglesias y de otros secretos, tenían documentos que no debían ser legibles para nadie aparte de los elegidos. Siguiendo con esa teoría, parece que idearon un alfabeto secreto solo conocido por algunos altos cargos, y que permaneció oculto incluso para el resto de los hermanos de la orden. Ese alfabeto no fue conocido hasta mediados del siglo XIX y se descubrió en manos de los masones, lo que siempre ha hecho dudar de su autenticidad, pero si el caballero de Montbard lo transmitió a Mariam, un ser en el que reconoció la divinidad aunque no hubiese hecho votos, estaríamos hablando de que todas las teorías sobre el alfabeto secreto templario serían ciertas.

—¿Un alfabeto templario? —pregunté.

—Eso creo, sí, pero pronto saldremos de dudas, ahí está *madame* Cathaline.

La bibliotecaria se acercó hasta la mesa y extendió un viejo volumen con tapas de cuero grueso y ajado. También entregó a la señora Bouvier otro libro más moderno, unos guantes de látex y unas pinzas de palas forradas en tela. *Madame* le dio las gracias y se enfundó los guantes, agarró las pinzas y comenzó a pasar hojas de color amarillento. Yo nunca había visto un códice antiguo tan de cerca, sin contar con los rollos de Santes Creus que no tuve tiempo de examinar, y me sorprendió. Las letras, que la señora parecía leer sin dificultad, no eran «normales», de hecho ni siquiera me parecieron letras. Eran trazos cortísimos, hormigueantes, tan apretados que no se distinguían los espacios entre las palabras, ni mucho menos entre los párrafos. Era como si alguien hubiese agarrado una pluma conectada a un barril de tinta y no la hubiese levantado hasta haberlo agotado por completo.

—¡Aquí está, miren!

Me pareció entrever entre aquella amalgama de garabatos una especie de triángulos y signos geométricos encuadrados en una parrilla.

—Vean, este es el alfabeto templario —sin darnos tregua, abrió el otro libro que la bibliotecaria le había dejado y buscó algo que leyó en voz alta—. El alfabeto templario fue creado a partir de la cruz patada que los distinguía, la Cruz de Ocho Beatitudes, o «de ocho puntas» como se conoció vulgarmente. Todo su alfabeto secreto estaba representado según ángulos y puntos determinados por esta cruz y que solo podían ser leídos mediante la superposición de un medallón que portaban los Grandes Maestros de la orden.

—¿Con ese alfabeto podremos traducir los signos?

—Si es cierto, sí.

—¿Y el medallón? —pregunté.

—Según este libro, las letras que muestran ya están filtradas por el medallón.

La señora Bouvier se sacó del bolsillo una copia impresa con los signos que el soldado francés había transcrito en su relato, y la colocó junto al libro. Cogió un lápiz y comenzó a buscar entre aquellos garabatos cada uno de los símbolos. Mars y yo nos miramos ensimismados ante la facilidad de la señora para moverse en ese terreno.

—Ya lo tenemos, y creo que el alfabeto es correcto —exclamó por fin.

—¿Qué dice? —preguntó Mars.

—Algo con sentido, «*Terra Intimus*», que en latín significa «tierra adentro». Esa es la señal que dejó a las puertas de Qumrán.

—¿Y qué lectura tiene esa inscripción? —preguntó de nuevo Mars.

—Querida, eso lo deberán averiguar ustedes. Hasta aquí llegan mis conocimientos. Es probable que no sea más que una nueva pista para llegar a otra.

—Pues no fueron muy concretos —dijo Mars.

—Eso pienso yo también, «tierra adentro» puede significar muchas cosas, que se fueron al interior del país o...

—O literalmente que entraron en la tierra —me interrumpió la señora con una sonrisa.

—¿Cómo que entraron en la tierra? —preguntó Mars.

—Es una posibilidad —contestó la señora—. Pero si damos por cierto que el lugar del que habla el soldado imperial es Qumrán, está a orillas del Mar Muerto y no hay más tierra adentro donde ir porque la ciudad ya está en medio de un desierto; sin embargo, está repleta de cuevas. Debo reconocer que nunca he estado allí, pero por las informaciones que tengo de Qumrán, o de lo que queda de ella, sé que está asentada en medio de un hormiguero cavado en la tierra. Quizá se sintieron amenazados, o con la expansión demográfica a su alrededor fueron cavando cuevas para hacerlas más profundas, quién sabe.

—Pues pienso que no hemos avanzado mucho —dijo Mars.

—Mars, ¡claro que hemos avanzado! —estaba emocionado, y proseguí—, lo que dice la señora está cargado de lógica. Lo más normal es que hiciesen cuevas más profundas para esconderse, y quizás hayan ido dejando tras ellos otras pruebas de sus movimientos. Solo hay que ir allí y seguirlos.

—¡Bravo, jovencito! Así lo creo yo también —apuntó la señora Bouvier.

—Espera, ¿habláis de viajar a Qumrán? —preguntó Mars.

*Madame* y yo nos miramos.

—No hay otro camino —contesté.

—Pero Cècil, no podemos viajar, no tenemos pasaportes.

—Lo sé. Pero si hablamos con el comisario y le damos nuestra palabra o algún tipo de fianza, no sé, podría ser que nos los devolviera —pensé en solicitar la ayuda de Oriol Nomis si fuese necesario.

—Bien, pareja, creo que tenemos lo que buscábamos, ya nos podemos ir.

Antes de abandonar la biblioteca, la señora hizo un par de copias de la página del códice en el cual se encontraba la Piedra de Rosetta de los textos templarios, y nos marchamos. De regreso a Montmartre, la idea de viajar a Israel me golpeaba la cabeza con la misma fuerza que las ganas de estar a solas con Mars.

—Por favor, infórmenme de sus pasos —nos pidió la señora a la puerta de su casa.

—Lo haremos, se lo prometo. Muchas gracias por su ayuda.

—Sí, muchas gracias, sin usted no habríamos llegado hasta aquí —me secundó Mars.

—No, jovencitos, gracias a vosotros porque habéis devuelto la ilusión por la vida a una vieja olvidada para todo el mundo menos para las hermanas. Ahora tengo la oportunidad de ayudar en una búsqueda que dura demasiado tiempo, y eso le ha dado

un nuevo un sentido a mi existencia.

—Vamos, no se ponga ahora sentimental —le dije—. Además se me olvidaba, entremos un segundo.

Tenía algo que entregar a la señora y no pensaba hacerlo en medio de la calle. Ya en el interior de su maravillosa biblioteca, le entregué los originales de la carta del caballero templario y del escrito del soldado francés. Al recibir aquellos documentos forrados en papel de aluminio como si fueran un sándwich de atún y queso, creí que sus ancianas rodillas no resistirían la emoción. Por si acaso, Mars corrió a abrazarla.

—También me gustaría que tuviera esto otro —le entregué las coordenadas del emisor satélite que habíamos comprado antes de explorar Clairvaux para que nos siguiera por Internet—, así sabrá en todo momento dónde recoger nuestros cuerpos si no volvemos.

—¡Cècil! —me recriminó Mars.

—Jovencito, es usted un impertinente, pero su inteligencia y su intuición nos han llevado más lejos de lo que habíamos llegado jamás. Sin embargo, debo advertirle de algo, se adentran ustedes en la búsqueda de algo sagrado, esto no es como encontrar un reloj olvidado en una playa. Si no estoy equivocada, ustedes tienen en sus manos la manera de llegar hasta una comunidad que ha vivido más de dos mil años en paz, una comunidad de seres inmortales cuyos secretos y ambiciones desconocemos, y que pueden ser portadores no solo de toda la sabiduría humana, sino de la única prueba capaz de demostrar que la divinidad de Dios existe. No lo olviden.

Nos dio dos besos a cada uno antes de que el Citroën arrancara Montmartre abajo.

—¿Crees que el comisario nos devolverá los pasaportes? —me preguntó Mars.

—No lo sé —pero mi cabeza no podía pensar ahora en eso. Toda mi materia gris se debatía entre las palabras con que *madame* Bouvier nos había despedido, y el deseo inmediato de abrazar a aquella colombiana con nombre de planeta.

## Capítulo

**M**arie Stewart se ahogaba bajo la caperuza que aquella bestia le había colocado en la cabeza. Se sentía como un ave rapaz a punto de ser liberada para cazar una pieza ante la mirada de su amo, solo que ella era la pieza, y el amo era un ser despreciable y violento que se las había hecho pasar putas, y eso ni siquiera ella se veía capaz de perdonarlo.

En la oscuridad de su encierro, se había preguntado mil veces cuándo entraría aquel salvaje. No temía tanto al dolor físico como al terror de saber que Azul podía estar siendo maltratada. Se preguntaba qué haría Mars, la imaginaba enganchada a un teléfono veinticuatro horas tras cualquier indicio que pudiera llevarla hasta ella. Sabía que la buscaban, de eso estaba segura, pero también sabía que jamás la encontrarían en aquel agujero en el que estaba confinada.

Las maesas habían pasado por peores momentos desde que Santa Elisabeth decidió cumplir la palabra de su padre y proteger el código, y con él, el secreto de Mariam. No tenía miedo de que su lugar no fuese ocupado, ya había pasado otras veces y la hermandad tenía sus propios mecanismos para corregir una desgracia así, aunque en esos trances se hubiera perdido la mayor parte de la información. El miedo que sentía era el de la responsabilidad, el miedo a no saberse capaz de enfrentar una situación que podía dañarla, que la haría conocer sus límites.

Intentó insuflarse el valor que muchas otras antes que ella tuvieron, mujeres que renunciaron a todo para mantener el gran secreto. Un secreto para el que el mundo no estaba preparado, y, a juzgar por su desarrollo, no lo estaría jamás. A ella le había tocado vivir en la era de la banalización global. La edad en que cualquiera que hubiese dedicado su vida a un ideal se convertía de inmediato en un idiota del que la gente, que jamás se había esforzado por nada, se podía reír con toda impunidad. La reducción absoluta de la maestría a los lenguajes míseros del populacho. Por eso, el mundo no estaba preparado para conocer, para saber que la única elección del gran maestro fue una mujer. Y que no la escogió por su sexo, ni como esposa, sino por la evolución de su alma. Marie Stewart sabía que ese conocimiento se prostituiría en tertulias malsanas de televisión, ante fieles que aun frente a la mayor evidencia del mundo la negarían, y turistas seudoreligiosos que se acercarían a ella para ver qué ropas vestía y en qué posición colocaba las manos para participar de la Verdad mediante la imitación gestual. La ignominia del mundo cada vez era mayor. Desde su nacimiento, solo había escuchado voces reclamando derechos que el ser humano debe ganarse en cada acción de su vida, gentes enfermas por sus propios vicios que solicitaban justicia, como si alguien fuese el responsable de lo que ellas mismas

escogían. ¿Qué esperaban como pago a sus actos? ¿Cómo no iban a proteger a Mariam de un mundo de almas desérticas?

«La evolución no es un derecho, es un deber», le había dicho su maestra y anterior guardiana del secreto. Solo la disciplina y el respeto nos conducen hasta esa evolución, después cada una de nosotras da el salto que se ha ganado, viaja a un nuevo escenario desde el que dar otro salto evolutivo, y así por los confines de los tiempos hasta llegar a la evolución definitiva y descansar en el seno. Pero ese conocimiento tenía una doble vertiente porque la evolución no implica avance, sino esfuerzo, y el mundo se había convertido en un saco de carnes desubicadas que solo daban saltos hacia atrás, por eso cada vez era mayor la diferencia entre la evolución de los seres humanos.

Y ella tenía miedo de dar ese salto.

Había seguido en su vida todos los preceptos que su maestra le dictó, por convicción, y de igual manera había instruido a sus hermanas en ellos, a cada una según sintiera lo que debía transmitirle, si bien, y tal como le habían advertido, ningún ser humano conoce el estado de evolución de otro y solo tendría como guía a su propia intuición. A mayor conexión con lo sutil, mayor sería su acierto. Y eso había hecho lo mejor que había sabido, instruir a sus hermanas según le dictaba su corazón en cada momento. Amaba a Mars como a una hermana y como a una hija, pero sentía que todavía debía abandonar algunos cuerpos antes de ser portadora del secreto. Con Azul sabía que había errado porque no supo valorar su amor por las emociones, y esa decisión las había llevado hasta el punto en que se encontraban ahora. Pero no era su culpa, de ninguna de las dos, así era como debía pasar y así había pasado. La corriente no sirve a nadie más que a ella misma y nada se puede hacer, solo aceptar y aprender, jamás enfrentarla. Sabía sin embargo que si su fin estaba próximo, alguna de ellas sentiría la revelación y conocería. Quizá se perdería una parte del mensaje y serían necesarias varias generaciones hasta llegar a comprender lo que ella podría haber transmitido oralmente, pero al final el secreto continuaría oculto y el gran péndulo, equilibrado. Porque de eso se trataba, la presencia de Mariam en la Tierra garantizaba un espacio que la oscuridad jamás conseguiría ocupar. Ella sabía, como muchos iniciados desde que el hombre comenzó a sentir, que todo se reubicaba en el universo por el gran péndulo del equilibrio. Todas las acciones sufren este principio, la oscuridad en la ausencia de luz, y una inmensa desgracia en una marea de amor inesperada, así el gran maestro dejó antes de marchar una reserva de luz tan intensa que relegaba a la oscuridad al otro extremo.

—Vamos, vieja, nos esperan.

La voz de aquel hombre la devolvió a la realidad que su cuerpo vivía. Tenía las manos atadas a la espalda y, cuando la agarró de las muñecas para levantarla, sintió un dolor intenso que le deshizo los brazos. Hacía un par de horas que la había sacado

de la minúscula habitación donde vivía desde que fue capturada y la había llevado a una especie de oficina en la que le colocó una capucha oscura. Ahora la conduciría a otro lugar, una nueva prueba que validaría si era digna o no del peso que transportaba.

Sintió que la arrastraba por pasillos y escaleras, con las que se golpeó en las espinillas, hasta llegar al exterior. El olor del aire se metió entre los tejidos de la capucha y le inundó los pulmones. Bajo la caperuza que le negaba la luz, abrió su boca tanto como pudo y aspiró aire libre, quizá por última vez. Supuso que se encontraba en alguna especie de fábrica porque de fondo escuchaba el ruido cansino y monótono de algunos motores. El Negro la llevó hasta un vehículo y la hizo entrar. No podía ver qué clase de vehículo era, tal vez algo semejante a una furgoneta porque el asiento donde la metió era mucho más ancho que el de un coche. No supo si alguien más, aparte del Negro, iba en el vehículo. Por su cabeza pasaron las imágenes de sí misma siendo ajusticiada y abandonada en cualquier descampado, pero se obligó a no pensar en nada de eso y, poco a poco, consiguió el estado de paz que siempre le proporcionaban sus rezos.

## Capítulo

Comisario, tiene una llamada del inspector Arkonada —la voz de su asistente tronó en el despacho a través del teléfono manos libres.

—Dígale que le devuelvo la llamada en un momento. Lo siento, señores, me debo a mi deber, y valga la redundancia. Ha sido un placer recibirles y saben que tienen mis puertas abiertas siempre que lo necesiten.

El comisario Aripas despidió la visita de cortesía de la agrupación de comerciantes y mandó que los acompañaran hasta la puerta del ascensor, no sin antes obsequiarles con un carné de colaborador anónimo. Cuando se aseguró de estar solo en su despacho, dejó escapar un sincero suspiro de tranquilidad. La parte protocolaria de su cargo era un peso al que todavía no había podido acostumbrarse.

El inspector Ignacio Arkonada, de la Policía Autónoma Vasca o Ertzaintza, era un buen amigo. Habían compartido los días de academia en Burgos, bajo un frío aterrador que los dejaba cubiertos de escarcha por la noche, y de cervezas por la tarde. Una buena época, como todas las que se guardan en la memoria de juventud, en que un grupo variopinto de amantes de las películas de acción hicieron tan buenas migas que todavía se llamaban de vez en cuando para recordar aquellas tardes en versiones mitigadas de lo que fueron. El inspector se había pasado a la Policía Autónoma Vasca cuando esta comenzó a asumir las competencias de la Policía Nacional. No había sido fácil la vida del inspector en San Sebastián. Estaba casado con una muchacha de Orrio, a la que conoció poco después de regresar de Burgos, y con quien había tenido dos hijos. Uno de ellos estaba en la prisión de Gran Canaria por actos de *kale borroca* que su padre jamás llegó ni a comprender ni a perdonar.

El comisario Aripas le había pedido a Arkonada el favor personal, fuera de los procedimientos reglamentarios, de que mantuviera al magnate italiano vigilado en cuanto se enteró de que el avión que había despegado de Sabadell había volado hasta Euskadi. Desde entonces, había recibido apenas un par de informes según los cuales se había reunido en la capital donostiarra con otros tres hombres, sus socios en el *holding* de empresas, pero tan limpios como un narcotraficante fuera de su país. Nada a lo que agarrarse para solicitar un seguimiento más exhaustivo.

—Antonio, ¿cómo estás? —lo saludó el inspector Arkonada.

—Bien, hombre, con la cabeza como un bombo por las tonterías de los comerciantes.

—¿Cómo?

—Nada, un grupo de comerciantes que ha venido a pedirme que eche de sus calles a los chinos y a los pakistaníes.

—Ja, ja, ja —lo oyó reír.

—No te rías, joder, me tienen hasta las narices con tantas tonterías.

—Bueno, peor es aquí, que acaban con ellos a bombazos —ahora fue el comisario quien se quitó un poco de presión a base de un buen par de carcajadas.

—¿Qué sabes de nuestro amigo? —le preguntó.

—Para eso te llamaba. Siento decírtelo, pero tengo que retirar la vigilancia. He pedido a mi asistente que te envíe un detalle de todas las salidas del grupo, ya lo verás, pero no hay nada. Esos cuatro tipos son multimillonarios y muy influyentes, no es un bocado fácil al que hincarle el diente. Están limpios y cargados de billetes. Solo salen para cenar en lugares en los que tu sueldo y el mío juntos no pagarían un menú, así que ya sabes, nada de nada. Y la gente está muy nerviosa.

—Sí, lo he visto en los periódicos —la banda terrorista había enviado un comunicado al diario *Gara* en el que amenazaba con nuevos atentados.

—Pues eso, necesito hasta el último hombre para las tareas de vigilancia, ya no puedo mantener por más tiempo una patrulla sin dar explicaciones. Además, tengo en eso a uno de mis mejores hombres, y lo necesito.

—No te preocupes, lo comprendo.

—Antonio, sé que tienes una corazonada y eso a mí me vale más que una orden judicial, por favor, si me necesitas de nuevo, avísame y veremos qué puedo hacer, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Ignacio, ¿o debería llamarte Iñaki?

—No seas gilipollas.

—Ja, ja, ja. Cuídate mucho y gracias de nuevo.

—Llámame si me necesitas.

—Dale un beso a tu mujer.

—Adiós.

Si sus sospechas eran ciertas, y las palabras de Abidal y la colombiana también, ese pájaro se le iba a escapar sin que pudiera echarle el guante. Por lo menos, todavía estaba en España. Si consiguiera reunir aunque fuera una sola prueba de su implicación en el intento de asesinato, le caería encima con toda la fuerza, pero aquel idiota al que habían detenido no soltaba prenda, y la chica marroquí tampoco tenía idea de dónde había estado, ni de quién la había retenido. La famosa señora Stewart no daba señales de vida, y la cosa se complicaba por momentos.

## Capítulo

La furgoneta, con los cristales traseros cerrados por dos planchas de aluminio, estaba rotulada con el logotipo de la compañía acerera de Mateo Montalbán. Una patrulla de la Guardia Civil les dio paso en la frontera de Hendaya y una sensación de alivio invadió las células siempre tranquilas del Negro.

—Anímate, vieja, ya casi estamos en casa.

Marie sintió náuseas, como cada vez que oía ese tono cubano que ya despreciaba con toda su alma. No le había quitado la capucha más que en una ocasión para darle de comer un bocadillo de gasolinera, y ni siquiera entonces la dejó salir de la furgoneta, oculta como estaba tras unas cajas de cartón que le habían servido también como inodoro. Cada vez que el vehículo se detuvo para echar gasolina, o comprar comida, el Negro la amenazó con pegarle un tiro si abría la boca. A través de las cajas le llegaba el olor de orines mezclado con canciones de salsa y reggaetón que ya odiaba casi tanto como a quien la obligaba a escuchar esa bazofia.

La furgoneta agarró la autopista de Irún por la que, según el navegador, en menos de una hora llegarían a San Sebastián, donde ya los esperaban en el apartamento del señor Montalbán. El Negro les había advertido de lo peligroso del encuentro en ese lugar, pero su jefe había insistido en la urgencia de que trajera a la mujer viva, así que no le quedó más remedio que montar, con la ayuda de los operarios de la fábrica rumana, un escondite en la furgoneta que ahora trazaba las curvas a la velocidad máxima permitida. La imposibilidad de hacer el viaje en avión los había obligado a hacer casi tres mil kilómetros sin descanso. Llevaba veintiséis horas seguidas al volante de aquel cacharro y comenzaban a dolerle todos los huesos de su cuerpo.

—En una hora estaremos allí —avisó por su teléfono móvil.

Como había dicho el Negro, en apenas una hora la furgoneta recorría la avenida de Zumalacárregui en dirección a la playa de la Concha. Al llegar, no pudo evitar pensar en su amado Malecón de La Habana. Giró a la derecha y cruzó el Parque de Miramar. El tránsito estaba imposible a esas horas de la tarde y el Paseo de Miraconcha estaba saturado.

A poco menos de doscientos metros de allí, una patrulla de la Ertzaintza recibía en ese momento una llamada por la emisora.

—Está bien, inspector, a la orden. Sí, un par de fotos y regresamos a la comisaría. *Agur.*

El suboficial Oquendo, uno de los hombres más prometedores de la brigada, llevaba varios días tras aquellos hombres que se pasaban la jornada encerrados en un

apartamento para salir a cenar en los mejores restaurantes de la ciudad. No sabía el porqué de la vigilancia, pero sí que era algo importante, pues tenía orden de informar solamente al inspector Arkonada. No se trataba de posibles terroristas, ni de ningún piso franco, de eso estaba seguro; además, el inspector ya le había advertido de que, si bien debía estar alerta, no era una vigilancia de riesgo, y ahora, sin que hubiese ocurrido nada digno de mención, lo llamaba para que abandonara. Le había pedido que antes hiciese un par de fotos, así que se bajó de su Seat Córdoba de color verde aceituna y se retiró unos metros hacia la bahía para tomar las fotos de aquel apartamento con una cierta perspectiva. Imaginaba a los cuatro tipos dentro, tomando copas de buen vino y jugando a las cartas, porque si no qué podían hacer cuatro hombres todo el día metidos en un apartamento. No había visto entrar chicas, solo una señora entrada en años y carnes a la que le había sonsacado, con apenas una sonrisa y un poco de atención, que los cuatro hombres no se movían de la casa. Tampoco habían acudido visitas, ni mensajeros, ni nadie para hacer tareas de mantenimiento, fontaneros o gente por el estilo. Un informe tan vacío como su cartera después de haber pagado la consumición mínima en los restaurantes a los que los había seguido. Por lo menos, esperaba que las dietas le fueran reembolsadas. Tiró cuatro fotos y se metió en el coche. Después, llamó al inspector para confirmarle que dejaba la vigilancia.

El Negro no había estado nunca en la casa de Mateo Montalbán, pero el navegador satélite que tenía instalado en el salpicadero de la furgoneta le avisaba, mediante una autoritaria voz de mujer, de que en poco menos de doscientos metros habría llegado hasta la Plaza Xavier Zubiri. «Gire a la derecha», le indicó la voz, entraba en la calle de San Martín, «a la izquierda, tome la calle Easo», le volvió a indicar, «ha llegado a su destino». El ingenio había dicho por fin las palabras mágicas. El Negro buscó aparcamiento y a media calle vio cómo un coche maniobraba para salir, se plantó frente a él y le hizo una seña al conductor para preguntarle si se marchaba. El joven, de unos treinta y pocos años, le dijo que sí con la cabeza y el Negro reculó para dejarlo salir. Pensó en lo afortunado que era por haber encontrado aparcamiento justo frente a la dirección de Montalbán y bajó con una sonrisa. Misión cumplida. Con los pies firmes en la acera, se estiró como un gato después de la siesta. Todavía el sol no había abandonado la playa de la Concha y, aunque no tardaría en hacerlo, era demasiado arriesgado sacar a la mujer a plena luz del día, así que marcó en el interfono y esperó a que un chasquido metálico liberara la puerta del edificio.

Cuando entró en el apartamento, los cuatro hombres ya lo aguardaban. Les explicó que no había tenido ningún incidente durante el camino y que tampoco nadie los había reconocido ni seguido. Los *designati* se felicitaron y enviaron al Negro a vigilar la furgoneta hasta que cayera la noche. Entonces comenzaría el interrogatorio

y, si todo iba bien, darían los últimos pasos en su vida mortal.

—¿Podrás soportarlo? —preguntó Marco Santasusanna a Juan de la Vega.

—Sí, es necesario. Además, de todo aquello hace mucho tiempo y mi camino ahora es otro. No os preocupéis por mí, estaré a la altura, llevamos demasiado tiempo esperando esto como para equivocarnos por unos sentimientos olvidados —les tranquilizó el californiano, y el resto asintió. Las luces del Paseo de la Concha se acababan de encender.

—Recordad las palabras del maestro, la mujer debe estar viva para cuando él llegue, pero también creo que no seríamos dignos del secreto si no hemos logrado obtener la información antes de ese momento —habló de nuevo el italiano, a lo que los otros tres hombres asintieron en silencio. Todos compartían la reflexión del mayor de ellos.

Dejaron pasar cinco horas en las que los nervios los atenazaron y en las que cada uno de ellos intentó matar el tiempo como pudo. A medianoche, Joswiack ordenó al Negro que bajara a buscar a Marie Stewart. Habían preparado una habitación para el interrogatorio y decidido que lo harían a cara descubierta, pues tenían claro que el Negro debería ocuparse de ella después de esa noche. Antes, sin embargo, debían esperar al maestro, que los había advertido de que podían empezar sin él, pero bajo ningún concepto debían deshacerse de la mujer antes de su llegada.

Los cuatro hombres llamaron al ascensor y el Negro interpretó la señal. Abandonó el portal, con su arma oculta en la cintura y el seguro quitado, miró a ambos lados, esperó a que una pareja de novios pasara caminando de la mano, y abrió la furgoneta. Como le habían ordenado, empujó a Marie Stewart hasta la puerta y la metió en el ascensor. Lo cerró y pulsó el botón de la planta, después salió por la puerta y se perdió en las calles de San Sebastián, aséptico como el bistrú de un forense. Llevaba demasiado tiempo comiendo carne blanca y su boca se hizo agua pensando en aquellas mujeres delgadas y fuertes que no había dejado de ver desde que entró en el País Vasco.

Cuando llegó el ascensor a la planta de Montalbán, los cuatro hombres estaban tan asustados como emocionados. La puerta se abrió en un batir rápido del acero que él mismo vendía y les dejó al descubierto una mujer con los brazos atados a la espalda, delgada, maloliente, con sus ropas arrugadas, y arrodillada. El cansancio no le había permitido ni siquiera mantenerse en pie el par de pisos que separaban la estancia de la calle. Una capucha azul oscuro tapaba por completo su cabeza. De la Vega se estremeció. Le entraron unas súbitas ganas de abrazarla, pero no podía, no debía. Quizá cuando acabaran, quizás el maestro se lo permitiría en un último acto de caridad. Fue él quien la ayudó a levantarse y a entrar en la casa. Joswiack cerró la puerta, y Montalbán y Santasusanna la miraron con más pena que miedo. Le cortaron la cinta aislante que mantenía sus brazos pegados detrás de la espalda, y un grito,

seguido de un crujir de huesos, los hizo estremecer. La mujer intentaba mover con lentitud los hombros y, bajo la capucha que ninguno de ellos se atrevía a quitar, escucharon sus sollozos. Joswiack pensó que no había sido buena idea dejar marchar al Negro y fue el único que se atrevió a acercarse para quitarle la bolsa de la cabeza.

De repente, el chorro de luz la cegó y volvió a gritar. Les pidió que apagasen las luces y De la Vega corrió a hacerlo.

—Lamentamos profundamente el estado en que se encuentra, pero no teníamos otra alternativa —se disculpó Mateo Montalbán.

—Si colabora, podrá volver a su casa en pocas horas —mintió Joswiack, ante la mirada inquisitoria de los otros tres.

—Ustedes son unos criminales —los desafió Marie Stewart con un sollozo cargado de decisión y miedo.

—Por favor, señora, acompáñenos, estaremos más cómodos en otra sala.

Y, todavía con las luces apagadas, no tuvo más remedio que seguir a aquellos hombres hasta una habitación en penumbra en la que la esposaron a los brazos de una silla.

—Encended la luz, coño, que no veo nada —dijo Joswiack.

—Cierre los ojos y ábralos despacio señora, por favor —le pidió Santasusanna, que se levantó para encender la única lámpara de la habitación. De la Vega se sintió temblar.

Al poco de encenderse la luz, la condesa abrió con lentitud sus ojos y un dolor intenso le penetró las pupilas hasta el cerebro. Veía formas difusas a su alrededor. Le pareció distinguir a cuatro hombres sentados en sillas de madera frente a ella, pero no conseguía enfocar sus rostros. Durante unos minutos, solo vio sombras que le hablaban y que no quería ni siquiera escuchar. El dolor de los hombros era tan fuerte que temió tenerlos dislocados.

—¿Qué desean de mí? —les preguntó por fin—. Ya les dije que no sabía nada.

—Esta vez es diferente, sabemos lo que nos dijo tu monjita —le contestó Lucas Joswiack.

Marie lo enfocó con la mirada. Sabía que esos cuatro hombres eran los que estaban en aquella habitación de la fábrica, y sabía también que eran ellos los mismos que durante años habían perseguido el secreto que ellas guardaban. Los mismos que mataron y descuartizaron a aquel pobre desgraciado francés después de que las monjas encargadas del sepulcro del rey Pere II el Gran intentaran ayudarlo a escapar. Un encuentro que se repetía de forma cíclica en la historia. Primero enfocó a Lucas, después a Mateo, luego a Marco y por fin a Juan de la Vega. Eran cuatro hombres que en su sola apariencia denotaban el poder que estaban acostumbrados a manejar. Le pareció que el más joven de ellos era el primero, el que le acababa de hablar de Azul, y el mayor era sin duda el de la melena plateada. Al principio, no recaló en los otros

dos con detalle, todavía le costaba mantener la vista fija sin inundar el interior de sus pupilas de cientos de destellos.

—Es mejor que colabore, nos ahorrará mucho sufrimiento —la advirtió De la Vega.

¡Esa voz! La siguió hasta el hombre que estaba más alejado de ella, el que ocupaba el último sillón de la habitación y entonces, como si un rayo hubiese atravesado su cuerpo, lo reconoció, ¿pero qué hacía él allí? Habían pasado muchos años, ¿veinte? Sin duda era él, el único hombre que había conocido en la vida y de quien no había tenido noticias hasta ese momento.

—Quiero saber cómo está la hermana —casi ordenó Marie.

—Lamentablemente, la hermana, como usted la llama, ya no está —mintió Joswiack.

—¡Miserable! ¿Qué le habéis hecho? ¡Era a mí a quien buscabais!

—Bien, ahora que nos hemos puesto al día, le ruego conteste a nuestras preguntas. No nos gustaría llamar a su amigo para que la prepare antes de contestar —la amenazó Montalbán.

Marie sintió una descarga en el corazón. Se acababa de delatar, pero qué importaba ya eso. Aquellos malnacidos habían matado a Azul. ¡Su amada niña!

—No les diré ni una palabra.

—Os dije que no lo haría —contestó De la Vega—. Marie, por favor, colabora. No te haremos daño, te lo prometo, pero debes colaborar. Tu amiga no lo hizo y no nos dejó opción. Debes comprenderlo.

—¿Comprender qué, que tú eres la peor cosa que me ha ocurrido en la vida? Sabes, moriste para mí hace mucho tiempo y hoy ha resucitado tu fantasma en forma de monstruo horrible. ¿No te das cuenta de en qué te has convertido?, ¿tanto temes morir que has preferido convertirte en un asqueroso criminal? —Marie quiso sentir algo de piedad en sus palabras, pero un odio intenso la recorría con más fuerza que el dolor que le atenazaba los brazos.

—Creo que deberíamos llamar al Negro y darle carta blanca —dijo el de la cabellera blanca con fuerte acento italiano.

—Estoy de acuerdo —apuntó Montalbán—. Llámalo.

—Esperad —pidió Juan de la Vega—. Marie, tenemos el código, solo dinos dónde tenemos que buscar el regalo del Mesías, por favor.

Sus palabras la descolocaron por completo. ¡Tenían el código! ¿Pero cómo, si nadie aparte de ella misma sabía que se encontraba en Santes Creus, y ni siquiera ella sabía con exactitud su emplazamiento? ¿Cómo podían tenerlo?

—¿No nos cree? —Mateo Montalbán pareció leerle el pensamiento.

—Mírelo —le mostró el italiano un pergamino protegido tras una bolsa de plástico.

—No es posible —balbuceó Marie.

—Sí lo es. Usted misma puede verlo, así que empiece a colaborar o llamo al Negro —la amenazó Joswiack.

—Mátenme.

—¡Maldita sea! —Montalbán se levantó y le propició una bofetada que casi la hizo caer del sillón.

—¡Mateo, por favor! —le suplicó De la Vega.

—Déjalo, tiene razón, no podemos perder el tiempo. Ya hemos llegado muy lejos para dejarlo ahora —intervino Santasusanna—. Lucas, llama a tu hombre.

Mientras Lucas Joswiack sacaba su teléfono, Mateo Montalbán echó una mirada a Juan de la Vega, que como única respuesta bajó la cabeza. Entonces se levantó de nuevo de su sillón y se acercó a Marie. Ninguno de sus compañeros recordaba la violencia que destilaba Montalbán, solo en alguno de sus ejercicios iniciáticos lo habían visto explotar de ira, pero eran ejercicios preparados para eso. Ahora sus ojos estaban encendidos, y los otros tres se preguntaron si el Negro llegaría a tiempo para hacer su trabajo.

—Estaba cerca. Seguro que ya se había metido en cualquier putiferio —les dijo Joswiack.

—¡Habla de una vez! —Mateo volvió a golpearla.

—Marie, por favor, no nos obligues a esto —le pidió De la Vega, que ya comenzaba a cansar a sus socios con tanta petición.

—Juan, es tu ambición, tus ansias de poder, tu miedo a la muerte lo que te obliga, no yo. Has cambiado mucho, pero solo tú puedes escoger si deseas seguir hasta el final, si deseas cargar también mi muerte en tu sucia conciencia, mas no descargues tu culpa diciéndome que yo te obligo —la condesa levantó la vista y los recorrió uno por uno. Un hilo de sangre le cayó de una ceja y fue a parar frente a sus pies—. Señores, no voy a hablar, hagan lo que hagan, no me importa. Ya mataron a Azul, y pueden matarnos a todas si lo desean. Desconozco cómo han conseguido el código, pero como muy bien han podido ver, por sí solo no vale nada.

—¡Por eso mismo, habla de una vez, coño! ¿Dónde se encuentra el regalo del Mesías? —le gritó Montalbán casi subido en las piernas de la condesa—. ¡Dínoslo, joder! —y un fuego interno agitó los músculos del hombre, que comenzó a golpearla sin piedad.

—Mateo, por favor —intervino Santasusanna, que detuvo a Montalbán y lo hizo sentar—. Recuerda las instrucciones.

—Podemos incendiar todas las iglesias del Císter si lo deseamos —le gritó el acerero antes de echarse unos pasos atrás y ocupar su sillón.

Marie sangraba copiosamente por la nariz y sentía los labios partidos. Un calor horrible y un zumbido permanente se unieron a su malsano estado. Le dolía todo el

cuerpo, sobre todo los hombros, en los que había sentido la vibración de los golpes como si alguien los martillease desde dentro. Levantó despacio la cabeza, caída hacia atrás por la última bofetada de Mateo Montalbán, y los miró de nuevo, con los ojos hinchados y la lengua pegada al paladar, pero su acto hizo estremecer a Juan de la Vega al verla recuperar la compostura y aguantarles por una vez más la mirada.

—No me amenace más, se lo he dicho. No tienen nada, incluyéndome a mí, nada. ¿Os creéis dignos de ese regalo? ¿Pensáis acaso que Él os hubiese escogido a cualquiera de vosotros? Si no me doliera tanto la cara, me echaría a reír. Sois unos malnacidos, unos delincuentes baratos, unos cobardes miserables. ¡Unos...! —calló.

—Marie, somos los escogidos, nosotros debemos recibir el don. Dinos dónde está y lo compartiremos contigo —mintió De la Vega.

—¿Escogidos por quién, por otro miserable, y para qué? Jamás lo conseguiréis, nunca. Moriréis de viejos, entre vuestros propios excrementos que nadie os limpiará, y tendréis que arrastrar el peso de vuestras conciencias y de vuestro fracaso hasta ese día. ¡Ese será vuestro castigo como lo ha sido durante todo este tiempo!

El timbre del interfono interrumpió la carrera de Montalbán, que había saltado de su sillón ante las amenazas de Marie Stewart. Un sentimiento de emoción los recorrió. No podía ser el Negro, justo acababan de avisarlo, así que solo podía ser el maestro quien había llamado. Marie sintió cómo un terror incontrolable se le coló por los últimos resquicios de valentía que le quedaban, pero hizo lo imposible por no delatarse. Debía demostrar una entereza de la que no sabía si era poseedora o no. Llevaba dos días sin dormir, y la lucidez propia de los borrachos la embargaba de una determinación extraña, enfermiza. Le dolía el cuerpo, la cabeza, los oídos, sabía que iba a morir, pero en el trayecto en la furgoneta ya se había puesto en paz consigo misma y con Dios. Ahora solo esperaba que no fuera mucho más doloroso. Le había sorprendido sin duda que el Códice de Vitelio hubiese caído en sus manos, pero le extrañó todavía más que solo tuvieran ese, pues se le había transmitido que eran varios los escritos guardados en el escondrijo del monasterio. Quizás estaban repartidos por la abadía y solamente habían conseguido dar con uno. Poco importaba ya, ella había mantenido el secreto hasta entonces y con él se marcharía.

Oyeron el crujido del ascensor al detenerse en la planta y unos golpes en la puerta hicieron que Joswiack se levantase para abrir al maestro.

—Ha llegado alguien ante quien no tendrás más opción que hablar —le dijo a Marie antes de acudir a abrir.

Joswiack corrió a la puerta, los otros hombres habían apagado las luces y estaban arrodillados frente a sus asientos. Por fin sabrían, por fin volverían a sentir a aquel hombre que los escogió, quizás incluso verían su rostro. Él la haría hablar y se sentiría orgulloso de ellos. Oyeron el sonido metálico de los goznes de la puerta y una corriente los estremeció. Ya había llegado aquel que solo se revelaría para guiarlos en

los últimos pasos de la búsqueda.

Joswiack dejó que la puerta se abriera, y se arrodilló. Pero antes de que sus rodillas alcanzaran el suelo, un golpe seco en la frente lo hizo caer de espaldas. Un grupo de doce hombres armados con fusiles y ropajes militares ocuparon en menos de un segundo todas las habitaciones de la casa y redujeron sin dificultad a los tres hombres, que ni siquiera habían tenido tiempo de levantarse. Mientras, abajo en la calle, el suboficial Oquendo fumaba un cigarrillo junto al inspector Ignacio Arkonada frente al apartamento que había vigilado todos esos días.

La operación había sido rápida, ninguno de los cuatro hombres puso resistencia, y tampoco iban armados. Una ambulancia se llevó a la mujer retenida hasta el Hospital Donostia, y el inspector avisó por su teléfono móvil de la operación a su amigo Aripas.

Le explicó que, después de ordenar que retiraran la vigilancia, el caporal Oquendo vio una furgoneta recién llegada de la que bajó un hombre negro inmenso. Le extrañó. Dio una vuelta a la manzana y se paró junto a la furgoneta. Algo alertó sus sentidos de policía y pidió permiso para alargar la vigilancia unas horas más. A medianoche, vio cómo sacaban a una persona encapuchada de la furgoneta y la metían en la casa. Entonces ordenó el procedimiento de rescate. De eso hacía poco menos de treinta minutos.

—Sí, un hombre negro, no sé de dónde, todavía no lo hemos encontrado, aunque creo que no tardaremos en dar con él. Según la descripción, no nos será difícil seguirle la pista. Ya te dije que era uno de mis mejores hombres. Está bien, coge un vuelo y mañana nos vemos. Mi mujer se pondrá contenta. Adiós, Antonio —el inspector Arkonada sonrió al cortar la llamada, al viejo cabrón todavía le funcionaba el olfato.

Mientras, un hombre negro inmenso, como muy bien lo había definido el caporal Oquendo, observaba la escena desde un portal cercano, protegido por su propio color en la noche vasca, y, a pocos metros de él, sin saberlo, otro hombre caminaba distraído por la playa mientras en su cabeza, oculta por la capucha de su abrigo, se agolpaban las preguntas.

## Capítulo

**M**e despertó un timbrado en mi teléfono móvil. Apenas habíamos dormido unas horas desde nuestro regreso de París. Mars continuaba abrazada a mi almohada y yo me detuve a observarla unos segundos antes de contestar. Era hermosa.

—¿El señor Abidal?

—Yo mismo, ¿con quién hablo?

—Un segundo, por favor, le transfiero al comisario Aripas —escuchar ese nombre me hizo incorporar de un salto que despertó a Mars.

—Señor Abidal —escuché la voz inconfundible del comisario—, necesito que se acerque a la comisaría urgentemente.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté.

—Por favor, acuda a la comisaría. El inspector Rojas les atenderá. No le hagan esperar, muchas gracias —y colgó.

—¿Quién era? —me preguntó Mars con los ojos hinchados.

—El comisario, dice que vayamos enseguida a la comisaría, que el inspector Rojas nos espera.

—¿Ese es su ayudante, no?

—Creo que sí.

Miré la hora en el teléfono, las nueve de la mañana. Nos dimos una ducha rápida y bajamos por la Diagonal hasta el centro de Barcelona. A esas horas, el tránsito ya estaba imposible y nos costó llegar hasta el *parking* de la Plaza de la Catedral. Paramos a tomar un café rápido, y entramos en la comisaría de la Via Layetana. Como me dijo el comisario, el inspector nos esperaba en un despacho junto al suyo. Nos invitó a entrar. Su semblante destilaba esa alegría interna del que sabe que su equipo acaba de ganar una competición importante y que, sin tener idea del porqué, te llena de satisfacción. Después de las primeras frases de cortesía, abrió un cajón y extrajo un sobre de color canela, con el logotipo de la Policía grabado en la parte inferior, tan viejo que el negro del escudo se había transformado en un gris casi desaparecido. Cogí el sobre y lo abrí. Dentro estaban nuestros pasaportes y un recibo que descargaba al cuerpo de Policía tras habernos hecho entrega de ellos. Miré a Mars, ¿cómo era posible? Entonces, el inspector Rojas nos explicó lo que había ocurrido esa noche en San Sebastián. Nos dijo que habían detenido a cuatro sospechosos y que habían liberado a una mujer que respondía a nuestra descripción de la condesa. También nos hizo saber que, si bien estaba internada en el Hospital Donostia, sus «dolencias», utilizó esa palabra, no eran graves. Algunas contusiones y

estrés nervioso. Mars no pudo contener la emoción y comenzó a agitarse en pequeñas convulsiones. Le di las gracias al policía y salimos.

El ruido de Barcelona nos golpeó como una ola de agua de mar fresca y salada, Mars lloraba de alegría y yo la abrazaba mientras descendíamos en dirección al *parking*. Todo se había aclarado. El viejo comisario nos había creído después de todo y había conseguido liberar a la condesa.

—¡Marie está bien! —dijo por fin Mars, que no había emitido sonido alguno más allá de pequeños suspiros salpicados con lágrimas—. ¡Vámonos, quiero verla!

Yo temía esa reacción desde el momento en que el inspector nos notificó su liberación, y debo reconocer que estuve tentado de pedirle que la llamara por teléfono, pero comprendí la barbaridad de la idea y en menos de media hora ya abandonábamos de nuevo Barcelona en dirección a la capital vasca. Nos separaban cinco o seis horas de camino en las que solo paramos a desayunar en un área de servicio.

—Deberíamos avisar a Azul —me dijo mientras abría su teléfono móvil y llamaba al Hospital del Mar para darle la noticia.

Fue una conversación corta, pero que la sumió en un silencio que no supe interpretar. Temí que nuestra relación se acabara en ese momento. Comprendí que con la liberación de la condesa todo volvería al lugar en el que estaba antes, un engranaje en el cual yo no solo no tenía espacio como no lo tuve años atrás, sino que claramente sobraba. Recordé la primera vez que las vi, cuando Mars ejecutó a la perfección su papel de guardián de la condesa, un papel frío y distante que helaba a cualquiera que se acercara a ellas. Quise decirle lo que sentía, pero Mars miraba por la ventanilla del auto sumida en sus propios pensamientos. Cogí su mano y la apreté, después me concentré en la carretera e intenté mantener mis sentidos en ella. No fui capaz.

—También deberías avisar a la señora Bouvier —le dije al cabo de un rato.

—¡Es cierto! Además, debemos avisar a las hermanas. Me siento feliz y perdida —me confesó.

Llamó a la señora por su teléfono móvil y, antes de finalizar la conversación, se comprometió a avisarla en cuanto viésemos a la condesa y supiese de primera mano en qué situación se encontraba. Yo me sentía cada vez más fuera de ese nuevo escenario en el que había pasado de actor principal a espectador de la última fila.

Llegamos a San Sebastián a primera hora de la tarde. El verde de las carreteras vascas cubría todo el paisaje, salpicado de caseríos y fábricas, ganando terreno estas últimas a medida que nos acercábamos a la capital. Un taxista nos guió hasta el hospital. El monstruo de cemento se levantaba en una pequeña loma desde la que dominaba la ciudad, como un viejo tótem al que todo el mundo acudía cuando tenía un problema. Largas filas de gente aguardaban pacientes en salas de espera en las que

conseguir una silla era casi una proeza. Preguntamos en el mostrador de información y nos dieron el número de habitación de la condesa. Subimos por un ascensor hasta la tercera planta y la buscamos. Frente a la habitación que nos habían indicado descansaba un *ertzaina* sentado en una silla de plástico. Al vernos, nos preguntó quiénes éramos y tomó nota de nuestros datos. Después de verificarlos, nos dejó entrar.

La habitación era un rectángulo pintado de verde en el que lo primero que encontramos fue el baño, entreabierto. Al fondo, una gran cristalera separaba la ciudad de una cama articulable en la que apenas destacaba el cuerpo de una mujer inmóvil. La televisión estaba apagada y la habitación, en silencio.

Mars avanzó hasta la cama y la abrazó. La condesa se despertó y correspondió al abrazo. Yo me di la vuelta y salí de la habitación. El hilo musical del hospital dejaba caer las notas de *Les pêcheurs de perles* en un volumen reducido, pero suficiente para que la melancolía profunda de la pieza llegara hasta el último rincón de aquel lugar. Me senté en el suelo, junto a la puerta de la habitación, y cerré los ojos para bañarme, como aquellos pescadores, en aguas cristalinas y calientes. Imaginé a las dos mujeres poniéndose al día de todas las experiencias vividas en esas últimas semanas que nos habían cambiado la vida a todos. Para mí, solo se abrían interrogantes que quizá se estuvieran desgranando en el interior de aquella habitación. ¡No era que no me alegrara por la liberación de la condesa! Pero que Dios, o lo que fuera, me perdonara, porque aquella sorpresa me sacaba de golpe de una ecuación en la que comenzaba a sentirme muy bien.

Mars tardó poco menos de media hora en salir a buscarme. Me agradeció con un beso, en la mejilla, mi paciencia y el detalle de haberlas dejado solas. Me pidió que la acompañara porque Marie Stewart deseaba verme, y me dijo, de forma muy breve, que ya la había puesto al corriente.

—¿Cómo está? —le pregunté antes de entrar.

—Muy bien, algo dolorida y un poco atolondrada por los calmantes, aunque mucho mejor de lo que imaginábamos —me dijo Mars.

—¿Y tú? —volví a preguntar.

—Feliz, pero nosotros ya tendremos tiempo de hablar, no te preocupes. Ahora vamos, nos espera.

Mars había manipulado la cama de la condesa y la había incorporado hasta permitirle estar sentada. Se había maquillado, supuse que también con la ayuda de Mars, y su aspecto era el de una mujer muy cansada, con los ojos amoratados y la cara inflamada. Como toda vestimenta llevaba la bata del hospital, de color azul con un logotipo grabado a la altura del pecho, y las sábanas que la cubrían hasta la cintura.

—Estimado Cècil, cuánto tiempo sin verle.

—Lo mismo digo, aunque lamento que sea en estas circunstancias —le aclaré.

—No importa, acérquese, por favor. Mars me ha explicado lo mucho y bien que la ha tratado, y yo le doy las gracias en mi nombre y en el de ella misma.

—Ha sido un placer. ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubiese pasado un mercancías por encima, la verdad. Pero acérquese; Mars, por favor, alcánzale esa silla y ven tú también. Tenemos que hablar.

Fue una conversación larga. La señora parecía haber recuperado, si es que alguna vez las perdió, su compostura y su elegancia a pesar de la situación. Le explicamos a dos voces nuestros descubrimientos. Se sorprendió cuando supo que los escritos estaban en el pedestal de la columna y no en otro lugar, lo que me hizo comprender que aquella mujer sabía más que sus hermanas, como ella las llamaba. Le relatamos los descubrimientos en Cîteaux, cómo habíamos encontrado la marca que Azul había dejado en el monje del capitel, y cómo esa pista nos llevó hasta Clairvaux. Nuestra incursión nocturna en los restos de la abadía y la ayuda indispensable de *madame* Bouvier, que nos llevó hasta la tumba del rey Pere en Santes Creus. Le explicamos también lo que decía en los escritos que hallamos allí, y un destello en sus ojos me alertó sobre el diario del soldado francés. Le explicamos cómo fuimos sorprendidos por el italiano —que la condesa nos reveló era uno de sus captores—, y cómo nos arrebató el códice antes de ordenar nuestro asesinato. Si no hubiese sido por el comisario y su intuición, ni ella ni nosotros mantendríamos esa conversación en ese momento. Se interesó por el escrito del soldado, y sobre todo por el significado de las marcas halladas en la pared de una de las cuevas. Sonrió cuando le explicamos nuestra visita a la Biblioteca Nacional de París y cómo *madame* había dado con los escritos necesarios para revelarnos el sentido de aquellos signos.

—Bien, señor Abidal —sonrió—, ahora ya sabe el gran secreto. ¿Qué piensa hacer?

—Cècil —le devolví la sonrisa—; no lo sé. La verdad es que antes de que felizmente la liberaran teníamos intención de ir a Qumrán, la ciudad de los esenios, para encontrar a Mariam, si es que todavía existe, o lo que sea que quede de ella, pero ya no lo sé —miré a Mars.

—El secreto de la existencia de un ser inmortal ha sido desvelado, y creo que es nuestra obligación que vuelva al anonimato por el resto de los tiempos —contestó Marie Stewart.

—¿Usted cree realmente que Mariam todavía sigue viva? —inquirí.

—¿Y tú? —me preguntó Mars.

Las miré a ambas.

—No lo sé, pero lo que sí tengo claro es que si nuestro descubrimiento cae en manos no adecuadas, esa persona, en caso de existir, no estaría a salvo, y eso es lo que han hecho ustedes todo este tiempo, ¿no?, mantenerlo en secreto, a salvo.

—En efecto, Cècil —afirmó la condesa.

—Incluso me atrevería a asegurar que usted ha mantenido el secreto a salvo de su propia gente —proseguí, y Marie Stewart bajó un poco la cabeza ante la mirada de Mars—, pero la comprendo. Si alguien llegase a descubrir el porqué, o cómo es que Mariam sigue viva después de más de dos mil años, estaría dispuesto a cualquier cosa por hacerse con esa fórmula de la eterna juventud.

—Veo que ha comprendido una parte fundamental de mi labor, y ahora estoy segura de que comprende también el porqué de nuestras reticencias al principio de conocernos.

—Tengo una pregunta, ¿el secreto de Mariam es el regalo que le hizo Jesús, verdad?

—Así es. Ni yo ni mis antecesoras hemos sabido nunca de qué se trata con exactitud, pero sí que Jesús hizo un regalo milagroso a una esenia, y que esta ha permanecido con vida por más de dos mil años gracias a él.

—Y así debe seguir por otros dos mil años más —dijo Mars.

—Pero hay algo más. No solo se trata de que una persona haya vencido a la esclavitud de la materia, ya hay otras confesiones y religiones que afirman cosas parecidas de hombres santos. En algunas zonas de Nepal y de la India, se dice que hay sitios en los que viven algunos yoguis en eterna meditación desde hace cientos de años, si bien nadie los ha visto jamás desde que se retiraron a sus lugares —añadió con un toque de malicia la condesa.

—Como a Mariam —le dije con el mismo tono.

—Sí, como a Mariam, pero a diferencia de ellos, y siempre que creamos en estas historias, Mariam ha estado en contacto con el mayor Maestro que jamás ha encarnado en la Tierra. Y no solo esto, sino que además fue la elegida para recibir un presente sagrado. Y no hablamos de objetos manufacturados por el hombre, como el Pectoral del Juicio, o el Arca de la Alianza, pues si bien los preceptos fueron dictados por Dios, los realizaron los hombres. Jesús entregó algo a Mariam con sus propias manos, un presente que la convierte en la escogida por Él, quizás en la puerta definitiva que abre el camino al Reino de los Cielos, ¿comprende ahora la importancia de este asunto?

—Dejaría a la Iglesia en un papel secundario —razoné.

—¿Quién ha hablado de la Iglesia? —protestó—. Esta, como cualquier organización creada por el hombre, no es más que un grupo de personas con ideas parecidas en las que se encuentra de todo, algunas con un sentimiento claro de la presencia de Dios y otras que utilizan ese estatus para su propio beneficio, como en cualquier partido político, club de ajedrez o escalera de vecinos. Encontrar y proteger a Mariam es encontrar y proteger lo que queda en nosotros de seres divinos. No podemos perderlo ni utilizarlo en nuestro propio provecho.

—Pero nosotros no estamos preparados para algo así —dijo Mars.

—Querida, nuestra misión es algo que nos trasciende, que no estamos en condiciones de analizar, solo de sentir, y si vosotros —nos señaló— habéis sido capaces de llegar tan lejos, únicamente lo puedo interpretar como una señal de que quizá sí lo estéis, aunque es importante recordar que no estamos solos en esta búsqueda.

—¿Se refiere a los hombres que la tuvieron secuestrada? —pregunté.

—Los han detenido —dijo Mars.

—No es suficiente. Debéis conocer algo sobre ellos. Desde que Roberto de Molesmes hizo saber al papa Urbano la existencia de un grupo de hombres y mujeres santos que no aparecían en la *Biblia*, entre los que el propio Jesús había elegido a una de ellos para distinguirla con el único regalo que se le conoce, hay gente que persigue ese obsequio con diferentes fines. Durante muchos años, estos hombres se creyeron con el derecho de poseer algo tanpreciado porque era el propio Papa de la Iglesia católica quien lo deseaba, ¿quién más digno de tal honor que el sucesor de Pedro? El secreto se transmitía de Papa en Papa mediante un documento ultrasecreto al que el resto de la curia no tenía acceso, y por el que cada uno de ellos designaba a cuatro hombres para llevar a cabo la búsqueda desde donde la habían dejado sus antecesores. En un momento de la historia, esto no fue transmitido por el Papa a su sucesor y el secreto dejó de pertenecer a la Iglesia. Desde entonces, no hemos sabido jamás quién estaba detrás de los *designati* y, hasta esta noche, tampoco conocíamos sus identidades, pero siempre hemos sabido que eran hombres ambiciosos, poderosos y temerosos a la muerte, y a la pérdida que esta les infligía. Nobles, guerreros, monjes, y ahora hombres de negocios; en el mismo instante en que uno de ellos desaparece, es reemplazado por otro que acata el mandato de la búsqueda con mayor furia, y esta vez creedme que han estado muy cerca. Desde que Santa Elisabeth cumplió con la promesa dada a su padre y escondió los escritos en su tumba, pocas veces han estado tan cerca. De hecho, creo que jamás tuvieron acceso a los documentos. Sin embargo, esta vez han conseguido el código y desvelado su secreto, no penséis que van a abandonar justamente ahora. ¡Por eso debemos actuar rápido!

El sonido de la puerta de la habitación detuvo la conversación. El comisario Aripas, acompañado de otro hombre, acababa de entrar.

—Vaya, veo que ha recibido visita. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, algo mejor, muchas gracias —respondió la condesa.

—¿Y ustedes, pasaron a ver al inspector Rojas? —preguntó el comisario, y le mostré mi pasaporte—. Bien, parece que las piezas van encajando. Tenían ustedes razón y me alegro de haberles hecho caso.

—¿Qué sabe de los cuatro hombres? —inquirió Mars.

—Están detenidos, como saben.

—Necesitaremos de toda su colaboración, tienen buenos abogados... —dijo el otro hombre, y luego se dirigió a Mars y a mí—. Supongo que habiendo llegado tan pronto hasta aquí no habrán tenido tiempo de comer, les aconsejo una pequeña tasca a pocos minutos del hospital. Tenemos que hacer unas preguntas a la señora y después podrán continuar con la visita.

El hombre, que se identificó como inspector Arkonada de la Ertzaintza, nos dio instrucciones para llegar hasta la tasca y nos despidió. San Sebastián bullía a esa hora temprana de la tarde y el menú fue excelente, como nuestro estado de humor, ¡devoramos una dorada a la sal como si fuese la última vez en nuestras vidas que íbamos a comer! Después de dar un pequeño paseo para bajar la comida, y comprar algo de ropa para la condesa, volvimos al hospital. Todavía estaban allí los dos policías, que nos comunicaron que Marie Stewart pasaría una noche más en observación antes de darle el alta. Poco después, se marcharon y nos quedamos toda la tarde con ella.

Hablamos de Azul, y la condesa nos confirmó que, en cuanto tuviera el alta, viajaría hasta Barcelona para recogerla y marcharse con ella a su casa de París. Mars no pudo evitar un ligero suspiro al escuchar esas palabras, pero se mantuvo firme en su compromiso de viajar hasta Israel. Entre los tres trazamos un plan de viaje, decidimos que lo más sencillo sería alquilar un vehículo para no despertar sospechas. Le explicamos a la condesa que habíamos dejado en casa de la señora Bouvier las coordenadas de nuestro emisor satélite para que pudiera conocer en todo momento nuestros movimientos, así como los escritos que encontramos en Santes Creus.

También nos comunicó que la había llamado Oriol Nomis y que había prometido venir a verla, además de restaurar mi posición en la fundación. Pero sus palabras no tuvieron el eco de alegría que debería haber supuesto. Todo eso me parecía nimio y muy lejano en comparación a la búsqueda que estábamos a punto de emprender y, sobre todo, ante la perspectiva de compartir con Mars diez días de viaje sin la presión de saber que su mejor amiga y protectora estaba en peligro. Todo eso había pasado y, por mucho que los abogados de aquellos cuatro hombres los consiguieran sacar de la situación en que se encontraban, dudaba de que se atrevieran de nuevo a realizar actos similares, por más que insistiera Marie Stewart. La partida estaba ganada y ahora solo faltaba rematarla.

Prometimos al comisario que acudiríamos para identificar a uno de aquellos hombres como el italiano que había entrado con Azul en mi piso de Barcelona, y quedamos de acuerdo con la condesa en que no haríamos nada sin antes informarla de cada uno de nuestros pasos. Después, nos fuimos. A mí me dio un par de sonoros besos y un largo abrazo, y a Mars la cubrió de caricias y lágrimas en una despedida que, además de entermecerme, me hizo sentir, por primera vez en muchos años, celos.

## Capítulo

**E**l calor en la mañana donostiarra era intenso, sobre todo, metido en el interior del coche con el que daba vueltas el Negro por el extrarradio de la ciudad. No sabía qué hacer, su jefe estaba detenido e incomunicado. Había pensado huir a Francia, pero su jefe podía necesitarlo y por eso andaba ocultándose sin dejar de echar vistazos a su teléfono móvil. Quizá recibiría alguna llamada con instrucciones. No podía comprender qué había ocurrido, cómo los habían cogido a los cuatro de aquella manera infantil. ¡No sería porque él no lo había advertido! Era muy arriesgado traer a la mujer, no entendía por qué no habían ido a Rumanía, allí les habría sido más fácil deshacerse de todas las pruebas, pero la obstinación de ese hombre era imposible de contradecir. ¡Si le hubiesen hecho caso, ahora todos estarían disfrutando de una mañana plácida!

De repente, una llamada lo sobresaltó. Por fin, su teléfono daba señales de vida. Miró la pantalla, «número desconocido», sin duda era él. Aparcó el coche frente a un bar y descolgó.

—Jefe —lo saludó.

—No soy tu jefe —respondió una voz desconocida—, pero atiende. No sabes quién soy, aunque yo sí te conozco y sé cuál es tu trabajo. Puedes dirigirte a mí como «maestro» o «jefe», como prefieras. No hables, solo escucha. El señor Joswiack estaba bajo mis órdenes, yo lo dirigía, y ahora te dirijo a ti. ¿Me comprendes? —preguntó.

—Sí —contestó el Negro. La rotundidad de aquella voz lo desconcertó, y más aún porque nadie, aparte de su verdadero jefe, conocía su número de teléfono. Era la voz de un hombre maduro, con un ligero acento que no atinó a ubicar, quizá francés.

—Te busca todo el mundo y no pueden encontrarte. Debes confiar en mí, yo sacaré a Joswiack y a los otros de la cárcel, pero ahora debemos ser prudentes y actuar rápido. Si sigues mis órdenes, todo saldrá bien. Toma nota de una dirección, quiero que vayas allí y esperes nuevas instrucciones. Yo me pondré en contacto contigo y no al revés. ¿Has comprendido?

—Sí, jefe —repitió el Negro.

—Es una dirección de París, irás por carretera. Viaja de noche y escóndete durante el día, nadie debe verte, ni mucho menos la Policía. Cuando llegues, anota cada persona que entre o salga de esa casa, y si viene en coche, la matrícula, ¿comprendes?

—Sí, jefe.

—¿Dónde estás ahora?

—En San Sebastián —contestó el Negro.

—¡Estás loco! ¡Lárgate de inmediato! —le gritó con ira el hombre. El Negro quiso decirle que estaba allí por si Lucas Joswiack lo necesitaba, pero el otro no lo dejó articular palabra, le dictó la dirección y se aseguró de que la hubiese tomado correctamente. Le repitió que no hiciera nada y que esperara nuevas órdenes—. ¿Tienes dinero y documentación?

—Sí —contestó el cubano, y el hombre colgó.

¿Quién era ese hombre? Al Negro no le había gustado el tono final de la conversación, pero comprendió que en efecto, fuera quien fuera, había asumido el mando. Miró el papel con la dirección, lo dobló y se lo metió en el bolsillo; después, arrancó el coche. Si conseguía salir de Euskadi, estaría salvado.

## Capítulo

**E**l Aeropuerto Ben Gurión, en Tel Aviv, se asemejaba más a Fort Knox que a un aeropuerto convencional. Policías con chalecos antibalas, perros y armamento de asalto custodiaban el acceso al país tras el control de pasaportes. Por sus pasillos, paseaban grupos de judíos ultraortodoxos ataviados con trajes de riguroso negro, barbas pobladas y rizos descolgados desde las sienes que el resto de los viajeros, entre los que nos encontrábamos Mars y yo, mirábamos con curiosidad, perplejidad, incluso miedo.

Tras cerca de tres horas de filas y controles, conseguimos alcanzar la nueva terminal del Aeropuerto Ben Gurión (me recordó al Palacio Kursaal de San Sebastián por sus tiras luminosas en plano inclinado). Con una sensación de alivio, seguimos los carteles de *rent a car* por un largo pasillo, hasta que dimos con la agencia donde habíamos alquilado un todoterreno. Nos entregaron un Hyundai Santa Fe negro, preparado con un navegador digital en el que consultar todas las carreteras del país.

Hacía poco más de un par de semanas de nuestra visita a la condesa y muchas cosas habían pasado en ese breve tiempo. Mars y yo habíamos señalado en una ronda de reconocimiento al italiano que entró en mi apartamento, Oriol Nomis me había llamado para vernos urgentemente tras asegurarme que todo estaba aclarado y que era muy importante reconducir la situación. No fui. El fiscal, a petición del comisario, había cambiado nuestras faltas de expolio, tráfico y no sé qué más a daños contra el patrimonio, lo que nos supondría una buena multa, pero que esfumaba la opción de presidio; y Mars y yo parecíamos vivir una luna de miel.

Marie Stewart, una vez recuperada, vino a Barcelona como nos había anticipado para recoger a Azul y, después de un breve almuerzo en el Port Olímpic con Mars y conmigo, se marcharon juntas a París.

Otra de las cosas que dejé lista fue pagar a Martí por su trabajo. Del millón trescientos treinta y siete mil euros de la subasta, solo habíamos recuperado en efectivo el millón de euros, así que la cuenta todavía acreditaba un saldo bastante atractivo. No quise imaginar la cara que se le quedaría, ni cómo lo explicaría ante la todopoderosa Hacienda, pero le inyecté una transferencia de cien mil euros en su cuenta corriente. Es probable que yo lo hiciera más para limpiar mi conciencia que por él mismo, pero lo cierto es que sentí un alivio inmenso cuando recibí en mi correo electrónico la confirmación del traspaso desde la cuenta de Suiza.

Yo hubiese preferido partir hacia Israel nada más llegar de San Sebastián, pero la procedencia colombiana de Mars precisaba de un visado que tardó dos semanas en llegar. Al día siguiente de haberlo obtenido, partimos hacia Tel Aviv en el vuelo

regular LY396 de la compañía El Al, con salida a las doce y media desde Madrid y llegada a la capital de Israel casi a las siete de la tarde. Era el segundo vuelo que hacía con Mars, y mi corazón ansiaba muchos más en un futuro. La búsqueda de la inmortalidad de Mariam se había convertido en realidad en la búsqueda de mi propio destino. Un camino que me había obligado, sin ser apenas consciente de lo que ocurría, a desprenderme de todas las ataduras anteriores. Había perdido mi trabajo, catapultado al infierno mi reputación, aniquilado mi coraza de anotador científico, y sobre todo, me había liberado de Azul. El sentimiento de abandono y culpa que me acompañó durante todos esos años de viajes por el mundo había desaparecido de un plumazo. La mochila de mi vida por fin estaba vacía para llenarla de lo que realmente quisiera, un nuevo camino en el que encontrar el final no era ni tan solo el objetivo.

Toda mi vida me había movido la reflexión racional, pero en esos meses había prescindido de ella como de alguien de quien te quieres deshacer y nunca encuentras la manera de hacerlo. La intuición, la rabia, el miedo, el dolor y la pasión habían desbancado al todopoderoso raciocinio. Y me encontraba bien, muy bien. Más seguro y confiado de lo que había estado en toda mi vida.

—¿En qué piensas? —me preguntó Mars.

—En ti —mentí, aunque no del todo. Me besó.

—Deberíamos avisar a Marie de nuestra llegada.

—Espera que lleguemos al hotel, y después de relajarnos un poco, la llamas.

Sonrió a mi petición y me ayudó a cargar las dos maletas en los asientos traseros del todoterreno. Habíamos escogido un hotel a las afueras de Tel Aviv. La noche inundaba los escenarios de asfalto y desierto de las tierras israelíes. El negro profundo del alquitrán se perdía en la noche, salpicada únicamente por las luces mortecinas de las construcciones a pie de carretera que nos acompañaron hasta el hotel.

El hotel estaba apenas a una hora del aeropuerto. Una brillante recepción nos acogió en un lujo al que no estaba acostumbrado. Nuestra habitación, en el tercer piso, daba a un jardín trasero y estaba decorada con sobrios estantes de yeso blanco. Antes de bajar a cenar, Mars llamó a Marie Stewart y le explicó que habíamos llegado bien. La escuché dar recuerdos a la señora Bouvier, después me explicó que Marie Stewart y Azul habían ido a visitar a *madame* a su casa, y que se mudarían allí mientras durara nuestra expedición por tierras bíblicas. Las imaginé a las tres frente a la pantalla del ordenador siguiéndonos a través de un punto rojo en un mapa cuadriculado de la zona.

Después de cenar, ordenamos todo el equipaje para partir temprano hacia Qumrán. El navegador satélite del vehículo nos ayudaría a hacerlo sin pérdidas de tiempo innecesarias. Mars abrió su maleta y yo hice lo propio con la bolsa de viaje en la cual habíamos guardado todo lo indispensable para la expedición. A las ropas

compradas para la excursión nocturna por Clairvaux habíamos añadido una tienda de campaña, dos sacos hiperminúsculos, por si nos veíamos obligados a hacer noche en la ciudad arqueológica, un par de palas y una escalera enrollable. Linternas, arneses, cuerdas y una buena reserva de barritas energéticas completaban el equipo. En una carpeta, guardábamos la copia transcrita por la señora Bouvier de los escritos del caballero templario, André de Montbard, y del soldado francés, así como una tablilla con el alfabeto templario y su equivalente al nuestro. También, un diccionario de latín-español/español-latín. Mars lo dominaba con bastante corrección, pero me pareció una buena idea llevar también el libro y, además de todo esto, una copia de cada uno de los escritos en el disco duro de mi ordenador portátil. Un equipo más propio de un arqueólogo o un «buscatesoros» que de una pareja de turistas, como muy bien nos había advertido el funcionario de aduanas en el aeropuerto.

Tuve una noche plácida, cuajada de sueños en los que una anciana de largas melenas y túnica blancas me invitaba a una taza de té al más puro estilo de Alicia en el País de las Maravillas..., ¡mientras no nos cortaran la cabeza! El despertador se activó a las seis de la mañana.

El navegador del coche anunciaba dos horas de viaje hasta Qumrán, y la emoción comenzaba a dibujarse en nuestros rostros en un rictus de nerviosismo que disimulábamos con risas torpes ante cualquier bobería del camino. La autopista que comunicaba Tel Aviv con Jerusalén cruzaba el desierto de la antigua Judea entre viejos cerros cepillados por la historia y la corrosión implacable del tiempo, y el suave azul del cielo, moteado por pequeñas nubes grisáceas, casi incoloras, rasgadas por los rayos de un sol picado en diagonal que, si bien no calentaba, amenazaba con hacerlo más adelante. El GPS anunciaba la posición de la ciudad santa de Jerusalén en forma de una gran sombra naranja que se abría a la derecha de la pantalla. Nos hubiese gustado visitarla, pero seguimos las indicaciones del artilugio hasta la circunvalación de la carretera hacia el Mar Muerto. Al cabo de unos minutos, llegamos a la población de Yered, donde dejamos la vía principal y cogimos otra que bordeaba el mar en dirección sur. En pocos minutos más, llegaríamos a Qumrán. Eran las ocho y media de la mañana. La carretera nos ofrecía una magnífica vista de los campos de cultivo y los palmerales a orillas del mar a nuestra izquierda, y del desierto de Judea a nuestra derecha. Pequeñas ensenadas de arena y piedra de color ocre se levantaban a diferentes alturas, dejando entrever los numerosos sustratos que las habían formado millones de años atrás. Poco a poco, la conversación menguó hasta la desaparición absoluta, y en el interior del vehículo se creó un silencio profundo que nos sumió en nuestros más recónditos pensamientos, ¿cómo sería Mariam?, ¿estaría todavía viva?, ¿encontraríamos alguna evidencia de su paso por esas tierras?, y si en verdad todavía estaba allí, ¿cómo advertirla de que su secreto había sido desvelado y que debería buscar un nuevo emplazamiento para el resto de

su vida inmortal?, ¿estaría sola?, ¿nos entendería? Muchos interrogantes que nos atenazaban el habla y las emociones.

Por fin, divisamos las ruinas. Paré el coche en un mirador turístico desde el que se dominaba toda la explanada desértica de Qumrán, y la primera impresión fue de una desilusión inmensa. Miré a Mars, que se protegía del fuerte sol con la palma de su mano en forma de visera. La ciudad no era tal, yo había imaginado algo parecido a Machu Picchu, o a cualquiera de las ruinas que había visitado en mi vida. Restos de casas, de construcciones, rocas abandonadas por doquier a las que una buena dosis de imaginación las convertía en la ciudad que habían sido. Allí nada de eso existía. Qumrán era un gran desierto montañoso plagado de extraños montículos, como si alguien hubiese tirado toneladas de cemento líquido a diferentes alturas y se hubiesen desbordado por su propio peso, que se extendía hasta el mar, donde el sol calentaba sus aguas en una bruma bailarina que se perdía en el horizonte.

—¿Qué te parece? —me preguntó Mars, que vestía *jeans* descoloridos, camiseta blanca y zapatillas de montaña.

—No es lo que esperaba —contesté.

—Es lo que vimos en las fotos.

—Sí, pero pensé que *in situ* sería diferente. Esto es horrible, solo arena, rocas, agujeros y sal —señalé al Mar Muerto.

—Y erosión —apuntó Mars.

—Sí, y erosión. No sé qué vamos a poder encontrar aquí, la verdad.

—No perdamos la ilusión antes de empezar, en peores lugares hemos dado con la solución, ¿o no?

—Tienes razón, perdona —Mars en efecto tenía razón. La besé, pero nada era comparable a aquella mal llamada «ciudad». Allí en verdad no había nada, ni siquiera los restos de una sola construcción se adivinaban desde el mirador.

—Vamos, bajemos.

Volvimos al coche y continuamos hasta el desvío de Qumrán. La entrada a la zona arqueológica estaba situada a pie de carretera, junto a una pequeña construcción rodeada de árboles y repleta de maquetas, libros y todo tipo de suvenires. Casi todo eran reproducciones de los fragmentos de los rollos encontrados en las cuevas, y libros en varios idiomas con la transcripción y el catálogo de los textos. También había un buen surtido de alhajas, colgantes y pendientes con las formas de alguno de esos pedazos. Crucifijos, biblias, libros esotéricos, escritos esenios y reproducciones de la *Torah* ocupaban el resto del espacio. Todo en menos de cien metros cuadrados junto a los que otra pequeña sala acogía la recreación de una de las cuevas con sus vasijas de barro y rollos en su interior. Mientras Mars y yo paseábamos distraídos nuestra vista por las vitrinas, entró un grupo de turistas canadienses; entonces, la cajera nos indicó que iba a empezar una visita en francés e inglés, y decidimos

unirnos, previo pago del boleto de entrada.

La visita de la ciudad comenzaba por un antiguo pozo, ahora seco, desde el que se distribuía el agua a través de unos acueductos que se ramificaban en decenas de cisternas, baños y cuencas. Entramos de la mano de uno de esos acueductos principales. Desde el mirador de la carretera, esa parte nos había quedado oculta por las montañas, pero ahora, frente a nosotros, se abrían unas ruinas más acordes a lo que esperábamos encontrar. Seguimos el acueducto hasta lo que quedaba del antiguo *scriptorium*. Unas filas de piedras de un metro y medio de altura dejaban entrever el antiguo lugar de estudio y escritura de la comunidad. En su origen, había gozado de dos plantas, y al parecer era en la segunda donde los esenios dedicaban parte de su jornada, entre rezo y rezo, a copiar los famosos textos. Visitamos después el comedor, en donde nos explicó el guía que se habían hallado más de mil partes completas de vajillas, cristalerías y ensaladeras, aunque nos aclaró que esas piezas se utilizaban únicamente para comer y no para la cocción de los alimentos, ya que, a excepción del pan, los ingerían crudos. También visitamos los hornos. El sol golpeaba con fuerza los cráneos de la treintena de personas que asentíamos con movimientos afirmativos a las explicaciones bilingües. Como siempre que visitaba restos arqueológicos, no pude evitar imaginar todo aquel lugar con vida humana, hombres y mujeres que vivían en estado permanente de acatamiento de la Ley judía. Fieles seguidores del Antiguo Testamento en su estado más puro. Imaginé a Mariam, esta vez como una joven, ataviada con la túnica blanca de la secta, caminando en silencio entre sus hermanos de fe, y no pude dejar de crear un paralelismo inmediato con lo que había aprendido de los monjes del Císter. Los *flashes* norteamericanos se disparaban en dirección al índice del guía según emplazaba cada una de sus explicaciones.

Las dimensiones de la ciudad eran de poco más de diez kilómetros cuadrados, cien metros por lado, y el calor, intenso. Visitamos también una de las pozas para los baños rituales, «*mikvot*» la llamó el guía, que se perdía un par de metros bajo tierra en una perfecta piscina, y donde la comunidad estaba obligada a sumergirse como mínimo dos veces al día. Un terremoto la había rajado en dos mitades. Nos explicó el guía que la escalera tenía una pequeña separación, ahora desaparecida por el sismo, para dividir a los hermanos impuros que bajaban a realizar su baño de los que subían ya purificados.

Una de las cosas que más me sorprendió fue el cementerio. Una gran explanada desértica, salpicada de piedras puntiagudas, que acogía más de mil tumbas de las que se habían excavado apenas cincuenta, la mayoría con esqueletos de varones. Por fin, el guía nos dirigió hacia donde se encontraban algunas de las cuevas que los esenios utilizaron como viviendas grupales. Visitamos la llamada «número cuatro», una de las más prolíficas en el hallazgo de fragmentos. Era una cueva con dos ventanales que daban directamente al palmeral y cuyo techo tenía forma de bóveda. La cueva estaba

impoluta, y ni Mars ni yo vimos ningún grabado en su entrada.

El guía aprovechó el fresco de la cueva y nos explicó que la mayoría de ellas se encontraban en peor estado en la actualidad que cuando fueron descubiertas en el año 1947. Nos explicó también la historia de los hallazgos. Al parecer, unos pastores nómadas que las conocieron en su trashumancia las recorrieron en busca de un tesoro oculto y dieron con las vasijas que contenían los antiguos rollos de cuero y papiro. Inmediatamente, corrieron a vender todo en los mercados locales. Después de varios intentos por deshacerse ventajosamente de su hallazgo, los rollos cayeron en manos del arzobispo sirio del Monasterio de San Marcos de Jerusalén, quien se hizo con los tres primeros rollos descubiertos por los beduinos. Mars y yo nos miramos, ¡allí había encontrado Azul la prueba que la llevó hasta Cîteaux!

El guía, ajeno a nuestra alegría, continuó con su explicación. Esos primeros rollos fueron tres. En una segunda incursión, los pastores encontraron otros tres escritos y dos jarras que, conscientes del valor de sus descubrimientos, vendieron por un buen precio al rector de la Universidad Hebrea de Jerusalén, quien los obligó a desvelar el origen de sus hallazgos. Fue la propia Universidad Hebrea la que desde ese momento capitaneó el inicio de las excavaciones con la colaboración de diferentes organismos internacionales interesados. A la postre, eso no fue una buena idea, pues los rollos se dispersaron en múltiples fragmentos que fueron muy difíciles de reagrupar y reunir por el Gobierno de Israel.

El grueso del descubrimiento quedó entonces separado, una parte en poder del Monasterio de San Marcos, otra de la Universidad Hebrea, y la más pequeña en manos de diferentes anticuarios y traficantes de obras de arte repartidos por medio mundo, pero después de la primera guerra árabe-israelí, el arzobispo sirio del monasterio se vio necesitado de fondos y decidió vender los rollos. Ahí fue —el guía exhaló un orgullo patrio hasta entonces oculto— donde el Gobierno israelí, a través de diferentes testaferros para ocultar su identidad, consiguió hacerse con el total de los rollos en 1954, siete años después del primer descubrimiento.

El muchacho siguió con la explicación aprovechando la temperatura más agradable de la cueva. Todos los manuscritos formaban parte de la biblioteca de la comunidad esenia y habían sido realizados entre los años 200 a. C. y 68 d. C., cuando la ciudad fue arrasada por el ejército romano del general Vespasiano, que la destruyó e incendió sin dejar un solo superviviente. Desde ese día, además de los restos arqueológicos como los bancos del *scriptorium*, las vajillas y algunos objetos más, lo único que permaneció a salvo durante estos mil ochocientos ochenta y seis años fueron las vasijas de cerámica y los rollos conocidos mundialmente desde entonces como «rollos del Mar Muerto» o «rollos Q».

Nos explicó que uno de los descubrimientos más importantes en esos rollos fueron las normas de la comunidad esenia, la Regla de la Comunidad, porque las

similitudes entre las creencias y prácticas descritas por el filósofo Filón de Alejandría y el historiador Flavio Josefo certificaron por fin la existencia de los esenios. Otras pruebas, como los escritos del historiador romano Plinio el Viejo, encajaron a la perfección con el descubrimiento de los rollos. Aunque nos aclaró, antes de nuestras preguntas, que en ninguno de esos escritos se nombraba la figura de Jesús de Nazaret.

Después de sus explicaciones, el guía abrió una rueda de preguntas. La mayoría fueron encaminadas a satisfacer curiosidades sobre la vida esenia y sobre los poderes que la reciente New Age les atribuía. A pesar de las aclaraciones previas, también le hicieron numerosas preguntas acerca de la pertenencia, o no, de Jesús de Nazaret y San Juan Bautista a la secta. Cuando por fin el guía desmitificó la mayoría de las leyendas sobre estos personajes, Mars preguntó si sabía de alguna cueva en cuyas paredes se hubiesen encontrado grabados. El muchacho, vecino de Jerusalén y estudiante de Arqueología e Historia, nos dijo que no, aunque nos recordó que la erosión sufrida en estos últimos años había causado graves daños sobre la roca blanda de Qumrán. Era probable que alguna vez hubiesen existido marcas, pero en la actualidad ninguna de las cuevas las tenía. Una pesada losa se añadió al calor infernal del lugar. Regresamos a la tienda museo de la entrada, donde nos esperaba la serie de rigor de baratijas. La visita había durado tres horas.

Compramos un mapa cartográfico de la ciudad, otro con el emplazamiento de todas las cuevas y un libro con la historia resumida de la ciudad esenia. Nos hicimos también con una pequeña provisión de agua y nos marchamos, pero antes de regresar al hotel nos ocultamos a la sombra de un palmeral, a poco menos de doscientos metros de la caseta de entrada.

La ciudad arqueológica cerró sus puertas al público a las cinco de la tarde, y una hora después salieron todos los trabajadores, la vendedora de la tienda y los guías turísticos, justo en el momento en que un guardia, arribado a lomos de una motocicleta del siglo pasado, los relevaba. Esperamos un rato mientras observamos los movimientos del vigilante, pero este, apenas se sintió solo, abrió la caseta de la entrada y se metió dentro. No alcanzamos a ver al guardia, aunque por sus andares no nos pareció un tipo muy atlético.

De regreso al hotel, lo hicimos comentando cómo entraríamos en la ciudad sin ser vistos, y cuando llegamos, ya habíamos trazado un pequeño plan para contrastarlo con la condesa. Dejaríamos pasar antes un par de días para que nuestros rostros se difuminaran en la memoria del guía y de la vendedora de la tienda. No habíamos observado cámaras de vigilancia, ni en los restos de la ciudad ni en la tienda de suvenires; tampoco, vallas cerrando el recinto. De hecho, era imposible robar una cueva o restos (que no fueran rocas) de la ciudad.

Ya en la habitación, me tumbé en la cama mientras Mars se arreglaba para bajar a cenar y le leí algunos fragmentos del libro de la vida de los esenios. En resumen, era

lo que nos había explicado el guía. Un grupo de hombres y mujeres que renunciaban a todo para vivir en comunidad de bienes y propiedades, de los que debían desprenderse al entrar en la secta. Solo podían vestir prendas blancas, y tenían prohibido jurar, emitir votos y sacrificar animales, lo que me acercó mucho a sus pensamientos. Mars rió. Tampoco podían ingerir alimentos impuros ni participar del comercio o hacer negocios. En ese punto, Mars me hizo ver, no sin cierta ironía, que me habrían expulsado de la orden a las primeras de cambio. La secta reclutaba niños que adoptaba como hijos de la comunidad, y adultos que hubiesen renunciado a todas sus posesiones materiales. Se denominaban a sí mismos «hijos de la Luz», y en los rollos también se hablaba de la llegada de los quitim, o «hijos de las Tinieblas», contra los que mantendrían una dura batalla final que les abriría las puertas del Reino de Dios. Decía además el libro que era muy posible que en la época de la dominación romana se hubiese identificado a los invasores con esos quitim, o demonios, y que por ese motivo la comunidad se hubiese avenido a luchar y a aceptar que otros judíos lo hicieran con ellos. Se habían encontrado en la ciudad restos de armas judías y romanas, la mayoría calcinadas.

—Una historia apasionante, ¿no te parece? —le pregunté a Mars.

—Sí, es increíble además que Mariam viviera en esa comunidad y que sobreviviera al ataque romano. Recuerda lo que ha dicho el guía, que no dejaron supervivientes.

—Debemos estar locos para buscar a una mujer de la que solo quedan referencias en los libros de historia —le dije.

—Y lo más importante, que conoció a Jesús de Nazaret.

—El guía ha desmitificado la relación de los esenios con Jesús.

—Bueno, ellos no saben lo que nosotros —afirmó Mars.

Preferí no entrar en eso y sugerí que bajásemos a cenar. Después de la cena, que dedicamos a fabular sobre la vida de Mariam, nos dedicamos a comprobar el mapa que habíamos comprado en la tienda de Qumrán, o como la llamaban en varios libros, Qirbet Qumrán, que significaba «ruinas de piedra», o Secacah, su antiguo nombre. El recinto arqueológico apenas distaba ochenta metros por cada lado, y las cuevas que estaban a su alrededor se repartían en poco menos de setecientos metros. La más lejana, la número tres, estaba a dos kilómetros en dirección norte. Aunque no era demasiado, en una sola noche, a no ser que la fortuna nos iluminase, sería imposible dar con la cueva en donde el soldado francés encontró las inscripciones.

Decidimos que comenzaríamos por las cuevas más alejadas y que la primera incursión la haríamos dentro de dos noches. En total, eran once cuevas en las que se habían encontrado más de cuarenta mil fragmentos de más de quinientos libros diferentes, la mayoría incompletos. Las cuevas estaban numeradas como 1Q, 2Q, 3Q..., hasta 11Q, y los textos y fragmentos encontrados también se numeraban según

esta codificación; así, el Comentario de Hababuc, por ejemplo, se conocía por 1QpHAB. Lo que más nos preocupaba era la rápida erosión que habían sufrido las cuevas. Si en apenas cincuenta años la roca se había desgastado de forma evidente, qué no se habría perdido desde que el soldado francés hallara los signos doscientos años atrás.

Al día siguiente, regresamos a Qumrán de madrugada. La llegada del personal y la salida del vigilante se produjeron a las ocho de la mañana en punto, cuando el sol hacía más de una hora que había salido. Después de pasar por el hotel para informar a Marie Stewart, decidimos tomarnos un día libre y nos fuimos de visita turística por Jerusalén.

## Capítulo

**E**l Negro tomaba café de su mismo color sentado al volante de su vehículo. Llevaba varios días de vigilancia en la dirección que le habían ordenado, un palacio de la Rue de Sèvres en pleno centro de París, y a pocas manzanas de donde aquella pelirroja alquilaba barcos en los Jardines de Luxemburgo. Estuvo tentado un par de veces de ir a verla, sobre todo por las noches, pero la voz de aquel hombre había sido clara, bajo ningún concepto debía distraerse de la vigilancia. La casa estaba rodeada por un muro de protección de unos dos metros de altura, en el que no vio cámaras de vigilancia, y tras el que sobresalían las copas de una ordenada hilera de árboles que cubrían el fondo de la finca. En la parte trasera, apenas se entreveían los techos de una construcción que imaginó antigua y lujosa.

Había decidido cambiar de lugar el vehículo con una cadencia de tres o cuatro horas, sin llegar a estacionarlo nunca frente a la reja principal, y sin bajarse de él. Todavía no sabía qué buscaba allí, pero era evidente que el propietario era alguien importante.

Nada más llegar a París, había recibido una llamada de su nuevo jefe; le preguntó si ya había localizado la dirección y le mandó cambiar de vehículo. Una vieja furgoneta con el logotipo de una empresa de mantenimiento de calefacciones que recogió en un taller a las afueras de la ciudad, donde dejó el coche que había utilizado para huir de España. La furgoneta había sido adaptada con prisas para su tarea: un colchón, un baño químico, un bidón de agua y un fogoncillo, además de provisiones, galletas, sobres de sopa, zumos y agua. Desde entonces, no se había movido de aquella calle plagada de palacios iguales al que debía vigilar. Su único entretenimiento había sido masturbarse dentro de una botella de agua, que guardaba tras su asiento, y beber zumos. Le dolían todos los músculos y huesos de su cuerpo, pero por lo menos había sorteado los controles de la Policía y estaba libre.

Los recuerdos de la pelirroja le provocaron una nueva erección que se disponía a aprovechar, cuando vio que la verja se movía. Era el primer movimiento desde que había iniciado la vigilancia. Se cerró la bragueta y se acurrucó entre los asientos para no ser visto. Un coche grande de color granate sorteaba la verja y se colaba por el camino principal sin detenerse. Alcanzó a ver la matrícula trasera, francesa, y la anotó. El vehículo lo conducía una sola persona.

Al poco de entrar el coche, vio el resplandor de las luces de las plantas superiores, las únicas a las que tenía acceso desde su escondite. Todavía era de día, pero supuso que la luz tardía parisina llegaba hasta la vivienda amortiguada por la arboleda. Estuvo tentado de saltar la valla y entrar, pero prefirió esperar. Se vio recompensado

antes de anochecer; el mismo vehículo, que ahora pudo ver con mayor claridad, un monovolumen de color granate, salió y lo siguió. Desde la distancia, vio dos cabezas en los asientos delanteros, ambas de mujer, y una sensación conocida lo estranguló. Si no le fallaban la vista y el instinto, aquellas dos mujeres eran las mismas que había custodiado en Rumanía.

El vehículo callejeó por París hasta la parte alta de la ciudad y, después de aparcar en una calle cercana al Cementerio de Montmartre, las vio bajar. ¡Eran ellas! Sacó su libreta y anotó la dirección de la casa frente a la que las dos esperaron hasta que una vieja salió a su encuentro. Las vio abrazarse y entrar en la casa.

Pasó la noche allí. Tenía la necesidad de comunicárselo a aquel hombre, pero no tenía cómo hacerlo. Al amanecer, lo despertó una llamada. ¡Maldita sea, se había dormido! Sintió un ardor profundo en el estómago y miró hacia donde habían aparcado el vehículo la noche anterior; respiró tranquilo al verlo. ¡Todavía estaban allí! Buscó el teléfono, que emitía pitidos cada vez más agudos perforándole el cerebro. Colgaba del retrovisor de la furgoneta, unido por la parte trasera al cargador de batería enchufado al encendedor del coche. De un manotazo lo agarró y contestó.

—¿Dónde estabas?

—En la furgoneta, jefe, tengo el celular cargando y...

—Calla —lo interrumpió—, intenta no dormirte de nuevo. ¿Dónde estás?

—Jefe, anoche quise llamarlo. Un coche entró a la casa y apunté la matrícula —dijo el Negro con orgullo—, esperé un buen rato, no sabía si entrar, pero después se abrió otra vez la puerta y las vi salir. ¡Son ellas, jefe!, la mujer que traje de Rumanía y la putita que se llevó el italiano amigo del jefe.

—¿No te habrán visto? —preguntó el maestro con un deje de nerviosismo que no le pasó desapercibido al Negro.

—No, jefe, las seguí hasta una casa en la que se han quedado toda la noche. Todavía están ahí dentro. ¿Quiere que entre y las agarre?

—¡No! Estate tranquilo, dame la dirección de esa casa. Has hecho muy bien siguiéndolas, te felicito, te recompensaré por tu trabajo. Ahora solo síguelas si vuelven a salir y espera mi llamada. Recuerda anotar cada lugar al que vayan, si las ves comer con alguien, apunta cómo es, pero sobre todo, ¡no te dejes ver!, ¿has comprendido?

—Sí, jefe, están con una vieja.

—¿Una vieja?, ¿y cómo es? —se interesó el maestro.

—Vieja. No pude verla muy bien, pero tenía el pelo blanco y vestía una bata de flores.

—¿La has fotografiado?

—No, era de noche y... —su respuesta se cortó en un clic seco. Le había colgado. Ahogó una maldición contra ese hombre y lanzó un puñetazo al salpicadero que rajó

la pantalla de la calefacción.

## Capítulo

**A**provechamos la mañana para visitar Tel Aviv y hacer algunas compras de última hora en unos grandes almacenes. Mars había tenido una excelente idea para que no se vieran los destellos de nuestras linternas en el interior de las cuevas, las cerraríamos con una improvisada cortina negra, así que antes de almorzar nos hicimos con unos cuantos metros de tela negra y un par de palos telescópicos. Después, nos fuimos directo al hotel.

—¿Te vas a vestir ahora? —me preguntó Mars.

—No, mejor nos lo llevamos todo y nos cambiamos en el coche. No quisiera que nos vean bajar vestidos así y nos confundan con un par de terroristas. Todavía acabaremos en la cárcel antes de hacer nada.

—¡Solo faltaba eso! ¿Cómo estás?

—Muy nervioso —respondí—, lo que vamos a hacer es muy peligroso, pero además es extraño. Repasemos una vez más el mapa.

Y Mars desplegó el mapa de Qumrán sobre la cama. Habíamos marcado con un rotulador fluorescente, para ver con facilidad a la luz de las linternas, las cuevas que visitaríamos esa noche. Empezaríamos por una roca escarpada que se abría al norte de la ciudad, donde se encontraban las cuevas 1Q, 2Q, 3Q y 11Q. Si su tamaño era parecido al de la número cuatro, deberíamos tener tiempo suficiente para explorarlas en una noche. Lo más difícil sería localizar las bocas en la oscuridad y trepar hasta ellas. Por fortuna, consultamos con el canal de meteorología y durante toda la semana gozaríamos de una luna casi llena.

—Cècil, te das cuenta de que somos los primeros seres humanos que vamos a ver a Mariam en más de mil años.

—Quizá no la encontremos —y me callé—, y todo esto no sea más que un juego macabro.

—¡Seguro que la encontraremos! Debemos hacerlo, debemos avisarla de que su secreto ha sido profanado.

—Mars, quiero que sepas...

—Vamos, no te pondrás tonto ahora. No nos va a ocurrir nada, tranquilo. Verás que todo sale bien.

—Sí, pero aun así quiero que sepas que estas semanas contigo han sido las más —dudé de la palabra adecuada, me sudaban las manos, y el corazón parecía que iba a saltar en pedazos— importantes de mi vida y que, tanto si encontramos a Mariam como si no lo hacemos, me gustaría que continuaran así.

—No, Cècil, no. No pidas eso, nadie puede saberlo. Antes de conocerte, juré que

jamás volvería a estar con un hombre, y mira el resultado —me besó largo y profundo—. Vamos —me dijo, y salimos con una gran bolsa llena de cacharros y el corazón tan encogido como una uva pasa.

Escogimos un lugar cercano al que habíamos utilizado para espiar la tienda unas noches atrás, y escondimos el coche. El negro metalizado de la carrocería emitía ligeros brillos a la luz de la luna que esperamos no atrajesen a nadie, y nos cambiamos en silencio. Al cabo de pocos minutos, nuestra vista se acostumbró a la luz mortecina de la luna y la explanada se fue abriendo a nuestros ojos en toda su longitud. Cargué una pequeña mochila con los mapas, una cuerda, la cámara digital, la pala desmontable, la escalera enrollable, el palo telescópico y la tela negra. Descartamos la tienda y los sacos, por nada del mundo nos quedaríamos a dormir allí. Calzábamos botas de montaña con grandes tacos en las suelas que nos permitirían escalar los riscos montañosos de las cuevas sin demasiada dificultad. Cuando estuvimos listos, activé el emisor satélite y comenzamos a caminar.

La ciudad quedaba un poco al este de nuestro escondite, y la roca escarpada en donde se escondían las cuevas seleccionadas, al noreste, justo a nuestra derecha, a unos dos kilómetros de nuestra posición. Hacia allí comenzamos a caminar en absoluto silencio. Había envuelto todo el contenido de la mochila en la tela negra para que no hiciera ruido al caminar. El guardia estaba en el interior de la tienda, de la que salía una luz amarillenta por las ventanas, y todo parecía tranquilo, como cualquier otra noche. Tropezamos un par de veces con alguna roca que casi nos hizo caer, pero en menos de una hora ya nos habíamos plantado frente a la pared. Empezamos a escalarla sin demasiados problemas. En cada paso encontramos un saliente, o una roca, donde apoyarnos y conseguimos ascender sin necesitar las linternas. Eso era lo más peligroso, encender una luz que pudiese verse en la distancia. Si nuestros cálculos eran correctos, debíamos estar muy cerca de la entrada de la cueva número tres, la más alejada. Paramos en un pequeño balcón natural para coger aire y comenzamos a repasar cada sombra de la pared en busca del agujero. Por fin, Mars lo divisó apenas un par de metros a nuestra derecha y, agarrados a la roca, nos movimos hasta él. Era estrecho, como de unos sesenta centímetros de diámetro. Mars me ayudó a desprenderme de la mochila y saqué la cuerda. Até una piedra en su extremo y la lancé al interior del agujero. El suelo de la cueva quedaba a unos pocos centímetros por debajo de su boca, así que tiré la mochila completa dentro y luego me metí yo. Desde su interior, y con los pies apoyados en la base de la cueva, ayudé a Mars para que entrara.

Desplegamos los palos telescópicos contra las paredes internas y colgamos la tela negra sobre ellos; después, la dejamos caer tapando la totalidad del agujero de acceso. La oscuridad nos invadió de repente, como el terror por estar allí. Encendí rápido mi linterna y un halo de luz me devolvió los hermosos ojos de Mars, tan abiertos como

sus párpados le permitían. Ella hizo lo mismo y dos haces de luz cruzaron errantes las paredes de la cueva.

Mars sudaba, como yo, y supuse que por los mismos motivos. No sabíamos muy bien qué debíamos buscar, quizás alguna marca en las paredes, o un agujero escondido por el que descolgarnos en busca de otra cueva más profunda. El emisor satélite funcionaba a la perfección y enviaba nuestras coordenadas al espacio en espera de que alguien las pudiese recoger.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

—Un poco.

La abracé durante unos segundos que me devolvieron la fe. Ella comenzaría por la pared de la derecha y yo recorrería cada palmo de la pared de la izquierda hasta encontrarnos en el fondo de la cueva, a unos cuatro o cinco metros de profundidad. Recorrimos con nuestras luces el suelo y toda la pared. La superficie era de roca, rugosa, natural, sin traza alguna del hombre. Si alguna vez hubo signos allí, habían desaparecido por la fuerte erosión. Llegamos al cabo de unos minutos al fondo de la cueva sin haber descubierto nada. Regresamos despacio, enfocando el techo con nuestras cabezas, y al llegar a la entrada, el resultado había sido el mismo. Nada. Cuando creímos haber comprobado cada centímetro de pared, apagamos las linternas, recogimos la tela y los palos telescópicos, y salimos. Antes, decidimos atarnos por la cintura con la cuerda, por si alguno de los dos sufría un resbalón en la pared de la montaña.

El mapa indicaba que el resto de las cuevas se abrían hacia el sur de la que acabábamos de examinar, y casi a su misma altura, así que, después de acostumbrar de nuevo nuestros ojos a la oscuridad, nos movimos con pasos cortos abrazados a la pared en dirección a nuestra derecha. La segunda cueva estaba muy cerca de la primera.

Repetimos el mismo procedimiento. Desaté a Mars y coloqué una roca en el extremo de la cuerda, la lancé dentro y por el sonido supimos que esa estaba algo más baja que la anterior. Entramos, cerramos la hendidura con la tela negra, y recorrimos toda la cueva con nuestros halos de luz, aunque esta vez atados el uno al otro por la cintura. Al cabo de casi una hora, el resultado fue el mismo. Nada en la cueva número once.

Las grutas 1Q y 2Q quedaban a unos seiscientos metros hacia el sur de la número once. Encontrarlas nos llevó bastante más tiempo del que habíamos calculado, porque su entrada quedaba justo bajo una cornisa de roca que las confundía con las otras sombras. Cuando ya casi estábamos a punto de desesperarnos, encendí la linterna y lancé un chorro de luz rápido por la pared; entonces, las vimos. Empezamos por la 1Q. Era mucho más grande que las dos primeras (había sido, junto a la 4Q, la más prolífica de las once) y nos entretuvo cerca de dos horas recorrerla entera. Tampoco

encontramos nada.

La boca de la cueva 2Q estaba a pocos metros de la 1Q. El resultado fue el mismo que las otras tres, nada.

Con todo el cuidado del que fuimos capaces, bajamos la pared y volvimos al coche. Faltaban menos de dos horas para el amanecer.

Un sentimiento de desánimo que no pudimos disimular nos tuvo presos durante todo el camino de regreso. Poco antes de llegar al hotel, nos alcanzó el sol y nos cambiamos de ropa. Entramos como dos turistas de regreso de una noche loca en Tel Aviv.

Nada más entrar en la habitación, nos abrazamos con la necesidad de vaciar nuestros temores en el valor del otro y nos tumbamos en la cama. Estuvimos así un buen rato, en silencio, hasta que por fin me levanté y envié un correo explicando lo ocurrido a la señora Bouvier. Después, bajamos a desayunar. Mars devoró los platos del *buffet* como si tuviera un león escondido en su estómago. Yo tampoco dejé pasar la ocasión de llenar bien el mío. La tensión nos había abierto el hambre y, cuando subimos a la habitación para descansar, no conseguimos conciliar el sueño hasta después de haber hecho el amor durante largo tiempo.

Nos despertamos, hambrientos de nuevo, a las seis de la tarde y coincidimos, entre risas, en bajar a llenar la panza antes de marcharnos a Qumrán. Esa noche examinaríamos las cuevas 8Q, 9Q y 10Q. Estas últimas distaban unos quinientos metros y se levantaban justo al otro lado de la ciudad. A pesar de no haber hallado ninguna prueba ni pista sobre Mariam, después de valorar lo que habíamos hecho, nos sentimos felices y osados. Mars convino en que teníamos más posibilidades de encontrar alguna pista en las cuevas más cercanas a la ciudad. Si Mariam había escogido alguna de ellas, lo más probable era que fuese cerca de las construcciones que conoció en su juventud. No quise bajarle el ánimo a Mars, pero si en alguna de las cuevas estaba seguro de que no encontraríamos nada, era en esas. Estaban tan cerca de la ciudad que cualquier pista ya habría sido encontrada por los arqueólogos o los miles de turistas; de hecho, el mismo razonamiento se podía aplicar a la totalidad de las cuevas, pero no quise estropearle su optimismo. Esperamos en la habitación, tranquilos, hasta que la noche se apoderó del patio de luces. Entonces cogimos la bolsa con el equipo y nos marchamos de nuevo.

Aparcamos el coche en el mismo lugar que la noche anterior, si bien ya habíamos decidido que esa sería la última que lo dejaríamos allí. Calculamos que como mínimo necesitaríamos una noche más para acabar con las investigaciones y no queríamos encontrarnos con la sorpresa de que alguien nos hubiese visto y nos esperara junto al todoterreno de madrugada.

La noche se había levantado clara, sin nubes, y la luz de la luna, una vez que nuestras retinas se acostumbraron a ella, nos volvió a resultar suficiente. Demasiado

incluso para lo que debíamos hacer. Las cuevas que íbamos a examinar quedaban justo al este de las ruinas de la ciudad, bien encaradas a ella, y no había otra forma de llegar que no fuese cruzándola. Esperamos agazapados unos minutos hasta asegurarnos de que el guardia permanecía en la caseta de la entrada, y pasamos despacio, a gatas frente a la puerta, y todo lo rápidos y silenciosos que fuimos capaces cuando la dejamos atrás. Parecía que nuestros pasos resonaban en la noche como los estallidos de un tambor. Avanzamos por la explanada y cruzamos la ciudad sin dejar de mirar hacia atrás hasta una pared al otro extremo. Nos ocultamos y esperamos con la respiración agitada y el corazón a un ritmo tan salvaje que pensamos se escucharía en kilómetros a la redonda. Nadie se acercó. La pared que se levantaba frente a nosotros ocultaba las cuevas de la vista del vigilante. Allí debíamos encontrar las 7Q, 8Q, 9Q y 10Q. Empezaríamos por la número ocho. La vimos desde abajo, mucho más alta que las otras. Un agujero negro profundo que parecía esperarnos, amenazador, desafiante como la puerta de una habitación oscura en medio de un largo pasillo. Miré a Mars, estaba lista, la besé y nos atamos. Yo fui delante midiendo cada paso, cada roca en la que me sujetaba para dar el siguiente. Las aristas se nos clavaban en las manos, y el ritmo de ascenso era lento. En el mapa, leí que había seis metros de altura desde el suelo hasta la boca de la cueva. Demasiado para dos personas con estudios de Economía. Por lo menos, nuestra forma física era buena y nuestros reflejos, suficientes para no partirnos la crisma en la escalada. Quizás habría sido más sencillo que yo hubiese subido solo para, una vez arriba, desplegar la escalera a Mars. Se lo dije cuando los dos resoplábamos frente a la entrada, y su mano manchada de tierra tuvo que actuar rápido para sofocar una carcajada.

El procedimiento fue el mismo que la noche anterior. Até al extremo de la soga una piedra y la lancé al interior. Cuando comprobé que la profundidad era razonable, tiré la mochila y entré para ayudar a Mars. Desplegamos la cortina negra contra las paredes laterales y encendimos nuestras linternas. La cueva número ocho era mucho más pequeña que las que ya conocíamos. El catálogo de hallazgos la marcaba como una de las menos prolíficas en descubrimientos. Los haces de luz rebotaron en apenas un par de metros contra la pared del fondo. Recorrimos cada rincón desde el centro de la cueva despacio, con movimientos rítmicos y precisos de nuestras cabezas, iluminando un círculo de un metro de diámetro que desplazamos por cada centímetro de roca. Nada.

Esa noche, conseguimos examinar las cuevas que teníamos previstas, las números siete, ocho, nueve y diez, y cuando el sol se anunciaba en el retrovisor del todoterreno, hacíamos nuestra llegada al hotel. El resultado era de decepción contenida. Tampoco habíamos encontrado ninguna pista. Las cuevas habían sido absorbidas por la naturaleza inhóspita del desierto y sus paredes no se diferenciaban

en nada de las paredes de las montañas que las acogían. Además, ni siquiera teníamos idea de lo que buscábamos en realidad. Una fantasía que nos había hecho creer que llegaríamos y encontraríamos a Mariam bajo un cartel luminoso anunciando su presencia milenaria.

Desayunamos y nos acostamos tras una buena ducha después de enviar nuestro informe a *madame* Bouvier. Despertamos al mediodía. En la pantalla del ordenador, palpitaba un correo de la señora Bouvier y la condesa que nos infundía ánimos en la distancia. Se lo enseñé a Mars.

—Creo que no deberíamos ir esta noche a Qumrán —le dije.

—¿Por qué?

—Nos faltan por visitar solo dos cuevas, las 5Q y 6Q, y están demasiado cerca de la caseta del vigilante como para arriesgarnos en una búsqueda inútil. Creo que sería mucho mejor ir de día y visitarlas con calma.

—Cècil, ¿y si no encontramos nada?

—No lo vamos a encontrar, Mars. No es aquí donde se oculta Mariam.

—Yo empiezo a pensar lo mismo —admitió—, pero sabes, la ilusión por encontrarla, por estar aquí contigo, y por algo que parecía el final de un camino que empecé hace años, me había nublado un poco la razón. Tenía la esperanza, quería creer que la encontraríamos, de que nosotros éramos los elegidos después de dos mil años de búsquedas, y ahora veo que no va a ser posible. Hemos sido unos tontos —me dijo Mars.

—No, no digas eso. Es solo que si Mariam estuviese aquí y hubiese dejado alguna pista, con todas las excavaciones y los estudios que se han hecho de la zona, la habrían encontrado o la habrían forzado a marcharse. No sé cómo no lo pensamos antes.

—¿Y dónde puede estar?

—No tengo ni idea —admití.

—Deberíamos consultar con Marie.

—Tampoco creo que ella tenga mucha idea. E incluso dudo de que si la tuviera nos pusiese sobre la pista correcta. Todo este embrollo es un galimatías demasiado complejo y perverso en el que nosotros pasamos de alfil a peón con una velocidad escalofriante.

—Cècil, fue ella quien nos envió aquí.

—Sí, y no hemos encontrado nada, además no olvides que lo hizo después de que nosotros ya hubiésemos decidido venir. Recuerda también que ella sabía que los manuscritos estaban en la tumba del rey Pere el Gran, en Santes Creus, y no se lo dijo jamás a nadie. Ni siquiera ella misma los buscó. Es como si nadie quisiera que encontráramos a Mariam, tu condesa la primera.

—Ellos sí quieren encontrarla, Cècil. Casi matan a Marie Stewart y a Azul para

conseguirlo, ¿o no te acuerdas de eso?

—¡Claro que me acuerdo!, pero creo que la ayuda externa, por decirlo así, solo nos embrolla más. Cada uno de los descubrimientos que hemos hecho lo hemos conseguido por nosotros mismos.

—La señora Bouvier nos ayudó —dijo Mars, cada vez más convencida de mi razonamiento.

—Sí, nos ayudó, pero solo mientras pensaba que era lo mejor para la condesa. Ahora están juntas las dos, y si Marie Stewart sabe algo, puede que nos esté jugando una nueva pasada guiándonos por un camino falso.

—Estoy confundida, Cécil, siento que lo que dices está cargado de razón, pero Marie es mi mejor amiga, la persona que me ayudó a ser feliz, a ser la persona que soy. A quien debo toda mi iniciación y mi crecimiento espiritual.

Contra eso no tuve respuesta, y cambié de tema. Era mejor bajar a cenar.

Por la noche, fuimos al cine. Necesitábamos relajar nuestra mente y nuestras emociones, y la mejor medicina nos pareció una sesión nocturna en los multicines del mismo centro comercial que habíamos visitado días atrás en Tel Aviv. La película era en inglés subtitulada al hebreo. Cuando volvimos al hotel, eran las dos de la madrugada y nos costó dormirnos, acostumbrados a caminar hasta bastante más tarde entre rocas y lomas desérticas. Por la mañana, después de desayunar, nos marchamos a Qumrán.

Hicimos la visita como otro par de turistas cualquiera, con la fortuna de que en esa ocasión el guía no fue el mismo de la vez anterior, y evitamos ser reconocidos. Después de realizar casi el mismo recorrido que en nuestra primera visita, Mars y yo nos fuimos hasta las cuevas 5Q y 6Q, y las examinamos con toda tranquilidad a la luz del día. Cuando regresamos al hotel, a media tarde, ya teníamos la constancia de lo que había sido hasta entonces una sospecha. Si Mariam había dejado alguna marca en esas cuevas, el tiempo se la había tragado, aunque los dos sentíamos en nuestro interior que no era allí donde debíamos seguir buscando.

## Capítulo

**E**l tedio comenzaba a exasperar los ánimos del Negro.

Llevaba dos semanas sin salir de aquella maldita furgoneta más que para vaciar el baño químico en plena noche, por miedo a que se presentara aquel hombre, o bien que las dos mujeres decidieran abandonar justo en ese momento la casa de la que no se habían movido en varios días. Demasiada mierda para él solo.

Las había visto salir únicamente en un par de ocasiones. La primera fue para acudir a un supermercado y hacer acopio de provisiones, que el Negro interpretó como una evidencia de que pensaban permanecer tiempo allí metidas, y la segunda, que todavía reafirmó más su teoría, cuando las siguió hasta el palacete y las vio salir con el coche cargado de ropa en sus asientos traseros. El maestro (se preguntó de qué) lo había llamado un par de veces para que lo pusiese al corriente de cada movimiento. Maldito tipo que se creía su amo.

Se retiró a la parte trasera de la furgoneta y se sirvió un jugo. La ciudad comenzaba a despertar como todos los días. Los más madrugadores, o los más desgraciados, bajaban las calles de Montmartre en dirección al Métro. Todos iguales, con la cabeza refugiada del frío tras las solapas levantadas de sus chaquetas, las miradas bajas, escrutadoras del terreno que pisaban a cada paso. Miserables que dejaban a sus pollitas calientes en la cama y a las que él imaginaba desnudas, o con ligeros pijamas, aprovechando el espacio que les acababan de regalar, estirándose, y abriendo sus piernas a una fantasía que él necesitaba aprovechar. Quería entrar en aquellas casas con olor a sudor y deudas, y hacerlas sentir mujeres por una vez en su vida, francesas de todas las procedencias, ardientes y necesitadas. También a ellas las veía pasar, metidas en sus chaquetas de media temporada, cubiertas por capas de ropa innecesarias para sus ojos expertos de depredador.

Y dentro de la casa aquella putita de ojos verdes. Le parecía verla retozar, gritar de miedo y placer en cada embestida con que la regalaría en cuanto pudiese echarle la mano encima.

Poco a poco, la mañana se fue apoderando de los adoquines y de las fachadas de las casas unifamiliares del barrio. Las puertas se abrían con más frecuencia que en las primeras horas, y el tránsito arrancaba en un devenir de coches y furgonetas de reparto. Vio llegar el camión que dejaba hermanos de piel para recoger la mierda de los franceses. Su rabia ya no cabía en la furgoneta.

A las diez de la mañana, no pudo resistir más el encierro y se decidió a salir. Había visto un pequeño bar en la esquina de la calle desde el que podía vigilar la puerta de la casa sin problemas. Se miró en el espejo retrovisor de la furgoneta,

estaba sucio, demacrado por los días de espera y por la tensión acumulada. Peinó sus descuidados cabellos y, tras meterse la camiseta en los pantalones, salió. Toda su ropa estaba arrugada. Pidió un jugo, un café con leche y dos *croissants* que le supieron a gloria. También se compró un bocadillo de fiambre y un par de botellas de agua para más tarde. Mientras regresaba a su prisión, el bolsillo del pantalón se agitó furioso. ¡Maldita fuera su suerte! Aquel hombre lo llamaba justo en el peor momento. Corrió hasta la furgoneta y entró, cuando se supo seguro descolgó el teléfono.

—¡Te dije que no te durmieras! ¿Es que no entiendes mis palabras? —vociferó el hombre al otro lado.

—No dormía, jefe. Estaba en el clóset —se excusó. Estaba harto.

—¿Cómo va todo? —preguntó el maestro, algo más tranquilo.

—Igual, esas putas no se mueven de ahí dentro. No sé qué hacen, pero no salen ni a respirar.

—Bien, escúchame con atención. Esta noche llegaré a París, quiero que estés listo. Te llamaré cuando llegue. ¡No las pierdas! —le advirtió, y colgó.

Por fin, lo iba a conocer. Más le valía compensarle como le había prometido, o toda la rabia contenida en esos días de encierro se la cobraría cara.

## Capítulo

Mars mordía el capuchón de su bolígrafo mientras escribía un pequeño resumen de todos los pasos que habíamos dado hasta llegar a Qumrán. Estábamos seguros de que en alguno de ellos habíamos cometido el error que nos había llevado a una pista falsa. La luz de la mañana se colaba por las cortinas translúcidas de la habitación mientras Mars anotaba en voz alta.

—Veamos. Descubrimos el dedo del monje en Cîteaux, que nos llevó hasta Clairvaux, Claraval para ti —me dijo con un deje de sorna—, allí encontraste el sarcófago con el escudo del rey Pere el Gran, lo que nos llevó hasta Santes Creus.

—Eso es, ¡y allí fue donde casi acabamos en la cárcel!

—Calla, no me distraigas. En Santes Creus encontramos tres escritos, uno de Plinio el Viejo con la historia de Mariam en tinta simpática, otro del caballero André de Montbard, que afirmaba haber estado con la comunidad y con una persona que podría responder a la descripción de Mariam, y el último de un soldado francés sin nombre que solo halló una marca en la pared de una cueva, pero que, según él mismo dijo, no dio con persona viva alguna. Cronológicamente, escritos en el año 79 el de Plinio el Viejo, el del caballero templario en 1152, que remitió a Bernardo de Claraval, y el último en 1849, que el mismo escribano se ocupó de juntar a los otros dos.

—Eso nos hace pensar en dos opciones posibles, la primera, que la comunidad se marchó entre 1152 y 1849, y la segunda, que la única referencia que tenemos del regalo de Jesús a Mariam es por Plinio el Viejo —añadí.

—Sí, pero si las conclusiones del caballero de Montbard son correctas, afirma haber dado con una persona que tenía ciertos poderes, espera que lo lea —buscó entre sus apuntes—. *«Era una mujer la que parecía estar al mando de aquel grupo de seres que muy bien comenzaba a creer eran los que el mismísimo sabio romano había llamado ‘esenios’. A la que todos llamaban Maestra...»*, más adelante, dice también: *«No serían más de una docena y estaban sentados, como os digo, en círculo, flotando en la luz oscilante de las antorchas. En el centro de ellos había una roca con una pequeña bolsa de cuero de la que emanaba una luz violácea que iluminaba sus caras y sus blancos vestidos. Todos tenían sus manos vueltas hacia la roca, incluso la Maestra, que parecíase una más. En el tiempo que allí estuve, y cuya duración no alcanzo a calibrar, sobre aquella roca se originaron tempestades, viento, lluvia y sol que parecíase podían dominar a su gusto»*. Creo que es bastante razonable pensar que Mariam pudiese ser la Maestra de la que habla el caballero, y que la docena de hermanos que vivían con ella en las cuevas fuesen esenios.

—Bien, podemos aceptarlo como probable, sí, y si damos por cierta esta teoría, no debemos dudar de la existencia ni de la inmortalidad de Mariam, porque si seguimos con el mismo razonamiento, esa Maestra es la misma persona que sobrevivió a la toma y destrucción de Qumrán y a la erupción del Vesubio. Además, fue allí donde el sabio romano, que para mí es más fiable que el templario, dice haberla visto resucitar a las dos niñas —añadí a los argumentos de Mars—. ¿Qué nos queda? Cada paso ha sido iniciado por el anterior, incluso venir a Qumrán ha sido originado por las palabras del soldado francés. Repasemos eso una vez más, quizás ahí encontremos la clave.

Mars buscó entre las fotocopias que nos había facilitado la señora Bouvier hasta que dio con lo que le pedía.

—Aquí está, atiende —comenzó a leer—. «Debido a mi poco conocimiento del latín, me dejé guiar por los escritos del caballero André de Montbard, que tan solo apuntaba su partida desde 'En Gedí en dirección a Jericó. En el camino entre ambos lugares debía estar la morada de los esenios». Eso casa con Qumrán, ¿no?

—Sí, pero con esas indicaciones no encontró nada y fue de la mano de un lugareño, un niño, como llegó.

—Escucha: «El niño, que no había hablado hasta el momento, sonrió y dijo algo que no comprendí, entonces comenzó a guiarme por un sendero que se dirigía a una loma no muy lejana..., descendimos un barranco de piedras puntiagudas y desprendidas que a punto estuvieron de hacernos dar con nuestros huesos al fondo del barranco. Nos sorprendió la noche... Me levanté y lo busqué en vano, pero lo que descubrí no fue a mi pequeño amigo, sino unas cuevas abiertas en la pared que se alzaba al otro lado del barranco».

—No es muy explícito —dije.

—No. Más adelante, explica cómo encontró la cueva con los signos: «Releí una vez más la descripción del lugar que había hecho el caballero y supe que estaba frente a las cuevas de los hermanos. Comencé a caminar hacia ellas y entré en tantas como pude, pero en ninguna encontré a nadie. Estuve en el lugar por espacio de varios días en los que no hallé rastro alguno de ningún ser vivo, aunque sentía la certeza de que aquellos agujeros habían estado habitados alguna vez... Quise permanecer una noche más al amparo de aquellas cuevas y fue en la última de ellas donde hallé, grabados con algún utensilio metálico, quizás un cuchillo, unos signos en la pared de la entrada».

—Es extraño.

—¿El qué? —preguntó Mars.

—Por favor, busca la descripción del lugar que hace el caballero templario. Tengo una corazonada.

—Escucha: «Me tumbé protegido por unas rocas a contemplar el cielo... Aquí no

existen aldeas ni campos ricos en verduras y vegetales como en nuestra amada Champagne, ni vides ni árboles frutales. Todo en esta tierra es árido y seco, las rocas son calientes en el día y frías al caer la noche. No se ve vida más allá de algún rebaño de cabras ni una arboleda más poblada que por dos o tres árboles, que se avergonzarían ante cualquiera de nuestros pinos o robles». Ahora se enrolla un poco y sigue: «Cuando al cabo de dos días ya no pude disimular más mi mal, aun a pesar de ser día claro, unas nubes ensombrecieron la tierra y me acompañaron en plena oscuridad hasta la entrada de las cuevas para despedirme allí mismo». Y ahora, ¿compartirás esa corazonada?

—Ninguno de los dos estuvo en Qumrán. Ambos relatan, con diferente estilo, un lugar árido, sin árboles, sin palmeras, sin mar, y —remarqué bien mis palabras— ¡sin ruinas, si hubiesen estado en Qumrán hablarían de ella!

—¡Es cierto! ¿Cómo se nos pudo pasar por alto? —gritó Mars.

—No lo sé. Es evidente que no lo supimos ver, pero también alguien se encargó de hacernos creer que ese lugar era Qumrán...

—¡Marie!

—Sí, tu condesa. Todavía hay algo extraño en todo esto, algo que no alcanzo a comprender y que me tiene con la mosca detrás de la oreja —dije, y Mars rió de la expresión.

—Quizás ella tampoco sepa más, tal como nos advirtió.

—O quizá sí, lo que tengo claro es que solo contamos con nuestra intuición y nuestra inventiva para dar con el paradero final de Mariam.

—¿Qué propones que hagamos?

—Ir a comer.

Habíamos resuelto un paso que abría otro mucho mayor. ¿Dónde estaban esas tierras que detallaban los dos soldados con ochocientos años de diferencia? No acerté a tomar bocado, nervioso por la evidencia que acabábamos de descubrir y que de forma incomprensible se nos había pasado por alto. El lugar no podía estar muy apartado de Qumrán, porque ambas descripciones geográficas coincidían más o menos en la ubicación, de eso podíamos estar seguros. Además, tenía que ser un lugar con más cuevas, o por lo menos de más difícil acceso, ya que el caballero templario no las vio aun a pesar de estar muy cerca de ellas, y el soldado francés necesitó varios días para recorrerlas. Después de almorzar, cogí el libro de las cuevas y el mapa, y comencé a repasarlos. Además de la omnipresente Qumrán, el libro hacía referencia a otros yacimientos cercanos, pero ni en el mapa ni en el libro aparecían reflejados con claridad.

Encendí el ordenador y me arriesgué. La mitad de la información que podía encontrar en la red era falsa, y de la otra mitad, por lo menos un cincuenta por ciento era inexacto, pero necesitaba una pista, algo que sintiera en mi interior que era la

pista buena. Aparecieron cientos de miles de enlaces que fui cribando poco a poco hasta que me quedé con tres que me parecieron bastante fiables. La información de las tres páginas era muy parecida, aunque tampoco eso era una garantía en un mundo de información cuya fuente principal era copiar y pegar. Leí despacio. En dos, advertía de nuevos hallazgos en otras cuevas por un tal De Vaux, el arqueólogo encargado de la mayoría de las excavaciones. Afirmaban que en una de esas cuevas se había encontrado el más antiguo manuscrito hebreo conocido, pero no daban información precisa del lugar. Algo me decía que andaba por el buen camino. Los ojos me dolían de seguir la pantalla oscilante del ordenador y de repasar la minúscula letra con que los creadores de las páginas las habían colmado de información. Mars me miraba sentada sobre la enorme cama de la habitación. Sus brazos, colgados por encima de mi cuello, me infundían la tenacidad necesaria. Entonces lo vi. En la tercera página, una decorada con una horrible música de claustro, encontré la anotación que necesitaba. «A dieciocho kilómetros al sur de Qumrán, en las cercanías de Wadi Murabba'at, los beduinos hallaron unas cuevas con diversos manuscritos». Una punzada en el estómago me lo decía con tanta claridad como se pueda tener al seguir una corazonada. Me giré y miré a Mars.

—Aquí está Mariam —le dije.

Me miró y me besó. Aprovechamos lo que nos quedaba de la tarde y toda la noche, y ni de eso, ni de nuestras pesquisas, dimos parte ese día a la condesa.

## Capítulo

**E**l Negro se impacientaba. Hacía varias horas que la oscuridad habría cubierto París de no ser por la cantidad inmorales de luz artificial que había en sus calles.

El hombre no había dado señales de vida y al Negro comenzaban a pesarle los párpados tanto como los días de espera. Cansado de no poder ni siquiera erguirse dentro de la furgoneta, echó el asiento del copiloto hacia atrás todo cuanto le permitió su mecanismo, y se sentó en él. Se estiró y todos los huesos de su columna rechistaron en un crujido. Le dolían las cervicales de mirar por los retrovisores de la furgoneta. Cada persona que había pasado cerca la sentía como el posible hombre misterioso que lo mantenía allí metido a cambio de la promesa de un buen fajo de billetes.

Se conocía de memoria los horarios repetitivos de los semáforos, que controlaba por el retrovisor derecho, y de las farolas, que a partir de la una de la madrugada se apagaban de forma intermitente. Había aparcado bajo una de las que se apagaban a esa hora. Ni rastro. Como tardara mucho, no tendría más remedio que echar una cabezada. Se reclinó un poco, y cerró los ojos.

Un golpe en el cristal lo despertó de golpe. Se lanzó hacia delante como un tigre después de varios días de encierro, y echó una mirada furiosa al transeúnte que se había atrevido a molestarlo. Un hombre, de estatura media, más bien grueso, abrigado con una gabardina que le cubría todo el cuerpo, miraba agachado por el vidrio de la puerta. El Negro abrió la ventanilla.

—¡Qué quieres! —lo increpó.

—Te habías vuelto a dormir, no sé si mereces la confianza que he depositado en ti —le dijo el hombre.

¡Esa voz, era él! Miró de reojo el teléfono móvil, las tres de la mañana. Abrió la puerta de la furgoneta y lo dejó entrar.

—¿Dónde están? —preguntó el hombre sin más preámbulos.

—Ahí dentro —señaló el Negro.

—Vamos.

La calle estaba desierta y la luz intermitente de las farolas era el único signo de vida en toda la zona. El hombre, que agachado no le había dado esa impresión, era casi tan alto como él, y sus facciones y andares no disimulaban la vida plácida de la que había disfrutado. «Un potentado», pensó el Negro, que lo seguía pegado a sus talones. El hombre le preguntó si era capaz de abrir la verja. No se había parado a pensar que necesitase hacerlo, pero movió la cabeza afirmativamente. En la furgoneta había herramientas. Fue hasta ella y volvió armado con una palanca. La apretó contra

la cerradura y en un golpe seco la hizo saltar. Se echó un paso atrás y con un movimiento de mano invitó al hombre a entrar. Cruzaron el jardín. El hombre miraba a todos los lados mientras caminaba. Se pararon delante de la puerta de la entrada. Era una puerta antigua con una cerradura vieja, sin goznes ni bisagras reforzadas, un regalo. El Negro dio un par de pasos hacia atrás y cogió carrerilla. La puerta se abrió en un gran estruendo que la arboleda y la noche se encargaron de tragar. Pasaron, y el hombre volvió a cerrar la puerta, que ya no encajaba.

—Sube, deben estar arriba —le dijo después de echar un rápido vistazo.

El Negro se lanzó a la carrera por unas escaleras que subían al primer piso. Las luces se acababan de encender y el hombre, tranquilo en el recibidor, escuchó ruidos, gritos y golpes. Los ignoró. Siguió adelante hacia el interior de la casa y encendió un interruptor. La luz mostró una biblioteca que lo hizo estremecer. Era impresionante. Mientras el Negro peleaba en el piso de arriba, él se dedicó a mirar la extensión de volúmenes. Al cabo de unos minutos, escuchó un cuerpo rodar por las escaleras. Tras él, bajaba el Negro con una abuela, que no reconoció, y con Marie Stewart agarrada por la cintura. El cuerpo que yacía sin sentido en el suelo de la biblioteca era el de Azul Benjelali. Lo reconoció al instante.

—Aquí están —le dijo el Negro, que las llevó a empujones hasta su presencia.

El hombre las miró. El horror estaba dibujado en el rostro de aquellas dos mujeres que parecían haber caído al Averno de golpe. Marie Stewart forcejeaba con los brazos poderosos del Negro y lo insultaba entre gritos. Quería deshacerse de él para ir con Azul, pero no le fue posible y un último empujón la lanzó a los pies del hombre.

—Cuánto tiempo sin vernos, querida —le dijo—. Me alegré profundamente de que fueses tú quien estaba al frente. Eso lo hacía todo mucho más sencillo.

—¡Tú! Miserable asqueroso, ¿tú eres el causante de todo esto? —Marie Stewart no daba crédito a lo que veía.

—Vamos, no seas tan vulgar, no va con tu personalidad.

La otra mujer se había levantado del empujón y había corrido a ver a Azul. Colocó su dedo índice en su cuello. No había pulso.

—¡La has matado, hijo de puta! ¡Azul está muerta! —gritó la señora Bouvier. El Negro la miró con fastidio. No sabía si eso le rebajaría la prima prometida. Al final, la putita se iba a librar de él. Le entraron unas ganas inmensas de patearla, pero la mirada del hombre lo detuvo.

Agarró a la abuela y de un empujón la lanzó contra el cuerpo arrodillado de la condesa. Las dos mujeres se abrazaron, llorando, gritando e insultando a ese hombre que las miraba con absoluta parsimonia desde el centro de su amada biblioteca.

—Todos debemos morir un día u otro —se limitó a decir.

—Y tú lo harás para ir al Infierno —lo maldijo Marie Stewart. Él se encogió de hombros. Incluso el Negro se estremeció ante la frialdad de aquel hombre, más

cercano por sus formas a un funcionario que al tipo que se había revelado que era.

—Vamos, todos acabaremos allí algún día. Ahora dime —miró a la condesa—, ¿dónde está Mariam?

—¡No te lo diría ni aunque me mataras!

—Bueno, eso tiene fácil solución. La verdad es que en estos momentos solo te queda decidir la forma.

—¿Por qué? ¿Por qué lo haces? —le gritó Marie Stewart—. ¡Tienes todo lo que un hombre pueda desear!

—Casi todo, querida Marie, casi todo. Son muchos años tras esta búsqueda para detenerme ahora por un sentimiento infantil de culpa. ¡Soy el escogido! —gritó en un arranque que contrastó con la pasmosa tranquilidad con que había procedido hasta entonces.

—¡Un asesino es lo que eres! —dijo *madame* Bouvier. El Negro se acercó para hacerla callar, pero un gesto del hombre lo detuvo.

—Vamos, abuela, no la conozco, ni usted a mí, así que no me juzgue. No tiene ni idea de quién soy.

—Sí la tengo, eres el ser más despreciable de la Tierra. El último que escogería el Maestro para hacerle el regalo.

—¡Ja, ja, ja! Los tiene bien puestos la abuelita —le dijo mirando a Marie Stewart—. Vamos, contesta a mi pregunta, ¿dónde está Mariam?

—No lo sé, pero jamás te lo diría aunque lo supiese —el rostro de la condesa estaba rojo de ira y su corazón se había partido en el mismo instante que la nuca de Azul—. Pero ahora entiendo muchas cosas. Tu interés por las obras del Císter, por saber en qué gastábamos hasta el último céntimo. Nomis, Simón al revés, el antiguo nombre de Pedro. Es ridículo. Siempre has estado detrás de todo esto, ¿verdad? Has mentido y traicionado todo lo que representa la búsqueda de Mariam. El regalo de Jesús fue para el bien de la humanidad, no para que un miserable como tú se apropiara de él. ¡Me das asco!

—No me juzgues, Marie, tú no. ¿O es que no has deseado nunca poseer ese bien igual que todos? Saber que tu piel no se plegaría al avance del tiempo, que la consecución de cualquier meta sería solo cuestión de paciencia. Poder gozar del placer de la carne nueva sabiendo que la vida es infinita y que tu poder también.

—¡Jamás! —gritó Marie Stewart.

—Bueno, permite que no te crea. ¿Acaso prefieres verte como ella? —señaló a *madame* Bouvier—. ¿Convertirte en un andrajo después de toda una vida dedicada a apagar el deseo de la inmortalidad? Lo siento, pero no me lo creo. Quizás el problema es que te falta valor incluso para soñar algo diferente a lo que te ordenaron que soñases. Que no se muevan —le dijo al Negro.

Oriol Nomis subió a las habitaciones, rebuscó por ellas y al cabo de un rato bajó.

No había encontrado nada que atrajese su atención. Al pasar por la biblioteca, las miró de reojo. Las dos mujeres estaban sentadas en el suelo, abrazadas, envueltas en un llanto que casi le produjo risa. Abrió una puerta, era un baño, la cerró y abrió otra, la cocina. Una cocina que se dibujaba a los golpes del fluorescente en su arrancada. Cuando la luz se estabilizó, el hombre entró y vio una mesita con tres sillas a su alrededor. Sobre ella, un bloc de notas, varios papeles y un ordenador. Lo encendió. La musiquita del sistema operativo al cargarse rebotó estremecedora contra el silencio de la biblioteca. No pedía clave, bien. Los iconos del escritorio resaltaban sobre un fondo de pantalla con una fotografía de una biblioteca inmensa. Los examinó. El navegador, el correo, los programas de texto y hojas de cálculo, documentos creados con el procesador de textos, un reproductor de música, la papelera..., lo normal, lo que cualquiera tenía en su ordenador.

Se sentó en una de las sillas. El Negro mantenía a raya a las dos mujeres, que lo insultaban sin piedad desde la biblioteca.

—Hazlas callar —dijo Nomis sin girarse. Y el estruendo de un golpe siguió a sus palabras.

Comenzó por los documentos de texto, los abrió uno por uno hasta que encontró algo interesante, la transcripción al español de los escritos hallados en Santes Creus, y a los que él no había tenido acceso por la incompetencia de sus cuatro hombres. Ya les estaba bien pudrirse en la cárcel. Leyó por encima, interesante, aunque el momento actual ya lo había sobrepasado. Sabía que Cècil y Mars habían partido a Israel en busca de alguna pista, pero a pesar de sus intentos por averiguar algo más, no lo había conseguido. Ahora tenía la oportunidad de saber cuál era esa pista. Siguió buscando, abrió imágenes. La mayoría eran portadas de libros antiguos.

—No la encontrarás nunca —le gritó Marie Stewart. Él escuchó cómo un puñetazo se estrellaba contra la carne, y ya no la escuchó más.

Movía el ratón por la pantalla, pulsando en cada documento que le parecía interesante. Si no encontraba nada allí, comenzaría a examinar carpeta por carpeta. Cuando ya había mirado todo lo que le resultaba conocido, vio un icono que no sabía a qué pertenecía. Una especie de antena parabólica y un título en francés, *Satellite*; lo pulsó y el programa se puso en marcha. Una gran bola del mundo se dibujó contra un fondo negro y comenzó a girar, mientras en la parte superior de la pantalla se desplegaba un menú de opciones, todas en francés. Iba a cerrar aquel programa que parecía una especie de atlas digital cuando la bola se detuvo. Lo hizo en Israel. El hombre apartó el ratón de la "X" que cancelaba el programa y esperó. El mapa se fue ampliando en la pantalla hasta que una gran mancha alargada se identificó con el nombre de *Mer Morte*. Quizás habían consultado ese atlas antes de enviar allí a Cècil y Mars. Poco a poco, se fueron dibujando poblaciones y puntos marcados que se unían mediante una línea de color rojo. La línea recorría el espacio entre Tel Aviv y

un lugar a pocos kilómetros del mar. ¡Aquello era Qumrán! No podía creerlo, habían estado investigando en Qumrán, era allí donde creían que se escondía Mariam. Podía ser, tenía sentido. Pero por qué aquellas líneas. No representaban carreteras, ni caminos, nada que tuviese una cierta lógica. Con el ratón, seleccionó una lupa en miniatura y pulsó sobre la zona. Esta se amplió.

Las rayas se hicieron más nítidas en una especie de recorrido que iba y venía de Tel Aviv a Qumrán. La línea se dividía en pequeños tramos marcados con un punto, bajo el que aparecía una posición satelital, y la distancia en metros con el anterior. ¡No podía ser! Miró el nombre que aparecía en la parte superior del programa y lo comprendió. La Providencia ya había escogido a su elegido.

Salió a la biblioteca. Marie Stewart lo miraba a los ojos, inyectados en odio y miedo.

—Bien, maesa, creo que ya no es necesaria tu ayuda. Muchas gracias por todo.

Y mientras volvía a la cocina, sacó de su gabardina una pistola con un tubo de metal negro enroscado al cañón y se la entregó al Negro, que lo miró interrogante.

—¿Qué miras? ¿Para qué crees que te doy el arma, para ir a tirar a la feria? Idiota.

—No lo haga, por favor —suplicó la señora Bouvier, pero un disparo a bocajarro acalló su voz para siempre y escupió los trozos de su cerebro contra las primeras filas de su amada biblioteca.

Marie Stewart vio caer el cuerpo de su hermana con un agujero en la frente y, al instante, un zumbido similar al de un dardo escupido por una cerbatana apagó su mirada. Su cuerpo se desplomó sobre el de *madame* Rouse-Marie Bouvier sin apenas hacer ruido.

La sangre y los restos de cráneo de las dos mujeres regaron los volúmenes de las primeras estanterías.

El Negro no pudo evitar un escalofrío que le recorrió toda su musculatura. «Algo parecido a una buena corrida», pensó.

Mientras, en la cocina, el hombre desconectaba los cables del ordenador y le pedía que lo cargara a la furgoneta.

## Capítulo

Aprovechamos una noche más en Tel Aviv antes de marcharnos a Wadi Murabba'at. La distancia era demasiada para cubrirla cada día y decidimos buscar un nuevo emplazamiento que nos permitiera aprovechar mejor el tiempo. Además, teníamos las tiendas de campaña por si debíamos hacer un par de noches sobre el terreno. También habíamos comprado provisiones, comida en lata, agua y un pequeño hornillo de *camping* que se alimentaba de una botella de gas.

Un extraño sentimiento de euforia nos invadía. En mi caso, desbordada por las noches pasadas con Mars. Nunca en mi vida me había sentido tan cómodo con una compañía como lo estaba con ella. En la intimidad de la alcoba nos habíamos prometido amor eterno que en las madrugadas desaparecía bajo la maldita realidad, pero esas palabras, susurradas entre sudor y jadeos, me llenaban el alma hasta desbordarla.

Ella miraba distraída el paisaje inhóspito y desértico de las tierras que inventaron las tres grandes religiones, ajena a los pensamientos que me asaltaban.

—¿No te parece hermoso? —preguntó Mars.

—Claro —le respondí—, podríamos hacernos una casita por aquí y plantar un huerto de fresas.

—No seas bruto —me sonrió.

Al cabo de dos horas de camino, dejamos Qumrán a nuestra izquierda y seguimos por la carretera en dirección al sur, bordeando la costa oscura del Mar Muerto. Había leído en los folletos publicitarios que sus fangos eran curativos, y recordaba las fotografías de los turistas tumbados sobre sus aguas como si una mano invisible los sujetara desde el fondo. Me hubiese gustado probar yo también esas aguas, pero nuestra misión no admitía demora y el visado de Mars tan solo nos permitía un mes de tiempo, así que restaban apenas dos semanas para poder salir del país sin problemas. No había comunicado nuestros cambios de planes a Marie Stewart ni a la señora Bouvier, pero para mantenerlas tranquilas, y también por nuestra propia seguridad, continuaba con el emisor satélite conectado. Así por lo menos sabrían que estábamos bien. Supuse que cuando la condesa viese nuestro cambio de ubicación, comprendería de inmediato que no habíamos hallado nada en Qumrán, y que esa búsqueda la continuaríamos en otro lugar.

La población, o lo que fuese, de Wadi Murabba'at no aparecía en el mapa electrónico del vehículo, así que aprovechamos en una gasolinera para llenar el depósito y preguntar al anciano que la regentaba si conocía el paradero de ese lugar. En un inglés bastante peor que el mío, y mucho mejor que nuestro hebreo, el hombre

nos avisó de que había dos formas de llegar, una por un camino sin asfaltar que se abriría a nuestra derecha a unos diez kilómetros más adelante, en dirección contraria al mar, y que debíamos seguir durante unos treinta minutos hasta una pequeña población en la que deberíamos volver a preguntar. Y otra forma, que nos pareció más segura, que suponía tomar una tortuosa carretera, esta sí indicada en el mapa del navegador, que cruzaba el desierto hasta la población de Mitspe-Chalem. El recorrido era algo mayor, pero eliminaba el riesgo de perdernos en pleno desierto.

Tardamos casi una hora en llegar hasta Mitspe-Chalem. Por el camino, nos cruzamos con varios convoyes de soldados del ejército israelí que nos pusieron en alerta, aunque por fortuna nos ignoraron. Después, supimos que la zona no aparecía detallada en el navegador porque el Gobierno israelí estaba levantando allí un muro sobre la zona palestina de Cisjordania. Mitspe-Chalem era un pueblo no muy grande, en plena zona sometida, y que nos pareció sacado de un cuento de *Las mil y una noches*. Nada más llegar con el vehículo acudieron una docena de hombres, seguidos de medio centenar de niños, para ver quiénes eran esos visitantes que se atrevían a perturbar la tranquilidad del pueblo. Los niños se pegaban a las ventanillas y dejaban sus dedos y narices plasmados a modo de obra de arte moderno. Mars bajó el cristal y comenzó a darles la mano y a saludarlos como si fuese la hija pródiga que regresaba al pueblo después de años de ausencia. La carretera se acababa en ese pueblo, que no tendría más de ochocientos metros de longitud. No había por dónde seguir y me detuve. Mars bajó y la rodearon los mismos niños que se habían despegado de la ventanilla para tirar de sus ropas y colgarse de sus piernas, mientras los hombres observaban curiosos a pocos metros. Las casas del pueblo parecían de adobe. Me recordaron a las chabolas de Honduras, o las casas de los pueblos jóvenes del Perú.

—¡Wadi Murabba'at! —gritaba Mars—. ¡Wadi Murabba'at!

Aunque nadie parecía entenderla en medio de toda la algarabía que había despertado, nuestra presencia era una gran novedad que nadie se quería perder. Yo me acerqué hasta un grupo de hombres y pregunté. Por señas me preguntaron si era soldado, o eso me pareció entender, y por supuesto me esforcé todo lo que fui capaz en demostrarles que no. Al cabo de unos minutos, llegó una mujer con una bandeja cubierta de vasos y una tetera, que había conocido tiempos mejores, y me acompañaron hasta unas sillas bajo la sombra de una de las casas. Casi me obligaron a sentarme con ellos. Cuando Mars me vio, se acercó también, pero los hombres hicieron un mohín de desaprobación y le pedí que se quedara con los niños. La vi marchar al coche y repartir algunas chucherías. Me sirvieron té en un vaso con adornos metálicos y bebí con ellos. Después de comunicarnos únicamente por señas, y acabarnos el té, les pregunté por un hotel; entonces, uno de ellos me hizo el gesto internacional del dinero, frotando su dedo índice contra el pulgar, y comprendí que se ofrecía a guiarnos a cambio de una propina. Decidí arriesgarme, le sonreí y le

pregunté por las cuevas de Wadi Murabba'at. El silencio se hizo entre los hombres, y una serie de miradas cómplices parecieron indicar que había tocado un tema tabú. Al cabo de unos instantes de duda, el mismo que se había ofrecido para acompañarnos me dio a entender que la zona estaba prohibida, ocupada por el ejército o vigilada por él, no lo comprendí muy bien, pero un pequeño fajo de dólares que saqué de mi bolsillo parecieron romper todas las reticencias.

Nos dejó y al cabo de un momento regresó con una bicicleta oxidada. Se puso frente al todoterreno y nos hizo señas de que lo siguiéramos. Intenté no reírme de la escena, pero con toda la amabilidad de que fui capaz, lo descabalgué de su vehículo y metí la bicicleta en el maletero del coche. Después, lo invité a entrar y le pedí que nos guiara desde el asiento trasero. Un dedo arrugado, coronado por una uña deforme y negra, se extendió entre Mars y yo, y arranqué en esa dirección.

La visión de aquel poblado y sus gentes me llevó a mis primeros viajes con la fundación Diners Nets a las tierras ocupadas del Sahara, y no pude evitar un sentimiento de tristeza y añoranza. ¡Qué lejos habían quedado esos días! Mars pareció darse cuenta y me acarició con ternura antes de besarme en la mejilla. Miré por el retrovisor y una boca desdentada sonreía ante la escena. El hombre nos hizo seguir una pista de tierra que se abría hacia el sur, según indicaba la brújula del navegador. A bastantes kilómetros en esa dirección se levantaba imponente una cordillera. Seguimos la pista principal sin desviarnos durante una hora en dirección a la cordillera. No quise ni pensar cuánto habríamos tardado tras la bicicleta del amable palestino. La pista parecía haberse labrado con maquinaria pesada e intenté preguntarle si aquel camino se había realizado para las excavaciones de Wadi Murabba'at, pero ni yo fui capaz de explicarme, ni el hombre, que contestaba con una sonrisa a cada una de mis palabras, de entenderme.

Por fin, después de más de una hora de pegar saltos dentro del Hyundai, llegamos a una explanada al pie de la cadena montañosa. El hombre nos mandó parar. Se bajó y con los brazos extendidos comenzó a gritar «Wadi Murabba'at, Wadi Murabba'at». Habíamos llegado. Le pregunté por las cuevas y nos señaló hacia los barrancos. Después, saqué del maletero su bicicleta, le entregamos doscientos dólares, y se marchó a golpe de pedal por donde habíamos venido con la mayor de sus sonrisas.

Mars y yo nos miramos. Caminamos por la explanada y convinimos que aquel lugar podría muy bien haber sido el campamento base de la excavación llevada a cabo sesenta años atrás. Aunque no quedaba nada, ni una sola casa, ni un solo ladrillo que ratificase nuestra teoría, decidimos quedarnos allí a pasar la noche. Montamos las tiendas e hinchamos el colchón mediante un inflador eléctrico que se conectaba al encendedor del coche; después, tiramos los sacos de dormir dentro y nos abrazamos. Esa noche calentamos una lata de espagueti con tomate, de sabor infame, y cenamos en pleno desierto.

Como en Qumrán, las estrellas parecían tan accesibles desde nuestra posición que con solo alargar la mano podríamos coger una. Sacamos el colchón de la tienda y lo tiramos sobre el suelo. Después, nos tumbamos encima para observarlas. El frío, poco a poco, se fue haciendo más intenso y decidimos usar también los sacos. Los unimos mediante unas cremalleras laterales, nos desnudamos y nos metimos en ellos. Mars se apoyó en mi pecho, con la cara vuelta hacia el cielo, y yo, bañado por el río de estrellas de la Vía Láctea, me sentí el ser más afortunado de la Tierra.

Cuando el frío se hizo difícil de soportar, volvimos a meter el colchón y los sacos dentro de la tienda y nos acostamos. Creo que fue la noche más hermosa de mi vida.

Por la mañana, después de tomar un poco de leche con galletas, recogimos todo, lo metimos dentro del coche y nos fuimos a visitar los cañones que se levantaban justo frente a nuestras narices. Al cabo de unos minutos, se hizo imposible seguir con el coche y no tuvimos más remedio que apearnos. La cadena montañosa era enorme, se perdía en el horizonte en dirección al oeste. El paisaje desértico, árido, de una dureza extrema, era magnífico, pero encontrar allí una cueva parecía tan difícil como seleccionar en una playa el grano de arena deseado. La euforia y la alegría de las últimas horas se fueron evaporando, como nuestro sudor, por la fuerza del sol.

Sin embargo, no nos desanimamos lo suficiente como para abandonar, y comenzamos a recorrer los primeros metros de los acantilados.

—Si ese era el campamento base de las excavaciones, no podemos estar lejos de las cuevas —me dijo Mars.

El argumento era razonable, así que, armados con unos prismáticos y agua en abundancia, continuamos por los pequeños caminos que rodeaban la montaña hasta alcanzar su cima. Cuando llegamos estábamos cansados, el sol hacía de cualquier esfuerzo físico una odisea, pero la vista desde allí nos recompensó. La cordillera, de altura pareja, se perdía en el horizonte segada por un cañón árido justo en el centro que la seguía hasta perderse de vista. Supusimos que ese cañón habría sido labrado por un antiguo río, ahora seco, y que se habría abierto camino por allí miles de años atrás. Era un lugar parecido a las imágenes que venden en los catálogos turísticos del famoso cañón del Colorado, solo que allí no había guías ni casetas donde pedir consejo.

Después de beber algo de agua, comenzamos a recorrer con nuestros prismáticos toda la pared que se levantaba frente a nosotros, al otro lado del cañón.

—¿Recuerdas las palabras del soldado francés? —le pregunté a Mars.

—Sí, aquí las tengo.

—Lee la descripción del lugar, por favor —le pedí.

—«Descendimos un barranco de piedras puntiagudas y desprendidas que a punto estuvieron de hacernos dar con nuestros huesos al fondo del barranco. Nos sorprendió la noche... Me levanté y lo busqué en vano, pero lo que descubrí no fue a mi pequeño

amigo, sino unas cuevas» —leyó Mars.

—Casa bien con este sitio, ¿no?

—Sí. Desde luego, si bajamos por aquí, podemos dar muy bien con nuestros huesos en el fondo del barranco.

—O sea, si el soldado vino, como nosotros, desde el este tras recorrer la ruta entre Qumrán y el oasis de 'En Gedí, las cuevas deben estar en la pared sobre la que estamos ahora mismo.

—¿Quieres decir que no vemos las cuevas porque estamos sentados sobre ellas? —preguntó Mars.

—Es muy posible que así sea. Creo que deberíamos bajar y comprobarlo.

Mars accedió. La distancia hasta el fondo del cañón no nos permitiría bajar y subir antes de caer la noche, así que regresamos al coche y organizamos un par de mochilas armadas con la escalera, las linternas, la pala, una de las tiendas (la que no habíamos montado) y los sacos. También echamos agua, galletas y el resto de las barritas energéticas. Calentamos otra lata de conservas antes de marchar y comenzamos a subir por el camino hasta la parte más alta de la cordillera.

Cuando llegamos al punto desde el que habíamos observado el cañón, nos atamos una soga a la altura de la cintura y empezamos a bajar. La caída era bastante pronunciada, más acorde al estilo de un profesional de la escalada que de dos aficionados como nosotros. Era una ladera pedregosa de rocas afiladas, muchas de ellas sueltas, y que rodaban barranco abajo al más mínimo movimiento. El peligro de pisar una de esas rocas y caer por la pendiente tras ellas era más que evidente; sin embargo, con extremo cuidado, conseguimos llegar al fondo del cañón en poco más de una hora.

Cuando llegamos abajo, Mars y yo nos miramos. Sudábamos del esfuerzo del descenso y el peso de las mochilas. Nos las quitamos y las dejamos caer en el suelo polvoriento. Estábamos completamente solos allí abajo. A ambos lados se levantaban majestuosas paredes de roca amarillenta y desértica. Ni siquiera habíamos visto un mal helecho en sus paredes, ni una brizna de hierba. Únicamente el aire que corría por el interior del cañón parecía estar a gusto allí. Giramos en redondo, primero con los brazos extendidos, y luego abrazados, mecidos por la corriente de viento que ululaba sin descanso en aquella hendidura de la tierra.

Al cabo de unos minutos, le hice notar a Mars que no habíamos visto cuevas durante nuestro descenso, así que convinimos caminar hacia el oeste siguiendo el curso de la cordillera. Hice un pequeño hoyo con la pala a modo de señal para saber a qué altura debíamos retomar el camino de regreso, y marqué el punto en el emisor satélite, 31°34'53.84" N - 35°23'17.79" E, elevación doce metros sobre el nivel del mar. Aquel era el punto desde el cual ascender para recuperar el todoterreno y no perdernos ese desierto.

Apenas habíamos caminado doscientos metros cuando Mars me gritó. A unos seis o siete metros de altura, en la misma pared por la que habíamos descendido, acababa de ver un agujero. Nos paramos y contamos, ocultos entre los propios relieves del cañón, seis o siete bocas que nos parecieron cuevas. Saqué la cámara y fotografié toda la pared antes de subir para acceder a la que nos pareció más cercana. Pensé que gracias a las fotografías no sería necesario bajar cada vez al fondo para localizar las otras cuevas.

Llegamos en unos minutos hasta la primera, y el chorro de luz de la Maglite iluminó el profundo hueco de la cueva. Me vinieron a la cabeza los versos de Góngora de mis tiempos de estudiante, «formidable bostezo de la tierra, melancólico vacío», y en efecto eso mismo era lo que la luz blanquecina de la linterna destapaba en cada pasada, un formidable bostezo que amenazaba con tragarnos a los dos.

La luz del sol apenas alcanzaba a mantener iluminados el primer par de metros de profundidad, y calculamos que la cueva se abriría unos diez o doce metros hacia su interior. Entramos y la recorrimos con nuestras linternas, como habíamos hecho durante tres noches en Qumrán, pero no fuimos capaces de encontrar nada. Tampoco, ninguna pista que nos asegurara la vida humana en aquel lugar. Volvimos a la repisa de la entrada y miramos la pantalla de la cámara. La segunda cueva estaba a unos diez o doce metros de la primera.

Brincamos hasta ella agarrados a los salientes, y con todo el cuidado del que fuimos capaces para no caer barranco abajo. Una ráfaga de luz despertó la cueva y nos ofreció un nuevo espectáculo de roca, roca, y más roca. Una familia de escorpiones corrió angustiada en todas direcciones ante el grito de sorpresa de Mars y, más allá de molestar a la unida familia, no encontramos nada de interés. En la pantalla de la cámara, localizamos la entrada de la siguiente cueva más cercana y nos encaramamos hasta ella. El agujero era bastante más angosto que los anteriores y no permitía el paso de una persona. Apenas treinta centímetros de diámetro que me encargué de ensanchar a golpe de pala. Antes de entrar, iluminamos bien todo el hueco. El hallazgo de los escorpiones nos había agudizado la prudencia. La cueva era más bien un agujero por el que tuvimos que entrar tumbados, reptando con los codos. Por suerte, al cabo de un par de metros, se abrió como una botella a la que hubiésemos entrado por su cuello y nos pusimos en pie.

La cueva era la mayor que habíamos visitado, mayor incluso que la 11Q o 4Q de Qumrán, y un sentimiento de esperanza se nos agarró al pecho. La luz entraba imprecisa por la boca de la cueva, y un halo de polvo, levantado por los golpes de pala, la cerraba en una cortina anaranjada y viva. Enfoqué a Mars, de su frente caían chorretones de sudor que se transformaban en barro. Nuestros pasos también levantaban pequeñas nubes de polvo que pronto convirtieron la cueva en una gran caverna cubierta por miles de partículas en suspensión contra las que rebotaba la luz

de las linternas, impidiéndonos enfocar con precisión las paredes. Caminamos hasta la abertura del boquete y nos sentamos. Una brisa suave peinaba nuestras cabezas, y esperamos hasta que todo el polvo se asentó de nuevo. Durante esos minutos, ni Mars ni yo hablamos, solo mirábamos ensimismados el hueco inmenso que se perdía en la oscuridad. Ni siquiera la luz de las linternas alcanzaba a iluminar el fondo. Cuando la tranquilidad, perturbada por nuestros primeros pasos, volvió a apoderarse del lugar, comenzamos a inspeccionarlo de nuevo. Cada paso lo efectuábamos con medida precisión de bailarina para no volver a levantar la nube de polvo.

Decidimos ir juntos en vez de examinar cada una de las paredes por separado para encontrarnos en el fondo, como habíamos hecho hasta el momento. Temíamos sufrir cualquier imprevisto y que el otro no estuviera cerca. En verdad, si la cueva guardaba algún peligro en su interior, la huida se nos presentaba poco menos que imposible, así que volví a por la pala y la cargué como si de un hacha se tratara. Ayudados por las dos linternas de mano y las dos frontales, comenzamos a caminar enganchados a la pared que se abría a nuestra derecha.

Alcanzamos el fondo sin haber encontrado nada más que una gran roca plana junto a una de las esquinas. Había contado los pasos, cincuenta y siete, lo que calculé que equivalía a unos cincuenta y pocos metros de profundidad. A medida que avanzábamos, el fresco se apoderaba de nuestros cuerpos. Mars temblaba a mi espalda, y la dificultad de respirar se acentuaba cada vez con mayor énfasis, lo que le provocó una tos intermitente. Saqué un pañuelo del bolsillo de mis pantalones y se lo até a la cara, al modo de un bandido de película del oeste. Cuando llegamos a la pared del fondo, dimos media vuelta y comenzamos a examinar la pared de regreso.

Ya empezaba el camino de vuelta cuando Mars me llamó. En una esquina de la pared del fondo se abría un pequeño hueco en el suelo, de unos quince centímetros de diámetro, que me había pasado inadvertido. Metimos la linterna y me asomé, pero la luz se perdía en la grieta. Golpeé con la pala y un crujido metálico nos indicó que el suelo era de roca maciza. Peinamos la pared de regreso y llegamos a la entrada. Nada parecía indicar que allí hubiese habido vida ninguna vez.

Cuando salimos, nuestras ropas estaban manchadas de barro, y por nuestros rostros resbalaban divertidos chorretones de polvo adheridos al sudor. Aspiramos una fuerte bocanada de aire y nos sentamos con los pies colgados al barranco, a respirar un poco de aire puro.

—Esta cueva sí que era grande. Aquí bien podía haber vivido una comunidad — le dije a Mars.

—Sí, pero no hemos encontrado nada.

—Recuerda que esta zona también ha sido excavada, por lo que si encontraron algo, ya debe descansar en las vitrinas polvorientas de cualquier museo.

Mars no contestó. El sol comenzaba a perderse tras la pared del cañón.

Calculamos que nos quedarían como máximo dos horas de luz antes de caer la noche, y bajamos.

Montamos la tienda de campaña y acomodamos los sacos en el lugar más plano que encontramos. La noche nos sorprendió justo cuando roíamos la cena en forma de galletas. Mars propuso acostarnos para aprovechar al máximo las horas de luz del día siguiente, y yo estuve de acuerdo. Me sentía agotado.

Al amanecer, no había conseguido dormir ni media hora seguida. Cada piedra, cada desnivel, cada grieta del suelo se había clavado en mis riñones sin dejarme acomodarme ni por un momento en toda la noche. Cuando amaneció, aunque no había descansado apenas, lo sentí como el final del sufrimiento y salí. Mars había tenido más suerte que yo, y ni el frío ni la dureza del terreno parecían haber minado su capacidad de sueño. Salió de rodillas de la tienda y me sonrió.

—Vaya novecita me has dado —dijo.

—¿Yo? Querrás decir el maldito suelo ese. No sé cómo has podido dormir.

—Haber traído el colchón —me contestó con malicia.

—Si traigo el colchón, no hubieses descansado.

Se desperezó y corrió hacia mí. Me besó y nuestros alientos, pesados y polvorientos, se inundaron de alegría.

Recogimos el campamento y miramos hacia la pared. Allí estaba el último agujero que habíamos examinado, y justo a su lado se abría otro que nos pareció mayor. Subimos. El ángulo del sol al amanecer entraba varios metros en el interior, pero ni así conseguimos hallar señal alguna de Mariam ni de ningún ser vivo.

Pasamos el día brincando de roca en roca y metiendo nuestras cabezas en todos los agujeros que encontramos sin hallar nada. La búsqueda agotaba cada vez más nuestra ilusión y nuestras fuerzas. Me dolían las piernas, y nuestros brazos y manos estaban arañados por los salientes y las piedras entre las que nos arrastrábamos como culebras hambrientas.

Hacia el mediodía, hicimos un alto que aprovechamos para pasar balance de la mañana. Habíamos visto tres rendijas por las que concluimos que era imposible que hubiese entrado un hombre, y dos cuevas mayores, aunque bastante más pequeñas que las anteriores. De todos los agujeros que habíamos visto desde el fondo del cañón, solo nos quedaba uno por visitar, justo el que se abría unos metros por encima del acceso a la cueva mayor, que habíamos bautizado como «cueva capitular» por su gran sala interior.

Nos costó bastante llegar hasta él. Subir hasta la cueva capitular no era muy complicado, pero desde allí no había dónde colocar los pies ni dónde asirnos para llegar al siguiente nivel. Propuse a Mars que se quedara allí y yo di un pequeño rodeo hasta la entrada varios metros más arriba. El agujero estaba situado justo sobre una repisa que daba la sensación de terraza en un apartamento. Me aseguré bien contra

una roca y tiré la escala. Cuando Mars subió, su rostro acusaba el cansancio tanto como el mío, pero sobre todo la angustia de la realidad, que, por mucho que no quisiéramos verla, nos golpeaba con la rotundidad de la evidencia. Allí no quedaba nada y, al igual que en Qumrán, si alguna vez hubo marcas o signos en las paredes, la erosión los había arrancado y transformado en polvo.

Una vez repuestos del esfuerzo de la ascensión, reanudamos el ritual. El hueco, de unos setenta centímetros de alto por unos cuarenta de ancho, era de forma triangular, como la puerta de un armario de diseño. No hizo falta que nos arrastrásemos, pues el suelo de la cueva quedaba a la misma altura que la repisa, y entramos caminando armados con nuestras linternas.

La cueva era enorme, muy parecida en dimensiones a la capitular, que estaba justo bajo nuestros pies. Estuve a punto de hacerle a Mars una broma sobre los dos niveles de un dúplex esenio, pero sus ojos irritados por el polvo y su rostro agotado me contuvieron. A mí continuaba pareciéndome hermosa, y una excitación imposible de detener me asaltaba cada vez que imaginaba lo que escondían aquellas ropas de explorador, aunque su aspecto se había deteriorado ante la evidencia, o la inutilidad, de la búsqueda. Había momentos en que perdíamos incluso de vista qué o a quién buscábamos. Solo dábamos palos de ciego en un desierto infinito torturado por unas condiciones climáticas extremas, y roturado por cientos de hoyos, grietas y cuevas. Tantos como los millones de años que la antigüedad de la Tierra habían sabido crear.

Di la mano a Mars y comenzamos a repasar cada palmo de pared. Aprendida la lección el día anterior, cada paso que dábamos era preciso, lento, suave como el de una mariposa. Ridículo incluso. Mars se había atado de nuevo el pañuelo tapándose la boca y la nariz. Avanzamos despacio, con la laboriosidad del par de expertos en que creíamos nos estábamos convirtiendo. Llegamos al final de la cueva tras cincuenta y siete pasos de decepción continuada. No podía más. Mi paciencia estaba a punto de explotar. No íbamos a encontrar nada allí tampoco, otro día perdido, otra horrible cueva en la que solo encontrábamos telarañas, suciedad y desesperación. Levanté el haz de luz hacia el techo y tropecé con una piedra que me hizo caer.

—¡Maldita sea! —grité.

—Tranquilo, Cècil. Dame la mano.

—¡No vamos a encontrar nada, joder! ¿No lo ves? ¡Esto es una maldita pérdida de tiempo! ¡Una puta mentira y una tarea imposible! —ya había llegado al límite.

—No desesperes, seguro que estamos cerca. Lo siento.

—¿Qué sientes? ¡Mírate, Mars, por Dios! Estamos agotados, sucios, hambrientos y metidos en una puta cueva en la que, si alguna vez hubo alguien, el tiempo se lo ha tragado. ¡Vámonos! —grité.

—No. Acabemos lo que hemos venido a hacer. Si tú quieres, vete. Yo continuaré.

La rabia me invadió como si me hubiese tragado un cóctel Molotov y lancé la

pala contra el suelo. Si quería quedarse, que se quedara, yo la esperaría fuera. Giré y me fui, necesitaba respirar, ver algo más allá de un metro de distancia, oler algo que no fuera polvo y lavarme. Ansiaba una ducha con tanta fuerza como la quería a ella.

—¡Cècil, ven! —gritó Mars.

—¡No! ¡Quédate tú, estoy harto, te espero fuera! —no pensaba pasar ni un segundo más allí metido.

—¡No seas cabezón, ven aquí, creo que hemos encontrado algo! —gritó de nuevo.

¿Qué habíamos encontrado?, ¿más polvo? A regañadientes, di la vuelta y volví hacia ella. Su luz se movía inquieta por el suelo. Supuse que estaría agachada, pero un sentimiento de culpa me mordió y pensé que podía haber caído al suelo como me había pasado a mí. ¡No me perdonaría que Mars estuviese herida!

Cuando llegué y mi foco la iluminó, me tranquilicé. Estaba bien, de rodillas, hurgando con la pala en el suelo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Tu golpe ha hecho un agujero.

—¿Dónde?

—Aquí, mira.

En efecto, la rabia que había descargado contra el suelo lo había agrietado, destapando un agujero de un palmo de diámetro. Me agaché con ella.

—¡No es roca! —gritó Mars.

Golpeé de nuevo el agujero y un puñado de esquirlas saltaron al golpe. El suelo, como acababa de decir Mars, no era de roca, ¡sino de mampostería!, de pequeñas losas de arcilla que el polvo acumulado durante años había cubierto.

—¡Cècil, lo hemos encontrado!

No sabía qué decir. Era evidente que aquel suelo había sido colocado por alguien y que no era obra de la naturaleza. Con rapidez, vino a mi mente la composición del lugar. Justo debajo de nosotros se encontraba la otra cueva, y quizá su techo era el suelo que pisábamos. Si hacíamos el agujero muy profundo, corríamos el riesgo de que se produjese una avalancha y cayésemos los dos abajo. En lugar de golpear con furia, como en los primeros ataques, comencé a rasgar el pequeño agujero hasta desprender un par de losas.

El hueco se hizo mayor, y el suelo no pareció resentirse. Pedí a Mars que me ayudara y saqué la cabeza por él. Como había pensado, estábamos justo en el techo de la cueva inferior. ¡Estábamos en el segundo piso de una estancia esenia!

## Capítulo

**D**ejamos de golpear el suelo por miedo a un hundimiento y salimos de la cueva.

—Si este es el segundo nivel de la cueva, lo más probable es que lo que buscamos esté abajo, ¿no crees? —le dije a Mars.

—También pudiera estar aquí.

—No lo creo, recuerda el mensaje que dejó escrito Mariam, «tierra adentro».

—¡El agujero del fondo de la cueva! —gritó Mars.

—Es muy posible. Volvamos allí.

Descendimos hasta el nivel inferior. El sol comenzaba a ocultarse. Habíamos estado más de cuatro horas metidos en la cueva sin que apenas nos hubiésemos dado cuenta de ello. Mars me preguntó si quería hacerlo, o si prefería volver al día siguiente. La sola idea de recostar mi cuerpo en aquel maldito terreno una noche más facilitó la decisión.

Reptamos por el tubo y una vez dentro corrimos, sin importarnos la nube de polvo, hasta la pared del final. En su esquina inferior derecha se abría la grieta que habíamos descubierto el día anterior. Si alguien había sido capaz de construir un techo sobre la cueva y dividirla en dos niveles, muy bien había podido crear una pared o un segundo suelo allí. Golpeé con fuerza el agujero, y la vibración del golpe me tiró para atrás.

—Es de roca.

—Prueba con la pared —propuso Mars.

Eché el cuerpo hacia atrás y descargué un fuerte golpe contra la pared del fondo de la cueva. Un crujido sordo se hizo dueño de la profundidad.

—¡Aquí detrás hay algo! —grité.

Y volví a golpear con fuerza, dos, tres, cuatro, diez veces, hasta que una grieta de un metro de altura rajó la pared del fondo de la cueva. Metí la punta de la pala en ella e hicimos palanca hasta que una piedra, quizás una losa, saltó por los aires.

La angustia del descubrimiento nos paralizó por unos segundos. Fue Mars quien reaccionó y metió la linterna por el hueco. La luz se perdía en un túnel profundo que se internaba tierra adentro. Pateé la pared con las botas de montaña y poco a poco fue perdiendo consistencia hasta que se desprendieron unas cuantas losas más. ¡Ya entraba medio cuerpo! La luz se perdía por un túnel, una especie de pasadizo que se adentraba en diagonal hacia el interior de la tierra.

—¿Vamos? —me preguntó.

—¡Vamos! —la besé y nos abrazamos antes de dar los últimos pasos de una

búsqueda que había durado cientos de años.

Yo me colé primero, y después ayudé a Mars. El túnel tenía poco más de sesenta centímetros de altura, y lo mismo de ancho. Debíamos ir uno tras otro, de rodillas, hasta que se ensanchase quizás unos metros más adelante. Comencé a gatear. Mars se asió de mis tobillos y me siguió. El polvo se levantaba al arrastrarnos y se metía en nuestra nariz y en nuestros ojos, cegándonos y dificultándonos la respiración. Al contrario de lo que podíamos imaginar, allí no había humedad, sino una sequedad que se agarraba a nuestras gargantas agrietándolas como aquel terrible desierto milenario. El túnel descendía en una pendiente suave, cada vez más profunda hacia el interior de la montaña, como un puñal clavado en el costillar de aquella formación rocosa. Seguimos a gatas durante unos cuantos minutos que se hicieron interminables. La linterna bailaba al son de nuestros gateos, y mi sombra se proyectaba hacia delante por el efecto de la luz de Mars. Como habíamos imaginado, el túnel se abrió unos metros más allá.

Llegamos a una especie de habitación cavada en la roca. Todavía podían verse a la luz de nuestras linternas las heridas de las herramientas en las paredes de la sala. Sus dimensiones eran de unos tres metros de ancho por cuatro o cinco metros de fondo, y una altura de poco más de un metro y medio. Insuficiente para permanecer en pie, pero bastante para apenas erguirnos después del avance a gatas. Me puse en cuclillas y disparé la luz contra todas las paredes.

Al fondo vi algo, como unas grandes rocas. Comencé a caminar hacia allí cuando un fuerte golpe nos sorprendió a nuestras espaldas.

—¿Hay alguien ahí? —gritó una voz.

Mars y yo nos miramos. ¿Quién podía haber entrado? El terror nos paralizó. ¡Había alguien en la entrada del túnel!

—¿Hay alguien? —volvieron a gritar.

—Sí —contesté preso de un miedo y una sorpresa infinitos—. ¿Quién es? —pregunté.

—Salid inmediatamente.

¡Esa voz! Yo la conocía. Miré a Mars. Estaba aterrorizada.

—¡Vamos, Cècil, salid ahora mismo y no pasará nada!

Mars me miró inquieta, espantada, interrogándome con la mirada. Quien fuera que estaba allí sabía quiénes éramos. Quizá Marie Stewart había enviado a alguien al ver que no estábamos en Qumrán. ¡Seguro que era eso!, ¿pero cómo nos habían hallado? De repente, me vino a la mente el emisor satélite. ¡Solo podía ser alguien enviado por ellas!

—¡Espere un segundo, hemos encontrado algo! —grité.

Desoyendo la voz, avancé hasta los objetos que habíamos visto en el fondo de la sala. Por lo menos, no me quedaría sin encontrar lo que habíamos venido a buscar. Si

Mariam estaba viva y estaba allí, oculta en algún agujero que no alcanzábamos a ver, debíamos encontrarla, advertirla antes de marcharnos de que su secreto había sido descubierto.

—¡Salid, no me obliguéis a cerrar la entrada! —nos amenazó la voz. ¿Cómo iba a encerrarnos, qué barbaridad era esa?

Mars estaba a mi lado, rastreando con su luz los objetos que habíamos encontrado. No eran rocas, sino tinajas, grandes tinas de cerámica apiladas contra la pared. Contamos una docena. Volcamos una de ellas y un ruido de guijarros se expandió por el agujero. Nos miramos y enfocamos el contenido. ¡Eran huesos! Las tinajas estaban llenas de huesos humanos. ¡Habíamos encontrado un cementerio!

—¡Está bien, vosotros lo habéis querido! —gritó la voz desde la cueva.

Y un ruido de algo enorme arrastrándose por el suelo nos llegó hasta nuestra ubicación. ¡Aquel hombre iba a cerrar la cueva!

—¡Alto! ¿Qué hace?, ¿estamos aquí dentro! —grité aterrorizado al recordar la enorme roca de la cueva. ¡La estaban utilizando para encerrarnos!

Mars tenía los ojos enrojecidos, a punto de explotar. Abiertos en una mueca de sorpresa y miedo. Nada de aquello estaba previsto que ocurriera así. Volcamos otra tinaja y un cráneo rodó por la sala. Mars gritó.

—¡Vamos, nos van a encerrar!

Y la agarré por el brazo para volver a gatear por el túnel de vuelta. La pequeña pendiente se tornó durísima en su ascenso. Las rodillas me dolían, lastimadas por la carrera contra la amenaza de encerrarnos que se cernía sobre nosotros. Mars avanzaba detrás de mí, y el corazón me latía con la misma fuerza que los pensamientos golpeaban en mi cabeza. ¿Qué había ocurrido? ¿Quién nos quería sepultar allí dentro?

Por fin, llegamos al final del túnel, tapado a medias por la roca que hasta entonces había descansado contra las paredes milenarias de la cueva.

—¡Abra! —grité desesperado. No vi ninguna luz. Si aquel individuo tenía alguna, la había apagado.

La luz de mi linterna se colaba por el hueco que quedaba, pero tampoco vi a nadie, y empecé a golpear la roca con mis botas hasta que poco a poco alguien comenzó a apartarla. Metí la cabeza por el hueco y unas manos poderosas me agarraron y tiraron de mí hasta sacarme de golpe. Rodé por el suelo y, cuando recobré el equilibrio, vi que Mars corría mi misma suerte.

Me levanté y enfoqué. De pie, al lado de la roca, había dos hombres. Uno de ellos, un negro enorme que casi tocaba con su cabeza el techo de la cueva, y sobre quien la luz de la linterna no parecía tener ningún efecto, y junto a él otro hombre, de formas conocidas, que me miraba con una media sonrisa dibujada en su cara manchada de polvo.

¡Era Oriol Nomis!

—Pero... —comencé a balbucear. ¿Qué hacía él allí?

—Hola, Cècil.

No conseguía articular palabra. Mars me abrazó. ¿Qué diablos hacía mi ex jefe allí?

—Nos ibas a encerrar —atiné a decir.

—¿Dónde está Mariam? —me preguntó.

¿Cómo podía saber que la buscábamos?

El catedrático hizo un gesto al negro y este sacó una pistola que puso frente a mi cabeza.

—Maldito, tú eres... —gritó Mars.

—En efecto, niña. Yo soy el elegido, y he venido a recuperar mi regalo. ¿Dónde está Mariam? —volvió a preguntar.

—No lo sabemos —contesté. Todavía no comprendía nada. ¿Por qué la condesa nos enviaba a Oriol Nomis, y por qué nos amenazaba de aquella forma?

El hombre negro levantó la pistola y me golpeó en la cabeza. El crujido de mi cráneo me hizo tambalear y caí de espaldas al suelo. ¿Qué le pasaba a aquel hombre?

—Oriol, soy yo, Cècil —balbuceé desde el suelo. Sentía un líquido caliente recorrer mi mejilla.

—Sí, lo sé, y no me equivoqué al poner todo esto en tus manos. Te estoy agradecido..., lástima que tu nombre te impedía ser uno de mis *designati*, hubieses sido el mejor.

De repente, a pesar del dolor del golpe, vislumbré todo el asunto con claridad. Oriol Nomis me había utilizado desde el principio. Él fue quien me metió tras la búsqueda de un código que él mismo se había encargado de incluir en la maldita subasta, engañando a todo el mundo. Él había estado al corriente en cada momento de nuestros pasos y nos había guiado hábilmente hasta allí. ¡Él era el responsable del secuestro de Marie Stewart y de Azul! Por eso sabía tanto, por eso se había ocupado de nosotros, por eso había insistido en ayudarme. ¿Cómo había sido yo tan estúpido? ¿Pero cómo iba a saberlo? ¿Y qué quería de nosotros?

—Me utilizaste.

—No te pongas melodramático. A todos nos utilizan en la vida de una forma u otra. Ahora dime, ¿dónde está Mariam, allí abajo? —señaló el túnel.

—No, allí solo hay esqueletos. Es una especie de cementerio.

—¡Mentira! —gritó—. ¡Dime dónde está o le vuelo los sesos!

El negro apuntó a Mars, que se había arrodillado y me sostenía.

—Te digo la verdad, ahí abajo no hay nada. Por lo menos, no hemos podido encontrar nada, justo acabábamos de descubrirlo cuando habéis llegado.

—Calla, Cècil, no le digas nada —me pidió Mars.

—¡Cállate tú! —gritó un Oriol Nomis desconocido para mí hasta aquel instante

—. Mira, Cècil, eres un tipo inteligente, siempre lo has sido, siempre has sabido escoger el camino adecuado en cada momento. Ahora, si todavía te queda algo de esa inteligencia, me dirás dónde está Mariam y os dejaré marchar, ¿has comprendido?

—¿Para qué quieres encontrarla? —le pregunté.

Oriol Nomis me miró, quizá calibrando la respuesta que podía darme, o quizá tan solo si me iba a contestar. El negro no dejaba de apuntarnos con su pistola, y la sangre que corría por mi rostro comenzó a marearme. Las luces de nuestras linternas iluminaban las caras de aquellos dos hombres que nos habían encontrado en el lugar más recóndito del mundo. De repente, me vino a la cabeza una cuestión. Sí habían tenido acceso a la señal de nuestro emisor y no habían sido enviados por Marie Stewart y la señora Bouvier... ¡Dios mío!

—¿Qué les habéis hecho a la condesa y a Azul? —grité. Mars se cubrió la cara con sus manos y ahogó un grito de terror contra ellas.

—Bueno, te contestaré primero a tu pregunta. Durante mil años, una larga lista de hombres hemos buscado el regalo que hizo Jesús a la esenia, y con él lo que eso significa, ¡la vida eterna! —su rostro era el de un loco a la luz de las linternas. Un rostro desconocido para mí—. Una vida sin enfermedades, sin dolor, sin muerte, y yo he llegado más lejos que todos mis antecesores, yo seré el elegido para ese regalo, para el conocimiento absoluto de la verdad. ¡La victoria final sobre la materia, la inmortalidad!

—¡Estás loco! —grité.

—Quizá sí —bajó la voz—, pero también soy el único que saldrá con vida de aquí. Y con respecto a vuestras amigas, debo deciros que pronto os encontraréis con ellas.

Y una risa que me produjo escalofríos corrió por la oscuridad de la cueva.

—Mariam no está, puedes comprobarlo tú mismo. Ahí abajo solo hay esqueletos.

—¡Calla! Si aprecias en algo a tu amiga, bajarás, encontrarás a la esenia y la subirás aquí.

—¡Jamás haré eso! ¡Ahí no hay nada, maldita sea, loco miserable! —grité.

—Bien. Supongo que conoces la historia de la resurrección de las dos muchachas, cuando Mariam les salvó la vida.

Y a un gesto de Oriol Nomis, el negro descargó un disparo sobre el cuerpo de Mars.

—¡Qué haces, hijo de puta!

Mars cayó inerte junto a mí. ¡Le habían disparado!

—Ahora, baja ahí y sube a la esenia. Es la única opción, a no ser que prefieras que haga lo mismo contigo —y el negro movió el arma en mi dirección.

—¡No hay nada, cabrón, nada! ¡La has matado por nada! —grité. El alma se me había rasgado en un dolor y una rabia infinitos.

Sin pensarlo, arranqué la linterna de mi cabeza y se la tiré al negro. Escuché un disparo, pero la linterna, que rodaba sin luz a unos metros de mí, había alcanzado la cara de aquel mastodonte y le había hecho errar el tiro. Entonces me lancé con todas mis fuerzas hacia él y le agarré la mano. Un golpe retumbó en mi cabeza, pero no lo solté. Oriol Nomis gritaba que me matara desde la más absoluta de las oscuridades. Con el brazo libre, el negro continuó golpeándome en la cabeza. El dolor se expandía por mi cuerpo, en pocos segundos caería junto a Mars, aunque ya no me importaba. Me agarré con más fuerza al brazo que asía el arma y lo mordí. Clavé mis dientes en aquella carne dura, apreté con toda el alma y la escasa energía que me quedaba, hasta que sentí que mi boca se llenaba de líquido, pero ni así lo solté. El negro gritaba y me golpeaba con más fuerza, mientras Oriol Nomis lo insultaba y le decía que acabara conmigo de una vez. La oscuridad no me permitía ver dónde estaba el auditor y hacía que el negro se tambalease sin rumbo intentando zafarse. Sentía la dentadura cada vez más clavada en el brazo de aquel hombre. Entonces, un grito profundo precedió a un sonido metálico. Por fin, había soltado la pistola. La escuché caer y rodar por la penumbra de la cueva.

El arma dio un par de saltos por el suelo hasta detenerse en el único metro cuadrado de la cueva que todavía permanecía iluminado, a pocos centímetros del rostro de Mars, gracias a la linterna que colgaba de su cabeza sin vida. Escuché a Oriol Nomis correr hacia ella mientras el negro aullaba de dolor. Lo solté y me tiré encima del cuerpo de mi antiguo jefe. De una patada, lo aparté y me hice con el arma, y sin pararme a pensar, metí un dedo en el gatillo y vacié todo el cargador contra las sombras donde imaginé que estaban.

Un ruido atroz retumbó en la cueva. Los estampidos golpearon mis oídos en un eco macabro que se tragó el espesor de la oscuridad. Mi dedo se quedó enganchado al gatillo hasta que la pistola agotó las balas y solo se escuchó el golpeteo mecánico del percutor contra un cargador vacío. Lo solté. Silencio.

Me arrastré hasta el cuerpo sin vida de Mars y agarré su linterna. Me dolía todo el cuerpo, solo tenía visión a través de un ojo, y una vibración de dolor y terror corría por mis venas hasta la última de mis células. Levanté el foco de luz y busqué. El negro estaba tumbado, sin rostro; uno o varios de los disparos le habían alcanzado la cabeza, de la que no quedaba más que una masa sanguinolenta de carne. Oriol Nomis estaba a un par de metros, tumbado sin sentido también. Como pude, llegué hasta él y le iluminé la cara.

—¡Dame eso! —me agarró desde el suelo e intentó arrebatarme el arma. Sus piernas estaban bañadas por un charco de sangre, pero el maldito estaba vivo.

Levanté la pistola y comencé a golpearlo con toda mi furia. Por Mars, por mí, por Azul, por la condesa, por *madame* Bouvier, por el terror acumulado que me hacía golpearlo sin control, una y otra vez, en la cabeza, en su pecho, en la cara. Perdí el

arma en uno de los golpes y continué golpeándolo con mis manos, hasta que el agotamiento me venció, y un llanto interno y profundo desgarró mis sentidos y caí sobre él. ¡Aquel maldito había mandado ejecutar a Mars!

Volví con ella. La iluminé con la linterna. La abracé, la besé, y la agité para volverla a la vida. Pero no se movía. Su cuerpo sangraba a la altura del estómago. Comencé a gritar, y mis gritos se perdieron en aquel puto agujero al que no debimos acudir jamás.

Me senté a su lado. Sentía un dolor muy fuerte en el tórax, quizás aquel hijo de perra me había partido una costilla, pero qué importaba ya. Maldije no haber dejado una bala para mí, y me tumbé junto a Mars.

Estuve varios minutos acunándola, besándola, abrazándola como no podría volver a hacer nunca más. Miré al exterior de la cueva, ni siquiera recordaba que había caído la noche, y una negrura infernal me inundó. Apagué la linterna y descargué lo que me quedaba de llanto sobre el cuerpo de Mars.

Estuve un largo tiempo abrazado a lo que quedaba de ella. ¿Qué podía hacer? Si me hubiese quedado una sola bala, me la habría disparado sin pensarlo ni un segundo, pero en aquellas circunstancias no podía quedarme allí tumbado, sin más. Por lo menos, debía dar sepultura al cuerpo de Mars. Pensé sacarla al exterior y cavar una tumba. Un agujero en aquel desierto infame. Pero comprendí que no tendría fuerzas de salir con su cuerpo por la estrecha entrada de la cueva. Entonces, la cargué sobre mi espalda como pude y me adentré en el túnel.

Si aquellos cuerpos eran los restos de los hermanos de la comunidad que Mars había buscado durante toda su vida, merecía descansar por fin junto a ellos. Comencé a arrastrarme con su cuerpo exánime por el túnel. Apenas tenía espacio para levantarme un par de centímetros que me permitieran avanzar. Estiraba los brazos hacia delante y los encogía en una flexión difícil y dolorosa, que hacía eterno cada palmo de avance. Temí caer allí mismo y morir bajo el cuerpo de Mars. No me preocupaba eso, pero sentía que lo único y último que podría hacer era acercarla hasta ellos.

Por fin, conseguí llegar hasta la pequeña sala. Los cuellos de las dos vasijas volcadas mostraban orgullosos los restos de tela y huesos humanos que habían atesorado por cientos de años. Iluminé el suelo. El cráneo parecía mirarnos en una mueca de comprensión, la sabiduría de la eternidad. Arrastré a Mars hasta la pared y la senté contra ella. Su cabeza caía sin fuerza sobre su pecho, y la amargura me taladraba como un martillo percutor. Con la poca visión que me ofrecía el ojo dolorido, recorrí la sala hasta encontrar un sitio donde pudiese descansar. En la esquina me pareció ver una especie de tabla, quizá de alguna antigua mesa, y me acerqué. Aquel era un buen lugar. Llevé a Mars hasta allí y la tumbé sobre ella.

Cerré sus ojos y le crucé los brazos sobre el pecho. Me hubiese gustado ponerle

algo en ellos. Mi corazón. Aparté la vista por un momento. No podía aguantar verla así. La besé y comencé a salir.

Cuando llegué a la boca del túnel, eché una última mirada a la sala.

Entonces, algo llamó mi atención. En el otro extremo de la sala, vi una especie de roca puntiaguda y me acerqué. Era algo parecido a un enorme cuarzo de más de un palmo de altura. Estaba sucio por el polvo. Pensé que sería un buen compañero de eternidad para Mars y lo cogí. Lo limpié contra mis ropas, y el brillo del cristal partió la luz de la linterna en docenas de rayos que iluminaron toda la sala, como si un pequeño sol hubiese aparecido de repente. La claridad momentánea dejó al descubierto algo junto al lugar donde estaba el cuarzo.

Dejé la roca en el suelo y lo cogí. Era un pequeño saco de cuero atado por una cinta. Lo abrí y volqué su contenido sobre mi mano. No cayó nada. Lo agité y enfoqué la linterna en su interior. Me pareció ver una especie de hilo dorado que brillaba al contacto con el haz de luz. Metí los dedos y lo saqué. ¡Era un cabello! El resto macabro de alguno de aquellos cadáveres.

Agité asqueado mi mano, pero el sudor lo enredó entre los dedos. Cogí de nuevo el cuarzo y me arrastré hasta el cuerpo sin vida de Mars. La miré una vez más. El dolor me palpitaba en las sienes como si me golpearan desde dentro con un martillo. La besé. Todavía estaba caliente. Cogí el cuarzo y lo coloqué en su pecho. La agarré de las manos y, de repente, una luz me cegó al instante. Una bola de luz blanca creció desde mis manos y se expandió por toda la sala. Caí de espaldas, aterrorizado. Me postré de rodillas y metí mi cabeza entre los brazos. ¡Aquello iba a estallar!

A la luz la siguió un zumbido que casi destrozó mis castigados oídos. Se coló en mi cabeza y sacudió todo mi cuerpo en una explosión que me lanzó contra la pared de la sala. La linterna se golpeó en mi caída. Al cabo de unos segundos, la luz se apagó y una inmensa oscuridad se adueñó de toda la cueva.

Me levanté asustado. No conseguía ver nada, pero sentí que podía abrir los dos ojos, y había recuperado la fuerza, como si me hubiesen inyectado una jeringa de adrenalina en pleno corazón. Comencé a palparme el cuerpo, ¡estaba perfecto, sin cansancio ni dolor!

Empecé a girar, a mirar a mi alrededor, a buscar algún resquicio, alguna explicación a lo que acababa de ocurrir, bañado en una penumbra tan intensa que no me permitía ni siquiera ver mis manos a un centímetro de la cara. El zumbido también había desaparecido. ¿Pero qué había sucedido? ¡Mars! La explosión se había originado en el centro de su pecho.

Intenté correr hacia ella, pero estaba desorientado, no sabía dónde estaba la salida, ni dónde estaba su cuerpo. Grité. Tropecé con las vasijas y las oí caer. Escuché el tintineo de sus restos rodar por la sala. ¡Tenía que encontrarla, la fuerza de aquella explosión habría destrozado lo que quedaba de ella!

—¡Mars! ¡Mars! —no sentía dolor, pero la angustia y el recuerdo de lo vivido comenzaban a sumirme en el pánico. ¡Debía encontrar los restos de Mars!

Corría desesperado, de un lado a otro de la sala, golpeándome con las paredes y el techo, y con los restos de tinajas y huesos esparcidos por el suelo. Caí un par de veces. Palpaba atormentado cada rincón de aquel maldito lugar, sin conseguir una sola pista que me orientase en la oscuridad. Entonces, me pareció escuchar un movimiento, una especie de leve crujido que no había originado yo, justo a mi espalda, al otro lado de la sala. Me asusté. Mi mente se inundó de imágenes de esqueletos armados con pistolas y puñales que venían a rematarnos, a vengar la profanación de su descanso eterno. Me quedé quieto, a la espera de escuchar las risas macabras de esos esqueletos. Pensé que podría ser Oriol Nomis, recuperado, que tapaba el túnel para encerrarnos de nuevo por el resto de los tiempos. Me quedé inmóvil, atento, con todos mis sentidos alerta para localizar el origen de aquel suave sonido. Sin embargo, lo que llegó a mis oídos fue una música más allá de la comprensión humana. Una música convertida en voz que me llenó el alma hasta desbordarla por completo en el mayor misterio que jamás imaginé.

—Cècil, amor mío, ¿dónde estás?

---

## AGRADECIMIENTOS

**E**stimado lector, una vez llegado a este punto de la novela, mi primer agradecimiento es para usted. Muchas gracias por haber adquirido esta obra y espero con toda humildad que la haya disfrutado tanto como yo escribiéndola. Aprovecho también para excusarme por los momentos que no hayan estado a la altura de sus expectativas, y que espero hayan sido muy pocos, o ninguno.

Siempre que en un libro me encuentro con una nota de este estilo al finalizar siento que está fuera de lugar, que es algo que no aporta demasiado al lector (único protagonista real de la historia), y que tan solo se trata de un descargo de la personalidad del autor sin mayor trascendencia para la novela; pero por otra parte reconozco que la creación de un libro es algo tan complejo en todos los niveles que un autor no se puede atribuir el mérito de manera única, y la conciencia nos obliga a ser agradecidos.

Así pues, estimado lector, espero que sea condescendiente con los agradecimientos que en buena justicia quiero hacer.

No puedo cerrar este libro sin dejar de agradecer muy directamente a Xesca Abellán, amiga y maestra, a Miguel Ángel Guerrero, y a José Martínez su infinita paciencia por haber sufrido el envío de capítulos mal corregidos, consultas tediosas y partes inconclusas, e incluso así haberme animado a seguir en todo momento. Sus palabras han sido un gran apoyo.

Muchas gracias también a Joan Bruna, de la agencia Sandra Bruna, quien me ayudó a reordenar algún capítulo para darle más ritmo a la novela, a Inés Fernández por sus aportaciones y a mi querido amigo Albert Salvadó por su sabiduría, sus consejos y ayuda.

La mayor de todas las ovaciones para mi esposa Luz, quien sufre de verdad mis ausencias, físicas y espirituales, y sin cuya compañía y apoyo la vida tendría menos sentido.

Ya solo me queda añadir de nuevo el último y más reconocido agradecimiento para ti, lector, a quien ahora, en esta última línea, ya me atrevo a tutear.

Jordi Díez

En Bávaro, República Dominicana, a 1 de julio de 2011

---

## PARÍS, FRANCIA, JUNIO DE 1940

**R**eniego de la vida humana.

Los primeros días de junio no habían llegado con el sol que todos ansiábamos con desesperación. El invierno había sido largo, frío, seco, duro, demasiado para los corazones de un pueblo acostumbrado a la bonanza del clima y a una tierra que, desde mucho antes de mí misma, ya los consentía con cosechas ricas en todo cuanto se plantara.

Ahora era diferente, quizá como en otros momentos ya vividos, pero peor. Cada día, por repetitivo que sea, se graba en las vidas con una intensidad que no mitiga el consuelo del recuerdo. La escasez de alimentos, sin embargo, no se debía únicamente al terrible invierno, también un momento duro parecía haberse hermanado al clima de ese año.

Llovía. Una ligera bruma envolvía las gotas que flotaban en el ambiente y convertían en sombras danzarinas todo el entorno. Los edificios, en otros momentos vivos y rodeados de flores, ahora no pasaban de manchas grisáceas que se alzaban al cielo en una clara súplica por la recuperación de una esperanza olvidada. Las copas de los árboles habían perdido el verde característico de la primavera, y también parecían haber olvidado la época de nacimiento que tanto ansiaban. Los chaquetones largos, oscuros, deshilachados en sus bajos, no se habían sustituido por los vestidos coloridos que a todos alegraban. La gente, de rostros confusos, andaba encogida dentro de sus ropajes, con el ánimo y el corazón ateridos de frío y miedo, de incertidumbre por el terror que se palpaba hasta en el último resquicio de la ciudad.

En algunas calles se escuchaban ecos de megáfonos llamando a la unidad, y de muchas casas saltaban pomposas frases en inglés que la gente captaba a través de radios sintonizadas a la única emisora que todavía se aferraba a la esperanza.

Estaba cansada, no sabía cuánto tiempo llevaba caminando por la avenida de los Campos Elíseos, arriba y abajo, desde el Arco del Triunfo hasta la Plaza de la Bastilla, atravesando los Jardines de las Tullerías y la Rue de Rivoli, un trayecto que había hecho en los últimos años miles de veces. Sentía mi pelo mojado, pegado al cogote por el que se deslizaban gotas que aprovechaban sin pudor el resquicio de mi blusa, siguiendo la espalda a través del camino de mi columna vertebral, y que me hacían estremecer de frío. Frente a mí, vi una pastelería con los estantes vacíos, y a los abrigos roídos pararse frente al cristal en busca de lo que fueron tiempos mejores, las cabezas gachas y los escaparates huérfanos. Yo sabía que los tiempos nunca son mejores, solo diferentes versiones de la misma realidad. Pero aquellas gentes, que buscaban un poco de consuelo en el azúcar decorado de otras épocas, no podían

saberlo, sus vidas eran demasiado cortas para almacenar esa lección.

Escuché un rumor que venía del cielo y levanté la cabeza. Un grupo de aviones sobrevolaba la ciudad a ras de los edificios. Todo el mundo alzó la cabeza para verlos, pero la lluvia devolvió a las gentes al estado del que parecía imposible abstraerse. De repente, de las panzas de los aviones comenzaron a caer cientos de papeletas que inundaron el cielo gris de París, mezclándose con las gotas de lluvia. Las vi bajar mecidas por un viento suave que no se atrevía ni siquiera a desafiar el manto plomizo reinante. Eran pequeñas hojas de papel, cortadas a la mitad de su tamaño para doblar su mensaje. Descendían con una lentitud desesperante para todos los que se habían detenido a observarlas. Al cabo de unos instantes, regaron toda la calle, las azoteas de los edificios, los parques, los techos de los vehículos, las ramas yermas de los árboles, las cabezas de los ciudadanos, los adoquines y los charcos.

Frente a mí, cayó una y me agaché a recogerla. Mientras estiraba mi brazo empapado, me vi reflejada en el agua, deformada por las ondas de las gotas que seguían cayendo y salpicaban mi retrato. Ese rostro, observado hasta la saciedad, perfecto, terso, joven, incapaz de reflejar jamás el ánimo de mi espíritu. Los bucles de pelo oscuro aplastados en ridículas ristras contra mi frente, y mi gran nariz, que tantas veces en la historia había escuchado ridiculizar y ensalzar como patrimonio del gen del pueblo de Dios. No pude evitar una mueca de aprobación. Tras de mí observaban la nota otros ojos, cientos de miradas clavadas siempre en mi espalda, en mi alma, mis fantasmas, los recuerdos de tantas vidas como había perdido.

Agarré la nota que se arrugó al simple contacto con mi mano. Estaba escrita en francés, pero se notaba que no había sido redactada por un nativo. La leí. Anunciaba la llegada inminente de las tropas alemanas después de haber derrotado el bastión de la última esperanza francesa. Faltaban pocas horas para que todos los miedos de aquellas gentes de vida finita se concretaran en una realidad tan espantosa como cierta. Más ojos que añadir a mi atormentada memoria. Me levanté y continué caminando por la que había sido durante muchos años la arteria más ruidosa y viva de la ciudad. Amaba París.

Deshice el camino en dirección a la Plaza de la Bastilla y a la altura del Pont Royal atravesé el río Sena para entrar por la Rue du Bac que me llevaría directo a la que había sido mi morada los últimos dos siglos. Vivía en una vieja casa de la Rue de Babylone. Siempre me gustó ese nombre. Abrí la reja y pisé la grava mojada del jardín hasta el grueso portón de madera. Era una antigua casona de dos plantas en la esquina entre ambas calles, rodeada de un pequeño jardín y protegida por una docena de paulonias tomentosas que todavía no se habían atrevido, como en el resto de la ciudad, a cubrir sus ramas de flores. Ese jardín me había mantenido oculta al mundo, permaneciendo en él largas temporadas que combinaba con viajes en los que esperaba que, a mi vuelta, los nuevos vecinos me confundiesen con la hija que jamás

tuve.

No había cuadros, ni alfombras, ni fotografías, tan de moda entonces, solo una cama en la planta superior, un escritorio en el que transcribir algunas ideas, una butaca de lectura, y una sencilla mesa de madera sin pulir en la que comía cuando echaba de menos el placer de masticar. Sin embargo, allí me sentía segura. Me deshice de mis ropas mojadas y entré al baño, me sequé con una toalla blanca igual a todas las demás y me fui a la cocina para prepararme un vaso de té. Necesitaba algo de calor.

Por el camino de regreso, había podido comprobar el desastre que aquellas octavillas malditas habían causado en los ciudadanos de París, quienes no tardarían en comprender la desgracia humana en toda su magnitud. La presión me ahogaba.

Abrí la ventana y me apoyé en el alféizar. La lluvia golpeaba las flores y los árboles del jardín, que ya comenzaba a inundarse en grandes charcos sobre los que las gotas dibujaban círculos concéntricos.

Hacía cerca de doscientos años que vivía en esa casa, y los recuerdos de mi marcha de las cuevas todavía se mantenían frescos en la memoria como si hubiesen transcurrido apenas unas semanas atrás.

Miré la octavilla, que había mojado una parte de la mesa. Se anunciaba la pronta entrada en la ciudad de las tropas alemanas y pedían a todos los ciudadanos que se mantuvieran tranquilos y pacientes en sus casas.

De todas las guerras que había vivido, esa sin duda era la más cruel. Durante toda mi vida, he visto a los hombres construir para la destrucción, pero jamás la humanidad había alcanzado tal punto de sofisticación en preparar su propia aniquilación. Hacía unos meses que en Alemania, un ejemplo de convivencia hasta entonces, había anidado el odio en el corazón de sus habitantes. Un odio que extendían como una mancha de aceite por toda Europa y que amenazaba con alcanzar al resto del mundo.

Una vez más, las dos visiones de la vida que preconizaron Yeixú y Yuhana convivían la una con la otra. La esperanza, a la que todavía querían agarrarse los ciudadanos de París, y el aviso de la destrucción inminente. Solo que, esta vez, mi ánimo estaba más cercano a las tesis de Yuhana. Había llegado sin duda el momento en que todos aquellos que no hubiesen puesto su alma en paz con Dios, o consigo mismos, tendrían que someterse a las consecuencias.

Sentía en mi corazón el sufrimiento de todas las víctimas de ese nuevo conflicto. Un sufrimiento que me atenazaba los sentidos. Sabía que una parte inmensa de la humanidad perecería en esa nueva demostración de odio y miedo que parecía haber tomado las conciencias de la mayoría de las gentes. Odio y miedo a todos aquellos que eran diferentes, como yo. Los ecos de la barbarie llegaban desde muchos lugares al mismo tiempo, un fuego que se extendía por Europa, desde Rusia hasta Asia, que

quemaba la pobreza de una África sometida, y que todos los mandatarios del mundo parecían tener interés en avivar.

La cadencia de las gotas me infundió una calma similar a la de una oración y deseé, por enésima vez en toda mi vida, tener la fuerza de Yeixú, pero no la tenía. ¿Por qué me había elegido a mí? Nunca lo supe, llevaba cerca de dos mil años preguntándome por qué el Maestro me había concedido una inmortalidad que cada día que pasaba me costaba más soportar. Instintivamente, llevé mi mano derecha al cuello, al colgante que alojaba los últimos cabellos de Aquel a quien la tergiversación y la exageración de sus actos habían convertido en una gran mentira. Su propio nombre se había utilizado infinitas veces para matar. Quedarían en el interior de la bolsa apenas una decena de aquellos cabellos que había utilizado en mi propio interés, así como en salvar la vida a tantas gentes como creí que lo merecían a lo largo de mi existencia.

Recordé la última vez que lo hice, todavía en las cuevas del desierto, y un sentimiento de tristeza me agarró con más fuerza todavía. Sorbí un poco del té que me acababa de preparar. ¿Qué habría sido de mí si me hubiese quedado allí?, imposible contestar a esa pregunta.

En las calles de París se explicaban historias espantosas sobre lo que los alemanes hacían con los pueblos que conquistaban, y en particular con sus habitantes. Contaban que habían creado unos lugares para la destrucción en serie de los judíos y que habían aprovechado toda su tecnología también en contra de los negros, los gitanos, y todos los que no cumplieran con un patrón de aspecto determinado.

En todos esos años, yo había aprendido que los siete principios se cumplían con exquisita pulcritud, pero ahora se me hacía difícil ver qué fuerza anidada en la bondad podía hacer frente a aquella barbarie de destrucción y terror. Había comprendido que la vida caduca del hombre le incita a realizar todo tipo de actos que supongan una continuidad a su existencia, la necesidad vital de dejar una impronta en el devenir del tiempo, sin importar en qué parte de la dualidad humana se hubiese creado. Una falta de comprensión absoluta sobre el secreto más fácil de asimilar de toda la existencia, y que al parecer solo habían aceptado los grandes maestros, que todo, absolutamente todo, forma parte de lo mismo. Por eso, no podía comprender cómo los hombres se habían esforzado de igual manera en crear y destruir.

Pero ahora sentía en lo más recóndito de mi alma que esa balanza se desequilibraba, y que lo que había predicho Yuhana como inminente por fin estaba a punto de acontecer.

¿Y yo qué podía hacer, qué debía hacer?

Recordé las cuevas, y con ellas a mis hermanos de comunidad, con los que había convivido por un espacio de más de quinientos años. A imitación de Yeixú, me había rodeado de doce hermanos, escogidos durante todo ese tiempo para iniciarlos en los

valores reales de la Ley, para mostrarles el conocimiento infinito que la observación proporcionaba, pero entonces tampoco funcionó. ¿Qué podía esperar ahora, si en unos seres a salvo del miedo a la muerte e iniciados en la sabiduría se habían dado la envidia y el odio, cómo no iba a ocurrir lo mismo entre hombres mortales y asustados de sí mismos?

Hacía frío y cerré la ventana. El gris plomizo del exterior opacó el vidrio y, por segunda vez en el día, observé mi imagen en un improvisado espejo. La misma que tan bien conocía.

El peso de la tarde caía acompañado de la lluvia y, en poco tiempo, la noche se haría con las pocas esperanzas de los parisinos.

¿Por qué el gran miedo de los hombres a la muerte? Durante toda mi vida, he visto a millares de ellos perecer bajo el paso implacable del tiempo, y cometer las mayores atrocidades para vencerlo. Guerras, grandes construcciones, sometimiento de sus semejantes, rituales ridículos. Sin éxito. Solo mis hermanos se sintieron libres de ese pavor, y ni siquiera eso fue suficiente para calmar el miedo humano. Otros ocuparon sus corazones una vez se vieron libres de la muerte: la envidia, el principal de todos. La envidia por querer ser más que los demás, la envidia que derivaba en odio hacia aquellos que asimilaban con mayor prontitud las enseñanzas. Una situación que no tuve más remedio que aceptar y marcharme.

Recuerdo la última vez que los vi, siete hombres y cinco mujeres, mi única familia entonces, en la boca de la gran cueva, suplicándome que no los abandonara, que les dejara por lo menos el regalo del Maestro para que no perecieran tras mi marcha. El intento de uno de ellos, Josué, por arrebatarme la bolsa de cuero que siempre me ha acompañado. No había más camino que la partida. Les dejé un solo cabello para que decidieran quién era el único digno de seguir con vida tras mi marcha, y me he preguntado miles de veces quién de ellos lo aprovechó. Quizá vivieron una batalla interna por comprender que su fin había llegado, o quizás alguno de ellos lo robó y abandonó al resto como hice yo, no lo supe, nunca regresé para averiguarlo ni jamás volví a tener noticias de ellos. Ni siquiera en mi interior sentí su fuerza, su sufrimiento o sus súplicas, un gran vacío después de aquel día. Quizá comprendieron y se respetaron después de todo.

El té hacía horas que se había enfriado y lo tiré por el desagüe de la cocina; después, lavé la tetera y el vaso, y me acosté.

La mañana se levantó soleada, sin más restos de la lluvia del día anterior que la humedad en la tierra y algún charco junto a las raíces de los árboles del jardín. Antes del mediodía, los megáfonos anunciaron la entrada en la ciudad de las tropas alemanas.

Como muchos otros ciudadanos de la capital, salí para ver en persona a aquellos hombres que encarnaban el mal. Una columna de soldados vestidos de gris, armados

con fusiles, subidos en camiones y carros de combate, bajaban por los Campos Elíseos tras haber pasado bajo el Arco del Triunfo.

A su llegada, siguieron varios días de terror, carreras nocturnas, focos que iluminaban las calles oscuras como un faro otea los primeros metros del océano, y un sentimiento de muerte apenas acallado por alguna escaramuza de aquellos que no se habían hecho a la idea de que París había caído. En esos días, casi no salí de casa.

Una mañana, dos semanas después del desfile de los tanques por la avenida principal de la ciudad, abandoné mi refugio para asomarme a las aguas siempre tranquilizadoras del río Sena. Al volver, alguien había dibujado con una tiza, en la pared de mi jardín, una estrella de David. Ni siquiera pensé en borrarla.

Entré en casa, con mi alma en paz después de casi dos mil años de aprendizaje, observación, esperanzas y sufrimiento, y decidí que había llegado el momento de marchar de nuevo. Abrí el único armario en donde guardaba algo de ropa y comencé a preparar una maleta con lo más indispensable. No tenía ánimos para ver lo que mi corazón se esforzaba en predecir, ni mucho menos fuerzas para enfrentarlo, así que, mientras observaba las aguas imperturbables del río, ajenas al sufrimiento que en sus orillas se vivía, recordé que mi camino era el de esa agua, fluir. Fluir sin intervenir en nada más allá de su propio cauce, de su ruta siempre decidida. Incapaz incluso de comprender qué ocurre a su paso.

Cuando ya me disponía a cerrar la maleta y comenzar una nueva peregrinación, unos golpes en la puerta de la casa me alertaron. Apenas tuve tiempo de bajar para ver qué ocurría. La puerta se vino abajo en un gran estruendo, y una patrulla de soldados entró en la sala. Los miré a los ojos, gritaban, lanzaban escupitajos por la boca en cada orden nerviosa que salía de sus gargantas. Cinco muchachos jóvenes, altos, de espaldas anchas, con los ojos enrojecidos por el odio. La misma imagen que viví en Secacah hacía mil novecientos años.

Uno de ellos se me acercó y, sin decirme nada, me golpeó en la cabeza con la culata de su fusil; después, otros dos me levantaron y me arrastraron fuera de la casa, donde un camión cargado con más personas esperaba que me metieran a mí también en él. El golpe me había paralizado las piernas y me llevaron arrastrando por la grava del jardín hasta la calle. Sentí los guijarros apartarse a la presión de mis pies, húmedos y curiosos. Más soldados custodiaban el camión. Todas las ventanas de las casas cercanas estaban cerradas y sus luces, apagadas. Abrieron el toldo del camión y me tiraron dentro; después, arrancamos.

El camión se detuvo muchas veces más durante aquella madrugada.

Cuando por fin levantaron el toldo y nos hicieron bajar, comprobé que estábamos en la Estación de Austerlitz que tan bien conocía, al margen derecho del río Sena. Allí, parado en una de las vías, vi un tren infinito, con decenas de vagones de madera enlazados a una máquina que se perdía al final de la estación. Nos obligaron a subir

en uno de esos vagones.

Estaba abarrotado. Niños, mujeres, hombres, ancianos, incluso mujeres embarazadas con varios meses de gestación, todos de pie, esperando, apretados unos contra otros como granos de arena metidos en una botella. Nos obligaron a entrar a golpes de culata.

Fuera, en las vías, docenas de soldados las recorrían golpeando a todos los que se bajaban de camiones como el que nos había secuestrado en la noche, y gritaban frases violentas que ninguno de nosotros comprendió. El hedor del vagón era intenso. Muchos llevaban varias horas, días quizás, allí metidos, y se habían orinado y defecado encima ante la imposibilidad de acceder a un baño. Estaban avergonzados. El sudor se mezclaba al resto de los humores produciendo un único hedor de pánico que nos asemejaba a los animales, olvidando nuestro origen único y divino.

Tras nosotros, obligaron a entrar a más personas en un espacio ya inexistente. Los niños lloraban y los hombres maldecían. Muchos de ellos maldecían a Dios por haberlos abandonado de aquella manera. Yo estaba encajonada entre un anciano y un hombre cuya espalda me presionaba la cara y me impedía respirar. Tenía ganas de vomitar. Intenté mover mi mano para palpar la seguridad de mi bolsa de cuero, pero me resultó imposible. Ni siquiera tenía espacio para mover mis brazos.

Permanecemos hacinados en ese vagón por un espacio que me pareció tan eterno como mi propia vida. Cuando cerraron la puerta por fin, muchos suspiraron de alivio, comprendieron que no entraría nadie más a robar el espacio inexistente que quedaba, pero el silencio y el calor, apenas mitigado por unas aberturas enrejadas en los techos, infundieron más miedo entre todos nosotros. Así estuvimos hasta que la luz que entraba por esos ventanucos se apagó, y fue entonces, al cerrarse por fin la noche, cuando el tren partió en dirección al lado más perverso del péndulo humano.

# Notas

[1] *"La cama de madera, negra y agujereada, y tus sábanas tan limpias, y la llegada suave de una madrugada que te despierta más viejo" <<*

[2] "Llenar el pecho y cantar una canción si el frío de fuera te hace tiritar". <<

[3] "*Me voy a pie, el camino hace subida, y en los márgenes hay flores*" <<